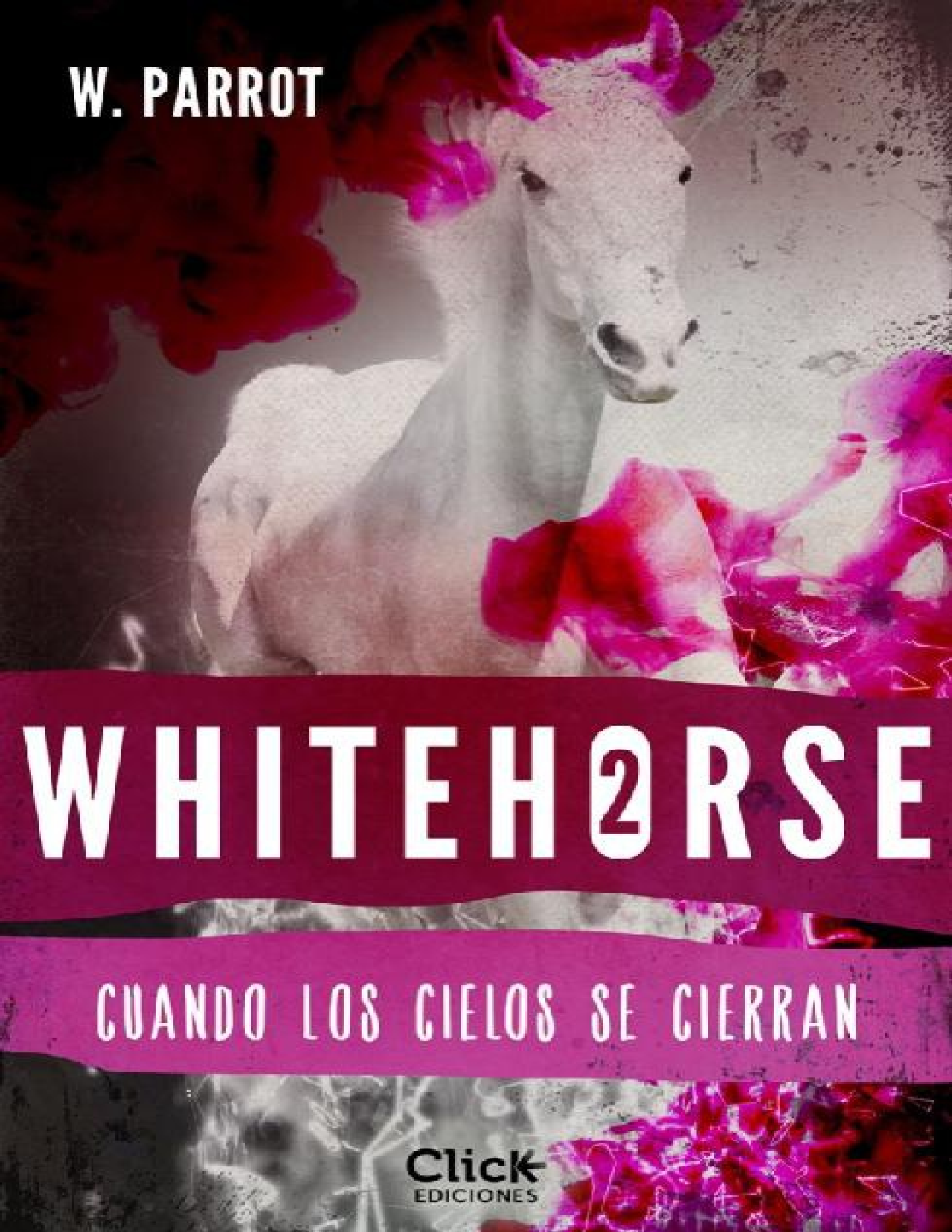

W. PARROT
WHITEHORSE
2
CUANDO LOS CIELOS SE CIERRAN
Click
EDICIONES

Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1. Escenas felices
Capítulo 2. Areias
Capítulo 3. La cabaña de León
Capítulo 4. El regreso del Elegido
Capítulo 5. El aleteo desesperado
Capítulo 6. Julie, aquí en la Tierra
Capítulo 7. Arrástrame al Infierno
Capítulo 8. Una pluma menos
Capítulo 9. La Araña
Capítulo 10. ¿Quién es el malo ahora?
Capítulo 11. Criatura de la noche
Capítulo 12. Rapto de Perséfone
Capítulo 13. Un regreso inesperado
Capítulo 14. Instrucciones para ser un humano (de nuevo)
Capítulo 15. Te elijo a ti
Capítulo 16. Fiebre de sábado por la noche
Capítulo 17. El príncipe azul
Capítulo 18. Horse Beer
Capítulo 19. Hombre alado
Capítulo 20. El acuerdo
Capítulo 21. Cita con el Infierno
Capítulo 22. Una obediente en rehabilitación
Capítulo 23. Noche de estreno
Capítulo 24. Ketchikan
Capítulo 25. Entre las tinieblas
Capítulo 26. Báñame, Máximus
Capítulo 27. Seahorse

Capítulo 28. Orfandad
Capítulo 29. Bodas de fuego
Capítulo 30. Luna de miel flameada
Capítulo 31. Caballo blanco
Capítulo 32. Gladiadora
Capítulo 33. Adiós, querido
Capítulo 34. Samuel
Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Notas
Créditos
Click Ediciones

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

WHITEHORSE - PARTE 2

Cuando los cielos se cierran

W. Parrot

Click
EDICIONES

Para PYM, por siempre en esa comida junto al fuego

Prólogo

¿De quién es esta historia?

Nada se escuchaba en ese bosque más que los bufidos de aquella criatura que corría furiosa. Había pasado los últimos meses oculta, aferrándose a una mínima esperanza. Ahora, al fin era libre bajo la nieve que sus ojos generaban. La idea le llegaba sin palabras, sin voces… Primero un copo pequeño. Lo imaginaba ya en el suelo, en el lugar que su pie descalzo había pisado un instante atrás. Otra vez… El segundo copo caía deprisa, balanceándose hasta la hoja otoñal de un abeto más joven que ella.

Cualquier humano inexperto la hubiese visto desnuda. Una desnudez extraña, plateada… Aunque era fácil confundirla con una mujer normal, pues debajo de aquel color había curvas humanas y su forma era inequívocamente femenina. Lo único que desentonaba era su larga cabellera blanca. Blanca como la nieve que su alma materializaba y que, poco a poco, se iba transformando en una tormenta que mantenía a todos los habitantes de Whitehorse encerrados en sus casas y sus negocios.

Al llegar a las orillas del lago la criatura se detuvo. Cerró sus ojos y resopló, agotada por la marcha. Uno de sus jadeos se llevó una docena de árboles y un manojo de arbustos. Las rocas temblaron. El lago estalló en mil pedazos cristalinos y el estridente sonido puso fin a su ataque de furia.

Justo en ese momento, una llama surgió en la distancia derritiendo la lluvia de hielo por un sendero recto. La figura demoníaca que apareció tras ese fuego azulado se dirigió hacia ella, usando su lanza como bastón. Caminaba con dificultad… Ser uno de los cuatro Supremos era una ardua tarea.

La criatura albina se transformó al verlo. Aquel era más poderoso y la obligaba a mostrarse en su versión más débil: la de cuatro patas, muda y, sobre todo, obediente.

—Los límites de los mundos sufren a tu paso, Umah —exclamó el sombrío demonio.

La historia de él era conocida en los cuatro reinos. Muchos lo admiraban y algunos, los más rebeldes, pensaban que había sido un cobarde.

La que respondía al nombre de Umah se irguió sobre sus dos patas traseras y lo miró con la rudeza de sus ojos, ahora del color de la tierra. Su cuerpo esbelto y pálido no necesitaba túnicas pesadas como la de su interlocutor, ya que la naturaleza la vestía.

Cuando la figura demoníaca se relajó, ella pudo cambiar nuevamente de forma. Se acercó

unos pasos y dijo:

—Que tú no hayas sido lo suficientemente fuerte, Ismerai, no significa que el resto de nosotros esté condenado a sufrir el mismo destino.

El demonio rugió al oír la última palabra. Había llegado demasiado tarde. Los Ekuas que él conoció en su primera juventud nunca hubiesen hablado así.

—El ritmo de los mundos no se puede cambiar —le advirtió—, y menos por los caprichos de un animal como tú. —Sabiendo que había llegado demasiado lejos, agregó en tono de disculpa —: O como yo.

Las palabras, más que herirla, la cansaron, y un suspiro en forma de relincho salió de su boca. En otras épocas un ser del reino maldito ni se hubiese atrevido a mirarla, pero el juego había cambiado y las nuevas reglas la colocaban en una posición inferior.

—Curioso que justo tú hayas venido a aleccionarme sobre los límites de los mundos. —Umah señalaba maliciosamente las alturas con su delgado y largo índice, que ahora se veía del mismo verde que el de la aurora boreal que los iluminaba.

Ismerai caminó unos pasos para alejarse, dándose tiempo. Tantos años y todavía seguía sangrando aquella vieja herida. Su bastón flameó llevándose consigo la ira del Guardián del Fuego y se obligó a mantener la calma. Con tono conciliador intentó razonar con ella:

—Tu pueblo se sacrificó, honrando el pacto. ¿Qué piensas hacer? ¿Renunciar a tus raíces? ¿Les darás la espalda a los tuyos? Ya una vez te inmiscuiste y el Círculo aún intenta arreglar tu desastre.

Ahora fue Umah quien tomó distancia. Un gesto de duda atravesó su rostro, pero se recompuso enseguida.

—Solo acelero lo inevitable —murmuró.

—¡No! ¡Debe evitarse! —rugió el demonio—. Por todos los Infiernos y los Cielos, y por la tierra que pisas. ¡Debe evitarse!

—Ella es mi única oportunidad, Ismerai. —Umah volvía a mirarlo a los ojos; sabía que era en vano apelar a la piedad de un Supremo, pero estaba desesperada.

—Estás declarando una guerra, tú sola contra un gran ejército. Tú sola contra todos los reinos. Y arrastras a una incoherente e inocente muchacha. —Miró en dirección hacia un corazón palpitante que dormitaba entre los brazos de otro, que latía al mismo ritmo—. No ganarán.

—No estoy ganando ahora tampoco —contestó Umah.

Ismerai se cubrió el rostro con su túnica. Separó las manos llamando al fuego que lo devolvería a su mundo de sombras y lamentos, y las pupilas le flamearon cuando dijo con voz de inframundo:

—El egoísmo no tiene otro nombre por más que sea a causa del amor, y el egoísmo es una ofensa terrible para los Ekuas. Te arrepentirás, Umah… —Debajo de aquella pesada tela sus palabras surgían como desde el mismísimo infierno—. Y perecerás, Umah.

La historia de esa noche fue recordada por muchos. La puntada principal en el tejido siniestro.

El segundo paso de un plan que a ciegas ella ejecutaría, como una necia, guiada por la horrible vieja de la cueva.

Capítulo 1

Escenas felices



«—Mami, estás sangrando.
—Amor, necesito que me escuches, concéntrate —dijo ella ganándoles a los sonidos que venían desde la cocina—. Eres bueno. No importa qué digan. Eres bueno, recuérdalo. Te amo. Ahora tienes que correr. Derecho por el bosque hasta la casa de la abuela o de la tía, y quédate allí. Te amo. —Le dio el último beso de su infancia y lo empujó—. Corre, Salvador. ¡Ahora!»

W. Parrot, *Whitehorse III. Cuando los Infiernos se cierran*

El Bucle Nervioso estaba repleto, pero eso no impedía que Joshua Jones persiguiera a su hermana por todo el lugar.

La muchacha estaba atendiendo a tres clientas a la vez: a la señora Pitt le lavaba el cabello, a Gwen McKenzie le dejaba que actuara el tinte y a la señora Petelman le sonreía con educación mientras esperaba que al fin decidiera qué peinado la favorecía más para el matrimonio de su hija mayor.

Aquel día, gran parte del pueblo se preparaba para el acontecimiento del año.

Rose Petelman se casaba con Klaus Pitt, un prometedor jugador de *hockey* que ya era el orgullo de Whitehorse, la pequeña región de Yukón, Canadá. Después de la ceremonia, tras la luna de miel en una playa paradisíaca, la joven pareja iría a vivir a Vancouver hasta que los *managers* de Klaus escogieran la mejor oferta para su carrera.

Todo parecía de ensueño. Era la clase de evento en el que no se descuida ni el más mínimo detalle y, para darle más categoría, la pareja había pedido traer de fuera los vestidos para la novia

y las seis damas de honor, los trajes de etiqueta del novio y sus padrinos, el servicio de comida más costoso que habían conseguido, el fotógrafo inglés, las flores que adornaban la bella iglesia de Dimitri Smith y hasta el párroco que iba a reemplazar a este último y que venía desde la capital. Lo único local eran los invitados, el vestido de segunda mano de Sarah Petelman, la hermana menor de Rose, y el pastel de matrimonio, que era obra del mejor repostero del pueblo: Al, por supuesto. Y, si bien en cualquier pastelería aquella tarta de seis pisos hubiese costado cientos de dólares, él rehusó aceptar dinero alguno por la obra de arte. Era su regalo para la pareja. Ante ese desinteresado acto de generosidad, el señor y la señora Petelman casi mueren de vergüenza al disculparse con Al por el desaire de su hija: él era uno de los *no* invitados.

Pero más allá de un nerviosismo general por tan gran acontecimiento, a unas calles de distancia de la peluquería, Lina Smith, quien iba a tomar una decisión que afectaría, no solo a ese pequeño pueblo, sino a toda la humanidad, estaba ansiosa por otro asunto.

Aquel sábado de septiembre de mil novecientos noventa y uno se cumplía un año de la noche en que su vida había dado un giro inesperado y, aunque deseaba con todo su corazón estar con William, su amor demoníaco, justo ese día él se encontraba en uno de sus misteriosos viajes.

La muchacha, presa de un malestar que ya conocía bien, caminaba sola por la calle principal de su pueblo. Era un manojo de nervios, y no era para menos, con todo lo que había vivido en los últimos tiempos.

Doce meses atrás, un ángel y un demonio habían llegado para competir por ella, convirtiéndola en la Elegida: la mujer que debía traer al mundo una niña alada, que prometía ser una salvadora, o un niño mitad demonio que sería un misterio, ya que ninguna otra Elegida había escogido al competidor infernal antes.

Pero ella no era como cualquiera. Ella se había enamorado del demonio que guiaba las almas en falta hasta las puertas de los Infiernos. Aquel guerrero irlandés de más de tres siglos de existencia que la volvía loca.

En toda la historia de la humanidad, las predecesoras de Lina cumplieron con su deber de Elegidas casi sin rechistar. Escogieron a la criatura alada para que un ser divino se convirtiera en luz y esperanza de los humanos. Solo una vez, hacía ya mucho tiempo, existió otra Elegida que se enamoró del competidor de las profundidades. Lamentablemente, esta prefirió la muerte para salir de esa horrible situación.

Sin embargo, los tiempos cambiaban y la muchacha de Whitehorse había escogido ser fiel a su deseo: su deseo por William y su deseo por vivir.

Ahora le quedaban dos años para concebir al hijo de aquel cazador infernal, si quería devolverlo al mundo de los vivos y si ella misma quería quedarse en ese mundo. La Gran Competencia, como la llamaban, tenía el fin de ayudar a los humanos, los *niños* del universo, pero si la Elegida no cumplía con su función en el plazo establecido, la descartaban… Así como así.

Los guardianes de aquella competencia y los responsables de mantener el equilibrio entre los

cuatro mundos, los Supremos, no estaban muy contentos con la original elección de Lina Smith. Un niño mitad demonio ponía en jaque el delicado equilibrio que ellos tanto se empecinaban en mantener. Pero las reglas eran claras: el balance requería que los opuestos compitieran. Lo que no habían contemplado esas arcaicas reglas era que iba a existir una Elegida rebelde.

Por otro lado, la única ayuda que había recibido aquella original pareja provenía de una criatura perversa llamada Destiny, quien por diversión les propuso un juego siniestro y peligroso. Si encontraban los cuatro símbolos que había regalado a infelices en su misma situación —seres que por amor intentaron cruzar los límites de los mundos— los protegería, a ellos y al niño mestizo. Pero, por si todo eso no hubiese sido suficiente, unos meses atrás el ángel competidor, Samuel, había iniciado una lucha de ángeles contra demonios para obligar a Lina a estar con él. Aquel enfrentamiento no solo casi le cuesta la vida a ella misma, sino que también puso en riesgo la momentánea humanidad de William y, lamentablemente, devolvió a Eron e Izzie, los cazadores amigos de este, a los Infiernos.

Ahora, mientras caminaba por su sencillo pueblo, Lina miraba a la gente pasar, despreocupada e ignorante. Ningún humano excepto ella y sus mejores amigos, los hermanos J. J., sabían de la existencia de los otros tres reinos que acompañaban a las Tierras.

Cuando fue marcada como la Elegida por accidente, por estar en el lugar y el momento equivocados, los Cielos y los Infiernos se abrieron para ella; y el mundo de las Aguas, al parecer lleno de criaturas hostiles, pronto se abriría también. Allí encontrarían el primer símbolo.

William esperaba atento el momento propicio para visitar a aquella criatura acuática que en su desesperación había solicitado la ayuda de Destiny. Igual que ellos…

Al toparse con la chismosa Margaret Clark, Lina volvió a la realidad de su mundo. La señora le dedicó una mirada inquisitiva que se detenía en el excéntrico vestido con tirantes que llevaba ese día, su nariz puntiaguda y su alborotado cabello rubio ceniza. Si le miraba el esmalte saltado de las uñas, Lina iba a cantar bingo. La señora empezó un interrogatorio venenoso y desesperante: *No, no estaba invitada a la boda. No, su novio irlandés tampoco. Sí, sabía lo afortunada que era por estar con un muchacho tan apuesto…*

¡Dios! Aquel evento estaba sacando lo peor de todos.

Lina se despidió educadamente y se calzó sus auriculares; así se escondería de cualquier otra charla insustancial. La música que surgió de su viejo *walkman* rosado logró que su mente volviese a divagar.

La última vez que había escuchado esa canción de Whitney Houston estaba en la cafetería de Al, escondida entre sus libros mientras comía un trozo de pastel de chocolate en una mesa apartada y era testigo de otra conversación más sobre aquel bendito matrimonio:

—Es que será una fiesta muy íntima, Al. Solo para los más allegados —mintió la señora Petelman.

Amy, la temperamental camarera de The Sweet Bread, golpeaba la bandeja sobre todo lo que podía mientras murmuraba:

—Sí, solo la mitad del pueblo. De pronto son la familia más numerosa de por aquí.

En aquel momento Lina no pudo evitar una sonrisa de complicidad, ya que la camarera odiaba, tanto como ella, a los que rechazaban a Al. Pero Rose Petelman no discriminaba al pastelero por haber asesinado a quienes destruyeron su familia, no. Si hubiese sido un famoso y rico exconvicto, lo hubiese invitado. El problema era que Al solo era un cocinero, el dueño de una insignificante cafetería de pueblo.

—Por eso queremos que nos dejes pagar por el pastel, Al… Además, ellos se niegan a aceptar cualquier regalo de nuestra parte —le escuchó Lina al señor Petelman. Se notaba que aquel padre sufría al querer disfrazar el desplante de su hija y su futuro yerno. Desaire que seguramente él mismo vivía en carne propia.

Ante eso, Al casi se deja convencer, pero, con aquella voz tranquila que calmaba a todos, dijo:

—Yo los vi crecer, a ambos… Es una satisfacción para mí. No se inquieten por la fiesta. Nunca me inmiscuiría en un evento familiar, pero no se preocupen, no faltaré a la ceremonia. Después de todo es un evento masivo.

El matrimonio Petelman permaneció en silencio. Fue la señora la que, tras un suspiro, pudo decir:

—Lo lamento, Al. Creímos que ya todos sabían que Rose y Klaus pidieron que la ceremonia fuese privada también.

Fue el colmo. Amy, con un mal genio evidente, les pidió permiso para colocar los azucareros justo en ese lugar de la barra mientras decía:

—No sabía que la prensa entrara en la categoría de asistencia privada.

Por su parte, Lina golpeó la mesa con un puño, ofendida. Sin embargo, no la escucharon porque Al ya estaba tranquilizando de nuevo al matrimonio con su infinita bondad.

Lina ahora tenía doble motivo para estar enojada con ese par de tórtolos altaneros. Rose y Klaus nunca hubiesen podido tener una «ceremonia privada» si Dimitri Smith estuviese en el pueblo. El reverendo tenía algunas reglas inquebrantables en su iglesia y una de ellas era que cada bautismo o matrimonio se celebraba con puertas abiertas a toda la comunidad. Siempre. Sin excepciones. Según él, eso afianzaba los lazos entre vecinos. Todos eran testigos de la felicidad ajena y compartían sus vidas como verdaderos hermanos de fe; pero su tío, el hombre que la había criado como un padre desde el fatídico accidente de tráfico que la dejó huérfana a los siete años, no estaba. Había viajado a Toronto con su esposa, la maternal tía Barb, para someterse a un tratamiento médico que por suerte estaba funcionando y, para reemplazarlo, había llegado un ministro ortodoxo, regordete, de corta estatura y con una sonrisa que a Lina se le antojaba falsa.

¿Seguía siendo la iglesia de su tío, entonces? Lina no había ido ni una sola vez a escuchar los sermones de aquel usurpador. Desde que estaba sola en la casa, sus obligaciones religiosas consistían en pedir que cualquiera de los ángeles que la habían conocido el año anterior volviera para curar a su tío. Cuando se encontraba haciendo alguna tarea, de forma automática, las

oraciones se escapaban de sus labios, como suaves murmullos inconscientes que se basaban más en la costumbre y en la desesperación que en la fe en aquellas palabras.

En realidad, no era un rezo. Lina rogaba a los Cielos que su tío se repusiera totalmente. Hablaba en el Primer Idioma, el lenguaje de las alturas; sin embargo, ningún ángel aparecía. Ni siquiera Samuel, el competidor que había caído en desgracia por amarla sin ser correspondido…

Ahora Whitehorse era un pueblo libre de criaturas celestiales.

Las calles del pueblo parecían moverse bajo sus pies. Ella, intentando despejar la cabeza, pero logrando justo el efecto contrario, con todos los pensamientos agitándose en su mente, continuaba con los recados del día.

* * *

De vuelta en El Bucle Nervioso, Josh estaba apretujado en el espacio entre la pared y la silla de manicura. Su hermana limaba las uñas de Ellen Summer con peligrosa rapidez mientras con el rabillo del ojo se aseguraba de que Sally, la niña de las flores, no se deshiciera los bucles que le acababa de hacer en la mitad de la cabeza.

—En serio, Julie, sería solo por un par de meses. Te lo devolveré. Lo prometo —Josh continuaba su discurso de media hora—. Papá y mamá ni me escuchan y en el videoclub no me pagan muy bien.

—J. J., me encantaría ayudarte, pero yo tampoco estoy nadando en dinero. —Julie dejó escapar la lima mientras señalaba la caja registradora de la peluquería.

—No te pido que me lo regales… Es un préstamo —dijo sonriéndole, mientras le alcanzaba otra lima, y agregó con la voz más dulce de la que fue capaz entre todo ese griterío—: Soy tu único hermano.

—No es verdad. Tenemos a Lina, también —exclamó Julie mientras obligaba a la pobre Ellen a meter sus uñas en remojo.

Los hermanos J. J. se miraron un segundo. Ambos conocían el motivo de esa pausa. Estaban preocupados por aquella muchacha que tenía el peso del mundo sobre sus hombros, el peligro constante pisándole los talones y ahora, además, un tío enfermo.

—¿Para qué quieres el dinero? —quiso saber Julie volviendo a sus tareas con su hermano pegado. Aquel día ella estaba muy ocupada y no tenía tiempo para nada fuera del trabajo. Hasta su aspecto coqueto se había visto afectado por la agotadora jornada; su dócil cabello negro se ajustaba en una despreocupada coleta y dos manchas violáceas le rodeaban los ojos. Se dirigió al estante en el que estaban las toallas y le soltó—: ¿Es para una de tus tonterías?

—No, es un proyecto que tengo. Algo que se me pasó por alto todo este tiempo. Algo obvio.

En ese momento Julie agarraba seis toallas, un bidón de champú y un tarro de quitaesmalte.

—¿Qué se te pasó por alto? ¿Para lograr qué exactamente? —Hacía malabares con tanta carga, mientras Josh esquivaba a la señora Copper, que perdía el equilibrio con el turbante que

tenía enrollado en la cabeza.

—Conquistar a Susan —respondió al fin.

Susan era la última muchacha en capturar la atención fluctuante de Josh, quien juraba que su enamoramiento duraría para siempre.

Julie se volvía para replicarle justo cuando Meredith —la sobrina de Bonnie, la dueña del establecimiento— chocó con ella. El aroma a acetona invadió el lugar.

La muchacha, soltando mil disculpas, tomó las toallas para limpiar el desorden. Las últimas limpias que quedaban en la peluquería. Fue la gota que desbordó el vaso.

Julie se volvió hecha una furia hacia la única persona con la cual podía descargar toda su ira.

—Yo estoy aquí, sin parar de trabajar. Ahorrando cada centavo para salir adelante y lograr algo, y tú vienes con tus tonterías de siempre. Josh, es hora de que madures de una vez por todas. Ya resultas patético. ¡Deja de ir tras muchachas fuera de tu alcance! ¡Busca a alguien y confórmate! —gritó.

Cada una de las clientas tenía los ojos puestos en el rostro de Josh, que pasó del pálido muerto al rojo tomate con una velocidad asombrosa.

Cuando Julie escuchó las risitas estúpidas de tres de las damas de honor que estaban esperando ser atendidas, notó la falta que había cometido.

Josh era demasiado buen muchacho para decir otra cosa que un débil «Siento haberte molestado». Luego se marchó. Cerró la puerta tras sí y todo volvió a la normalidad en El Bucle Nervioso.

Lina tuvo que perseguirlo dos calles. Justo salía del veterinario de comprar alimento para Fireball, el gato más antisocial que había conocido, y J. J. caminaba por la acera en la que pegaba el sol. De lejos, su musculatura incipiente y el cabello ensortijado le daban un aspecto aún más juvenil que sus veinte años recién cumplidos. Lina lo adoraba, eran hermanos del alma desde la infancia.

Cuando lo alcanzó, pudo ver el rostro apesadumbrado del muchacho debajo de su gorra de los Toronto Maple Leafs.

—¿Qué sucede? —preguntó, atajándolo.

Josh le dedicó la mejor sonrisa de la que fue capaz en ese momento y dijo:

—No importa. Tú ya tienes demasiadas cosas como para andar preocupándote de mis tonterías.

—Nada me sentaría mejor para despejarme que pensar en lo que no creo que sean tonterías, si provienen de ti —exclamó Lina con dulzura. Lo abrazó por el cuello y continuaron el camino juntos.

Josh le contó lo que había sucedido y a Lina no la asombró. De un tiempo a esta parte, el malhumor de Julie era insoportable y ambos creían que todo se debía a un solo nombre: Matthew.

Cuando los Cielos enviaron a Samuel, también llegaron otros ángeles para ayudarlo en su

misión. Todos guías alados cuya labor celestial era acompañar a las almas puras hasta las puertas del Paraíso.

Matthew era uno de ellos y, al parecer, entre la sensual Julie Jones y él había existido una incipiente relación que se frustró después de que los ángeles desaparecieran tras la lucha del año anterior.

En los últimos meses, Julie, que solía divertirse con cuanto muchacho existiera y ser pura alegría, se mostraba huraña, introvertida, y sus ojos almendrados ya no brillaban.

—Tú sabes que desde que Matthew se marchó no puede con su alma —dijo Lina, tratando de ponerle paños fríos a la situación.

—No se trata de eso, Lin. Ni siquiera estoy enojado con ella. Estoy avergonzado de mí mismo. Tiene razón. Debo madurar… Mis padres quieren que empiece a trabajar en la agencia de turismo a tiempo completo. Sé que lo hacen para darme un empleo mejor, porque en realidad la encargada que tienen contratada desde siempre lo hace a la perfección. Pero lo otro… Lo de mis posibilidades y eso de que busco muchachas fuera de mi alcance… me dolió. ¿Tú qué opinas?

—Nada de eso, J. J. —lo interrumpió—. Tu hermana está dolida y no sabe lo que dice. —Lina después la reprendería por haber sido tan cruel—. Es que últimamente no se soporta ni a sí misma. ¿Viste su anillo de humor? ¡Esa cosa va a explotar! —bromeó—. No hace mucho yo también estuve así de deprimida cuando creí que no volvería a ver a Will.

Al recordar aquello, la mente de Lina viajó a Darkhorse. A ese tiempo en soledad, cuando solo la canción de una cajita de música y un par de fotografías le aseguraban que no estaba loca por esperar en esa horrible ciudad al amor de su vida.

No quería vivir esa tortura nunca más.

Después, llegó a ella el hermoso recuerdo de esa noche bajo la lluvia y todas las siguientes a aquella. La promesa de amor eterno, los besos de él, su gesto al colocarse el cabello, los ojos negros y aquel acento irlandés que la volvía loca.

Al volver en sí, notó que J. J. seguía apesadumbrado. Lo obligó a frenar y a que la mirara a los ojos.

—Por Dios, Josh…, no creerás que algo de lo que te dijo tu hermana es verdad. —Al no recibir por respuesta más que una mueca que aseguraba que su amigo les daba mucho crédito a las palabras de Julie, Lina continuó—: Eres uno de los mejores hombres que conozco. Cualquier chica tendría suerte de ser tu novia. Y, honestamente, si hasta ahora no ha pasado, es porque nunca saliste de este pueblo. Solo te cruzas con las muchachas de aquí y, afrontémoslo, hay muy buena gente pero la oferta es reducida.

—Hablas así porque eres mi amiga… Fíjate en ti y en Julie. Encontrasteis al amor de vuestra vida aquí. Sin moveros…

—Sí —aceptó Lina—. Yo un demonio y tu hermana un ángel, que ni siquiera son de este mundo.

Josh cedió un poco. Se asomaba el inicio de una sonrisa tímida en su rostro cuando dijo:

—Solo escúchame hablar, Lin. Soy un hombre y digo cosas como «amor de vuestra vida»… No culpo a las muchachas que corren en la dirección opuesta a la mía cuando me ven.

—¿Qué tiene de malo que seas romántico? —replicó ella—. A mí me encanta. Es tu «marca». Lo que te define. Si estuviésemos en una fiesta y tuviera que presentarte diría: este es J. J. Es mi mejor amigo. Es canadiense y quizás el muchacho más dulce que conoceré en mi vida, porque, veréis —Lina no tenía problema en usar todo su arsenal de gestos artísticos frente a él—, es un romántico empedernido.

J. J. le dio un fuerte abrazo y siguieron caminando a paso lento sin prestar atención a los escaparates de las tiendas.

—Nunca dijiste para qué querías el dinero. —Lina rompió el silencio mientras entrecerraba sus bellos ojos verdes, molesta por el sol.

—¿Te reirás si te lo cuento?

—Si es algo gracioso, sí —bromeó.

—Creo que es algo patético. —Josh miró un punto a lo lejos, intentando ser misterioso—. Quiero comprar una batería.

Lina meditó un momento antes de hablar. Su amigo había sido maltratado aquel día y quería escoger bien sus palabras.

—¿Por qué sería patético aprender a tocar un instrumento? —preguntó al fin.

—Porque yo ya toco la guitarra. Tendría que aplicarme más en lo que ya tengo.

—Mmm… Pero por algún motivo quieres dedicarte a la batería. ¿Qué es? —Lo bueno de tener amigos desde siempre es que, al conocerse tan bien, las conversaciones van directo al meollo del asunto.

—Una tontería… La otra tarde, en un ensayo en el bar…, Susan estaba ahí con unas amigas, Ryan dijo algo así como «los baterías se quedan con las mejores chicas» y vi la expresión en el rostro de ella… Me dieron ganas de que me mirara así para siempre. Billy está a punto de marcharse a esa universidad europea y no puede llevarse su batería. Creí haber visto una oportunidad: comprar la batería, entrar en la banda, adquirir experiencia y… —hizo una pausa y agregó con ironía—: vivir para siempre feliz con Susan.

Efectivamente, hasta el momento, la relación de Joshua Jones con la música solo había consistido en un leve coqueteo. Sin embargo, en algunas temporadas, un ansia se reanimaba en el interior del muchacho y se veía a sí mismo como un verdadero músico apasionado.

—Ya veremos, J. J. —exclamó ella sin juzgarlo—. Lo solucionaremos. Yo creo en ti. Pero siempre he tenido una duda —Lina lo miró divertida; se había adelantado y caminaba dada la vuelta, sin importarle si chocaba con alguien o algo—, una espina en mi corazón de *groupie*, porque sabes que yo siempre seré tu fan número uno. Entonces, ¿me darás tu autógrafo cuando seas superfamoso?

Josh se echó a reír con ganas y le prometió no solo numerosos autógrafos, sino también que le

dedicaría las mejores canciones de sus álbumes.

Más distendidos, continuaron el camino burlándose de la boda más importante que Whitehorse iba a tener en los últimos tiempos y también de todos los que asistirían, porque ellos dos eran parte del exclusivo grupo de *no* invitados.

* * *

—Es extraño —dijo Josh al abrir la puerta de su casa—. Siento que ya viví esto.

—Un *déjà vu* —afirmó Lina—. Muy *Are you afraid of the dark*, ¿no? El último episodio estuvo genial.

J. J. asintió. La extraña sensación se había disipado. Se dirigió a la cocina y Lina lo siguió. Al haberse criado en la casa contigua, ella se movía con total soltura en aquel hogar.

—Esta noche podemos ir a la fiesta en Eleven —propuso Josh sirviendo unos refrescos. Lina buscaba en el frigorífico los restos del pastel de arándanos que habían comprado dos días atrás mientras su amigo continuaba—: Los chicos tocarán con Ryan y estará repleto de gente encantadora como nosotros.

—Fracasados a los que no invitaron a la boda de los reyes de Whitehorse —señaló pellizcando un arándano.

—Exacto. ¿Qué me dices? —J. J. bailaba divertido cerca de ella como si ya estuviese en la fiesta—. Ahora somos dos adultos que pueden beber. Me pediré un cubalibre o un mojito. Estuve investigando y está muy de moda en las discotecas de Nueva York.

—Nosotros ni siquiera sabemos lo que está de moda aquí —dijo Lina burlándose—. Entre los dos no hemos bebido ni una cerveza completa.

—Abstemio, virgen y pobre: ¡qué partido! —bromeó J. J. quitándole el pastel para llevarlo a la sala—. Eso cambiará a partir de esta noche, Lin.

—No sé qué me estás proponiendo, pero te advierto que Will regresa en unas horas. —Lina lo siguió, fingiendo indignación, mientras se tapaba la boca con ambas manos para no reírse. Josh pensó que esos pequeños mitones de puntillas que llevaba eran lo más tierno y ridículo que existía.

—¿Qué te dijo esta vez? —Ahora el muchacho habló serio mientras sintonizaba el canal de música. Tomarían su merienda esperando el nuevo videoclip de R.E.M.

—Lo de siempre, que es peligroso estar junto a mí, que debe mantenerse en otra parte para que su fuego no se descontrole. —Lina tomó un pedazo de pastel con su tenedor; hacían eso cuando Julie no los veía, ya que ella siempre quería usar platos—. Lo peor es que últimamente son dos noches. Antes era solo una.

—No te preocupes. Pronto todo se calmará y tú serás la señora de William… —J. J. abrió los ojos sorprendido—. ¿Alguna vez le preguntaste si tiene apellido?

Lina se quedó dubitativa con el tenedor colgándole de los labios.

—Supongo que tiene uno. Todos lo tenemos.

—Pregúntaselo cuando regrese, te lo ruego. A lo mejor es algo genial como *Hell* o *Demon*… ¿Te imaginas? —J. J. intentó imitar a William con su voz masculina y su acento—: William Hell, a su servicio, señorita… William Demon, para servirle, *madame*.

La pésima imitación de su amigo la hizo desternillarse de la risa y echar aún más de menos a su verdadero William.

* * *

Cuando el huésped de honor terminó el contenido de la bandeja, la fornida mujer la retiró de la cama. Con cuidado de no sonar irrespetuosa, aprovechó para preguntarle:

—¿A qué hora regresará a casa, mi señor?

El huésped se acomodó entre las mantas. Tenía el aspecto demacrado de alguien que ha pasado una noche febril.

—Primero quiero dormir un poco. Se asustará si me ve en este estado —respondió con voz cansada.

—Se lo merece. Esta vez ha sido muy fuerte.

—Pagaré por todo —declaró el hombre sin ocultar su culpabilidad.

—Siempre lo hace. —La mujer levantó los hombros sosteniendo aún la bandeja. Aquello no le importaba, solo eran cosas. Se acercó a la ventana y observó el granero carbonizado. Sus hijos continuaban con las tareas habituales. Los cerdos ya estaban alimentados, las vacas ordeñadas, los caballos cepillados y su hijo más joven quitaba la verdura chamuscada de la huerta sin la más mínima expresión de descontento. Los había educado bien. Trataban a su invitado con el respeto que se merecía, aun cuando eran ajenos al lazo que la unía con aquel joven: *William*. Corrió las cortinas para que el sol no se colara en la habitación y con voz titubeante se animó a continuar—: Ya no podrá manejarlo, mi señor. Pronto, muy pronto…

—Lo sé, Dora —la interrumpió William—. Lo sé mejor que nadie, pero ya conoces mi situación.

La mujer asintió y sin decir nada más se marchó con la bandeja. Abajo, su esposo arreglaba el reloj de los O’Donnell. Él, como ella, estaba en su segunda vida: ambos eran excazadores. El amor que se habían profesado durante la cabalgata infernal no hizo más que crecer cuando sus condenas terminaron al mismo tiempo. La mujer sonrió al recordar su buena fortuna, y decidió no molestarlo con sus preocupaciones por aquel huésped distinguido, dirigiéndose a la cocina para continuar la jornada.

Le cambió el cuenco del agua al perro —el único animal con el privilegio de entrar en la casa —, peló las patatas para el puré y dejó la carne macerando en la vieja nevera. Con sus brazos fuertes preparó la masa que luego puso a fermentar bajo un paño y sirvió siete vasos de zumo,

que colocó en una bandeja más sencilla que la que usaba para el huésped. Salió y permaneció en las escaleras de entrada observando el panorama.

Tom y Nicholas intentaban atrapar al corcel de su invitado para cepillarlo. Humble parecía divertido burlándolos, ya que su brillante pelaje negro no los necesitaba. Los jóvenes tenían las mejillas rojas por la tarea.

El resto de los muchachos se reía con ganas ante el espectáculo, sobre todo al ver como Tom se había caído en el fango y no lograba ponerse de pie al resbalarse constantemente.

Ante el ruido, Dora miró hacia arriba: tenía miedo de que su huésped no pudiese conciliar el sueño con todo ese griterío, pero la ventana estaba vacía. En ese cristal solo se veía el reflejo de las hermosas montañas de Irlanda.

* * *

Lina y Josh estaban tirados sobre la alfombra, empachados de pastel y vídeos musicales. Ya se acercaba la hora en que Julie regresaría de la peluquería y Lina no podía evitar sentirse nerviosa, porque odiaba que los hermanos J. J. discutieran.

Al abrirse la puerta, Josh cambió su expresión de inmediato.

Julie entró con precaución. Tenía el rostro apenado y Lina sospechó que se sentía mal.

—Soy la peor hermana del mundo —dijo sin quitarse su chaqueta o apoyar la cartera en el sofá como de costumbre.

—Sí, lo eres —contestó J. J. mientras subía el volumen del televisor.

—Sé que un *lo siento* no cambiará lo que dije.

Josh no contestó y Lina, incómoda, jugaba con un hilo de la alfombra.

—Así que he hecho otra cosa para que me perdones. —Julie apoyó una pila de revistas sobre la mesita junto a su hermano.

Lina notó que las revistas eran nuevas. J. J. siempre leía todo el material posible sobre la actualidad femenina, pero se avergonzaba de comprarlo. Así que era una buena bandera blanca de reconciliación.

—Gracias —exclamó secamente el muchacho.

Julie, no conforme con la reacción de su hermano, agregó:

—Hoy ha venido Susan al salón. Fue la clienta número cien y se ganó un peinado gratis para el día de mi graduación de estilista. —Debía de estar realmente arrepentida para haber inventado una cosa así.

Josh comenzó a echar miradas de reojo a las revistas.

—Pero te toca librar —intervino Lina.

—Lo he cambiado. Voy a trabajar unas horas, ir a la ceremonia y luego festejar. Susan está invitada —afirmó la muchacha intentando sonreír mientras se desabotonaba la chaqueta.

Lina la siguió con la mirada e insistió:

—Dijiste que no ibas a hacer nada.

—Lo sé, pero he cambiado de opinión. Lo festejaré en Eleven; después de todo, debo despejarme o me volveré loca. —Luego agregó desde el perchero con tono vencido—: Y a todos los que me rodean también.

J. J. ya no estaba enojado; sin embargo, dejaría que su hermana sufriera un poco más.

La no rencorosa Lina lo empujó, regañándolo. Al no obtener respuesta de su parte, se incorporó de un salto para seguir a Julie escaleras arriba.

—No existe algo así como la clienta número cien, ¿verdad? —espetó al entrar en su cuarto.

Julie negó con la cabeza mientras se quitaba sus tacones ayudándose de una silla para mantener el equilibrio.

—Y tienes menos ganas de festejar tu graduación que de tirarte por la ventana… —adivinó Lina.

La muchacha asintió con una sonrisa amarga.

—¿Te contó lo que le dije? —Se notaba lo cansada que estaba—. Me estoy convirtiendo en una persona horrible.

—No es así —la animó Lina—. Estás trabajando mucho. Yo me ocuparé de tu fiesta de graduación. No tienes que preocuparte por nada. Ven a Eleven con nosotros hoy. Te despejarás.

—De acuerdo —aceptó Julie—, pero háblame mientras me ducho… No quiero pensar ni estar un segundo sola.

En el baño, Lina bajó la tapa del retrete y se sentó mientras relataba los últimos chismes que sabía de la boda. Enseguida Julie se entusiasmó y le contó el más jugoso del día: Leslie Ball estaba totalmente anaranjada después de una fallida sesión de cama solar en busca de un bronceado perfecto para su vestido sin tirantes.

Las muchachas estuvieron de acuerdo: esa boda estaba enloqueciendo a todos.

* * *

Eleven estaba hasta arriba de gente. Los tres amigos casi no reconocieron el lugar al llegar. Felices de haberse esmerado con sus atuendos, enseguida se contagiaron del tono festivo. Por diversión aquella noche se habían vestido para matar. Julie estaba de infarto con su vestidito negro adornado por unos pendientes pesados y varios collares y pulseras; todo imitación de oro.

Josh parecía casi un adulto con chaqueta blanca y pantalones de pinzas que contrastaban con una camiseta turquesa de cuello pico y su riñonera negra.

Lina llevaba un vestido de cuando Julie se había obsesionado con las clases de *step* y la dieta de aquella estrella de Hollywood. Ahora a Lina se le pegaba al cuerpo; con unos tacones hubiese quedado perfecta, sin embargo, prefirió llevar sus nuevas zapatillas blancas de caña alta. Su rebelde cabello se calmó con lo que Julie bautizó la cinta amarilla más horrible del mundo, y, como único maquillaje de la noche, el infaltable brillo labial sabor cereza.

La banda de Ryan contagiaba a todos los presentes con su ritmo.

Los hermanos J. J. compartieron una jarra de cerveza Horse Beer y Lina pidió agua, ya que se estaba deshidratando con el calor del local.

No pasó mucho tiempo hasta que los tres se aclimataron.

Bailaban juntos en medio de la pista mientras de fondo sonaba una buena versión de la última canción de Roxette: *Joyride*. Los hermanos J. J. silbaban mientras Lina cantaba a pleno pulmón con su voz perdiéndose entre la de todos.

—Lina, ¡cómo me alegro de verte! —Era Joe, un antiguo compañero de colegio y el sucesor al trono de *hockey* en el pueblo. Una importante universidad le había dado una beca completa.

—¡Joe! —Lina lo saludó con un amistoso beso. La alegría del lugar se colaba por los poros—. ¿Qué haces aquí? ¿No tendrías que estar en la boda?

Después de todo, Joe era ahora parte de las celebridades locales.

El muchacho se detuvo a observarla, hipnotizado; en esos meses había olvidado el efecto que ella tenía sobre él.

—Vine para el fin de semana con ese plan, pero me enteré de esta fiesta y no pude resistirme… —miró en todas direcciones y se acercó a ella. Tuvo que agacharse, ya que le llevaba al menos dos cabezas, y añadió—: cuando me enteré de que tú vendrías.

Lina se alejó instintivamente. Eso la tomaba por sorpresa. Notó que sus mejillas se enrojecían. Como un nuevo tic, al ponerse nerviosa, se bajó las mangas de su vestido con fuerza, hasta estirar los puños. Allí no estaban sus tíos y podía mostrar su tatuaje que imitaba la marca infernal de los cazadores, ese que se había hecho en Darkhorse para recordar a su novio. Curiosa actitud la de Lina: estaba lista para traer un hijo de los Infiernos al mundo de los vivos y así salvar su vida y terminar con la condena eterna del demonio al que amaba, pero no podía mostrarles a sus tíos un pequeño tatuaje del símbolo del infinito en su propio cuerpo.

—¿Quieres tomar algo mientras charlamos? —Joe le pasó una botella de cerveza fría, momento en el que Lina notó que el muchacho iba un poco ebrio—. ¿O prefieres bailar?

Ella balbuceó algunas incoherencias que no llegaron a escucharse entre tanto alboroto, ya que Ryan, al micrófono, pedía que todos juntaran sus palmas una y otra vez.

—No. —William apareció de la nada. Miró al muchacho sobradamente, tomó la botella de las manos de Lina, que estaba congelada en su lugar, y devolviéndosela, agregó—: Y no.

La incrédula Lina se volvió mientras era llevada por William hacia una esquina.

Joe, sonriente, con ambas cervezas en la mano, gritó:

—¡Hey, no puedes culparme por intentarlo! ¡Solo llegué tarde a la competición!

William se giró y, para sorpresa de Lina, también sonrió.

—No eres el único, amigo. Ahora, si me disculpas, debo ponerme al día con mi chica.

Fueron al fondo del negocio; cerca de la puerta no había tanta gente.

Lina, anonadada por cómo habían hablado de ella y delante de sus narices, se preparó para pedir explicaciones. No le gustaba ni un poco que él se comportara como un pedante… y… ella

no era… Además… Sí, ya estaba perdida entre los labios de él.

William la besaba sin pausa, extasiado con ese corazón, ahora también suyo, que se agitaba en ambos pechos.

Como siempre, la magia de ella los envolvía a ambos. Lina se aferraba a sus brazos con tanta fuerza que, de no ser por la naturaleza demoníaca de él, que lo convertía en un ser casi indestructible, le hubiese dejado sus dedos marcados; incluso a través de la chaqueta de cuero que tan bien le quedaba.

—No puedo bajar la guardia nunca, mi vida. —William besó su cuello mientras disfrutaba del aroma a jazmín y vainilla de su cabello rubio, que hoy estaba lacio debajo de aquella tela dorada que la coronaba—. Cada día estás más hermosa, ¿cómo es posible?

Lina quería seguir besándolo. Estaba encantada. Acariciaba su rostro, la mejilla sana y la que llevaba la marca de los Cielos. La cicatriz que Samuel, al luchar por ella, le había dejado en su cara, volviéndolo aún más hermoso.

Ya sabía lo que la esperaba. Horas enteras de charla, abriendo los numerosos regalos que él le decía trataban de reparar el daño que le causaba cuando debían separarse. Después le preguntaría por qué era tan necesario marcharse, y William le respondería que Eron e Izzie podían calmarlo en ciertas ocasiones, cuando su naturaleza lo superaba en fuerza, y ahora que ellos no estaban, debía tener más cuidado para no lastimarla. No quería que lo viese así, en ese estado. ¿Ella podía entender eso?, le preguntaría dulcemente. Ella diría que sí, pero que lo quería ver en todos sus estados, porque lo amaba en todos sus estados. Luego los besos tibios… Maravillosa rutina.

—¡Will, regresaste! —exclamó J. J., interrumpiendo. Con el paso del tiempo había comenzado a aceptar al hombre demonio que evitó que su mejor amiga muriese meses atrás por la maldita navaja que él mismo había llevado esa noche a la pelea con los ángeles.

—Gracias por cuidar de Lina en mi ausencia —lo saludó William afectuosamente.

Lina iba a quejarse, ya que ella se había cuidado a sí misma. No necesitaba ser encomendada a nadie, pero algo la interrumpió.

—¡Vamos a bailar! —Julie, un tanto alegre, tomó el hombro de su amiga, un trozo de chaqueta de Will y el brazo de su hermano para arrastrarlos hasta la pista.

La pareja de enamorados comenzó a seguir el ritmo de la música sin dejar de mirarse. William apoyó su frente en la de ella y la escuchó cantar con su talentosa voz, solo para él.

Los hermanos J. J. rompieron aquel abrazo para vitorear, todos juntos, el estribillo de la canción que Josh había escrito un tiempo atrás. En ese momento, una luz intermitente enloqueció al público que bailaba extasiado. Al parecer, el frenesí del reencuentro emanaba del demonio y se esparcía por todos los humanos.

Lina se movió despacio mientras él la volvía a tomar por la cintura. Se iba para atrás y jugaba con sus manos como si fuesen aves entre la gente. Dios, era una pésima bailarina, pero a William le encantaba. Con una mano podía sostener todo su cuerpo.

—Estás más delgada, mi vida. —La había acercado de nuevo y le hablaba pegado a sus labios

—. Debes comer bien.

—¿No te gustan las chicas delgadas? —preguntó Lina con coquetería.

—Hay una sola chica que me gusta —reconoció él, desnudándola con la mirada.

Aquella vez William la besó con ternura, despegando los labios despacio, recorriéndola…

Lina reaccionó como siempre: con total entrega. Era un beso de amor. Del que no se puede fingir. Un beso que se da en los reencuentros, en la intimidad de la alcoba después de una noche de pasión, en los momentos felices… o en el altar de una iglesia, frente al cual, aunque aún no lo sabían, estarían los dos en unos meses más. Después, por supuesto, de la gran tormenta.

Capítulo 2

Areias



> «La rodeó con todo su ser, por los costados, por abajo… Dejó de ser agua para convertirse en arena y luego en carne, abrazándola desde el suelo. Ahora sus manos cubrían el cuerpo de Marina en una especie de coraza que la protegería por siempre.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse V. Regreso a Whitehorse*

Lina removía su té de fresas y le dedicaba una sonrisa dulce a William; él la observaba con ganas de llevársela lejos. Sin embargo, cual demonio civilizado, permanecía ahí, untando una tostada con mantequilla mientras escuchaba a Josh que le relataba con todo lujo de detalles el partido de *hockey* que se había perdido. Julie comía una pila de *pancakes* hojeando una de las revistas que había comprado para su hermano.

Sin que nadie la llamara, Amy rellenó la taza de William con café negro bien cargado. La camarera ya no intentaba que se fijara en ella, ya que aquel guapetón solo tenía ojos para Lina Smith; pero de todas maneras se alegraba de que casi todas sus comidas las hicieran allí. Ese hombre la volvía loca. Hubiese dado cinco años de su vida para acabar con un bombón como ese: un pecho descomunal que hacía juego con los músculos tensados de aquellos brazos, ni qué decir de los labios combinados con esa mandíbula cuadrada tan masculina, esos ojos… y sobre todo la manera de mirarla a ella, envidiada por todo el pueblo. Se notaba que él quería tomarla allí mismo. Amy suspiraba con la cafetera en el aire. No cinco, sino diez años hubiese dado. Nunca llegaría a saber todos los que Lina iba a sacrificar por aquel hombre.

—Más jarabe de arce, por favor —repitió Julie por cuarta vez.

Amy despertó de su ensoñación y, con el ceño fruncido, afirmó:

—Pero si hoy mismo he puesto una botella nueva en esta mesa.

Julie tomó la hermosa jarrita vacía y la balanceó entre sus dedos.

—Ahora me encanta el jarabe. —Hablaba de la forma en que lo hacía cuando se notaba que no se podía jugar con ella. Emanaba un aire un tanto aterrador con su rostro demacrado sin nada de maquillaje y, lo más sorprendente, con su oscuro cabello desordenado y sin vida.

Amy se marchó diligente, antes de que la muchacha se enojara.

Todos observaron el plato de Julie, que casi rebosaba de tanta miel de *maple*.

—¿Qué? —preguntó con agresividad.

—¡Nada! —se apresuraron a responder los tres al mismo tiempo.

—Yo estaba mirando la mesa. —William creó una distracción para calmar la furia de la muchacha—. ¿Al ha cambiado los manteles?

Lina, aunque no tenía idea de lo que estaba diciendo, le siguió la corriente:

—Creo que sí, Will. Sí, creo que antes tenían flores y ahora son pajaritos.

—Yo miraba la revista que estás leyendo. ¿Algo interesante? —quiso saber J. J.

William y Lina lo miraron al mismo tiempo. En las últimas semanas no era buena idea preguntarle nada directamente a Julie, solo establecer un tema de conversación neutral y esperar a que ella interviniera según su deseo. Los temas permitidos eran: el clima, el *hockey*, una película de cualquier tipo menos romántica, la comida, la moda… Pero, sobre todo, evitar cualquier ítem relacionado con los Cielos, los ángeles, el amor, las relaciones, la traición u otros peligrosos etcéteras.

—No, nada interesante —se limitó a murmurar Julie mientras pasaba una hoja con rabia.

Cuando Amy apareció con el jarabe de arce, Lina pudo robar un poco para su desayuno. Luego se lo pasó al hambriento Josh.

Después de tantos años, a Lina la seguía divirtiendo aquel líquido espeso: caía muy despacio y cuando llegaba al plato hacía un ruido único, como una especie de *blob*. No podía recordar la primera vez que lo había probado en su pueblo natal, allá en Estados Unidos, pero sí la historia que su madre, una orgullosa canadiense, le contaba cada vez que le servía aquel dulce. La mujer colocaba la botella bien alto, para que el viaje del jarabe se convirtiera en una cascada delgada de azúcar líquida. Si Lina se concentraba, volvía a escuchar su voz cálida:

—Todo el mundo sabe —en ese punto su padre bajaba el periódico y le regalaba una mirada de complicidad que decía «aquí viene tu mamá con otra historia de Whitehorse»— que la miel está hecha por las abejas, que son muy tiernas y trabajadoras. Bueno, Angelina Lina, el jarabe de arce tampoco está hecho por humanos. Tú crees que viene de los árboles, sin embargo, cuenta la leyenda que proviene de una receta que nos fue obsequiada por una especie amiga, una que tú conoces ya. El pueblo de Umah, en Whitehorse, preparó esta delicia siglos antes de que tú o yo existiéramos, y desde entonces, nosotros, la gente de Canadá, amablemente la compartimos con el resto de vosotros.

Al terminar aquella fantasiosa historia, su padre cumplía su papel en el ritual: rompía la cadena de jarabe con un dedo y se lo llevaba a la boca mientras les agradecía a los canadienses por aquel manjar y por su bella esposa, a quien besaba con labios pegajosos.

Tras recordar aquella escena feliz, Lina, casi como en un acto reflejo, no lo pudo resistir y metió su índice en la línea de jarabe de arce que Josh estaba formando sobre sus tostadas. Se lo quiso llevar a la boca, pero William fue más veloz y le ganó de mano. El demonio se apoderó de su dedo y lo lamió, pensando que era una redundancia de sabores: dulce sobre dulce. Aunque estaban sentados en lados opuestos de la mesa para evitar tener sus manos uno en el otro como deseaban hacerlo, no podían contenerse.

Josh comenzó a protestar por la falta de educación mientras escondía su plato bajo el brazo, protegiendo la comida.

William miraba a Lina a los ojos y dejaba escapar un pequeño gruñido mientras ella se mordía el labio con picardía, a punto de estallar en una carcajada de felicidad.

De pronto, Julie golpeó la mesa y todos volvieron a su posición original, con la espalda bien apoyada en sus respectivos asientos. La muchacha tenía la mirada fija en la revista.

—Piensan que somos idiotas. —Pasaba las hojas con rapidez mientras hablaba—. «Cómo perder diez kilos en diez días». «Conviértete en una supermodelo». «Secretos de la alcoba de Eva Gold». ¿A quién puede interesarle toda esta basura? Con razón las mujeres hablan tonterías en la peluquería. Les damos material de lectura para descerebrados… Esta es mi favorita: «¿Es el amor de tu vida un buen partido?». ¡Guau! Un test psicológico. —Miró a Lina con los ojos bien abiertos, y después a Josh—. Sí, sí…, te definen la vida en solo quince preguntas de verdadero o falso. Veamos…, ¿de acuerdo?

Josh asintió despacio ante la mirada insistente de su hermana, sin haberse llevado todavía el tenedor a la boca. Ese día nadie lo dejaba comer.

—Cuando lo conociste, ¿fue atento contigo desde el primer momento? —leyó Julie con voz irónica. Luego levantó la vista y pidió algo con qué escribir.

Lina revolvió su bolso y le pasó un lápiz.

—¡Gracias! —La muchacha prácticamente se lo arrancó de los dedos. Marcó con violencia una casilla y siguió—: Verdadero. Siguiente.

—Julie, no creo que… —comenzó a decir Josh del otro lado de la mesa.

—¡Siguiente! —le dedicó una mirada amenazadora y continuó con la misma voz de antes—: ¿Te ha sido alguna vez infiel? Falso. —Casi rompió la hoja al marcar su respuesta.

Los tres estaban en silencio. Nadie comía.

—Esta es buena, escuchad esto: ¿podrías decir que compartís las mismas normas, intereses, valores y visión de la vida? —Julie levantó la vista—. ¿Qué decís? No hay opción para el *tal vez* o *no lo sé*. Este test es un reflejo fiel de la vida: solo hay blancos y negros —ironizó—. Mirad esta… Realmente saben indagar en el alma humana: ¿él tiene trabajo?

A Josh todo eso le resultaba muy gracioso y le dedicó una mirada cómplice a William, que

tuvo que tomar un largo sorbo de café para no reírse.

—Esa es una mala revista —murmuró Lina para intentar terminar con aquello.

—¿Conoces alguna que no lo sea? —le espetó Julie.

Lina asintió despacio, rogando que no se lo tomara a mal.

—Pues yo no. —Ahora hablaba más bajo—. ¿Sabes por qué? —volvió a gritar—. ¡Porque estoy metida en esa peluquería todo el día y lo único que leo es esta basura! —Julie cerró la revista con fuerza.

La gente de las otras mesas los observaba y William, haciendo uso de sus modales aprendidos, les sonreía y les deseaba buenos días mientras con un gesto apresuraba la cuenta.

—¡Lea a Descartes! —gritó Julie y Lina saltó en la silla del susto—. ¡Léalo mientras espera su turno para la manicura! ¡Entreténgase con Foucault al mismo tiempo que sus canas desaparecen! ¡Deléitese con Woolf, Atwood, Mistral o Némirovsky al compás del secador! Recuerde a los genios: ¡Austen, las Brontë, Shelley, Lee, Christie al mismo tiempo que su cabello se riza, alisa o corta!

Josh dejó escapar una risita. Ya no aguantaba más.

Lina lo pateó por debajo de la mesa, aunque debía admitir que la escena era un poco cómica.

En ese momento, Julie, sin prestarles atención, tomó su chaqueta y exclamó:

—Gracias por el desayuno. Venid a cenar a casa. Hoy cocinaré pollo.

—Allí estaremos —dijo William, que era el único que se atrevía a hablar.

La vieron salir por la puerta, subirse al coche y marcharse a toda velocidad con un ruido de neumáticos irritante.

—¿Alguien más quiere terminar el test? —preguntó J. J. mientras agarraba la revista.

Lina y William se miraron, acercaron sus sillas, y el muchacho supo que los había perdido.

* * *

Después de que dejaran a Josh en el videoclub, William y Lina se dirigieron al antiguo colegio de ella para buscar un libro que se había olvidado en el teatro.

Ahora William la esperaba en el coche haciendo tiempo. Odiaba dejarla sola cuando su fuego lo consumía, así que, cuando estaban juntos, aprovechaba cada segundo al máximo. Excepto por las noches, y se sentía fatal por eso… El deseo de su humana era imparable y, Dios…, el suyo pronto lo sería también. Su mente la veía en su lecho cada noche. Recordaba los momentos juntos e imaginaba otros… *Lina. Lina. Lina.*

Pero debía ser fuerte; su parte demoníaca, el cazador líder o Máximus, como lo llamaban en las profundidades, se descontrolaba algunas noches. El fuego era imposible de dominar y no quería hacerle daño. Ella era la razón de su humanidad. Cuando de pequeña la rescató de aquel vehículo en llamas para que no sufriera la misma suerte que sus padres, sabía que ese era su destino.

Y, aunque aquello le trajo la condena eterna, fue también su salvación. Era una paradoja…, cierto. Lo mejor que hizo en los Infiernos fue salvarla de morir ahogada entre el humo y los hierros, y por ello lo castigaron y lo convirtieron en uno de los cuatro cazadores líderes, obligándolo a una condena eterna para expiar el pecado mayor: cruzar los mundos.

Cuando después recibió la llamada para la Gran Competencia, una luz de esperanza —que había creído apagada para siempre— brilló en su existencia. Menuda fue su sorpresa al descubrir que la humana que había socorrido en el bosque aquella noche, su Elegida, no era otra sino la misma niña que tantos años atrás se había aferrado a él con uñas y dientes para mantenerse con vida al lado de una carretera repleta de automóviles en llamas. Aquella pequeña capaz de cruzar el límite y ver a un cazador sobre su corcel infernal era la misma que ahora salía del teatro con un libro aferrado a su pecho, con esa sonrisa tan suya, la misma que ponía cuando se le ocurría cómo mejorar una escena o una nueva idea para la escenografía.

William deseó que ya hubiese escogido la obra de ese año, ya que eso la tenía un poco preocupada. Lina era una muchacha muy responsable y, aunque en su vida todo había cambiado, continuaba ayudando en el teatro local con el profesionalismo de siempre. Ella decía que era el cable que la mantenía unida a la tierra y William la admiraba.

No era el único.

Cuando el señor Thompson, el antiguo profesor de teatro de Lina, se marchó del pueblo, lo único que le encargó a su sucesor fue que confiara en ella para escoger y adaptar la obra. Sin embargo, Lina aún no lograba decidirse. Existían tantas piezas buenas que, aunque el tiempo se estaba acabando, seguía indecisa.

Por otro lado, el taller de teatro funcionaba a la perfección. El nuevo profesor, el señor Griffin, trabajaba codo con codo con Paul, el otro ayudante, y con ella. Los tres se reunían antes de cada clase, decidían los ejercicios y las escenas a mostrar y pensaban métodos de enseñanza más entretenidos, como invitar a actores o realizar viajes a teatros de ciudades vecinas o convivencias en el bosque para afianzar los vínculos del reparto una vez que la obra se escogía.

A medida que Lina se acercaba al vehículo, William refrenó el ímpetu de bajarse para abrirle la puerta. Ella era una chica moderna y aquellos gestos la incomodaban. Así que se estiró en los asientos y levantó el pestillo de la puerta del acompañante.

«El caballero del siglo xx», bromeó para sí mismo.

Muy pronto, tras las lecciones de conducir que le había dado en Darkhorse, Lina ni siquiera lo necesitaría para ser su chófer.

William sonrió para sí. A pesar de todas las dificultades que palpitaban entre ellos, a la espera de que todo se desbaratara, ahí estaban los dos con problemas mundanos: dónde cenar aquel sábado, qué obra escoger, llevar a Fireball a vacunar, comprar una pila nueva para el reloj de ella…

—¡Ya sé lo que voy a hacer para la fiesta de Julie! —exclamó exaltada al entrar en el coche.

Durante todo el viaje hacia casa, William escuchó su plan con atención. La verdad es que era

una idea ingeniosa. Como todo lo que salía de su mente.

—¿Qué te parece? —preguntaba ella de vez en cuando.

—Maravilloso —respondía él.

Llegaron a la casa de los Jones temprano y Lina usó su llave. Desde que sus tíos no estaban, prácticamente vivía en ese hogar. Los padres de sus amigos, como siempre, estaban de viaje.

—¿Has visto a Fireball? —le preguntó Lina a Daisy, la gata de Josh, después de no encontrarlo en toda la casa. La gatita la miró despacio y se acercó a sus pies ronroneando—. Supongo que eso es un *no*.

Lo buscaron por los alrededores y en el principio del bosque, pero no lo encontraron y después de un rato, Lina sugirió ir a la casa de William. El animal acostumbraba a irse para allá buscando un poco de comida o de calor infernal. Aunque era extraño que hubiera dejado sola a Daisy, ya que Fireball se mostraba cariñoso solo con ella. De no ser porque ya tenían cita con el veterinario, hubiesen continuado con su vida sin angustiarse, acostumbrados ya a la naturaleza escurridiza del felino.

La casa de William era ideal para ocultar las rarezas que podían suceder en la vida de un demonio. Estaba perdida en el bosque, apartada de ojos curiosos y narices entrometidas.

Dentro de la casa grande el silencio se interrumpía por el tictac del reloj de la sala. Todo estaba impecable. William solo dormía en la cama por las noches, así que aquel lugar apenas se usaba. Una vez por semana él limpiaba el polvo, reemplazaba las flores marchitas y enceraba los suelos de madera.

Lina había descubierto una nueva faceta en William: era un jardinero en potencia. Con su capacidad de aprendizaje superior había reconocido todas las especies del lugar y elegía entre las mejores. El jardín estaba precioso bajo su cuidado y pronto tendrían un huerto, como le había prometido.

Después de quince minutos, el gato negro seguía sin aparecer, así que continuaron la búsqueda fuera, pero la rebelde mascota tampoco estaba en lo que ya se había convertido en el taller de carpintería de William, al costado de la casa.

Lina observó el bosque. No pasaba nada.

—¡Demonios! —soltó William de repente—. ¡Espera aquí! —Desapareció tan rápido como dijo eso.

Lina caminó hasta las escaleras de la entrada, atenta a algún sonido que le pudiese indicar la posición de William. Algo malo sucedía, estaba segura.

De pronto el corcel negro de su novio pasó por su lado al trote y frenó a unos metros. William iba sobre él sin chaqueta, y llevaba un paquete entre sus manos.

—Fireball —adivinó Lina asustada.

—Debo llevarlo al veterinario. Lo han atacado.

—Voy con vosotros.

—No —le ordenó William mirando hacia el bosque—, seré más veloz si no te tengo conmigo.

¡Métete en la casa!

Lina lo miró confusa. Estaba siendo más autoritario de lo normal.

Más por la preocupación que sentía por Fireball que por estar de acuerdo con William, Lina obedeció. Después, cuando se perdieron entre los árboles, bajó la corta escalera y se quedó pensativa.

Fireball era tan listo… Sabía esconderse en los mejores lugares, mientras engañaba a todos. Era extraño que algún animal lo alcanzase.

Lina pensó en caminar hasta el veterinario, pero, una vez que William lo dejara allí, poco tenían que hacer ellos dos. Además, era verdad que Humble pasaba más desapercibido al ojo humano si solo William lo montaba.

Se hizo una nota mental: «Conseguir el carné de conducir, ¡ya!». Si no tenía ni alas ni caballo, al menos podía aprovechar el automóvil rojo que la esperaba estacionado allí desde su pasado cumpleaños, regalo de William, por supuesto.

Pobre Fireball. Era un buen gato, después de todo. Más fiel que cualquiera de los de su especie. Tenía una lealtad inquebrantable hacia Daisy. No le gustaban los mimos y era algo tosco, pero había aprendido a no arañar y ocasionalmente se dejaba dar un baño.

Lina se sentía una inútil al estar allí esperando, de brazos cruzados, cuando de pronto algo le rozó la frente, haciéndole cosquillas. De cerca parecía un borrón blanco, pero lo atrapó y sintió la suavidad de una pluma. Luego otra le acarició la mejilla… Miró hacia arriba, pero no vio más que el cielo que se empezaba a nublar.

* * *

Daisy esperó todo el día junto a la ventana de los Jones. No quiso seguir a William hasta la casa grande, cuando este se fue al anochecer.

Lina se quedó con los hermanos J. J. y durante el último té, frente a la chimenea de la sala, Fireball fue el tema de conversación principal. El veterinario había telefoneado para decirles que la operación había sido un éxito, aunque el animalito había perdido un ojo por el ataque. Tendría que estar en observación las siguientes horas.

Aquella noche, Lina tuvo un sueño extraño: se ahogaba.

Al despertar solo pudo recordar eso, la falta de aire y una presión sobre su cuerpo que le quitaba toda posibilidad de oxígeno. Se despertó alterada, aunque no necesitó su inhalador. Los ataques de asma parecían ser cosa del pasado.

Cuando comenzó a amanecer, escuchó los primeros pájaros. Se levantó sin hacer ruido, ya que Julie no tardaría en despertarse y, en honor a la magnífica cena de la noche anterior, quiso prepararle el mejor desayuno del que fuera capaz. Con una manta extra cubrió a su amiga, que entre sueños murmuraba palabras sueltas sobre aquella tonta revista, y sonrió, para dirigirse a la cocina a continuación.

Antes siquiera de cortar las naranjas para el zumo, escuchó pasos tras ella. Al girarse lo vio allí parado.

—Es hora. —William le pasaba una chaqueta abrigada y se colocaba el cabello hacia atrás, nervioso.

Lina había estado esperando ese día desde la noche oscura en que Destiny, el ser más tenebroso, le ofreció aquel juego perverso, pero que, a fin de cuentas, era su única esperanza. Cuando su hijo naciera, contra todo pronóstico, tendría una oportunidad de ser feliz si ella y William encontraban los cuatro símbolos que formaban la Máxima Insignia, pero debían encontrarla antes de que el niño naciera. Sí, antes. Eso era importantísimo, porque los hacía estar aún más pendientes del paso del tiempo.

Con fuego estaban grabadas en su alma aquellas ambiguas palabras de Destiny:

«Quien tiene el poder de quemar el mundo de los vivos se acerca… De los cuatro mundos, una cura encontrarás. Las cuatro puntas deberás visitar: agua, aire, fuego y tierra. Solo en ese orden funcionará. Tres claves de mi boca saldrán: deberás llegar donde el corazón del mar sigue latiendo, aun cuando en la tierra está. La segunda insignia ya para entonces por tus manos habrá pasado y tendrás que recordar. Para encontrar la tercera, en las profundidades te perderás».

La clave de la tierra permanecía dentro de la trastornada cabeza de Destiny, y dentro de la confundida mente de Lina ya se debatían los recuerdos. Y es que supuestamente el símbolo de los Cielos ya habría pasado por sus manos una vez que lograsen ver a aquel misterioso ser de las Aguas y les entregara su parte de la Máxima Insignia. Con respecto a este, William le había dicho todo lo que sabía, pero era muy poco: un príncipe de las Aguas había utilizado los servicios de Destiny en su desesperación por unirse con una humana.

A William no le hacía ninguna gracia llevar a Lina hasta el otro hemisferio sobre Humble, usando la velocidad demoníaca para reunirse con un acuoso; aunque lo consolaba el hecho de que aquel monstruo hubiese sido capaz de enamorarse de una humana. Eso era un punto a su favor, pero no se confiaría y estaría preparado para todo.

Así que ahí estaba él, con la chaqueta más abrigada que pudo encontrar para su humana, dando el primer paso de aquel juego macabro, apostando por una vida compartida.

Ella lo miró con esos ojos verdes brillantes, lista para una aventura. Contenta de volver a vivir la experiencia de la cabalgata infernal, con la cual en pocos segundos podían recorrer miles de kilómetros sin ser vistos.

«Ojalá tengamos suerte esta vez», pensaron los dos al mismo tiempo y se sonrieron.

* * *

Arrodillado en medio de aquel jardín acuático, con los pies hundidos en la hierba inundada, estaba Areias de espaldas al mar. Como un guerrero vencido llevaba en sus brazos un cuerpo, porque eso es lo que sucede cuando una humana deja el mundo de los vivos para unirse a las

alturas. Su cuerpo ya no es más su nombre. Aquello no era Cordelia, pero cómo decirle eso a un ser de una raza maldita que no conoce la muerte; cómo hacerle entender que su refugio terrenal ya no existía y que ahora sus restos se ahogaban con una marea que no hacía más que llamarlo.

William desmontó y sintió el vaivén del océano en sus pies, mientras veía los de Areias, a lo lejos, transformándose en arena. Con un simple gesto le pidió a Lina que permaneciera sobre Humble, quien pareció entender la situación y hacía cada uno de sus movimientos con la lentitud correspondiente.

Esa era su única oportunidad. Tenían apenas unas horas para hablar con ese príncipe antes de que regresara a su hogar en las profundidades del océano.

El signo del agua, solo por ser el primero que podían buscar, se había sentido más cerca. Incontables veces le dijo a Lina que no se volviera loca pensando en el signo de los Cielos, pero eso era una hipocresía. Él mismo pasaba días enteros utilizando sus capacidades al máximo para entender las palabras de Destiny.

Había movilizado a todos los ejércitos de condenados y estos, como siempre, lo habían ayudado. Seguramente bajo la guía de Eron e Izzie, con quienes tenía prohibido el contacto desde que el Círculo se enteró de la ayuda que los cazadores le habían prestado a la *pareja maldita*. Sí, los poderosos representantes de los cuatro reinos, los Supremos del Equilibrio, los habían apodado así y buscaban que aquel vil sobrenombre se volviera popular; que se les pegara como un estigma en la sociedad de los cuatro mundos. Pero no tenían éxito, porque un ejército infernal ya los había apodado de manera distinta, y qué diferente era la imagen que tenían de la dulce y valiente pareja. El cazador y la humana no eran otra cosa sino *salvadores* para ellos.

Cuando William recibió la llamada de esa vieja amiga a la que no veía desde hacía tanto tiempo, se sorprendió. No podía creer que la salvación de su futura familia hubiera comenzado en los labios de esa mujer. Exdemonio. Excazadora. Tan amiga como siempre.

Era afortunado por tener aliados tan fieles y amigos tan leales.

Ahora, al ver a esa bestia acunando aquel cuerpo, William entendió los consejos de su amiga Priscilla: jamás un miembro de la realeza acuática iba a escuchar a un cazador. Sin embargo, Areias tenía debilidad por las mujeres terrestres.

Por eso había llevado a Lina.

William se concentró en el panorama. El jardín corroído por el agua de mar, las velas de aquel reino extraño rindiendo homenaje, la pequeña choza cayéndose a pedazos por la humedad… Pronto todo eso no sería más que una gran playa desierta.

El cuerpo del príncipe se desvanecía en el agua. Su casa lo reclamaba, pero él se aferraba a la humana. Se aferraba a un cadáver que, aunque hermoso, no mostraba ni la sombra de lo que había sido la mujer que amó. Daba pena verlo luchar contra la realidad… y, si bien sus rodillas se convertían en arena al tocar el agua salada, su corazón seguía siendo de carne y sangre.

William miró a Lina: qué extraños pensamientos debían de estar cruzando por su cabeza en ese momento. Hasta hacía poco era una muchacha que andaba con cuidado por la vida, llevando

a todos lados su inhalador, y ahora pasaba sus días viendo a monstruos llorar lágrimas de arena o a dioses verter lágrimas de tierra; veía ríos de fuego y velas con llamas de agua…

Como adivinando sus pensamientos, Lina tomó su mano e intentó sonreírle.

—Espera aquí —le pidió con el tono más tranquilizador del que fue capaz en ese instante. Era hora de acercarse.

Lina aún no entendía el miedo que William albergaba con respecto a ella y a las criaturas del reino de los océanos, pero más pronto que tarde, lo comprendería.

Entonces, el demonio se acercó al príncipe.

El agua se hacía más pesada y la marea estaba subiendo a cada segundo, por lo que, sin demora, puso una mano sobre su hombro y exclamó:

—Los humanos acostumbran a dejar sus cuerpos en la tierra. Te ayudaremos a hacerle un funeral si quieres. —Le habló en Infernus, el idioma maldito de las profundidades, para dar a conocer su rango.

Areias no se movió, solo profirió un gruñido que logró que William dejase de tocarlo, no por miedo, sino por respeto.

Al ver la escena, Lina movió las riendas para que Humble se acercara y lo obligó a bajar sus dos patas delanteras, quedando a la altura suficiente para hablarle, también en Infernus, a ese ser. Si los iba a ayudar solo por ella, debía cumplir con su deber.

—Mi nombre es Lina. Él es William. —En ese instante notó que su novio tenía cerca su espada demoníaca, por si acaso—. ¿Qué le pasó?

Hubo un momento de silencio. La tarde moría en aquella parte del mundo.

Después, como alguien que toma mucho aire para hablar, en un Infernus casi gutural, escucharon de la boca de Areias:

—Un hombre, no lo sé… Alguien llamado *Doctor* dijo que algo estaba mal con Cordelia…

Lina pensó que aquel era un nombre hermoso. Digno de una princesa.

Por unos momentos, los tres se quedaron escuchando el sonido del agua. Para cada uno la melodía era distinta.

—Ella ya no está aquí —murmuró Lina al fin y después, alargándose, sin perder el equilibrio sobre Humble, le cerró ambos ojos a aquello donde antes habitaba una humana.

Areias lo permitió. Solo con escuchar su voz, supo que era la Elegida; pero, sobre todo, supo que era una mujer, como lo era… o lo había sido su dulce Cordelia.

—Íbamos a pedir el permiso —explicó, acariciando el vientre de aquel cuerpo—. Uno más. No importaba si era niña o niño; si era más como yo o más como ella.

Lina no pudo evitar abrir mucho los ojos y mirar a William. Él le sostuvo la mirada con dolor mientras con rapidez pasaba de la sorpresa a las lágrimas por aquella tragedia.

Areias la observó detenidamente. Parecía que agradecía la angustia de la humana.

Al mismo tiempo, William quiso tomar el cuerpo, pero el príncipe se lo impidió, escondiendo a Cordelia tras de sí y transformando su rostro en algo horrible. El cabello se irguió como si

tuviera vida, sus dientes se volvieron colmillos y sus ojos parecieron desbordarse como olas gigantes que inundarían todo con su odio.

Por su parte, William se transformó en el veloz guerrero irlandés que había sido. Sin que hubiese un peligro real, ya estaba interponiéndose entre aquella criatura y la Elegida, con su espada en alto.

Lina, más triste que asustada, intentó calmar los ánimos, buscando las palabras correctas en ese lenguaje maldito:

—Lo sentimos mucho, Areias, pero debes darle un entierro. Debemos llamar a alguien.

—No me gusta separarme de ella. No me gusta que otros la carguen —explicó a modo de disculpa.

Los tres permanecieron otra vez callados, mirando el cuerpo de Cordelia. El tiempo pasaba sin que nadie se atreviese a decir algo al respecto.

De pronto, un canto triste hizo que Lina mirara hacia el cielo. Sin embargo, no había pájaros a la vista. La marea comenzaba a subir, decidida. Ella estaba empapada por la humedad del ambiente y, con los últimos rayos de sol, se dedicó a observar a Areias. Tenía los ojos completamente verdes, sin parte blanca en ellos, aunque no carecían de cierta calidez. Las cejas y las pestañas eran inexistentes y su cabello, visto de cerca, no era de una consistencia muy distinta a la de las algas marinas.

Sus facciones duras y sus músculos tensados le recordaban un poco a William. No tenían nada femenino. Ambos eran dos especímenes ejemplares de su sexo. Una fortaleza oculta los hacía merecedores del título de macho alfa. Verdaderos guerreros. Este también tenía cicatrices esparcidas por su torso desnudo; y solo vestía con unos pantalones harapientos, abiertos hasta las rodillas para soportar la incomodidad de la vestimenta humana.

Por su parte, William estaba apoyado contra un sauce, con su espada junto a él, y Areias, vencido por el dolor, se sentó en una silla vieja que a cada segundo era decorada por más y más corales.

Los dos eran seres hermosos.

Lina también observó a Cordelia: su negro cabello brillante, sus labios rojos, aquella nariz delicada y esa expresión angelical que ni siquiera la muerte le borraba. Después pensó en ella misma y tuvo una idea asquerosa: una muerta era más hermosa. Más digna de aquellos hombres no humanos…

Por ella sí que alguien cruzaría los puentes de los mundos.

Se sintió mal por pensar de ese modo. ¿Acaso sus inseguridades eran tan grandes como para convertirla en un ser tan mezquino? ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Por qué molestaba a aquella criatura en su peor momento? Cada cosa que había hecho mal en su vida volvió a ella con la fuerza de una avalancha de culpa que prometía arrasar con todo. El malestar la invadió por completo, oleadas nauseabundas subían desde sus pies hasta su cabeza y le aceleraban los latidos del corazón. Se sentía caer en un agujero negro, sin fin.

Humble parecía vencerse con su propio peso y cada vez estaban más cerca del suelo.

De pronto Lina sintió la mano fría de Areias sobre la suya y el malestar se acrecentó, pero al menos ya no caía.

Sin demora, William se adelantó con su espada y la blandió cerca de sus pies, haciendo que se sintiera mejor. Ahora se daba cuenta de que volvía a escuchar:

—La picó una nímbula, llévala adentro y chúpale el veneno —murmuró o gritó Areias.

Lina estaba perdida.

William la tomó entre sus brazos sin demora y se adentraron en aquella casa de madera hinchada por la humedad. Un tapiz de verdín cubría las paredes y la mayor parte de los pocos muebles que había. Era una cabaña pequeña, improvisada sobre la arena para un refugio momentáneo.

Se entraba directamente a un diminuto comedor con dos sillas y una mesa desvencijada. La cocina se entreveía desde allí y una puerta cerrada prometía otra habitación. William le dio una patada y entraron a un dormitorio. En el centro había una cama individual con dosel de hierro oxidado. El agua llegaba a la altura de las rodillas y al demonio se le dificultaron los movimientos. El aroma a sal y putrefacción aumentaba las náuseas de Lina.

William la apoyó sobre el colchón y el agua saltó alrededor del cuerpo femenino.

—¡Todo está condenadamente mojado aquí dentro! —rugió él.

Colocó ambas manos sobre la cama y Lina notó que una calidez agradable la envolvía. El demonio podía enfocar su calor para lograr un secado rápido.

Sin perder más tiempo, le quitó sus botas grises y los calcetines blancos con fresas bordadas. Hubiese sonreído, pero estaba desesperado por encontrar la herida.

El pie derecho tenía un peligroso color violeta y pequeñas ampollas se abrían en su pantorrilla. Encontró la abertura doble en el talón, aferró sus labios a la piel lastimada y succionó. Al mismo tiempo que escupía la sustancia negruzca y melosa, una pequeña llama se encendía ante la orden de sus dedos. El veneno se incineraba mientras lamentos y chillidos provenían de aquel líquido espantoso.

Repitieron el ejercicio hasta que la pierna volvió por completo a la normalidad. Ahora mejor, Lina observaba que en la boca de William un fuego azul mataba cualquier resabio de veneno. Lo escuchó rugir mientras aquellas vocecitas ínfimas sufrían ante el calor de los Infiernos.

—¿Qué rayos fue eso? —preguntó Lina mientras se incorporaba con dificultad.

—Una nímbula. Una maldita nímbula —dijo William sin poder creérselo.

—Me sentía fatal. —Lina sonrió con sus labios morados, que con lentitud recuperaban su color original. Su cabeza aún daba vueltas—. ¿Qué es una nímbula?

William le besó las rodillas y, sin dejar de acariciarle ambas piernas para que entrara en calor, contestó:

—Una nímbula, mi amada Elegida, es una planta de agua creada por las envidiosas hembras de las profundidades de los océanos, cuyo propósito es buscar a las de tu condición para quitarles

la vida.

Lina no esperaba eso.

—¿En verdad hay una planta que solo existe para matarme? —Se echó a sus brazos. No podía creer que alguien envidiara su posición.

William le acarició el cabello. Odiaba angustiarla, pero debía hacerla partícipe de los riesgos que el agua tenía para ella.

—Sí, mi vida —dijo—. Hasta hoy pensé que era un mito, una leyenda infantil… La historia es tan fantástica… Aunque no sé de qué me sorprendo, los acuosos son seres dramáticos y extraños.

—Cuéntame lo que sabes —pidió Lina.

—¿No prefieres dormir?

—Sabes que no —respondió echándose nuevamente hacia atrás, volviendo a poner sus pies desnudos sobre él.

William acarició la piel helada y suave. Suspiró y, con sus manos abiertas en abanico, hizo aparecer varios semicírculos de fuego al borde de la cama. Eran pequeños arbustos candentes que danzaban sobre el agua que había bajado a sus pies.

Los ojos de Lina brillaron y se desperezó contenta por la repentina calidez. Le encantaba aquel poder infernal.

—Mmm… Es como tener tu propia chimenea —ronroneó.

—Estás entrando en calor, ¿no te parece más cómoda esta cama ahora? ¿Por qué no duermes un poco? —insistió él.

Lina adoptó una expresión tranquila, entrecerró los ojos y murmuró:

—Está bien. —William la miró satisfecho—. ¡Después de que me cuentes todo lo que sabes! —dijo dando un salto con su cuerpo y quedando a la altura de su boca.

—Mi hermosa actriz… —susurró William acomodándole el bucle rebelde de su frente, al mismo tiempo que aprovechaba la cercanía para darle un beso tierno. Sus labios no tenían ningún rastro del amargo veneno. Sin dejar de acariciarla, comenzó—: Cuando yo era cazador, matábamos el tiempo con viejas historias. A veces hay largas esperas ante los cuerpos agonizantes que se resisten a abandonar la tierra de los vivos.

Lina intentó ocultar la incomodidad que le generaban esas palabras. Le costaba imaginarse a su novio como un jinete demoníaco.

Él siguió hablando, casi en un susurro:

—Un viejo cazador, que en su vida humana había navegado mucho y le gustaba hablar, nos contaba todas las historias que sabía sobre los mares, y entre ellas nos explicó que, después de la Gran Guerra, cuando los acuosos inundaron las tierras, los océanos quedaron destruidos. No nacerían más niños y estarían condenados a permanecer con la misma presencia por el resto de sus días. Ahí donde lo ves, Areias debe de llevarme varios siglos.

Lina lo escuchaba atenta sin cambiar de posición. Recordaba la historia. Celestine, la más antigua del grupo de Samuel, se la había narrado tiempo atrás.

—Cuando ese cazador vivió —continúo él—, los hombres aún creían en las criaturas marítimas, así que contaba la historia con todo lujo de detalles. Al parecer, durante las batallas por el dominio de la Tierra, todo era un caos. Las aguas dulces y saladas se mezclaban, los terrestres convivían con los acuosos… Y tú sabes lo que ocurre cuando los mundos se mezclan. —Le acarició la nariz con un gesto tierno.

—Espera, ¿qué significa que las aguas se juntaron? —preguntó confundida.

—Son distintos ambientes, que generan distintas criaturas —explicó—. Las de agua dulce son más… humanas y más débiles. Dicen que muchas de ellas durante la Gran Guerra defendieron a los terrestres, pero también fueron condenadas. Sus hermanos habían pecado lo suficiente para contaminar todas las aguas del mundo. Los mejores ejércitos vienen de las capas más ocultas de las aguas saladas. Ellos tienen un sistema dividido en clases. Areias es de la realeza, y hasta debe de tener un arma poderosa como mi espada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso? No nos ha dicho nada sobre sí mismo. —Lina, en realidad, quería llegar al fondo de aquella misteriosa llamada que alertó a William sobre esta criatura. Le interesaba aquella «amiga» de la que jamás había escuchado hasta ese día.

—Es de la clase alta. Lo sé por cómo habla y por cómo se mueve —continuó William sin advertir sus celos—. Solo la realeza puede comunicarse en distintos lenguajes y pasar por terrestres. Los otros son más salvajes. Sus soldados, el linaje más bajo, son descerebrados andantes… Al menos eso es lo que contaba ese cazador. En sus días los acuosos se mostraban mucho más que ahora, después fueron desapareciendo poco a poco. Areias tiene cicatrices como las mías —William bajó la mirada—, lo que significa que peleó contra ángeles y sigue vivo. Debió de ser en la Gran Guerra. Un acuoso común y corriente no hubiese sobrevivido.

El demonio se observó sus propias manos. Allí también había cicatrices.

La mente de Lina regresó a la tarde en que sus tíos lo vieron de nuevo cuando regresaron juntos de Darkhorse.

Su tío Dimitri estaba en cama y ella corrió escaleras arriba, directa a su habitación. Tenía la infantil esperanza de sostener aquella vida con su mirada. Si llegaba y lo miraba no era real.

Sin embargo, su tío no estaba tan mal y, aunque su mirada de hija rescatada no le devolvió la salud, tampoco lo encontró en su lecho de muerte. Sí, su generosa barriga había desaparecido y ahora un aire de debilidad surcaba las mejillas antes regordetas, pero su tío seguía luchando.

La mente de Lina recorrió el camino inverso. ¿Por qué había recordado aquel día? Ah, sí, por la historia que le contaron a sus tíos. William había sufrido un ataque, unos maleantes intentaron robarle y por eso se había demorado tanto en reencontrarse con Lina. Pero ahora ya estaban juntos. Desde ese día, después de ver el rostro herido de aquel muchacho, la tía Barb se mostró aún más solícita y cariñosa, y el tío Dimitri bajó un poco sus defensas.

De vuelta al momento que estaba viviendo, Lina notó que William acariciaba otra vez sus piernas para darle calor. Ella se acomodó en la cama e intentó retomar la conversación:

—Areias no parece malo.

—No. —Habló aún más bajo que antes—. No quiere lastimarte.

—Pero, en general, no debe serlo —replicó Lina—. Estaba… Está enamorado de una humana.

William no respondió. ¿Eso lo convertía en un ser menos despreciable? Él mismo, siendo un condenado del inframundo, se había enamorado. Sin embargo, eso no era difícil, hasta un alma impía como la de él desfallecía ante los encantos de una hija de las Tierras.

¿Acaso amar significaba ser mejor?

Sin respuestas, se colocó su cabello hacia atrás y prosiguió con la historia:

—En ese caótico mundo compartido, algunos de los machos de las aguas saladas, que son los más poderosos, se cruzaron con hembras de agua dulce y otros —suspiró mientras rodeaba a Lina con sus brazos acostándose a su lado— lo hicieron con humanas.

William se enterneció al sentir el corazón de ella bombear con prisa. Hasta la historia más simple la conmovía.

Los truenos que comenzó a escuchar lo alertaron de la tormenta que llegaría y adivinó que las goteras empezarían en unos instantes. Debía terminar su historia con rapidez para que Lina pudiera descansar.

—Dicen que hubo tres machos acuosos protagonistas de la leyenda de la nímbula. El más poderoso de esos tres se cruzó con una acuosa de agua dulce; una hembra de inferior categoría que dio a luz a dos crías antes de que los Cielos los maldijesen para siempre. Parece que la menor es la última nacida dentro de los confines de las Aguas. El segundo macho se enamoró de una humana durante la Gran Guerra; según cuentan, él la salvó de la muerte en una batalla y se marcharon. No los pudieron encontrar nunca. No se sabe qué fue de ellos. Algunas historias, contadas por los acuosos por supuesto, dicen que los encontraron y los mataron a ambos junto con su descendencia. Otros dicen que el macho, enloquecido por los remordimientos de su propia traición a la raza, la mató en un acto de furia y otros simplemente cuentan que fueron felices para siempre.

—Me quedo con esa —trató de bromear Lina.

—Yo también —coincidió—. En tal caso, el tercero no tuvo tanta suerte. Y aquí la historia parece ser una sola, por lo menos hasta cierta parte… El tercero se enamoró de una… —hizo una pausa larga hasta que se animó— … de una Elegida.

Lina se incorporó y se sentó frente a él. Fuera, un relámpago iluminó la playa entera.

—Eso es imposible. Ellos quedaron fuera de la Competencia. Tú me lo dijiste.

William se incorporó también y le besó los labios con dulzura, acercándola un poco.

—Sí —afirmó—. Ellos quedaron fuera, después de lo que ocurrió. Aunque nada se sabe con certeza, pasó hace mucho… Algunos creen que nunca fueron parte de la Competencia, que la costumbre empezó después de la Gran Guerra. Otros suponen que comenzó algo antes, durante los años turbios que preceden a ese tipo de enfrentamientos. Los que creen eso, piensan que solo una Elegida, la primera, tuvo un niño con un acuoso… Lo cual no era tan grave, porque antes los

cruces entre los reinos sucedían con regularidad. Las murallas comenzaron a construirse en esos malditos años.

Permanecieron unos momentos mirándose uno al otro. En esos reconocimientos que hacen con frecuencia los enamorados cuando memorizan sus rostros.

—¿Y qué pasó? —preguntó Lina, saliendo de aquel embrujo.

—En aquellos tiempos de venganza, se dio la orden de matarlos. La Elegida era, al fin y al cabo, una humana, una enemiga… —William pronunció esas palabras con un timbre de voz que Lina no le había conocido antes.

Los dos se quedaron en silencio. Escucharon la casa crujir y mecerse contra el oleaje de la marea crecida.

—Murieron, ¿verdad? —dijo al fin Lina.

—Él y ella, sí. Hasta ahí la historia es unánime.

—¿Y el niño?

—Era una niña. En eso también concuerdan todos. —William suspiró—. Algunos dicen que murió; otros que las aguas dulces la adoptaron y otros creen que la niña se crio entre los hijos de la Tierra.

—Entonces, ¿por qué los sacarían de la Competencia?

Ese era el momento que William había temido desde que comenzó la historia, pero se obligó a continuar:

—Los acuosos, al ver que los ejércitos de los Cielos avanzaban sin descanso y que la derrota era inminente, se encolerizaron entre ellos y persiguieron con crueldad a los desertores. Sin piedad. Cuando se enteraron del nacimiento de la niña, buscaron entre los recién nacidos y sacrificaron a todo bebé que cumpliera con las características.

Lina ahogó un grito en el pecho de William.

—Son leyendas, mi vida, y las que no lo son, sucedieron hace mucho tiempo. En un pasado que no nos corresponde.

—Termina la historia —le pidió sin salir del refugio de su pecho—. ¿Cómo hicieron la planta que hoy me picó?

—Estos tres acuosos tenían tres hembras destinadas —siguió William—. El primero, como miembro de la realeza, debía casarse con una par y no lo hizo. Desposó a la criatura de agua dulce, la madre de sus hijos. El segundo tenía una consorte y la abandonó para huir al mundo de los terrestres. Al tercero lo unía un vínculo sagrado con una bruja de las aguas profundas, criaturas que tienen el poder de hipnotizar a los demás seres, sean humanos, demonios o acuosos… Excepto a los ángeles. —Lina notó un cierto recelo en la voz de William—. Las tres eran poderosas y con egos demasiado grandes. Crearon la nímbula que supuestamente atraería y mataría a toda criatura de la tierra que quisiera robarse a un acuoso, pero en el momento en que la planta nacía, la más despechada de todas fue más fuerte y la impregnó con el maleficio que hoy cumple esa bella enredadera: matar a las Elegidas.

Cuando Lina escuchara la verdad sobre aquella planta, y no esa ridiculez, comprendería que también en el mundo de los acuosos las historias son contadas por las voces poderosas de quienes condenan a otros a las sombras o a las injusticias, interpretando la realidad para su propio beneficio.

Ahora, Lina intentó imaginarse aquella planta. Antes no pudo verla, pero sí sintió como que algo trepaba por su pierna, justo como una enredadera que crecía deprisa. Pensando en ello y en las criaturas oscuras de los océanos, agotada por el trajín sobrenatural del día y con la lluvia de fondo, finalmente se durmió entre los brazos de su demonio.

Capítulo 3

La cabaña de León



> «—Sabías que venía por ti. Siempre lo supiste, por eso intentabas confundirla. Pero ella fue más fuerte que tú. Y ahora, yo he llegado para recordarte, Destiny, que los Eternos podemos matarnos entre nosotros.»
>
> W. Parrot, *Darkhorse*

Los primeros rayos del amanecer le hicieron abrir los ojos. Se quedó quieta. El fuego se había apagado. William dormía dándole la espalda y el calor de su cuerpo era suficiente para mantenerla tibia y confortable. Repasó la historia que había escuchado la noche anterior y se imaginó a las criaturas de las Aguas hermosas y temerarias como Areias. En su mente podía verlo todo como una obra de teatro:

Tres mujeres poderosas de las aguas saladas… Las más temidas que se unieron en un pacto de despecho.

Ese debía de ser el comienzo del primer acto.

La leyenda de la nímbula, o algo así… Sería una gran puesta en escena. Tendrían docenas de acuosos comunes y la corte de las Aguas estaría formada por los actores más hermosos del pueblo, y si además ella pudiese tener un papel… ¿Cuál? Detuvo ahí mismo la fantasía. Le dolía pensar en su profesión frustrada por el pánico escénico que la obligaba a mantenerse entre bambalinas.

Luego su mente viajó a otro lugar.

Pensó en la planta que la había envenenado. Pensó en aquella lucha entre William y Samuel, y

se llevó la mano a su abdomen, por donde casi se le escapa la vida apenas unos meses antes. Si Astrid, la Suprema de los Cielos, no la hubiese curado, su novio compartiría el sufrimiento con Areias. Justo en ese momento, William, girándose, la abrazó. Quizás él hubiese estado pensando exactamente lo mismo.

—Buenos días. —Su voz delataba que no había dormido lo suficiente.

Lina lo besó en la mejilla mientras se restregaba los ojos.

—Estoy preocupada —dijo despacio. Ahora que ya no llovía, la casa estaba en silencio.

—¿Por el símbolo? —adivinó William.

—Me parece inhumano pedírselo justo ahora.

—Yo lo haré —la animó—. No tienes nada de qué preocuparte.

Lina se incorporó y lo recorrió con la mirada. Era tan alto que su cabeza rozaba el cabecero oxidado. Todas las almohadas las había usado para ponerla cómoda.

Más atrás, Lina observó otra cosa. Se acercó y acarició las figuras que el hierro formaba. Eran pequeños peces; y aún más atrás, donde la humedad no tapaba la pared, Lina limpió con su mano el dibujo de un arcoíris.

Se bajó de la cama sin escuchar los reclamos de William, mientras quitaba el verdín y observaba con angustia la hermosa decoración de lo que nunca iba a ser un cuarto infantil, pero había deseado serlo.

Ambos fueron notando todos los detalles que la luna y el agua les habían ocultado: la mecedora en la esquina, los osos de peluche esparcidos sobre aquel baúl que, al abrirlo, mostraba juguetes de todo tipo nadando en el agua que se había filtrado.

William quiso impedir que fuese al armario, pero ella insistió. Todas las prendas eran de color amarillo y blanco. Entonces recordaron las palabras de Areias: no importaba si era niño o niña, si tenía más de uno que del otro…

Lina se sintió aún peor y, sin soltar el diminuto abrigo que ahora llevaba en su mano, se debatía entre intentar que William no pidiera el símbolo y su propia necesidad. Aquello era vital para su futuro.

«Siempre en el lugar y el momento equivocados», se dijo a sí misma.

Al final, William la convenció. Las caricias de él fueron más fuertes que su sentimiento de culpa.

Salieron y Lina volvió a escuchar los sonidos del día anterior.

—Es una especie que los humanos no conocen —le explicó William—. Son peces que cantan como pájaros solo en presencia de algunas criaturas.

—Es hermoso —dijo mientras caminaba por el fango del jardín con cuidado de no caerse.

La marea había retrocedido considerablemente, dejando un pantano lleno de plantas que comenzaban a secarse por efecto del sol.

A lo lejos, Areias seguía en la misma posición. Durante la noche, William había creído escuchar sonidos en el techo de la cabaña, pero allí estaba él.

Sin mirarlos, hablando en el idioma de los Infiernos, creyendo tal vez que era el único que entendían, les pidió que abrieran un hueco en la tierra junto al sauce mientras él se despedía de Cordelia por última vez.

William encontró una vieja pala en la parte trasera de la casa y mientras cavaba la tumba el sol subía un poco.

Al menos estaban secos.

Lina estaba paralizada. Lo único que movía era su pecho al respirar con lentitud. Las lágrimas se amontonaban en sus ojos cuando escuchó a Areias susurrar palabras que ella no entendía. Eran como silbidos que se hacían más desgarradores con el canto de aquellos peces. Intentó buscarlos desde allí, la zona seca donde William la obligaba a permanecer, pero solo veía el agua cristalina que a veces reflejaba una u otra cosa del mundo de los hijos de la Tierra.

Cuando terminó sus labores como sepulturero, William permaneció junto a ella.

Esperaron.

Estaban rodeados de montañas rojas y verdes, plantas gigantescas y el dolor infinito de quien lo ha perdido todo. Lina sabía que se encontraban en alguna parte del hemisferio sur que no podía ni pronunciar.

Sin previo aviso, Areias se levantó. Era muy alto, rudo al andar, y solo un elemento humano contrastaba con aquella extraña naturaleza: una pulsera con un pequeño círculo colgando de su muñeca.

Lina lo supo en el acto. Eso era lo que habían ido a buscar. No podía explicar cómo lo sabía, pero aquella pulsera tenía la marca de Destiny.

Areias acomodó el cuerpo con delicadeza en la tierra y lo besó en la frente. Aceptó la ayuda de William para salir de aquella tumba, más por inercia que por necesidad.

—No sé lo que se dice —murmuró.

Lina caminó hacia donde estaban, ya que no era la sobrina de un reverendo en vano.

—Hoy estamos reunidos para rendir homenaje a Cordelia —comenzó—. Yo no llegué a tiempo para conocerla y lo lamento. Me hubiese gustado hablar con ella y compartir recuerdos… Saber dónde creció, quiénes fueron sus amigos, la forma en la que se encontró por primera vez con el amor de su vida, los momentos de calma en los que ambos fueron construyendo una vida en común repleta de deseos… Y esto es lo único que conozco de ella. Sus deseos: crear y amar con Areias un nuevo ser. —Lina hablaba con sinceridad y, a continuación, dijo lo que tantos años antes no había podido decir en aquel cementerio la tarde en que enterraron a sus padres—: La muerte es poderosa y triste, y por eso este no es momento de seguir adelante ni honrar la vida. Este es momento de respetar la muerte con pena y llanto porque se ha perdido una vida irrepetible que, a partir de ahora, habitará entre nosotros en forma de recuerdo únicamente. Adiós, Cordelia. —Pocas veces se habían dicho en el Infernus palabras tan devastadoras.

William puso un puñado de tierra en la mano de Areias y le indicó lo que debía hacer con eso.

El príncipe de las Aguas lo arrojó sobre el cuerpo de Cordelia, seguido por el cazador líder y

por la Elegida regente, que arrojó una mezcla de tierra y arena.

Una vez que la tumba estuvo cubierta, Areias se quedó mirando la cruz que William había improvisado.

—¿Qué significa? —quiso saber—. Lo he visto antes.

Lina no hubiese sabido por dónde empezar.

—Les da esperanza —afirmó William en el lenguaje humano local.

Areias asintió con la cabeza despacio.

Lina se adelantó y lo tomó de la mano. Era pegajosa, de una consistencia extraña, y estaba helada, pero él la apretó con tanta necesidad de afecto que supo que sus cinco dedos humanos le hacían recordar la calidez de Cordelia. Observó a William y, con una mirada, ambos estuvieron de acuerdo: no le pedirían el símbolo. Encontrarían otra forma. Otro momento.

—Debo volver —exclamó la criatura del agua.

Lina y William caminaron tras él.

La música acuática daba la bienvenida a aquel príncipe. En el momento en que el sol se despegó del horizonte, la melodía encontró su momento cumbre. Su hogar lo reclamaba. Areias, entre la tierra y el océano.

—Adiós, Lina —dijo volviéndose, cuando casi llegaban a la orilla del mar.

William clavó su espada en la arena y las aguas se separaron inmediatamente. Allí había una barrera protectora para la Elegida, que veía el oleaje tímido de la orilla, con sus pies sobre la arena seca. El demonio no se apartó demasiado. La inmensidad del mar contrastando con la delicadeza de su humana lo ponía muy nervioso.

Areias sonrió por primera vez. Un gesto amargo pero encantador, con una nobleza distinta a la de su cuna, una nobleza que solo se encuentra en aquel que fue valiente al menos una vez en su vida. Con un dejo de ilusión, le dijo:

—¿Pensarás en ella? ¿La recordarás en las Tierras? No tenía familia… Solo a mí. ¿Nombrarás a alguien de tu descendencia en su honor?

Lina asintió a todo aquello. Era lo menos que podía hacer. Mantener un nombre es uno de los homenajes más grandes que existen para los hijos de la Tierra, acostumbrados a volver al polvo una y otra vez. Los acuosos lo saben.

—Gracias —murmuró Areias—. Eres una buena humana. Al envejecer, llegarás a los Cielos. Quizás te espere un largo y difícil camino, pero lo lograrás. —Hizo una pausa en su discurso dando otro paso hacia el agua—. Quiero pedirte un último favor.

—Lo que quieras —dijo Lina.

—Cuando la veas allí, dile… —Buscaba las palabras.

—Le diré que la amas y que la echas de menos —completó ella—. Le diré que cada latido de tu corazón lleva su nombre.

La criatura asintió, satisfecha, ya con medio cuerpo en el agua.

—Adiós, Lina. Gracias por venir a presentar tus respetos.

Areias se volvió hacia el océano, suspiró y se zambulló de golpe en una ola creciente.

Lina sintió que algo le acariciaba el pie. Estaba sugestionada, debía admitirlo, por el incidente de la tarde anterior. Miró hacia abajo y notó que, entrelazado a la espada que continuaba separándola del peligro, había un trozo de cuero con un pequeño círculo plateado: la pulsera de Areias.

Fue William quien la tomó, junto a su espada y a la propia Lina, mientras Humble aparecía a todo galope, haciendo saltar el agua y la arena a su paso.

* * *

Todo el contenido de sus joyeros, bolsos, mochilas y morrales había quedado desparramado sobre la cama de su casa.

Lina estaba desesperada. Ninguna de sus pertenencias podía ser el símbolo de los Cielos. Estaba en blanco, no se le ocurría nada. Ya no podía concentrarse por mucho tiempo ni en las más mínimas tareas. Lo atribuía al estrés de su vida y se obligaba a calmarse, lo cual era básicamente imposible.

Ahora que tenían el símbolo del agua, debía estrujarse el cerebro y pensar. Solo eso…

Para no volverse loca, Lina acompañó a su mejor amigo y a su novio a ver un partido de *hockey* que no le interesaba en absoluto. Aunque agradecía el ruido que la alejaba del recuerdo de Areias y aquel funeral acuático.

William se mostraba cada vez más solícito con ella. Los mimos y los regalos aumentaban mientras le decía que no se presionara: el recuerdo del símbolo de los Cielos regresaría a ella.

—Explícamelo de nuevo, por favor —pidió J. J. mientras se volvía a sentar. El partido lo tenía escandalizado. Eran locales e iban perdiendo contra un equipo de Ontario.

—Es simple —afirmó Lina—. Es como una fiesta de disfraces, pero sin ropa. Solo con peinados.

—¿Por qué?

—¿Qué es lo que más le gusta a tu hermana, J. J.? —Lina trató de explicárselo de otra manera y le mostró la carpeta que llevaba con los detalles de la fiesta en donde escribía aquí y allá para aprovechar el tiempo.

—Las cosas del cabello.

—Sí. —Lina quería llegar al punto—. Entonces, lo mejor es hacer una fiesta donde lo principal sea el cabello de la gente. Ya sabes…, con estilo.

—¿Y por qué no hacer una fiesta de disfraces? ¡¿Lo ves, lo ves?! —le preguntó a William, que también se quejaba por el pase que se habían perdido.

—Porque en una fiesta de disfraces lo importante es la ropa —Lina se estaba exasperando— y la caracterización, y si alguna vez me quieres organizar una fiesta así, te lo agradecería.

—En una fiesta así nos conocimos tú y yo, mi vida —la interrumpió William y le robó un

beso.

Las mejillas de Lina se incendiaron en el acto. La había tomado desprevenida.

Se giró hacia Josh para no perderse en los besos de su novio y continúo:

—Por favor, ¡escúchame!

—Ya, ya, entiendo… Habrá un concurso de peinados al final.

—Exacto. —Los veinte minutos de charla habían servido de algo—. La gracia está en que todos adivinen quién eres solo por el peinado, pero se prohíbe cualquier tipo de disfraz. ¿Qué te parece?

—Maravilloso —intervino William mientras la abrazaba con tantas ganas que Lina terminó sobre sus piernas—. Deberíamos sentarnos siempre así, ¿no crees?

Lina se ruborizó aún más ante la tentadora propuesta y se escondió entre sus hombros.

—Amor mío… —murmuró William. No podía creer que alguien como ella se entregara a él de esa forma. Lina lo hacía sentir un hombre honrado y nunca había pensado así de sí mismo.

—Yo iré como Elvis —exclamó J. J. sin apartar la vista del partido—. Zack me puede hacer un descuento en el traje.

—Explícale tú, por favor —le pidió Lina a William agotada, mientras seguía oculta en su pecho.

* * *

Cuando el equipo contrario anotó su tercer tanto, Lina, carpeta en mano, se excusó con los muchachos. Necesitaba alejar su mente del *hockey* por un rato. Jamás entendería el fanatismo de Josh y de William por los deportes.

Ella tenía un don extraordinario para no prestarle ninguna atención a aquello que no le interesaba; pese a escuchar innumerables charlas sobre *hockey*, aún no conocía ni las reglas básicas.

Contenta por alejarse de un lugar tan ajeno a ella, mientras esperaba sus palomitas en la cafetería, se asombró al ver lo más raro que sus ojos le habían mostrado en toda su vida. Mucho más extraño que el destino en una cueva, más extraordinario que caballos galopando fronteras en segundos, muchísimo más extremo que un grupo de ángeles aleteando en el cielo… Allí, en una mesa, en lo que parecía una cita romántica, estaban Valerie y Zack. Sí, su vista no la engañaba, la risueña Valerie Simon estaba compartiendo una porción de patatas fritas y una bebida tamaño extragrande con Zackarias, el único muchacho gótico que Lina conocía en Whitehorse. Era una imagen que ejercía una fuerza gravitacional: todos los pares de ojos estaban puestos en aquella pareja tan impredecible.

Lina se reconoció en la muchacha: a ella también todos la miraban cuando estaba con William, aunque sabía que Zack ni se podía comparar con su novio.

Con las palomitas en la mano, que pagó casi automáticamente sin prestar demasiada atención,

se dirigió a una mesa apartada de la vista de todos para pensar en los arreglos para la fiesta de su amiga. Entre tanta locura de mundos fantásticos, agradecía tener esas tareas cotidianas.

La carpeta que llevaba estaba organizada en tres secciones: «Invitados», «Decoración y comida» y «Entretenimiento».

En la primera parte había una lista larga con todas aquellas personas a las que Julie querría en su fiesta. Los había dividido en grupos de prioridad; ya después con Josh decidirían si había alguien que faltaba o, peor aún, sobraba.

En la sección siguiente debía completar el presupuesto. Había ahorrado cada una de sus pagas desde que estaba con su generoso novio. No solo no podía pagar ni lo más mínimo, sino que sospechaba que él «olvidaba» dinero en lugares extraños como la billetera de ella, los bolsillos de sus chaquetas, su mochila… Es más, en esa misma carpeta, Lina encontró entre las hojas un total de casi doscientos dólares.

William no admitiría su culpabilidad frente a la orgullosa Lina cuando se los devolviera, pero su sonrisa delatora y ese gesto de colocarse el cabello lo exoneraban de toda falta. Lo amaba tanto que todo lo que le sucedía lo soportaba por estar junto a él…

Lina se dejó llevar por la fantasía. Soñaba con todo al mismo tiempo: William y ella terminaban la búsqueda de la Máxima Insignia, su tío se curaba y volvía sano y salvo, Julie recuperaba su ánimo por lo bien que ella había organizado la fiesta de graduación…

Lina era afortunada. Los enjambres de fantasías la protegían contra el mal que se acercaba.

—No quiero que me acusen de explotación. —Una voz conocida la sacó de sus cavilaciones —. Espero que no estés trabajando en la obra justo durante el partido. —El señor Griffin estaba con un refresco en la mano, de pie, muy cerca de ella. Siempre usaba suéteres de cuello alto que lo hacían parecer sofisticado y misterioso.

—¡Profesor! —Lina se puso de pie y al hacerlo se golpeó con la mesa. Algo le pasaba con ese hombre; por más que él fuese amable y relajado, ella se sentía a prueba frente a él. No podía soltarse como con el señor Thompson.

—Por favor, llámame Daniel —le pidió.

—Daniel, disculpe. No lo vi.

—Lo siento. Suelo aparecer por sorpresa… Entonces, dime, ¿no estarás trabajando en la obra durante un partido?

—Oh, no —dijo Lina—. Es decir, sí, pero no para usted. Digo… no en la obra. En la fiesta de Julie…, de una amiga. —Mordisqueaba sus uñas por lo incómoda que le resultaba la situación. Era absurdo ponerse así.

—Ahh…, pues me alegro. No quiero que te agotes. Tienes mucho talento y yo cuido a mis talentos. —Al ver la mirada un poco desconcertada de ella, agregó—: Vi la obra que adaptaste el año pasado. Seguro que este año también me sorprendes. ¿Cómo vas con eso? ¿Ya has elegido?

Lina, como siempre, acaparando más de lo que podía manejar, se apresuró a soltar excusas.

El profesor comenzó a reír. El balanceo de su cuerpo y una fuerte carcajada hicieron que Lina

dejase de hablar, incómoda.

—No te urjas. Hay tiempo —la calmó—. Ya lo lograrás y, si lo haces bien, puedes quedar contratada como mi ayudante oficial. Con un modesto sueldo… ¿Qué dices? Lo hablaremos después de la obra.

La idea de ganar un salario le pareció estupenda a Lina, ya que debía ayudar en casa de sus tíos. Efusivamente, con cuidado de no tirar la mesa, dijo:

—Muchas gracias. Trabajaré duro. ¡Se lo prometo!

—Lo sé, ahora te dejo seguir con lo tuyo. Ya te he molestado lo suficiente. —Sin esperar respuesta, se alejó. Cuando Lina volvía a sentarse, más tranquila, el señor Griffin, desde la otra punta de la cafetería, le gritó—: ¡Adiós, Lina, disfruta del partido!

Al escuchar su nombre, Valerie y Zack se giraron a mirarla.

Se había olvidado de ellos.

Ambos chicos la saludaron con gesto cohibido y ella les devolvió un tímido *hola* que se perdió en el estruendoso festejo del primer gol del equipo local. En ese momento recordó a William y a J. J., agarró sus cosas y se fue para compartir las buenas nuevas con ellos.

Capítulo 4

El regreso del Elegido



> «Rory solo pensaba que hacía cuarenta y cuatro días que él no había estado tan cerca de ella. La última vez había sido a la salida de la pista, después de un partido de *hockey*. Él como estrella, ella como la chica del agua.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse V. Regreso a Whitehorse*

El primer símbolo quedó guardado junto a la espada de William, bajo llave.

Ahora Lina debía recordar. El siguiente era el símbolo de los Cielos, que, en palabras de Destiny, ya había pasado por sus manos. Aquello la tenía desesperada, pero Josh, su amigo con más tiempo libre, había ideado un cronograma detallado para expandir su mente y lograr resolver el acertijo.

La primera actividad ideada por J. J. iba a tener lugar en la carretera. William se había marchado, así que Lina agradeció tener algo en qué ocupar su tiempo.

Ella jamás había salido a correr en su vida, y se notaba. Corría sin estilo, sin método; de la misma forma que la niña preasmática había corrido con sus amigos en su país natal. Y como aquella faceta jamás se había desarrollado, Lina corría exactamente igual que a los siete años.

Era la primera vez que Josh sentía vergüenza ajena de su amiga. No por su torpeza al correr, él tampoco era un buen deportista, sino por el atuendo que había elegido. Y es que Lina cometía esos errores de sobreidentificación con el rol. No podía irse a dormir si no lucía como Mina, lista para ser sorprendida por Drácula, en su camisón de encaje; no podía ir con un paraguas normal

un día de lluvia… Nop, esa no era su amiga, debía caracterizarse como si estuviese en un musical: botas, chubasquero y gorro haciendo juego.

Ahora Josh la veía vestida igual que un personaje de alguna película de ciencia ficción. Anaranjada. Era de día, pero al parecer, salir como una señal de tráfico fluorescente le daba a Lina la seguridad necesaria para animarse a correr por el lado de la carretera.

Al amanecer, antes de salir, cuando Julie la vio, se atragantó con su cereal y por eso no pudo decirle nada a la Lina que era arrastrada por un también sorprendido Josh.

Él iba vestido con su ropa más vieja. Tampoco solía entrenar y su equipo verde ya le quedaba demasiado pequeño.

Sorprendentemente, las zapatillas de Lina eran naranjas también. Josh se preguntaba dónde habría conseguido una sola persona tanta ropa de ese color, pero no hubo tiempo para burlas. Los nuevos pulmones de Lina estaban listos para estrenarse, pero por si acaso, ella llevaba un inhalador en el bolsillo, y él estaría atento también.

—Tengo un gorro, ¿debo usarlo? —preguntó Lina trotando a su alrededor.

—Si quieres… —contestó él mientras intentaba recordar algún ejercicio de estiramiento para calmar el primer calambre del día.

Al ver que, por supuesto, el gorro de Lina era de un naranja flúor, la convenció de que el clima estaba cálido y enseguida comenzarían a sudar. La punta era lo único que a su amiga le faltaba para ser un verdadero cono de carretera.

—¡Vamos! —gritó Lina mientras avanzaba.

Josh la siguió contento; aquel atuendo atraía los rayos de sol y convertía a su amiga en un trozo de luz que se movía por la carretera gris.

Después de correr apenas un kilómetro, los amigos se cruzaron con un grupo de corredores que los miraban como extraños. Mientras la muchacha anaranjada ocupaba demasiado espacio para correr, el muchacho mendigo molestaba a todos con sus jadeos.

Lina comenzaba a cansarse y eso no la relajaba mucho. Debía poner su mente en blanco y estaba consiguiendo lo opuesto. Cerca de ella notó al grupo de Sarah Petelman, la antigua reina del colegio. Estaban todas sus amigas corriendo como gacelas engreídas brincando por un prado, pero Sarah no las acompañaba. Era raro verlas sin su abeja reina. Sin embargo, no perdían su toque y Lina notó como, aun corriendo a buena velocidad, se las arreglaban para enviarle miradas de burla y descalificación. En ese momento pensó que su atuendo a lo mejor era algo exagerado.

Observó a las muchachas con sus mallas deportivas que resaltaban sus esbeltas figuras, las cintas a juego con las muñequeras y las impecables zapatillas que seguro habían comprado para esa actividad.

Era como estar en el colegio de nuevo y, para empeorarlo todo, una punzada en el costado derecho la obligaba a doblarse, pero quería seguir de todas formas.

Josh iba tras ella con torpeza. Solo se apresuraba para pedirle que se detuvieran a tomar y

comer algo. Mientras, muchos corredores los iban dejando atrás, mostrándoles que no pertenecían a ese grupo.

A punto de alcanzarla, Josh notó que su amiga corría cada vez más fuerte, alejándose.

Lina creía que sus ojos la habían engañado, pero necesitaba confirmarlo. A pesar del dolor, apresuró la marcha y, cuando los corredores se colocaron de forma tal que la persona del extremo logró ser visible, sus ojos terminaron por confirmar lo que sospechaba. Allí, en la cabecera, la conocida espalda de William se movía acompasada a un ritmo perfecto y, para que la escena fuese un poco más incómoda, las muchachas que antes se ocupaban de burlarse de ella ahora iban justo detrás de él, dedicándose risitas cómplices mientras no perdían de vista aquel musculoso cuerpo.

Lina se armó de una fuerza extra y logró acercarse un poco más.

Cuando terminó de reconocer esas piernas fuertes, los brazos que iban atrás y adelante con gracia, y ese cabello mojado por la transpiración que empapaba una camiseta blanca pegada al cuerpo, Lina notó con espanto la razón por la cual los corredores eran en su gran mayoría mujeres. William, sin perder el ritmo, presa del calor de los Infiernos activado tras el ejercicio, se quitaba la camiseta y su cuerpo tensionado estaba allí para disfrute de todo el mundo.

Claramente él no reparaba en la conmoción de aquel público, pero Lina notó muy bien las reacciones de todos. Aquello no era la primera vez que sucedía, e iban por eso. Lo estaban esperando, como un espectáculo.

El corazón de Lina se descontroló. Si él ardía por ser un demonio, ella estaba a punto de convertirse en uno. La rabia se le atascaba en la garganta.

William giró de inmediato, al presentirla. Le sonrió y corrió entre los corredores que intentaban no perder el ritmo, guardando las apariencias, pero siguiéndolo con la mirada.

—Lina, mi vida, ¿qué haces aquí?

La punzada en el costado de esta se hizo evidente cuando se detuvo frente a él. Lo miró fijamente, mientras la gente que corría tras ella trataba de esquivarla, pero en el tumulto algunos brazos chocaban con la estatua en la que Lina se había convertido. Aquello parecía una maratón.

—Lina —insistió William, mientras el sol le pegaba de frente y la mitad de su cuerpo desnudo brillaba. Allí también una serie de cicatrices de todo tipo lo volvían más sensual.

Una cadena de pensamientos e imágenes comenzó a alborotar la mente de Lina: el hecho de que él no la hubiese buscado de inmediato al regresar de un viaje, aquel séquito de babosas que lo seguían, el efecto que causaba en todos…, su cuerpo hermoso…

Entonces Lina echó a correr en dirección opuesta.

William no tenía problema en alcanzarla, en obligarla a mirarlo, pero decidió no usar sus habilidades con ella. Los días pasados ya había abusado mucho de su poder de líder, por lo que le dio ventaja y la siguió mientras Josh se quedaba enredado en el largo cabello ondulado de Pamela Podolsky, quien corría valientemente, acostumbrada a entrenar dos horas diarias.

Lina atravesaba el corazón del bosque con sus mejillas encendidas al máximo. Cuando su

pésimo estado físico le ganó a su dignidad, frenó doblándose en dos, apoyada en un abeto.

—Mi vida, ¿me explicarás qué es lo que pasa, por favor? —suplicó William mientras se acercaba.

Lina giró, pero enderezarse no era una opción. El inhalador estaba en su bolsillo; sin embargo, no quería ni necesitaba usarlo. Solo debía sobrevivir a las náuseas. Para no correr nunca, aquello había sido una carrera agotadora.

—Tú… —Con una mano apretaba su abdomen y con la otra marcaba distancia con su demonio, mientras balbuceaba—: Tú vas y vienes… No funcionará… Total confianza… Camiseta…

William se acercó a ella y, sin decir nada, rompió la línea divisoria que Lina establecía con su brazo tembloroso. La tomó por ambos hombros y puso su boca sobre la de ella.

El aire cálido la invadió de pronto. Ambos corazones empezaron a acompasarse. Le estaba dando respiración boca a boca.

Sentir los músculos de él hirviendo, los labios tibios y fuertes, sus dedos sosteniéndola con el mismo cuidado con el que un león sostendría a una mariposa… Lina sonrió al pensar en esa analogía. Una selva no era tan distinta a ese bosque, un predador no era tan distinto a un cazador. Una mariposa no era tan distinta a ella…, aleteando sus alas…, débil… Viviéndolo todo deprisa. ¿Sería verdad que las mariposas vivían un solo día? ¿Era el pacto con William lo que la hacía tener esa sensación de que el reloj se pararía en cualquier momento? Todo rápido, todo urgente, todo ya. La misión, los símbolos, un hijo… Ahora la salud de su tío. Y, a pesar de eso, debía seguir viviendo, empezar y terminar la universidad…, su carrera.

Comenzó a marearse… Era tan pequeña en un océano infinito, se ahogaba, todo giraba en un remolino descontrolado, pero los dedos de William se hicieron más fuertes y la anclaron al mundo. La respiración boca a boca se convirtió en una sesión de descontrolados besos donde los labios de él mandaban. Su pecho descomunal ya no se mantuvo en una distancia gentil. William se amoldó al cuerpo cóncavo de ella.

En ese arrebato de pasión, la mente de Lina despejó el pánico y la entregó, libre, a la más exquisita de las pasiones. No importaba que él fuese un laberinto de intrigas, como decía ella cuando se burlaba de su propia disposición dramática. Frente a él, ella estaba desarmada.

Los besos, los gemidos, las caricias… Su mente daba vueltas, vacía, despejada, casi en blanco… Y se hizo la luz: *Labyrinth* [1] sería la obra de ese año.

* * *

Aquel martes la práctica en el teatro la tenía agotada. Para colmo había escuchado a una de las muchachas del último año decir que iba a invitar a «ese irlandés guapísimo, el tal William» a una cita.

Lina no lo podía creer. ¿Acaso eso estaba permitido? ¿Se podía invitar al novio de otra? Al

principio creyó oír mal, pero lo confirmó cuando una de las chicas hizo notar que aquel bombón tenía una relación con Lina Smith. La muchacha en cuestión se limitó a decir que ella no representaba competencia alguna. Lina, escondida entre los pliegues del telón, quiso reír; después de todo era la Elegida. Sin embargo, cuando lo pensó bien, se asustó: la gente creía que era muy fácil quitarla de en medio.

Se obligó a mantener la calma. No tenía tiempo para sus inseguridades, aunque estas se las ingeniaban para aparecer por todos lados.

Y por si eso fuera poco, la nueva estrella del teatro, Tiffany, estaba de un humor terrible y no soportaba la más mínima crítica. No había aprendido ni una sola de sus frases y no se dejaba tomar las medidas para el vestuario.

El nuevo profesor, el señor Griffin, tenía mucha menos paciencia con las estudiantes con aires de diva que su predecesor y decidió cancelar el ensayo hasta que la muchacha se comprometiera con el papel.

Cuando Lina recogía sus cosas para marcharse, Paul le propuso ir a comer. Como se había saltado el almuerzo, aceptó la invitación.

En ese momento ambos estaban refugiados de la tormenta que ya empezaba a nacer en el cielo y disfrutaban de una abundante comida en una sencilla cafetería.

—¿A que no te arrepientes de haber pedido doble ración de patatas? —bromeó el muchacho.

—Solo me arrepiento de no haber pedido el pastel antes. Parece que la señora McAdams se ha llevado el último trozo —exclamó Lina hundiendo una larga patata en salsa y señalando la mesa vecina—. Entonces, ¿qué piensas de los ejercicios de improvisación? ¿Te gustan los que he elegido?

—Al demonio los ejercicios —la cortó Paul.

Lina encontraba graciosa esa forma explosiva de hablar de su compañero. Le hubiese gustado ser así.

—Quiero que hablemos de cosas importantes —pidió el muchacho, observándola detenidamente. Lina se puso rígida; no deseaba hablar de la comidilla del pueblo: la salud de su tío Dimitri. Una de las cosas que amaba del teatro era la posibilidad de borrar todo lo demás. Suspiró; no quería ser grosera con Paul, respondería a sus preguntas, pero para su sorpresa este agregó—: Me gusta un chico y quiero invitarlo a salir.

—¡Eso es grandioso! —lo felicitó Lina. Por primera vez su compañero compartía algo íntimo con ella.

Paul se calló. La seguridad que lo acompañaba siempre se había esfumado. Se preguntaba qué pensaría ella.

Lina captó algo de aquel hilo de pensamientos.

—Perdona por no preguntarte más a menudo por tu vida —se disculpó.

Ante esas palabras, el muchacho le dedicó una amplia sonrisa.

—Tú tienes tus propios problemas, Lina. Tu tío y tu novio expresidiario y modelo de ropa

interior o algo así… —Con la forma natural y desfachatada de Paul, la tímida Lina, lejos de enfadarse, se rio de buena gana.

Fuera el clima empeoraba y dentro, ambos hablaban de Albert, un bombero muy apuesto al que Lina solo conocía de vista. Era apenas tres años mayor que Paul y se habían conocido en una fiesta. Sin dejar de comer, ella escuchaba atenta la fantasía de su compañero: un incendio menor lo obligaba a ser rescatado en brazos por aquel sensual bombero.

Cuando la fantasía de Paul se ponía interesante y la mente de Lina reemplazaba los personajes por ella y William, se quedó helada con lo que vio entrar por la puerta.

Los recuerdos se agolparon en su pecho. Se había obligado a no echarlo de menos, aunque sin éxito. Verlo allí le recordaba otra vida, una que ella no había elegido, y ahora ahí estaba él. Devastado.

Llevaba unos pantalones viejos amarrados con una especie de soga; una chaqueta verde muy gastada, raída en los puños, y los pies descalzos. Los ojos celestes brillantes, su paso decidido y su cabello desordenado le daban una imagen siniestra, peligrosa. Cada persona que había en ese lugar lo seguía con la mirada. Excepto Lina, que, como reflejo, bajó los ojos a sus intranquilas manos. El dolor que le producía verlo era más del que se había atrevido a reconocer en los meses que él se mantuvo oculto.

—Angelina, buenas tardes —dijo con una voz extraña…, una voz enferma.

Lina se levantó de golpe derramando su bebida, pero sin reparar en el accidente. No podía hablar.

Paul intentaba limpiar el desastre con servilletas que claramente no servían para aquella tarea mientras miraba hacia Lina, que ya no tenía sangre en el cuerpo, y luego a aquel muchacho que parecía un vampiro.

Ninguno decía nada. Solo se contemplaban, incomodando a todo el lugar.

El embrujo lo rompió Doris, la camarera, cuando llegó con su paño absorbente a limpiar la mesa.

—¿Os molesta si os acompaño? —preguntó Samuel.

—Para nada, asesino en serie —respondió Paul para aligerar el ambiente. El ángel erizaba la piel.

Samuel no le hizo caso.

—¿Cómo has estado? —quiso saber Lina mientras con un gesto lo invitaba a sentarse junto a ella.

—Ocupado —exclamó, indescifrable.

Lina asintió despacio.

—¿Dónde estabas?

—Por ahí.

—Un hombre misterioso —bromeó Paul.

—Ninguna de las dos cosas —dijo Samuel acomodándose en la silla mientras se echaba el

pelo hacia atrás, sin quitar la mirada de Lina.

—¿Tienes sed? —Ella le sirvió un enorme vaso con agua. Quería cambiar de tema. ¿Acaso Sam se había vuelto loco? Lo único que faltaba es que abriera sus esplendorosas alas ahí, delante de todos.

Pero Samuel no decía nada. Paul, ajeno a todo, intervino:

—Amigo, ¿qué te ha sucedido? ¿Necesitas que te preste un par de zapatos o algo de ropa? ¿Quieres que te llevemos a tu casa?

—Tus labios están secos —insistió Lina sin prestar atención a Paul.

—Tomaré nieve fuera.

—Una persona ahorrativa —intervino Paul de nuevo.

Esta vez Samuel sonrió y se volvió hacia el humano. Ante esa mirada, Paul logró decir:

—Me… Creo que… Es mejor… dejaros… Sí. —Se levantó apurado—. Solos… para… Está bien…, ¿no? Adiós. —Y se marchó.

Lina permaneció en silencio, buscando las palabras. Había algo que los sobrepasaba.

—Samuel, mi tío está muy enfermo. Yo sé que tú puedes curar…, por favor.

El ángel la miró con un brillo en los ojos, y por un segundo toda una trama se unió en su mente… ¿Qué pasaría si…? Pero no, ni siquiera él, aun con tanto veneno en su sistema, podía intentar algo tan cruel como eso.

—Las alturas me quitaron ese poder —reconoció.

—¿Puedes llamar a tus compañeros? ¿Matthew, Celestine, Peter? ¿Alguien?

—Tampoco.

Lina se miró sus manos: de tanto temblar parecía que se iban a desprender.

—¿Te está tratando bien? —preguntó el ángel con los dientes apretados, agregando con ironía a continuación—: ¿Está pasando tiempo contigo?

Ambos sabían de quién estaba hablando.

—Como siempre. —No quería ponerse a la defensiva, pero él se lo dificultaba.

Samuel sonrió de una forma extraña, como si fuese lo opuesto a un ángel, y Lina sintió un escalofrío deslizándose por su espalda.

—Disfrútalo —dijo y se levantó de un salto—, mientras dure. Te quedan nueve días.

Lina no tuvo tiempo de responder. Samuel dio media vuelta y se marchó. Por la ventana ella lo vio alejarse entre la nieve que comenzaba a borrarlo todo y se quedó allí sola, con una cuenta para dos por pagar, su novio vaya a saber dónde y nadie demasiado conocido como para que la llevara hasta su casa. Realmente necesitaba sacar su carné de conducir.

Aún con manos temblorosas se acomodó el gorro de lana, la bufanda multicolor, un abrigo pesado con manchas de pintura gris y el único guante que pudo encontrar. Siempre le pasaba lo mismo; podía inaugurar un museo de guantes disparejos con facilidad. Claro que eso no importaba. Solo quería salir de allí, ya que todos los ojos continuaban sobre ella.

Jamás imaginó cruzarse con Samuel en esas circunstancias. Había fantaseado con aquel

momento muchas veces, tenía un discurso, sabía cómo decirlo…

En la calle el frío le enrojeció las mejillas, se escondió en su bufanda y comenzó a andar entre los últimos rayos del atardecer. Sus auriculares desprendían una canción que le iba al momento. William le había regalado la banda de sonido de *Labyrinth* y cantaba por lo bajo, imitando el timbre de voz de David Bowie:

—*As the world falls down*… —Como una oración que repetía para no congelarse. Un mantra contra el frío, y para no pensar. Si se apresuraba lograría llegar a casa antes de que las ráfagas de viento la empujaran demasiado fuerte.

Sintió como su mano sin guante le picaba dentro del bolsillo. La nieve formaba remolinos que la hacían perder la estabilidad y decidió acortar camino por el bosque. La carretera no era muy segura con la escasa visibilidad que la transformaba a ella en presa fácil de los automovilistas asustados. Después de todo, no podía perderse por ese trayecto. Lo conocía como la palma de su mano.

La siguiente canción le recordó una escena de la obra. La protagonista, al borde de la desesperación por recuperar a su pequeño hermano, se veía envuelta en un sádico juego de escaleras con el mágico rey que la había colocado en esa cruel situación. Escaleras hacia arriba y escaleras hacia abajo.

Eso… Concentrarse le haría bien. Necesitaba recrear ese efecto visual en la obra. Lo hablaría con Harry, el encargado de atrezo del teatro, que hacía maravillas con sus ideas.

Cuando llevaba más de treinta minutos de caminata, comenzó a temblar. La nieve caía con más fuerza y le había empapado la chaqueta. Para colmo, las pilas se agotaron y el aparato rosado se volvió obsoleto.

Apretó el paso, pero el viento le ganaba. Los movimientos se hacían más dificultosos. No debía de faltar mucho. Según sus cálculos, su casa estaría a la vista cuando pasara los tres árboles iguales. Sin embargo, no los veía por ningún lado. No estaba donde debía estar.

Comenzó a girar sobre sí misma, intentando reconocer alguna referencia que le indicara en qué parte del bosque se encontraba, pero todo le resultaba desconocido. El viento no la dejaba enfocarse. Ya no se veían sus huellas en el suelo, ni siquiera podía regresar a la cafetería.

Comenzó a preocuparse por su respiración, que, aunque agitada, aún no la obligaba a usar el inhalador que palpaba en el bolsillo izquierdo. Sin embargo, las condiciones eran suficientes para generar uno de sus ataques: estaba perdida en el bosque, en medio de lo que prometía ser una gran tormenta, congelándose un poco más a cada segundo y sin que nadie supiese dónde estaba.

Hizo lo único que se le ocurrió y lo peor que alguien en su situación podía hacer: comenzó a correr. Desesperada. Cualquiera que la hubiese visto habría pensado que nunca había vivido en un lugar como Whitehorse, pero la criatura que la estaba mirando no pensaba en aquello.

Estaba muy lejos de donde ella se encontraba, esperándola… Con sus alas nuevamente blancas gracias a la magia de la nieve acumulada en los huesos de sus extremidades. La chaqueta era un recuerdo y el pantalón empapado se pegaba a sus músculos como una segunda piel.

Así, como salido de una película de terror, aguardaba.

Lina no hacía otra cosa que correr a sus brazos, como debió ser desde el principio.

«La naturaleza es el principio y el fin de todas las cosas», se repetía, y en la esencia de la Elegida debía estar la impronta de la obediencia. La necesidad de buscar la salvación eterna. El deseo por las alturas. ¡Maldición! ¡El deseo por él! Ella debía ser el espejo de las ansias que a él lo devoraban. Ansias de estar con ella…, de poseerla. Todo estaba armado en la mente de aquel ser alado. Ella solo tenía que interpretar el papel. Representar la vida perfecta que estaba destinada a ellos.

Lina no recordaba a Humble, ni a William, ni a ninguno de sus ángeles. No pensaba más que en escapar del frío. Con cada ráfaga, la piel de su rostro comenzaba a abrirse y la sangre se congelaba antes de salir. El cuerpo le dolía como nunca. Respiraba aceleradamente y temblaba con violencia.

Lo vio a un metro de distancia. Le recordó a tiempos distintos, cuando verlo no le provocaba una punzada de culpa agobiante como ahora. Sus labios violetas sonrieron antes de que él se sacudiera la nieve de un aletazo y entonces el rostro de Lina se desfiguró: sus alas, antes copiosas, tenían apenas unas plumas desperdigadas en pequeños sectores. A ella le recordó a un pájaro enfermo o viejo, a punto de morir.

Solo unos pasos los separaban. El viento lo agitaba todo.

Samuel tuvo que gritar para sobrepasar el sonido del bosque:

—¡Te eché de menos!

Lina se sintió peor. ¿Qué le había hecho a esa pobre criatura?

—Yo también, Sam —reconoció después de tantos meses. Temblaba. En su pecho había escondido muchas palabras que ahora no podía callar—. Aquella tarde, en este bosque, cuando me herí… Eso no fue tu culpa. Fue un accidente, Sam.

Las alas del ángel se agitaron con violencia.

—Estoy lleno de odio. ¡Mi amor por ti es un veneno! —gritó con furia y después, en otro tono, agregó—: Casi te mato de la peor manera. Tú no puedes morir así.

Lina dio un paso hacia atrás. Ahora la estaba asustando. Conocía bien las ideas que Samuel tenía acerca de la muerte y también estaba al tanto de los sentimientos que el ángel conservaba hacia su rival. La prefería en los Cielos antes que en la Tierra con William.

—¡No quiero morir de ningún modo, Sam! —Lina no podía creer que debía dejárselo claro.

En ese momento una rama cayó peligrosamente junto a ella. Ahora cada inhalación le dolía en la nariz y el pecho le zumbaba.

—¡Cuando mueras lo harás sin dolor, entre mis brazos! —gritó con tal seguridad que Lina casi lo creyó.

Y a pesar de las idas y venidas, de que todo al final resultaría bien para algunos y que otros cambiarían tanto su historia que el bien y el mal ya no importarían; a pesar del tiempo faltante,

un suspiro para algunos y una eternidad para otros, Samuel no estaba en lo cierto. Lina siempre moriría en la más completa soledad. Cada vez.

El ángel se adelantó y se irguió frente a ella. La miró con una pasión que Lina solo había visto en William y de golpe, sin que lo esperase, tomándola de la cintura le cubrió sus labios con los suyos.

Lina no pudo creerlo. Samuel se adentraba en su boca con todo el poder con el que había sido creado. Una sensación de entrega absoluta la invadió, la calidez fluía en su cuerpo, logrando que a cada instante el ángel se apoderara de su mente, sus decisiones, su alma, su futuro.

Comenzó a recorrerlo ella también. Entregándose. Era tan fácil y se sentía tan…

¡Pero no! ¡Tenía que ser fuerte! No debía responder a ese embrujo. Ella amaba a William. Tenía que usar su poder de Elegida, desearlo lejos para que se marchara. Sin embargo, eso tampoco había funcionado aquella vez en ese mismo bosque cuando el ángel intentó matar a William. ¿Y ahora estaba besándose con aquella misma criatura?

«¡No, basta!», se dijo.

Podía escuchar la tormenta, a ella misma intentando desembarazarse de sus brazos y, muy a lo lejos, un galope que conocía.

Abrió los ojos que antes apretaba con fuerza: entre los arbustos no estaba el pelaje negro que esperaba ver, pero el trote era inconfundible.

De pronto, ya no hubo más tormenta. Así, como si alguien hubiese chasqueado los dedos. No caía ni un copo más de nieve, ni una hoja se agitaba en los árboles. El cielo despejado mostraba unas estrellas tímidas que iluminaban al bosque, ahora en calma.

Samuel la soltó y giró sobre sí mismo, escudriñando el lugar.

Lina buscó a Humble, pero no había señal alguna del corcel y sin más demora, libre de la fuerza del ángel, echó a correr. Al menos ahora segura del camino que debía tomar. Solo se había desviado unos cuantos metros.

Atravesó la puerta de su casa casi sin aliento, agradeciendo que sus tíos no estuviesen, y al mirarse al espejo, ella misma se espantó. El matrimonio Smith se hubiese vuelto loco de haberla encontrado en ese estado. Tenía hojas pegadas por todo el cuerpo, la ropa mojada, el rostro pálido y los ojos desorbitados.

Lina recordó aquella noche en la playa cuando un eclipse, que normalmente les devolvía la humanidad por unos instantes a los cazadores de las profundidades, le jugó una mala pasada a William. Al conjugarse los astros, él había perdido su humanidad transformándose en un demonio peligroso, casi un animal.

Ahora tenía la misma sensación: era pequeña e insignificante en un mundo lleno de criaturas poderosas.

En la ducha el agua le devolvió la sensibilidad en los dedos. Se colocó su pijama más abrigado y se metió en la cama, pero, demasiado intranquila para permanecer acostada, se

levantó de un brinco y volvió al baño. Juntó la ropa húmeda y la arrojó al cesto, pero al ver que no cabía, bajó para meterla en la lavadora.

Abajo vio que la puerta de entrada estaba abierta de par en par, y dejó escapar un grito cuando alguien la tomó del hombro.

—Me tenías preocupadísima. —Era Julie—. Paul llamó a casa y dijo que te había dejado con un loco en la cafetería. Luego se desató la tormenta. ¿En dónde estabas? —La muchacha tenía la cabeza repleta de rulos bajo una redecilla. A veces Lina pensaba que era la única mujer en la tierra que hacía eso.

—Lo siento. Me encontré con Samuel —explicó Lina en un susurro y no pudo decir nada más porque el llanto se lo impidió.

Capítulo 5

El aleteo desesperado



«—Máximus, Maestro del Fuego, presente.»

W. Parrot, *Whitehorse VI. Wild Horses*

—Estás en una isla paradisíaca —la voz tranquila de J. J. intentaba relajarla para comenzar una especie de meditación.

Sin embargo, Lina solo podía pensar:

«No, estoy en el mismo pueblo de siempre; siendo acosada por un ángel loco, abandonada por un novio demonio e intentando recordar lo más importante de mi vida».

Pero no decía ni una palabra y se dejaba ayudar por su amigo. Además, después de la pasada noche, necesitaba relajarse. Samuel le había dejado los nervios de punta, y apenas había podido pegar un ojo.

Los amigos estaban en el comedor de los Jones, uno frente al otro, con sus piernas cruzadas, sentados en dos esterillas de yoga que sobraron de las clases que Josh había regalado a Lina hacía tres cumpleaños, con el propósito de acompañarla y conocer a todas las asistentes a la clase. Pero bueno, las historias de conquista del muchacho siempre tenían los mismos incómodos finales.

El aire estaba espeso por los inciensos que Josh había puesto en cada esquina. Las cortinas dejaban entrever un sol fuerte de mediodía en la calle, pero dentro estaban casi en penumbra. El viejo equipo de música emitía un sonido de ballenas, que a Lina la desconcentraba sobremanera cuando la cinta patinaba. La madre de los hermanos J. J. guardaba los casetes de relajación de

sus embarazos, momentos que, según la señora, fueron los peores de su vida. Lina no podía entender aquello. Los padres de sus amigos eran los seres con menos don parental que había conocido. Quizás por eso, Julie, la mayor, comprendió desde muy temprano que su pequeño hermanito necesitaba unos padres, así que ella se convirtió en una madre joven, una madre que hasta había adoptado a la otra pequeña huérfana de la casa contigua.

—Es una de esas mañanas tranquilas —continuó J. J.—. Has descansado tan bien por la noche que te sientes fuerte y calmada. Cada parte de ti te pertenece y la paz recorre tu cuerpo como una luz clara. Empieza por tu cabeza. Tus ojos se relajan y tu paladar se afloja, y la luz va bajando por tu cuello, tus hombros, tu pecho hasta el ombligo… Ahora despacio por tus brazos hasta los codos, luego la punta de los dedos, caderas…, ambas piernas. Es un viaje de luz que se lleva todo lo malo para no dejar más que claridad. Tomas una gran bocanada de aire y la sueltas por la boca. Lo haces otra vez. Y una vez más… Todos duermen aún. Llevas ese vestido rosa con lunares, sientes el sol cálido en la piel, tu pelo cae lacio por la espalda y se mueve con suavidad por una brisa ligera. Estás descalza y la arena se cuela entre tus dedos. El mar frente a ti te da paz. Escuchas las olas a lo lejos y abres los ojos.

—¿No los tenía abiertos ya? —preguntó Lina, quebrando el clima.

—No, no los tenías abiertos —respondió Josh con el mismo tono tranquilo que la divertía tanto. Sonaba a esos hombres que salían por la tele intentando vender sus libros repletos de profecías.

—Entonces, ¿cómo voy a saber que el mar está frente a mí? —insistió ella, mirándolo, mientras él mantenía la postura y los ojos cerrados.

—Porque lo hueles —explicó—. Hueles la sal, el sol calentando la arena… El aroma a coco de la crema protectora. Y ahora les das forma a esas sensaciones. El océano es azul y brilla. Das un paso hacia él. Despacio. Hoy casi no hay olas. Das otro paso. Todo tu cuerpo se siente liviano. Tomas una gran bocanada de aire, al entrar por la nariz tu pecho se infla y luego por tu boca exhalas todas las preocupaciones.

Lina, sin dejar la sala de sus vecinos o el centro de relajación de Joshua Jones, repitió la tarea, sintiendo que se liberaba un poco. Supuestamente los ejercicios de visualización que su amigo recordaba de las clases de yoga serían útiles para enfocarse, pero siempre era lo mismo… La mente de Lina jamás se relajaba. Esa era la verdad. Solo en sueños ella no era la dueña consciente de sus pensamientos. Ahora le seguía la corriente a Josh, porque lo intentaría todo con tal de recordar dónde estaba el maldito símbolo de los Cielos. Así que se obligó a estar en la isla desierta y con un vestido de verano, aunque toda la escena le hacía recordar aquel nefasto funeral junto al mar y lo peligrosa que era el agua para ella.

—Sientes la arena en tus palmas —continuó Josh.

—¿Por qué voy a sentir la arena allí? —volvió a interrumpir Lina—. ¿Me agaché y la agarré?

—Porque estás acostada —aclaró J. J. sin perder su tono de profeta.

—Nunca me dijiste que me acostara.

—Bueno, te lo digo ahora.

—Entonces, ¿me acuesto ahora aquí o allá en la isla? —quiso saber, un poco irritable.

—En la isla —respondió el templado Josh.

A Lina le molestaba la posición. Sus rodillas le quemaban y le costaba mantener la espalda recta.

—¿Y si nos acostamos aquí también? —sugirió—. Tú tampoco te ves muy cómodo con la espalda tan erguida.

—Lin, ¿tienes los ojos abiertos?

—Nop…

—Mmm… Está bien. Cierra los ojos y acuéstate —aceptó el muchacho.

Por su parte, Josh, sin abandonar el papel, se recostó junto a ella. Quedaron cabeza con cabeza, uno junto a otro… La espalda cansada de Lina crujió.

—La arena ahora se acomoda bajo tu cuerpo —siguió J. J.—. Se acostumbra a tus curvas y te abraza. Sientes que es tan fina que podría ser polvo y se escapa de entre tus dedos. Respiras lento y pausado. Escuchas el sonido del mar…, una ola pequeña rompiendo en la orilla. Abres un poco tus labios, relajas la mandíbula y tu lengua. Tomas otro puñado de arena y esta se vuelve a escapar.

Al sentirse satisfecho por la tranquilidad de su alumna, J. J. siguió durante un buen rato, hasta que un profundo ronquido lo hizo detenerse.

El dulce Josh se incorporó, detuvo el casete con los sonidos marinos, y pensó que al menos había funcionado para relajarla…, aunque un poco más de lo esperado. Agarró la manta que había tejido con Julie el invierno pasado y la puso sobre su amiga. En unas horas más la tendría que despertar para que se reuniera con Harry en el teatro, pero mientras tanto la dejaría dormir. Se veía tan tierna. Un rayo de sol se colaba por la ventana, iluminándole el pelo. Aquel día tenía mucha electricidad estática y le daba un aspecto salvaje, de aquellas míticas muchachas en islas perdidas que lavan su cabello en arroyos y lo secan al sol. Eso lo hizo sonreír. Miró a su amiga recostada en la sala en penumbra, y pensó que tranquilamente podría estar en aquella playa idílica, resguardada entre océanos tranquilos, donde nadie la lastimaba y era feliz.

* * *

Lina necesitaba tanto a William, pero no regresaba. Según su última llamada estaba visitando a amigos excazadores para encontrar el símbolo de fuego, y por eso había decidido que lo mejor era no preocuparlo contándole lo de Samuel por teléfono. Aunque no estaba segura…

Los hermanos J. J. le habían aconsejado que fuese sincera; sin embargo, Lina ya tenía experiencia ocultando información para no molestar a otros. Lo había hecho con sus tíos toda la vida, pero con William sentía que era más como una traición. Y quizás eso era lo que la preocupaba, contarle lo del beso… y reconocer que se había quedado pensando en ese beso.

No entendía por qué le daba tantas oportunidades a Samuel. Había algo en ella que la llevaba a perdonarlo una y otra vez, y objetivamente no tenía explicación. Él era una criatura hecha por los Cielos, tenía que distinguir el mal del bien, pero no lo hacía. En cambio, su demonio, que alguna vez había sido un humano sanguinario que decidió pagar sus faltas trabajando para los Infiernos, jamás la había tratado así. Era bueno y considerado. Todo un caballero.

Parecía que los papeles se habían invertido. El ángel no hacía más que comportarse como un… un monstruo, sí.

«Y tú eres la creadora de ese monstruo», le repetía una voz culpable dentro de ella.

Agradecía tener algo para ocupar su mente, y por eso ahora revisaba las butacas del teatro junto con Harry.

Una vez al año, ellos eran los encargados de hacer un inventario completo que revelase el estado del lugar. Gracias a la reparación de dos años atrás no tenían muchos disgustos. Hasta ahora solo habían encontrado un grifo que goteaba en el baño de mujeres, una butaca con chicle seco pegado, una parte descosida del telón y algunas luces que necesitaban cambios de focos.

Hicieron una pausa para comer juntos en la sala de herramientas. Lina llevó unos emparedados y un termo con sopa que abría mientras su amigo la miraba con desconfianza. Sabía que sus tíos no estaban y por ende temía por sus dotes culinarias. Lina lo tranquilizó: todo era obra de los hermanos J. J.

Cuando retomaron sus tareas, ambos estaban en un estado de somnolencia con la música de fondo que los deleitaba. El coro del pueblo había pedido prestado el escenario para practicar, ya que la acústica era estupenda, y, aunque no eran muchos, tenían unas voces maravillosas. Sin embargo, la directora, la señora Murphy, se empecinaba en gritarles a cada mínimo error.

Lina nunca había entendido por qué la soportaban, pero parecían funcionar bajo ese régimen autoritario. Era un placer escucharlos. Elegían versiones de canciones hermosas y no se podía evitar sentir una calma absoluta que solo se interrumpía cuando la señora Murphy colapsaba por una simple nota fuera de lugar.

Lina dejó a un Harry emocionado ante una canción en particular que lo obligó a tomar asiento, mientras ella revisaba todas las chucherías que se acumulaban a los lados del escenario. Los actores siempre dejaban sus últimas notas arrugadas con nerviosismo; prendas de ropa que se arrancaban con felicidad o frustración tras dejar la escena; y todo tipo de amuletos y bagatelas que Lina colocaba en la caja de objetos perdidos.

Ahora tenía que llevar la caja repleta a la iglesia como donativo, ya que estaban organizando la colecta anual. La idea no la entusiasmaba mucho, por lo que pensó en pedirle el favor a Harry, que, a pesar de su aspecto de pandillero, era un miembro asiduo de la iglesia.

Lina lo observó escondida entre los pliegues del telón. Era la primera vez que lo veía llorar. Lo hacía despacio; las lágrimas brotaban de él cuando pestañeaba, pero, fuera de eso, nada en su expresión manifestaba tristeza. Estaba enajenado con la canción.

En medio de aquel nostálgico espectáculo, Lina sintió un aroma a flores. Para ser exactos, a

lavanda.

—No quiero asustarte —murmuró Samuel a su espalda, sin otra presentación—. No quiero que corras cada vez que me ves. Ese no soy yo. Eso no somos nosotros. —Hablaba más rápido de lo habitual. Cerca de ella, pero sin tocarla.

El coro cantaba ahora una versión libre de *More Than Words*, de Extreme.

Lina no hizo ninguna conexión entre la letra y la historia de ellos dos.

—Es difícil saber qué somos, ya que hemos tenido… —buscó las palabras precisas— algunos contratiempos. —Giró despacio y se encontraron frente a frente. Esta vez Lina lo pudo ver mejor. La belleza femenina de él ya no estaba ahí: las pequeñas arrugas de risa junto a sus ojos eran ahora piel ajada y un aspecto lúgubre reemplazaba la frescura juvenil; pero en su muñeca, como siempre, llevaba la cinta celeste que ella le había regalado cuando pensaba que era un simple misionero. Lina tragó saliva, sintiéndose mal.

—Contratiempos, sí. —Samuel sonrió como antes—. Supongo que podemos llamarlos así.

—¿Te duelen tus alas como están ahora? —Lina señaló su espalda. Samuel llevaba ropa decente. Sencilla como él. Lo contrario a William en ese y tantos otros aspectos. No había motos ni chaquetas de cuero, ni cabello de estrella de cine, ni gafas de sol de cientos de dólares. Solo un pantalón oscuro y una chaqueta de lino para aparentar.

—No. No físicamente —la tranquilizó—. Solo me avergüenzan todo el tiempo…

Lina meditó sus palabras antes de hablar. No quería herirlo, pero la verdad brotó de sus labios:

—Es un castigo, ¿verdad?

—Sí, por comenzar una batalla sin las órdenes de mis superiores. Es un abandono de mi naturaleza pura. Los sentimientos que ahora tengo dentro de mí… —desvió la mirada— no son dignos de un ángel.

Lina hizo una pausa. Jamás había querido tanto a un hombre sin ser capaz de amarlo. Sentía como si ambos hubiesen tenido una hermosa relación durante años y luego el amor se hubiese acabado. Lo que quedaba era un cariño inmenso y amargo. Al final dijo:

—Con o sin plumas siempre serás un ángel. Un amigo. Olvidaré lo que pasó hace un año si me prometes que dejarás de intentar conquistarme y que nunca más le harás daño a Will. No voy a cambiar de opinión. Tú y yo solo podemos ser amigos, Sam.

La misma magia que la unía a William como Elegida la unía muchísimo más a Samuel. Eso no podía negarlo. Aun así, sintiendo la poderosa conexión con el ángel, el sentimiento por el demonio era incomparable.

—No quiero tu amistad ni tu amor —contestó él con tono seco, sorprendiéndola—. Quiero que tengamos a la niña y nada más. Ya ni siquiera estoy seguro de amarte.

Lina no esperaba aquella respuesta para nada. Tampoco esperaba aquel dolor punzante. El sentimiento de seguridad que la había acariciado hasta hacía unos instantes se volvía contra ella

como un cuchillo afilado. Pero si ella ya había elegido a William… ¿No era mejor que Samuel no la quisiera más?

Le llevó unos instantes reponerse. Después, con un orgullo extraño en ella, aseguró:

—Vienes a decirme que no te tema y me sales con lo de la misión. A ti no te importa lo que yo piense. Por favor, Sam, vete.

—No puedes ser tan necia, Angelina. —Le hablaba como un padre, regañándola—. Todos nosotros tenemos la obligación de usar los regalos que los Cielos nos dan. Ser la Elegida es un honor. No puedes ser tan necia —repitió.

—Y tú no puedes depender tanto del destino.

—¿Del destino? ¿Piensas que alguien como yo necesita de esa criatura inferior? —Samuel la observó de arriba a abajo—. ¿Con quién crees que estás hablando?

Lina movió sus dedos nerviosa. Últimamente no sabía con quién estaba hablando.

—Con un ángel muy poderoso —dijo intentando no discutir—. Con alguien que una vez me ofreció su amistad… o al menos pensé que lo había hecho.

Samuel no perdió su postura orgullosa.

—Yo no necesito los designios vagos de un ser que se oculta, de una araña que teje mentiras —replicó con despecho—. Las alturas mandan mis pasos. Cuando me hablas a mí, cuando me niegas a mí, niegas a los únicos superiores que importan.

—Está bien —aceptó—. Entonces sigues órdenes.

Samuel la miró fijamente a los ojos, con tanto odio que Lina comenzó a comprender la maldición de sus alas.

—Cada día estás más contaminada por él —soltó—. Así como yo me veo ahora, se ve tu alma para mí. Con cada segundo que lo eliges, te estropeas. Apenas puedo reconocer a la muchacha que conocí.

—A la muchacha que conociste casi la matan en el bosque el año pasado. —Lina acomodaba viejas partituras y programas que se convertirían en basura. Necesitaba hacer algo con sus manos en ese momento—. Si estás aquí para explicarme esa ridiculez de los nueve días que me quedan, ahora ocho…, o que le quedan a Will o lo que fuese… Genial. Te escucho. Si no, supongo que otra vez, este es el adiós.

Samuel la tomó por un brazo, deteniéndola.

Harry, desde uno de los asientos delanteros, no podía verla. Nadie podía. Tampoco se escuchaban sus voces murmurando en el Primer Idioma que se confundía con los sonidos del teatro. Habían estado mezclando ambos lenguajes, el humano y el de las alturas, sin darse cuenta.

—Pensé que de una vez por todas podías recapacitar y hacerte cargo de tus obligaciones. No quiero nada para mí. —Una vez más recorrió su cuerpo con la mirada y una mueca de repugnancia le desfiguró el angelical rostro—. Cada vez tienes menos que ofrecerme, pero ambos tenemos una tarea por cumplir.

Lina abrió la boca, respiró dos veces y luego soltó con ira:

—¿Hasta cuándo seguirás con este absurdo juego? ¿Qué te detiene ahora, Sam? ¿Por qué no me raptas como lo intentaste hacer hace unos meses? ¿Por qué no me asesinas para impedir que esté con William? —Tomó la mano de él y la llevó a su abdomen—. Aquí, aquí tienes… Parece ser mi punto débil.

Los recuerdos atormentaron a Samuel. No había cicatriz en su bello cuerpo, podía sentir debajo de esas telas la piel suave de ella, pero también sentía el frío de sus propios huesos desplumados, acusándolo, odiándolo… Se obligó a ser más fuerte que sus pasiones.

—Espera unos días y lo sabrás. Solo unos días más —le advirtió, recuperando la seguridad de antes—. Cuando descubras lo que en verdad es ese animal…, ven a mí. Y si no quieres, ten. —Le pasó un papel doblado—. Prométeme al menos que antes de tomar una decisión, irás a este lugar.

—¿Qué pasará en ocho días? —insistió Lina.

Samuel hizo como si no la escuchara y le apretó el papel en su mano.

Lina se soltó y leyó las tres líneas: era una dirección en Alaska, bajo el nombre de un tal Alexander. Suspiró y volvió a doblar la hoja. Quiso saber qué era todo aquello, pero Samuel solo se limitó a intentar sacarle una promesa que Lina no hizo. Aunque guardó la nota en su bolsillo, y no volvería a pensar en ella hasta que se decidiera a huir de Whitehorse.

Ahora la letra de la canción parecía dedicada a ellos dos. El coro, esmerándose para no escuchar las odiosas intervenciones de su líder, demostraba una sumisión de la que Lina nunca sería capaz. Sintiéndose culpable, ella se volvió hacia el escenario y murmuró:

—Pensé que habías venido a hacer las paces. A tratar de… —Pero cuando se giró de nuevo, ya no había nada allí. El aroma a flores se desvanecía con lentitud. No fue hasta que la señora Murphy vociferó un insulto contra el pianista que ella se dio cuenta de que su tiempo con Samuel había terminado.

Capítulo 6

Julie, aquí en la Tierra



«La señora Iron —que aún después de tantos años no podía creer que se llamara así— suspiró y colocó su mano sobre la de su hijo.
—Querido, yo soy la que peina la cabeza de la mamá de Jenny. —Le dio unas palmaditas—. Yo lo solucionaré.»

W. Parrot, *Whitehorse V. Regreso a Whitehorse*

Como una tonta había olvidado entregar las invitaciones para el festejo de su amiga. Todo lo demás estaba listo, pero ese «pequeño» detalle se le había pasado por alto y, mientras iba entregándolas una a una por su pueblo, se autocompadecía:

«Tranquila. Le pasa a cualquiera que tenga que salvar o condenar al mundo… y que le queden siete días para vaya a saber qué».

Intentaba entregarlas rápido, pero se estaba demorando con cada invitado; parece ser que las instrucciones de las tarjetas no habían quedado muy claras.

Lina recordaba el día en que las había hecho. Sentada con sus cartulinas intentaba concentrarse y William, recostado en el suelo, se empecinaba en besarle las rodillas, acariciando sus piernas una y otra vez mientras ella se retorcía por las cosquillas. Él se aferraba cuando ella lo apartaba muerta de la risa.

Las tarjetas habían sido hechas, entonces, entre besos, caricias, regaños y carcajadas. A Lina no le sorprendía que solo un puñado de los invitados descifrara de qué trataba el tema de la fiesta.

Mark, el único vendedor de la tienda de música Do-Re-Mi, había dejado de ordenar los viejos

discos en la sección de clásicos para leer con detenimiento la tarjeta por segunda vez.

—Se permiten pelucas, cintas, bigotes, coronas y cualquier accesorio que vaya en el pelo —Lina señaló una de las bases del concurso que iban a hacer.

—¿Quiénes serán los jueces? —preguntó el muchacho.

Eso aún no estaba decidido. Tendrían un concurso que escogería la mejor caracterización, el participante más creativo y el peinado de mayor dificultad. Hasta compraron, bueno, en realidad William había conseguido en Vancouver, unos trofeos pequeños con una personita sujetando un peine en lo alto.

El primer premio sería un certificado de descuento de Do-Re-Mi, el segundo una merienda modesta en The Sweet Bread y el tercero una laca en aerosol. Pero todos se llevarían trofeos de recuerdo. Quería una gran fiesta para alegrar a su amiga.

—¡No dice en dónde será! —gritó el muchacho cuando ella estaba junto a la puerta, lista para seguir.

Lina sonrió. Recordaba el momento exacto en que ese error había sucedido. William estaba en la cocina y ella escribía tranquila todos los datos, fecha, hora, lugar…, cuando la canción la desconcentró. Él apareció por la puerta de la sala con el control remoto del equipo de sonido. Sabía la letra de memoria porque Lina lo había obligado a ver esa película al menos tres veces. No cantaba, solo hacía la mímica. Era la escena en que la pareja bailaba en la habitación, de esa forma tan sensual. William la había tomado y la balanceaba tal y como lo hacía el actor; Lina no podía creer que recordara el momento exacto en que debía acompañarla en ese movimiento hacia atrás. Pero William no tuvo tanto control como aquel personaje de ficción e interrumpió el baile para besarla y recostarla sobre el sofá mientras las tarjetas de invitación, confusas e incompletas, se desparramaban.

* * *

A pesar del contratiempo, Lina terminó de repartir las invitaciones antes de que la mañana acabara; contenta, además, porque todos se mostraban muy interesados con la temática original de la fiesta y por la promesa de comida, música y bebidas.

Esperaba una asistencia del cien por cien.

Al mediodía pudo ir tranquila a la entrega de diplomas de la graduación. Con Josh intentaron ocupar las sillas reservadas para el matrimonio Jones, que brillaba por su ausencia en otro momento significativo de la vida de Julie.

Por la tarde regresó William y, junto con J. J., se pusieron manos a la obra.

Como no querían alterar a la fácilmente alterable Julie de los últimos tiempos, colgaron globos, serpentinas y carteles de felicidades, pero sin abusar del ambiente de festividad. Después, supervisándolo todo, Lina agregó una silla de peluquería vieja que habían utilizado en el teatro

para una obra hacía tres años. Serviría de trono para que la graduada juzgara al ganador del concurso.

Los tres organizadores tenían la esperanza de que Julie pudiese olvidar su amargura al menos durante unas horas.

Lina deseaba con todo su corazón que las puertas de Eleven se abrieran para que entrase Matthew. Se imaginaba la escena conmovedora: el ángel irrumpía con un peinado diferente, preparado para la ocasión. Vendría como ese personaje que a Josh le gustaba tanto, aquel que perseguía humanos y llevaba su pelo con largas rastas como Matthew… ¿Cuál era su nombre? Ah, sí: Depredador.

Julie sería feliz y se abrazarían, y todo marcharía bien. Y si era posible, Matthew traería noticias: las alas de Samuel estaban curadas, había regresado al Cielo y estaba mejor, y pronto volverían Eron e Izzie porque ahora… ¡todo funcionaría!

Lina estaba forzando su imaginación demasiado. Tenía muchas cosas que hacer y los trofeos no se colocarían solos.

Había conseguido todo a precios increíbles. La tienda de disfraces de Zack le hizo un descuento en la decoración y la señora Tucker aceptó sus cupones de comida para que Lina preparara unos humildes emparedados de queso y jamón, que no pudo montar sola porque William y Josh insistieron en ayudarla. Tuvo que aceptar a regañadientes… Incluso ella podía preparar unos emparedados sin incendiar nada.

Lo último que quedaba era el tema de las bebidas. Había ahorrado muchísimo para ese día. Quería que hubiese barra libre…, pero lamentablemente no le alcanzaba para cubrir más que tres tragos por cada uno de los invitados y todo lo que Julie quisiera consumir.

Con la situación de su casa no quería ser una carga más para sus tíos, así que en las últimas semanas casi no se permitía ningún gasto extra, pero la graduación de su mejor amiga era un acontecimiento importantísimo.

Josh, como de costumbre, no podía aportar ni un centavo. El muchacho solo ahorraba para alguna cita y, en esos momentos, no había ninguna señorita en Whitehorse dispuesta a salir con él. El pobre Josh se sentía un poco fracasado. Los meses sabáticos que se había tomado para descifrar lo que quería hacer con su futuro llegaban a su fin, y no tenía ninguna pista de lo que proyectaba hacer durante el resto de su vida. Al menos por aquella noche lo dejarían subir al escenario y tocar la batería en un par de canciones.

Lina se recolocó su peinado por sexta vez en los últimos quince minutos, y pensó que no había sido buena idea ir como la Venus de Botticelli, pero las extensiones rubias le quedaban hermosas, algo que hasta ella misma debía admitir. Se acercó a Steve, que estaba detrás de la barra secando unos vasos, con el sobre del dinero que tanto esfuerzo le había costado llenar.

—Ya está todo cubierto, Lina —la detuvo el dueño del local sin tomar el sobre blanco.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida.

Steve le señaló al hombre que con un equilibrio envidiable terminaba de colgar el cartel de

Feliz graduación mientras Josh le sostenía la escalera para guardar las apariencias.

William.

Justo en ese momento, Al llegó con el pastel. Iba como el Sombrerero de *Alicia en el país de las maravillas* y Lina se acercó para ayudarlo. Le acomodó el sombrero de copa como pudo, mientras el pastelero refunfuñaba porque debajo de aquel su cabello continuaba igual. La vieja coleta de cabello plateado no se había transformado en el afro que él tanto deseaba lucir aquella noche. Así que tuvo que conformarse.

Hubo que colocar el pastel en la cocina, refugiado de todos los ojos y dedos curiosos que se asombraban ante la exquisitez de tres pisos. El repostero se había esmerado, con el pastel más original que Lina le había conocido.

A Al le encantaba crear figurillas de mazapán divertidas y así el primer piso mostraba a una niña jugando a trepar un cepillo gigante que se apoyaba como una escalera hacia el segundo bizcochuelo. En este, una muchacha de mazapán mostraba su cabello volando ante el aire de un diminuto secador que estaba enchufado en el tercer piso, donde una joven invitaba a sentarse en una silla rosada con bucles de chocolate dispersos sobre el glasé.

Lina no hubiese podido resumir mejor la vida de su amiga, y las pequeñas muñequitas eran iguales a la Julie niña, adolescente y actual. Excepto por la vivacidad de sus ojos, que parecían tan apagados por aquellos días. Ante este pensamiento, solo por intentarlo, Lina miró la puerta de la calle y se concentró en el ángel moreno y su dramática aparición. Pero los primeros invitados llegaron y eso la devolvió a su trabajo de anfitriona.

Ya no quedaba mucho por hacer.

Josh, que al final sí había comprendido las instrucciones, mostraba la cinta blanca del muchacho de *Karate Kid*, y en ese momento bailaba mientras llevaba con William la pesada escalera hacia el fondo. En la distancia, Lina adivinó que toda la fuerza la estaba haciendo su novio.

Luchando con sus extensiones, Lina lo interceptó. Tenía su postura de pelea: brazos en jarras y espalda recta.

—No tenías por qué pagar las bebidas, Will.

William la miró sin entender. Lucía aún más hermoso con su rizo inequívoco de Supermán. Lina le extendió el sobre blanco, manteniendo su posición.

—Mi vida… —empezó él en forma de súplica—, vamos, es una tontería. No voy a aceptar esto.

—¿Por qué no? ¿Acaso yo no estoy aceptando que tú pagues por algo que yo no puedo?

—Eso es una tontería.

—Deja de decir que es una tontería —le pidió—. Para mí no lo es.

Pero William seguía sin comprenderla.

—Ya es hora de que disfrutes de todo lo que significa ser mía —le soltó sin medir sus palabras—. Quiero que tengas una de esas tarjetas plásticas para comprar todo lo que necesites.

Que vayamos al banco para que cuentes con suficiente dinero y hagas lo que quieras. Tengo que estar tranquilo y solo lo estoy cuando sé que tú estás bien.

Lina se frotaba los dedos unos contra otros. Tarjeta de crédito, lo que le faltaba… ¿Quién era? ¿La reina? No. No. Esas cosas le daban miedo. Terminaría endeudándose.

—Will —aclaró su garganta para calmarse—, espero que «ser tuya» signifique que puedo tomar mis propias decisiones. Me hace sentir mal aceptar tu dinero.

Una voz dentro de él rugió:

«Mis órdenes no se discuten, se cumplen», dijo esa voz ronca.

William decidió ignorarla. Quizás la posesividad era un efecto colateral de la Competencia. Quizás, desde su primera vida como guerrero, el mundo había cambiado mucho más de lo que él creía. Era eso o se estaba comportando como un imbécil o, peor, como Máximus. Como pudo, trató de recomponerse. Ella lo miraba con sus enormes ojos verdes, esperando una respuesta. No iba a dejar que aquello les arruinara ni un segundo más.

—Está bien. Lo siento —se disculpó—. No entiendo muy bien cómo os manejáis ahora con estas cosas. No quise insultarte ni nada parecido, amor mío. —Usó aquel acento que sabía que a Lina la desarmaba—. Me gustaría que me dejaras estas cosas a mí. Eso es todo. ¿Acaso piensas cómo será cuando seamos una familia?

Lina miró hacia abajo. Eran tantas las cosas para las que no estaba preparada. Por extraño que pareciera, la idea de ser madre era mucho más llevadera que la de tener conversaciones sobre su situación económica. Era difícil tener un novio rico cuando ella a veces contaba las monedas.

—No lo sé —contestó con sinceridad—, pero quisiera que nos consultemos las cosas antes de hacerlas.

—Está bien. Prometo consultarte. —William cedía fácilmente ante Lina, y era la única persona o no persona por quien tenía esa debilidad—. Si tú prometes consultarme a mí también, quiero ser parte de tu vida entera.

Justo en ese instante Lina cayó en la cuenta de que estaba siendo una hipócrita. No le había contado a William lo de la reaparición de Samuel, ni lo del beso robado, ni lo de ese conteo nefasto que había activado el ángel en su cabeza. Otro elemento más para lograr que su estómago se hiciera un nudo. Quería encontrar el momento exacto para sincerarse y aquel no lo era.

Con un golpe de suerte, la gramola se estancó en *Runaround Sue*. J. J. se acercó a ellos y no pudieron hacer otra cosa que olvidarse por unos segundos de su discusión. Al final quedaron bailando ambos muy pegados.

Fue William quien retomó la conversación:

—Mi vida, no quiero lastimarte, perdóname por ser así… Izzie solía ayudarme con estas cosas. Solo quiero hacerte feliz. Tú dime qué hacer y yo lo haré. Te obedeceré.

Lina se sintió aún más culpable. ¿Debía decirle la verdad? No. Lo mejor era aplazarlo. Estaban en una fiesta y se merecían disfrutar algo.

—Will, lo siento. Yo tampoco…

—Lo sé —murmuró él acariciándole el rostro con el revés de su mano. Continuaban bailando lento mientras se reconciliaban, y cada vez estaban más cerca.

—A veces pienso que soy una tonta por preocuparme de estas cosas tan cotidianas… cuando mi cabeza tendría que estar en encontrar la Máxima Insignia. —De nuevo la sensación de irrealidad la embargaba.

—Lina, estamos haciendo todo lo que podemos.

—Lo sé, pero no logro recordar el signo del aire, Will. Necesitamos que regresen todos los que nos ayudaban. Mi tía me telefonea y me dice que mi tío está mejor, pero no sé si creerla… Destiny juega conmigo… Siento que todos me ven como una niña cuando en realidad…

—Cuando en realidad tienes el peso del mundo sobre tus hombros —completó William, que se odiaba a sí mismo por ponerla en esa situación.

—Ambos lo tenemos.

—Sí…, pero mira lo grandes que son los míos y mira lo pequeños que son los tuyos —bromeó—. Parece que te triplico en tamaño. —La hizo girar y terminaron besándose. Como terminaban todas y cada una de sus discusiones.

* * *

En la mesa de los regalos no cabía ni un paquete más y aún no habían llegado ni la mitad de los invitados, y es que la generosidad de William no tenía límites. Las distintas tarjetas firmaban siempre «Lina y Will», como si aquello lo acercara a una formalidad que se moría por conseguir.

El anillo se escondía en la mesa junto a su cama. Estaba allí desde aquella vez que fueron a París con Izzie y Eron. Su amiga le había aconsejado esperar para hacerle tan tremenda proposición. Las humanas actuales se asustaban con el compromiso. Eran sensibles al «para toda la vida» aquellas criaturas que no habían experimentado el lento paso de la eternidad.

«Pronto», se prometió.

Tenía que escoger el momento oportuno y claramente aquella noche lo había arruinado. Pero algo era cierto, se sentía cada día más imbécil por no hacerla su esposa.

Al fin, la estilista titulada llegó por su cuenta e intentó parecer entre sorprendida y agradecida por todo el esfuerzo. En realidad, quería estar en su casa frente a la pantalla del televisor comiendo cosas grasientas.

Llevaba una peluca rubia al estilo de Veronica Lake, y Lina y Josh se miraron con la misma idea: no era buena señal que no quisiera peinarse el día de su graduación. Sin embargo, a medida que pasaba la noche, Julie disfrutaba de la música, se hacía fotografías con sus amigos y de vez en cuando bailaba un poco.

Al cabo de una hora, J. J., frente al micrófono, comenzó a pedir silencio para dar por iniciado el concurso, pero todos continuaban inmersos en sus conversaciones.

—¡Atención! —Lina fue en rescate de su amigo—. Vamos a comenzar con nuestro desfile de

peinados. —Sonrió ante la mirada de Julie—. Habrá tres jurados: Julie, Al y Josh.

—¿Y tú, Lina? —gritó alguien al fondo.

—Yo seré quien entregue los premios —exclamó regalándole a su público una cálida sonrisa.

Para William no pasó desapercibido el hecho de que su novia con pánico escénico pudiese hablar con tanta libertad frente a aquella audiencia.

El concurso comenzó entre risas y aplausos. Subir al escenario era opcional, no se presionaba a nadie. Así, Sally Davis fue la que se animó a ir la primera. Llevaba una peluca negra hasta más allá de su cintura. Los jueces usaron las tarjetas que Lina había conseguido para calificarla y Morticia Addams bajó disconforme con su puntuación.

La siguió Courtney May como María Antonieta, luego Ned Tayler como Eduardo Manostijeras… y muchos otros.

Para Lina los más destacados de la noche fueron las tres muchachas de la escuela de belleza de Julie que, al subir juntas, posaron como los Ángeles de Charlie; Ralph Fave como Chucky, el muñeco diabólico, y Damien Russell como Einstein.

Después hubo una sucesión de princesas. Parecía no faltar ninguna: Kathy Blumer, con su piel trigueña, llevaba el cabello de Alicia; Mary O'Hara, con su pelo natural, era Blancanieves; Regina Brown lucía el cabello castaño de Bella con todo detalle; Margaret Beltmont llevó su rubio natural alisado y un flequillo para encarnar a Aurora, la Bella Durmiente; Gwen McKenzie no se quedó atrás con su cabellera teñida por la misma Julie en el salón hacía apenas unos días: la llevaba recogida con una cinta azul para convertirse en la Cenicienta, y hasta hubo dos sirenas con pelucas rojo fuerte y esa onda característica de Ariel.

Los varones escogieron a Bob Marley, Prince o peinados no muy elaborados que ellos juraban eran todos de personajes de *La guerra de las galaxias*. La verdad es que, con el poco tiempo de aviso, habían hecho maravillas. Lina estaba extasiada.

—¡El jurado deliberará! —anunció Al saludando a todos con su sombrero.

Hicieron un descanso.

La banda de Ryan tocaba una canción lenta y William aprovechó para pasar unos minutos cerca de Lina.

—Es algo bueno que no participes —dijo mientras acariciaba su cabello—. Sería injusto con las demás muchachas, ya que ganarías cada premio. —Lina no pudo más que contestar con una sonrisa. Aún seguía ruborizándose frente a él.

De fondo, junto a la voz de Ryan, inesperadamente, brotó otra mucho más melodiosa. William dejó de acariciarla y la miró serio, sorprendido.

—Eres tú.

—Sí —confirmó ella mordiéndose los labios del entusiasmo. Él reconocía su voz en una grabación—. Los muchachos me pidieron que los acompañara porque necesitaban una voz femenina para algunas canciones. Así que no les dije que sí, pero tampoco que no. Llegamos a este arreglo. Rex se encarga del sonido. Ya sabe lo que tiene que hacer con mis pistas.

—¿Y por qué no te escuché grabarlas?

—Estabas en uno de tus misteriosos viajes… Fue la semana pasada.

William suspiró apenado, y luego le dedicó una de sus maravillosas sonrisas seductoras cuando encontró la solución.

—Pues tendrás que cantar solo para mí. Tu voz, mi vida… —le acarició la garganta haciendo que un escalofrío viajara desde sus dedos hasta la espalda de Lina—, es lo más hermoso que he escuchado.

En ese momento los interrumpieron para la entrega de premios.

Lina, calmando el torrente de emociones que él había despertado en su cuerpo, tomó los tres trofeos y volvió al pequeño escenario.

El primer premio lo ganó Zack, que había logrado la perfección en el peinado de Niklam de Trustout, la última película de Eva Gold. Se había rapado en algunas zonas para dibujarse las docenas de símbolos del personaje y llevaba lentes de contacto amarillas y la boca con pintalabios morado. Había que reconocerle el esfuerzo. Era la mejor caracterización.

Valerie, peinada como la princesa Leia, lo celebró abrazándolo de tal manera que casi tira la mesa con los trofeos de participación. Zack, recibiendo el abrazo con soltura, parecía mostrar por primera vez alguna emoción humana.

El segundo premio lo recibió la creativa Amy, que se las había arreglado para elevar su enorme cabellera y teñirla temporalmente de azul en homenaje a Marge Simpson, y el tercero se lo llevó Kathryn Rivers como la coqueta Betty Boop y sus complicadas ondas.

Después, el lugar se convirtió en una amplia pista y volvió a ser el bar de siempre mientras todos bailaban al ritmo de la música.

Lina había pedido a la banda que hicieran el *cover* de su canción favorita de The Proclaimers. De puntillas cantaba cerca del oído de su novio irlandés mientras él se perdía en la fragancia de jazmines y vainilla de su cuerpo. *But I would wake 500 miles, and I would wake 500 more*… Esa canción era la felicidad pura.

Julie se apartó del grupo cuando Kimberly se acercó a su hermano. Fue a sentarse en una mesa junto a la barra y vio a Emily y a su primo Brad sentados cerca de ella. Los jóvenes hablaban acaloradamente sobre algo.

Julie se alejó un poco. Trabajaba todo el día escuchando conversaciones que no quería oír, en una peluquería insulsa que no entusiasmaba a nadie. Faltaba tanto para tener su propio negocio… No era solo el problema del dinero, sino también la situación de sentar un día a Bonnie y decirle:

«Gracias por todo. Ahora me marcho y encima me convierto en la competencia».

Sabía que tendría éxito. No desconfiaba de sus capacidades, pero una vez terminada la escuela de belleza, las fechas límites que se había fijado para cumplir sus objetivos se acercaban con sabor a fracaso. Tiempo atrás, con los mismos problemas, no había sido tan desdichada, porque pudo sentir la tranquilidad de tener a su lado al hombre de su vida.

Y al parecer, eso borraba todo lo demás.

Con Matthew hubiese soportado lo que fuera. Menos lo que ocurrió aquella tarde en el bosque, cuando apoyó a Samuel en esa casi fatídica lucha contra los demonios. Matthew intentó hablarlo, quería darle explicaciones… Ella le rompió el corazón o lo que fuera que tuviesen los ángeles, diciéndole que no había nada que hablar. Después de todo, no existía *nada* entre los dos, solo una tierna e inocente aventura que pronto ambos dejarían en el pasado, para seguir adelante con sus vidas.

Por supuesto que la despechada Julie había mentido.

La muchacha sentía que estaba en un laberinto con varias salidas, pero ninguna le servía, así que mejor quedarse en el medio, sin adelantarse, sin volver sobre sus pasos… Si Matthew regresaba… qué le podría decir… ¿Lo perdonaría por defender a Samuel aquella vez? ¿Tendrían una relación? Él siempre hablaba de su deber como ángel. Jamás dejaría nada por ella. No. Lo mejor, como se decía cada mañana, era quedarse quieta, en ese mismo lugar. Al mismo tiempo se odiaba por ser así de ridícula: ella era Julie Jones y era su graduación. Tendría que haber estado haciendo malabares con los muchachos de su pueblo mientras disfrutaba al máximo.

Sacándola de sus cavilaciones, cerca de ella, Emily rompió a llorar. Julie no podía ver las lágrimas, pero su posición la delataba. Brad la abrazó tiernamente.

En ese momento una canción lenta unía parejas. ¿Sería la noche? ¿El ambiente festivo? ¿El amor dando vueltas por su pueblo, que hacía poco había celebrado una boda casi de la realeza? ¿William, que esparcía ese encanto que se descontrolaba cuando estaba con Lina?

—¿Me concede esta pieza? —la interrumpió J. J., sonriéndole. Estaba guapo sin esa gorra que se empecinaba en llevar a todos lados.

—¿Y Kimberly? —preguntó Julie.

—Le expliqué que debía bailar con la chica más bella de la noche.

—Buena jugada —bromeó—, decirle eso a la chica con la que estás…

J. J. soltó una de sus contagiosas carcajadas.

—No lo pensé muy bien…, pero dije la verdad —exclamó con ternura.

Julie aceptó su mano y volvieron a la pista para bailar junto a William y Lina, que ya estaban perdidos en su propio universo.

Capítulo 7

Arrástrame al Infierno



> «Los gemidos, el dolor, el desgarro de las sábanas y la fuerza mezclada con la dulzura eran la ecuación perfecta para generar el fuego. Máximus y William se unían con Lina incendiándolo todo.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse III. Cuando los Infiernos se cierran*

Los tres días siguientes fueron más normales y estuvieron repletos de compromisos.

William no se marchó ni una vez y Lina al fin consiguió su carné de conducir provisional. No había señales del ángel vengador —así lo había apodado Josh, después de enterarse de las novedades—, y gracias a la fiesta, y a los presentes que recibió, Julie estaba un poco más animada.

Además, los tíos de Lina regresaron.

William había visto los ojos de ella cuando se encontraron con el cuerpo vencido del reverendo. El tratamiento había funcionado a costa de su tez orgullosa y su vitalidad. Había pagado un coste alto, pero por el momento estaba fuera de peligro.

Aquel mediodía nublado, Lina acompañaba a su tío en la sala, mientras William ayudaba a la tía Barb a preparar la mesa para el almuerzo de bienvenida. Le gustaba estar con aquella mujer de pulcro cabello castaño y modos tan educados. La señora le contaba que el diagnóstico de Dimitri todavía no era muy claro, sin embargo, los médicos se mostraban esperanzados. Por otro lado, el reverendo quería que Lina realizara su vida normal.

William insistió para que el postre lo tomaran en el único lugar donde su novia se sentiría a

gusto: la casa de los Jones, una puerta a la izquierda.

Cuando llegaron, Lina vio a Fireball con el parche sobre el ojo faltante y el cono para evitar que se rasguñara; como podía se las arreglaba para jugar con Daisy. Lina quiso acariciarlos, pero los animales preferían la calidez del demonio a las caricias de cualquier otro. William lo había dejado antes en una especie de cita. Era una tarea difícil mantener en reposo a ese gato inquieto, pero como Daisy amaba la vida hogareña, ahí se encontraba él, a su lado.

Julie los esperaba sentada en el sillón, usando a Josh como modelo para uno de sus disparatados peinados. El muchacho se dejaba hacer mientras comía cacahuetes y dejaba un lío de cáscaras en la alfombra. Llevaba una peluca rubia que iba adquiriendo el aspecto de la copa de una palmera.

Al verlos entrar, J. J. endureció la expresión al advertir a William. Todavía le daba vergüenza hacer esas cosas frente a otro hombre. Aprovechó para tomarse un descanso y se levantó. Caminaba como un vaquero aparentando una masculinidad exagerada frente al novio de su amiga, aún con la peluca puesta.

William y Lina no pudieron ni sentarse por lo que Julie soltó de inmediato:

—Tengo una noticia espectacular: Emily Wilmayer se fue de su casa. Adivinad por qué.

Lina ya conocía esos juegos: por lo menos debía dar tres respuestas posibles para contentar a su amiga. Miró a William en busca de ayuda.

—Conoció a un demonio y debe tener a su hijo —bromeó él mientras le enseñaba a Josh cómo lanzar cacahuetes al aire para atraparlos con la boca a continuación; el muchacho se lo había pedido el otro día en el bar, ya que, según él, era algo que debía aprender porque enloquecía a las chicas.

Ante el comentario, Lina soltó la primera carcajada de la tarde, plácida y llena de vida.

—¡No! —exclamó Julie, inmersa en su propio juego.

—Quiere cambiar de sexo y sus padres se niegan a pagarle la operación. —Josh se rio de su ingenio mientras otro panchito le golpeaba la frente. Siempre le caía en el mismo lugar.

—Tú ya lo sabes. No puedes jugar —lo regañó Julie.

—¿Qué te pasa que estás tan chismosa? —quiso saber Lina.

—Está trabajando más horas extras en la peluquería. —Ahora Josh hablaba sin reírse y miraba a su hermana con desaprobación.

—¿Por qué? —empezó Lina.

Pero Julie la cortó con un gesto que desestimaba las palabras de su hermano y dijo:

—Adivina, Angèle.

A Lina le gustaba verla así de animada. Si pronunciaba su nombre en francés, significaba que ya estaba mejor. Le siguió el juego, caminó por la sala concentrada, sopesando teorías; comenzó a recoger los cacahuetes que su amigo desperdiciaba y masticando despacio, soltó:

—Porque está enamorada de su primo Brad y ambas familias se oponen.

El cepillo se cayó de la mano de Julie.

—¿Cómo es posible? —balbuceó.

—Te dije que lo adivinaría —dijo Josh riendo.

—¿Quién te lo dijo?

—Nadie. Fuimos compañeros en muchas clases, junto con Josh, y los veía. Solo eso. Están totalmente enamorados.

—Bueno… —empezó Julie de nuevo con tono exagerado—, pero no sabes los detalles. Los padres de ella la quisieron mandar de viaje a una granja en Estados Unidos. A él sus padres le dijeron que lo desheredarían y que no podría hacerse cargo del hotel ni de todos los negocios del pueblo. ¿Y adivina qué?

Josh le devolvió el cepillo a su hermana y se escapó cuando esta quiso volver a peinarlo; sus lecciones no terminaban aún.

—Él se fue a la granja y ella se hace cargo de los hoteles —dijo William mientras movía la cabeza de Josh para que, por una sola vez, al menos, el bendito cacahuete cayera en su boca.

—¡No! —siguió Julie sin percibir la ironía—. ¡Ambos se fugaron!

—¿Adónde? —preguntó Lina con interés mientras se sentaba en el sillón floreado que era el más cómodo de esa casa. La espalda le dolía de nuevo—. ¿Se fueron a otro país?

—No, no. —A Julie no le gustaba que adivinaran en su juego respuestas mejores que las que ella tenía—. Están aquí, en el pueblo. Adivina con quién.

—¿Están en la otra habitación escuchándolo todo? —volvió a bromear Josh mientras se acomodaba de nuevo en el piso como modelo de su talentosa hermana, dándose por vencido con los cacahuetes.

Julie le pegó con el cepillo en la cabeza. Él se movió como si lo hubiese acariciado.

—No lo sé… Por favor, dímelo. —Lina sabía que eso era lo que había estado esperando su amiga.

—En la de Al.

—¿En la de Al? —Lina trató de imaginarse qué tenía que ver él con todo eso.

—Resulta que no podían quedarse en el hotel porque es de la familia de Brad y tampoco tienen mucho dinero para irse. Así que se quedaron en el coche, aparcados cerca del camino hacia The Sweet Bread, y una noche casi se congelan. Al los vio y ahora los tiene en la pequeña cabaña que también sirve de depósito. Hasta les ofreció trabajo a ambos.

William notó que Lina estaba fascinada con la historia. Julie no se había equivocado con el tema de conversación. Por primera vez en el día, su humana estaba lejos del sufrimiento que le causaba ver a su tío tan consumido.

—No sabía que sus padres eran así de estrictos. ¿No son como primos segundos o algo así?

Josh se levantó de golpe como si Lina hubiese dado justo en el blanco con sus palabras.

—Ya te lo dije yo, Julie. Si eres primo hermano es una cosa, pero si…

—Oh, siéntate… Ya sabes que no puedes invitar a la prima Sofi. —Julie quitó el pelo dorado que se había enredado en el cepillo—. Además, tiene como treinta años.

—Para el amor no hay edad —bromeó Josh mientras se restregaba el ojo rojo golpeado por un cacahuete y volvía a ocupar su lugar de modelo, listo para los retoques finales.

—Míranos a nosotros dos, por ejemplo… —William se acercó a Lina. Ya no soportaba estar separado de ella—. Te llevo más de trescientos años.

Desde el sillón, Lina le arrojó unos cacahuetes a la boca. Él los atrapó todos.

—Los llaman «los primos fugitivos» —exclamó Julie—. No es nada original, pero es venenoso.

—Me quedo con mi último sobrenombre —dijo Lina.

William la miró sin entender.

—Lina *Malditasuerte* Smith —le explicó—. Ya sabes, porque estoy contigo…, el hombre más guapo de trescientos años.

—¡Listo! —Julie los interrumpió mostrando la cabeza de Josh como si fuese una obra de arte —. Adivinad.

William pensó: «Un muchacho molesto con un peinado de palmera en la cabeza», pero no dijo nada.

Josh contuvo una carcajada al mirar al demonio. Telepatía.

—El rey Jareth en *Labyrinth*. Genial —respondió Lina.

—Nunca te equivocas —celebró Julie contenta—. ¿Se ve bien?

—Perfecto. Igual.

—Necesito hebillas para hacer el de la muchacha en el baile.

Josh advirtió que su hermana intentaba ocultar su entusiasmo, aunque sin éxito.

—¿Necesitas más fotos para tu portfolio? Yo me ofrezco como modelo —le propuso Lina.

—No, no necesito más fotos, Angèle. Pero hablé con el señor Griffin y… ¡accedió a que este año haga todas las pelucas para la obra! —dijo gritando.

Lina se levantó de un salto y tomó sus manos. Ambas empezaron a dar vueltas como locas, celebrándolo. Además del dinero extra para Julie, la experiencia sería estupenda para las amigas, que podrían trabajar juntas.

Josh, sin poder contenerse, las imitó gritando más histérico que ellas.

A William le encantaba verla así con sus amigos. Los hermanos J. J. eran un soplo de vida. Se quedó conversando con ellos hasta que Lina cayó agotada en el sofá. Después se marchó a la casa grande con Fireball bajo el brazo. Al llegar a la casa silenciosa, le sirvió un poco de comida al animal, revisó la correspondencia del día anterior y apagó las luces. Sin más que hacer, bajó al sótano y se desprendió de sus zapatos y de la chaqueta decorativa que llevaba, apoyándola en la única silla del lugar. Después se acostó en el suelo mirando las cadenas.

Esa noche estaba bien. No había peligro. Sin embargo, se sentía más seguro allí abajo. Si las cosas se complicaban de un momento a otro y Humble no llegaba a tiempo…, estar cerca de aquellos grilletes lo calmaba. Después alguien lo encontraría. Aunque eso era lo menos

importante. Lo vital era no lastimar a nadie. Mucho menos a ella, que dormía plácidamente mientras su corazón latía tranquilo en el pecho de él.

«Sí, todo estaría bien», volvió a decirse.

Todo estaría bien.

* * *

Lina se columpiaba despacio en la hamaca que William había instalado en el porche. Era igual a la de su primera infancia en aquel pequeño pueblo de Virginia. Durante las noches cálidas de los últimos días, ambos la habían compartido. Ahora, además de balancearse, Lina aprovechaba el tiempo para hojear los libros antiguos que había tomado prestados de la biblioteca. Buscaba alguna pista del símbolo de los Cielos, de Destiny o de la existencia de distintos reinos y muchas más combinaciones que la llevaban siempre al mismo lugar: respuestas esotéricas o religiosas.

Callejones sin salida.

En el jardín, William partía troncos con su hacha para convertirlos en leña. La casa tenía un moderno sistema de calefacción, pero él sentía que era correcto hacer fuego para calentarse, aunque solo su novia humana lo necesitara.

William era un hombre activo; siempre estaba haciendo algo. Cuidaba el jardín, hacía sus tareas de carpintería, cocinaba y hasta había aprendido a usar la lavadora.

Lina se maravillaba de su energía. Intentaba ayudar, pero cuando quería hacer la mínima cosa, él ya la había hecho. Solo algunos detalles eran su responsabilidad de vez en cuando. Como poner flores en los jarrones de cristal de Izzie. A Lina le parecía una costumbre innecesaria que atentaba contra las flores que arrancaba del jardín. Acortarle la vida a un ser vivo solo con fines decorativos era mezquino, pero notaba que William se alegraba al verlas. Quizás él suponía que Izzie estaría satisfecha al encontrar todo tal cual lo había dejado.

Lina, ya sin poder concentrarse, apartó los libros. Observó a William durante unos segundos o, más bien, lo admiró.

Aun con el frío polar, él iba sin camiseta. Transpiraba y de vez en cuando se secaba con un trapo viejo. Con cada golpe del hacha emitía un pequeño rugido que Lina no le había escuchado nunca. Sus movimientos eran certeros. La madera quedaba dividida en dos trozos simétricos mientras sus músculos se tensaban. Aquella mañana tenía la barba crecida de un par de días. A Lina le gustaba más así, con ese aspecto salvaje. Él, a veces, se miraba al espejo, anonadado de los cambios que su cuerpo sufría después de vivir un segundo estático durante siglos congelados. Las llagas en sus manos, el largo de su pelo, las ojeras o los ojos descansados, incluso aquella cicatriz que le cruzaba la mejilla… Todo era un regalo para él. El reloj volvía a funcionar.

Como sincronizados en la misma línea de pensamientos, Lina miraba las marcas celestiales en el pecho de él. De no haber resultado herida aquella noche en el bosque, ¿qué habría pasado con

William y con Samuel? Lo más probable es que hubiesen peleado hasta la muerte. El recuerdo del ángel la angustió. ¿Era buen momento para decirle a William lo que había sucedido? ¿Cómo empezar? ¿Cómo decírselo?

«Me besé con el ángel que intentó matarte y raptarme… ¿Vamos al cine esta noche? ¿Ya se habrá estrenado la de Al Pacino y Michelle Pfeiffer?»

Lina se rio de sí misma.

—¿Vas a mirarme así sin venir a besarme? —exclamó William interrumpiendo sus cavilaciones mientras echaba más leña al montón que se acumulaba junto a él.

Lina no tuvo tiempo de responder, porque en ese momento apareció Humble dando brincos desesperados por todo el jardín. William dejó todo y corrió hacia su corcel. Intentó calmarlo en Infernus, pero el animal no paraba de jadear.

Ella se quedó congelada con un pie en el suelo, frenando el balanceo del columpio. La escena era desesperante. Parecía que el caballo se ahogaba.

—Suficiente… ¡Quieto! —ordenó William con una voz que hizo que los pájaros de los árboles volaran lejos.

Humble paró en seco, pero seguía bufando. Se quejaba como si estuviese herido.

William lo tomó del hocico y le revisó las fauces. Una pluma en cada agujero impedía que el aire entrara en el animal. Por supuesto que no eran plumas corrientes… Las tiró al suelo, aunque no llegaron a tocarlo, ya que se consumieron por el camino como papeles livianos incendiados por su fuego demoníaco.

Apenas sucedió esto, el animal relinchó y se marchó al trote.

—¿Qué le pasaba? —preguntó Lina, acercándose despacio.

—Un encuentro con Samuel —dijo William y tomó de nuevo el hacha, furioso.

—¿Lo atacó? ¿Se encontrará bien? ¿No deberíamos ir tras él? —Pasada la conmoción inicial, Lina reaccionó aceleradamente, como debía haberlo hecho unos segundos antes.

—No puede hacerle daño —le explicó—. Humble sabe cuidarse. Es solo que lo irritó, como una broma pesada.

Así que ahora el ángel molestaba a criaturas indefensas… Lina, aún sin poder creerlo, preguntó:

—¿Y por qué se fue así, entonces?

—Se enojó conmigo porque lo traté como un animal… Es decir, sin respeto.

Lina suspiró y se giró hacia William. Había llegado el momento. Su corazón palpitaba deprisa, sus manos transpiraban y podía adivinarse con las mejillas violetas.

—Samuel volvió y me dijo que iba a obligarme a cumplir la misión. Y que de aquí a tres días algo sucedería contigo. Algo que me mostraría tu verdadera esencia —soltó con su pésimo sentido de la oportunidad.

William hizo una pausa, procesando aquella información.

—¿Te hizo daño? —le preguntó al fin.

«Sé valiente. Dile lo del beso», dijo su voz más honesta, pero Lina solo pudo negar con la cabeza.

William volvió a su tarea. Comenzó a dar hachazos más fuertes; la vena de su frente parecía a punto de estallar. No decía nada. No la miraba.

—Me dijo que ya no me ama —siguió Lina—. Que lo único que le importa ahora es cumplir su misión conmigo.

William, sin dejar de lado su labor, le dijo riendo con ironía:

—¿Eso te dijo el pajarito? ¿Y tú le creíste? Mi vida, eso sería tan absurdo como decirte que los cerdos vuelan.

—A mí se me ocurrió que sería tan ridículo como que tú me dijeras un día que ya no me amas, que todo era parte del encanto de ser la Elegida… No de lo que yo soy en realidad.

William tiró los troncos que acababa de cortar al pilón y se acercó a ella. Apoyó el hacha en el hombro y bajó la cabeza para quedar a la altura de aquellos ojos verdes. Con sus manos calientes tranquilizó los dedos movedizos de ella.

—Eso es algo que nunca escucharás salir de mis labios —su acento se hacía más notorio cuando quería dejarle algo muy claro—, porque yo no miento, Lina. No quiero que haya mentiras entre nosotros. ¿Puede ser?

«Ahora», volvió a decir su parte decente. Sin embargo, otra vez su cobardía le ganó. Lina asintió, sin decir nada. No quería perderlo. No quería que se fuera. No quería dejar de ser Lina *Malditasuerte* Smith. Se convenció de que no tuvo tiempo de frenar a Samuel, pero también se repitió que aquel ángel casi había matado a su novio. La culpa la estaba carcomiendo. ¿Cómo la perdonaría William? ¿Cómo podía haber sentido eso por la criatura que casi lo mata?

—¿Piensas que Samuel me odie? —preguntó Lina cuando la que se odiaba era ella misma.

—Al contrario —la consoló—. Mira, puede ser lo que sea… Puede despertar en mí la rabia de los de mi tipo, pero no dudo de que te ame. No como yo, claro. Eso es imposible. —Se había alejado para concentrarse de nuevo en su quehacer; necesitaba hacerlo porque si no iría tras el ángel. Antes de partir un trozo de madera la volvió a mirar y dijo—: Todos besamos la tierra por la que tú pasas.

Lina volvió a jugar con sus manos, con más culpa que antes.

—¿Cuánto te dolió lo que dijo? —soltó William. No la miraba mientras colocaba la leña, pero ella pudo ver una parte de su rostro: se notaba muy interesado en su respuesta.

—Sé lo que piensas, pero no tienes por qué preocuparte. Ni estoy enamorada de Samuel como para que eso me duela, ni soy tan vanidosa como para que se hiera mi orgullo —lo tranquilizó—. Quizás no me expliqué bien… Más que dolerme, me preocupó. Siempre pensé que tú y Samuel teníais más puntos en común de lo que creíais. Si su interés puede cambiar tan rápido… —Lina no terminó la frase.

William se acercó otra vez y tomándole la cara entre las manos dijo para animarla:

—Lo hizo para lograr exactamente esto: que tú pensaras en él. Una vieja táctica.

—Él lastimó a Fireball, ¿verdad? Y ahora a Humble. —Le costaba tanto admitir eso del tierno muchacho alado que ella había conocido.

—Sí —afirmó William contrariado. No quería que ella lo supiera. A diferencia de su competidor, que lo injuriaba cada vez que podía, a William no le interesaba hacerlo ver de menos ante los ojos de la Elegida. Él solo quería lograr que los ojos de Lina permanecieran como aquella noche en el bosque cuando la encontró. Solo para él.

—¿Lo crees cuando dice que el miércoles nos sucederá algo, a ti y a mí?

Esta vez él no se mostró dulce y solícito. La soltó y se colocó el cabello, pensando antes de hablar. Tenía ganas de prohibirle que saliera de su casa, que no fuese más al teatro o a la cafetería, pero nada de eso hubiese ayudado tampoco. Él podía ser un líder en el inframundo, pero sin embargo, en la superficie, no podía imponerle nada a Lina. Se odiaba por no ser capaz de estar a cada instante con ella. Dadas las condiciones actuales, se preguntaba: ¿quién era más peligroso para Lina? ¿El estúpido ángel o lo que habitaba en su propio cuerpo?

—Samuel está desesperado. Inventa cosas —dijo al fin.

Lina se convenció de lo mismo. Le dedicó una sonrisa e intentó volver a la normalidad.

—Subiré a darle las medicinas a Fireball. Ya es su hora. —Tomó al impaciente animal que había aparecido dando tumbos con su cono, a la espera de aquellos calmantes que mejoraban su desgraciada existencia, y entró en la casa.

Lina tenía la horrible sensación de haber discutido, aunque sabía que no era así. Sin embargo, los hachazos de William se hicieron más fuertes y seguidos. Parecía que descargaba una rabia profunda en la madera.

Cuando terminó con el gato, se quedó en la habitación. Se sentía una mentirosa y no podía mirar a William. Necesitaba unos momentos para darse coraje, así que se acostó en la cama boca abajo. Su brazo colgaba hasta la pequeña canasta de Fireball, donde este yacía con el rostro emparchado. Era la primera vez que podía acariciarlo sin que intentara arañarla o esquivarla. Daba pena ver al pobre animal allí, respirando con dificultad, vencido por el dolor y los calmantes, y es que las heridas que ocasionan los ángeles son difíciles de sanar.

A los pocos minutos, William entró y se acostó junto a ella. Era un domingo silencioso.

Lina giró sobre sí misma y quedó con los ojos frente a los de él.

—Parece que no se nos abrió el paracaídas —bromeó.

Él la miró sin comprender. La incipiente civilización de William siempre encontraba paredes donde chocarse, pero su disposición cálida lo llevaba a imitarla cuando sonreía y a entristecerse junto a ella cuando la situación lo requería.

Los dos se quedaron un buen rato mirándose. Jugando con sus manos, apenas las yemas de sus dedos se rozaban y sentían en su rostro el aliento del otro.

—¿En qué piensas? —le preguntó rompiendo el hechizo.

Lina habló con voz ronca, como si hubiese estado durmiendo con los ojos sobre William:

—Cómo crees que será…

Él se acercó.

—¿Por qué susurras?

—Porque voy a decir algo vergonzoso. —Lina se tapó el rostro con la mano.

—¿Y si lo dices en voz baja será menos vergonzoso? —William sonrió una vez más ante su encantadora forma de ser.

—Si no me miraras, sería menos vergonzoso.

—Está bien —aceptó girándose, y quedó mirando el techo.

—Así puedes verme por el rabillo del ojo —insistió Lina.

William se mordió el labio para no reírse a carcajadas. Quitó la funda de la almohada y, mientras se la ataba en la cabeza, convirtiéndola en una venda, exclamó:

—Sus deseos son órdenes para mí.

Lina lo besó despacio y lo atrajo hacia ella. Quedaron muy cerca.

—Me preguntaba… ¿Cómo crees que será nuestra primera vez? —Suspiró y William pudo sentir su aliento dulce, fresco, por su rostro—. O sea, mi primera vez… Digo juntos… La primera vez que estemos…

—Será, de algún modo extraordinario, también mi primera vez —la interrumpió con expresión seria—. Yo nunca había sentido esto por nadie.

Lina hizo una pausa. Estaba incómoda. Agradecía que los ojos negros de él quedaran fuera de esa conversación.

—Tengo algo que decirte.

Otra pausa. Las manos de ella se movían nerviosas por la cama.

—Lina, puedes decirme lo que quieras.

Ella lo miró: estaba más hermoso que nunca. Su cabello negro resaltaba contra la tela blanca y sus labios fuertes se movían con coraje al decir siempre lo exacto, lo correcto…

—Tengo miedo de mostrarte mi cuerpo —exclamó. No era mentira, pero ella tenía que decirle otra cosa más importante en ese momento.

Aun con la venda, Lina pudo ver una expresión de sorpresa en su rostro.

—¿Por qué? ¿Crees que puedo lastimarte? Una vez que controle el fuego, no tienes que…

—No. —Lina sonrió al interrumpirlo, pero la pena y la vergüenza volvieron a acongojarla—. No es eso. Tengo miedo de que me veas desnuda.

William abrió la boca para decir algo. Ella no se movió, pero él sintió que ya no lo miraba.

—¿Por qué? —dijo al fin.

—¿Has notado que, en este mundo, cuando alguien tiene un cuerpo…, cómo decirlo… —Lina dejó escapar una risa incómoda—, perfecto, busca a alguien de las mismas características? Es decir, mírate tú y mírame a mí.

—¿Qué es un cuerpo perfecto? —preguntó ajeno a tantas cosas.

Lina comenzó a acariciarle el rostro. Con su dedo dibujó un camino desde sus pómulos duros, la línea recta de su nariz, las pestañas pobladas, la frente, bajando por el contorno del rostro hasta

llegar a la nuez de Adán que sobresalía antes de adentrarse en ese cuerpo musculoso. Con la ayuda de la otra mano, los botones fueron dando paso a la piel tibia y cuando la respiración de William se volvió peligrosamente acelerada, Lina volvió a acariciar el rostro, ese hoyuelo entre la nariz y el labio superior, y murmuró:

—Este es un cuerpo perfecto. —Besó aquel espacio tan pequeño, pero tan excitante—. Podría morir tocando este lugar. A veces, cuando hablas, lo miro. Cuando te vas, por las noches pienso en tus brazos gigantes, en tu pecho moverse de arriba abajo. Tu pecho amplio…, tus dedos gruesos pero amables… Y cuando te veo al día siguiente, pienso… quizás si se gira veré su espalda, sus omóplatos entre los cuales se potencia el efecto de aquellas piernas que me dan seguridad. Pero todo eso, que me recuerda lo bello que es estar contigo y lo mucho, mucho, mucho que te deseo, me angustia, me supera… Por eso prefiero mirar ese punto, donde tu labio forma dos perfectas montañas entre un valle que quisiera besar cada segundo.

Realmente Lina era especial. Ninguna chica de su edad hablaba así. Tal vez su vocabulario y sus costumbres eran resultado de una estricta crianza y sus peculiares gustos por el drama y el teatro.

William se colocó sobre ella completamente, con cuidado de no aplastarla. Besó sus labios con ansia. La recorrió con sus manos desde los tobillos hasta el nacimiento de las caderas, sin dejar de besarla.

—¿Te refieres a este lugar? —Ahora él le acariciaba con sus labios esa zona de la que ella hablaba antes—. ¿Donde tu labio adquiere la forma de un corazón? ¿Hablas del nacimiento de tu boca, la misma que me desespera, pero que al mismo tiempo es el único refugio que puede calmarme de esta sed que has despertado en mí? ¿Hablas de la terminación perfecta de cada elemento de tu bello rostro? De los ojos verde esmeralda, de esas cejas livianas que los encierran en un aire de inocencia y misterio, de estas mejillas rosadas que contrastan con tu piel marfil, de esa nariz que al tomar aire se mueve como las alas de una mariposa tierna y frágil… Sí, adoro este lugar y puedo jurarte —se mordió los labios de impotencia, porque William callaba al demonio que quería hacerla suya ahí mismo— que es una de las partes que me ha quitado el sueño demasiadas noches, mi vida.

Con la venda, William no podía ver su expresión.

—Sí, pero no conoces el resto. —Lina sintió que sus mejillas se encendían mientras hablaba, insegura—. No has visto lo que mi ropa oculta. Yo misma no me he observado muchas veces desnuda. Me baño y me visto. No hay nada que entretenga mucho. Mi cuerpo es aburrido y lleno de defectos humanos. No sé si será suficiente para ti. Ya sabes… Nariz puntiaguda, pechos pequeños…

—Lina, mi amor —la cortó sin dejar de acariciarla—, ¿qué estás diciendo? Tu belleza ha traspasado los límites de los mundos. Eres una hermosa hija de la Tierra. Deberías estar orgullosa de tu perfección que roza la divinidad. A veces me gustaría revisar tu espalda y comprobar que no te están creciendo dos alas pequeñas. No es que me gustara eso… —Le

dedicó una de esas sonrisas de lado, y después, un poco apesadumbrado, continuó—: Es mi culpa no poder demostrarte cuánto te deseo. Si mi especie no estuviera maldita, podría adentrarme en los secretos de tu cuerpo para mostrarte los míos, y así asegurarme de que entiendas que tú despiertas en mí tal apetito como nadie lo ha hecho en mi existencia.

Lina estaba entregada a esas palabras. Agradecía a los Infiernos por haberle enviado a aquel hombre. Él, con sus manos hirviendo, continuaba el viaje que intentaba burlar la seguridad de su camiseta.

—Igual tengo miedo… de no gustarte…, de no saber. —Lina acariciaba el antebrazo donde el tatuaje infernal descansaba. Su propio tatuaje era una copia barata de aquel hermoso dibujo. Todo era así con ella. No se creía suficiente.

—Lo haremos despacio, amor. Te prometo que, cuando llegue el momento, no haré nada que te incomode. Te haré el amor con los ojos cerrados si quieres, y los iré abriendo poco a poco, hasta que un día me regales el placer de observarte sin estas ropas que me fastidian.

—Tendría que existir una manera más fácil —murmuró Lina mientras él le besaba el cuello.

William se levantó y se quitó la venda. Tomándola por la cintura, la sentó como a una muñeca y le arremangó la camiseta.

—Iremos por partes. Despacio. Miraré cada centímetro de tu cuerpo…, cada día una parte diferente, y al final podrás andar desnuda o vestida junto a mí sin notar la diferencia. —Le alzó el brazo y exclamó con tono divertido—: Hoy empezaremos con el codo derecho. ¡Qué belleza! De forma triangular. Sin embargo, la punta ofrece una bienvenida redondeada, una invitación a mis labios.

La besó una y otra vez en el codo. Lina rio por la ocurrencia y las cosquillas.

—Mañana me toca el izquierdo, y pasado el dedo meñique de la mano derecha y así…

—No son esos centímetros los que me preocupan —dijo Lina tiernamente.

—Tienes razón. Lo que en realidad me vuelve loco es ese ombligo que me ocultas. —Se irguió y colocó las piernas de Lina alrededor de su cuerpo cálido, levantó la camiseta y fue directo a aquel punto en su vientre que lo colmaba hasta el éxtasis—. ¡Esto está hecho por artistas!

Lina rio muerta de cosquillas con los juegos de William, y así, se les escapaba de entre los dedos otro domingo perfecto.

Tic.

Tac.

Capítulo 8

Una pluma menos



> «Se acercó a ella y tomó su rostro entre sus manos. Reconoció las mejillas y los labios con sus dedos, como un ciego que encuentra a su amante entre una multitud de rasgos. Se quitó la venda y sintió su corazón palpitar con fuerza de nuevo. Y allí mismo besó a la Elegida. Y allí mismo, sin las idas y vueltas de los últimos participantes de tan viejo juego, en esa habitación, se unieron.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse V. Regreso a Whitehorse*

A Lina le iba a explotar la cabeza. Nunca lo había odiado y amado tanto al mismo tiempo. Quería golpearlo y besarlo. Todo junto. Le agradecía la ayuda, pero ya no aguantaba más. Necesitaba encontrar ese bendito símbolo.

—Bienvenida a otra clase más de meditación —exclamó Josh.

—Esta es la cocina de Al —señaló incrédula—. Y Al está allí mismo preparando unas hamburguesas.

J. J. la animó: tendrían una clase de repostería.

Lina lo miraba como si estuviese loco. Ella y los lugares inflamables no se llevaban bien. Sin embargo, el muchacho insistió. Dio en el clavo cuando le hizo notar lo particularmente hermosa que lucía esa mañana. No solía caer en esas trampas, pero la caricia a su autoestima le vino de mil maravillas.

Casi por error, había logrado combinar las pocas piezas decentes que tenía en su armario, y aprovechando el atípico día cálido, llevaba un pantalón negro ajustado y un suéter rosado que caía sobre ella, dejando ver intermitentemente su hombro derecho desnudo y el izquierdo que

aún mostraba el tirante de su sujetador a punto de resbalarse, corriendo la misma suerte que su gemelo. Ella no hacía esas cosas a propósito y, por eso, el efecto causaba un doble impacto.

Decorada solo con un prendedor en forma de cisne que delataba la naturaleza extravagante de su guardarropa y sus maravillosas botas grises, que la acompañaban en cada batalla, había llegado a The Sweet Bread, despertando miradas que se multiplicaban cada día. Dos cosas aceleraban ese proceso natural: se estaba convirtiendo en una encantadora mujer y su condición de Elegida.

Era imposible no dejarse tentar por sus encantos, y estos eran tan simples que conmovían: labios con brillo pegajoso y barato, ocasionalmente rasgados por las mordeduras que se autoinfligía de noche; ojos profundos que parecían brillar por fuera de las pestañas; cabello natural sin demasiadas preparaciones —ese día lo llevaba en una media trenza hacia un lado—, y esa forma de ser despreocupada. Sin querer impresionar a nadie, sin llevarse el mundo por delante, aunque, tal vez, aquella no era la mejor expresión para describir a la Lina de esa época.

—Cocinar es un arte de pensamiento también —dijo Al, parándose cerca de los jóvenes, sorprendiéndolos—. Vamos a despejar tu mente, pequeña. Josh me dijo que necesitabas aclarar algunas cosas personales.

El amoroso Al y el sorprendentemente cauto Joshua Jones.

—Está bien —aceptó Lina —. Confío en vosotros, pero si incendio algo, no digáis que no os lo advertí.

Lina y Josh se ataron a la cintura el delantal blanco que Al le pasó a cada uno y, después de lavarse las manos en el fregadero, estaban listos para ser aprendices de repostería.

—Bien, para hacer un hermoso pastel necesitamos tres etapas —comenzó Al—. La primera es la de planificación. Esa ya la hice por vosotros. Nos aseguramos de tener todos los ingredientes que vayamos a usar en proporciones mayores a las de nuestras recetas. Si somos novatos en el arte de los pasteles, podemos buscar algún recetario en la biblioteca.

Lina y Josh se dedicaron una mirada de complicidad. Les hacía mucha gracia que el viejo pastelero se comportara como una cocinera hablándoles a los espectadores de su *show* de cocina.

—¿Cuáles son los ingredientes estrella de la preparación de pasteles que nunca pueden faltar? —continuó Al, valiéndose ahora de las preguntas retóricas para entretener a su público—. Pues huevos, harina, mantequilla, un recipiente para horno, levadura, leche y azúcar. Eso, por supuesto, para todo bizcocho básico. Después decidiremos el sabor que se nos antoja: cacao en polvo o en barra para un delicioso pastel de chocolate, ramas de vainilla para un clásico, almendras para los pioneros de la cocina dulce, café para los sofisticados, limones frescos para paladares más extravagantes, naranjas para los aventureros…

Al llevaba su cabello plateado recogido en una redecilla. Lina y Josh se vieron obligados a imitarlo ante un gesto insistente del maestro chef. A continuación, los llevó a una parte de la cocina donde había dispuesto dos sitios de trabajo para ellos.

—Como veis, el orden y la limpieza son aliados del cocinero —indicó.

—Sí… —se atrevió a responder Josh sin estar muy seguro de lo que asentía.

—Delante de vosotros podéis ver distintos ingredientes básicos y algunos extras como crema de leche, mermeladas de fresa e higo, y las castañas ya horneadas. —Hizo una pausa—. Ahora, cuando penséis en pastel…, ¿en qué pensáis?

Los amigos se miraron; no sabían si debían responder o simplemente mover sus cabezas de arriba hacia abajo, esperando que Al se respondiera solo.

—Voy a dejaros unos minutos con los ingredientes para que paséis a la segunda etapa: la de creatividad —dijo Al—. Soñad con un pastel exquisito. Describid en vuestras libretas el pastel de vuestros sueños.

Lina reparó en un pequeño cuaderno que estaba en su lugar de trabajo. Como destacada estudiante, sin importar qué clase fuese, ella obedeció.

Josh se apresuró a imitarla.

Cuando Al los dejó solos, los dos amigos ocuparon unos instantes en intercambiar algunas inocentes burlas, y después cada uno visualizó aquella obra maestra que venía a su mente cuando soñaba con un pastel.

Lina tenía una fijación con el chocolate y todo aquello que fuese muy dulce. Así que a su imaginación llegó un pastel de bizcocho negro relleno de *mousse* de chocolate blanco, crema batida con cacao y *fondue* de chocolate amargo para decorar ese volcán chocolatoso que ya la hacía salivar.

Por otro lado, Josh contaba con un paladar algo más extravagante, aunque aún no lo hubiese notado. A su mente venían ingredientes sueltos: bizcocho marmolado, naranjas confitadas, amapolas, gelatina de frambuesa, mangos acaramelados, helado de vainilla…

Cuando Al regresó para controlar a sus aprendices por un día, se llevó una agradable sorpresa al ver que Lina no solo había anotado una lista de ingredientes necesarios para su soñado pastel, sino que también había dibujado un prototipo de cómo se vería su trabajo final y cada porción por dentro. Solo tuvo que indicarle las proporciones para que ella pudiese ordenar todos los elementos necesarios. A excepción del chocolate blanco, encontró todo lo que quería en su sector.

Josh era un alumno menos aplicado, pero más creativo. Junto a Al se decidieron por una original tarta galesa. Lo cual hubiese sido un reto casi imposible para un novato; sin embargo, Josh no lo era.

Muchas tardes había permanecido en silencio en la esquina de aquella cocina o de una más modesta en su casa, viendo como las claras se batían, las carnes se ponían a macerar o los pollos se rellenaban. Habilidades codiciadas, según él, en el mundo femenino. Un buen compañero cocinero. Sí, Joshua Jones había estado atento siempre al arte culinario con la palpitante expectativa de conquistar el corazón y el estómago de una muchacha.

Así que, en la práctica, Lina batía despacio, salpicaba demasiado, cortaba muy grueso y equivocaba las cantidades mientras que su amigo se movía con los gestos habilidosos que había

imitado muchas veces en la soledad de su cocina.

Al se paseaba entre ambos jóvenes como un verdadero maestro francés en uno de esos prestigiosos institutos de renombre. Aquella era una nueva faceta que Lina no le conocía. Siempre daba la sensación de humildad y ligereza, pero allí estaba, erguido y seguro de sí mismo, acompañando los movimientos inseguros de los muchachos con su mano firme.

Lina se percató de que efectivamente su cabeza estaba cada vez más despejada y que se focalizaba en una sola tarea a la vez, lo cual era refrescante.

—Ahora, muchachos, la obra ya está hecha —dijo Al—. Ya estamos en el futuro y solo tenéis que recorrer el camino inverso para montar los pasteles. Debéis volver al pasado y vuestros trabajos se harán solos.

Lina y Josh no estuvieron muy seguros de qué significaba eso, pero lograron hornear sus pasteles y, mientras esperaban, se convirtieron en lavaplatos, dejando todo impecable tal como lo habían encontrado.

Con los ojos fijos en el agua al correr y el sonido de las campanillas de The Sweet Bread al abrirse y cerrarse sus puertas, Lina tuvo una epifanía. Un cuello desnudo. Un ángel antiguo. Unas alas maravillosas. El collar de Celestine. ¡Bingo!

Dejó caer su delantal. Ya volvería por el pastel más tarde. Debía correr a la casa de empeños del señor Lee. Quizás por haber entrado en una cocina y no haber incendiado nada, el universo le había regalado aquel momento iluminado. Eso tenía que ser. La insignia del reino de los Cielos… Había estado allí todo el tiempo.

Lina corrió por el bosque soleado, después por las calles que brillaban con el reflejo de un sol atípico para esos meses. Otra vez sus pulmones le respondían con la fuerza de mil caballos mientras su inhalador descansaba, inerte, en el bolsillo de la cartera que había olvidado en la cafetería.

El negocio tenía una pequeña vitrina que con letras doradas invitaba a pasar a la única tienda de empeños del pueblo. Dentro, Lina tuvo que carraspear varias veces. El anciano señor Lee se demoraba en llegar al mostrador. Con sus cataratas y su bastón, era objeto de los comentarios de los hermanos J. J., que vaticinaban que los enterraría a todos. Algo de verdad había en aquella broma, ya que nadie sabía con exactitud su edad, pero sí sabían que, a excepción de un joven sobrino bisnieto que vivía en otro pueblo, el señor Lee había perdido a toda su familia. Jamás se había casado y uno de sus pasatiempos favoritos era asistir a los funerales de quienes no tenían la suerte de ser tan longevos como él.

Cuando Lina le dedicó una de sus cálidas sonrisas, no sospechó ni por un momento que ella no sería una excepción a la regla del señor Lee.

—La pequeña señorita Lina, ¿a qué debo el honor de su visita? —A diferencia de los empeñadores de las grandes ciudades, el señor Lee tenía más interés por ayudar a sus vecinos que por las ganancias. Era un hombre simple y vivía de forma sencilla.

Sin preámbulos, presa de su excitación, Lina soltó todo de golpe y en desorden:

—Hace un tiempo alguien, una muchacha, como de mi edad pero que parece más grande a veces, y otras más joven… Bueno, ella vino a dejarle un collar. Lo necesito urgentemente. Espero que no lo haya vendido, por lo que más quiera, le daré lo que sea. Tiene piedras azules y es hermoso. La muchacha se llama Celestine. Hace más o menos un año atrás lo empeñó…, cuando tuvimos la fiesta para recaudar fondos para la cafetería de Al. Celestine, ese era su nombre. Seguramente no vino sola, a lo mejor le costaba…

El señor Lee asintió una vez y con un gesto de su bastón —que a Lina le trajo de golpe los recuerdos de Newen Mapu, el Supremo de la Tierra— la dejó sin palabras. A paso lento, pero decidido, con la seguridad que le prestaba su excelente memoria, el señor Lee se dirigió a un aparador interno. Sacó de su pequeño chaleco una llave que prometía abrir los cofres de los lugares más recónditos de la Tierra. Acostumbrado a no mostrar sus movimientos, Lina solo pudo ver la tela aterciopelada cuando la colocó frente a ella sobre el mostrador. También notó que transpiraba por la carrera y que sus dedos dejaban huellas en el impecable cristal del señor Lee.

—Sabía que era algo especial en el momento en que aquella jovencita entró por la puerta con aquel particular muchacho.

—Peter —dijo Lina con los ojos puestos en la tela que aún ocultaba aquel tesoro.

—Solo miraba los anaqueles y los cristales de los aparadores —recordó el señor Lee—. No le interesaba nada más que eso… Eran muy amables. No regatearon. Se lo valoré en doscientos cincuenta dólares.

Lina recordaba que era más. Samuel había podido ofertar por su baile cuatrocientos cincuenta.

—¿Está seguro? —le preguntó mirándolo con un gesto de reconvención—. Es un collar muy valioso.

—Tan seguro como que has venido a llevarte esta hermosa pieza. —El anciano quitó el terciopelo púrpura y las piedras parecieron despertar después de un largo sueño—. ¿Te la quieres probar?

Lina permaneció un momento en silencio. No sabía qué hacer. Si nadie se la entregaba, ¿cómo estar segura? ¿Debía activar la insignia? ¿Estaría bien usarlo sin el permiso de su dueña original? ¿Realmente aquella hermosa pieza había sido fabricada por la perversa Destiny? No sintió lo mismo que con la pulsera de Areias. Aunque, después de todo, Celestine y Peter habían sido de «mundos diferentes». Según le habían contado aquella tarde de excursión, él era antes otro tipo de criatura celestial y no podía viajar por los mundos como Celestine.

—Señor Lee —murmuró Lina mientras acariciaba las piedras con apenas las yemas de sus dedos, que previamente secó en su suéter rosado. Acababa de caer en la cuenta de que no llevaba dinero consigo—, me he dejado la cartera en la cafetería de Al, ¿usted podría reservármelo?

—Te diré qué haremos —exclamó el anciano—. Necesito ayuda con el negocio… ¿Por qué no vienes a ayudarme unos días y así todo queda arreglado?

—Yo… Lo siento… —comenzó a disculparse Lina—. Con mi tío y el teatro no debería

comprometerme a más cosas. Ahora también puedo tomar algunas clases en la universidad, después ya me inscribiré y estaré muy ocupada.

—¿Ya estás en la universidad? ¡Cómo pasa el tiempo! Entonces… —Se puso en marcha de nuevo, Lina lo vio bordeando el mostrador. Cuando estuvo junto a ella, le hizo señas para que se agachara. El anciano se iba achicando con el paso de los años. Lina casi tuvo que arrodillarse para estar más baja que él.

—Déjame ver cómo te queda —le pidió.

Lina obedeció más por la ansiedad de probarse lo que podía ser la insignia de los Cielos que por hacerle caso al anciano. Se recogió la trenza y sintió el frío de las rocas preciosas.

Nada sucedió.

El señor Lee la miró y una sonrisa cálida se dibujó en su rostro.

—Te va estupendo —dijo—. Un perfecto regalo de graduación, con entrega atrasada, pero encantador. Resalta tus ojos.

—Señor Lee, yo no puedo…

Otro gesto del bastón la hizo callar de nuevo. El anciano y tradicional señor respetaba mucho al tío de Lina y sospechaba que, en el estado de salud en que se encontraba, dejaría atrás mujeres que debían contar con buenos amigos.

—Dile a alguno de tus compañeros que necesito ayuda —le pidió—. No tiene que ser todos los días, pero estoy buscando un aprendiz. ¿Podrías hacerme ese favor?

—Sí, pero le pagaré. Ahora mismo voy a por mis cosas a la cafetería y le pago lo que corresponde.

—Pequeña señorita Lina —replicó él—, aceptar un presente es una encantadora virtud. Te ruego no la pierdas justo conmigo.

Lina no supo qué decir.

Estuvo fuera en un abrir y cerrar de ojos una vez que el señor Lee por poco la hizo salir a empujones, enviándola a casa junto con saludos para sus tíos. Y, obediente, Lina le hizo caso. No recordó ni a Al, ni a Josh, ni a los pasteles, ni sus cosas… Fue directa a su casa.

* * *

En su habitación, pensó que, si no había nadie cerca para aclararle si aquel collar era o no parte de la Máxima Insignia, quizás debía llevarlo puesto y hacer cosas para que se activara o algo así. ¿Pero qué? Estaba bañada en sudor por la carrera y se dio cuenta de que realmente estaba fuera de forma.

Con asco se quitó el suéter mojado y se puso una camiseta de tirantes con la estampa del rostro de Joan Jett que ya empezaba a desfigurarse. Después tomaría una ducha y pensaría bien qué hacer con el collar. No había nadie allí que le diera una pista, pero aseada podría concentrarse mejor e ir a la casa grande a esperar a William.

Se quitó las botas y se contempló frente al espejo de pie. No miraba mucho su cuerpo, pero en los últimos meses lo hacía con más frecuencia. Deshizo la trenza de su cabello y llevó su mano al collar para acariciarlo. Se dejó hipnotizar por la sensación extraña del espejo: se veía de lejos tocar algo que podía sentir muy bien de cerca. Era espectadora y protagonista en la experiencia especular, y hasta se reconocía hermosa.

Ensimismada, no pudo escuchar a Samuel posarse en la ventana y después entrar, violando la privacidad de su dormitorio y, sobre todo, la intimidad de aquel momento. Los ángeles, aunque sean malditos o estén en camino a serlo, son muy silenciosos.

Lina salió del encanto cuando sintió el roce de una pluma en su brazo.

Samuel perdía la blancura de sus alas en el dormitorio de ella. La miraba directamente a los ojos, a través del espejo, con sus extremidades aleteando despacio, de pared a pared.

Lina quiso taparse el collar. ¿Él lo rompería? Quiso culparlo por Fireball, por Humble… Sin embargo, los ojos profundos de Samuel la paralizaron. Estaban muy cerca, sin tocarse. Lina podía sentir el calor de aquel mínimo espacio que los separaba. Su torso delgado justo en el medio del pecho marcado del ángel. La piel rosada de ella y la pálida de él. El cabello dorado de Samuel mezclado con hojas y tierra, el de ella, color ceniza. Lina notó por primera vez que el ángel tenía los labios grandes. Antes era un muchacho prototipo, nada en él sobresalía… Ahora su boca se veía fuerte y estaba congelada en un rictus, a diferencia de los relajados labios de Lina, que dejaban entrar y salir de su cuerpo un aire cálido.

Samuel no podía crecer. No había sufrido el desarrollo y los cambios del cuerpo humano; sin embargo, Lina estaba convencida de que parecía diferente. No solo el aire misterioso y las alas perdiendo sus plumas… Parecía adulto. Y ella, frente al espejo, se descubrió a sí misma del mismo modo.

Ninguno de los dos dijo nada, solo el vaivén de las alas se oía en esa habitación. El mundo podría haberse atascado en su eje o el tiempo detenido por una intervención divina, o alguna ridiculez por el estilo, pero los seres de los Infiernos son intuitivos y muy celosos, aun en la distancia. Aun padeciendo un dolor y una desesperación incomparables.

El teléfono comenzó a sonar. Samuel cambió de expresión. Sin decir nada, Lina reconoció su gesto: ¿lo atenderás? Es él el que llama, Angelina. ¿Lo atenderás?

Cada repiqueteo alejaba el embrujo anterior más y más, como un rayo de luz creciente en la bruma del espejo que los envolvía a los dos en una escena tan íntima como inexplicable.

De pronto las manos de Samuel se volvieron garras. Lina no alcanzó a girarse, pero intuitivamente irguió su cuerpo quedando aún más pequeña ante aquel monstruo que, de un solo movimiento, arrancó el collar haciendo que todas las piedras, las pequeñas y las grandes, se desprendieran, provocando una lluvia de luces verdes y celestes por el cuarto.

—No eres digna —dijo despacio, mirándola a los ojos.

Después se alejó, plegó sus alas para subirse al marco de la ventana y desde allí agregó una segunda frase:

—Te quedan dos días. —Y saltó hacia fuera, sin preocuparse de confirmar antes la ausencia de testigos.

Lina tampoco le contó a William sobre aquello. Ni del collar, ni de la aparición de Samuel en su dormitorio. Ni de lo que ella sintió en aquel momento.

Capítulo 9

La Araña



«—Debes elegir: mueres tú o muere ella. Si eres como tu madre, te aferrarás a tu vida humana con garras y colmillos. Si eres como tu padre, lo sacrificarás todo por ella. —Lo que parecía una niña de cabello dorado le dedicó una risita divertida, disonante con lo que le acababa de revelar.»

W. Parrot, *Whitehorse IV. Little Horse*

Lina estaba en el teatro planificando las próximas semanas con Harry cuando William apareció con el rostro desencajado. Se sorprendió, ya que habían quedado dentro de unas horas en el cine. Él iba a regresar justo para comprar las entradas.

Sin darle tiempo a nada, ya se encontraban en el coche negro, de camino hacia una zona apartada del bosque donde los esperaría Humble. Pensó que le había entendido mal:

—Destiny…, una ceremonia, ¿qué quieres decir?

—Yo tampoco lo comprendo. Es una invitación. No podemos negarnos. Mantente siempre junto a mí. No sé qué quiere… Algo con los símbolos supongo. —William se aferraba fuerte al volante cuando tomaban una curva cerrada.

El corazón de Lina —y por ende el de William— dio un brinco. Él lo atribuyó a la conmoción del momento. Sin embargo, la angustia de ella se debía al miedo de que aquella cita tan sorpresiva tuviese algo que ver con Samuel y el hecho de que tal vez hubiese roto el símbolo del aire. Por otro lado, temía que William se enterase de sus encuentros con el ángel. Esa era su oportunidad para hablar, pero Lina, tentando su suerte al extremo, no dijo nada.

William aparcó en una carretera vacía. Su corcel surgió de entre los pinos y lo montaron

deprisa mientras relinchaba disconforme, ya que no quería ir por ese sendero. El animal odiaba a esa criatura.

Sin demora, llegaron hasta aquella parte del bosque que resaltaba por su simpleza. Aún sobre Humble, William atisbó el horizonte con su vista privilegiada. Lina intentaba encontrar la roca que abría la cueva de Destiny, pero no se veía por ningún lado.

Manteniendo quieto al caballo, que parecía querer salir cuanto antes de allí, William desmontó con Lina en brazos. Palmeó al animal, que, sin demora, huyó.

Estuvieron así unos segundos, expectantes, hasta que un sonido a lo lejos les erizó la piel. Sonaba a desprendimientos, aludes, terremotos. Observaron estupefactos que los árboles y las rocas comenzaban a moverse, como si un gigante se acercara.

La figura que surgió, a plena luz del día, podía ser descrita únicamente como una *mujer arácnida* gigante. Debía de medir el doble que William y sus extremidades la ensanchaban.

Lina se aferró a su demonio, muerta de miedo. Jamás había visto cómo se desplazaban aquellos siameses opuestos. Porque, si allí estaba Destiny, su hermano Freewill también debía de estarlo.

Aquella monstruosidad se movía con dificultad entre los arbustos. Estaba distinta. Ya no era la niña de la cueva. Esa araña mujer era una joven en su primera adolescencia, aunque era difícil adivinar la edad de *eso.* Tenía dos filas de ojos y más de un juego de piernas y manos. Lo único que conservaba de la última vez que Lina la había visto cara a cara eran los rizos dorados enmarcándole el rostro.

La criatura se detuvo a unos metros y sonrió, dejando ver unos dientes afiladísimos.

Instintivamente ambos dieron un paso atrás.

Al sentir la mano de Lina temblar, William se antepuso, aunque sabía que el daño de la mitad de esa criatura provenía de sus labios, como un veneno viajando desde su oscura boca hasta los oídos de su dulce Lina. ¿Qué diablos quería?

—¿No os encanta el sol y el aire fresco? —Destiny abrió sus cuatro manos al cielo. Aquello era horrible. Los ocho ojos de su rostro se cerraron y al volverlos a abrir se centraron en la humana—. ¡Felicitaciones, Angelina Lina! —exclamó sin hacer caso de William—. Has encontrado el primer símbolo.

—¿Por qué nos llamaste? —preguntó Lina gritando. Un poco por los nervios y otro poco por la distancia.

—Si no me divirtiera tanto contigo —dijo en tono maternal—, te castigaría por esos modales… Tus padres te han educado bien, también tu tío… ¿Por qué me hablas así, entonces?

Lina se iba a adelantar, quería gritarle que no se atreviera a hablar de ellos, pero William la detuvo.

—Guardas toda tu efervescencia para mí, ¿no es cierto? Con los demás eres un pichoncito… Pero conmigo muestras las garras. —Hizo un gesto con una de sus tantas manos, provocando que a Lina se le revolviera el estómago.

—Mi señora —empezó William— nos ha honrado con su llamada. Por favor, disculpe a la Elegida. Es joven y hay formalidades que se le escapan.

—Te llamé —siguió Destiny sin apartar la vista de Lina, obviando a William— para celebrarlo. Has encontrado el primer símbolo. Tienes que recoger tu premio de las Aguas. Vamos, sígueme al río.

Cuando Destiny se giró y empezó a andar, tanto William como Lina observaron la espalda de la criatura. Su hermano, Freewill, estaba pegado a ella como una especie de mosca. Iba medio dormido o delirando. Lina le dirigió una mirada de socorro a William, y él se odió un poco más por exponerla a todo aquello. Tuvieron ese horrible espectáculo frente a ellos todo el camino.

Lina no podía creerlo.

«Genial, y yo que no quise ir a ver con J. J. la última de Freddy Krueger por miedo a tener pesadillas», pensó mientras estaba segura de que nunca más iba a ser capaz de pegar un ojo.

Cuando llegaron al río, una mujer los esperaba. No tardaron en notar que era una acuosa. Tenía el cabello muy corto, de color azulado, y sus ojos topacio eran dulces, humildes… A Lina, por alguna extraña razón, le recordó un poco a Areias. Quizás los acuosos eran todos parecidos al final.

—¡Tantarán! —exclamó Destiny imitando el redoble de tambores y dando un pequeño saltito hacia la criatura de las Aguas—. Aquí está tu regalo. Se llama Costa, pero puedes nombrarla como quieras. No habla porque… —Miró a Lina con sus ocho ojos azules como si la fuese a devorar de un momento a otro—. Bueno, algún día lo sabrás muy bien. Costa jurará defender por siempre a tu descendencia.

—¿Defenderla de qué? —quiso saber Lina.

—Ya sabes…, de las inclemencias del destino —bromeó, moviéndose hacia los costados. De nuevo a Lina se le erizó la piel. El vaivén de esas piernas era espantoso. Destiny continuó—: Costa era como tú, Angelina Lina, una rebelde. Pero ella ya aprendió cuál es su lugar en el mundo… ¿No es cierto, querida?

La acuosa, acomodándose un cinturón de conchas de caracoles del cual colgaban distintos artefactos que Lina no llegó a identificar, asintió con la mirada fija en un punto distante.

—Querida Costa, haz tu juramento ahora. —Destiny chasqueó los dedos, impaciente.

La criatura muda volvió a asentir. De su cinturón tomó una especie de *frisbee* de agua. Lo arrojó al aire y este dio una vuelta completa entre William y Lina para volver a sus manos.

—Y como esto es un juego: ¡siempre hay sorpresas! —Ahora Destiny hablaba como la presentadora de un estúpido espectáculo, acercándose a Costa.

Lina y William se miraron preocupados otra vez.

—Veo que no has hecho lo que te pedí —exclamó la perversa araña—. Tu ángel sigue vivo. El tema es, Angelina Lina, que ángel y demonio no pueden vivir en el mismo mundo por tanto tiempo. Y no te preocupes, el collar que rompió ayer el ángel no era mío. Mis regalos no se

rompen tan fácilmente —dijo esto acariciando uno de los pelos de Costa—. El próximo símbolo es el de los Cielos. ¡Concéntrate! El regalo que viene de los Cielos te va a gustar. ¡Buena suerte!

William se quedó de piedra con la mandíbula apretada.

Lina cerró los ojos. Jamás le había confiado el sueño en el que Destiny le pedía que matara a Samuel por el bien de su futuro hijo. Ni que decir del incidente del día anterior.

—Oh, ¿acaso hablé de más? —exclamó la siniestra criatura con tono fingido.

Lina se obligó a hablar:

—No voy a matar a Samuel. Ya te lo dije. No soy una asesina.

Destiny se puso seria y la miró un largo rato, y de repente, sin más explicaciones, soltó con una sonrisa brillante y afilada:

—Está bien. Entiendo. Entonces, déjame ponerlo de otra forma más divertida aún: ángel y demonio no pueden convivir. Elige a uno y mátalo. Aunque es más fácil matar al demonio… Ve al primer cajón del escritorio, toma la llave y abre el armario. Quita la manta gris empolvada y saca la espada. Hasta aquí ya eres digna de usar un arma de las profundidades. Mata a William si lo prefieres y quédate con tu ángel o mata a Máximus después. Tú eliges cuándo. Es tú decisión, si quieres ayudar a Salvador.

—¿A quién? —preguntó William, que no terminaba de entender todo aquello.

—Veo que te han dejado un poco al margen de todo, ¿verdad, Máximus? —Por primera vez Destiny reconoció la presencia del demonio. Después, sin esperar respuesta ni despedirse, la criatura echó a correr con el escalofriante movimiento de una araña escapando.

Sin más, Costa hizo una reverencia y se fundió con el río, con la misma gracia que Areias lo había hecho en el mar días atrás.

Al quedarse solos, la frialdad de William se hizo evidente. Le soltó la mano y se concentró llamando a Humble mientras Lina era incapaz de articular palabra alguna. Así cabalgaron mudos hasta el coche y, una vez que se subieron, Lina estalló en un monólogo explicando los porqués de su silencio.

Él se concentraba en el camino, primero la carretera y luego las calles de Whitehorse.

—Dime algo, por favor —rogó ella, pero seguía sin hablarle. Ante la ley del hielo a la que la sometía, Lina arremetió—: Tú nunca me dices adónde vas, tampoco por qué tienes que separarte de mí. Solo me dices que es peligroso, porque tu fuego se descontrola, pero no termino de entenderlo. No me lo explicas.

—Algunas noches soy la criatura que te cruzaste en la playa —le soltó con tono indescifrable —. Si me quedo cerca de ti, puedo quemarte viva. Tengo que irme a lugares alejados. No puedo correr el riesgo de lastimarte a ti o a otros. Después de eso, quedo débil durante algunas horas, y necesito recuperarme. Busco a algún excazador amigo que me ayude. Me tranquiliza ir a lugares conocidos, y por lo general voy a Irlanda.

—¿Y era tan difícil decirme eso? —le reprochó sin ningún sentido de la oportunidad.

—No me gusta que pienses en mí como en un monstruo. Me da vergüenza —respondió

tomando una curva deprisa.

—Jamás pensaría en ti como en un monstruo —dijo Lina con ternura.

—Por algo no me contaste lo de Samuel.

Mientras un semáforo los hacía detenerse, William, más tranquilo, apiadándose de una humana que le entregaba todo y que acababa de exponerse otra vez al horror por él, quiso hacer las paces, olvidando todos sus celos y desconfianzas.

—Lina, ¿quién es Salvador? ¿Es alguien de tu pasado?

Ella le regaló una sonrisa. ¡Como si tuviese un pasado! No, su vida había comenzado con él.

—Es alguien de mi futuro. «El que salva», me pareció apropiado para nuestro hijo. Además, siempre me gustó… Sería el nombre que yo he pensado para él, si tú estás de acuerdo, por supuesto.

Sin importarle los bocinazos, William no reaccionó ante la luz verde. Se quedó pasmado allí, tratando de entenderlo todo, pero feliz, como si el solo hecho de saber el nombre de su hijo ya lo hubiese convertido en padre.

* * *

Las parejas nuevas lo idealizan todo. Por eso, cualquier error es vivido como la máxima ofensa. Lina y William no eran la excepción.

Un sonido molesto, mecanizado y constante fue el detonante de la ira de los Infiernos y de los celos de Lina Smith, que en cuestión de fuerzas eran equivalentes. Lina había entrado en la casa para buscar a Fireball, ya que era hora de su pomada. Iba a ser rápido, porque pronto empezaría la función en el cine. Durante dos horas jugarían a los novios normales.

William la esperaba en el coche.

El sonido en cuestión vino desde uno de los cuartos de la planta baja. Lina siguió el molesto ruido. Pasó la puerta del sótano, dobló a la derecha, atravesó un pasillo y, cuando entendió de dónde provenía el barullo, cerró los ojos. Maldición. Era la biblioteca. No sin dudas movió el pomo, y la puerta de roble cedió. La sala seguía tan lujosa como antes; sin embargo, ahora era un lugar prohibido.

«La curiosidad mató al gato…», pensó Lina y estuvo a punto de cerrar esa puerta e irse, pero aquel sonido familiar la terminó por convencer y entró.

Junto al escritorio lleno de libros, encontró una máquina de fax. Era nueva. El papel que había salido tenía un mensaje corto:

«Guapo, gracias por la visita del otro día. No te pierdas nuestra fiesta. Cariños, Priscilla.»

Lina se iba a volver loca. La máquina chirriaba pidiendo más papel, señal de que otro fax llegaba.

Su tío tenía una máquina igual en la secretaría de la iglesia. Lina revisó los cajones para ver si encontraba un repuesto. Por segunda vez la luz de la curiosidad la atravesó cuando vio las llaves.

Sí, esas que abrían el armario con el arma de William. Con la espada que según Destiny tenía el poder de matar a su demonio. Porque todo, como siempre, era una locura. ¿Por qué querría ella tener un hijo de William para después matarlo? ¿O antes? ¿Qué había querido decir Destiny con eso de «puedes matarlo cuando quieras»? ¿Qué tenía que ver la felicidad de su hijo con la vida de William? Entendía un poco más el peligro que Samuel representaba; después de todo, el ángel le había dicho muchas veces lo que pensaba de su futuro hijo… Pero ahora esto no tenía ni el más mínimo sentido.

—Lina —la voz de William la asustó. Como si fuese una ladrona atrapada con las manos en la masa dio un pequeño saltito hacia atrás.

Él caminó hacia ella sin despegar los ojos de encima. Cuando estuvo a su lado, se limitó a cerrar el cajón y Lina se apresuró a explicar:

—Buscaba más papel. Te llegó un fax. —Le extendió la nota, atenta a su expresión mientras leía.

—Es una fiesta de excazadores. Algunos de ellos fueron los que nos ayudaron con el símbolo de agua.

Lina asintió. Sus manos se movían nerviosas.

—Will, yo nunca… —comenzó a decir señalando el cajón.

—Me dejaría matar por ti —la interrumpió mientras arrugaba el fax y lo arrojaba al cesto de los papeles. Después se acercó y quedó frente a ella.

Lina, de puntillas, le acarició la cicatriz del rostro. Él dejó escapar un rugido cálido que a ella le calentó la boca y se besaron, pero fue un beso distinto. Un beso que se hace sin cerrar por completo los ojos. Desconfiado…, porque la araña lo había logrado una vez más. Dos incautos se habían chocado con sus redes. Ahora los iba a devorar.

Capítulo 10

¿Quién es el malo ahora?



«Parecía que la fuerza de Hyde había crecido a costa del agotamiento de Jekyll.
Y en verdad, el odio que ahora los dividía era igual por cada parte.»

Robert L. Stevenson, *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*

Tobías Baker siempre había sido un testigo. Nunca el protagonista. Su vida se basaba en observar las pequeñas o grandes tragedias de quienes lo rodeaban. Porque Tobías tenía una grandiosa característica: sin ser malo ni bueno, atraía la desgracia. Solo algunos son puestos en este mundo con ese fin. Lamentablemente, en ocasiones uno de esos seres muta y deja el anonimato que lo resguarda, a él y al resto, de consecuencias desastrosas, y se hace fuerte, imparable… Un líder, un rey de las sombras, pero ese no era el caso de Tobías Baker.

Desde su puesto en la gasolinera, observaba tranquilo la carretera que lo separaba de los pastizales, y más allá, del río helado de la medianoche. En realidad…, faltaban exactamente siete minutos para las doce en punto.

Dos horas después, Tobías explicaría al comisario cómo fue que la carretera se abrió en dos, haciendo imposible cruzarla para averiguar qué diablos había ocurrido en el bosque, donde se podía adivinar un camino de fuego que ardía a pesar de todo el esfuerzo del cuerpo de bomberos de Whitehorse y de dos pueblos vecinos que habían prestado ayuda ante la magnitud de los destrozos.

Eran las once y cincuenta y tres. El contador que el ángel había activado en la vida de Lina pronto llegaría a cero.

Ella jugaba con su batido de chocolate cuando una burbuja le explotó en la nariz; por reflejo, miró hacia William, pero él tenía la mirada perdida en la distancia. Estaba apoyado contra el ventanal del bar, aferrándose el estómago con ambas manos.

Lina se sorprendió. Las cosas ya estaban mejor entre ellos después de ese incómodo y surreal encuentro con Destiny. Hacía un instante apenas se reían de la tonta película que acababan de ver en el cine. Una de las adaptaciones de Eva Gold, otra película más de esas melodramáticas que empalagan al público. Lo único que le había gustado era el protagonista. Todos los hombres hermosos tenían algo en común con William. Durante la película había recordado el peinado de Zack en la fiesta de Julie, que se merecía el primer premio, por haberlo imitado al detalle.

Esas horas de distracción le sirvieron para no pensar en su tío, que había tenido que regresar a Toronto por más análisis, ni en Destiny, ni en Samuel. Pero, en aquel bar, algo marchaba mal. El rostro de William se desfiguraba en una mueca de dolor.

—Will, ¿qué pasa? —Lina tenía miedo. ¿Era aquella una de esas noches? Imposible, ya que él era extremadamente cuidadoso.

—No lo sé. Me siento extraño. —William intentó sonreír, pero su rostro no le respondió.

Lina no comprendía. Era imposible que él enfermara. Extendió su mano por la mesa para acariciarlo, pero él no pudo despegar los brazos del cuerpo, como si intentara retener una represa de agua a punto de estallar.

—¿Salimos y llamo a Humble? —propuso Lina.

Esta vez William tardó en contestarle y la miró con desdén.

Lina se sintió incómoda, como nunca, ni siquiera cuando se estaban conociendo. Esa sensación era nueva. La ira en los ojos de su novio la asustaba. Recordó por un segundo la mirada de Samuel en el teatro unos días atrás. Cuando por fin habló, le dijo entre dientes:

—Ve a la casa.

—¿Y tú? —quiso saber ella.

—Yo iré después. Cuando me sienta mejor —respondió con tono aplanado.

—No, Will. Vamos… Yo conduzco.

Por primera vez William retiró las manos de su abdomen y golpeó la mesa con su puño derecho haciendo saltar a Lina y a todos los ocupantes de las otras mesas. Al notar el miedo en el aire, relajó la postura y dijo con la mandíbula apretada y los ojos inyectados en sangre:

—¡Es una orden! ¡Ve! —resopló y agregó—: Tengo que ir al baño. —William se levantó sin esperar respuesta.

De pronto a Lina la escena se le antojó graciosa y ridícula, y por algún extraño motivo pensó que los papeles estaban curiosamente invertidos: era ella quien debía dar las órdenes. Alejó ese pensamiento y se incorporó. Justo en ese momento, cuando vio los ojos ajenos observándolos, cayó en la cuenta: William nunca le había hablado así. La invadió una extraña sensación. Se sintió parte de una escena de despedida.

—Will —lo llamó intentando que su voz sonara segura—. Las llaves.

William buscó en su bolsillo y arrojó el manojo, y siguió su camino antes de que ella las atrapara. De haber esperado hubiese visto cómo, inmediatamente después de hacerlo, Lina soltaba el conjunto de acero que le quemó la piel. Porque la Elegida aún no era inmune al fuego de los Infiernos.

* * *

Lina corre. Corre por su vida y por su alma. Atraviesa la calle por sus propios medios. No tuvo tiempo de ponerse la chaqueta. Sus zapatillas de tela no la ayudan a apresurarse.

El grito le había helado la sangre. Nunca había escuchado un rugido así. Ni siquiera aquella vez en la playa… Pero ahora era peor. Ahora no era un simple animal. Era el personaje siniestro de aquel sueño febril que la había visitado también el año anterior… Aquel ser onírico que subió su temperatura hasta hacerla arder. ¿Y qué es más aterrador para un humano que una fantasía de carne y hueso persiguiéndolo?

Al doblar a la izquierda solo estaba la carretera, helada y nocturna, y a un lado la gasolinera con el cartel titilante.

El frío se sentía como cuchillas cortando la piel de sus mejillas. El coche había quedado destrozado contra aquel árbol. ¿Perdería su carné? Se obligó a pensar en lo que realmente importaba. Lo escuchó llamarla y no supo qué le dolía más, si el vacío de la voz o su propio rechazo.

La conversión no estaba terminada. William aún no era aquello que vio en el eclipse, porque si no ya la habría alcanzado. Sintió las raíces de los árboles crujir, la tierra temblar bajo sus pies. Las luces de las calles estallaban y un fuego azul se extendía más rápido que su perseguidor. Llamas poderosas ardían a los costados de Lina como la amenaza de lo que aún no la alcanzaba.

Un recuerdo absurdo llenó su mente. El mismo viento que la lastimaba era el mismo viento que acariciaba su rostro infantil de los siete años:

—Lina, cuando lleguemos a casa, papá y yo vamos a hablarte de una sorpresa —dijo su mamá minutos antes del impacto.

—Quiero saber ahora, mami —se quejó la impaciente Angelina Lina.

—Cuando lleguemos a casa, mi vida.

Pero no hubo llegada a casa. Era una de las pocas veces que Lina recordaba ese episodio. Se había puesto tan caprichosa. Mientras el aire helado le congelaba los pulmones, rio para sus adentros.

«Por favor, mamá, que la sorpresa sea que tengo superpoderes y que puedo correr como el viento o volar sin alas.»

De pronto, sintió dos manos de fuego aprisionándola por detrás.

—Ya no seré yo, mi vida. —William usaba sus últimas fuerzas humanas para despedirse—. Lo siento, lo siento tanto. —Respiraba agitado en su nuca, abrazándola. Lina sintió el cambio de

la voz. Se hacía más ronca y fría.

—Will, no…

—Te amaré siempre, en donde quiera que esté.

La separación la hizo caer hacia adelante. Salió despedida como si una bomba hubiese explotado allí donde estaba él. Se volvió caminando sobre sus manos hasta incorporarse y logró ver como William, aprovechando la fuerza demoníaca que lo envolvía, abría la carretera en dos y se arrojaba a las profundidades. Al correr con todas sus fuerzas y adentrarse en los altos pastizales del bosque, no pudo ver que la calle volvía a cerrarse por obra y gracia del mismo demonio que quería mantenerse en las profundidades para no lastimar a la única mujer que amaba.

—Ángel de la guarda, mi dulce compañía, no me abandones ni de noche ni de día. —En cada ocasión en que estaba desesperada, cualquier oración surgía desde las raíces religiosas de su infancia. Era incontrolable. Como un ritual obsesivo que la obligaba a calmarse.

Lina volvió a sentir el miedo, el fuego a sus espaldas, a la bestia pisándole los talones… y al viento. Pero esta vez no en sus mejillas, esta vez el viento provenía de arriba. Volvió sus ojos al cielo y solo la noche negra sin estrellas le devolvió la mirada.

—¡Elegida! —gritó Máximus a unos metros.

Lina se asombró. Esperaba al animal de la playa, no a ese hombre que le hablaba con un acento tan distinto al de William.

—Ángel de la guarda… Samuel… Celestine… ¡Cualquiera! —Le castañeaban los dientes mientras recuperaba el aliento detrás de un árbol, sabiendo que pronto nada serviría. Los sentidos de Máximus debían de ir en aumento.

Se concentró deseando con todas sus fuerzas que aquel demonio y su fuego se marcharan. Tal vez su poder de Elegida ya no funcionaba con Samuel, pero con él… Hubo un silencio. Quizás… Pero no. Lo sintió aproximarse y volvió a correr, con él ahora más cerca.

De repente, escuchó aletazos a su derecha. Más fuertes que el fuego. Más fuertes que los gritos.

«Seguro que esto iba a pasar. El único poder que tengo como Elegida y me vino mal. ¡Genial!», se dijo a sí misma.

Sin frenar la marcha, miró al cielo otra vez. Nada. Sintió una ráfaga de calor en su codo, se giró y vio a Samuel de espaldas. Sus alas extendidas no eran más que huesos. Ni una pluma lo cubría ahora. Las uñas parecían navajas y su postura era tal que Lina no imaginó que alguien podría derribarlo, pero Máximus era diferente a todos y, por otro lado, Samuel no estaba en su mejor momento.

Lina quiso correr en la otra dirección, pero en vez de eso, sintiéndose culpable, frenó.

—¡Angelina, corre! —le ordenó el ángel.

Sin pensarlo, Lina tomó su brazo, obligándolo a seguirla. Al tocarlo se sintió más calmada; sin embargo, el ángel no cambió su posición.

—¡Sam, te matará! —gritó ella, advirtiéndole.

—¡Escúchala! Tiene razón. —Máximus surgió de entre los árboles, quemando todo a su paso.

—Mira bien a tu bestia, Angelina. —Los ojos de Samuel se posaron en los de ella, que empezaba a entender de una vez por todas el peligroso juego en el que se había metido—. Mira bien lo que creías que era un hombre. De eso te has enamorado. —Samuel la tomó de ambos brazos y la obligó a mirar a Máximus. Efectivamente, su novio estaba distinto: más alto, los músculos habían crecido, la mirada fría y el rostro en un rictus perverso. Y de él surgían llamas devoradoras que consumían la naturaleza inocente que lo rodeaba.

Lina comenzó a llorar, humillada por la situación, y Máximus rugió fuerte. Nadie podía tocar a su Elegida.

Samuel la arrojó lejos con una furia contenida de meses.

Lina aterrizó en el suelo, amortiguada por un montículo de hojas secas.

—¡Qué lindas alas tienes, pajarito! —dijo Máximus con ironía, y con un gesto aún más macabro, agregó—: ¿Dónde está tu cielo ahora?

Dando un salto, Máximus lanzó a Samuel hacia un lado. Como si fuese de papel.

El ángel se sobrepuso de inmediato y lo interceptó antes de que llegara hasta Lina.

Cada vez que chocaban, se producía un temblor en el suelo y sonidos que la humana no había escuchado nunca en su vida. Ni siquiera aquella vez que lucharon en el bosque, cuando ambos eran más «humanos».

Y entre todo aquel alboroto de hojas secas, troncos y piedras volando por los aires, Lina comenzó a escuchar unos pasos tranquilos. Le pareció que la lucha continuaba a cámara lenta… Oía las pequeñas ramas crujir con una nitidez asombrosa. Lina, que no tenía desarrollado ningún sentido más que cualquier otro mortal, podía escuchar aquello entre todo ese infierno de lucha.

Y así como así, un muchacho hermoso, pelirrojo, con las mejillas encendidas en gesto de emoción, surgió de la nada bordeando a ángel y demonio, dirigiéndose hacia ella.

Lina no daba crédito a la extraña imagen. Cuando lo tuvo más cerca pudo apreciar unas diminutas alas y justo en ese momento cayó en la cuenta de que, inmune al frío y al pudor, iba totalmente desnudo.

El muchacho se colocó muy cerca de ella. Medían casi lo mismo. Su edad era imposible de calcular, como la de cualquier ángel: tanto podía ser un muchacho como un ser eterno. Tenía los ojos grises y el rojo cabello alborotado; sus alas no se escondían, pero no adoptaba más que una postura amistosa. Observaba a Lina con curiosidad. Aquellos ojos juveniles mostraban una mezcla de emoción y contagiosa alegría.

Lina se dio a conocer en el Primer Idioma, tratando de romper aquel hechizo.

Máximus rugió al sentir aquel lenguaje maldito para él.

Y en ese momento, el ángel y el demonio elegidos de entre los Cielos y los Infiernos para la misión más importante de sus mundos dejaron de luchar, estupefactos por la escena. Ambos

sabían lo que aquel angelito representaba. Por una fuerza superior, muy pero muy superior a ellos, se separaron.

Máximus, mostrando los dientes, rugió como un animal y Samuel amplió sus alas haciendo volar dos árboles; pero más allá de esos gestos amenazantes, no se atrevieron a dar un paso en falso.

Sobrepasada por una de las escenas más extrañas de su vida, Lina no atinó a nada más que a salir corriendo. El pequeño ángel pelirrojo, sin volverse a mirar a aquel par, les ordenó bajo su poder inquebrantable que se marcharan por caminos diferentes. Después, como quien da un paseo en una tarde otoñal, caminó despacio por la dirección en la que la muchacha corría.

Lina entró en la casa de los Jones y cerró la puerta con cerrojo. Ambos hermanos veían una vieja película de terror y dejaron escapar varios gritos al sentir que la puerta de entrada se abría y se cerraba con tal estruendo. Los hermanos estaban acostumbrados a estar sin sus padres, pero aún se sentían un poco desprotegidos, sobre todo por las noches.

Lina hablaba entrecortadamente, narrándoles lo que había sucedido sin dejar de espiar a través de la cortina de una de las ventanas delanteras de los Jones. Ese ángel raro estaba cerca… Podía sentirlo.

Después de unos minutos, Lina se calmó.

Julie la envió a cambiarse, murmurando algo así como que ya no la veía llegar si no era con medio bosque pegado en su pelo y en su ropa, y Lina se puso uno de los pijamas que tenía en la casa de los hermanos J. J.: un camisón color salmón con cuello alto abotonado hasta el suelo y unas pantuflas con forma de conejo.

Un poco más tranquila, bajó para prepararse un té.

«Porque eso es lo que hace la gente cuando está a punto de perder la cordura», pensó, y volviendo a la sala, se atrevió a mirar por la mirilla. Contuvo el aliento. Ahí estaba aquel ángel desnudo, parado en mitad de la calle, bajo la luz de la luna. Parecía como un ave en su jaula, dormitando de pie. Tenía las manos a los costados y salvo por suaves espasmos ocasionales de sus alas, nada se movía en aquel cuerpo. Lina sintió pena por él.

Los hermanos J. J. se apretujaron para ver desde la ventana. Los tres volvían a ser niños traviesos espiando algo prohibido.

—¡Angèle, está completamente desnudo! —susurró Julie sin poder contener pequeñas risitas.

—Te dije que estaba sin nada de ropa.

—Yo digo que le llevo un cuenco con agua y una manta —propuso Josh, también en susurros.

—No es un perro abandonado —respondió Lina—. Iré a traerlo. Me da pena que esté ahí parado. Alguien llamará a la policía… Ni siquiera oculta sus alas, parece no tener ni idea de nada.

—De nada, de nada… —agregó Julie.

—¡Espera! —Josh corrió escaleras arriba y volvió con su nuevo palo de *hockey*—. Mejor estar prevenidos para cualquier cosa.

Lina y Julie se miraron sin decir nada, pero rieron juntas por dentro. A continuación la primera abrió la puerta y bajó los escalones de la entrada con sus amigos detrás, que la siguieron mirando hacia ambos lados de la calle. Con el frío no había un alma por la zona.

Lina volvió a hablarle en el Primer Idioma. Ya que los hermanos J. J. no eran Elegidos, podía hablar sin causarles ningún daño. A los muchachos las palabras les sonaban bellas y nada más.

El ángel no reaccionó más que con una sonrisa.

Lina lo tomó de la mano y lo guio hasta la casa mientras Josh con su palo y Julie en posición amenazante escudriñaban el territorio cual ninjas.

Dentro, los tres amigos miraron al ángel como si fuese una escultura exótica recién llegada.

—Ya no puedo verlo desnudo —explicó Lina y lo tapó con un abrigo del perchero.

—¿Qué haremos con él? —preguntó Josh.

—Opino que lo duches —exclamó Julie, ya que esa era su primera solución para todo—. Lo cambias y cuando esté más presentable, pensamos cómo podemos comunicarnos con él.

En la siguiente parte de la noche, los tres amigos se pusieron manos a la obra. Habían descubierto un muñeco gigante que cobraba vida y tenían que cuidarlo.

Mientras Josh lo metía en la ducha y trataba de explicarle sin mirarlo cómo enjabonarse, las muchachas buscaban entre las cosas de J. J. ropa adecuada para el delgado ángel.

Después de una ducha mal lograda por el negado Josh, que no quería tener más contacto con el ángel en el baño, entre los tres lo ayudaron a vestirse con un vaquero viejo, ya pasado de moda. En el momento de ponerle una camiseta se encontraron con dos pequeños problemas en los omóplatos. Así que por el momento solo le pasaron una manta que constantemente se resbalaba de su espalda.

Ahora los tres amigos estaban en la mesa del comedor y tomaban té mientras un vaso lleno de agua era objeto de la curiosidad del ángel.

—¿Veis? —insistió Josh—. Os lo he dicho, no aprende por gestos, no repite lo que hacemos… No entiende inglés, ni español, ni francés, ni esa jerigonza que tú hablas, Lin.

—Pues me salvó en el bosque —explicó Lina sintiendo la necesidad de defender y cuidar a aquella criatura—. Para variar, Samuel está como loco suelto y, por si fuera poco tener un demente persiguiéndome, ahora parece que William se ha convertido en un cazador infernal. —Lina se frotó nerviosa el rostro con ambas manos. No podía dar crédito a sus propias palabras, pero de alguna forma entendía que, o se había acostumbrado a esa clase de locuras, o con las repetidas desapariciones y silencios de William había presentido que algo así iba a suceder, mandándolo todo literalmente al demonio.

—Entonces yo digo que nos lo quedemos —propuso Julie buscando algo más fuerte para agregarle a su té—. Es obvio que ayuda.

—No hables de él así. No es un perro guardián —la regañó Lina. Después, sus ojos se abrieron de par en par—: ¡Eso es! ¡Es mi ángel guardián!

Desde el aparador de las bebidas, Julie asentía una y otra vez pellizcándose el labio. Parecía

que aceptaba sin miramientos la premisa de su amiga, como si hubiese encontrado la solución a un problema matemático.

—Démosle un papel para que diga si es cierto o no —propuso Josh.

—Probemos en algún lenguaje humano. El de los Cielos no se escribe —dijo Lina, recordando aquella fatídica noche en que le fueron revelados los dos lenguajes más opuestos del universo—. Creo que, cuando le hablo en el Primer Idioma, me entiende un poco más.

—Lo bueno es que no necesita comida ni abrigo como nosotros —dijo Julie mientras buscaba dónde escribir.

—Es verdad, pero no quiero que lo detengan las autoridades y lo diseccionen o que lo atropelle un coche… —Suspiró—. Todo sería más fácil si estuviesen Eron e Izzie o los compañeros de Sam… Celestine me diría todo lo que necesito saber sobre él. —Se detuvo cuando Josh, al darle un codazo, le hizo darse cuenta de su error. En presencia de Julie no era bueno hablar de aquel grupo alado.

—Sí… —dijo la muchacha colocando una hoja y un lápiz frente al nuevo integrante—. Sería grandioso que regresaran para explicarnos todo lo que está ocurriendo. —Hablaba con franqueza; el enojo se disipaba con el paso de los meses y el verdadero sentimiento oculto tras la máscara de la furia se exponía ante los ojos de Josh y Lina, y también los de la misma Julie.

* * *

En las siguientes horas, la presencia del que creía su ángel guardián calmó un poco la ansiedad de Lina. Después de llamar varias veces a la casa de William, esperando que por arte de magia todo se hubiese solucionado, ya de madrugada, los hermanos J. J. insistieron en que descansase.

Agotada por la jornada, aceptó; ese ángel pelirrojo le daba paz.

Intentaron que él también durmiera, pero solo se quedaba parado junto a la cama donde estaba Lina. Mirándola fijamente.

Como esto colmaba los nervios de Julie, Lina bajó al sofá. Aquel ángel mudo no podía darle respuestas, aunque eso no le impidió hablar con él la mayor parte de la noche. Al principio sintió que pensaba en voz alta, pero después se encontró hablándole al rostro de aquel muchacho con una avidez que no demostraba con cualquiera.

Le contó todo. El miedo por la enfermedad de su tío, lo pequeña e inútil que se sentía. Como quien no ve a un viejo amigo desde hace mucho, Lina relató la historia completa de su nueva situación… Comenzó por aquella noche del baile de disfraces. Describió todo como si se tratase de una obra de teatro.

La televisión estaba de fondo y en primer plano Lina y aquel joven ángel se observaban mientras las palabras surgían a borbotones de los labios de ella. Le explicó las muchas cosas que pasaban en su vida y que no lograba entender; los problemas que la tendrían que estar

desvelando se le antojaban detalles en comparación con el reto que Destiny le había planteado. Proyectarse con William era lo que calmaba esa ansiedad anticipatoria donde tenían que pasar tantas cosas para que algo tan frágil como su felicidad funcionara: su tío debía curarse del todo, tenía que encontrar la Máxima Insignia, debía evitar que Samuel ocasionara más problemas y protegerlo, claro, para que el odio no lo consumiera más de lo que ya lo había hecho. Entre todo eso no debía matar ni a Samuel ni a William, como le había pedido aquella desquiciada de Destiny, y aquella noche, apenas unas horas atrás, todo se había vuelto cabeza abajo cuando su compañero de aventuras había mutado en algo de lo cual tenía que escapar de momento… si no quería morir calcinada.

No entendía quién era nadie: ni William o Máximus, ni Samuel, ni aquel mismo muchacho que la escuchaba con toda su atención. Si solo pudiese encontrar a alguien que le explicara lo que sucedía, una palabra amiga que pusiera algo de orden en aquella locura…

Se sentía sola sin la ayuda de los que ahora entendía que eran sus nuevos amigos: Eron e Izzie, Celestine, Peter y también Matthew. De hecho, quería que él regresara antes que todos, porque ya sabía en carne propia, tras su estancia en Darkhorse, lo que significaba estar lejos de la persona que se ama, y eso no se lo deseaba a nadie. Mucho menos a Julie, que era como una hermana para ella. Y, para terminar, si él era su ángel guardián, pues se las vería difícil con las cruzadas que debía librar en ese tiempo.

Las palabras al principio fluidas y aceleradas en la boca de Lina se fueron haciendo más esporádicas.

Al día siguiente recordó cubrir al ángel con la otra parte de su manta, más como un gesto de cariño que de cuidado. Él no podía sentir frío, pero le pareció tan natural arroparse junto a él que logró dormir con una calma que no había sentido en meses.

* * *

La mañana siguiente fue un calvario en el pueblo.

Los desastres que Máximus había dejado tras de sí eran inexplicables para los que se esforzaban en que todo volviese a la normalidad. Los curiosos entorpecían el tráfico y el reportero del periódico local enloquecía a los bomberos en busca de explicaciones que no tenían.

En la casa de los Jones continuaba la aventura del ángel nuevo.

—Es como tener a E.T. en casa, ¿verdad? —bromeó Julie mientras desayunaban.

—El problema mayor son las alas —reconoció Josh comiendo su cereal, hipnotizado por las pequeñas extremidades, mientras derramaba la mitad de la leche sobre su mentón—. ¿Y si intentamos metérselas dentro? Como uno de mis viejos muñecos Transformers. A lo mejor si presionamos entran.

Las dos amigas se miraron incrédulas; sin embargo, la verdad es que era la mejor idea que habían tenido desde que lo vieron aparecer desnudo en la calle.

—De acuerdo, pero tratemos de no lastimarlo. Si se queja, paramos —exclamó Lina mientras se tocaba su párpado derecho para detener el latido que el estrés le ocasionaba a su ojo.

La siguiente hora de su vida la pasaron experimentando con las alas del ángel guardián.

Él las batía como una pequeña luciérnaga, rápido y con un sonido nuevo para los amigos, acostumbrados a oír el aleteo de alas inmensas. Por primera vez, aquel muchacho alado mostró más interés en lo que pasaba a su alrededor.

Al final, los tres amigos, muertos de cansancio, decidieron cubrirlo con un viejo chubasquero de pesca del señor Jones. Lo hacía parecer un tanto jorobado, pero serviría. Así, los cuatro dejaron la casa en un día frío donde el sol comenzaba a meterse entre las ramas de los árboles y apenas los calentaba. Debían averiguar dónde estaba el novio de Lina y de paso ver en qué estado estaba: ¿sería el William de siempre o el Máximus de la noche anterior?

Tenían dos días para resolver muchas cosas, ya que el viernes regresarían los tíos de Lina y los padres de Julie y Josh. Todos los adultos responsables de repente, de nuevo en sus alocadas vidas.

Lo principal era descifrar quién era aquel ángel, volverlo más humano, si es que su plan era quedarse con ellos, y arreglar el tema del William endemoniado.

Otra persona no hubiese salido de su casa en mucho tiempo, pero Lina… Bueno, Lina era extraña. Algo dentro de ella, algo muy reprimido, deseaba con locura encontrarse con sus monstruos.

Estaban ya los cuatro subidos al coche de Julie cuando el motor comenzó a hacer unos ruidos ahogados. Lina cerró los ojos cansada… ¡Con lo que les había costado meter al ángel en el coche! Tenían que darse prisa. Temía por William.

Al final fueron en la camioneta Ford de los padres de los hermanos J. J.

Por el camino la sorpresa del ángel se hizo evidente; al parecer le gustaba la velocidad. Josh iba atrás con él y le bajó la ventanilla. Era como un pequeño cachorro disfrutando de la brisa del viaje, y al verlo Lina no pudo evitar sonreír.

En la casa grande no había rastro de William por ningún lado. Los coches estaban allí: el Lotus Esprit rojo que le había comprado para su fatídico cumpleaños y que aún seguía sin estrenar, y el coche negro con el que Lina se había chocado hacía apenas unas horas.

Todo lo demás estaba en orden también.

Dejó una nota y no supo qué más hacer. Sin Izzie y Eron no tenía a nadie a quien recurrir, y cayó en la cuenta de que no conocía a ninguna de sus otras amistades.

Suspiró y se sentó en las escaleras de entrada. No lloraba, pero escondía el rostro entre sus manos, en un gesto de derrota. La cajita interna donde acumulaba el estrés estaba a punto de desbordarse.

Josh, dejándose fluir en el clima de paz que había comenzado a generar el angelito para aliviar a la Elegida, tomó un montón de hojas secas y fue caminando hasta ella. Quería probar una vieja táctica.

—¡Y la apestosa es Lina Smith! —gritó colocando un puñado generoso de hojas en la capucha de la desprevenida Lina. Ese abrigo verde con lunares morados y amarillos era un insulto al buen gusto, pero con qué ganas lo llevaba ella.

Lina levantó la cabeza, incrédula. ¿Qué bicho le había picado? Ya no estaba para juegos infantiles, y no podía recordar la última vez que habían jugado. Además, su vida era un desastre, pero en ese momento el muchachito alado usó sus poderes para animarla y devolverla a una época más simple que le hubiese gustado compartir con ella.

—¡Pequeño demonio! —gritó Lina al fin, girando sobre sí misma como un perro que persigue su propia cola—. ¡Ahora te atraparé!

Julie estaba apoyada contra la camioneta y los observaba pensando que estaban locos.

—Ahora Julie es la apestosa —gritó Lina con el rostro desencajado por la excitación, mientras metía hojas en los bolsillos de su amiga con torpeza. Sin encontrar resistencia, no paraba de rellenarlos todos. Josh, contagiado de ese entusiasmo, la ayudaba.

La magia del ángel volvió a hacer efecto y Julie no pudo consigo misma, comenzando a perseguirlos mientras docenas de pequeñas hojas salían de su ropa.

—¡El ángel guardián apesta! —gritó Julie y, aunque le hizo gracia su ocurrencia, ninguno dejó de jugar. El muchacho se dejaba hacer mientras escuchaba las risas de los tres humanos.

Ninguno podía recordar quién había inventado ese juego ni por qué el que llevaba más hojas era el que más apestaba, pero sabían que era un juego de ellos tres. Y sin notarlo, era la primera vez que lo compartían con alguien.

Cerca de allí, unos ojos de fuego interpretaron esa pequeña pausa en el infierno personal de Lina Smith como un festejo. Justo lo que le faltaba para confirmar que aquella muchachita era peligrosa, y no la criatura pura y compasiva que el guerrero irlandés amaba. Era una humana a fin de cuentas. Y las humanas, volvió a repetirse, no aman a demonios.

* * *

Aquellos muchachos de Whitehorse, tras devolver la camioneta de los señores Jones, se adentraron en el bosque a pie para intentar comprender la naturaleza del nuevo visitante alado.

Los hermanos J. J. treparon a un árbol y esperaron a que el ángel los siguiera; después todos juntos escalaron un poco para ver si a más altura el ángel se encontraba a gusto.

Nada, solo apareció el vértigo de Lina.

Le mostraron algunos animales y lo llevaron al río. Midiendo la reacción del ángel, Lina quiso tocar el agua, pero cada vez que lo intentaba esta retrocedía. A cualquier persona normal solo eso le serviría de excusa para gastar un buen presupuesto en la consulta del mejor psicólogo, pero Lina ya había dejado la normalidad en el pasado. Lo único que estaba más claro, a medida que avanzaba el día, era que aquel ángel estaba allí para protegerla. No le quitaba la vista de encima.

Cuando el sol marcó el mediodía, quisieron ir a almorzar. Tenían que aprovechar que Julie se

había tomado el día libre y que estaba de buen humor. Es que aquel pequeño angelito sacaba lo mejor de cada uno de ellos.

En una mirada cómplice, cuando Julie cantaba una canción de moda mientras saltaba unas rocas, Lina y Josh se sorprendieron al verla contenta por primera vez desde que Matthew se había ido.

Lograron divisar la cafetería de Al cuando sus estómagos rugían. Julie los retó a una carrera y Lina, de la mano de su ángel, resultó victoriosa.

Las campanillas de The Sweet Bread les dieron la bienvenida. Se sentaron en una de las mesas grandes del centro. Alegres de ver que a esa hora el negocio de su amigo estaba casi lleno, y mientras se quitaban guantes, chaquetas, gorros y bufandas, discutían sobre lo que iban a pedir.

Lina no quería dejar sin plato a su nuevo compañero. Tenía la teoría de que cualquiera de los pasteles de Al despertaría a un muerto.

Cuando Amy llegó para tomarles el pedido, notaron que su ángel ya no estaba con ellos y se miraron confundidos; por un instante compartieron el mismo pensamiento: se había desvanecido.

—Vuestro amigo ha entrado en la cocina —explicó Amy sin sorpresa.

—¿Qué? —preguntó Lina levantándose.

—Últimamente pasan cosas más extrañas por aquí —le aseguró Amy mirando en dirección a Emily y Brad, los «primos fugitivos» y nuevos camareros del lugar—. Os daré un minuto más, ¿ok?

Lina fue directa a la cocina. Hacía calor y, con el ruido de sartenes y el vapor de ollas calientes, parecía un lugar distinto al tranquilo salón. Divisó junto a las neveras del fondo al ángel pelirrojo. Estaba con Al en una escena extrañísima. El muchacho le tocaba el rostro y ladeaba su cabeza, como buscando algo dentro de él.

Lina creyó que aquella criatura de los Cielos estaba confundiendo a su amigo. Sí, había asesinado, pero tras su condena, ahora era un buen hombre y debía hacérselo saber a aquel joven ángel. Sin embargo, Al, el dulce Al, no parecía molesto ni incómodo.

—Lo siento, Al… Él es… Hansel —inventó Lina de pronto—. Es un misionero, vino a… misionar, claro…, porque eso hacen los misioneros…, misionan, y es mudo de nacimiento. —Una mentira tras otra caía de sus labios con tal rapidez que hasta ella misma se las creía.

—Bueno, pues me alegro de conocerlo. Se nota que no es de por aquí, así que, si me permites, le prepararé un menú especial de bienvenida. ¿Os parece? —Al, ahora libre del escrutinio del extraño muchacho, se encargaba de sacar las patatas de la freidora.

De regreso a la mesa, Lina explicó en susurros lo que había sucedido.

—No sé por qué siempre hablas tan bajo —espetó Julie—. Nadie puede oírte, ni siquiera nosotros. —Los hermanos estaban casi incorporados para pegar sus orejas a la boca de Lina.

—Pero si decimos que es mudo, habrá alguien que quiera hablarle por señas —señaló Josh, acomodándose en su silla de nuevo.

—Pues decimos que es de otro país y listo —dijo Lina.

—Eso no tiene nada que ver. El lenguaje por señas es universal, Lin —insistió el muchacho.

—Claro que no, Josh. Cada lugar tiene sus señas. Son lenguas distintas, como la lengua oral o escrita.

—Pues a mí me parece bien decirle eso a la gente —intervino Julie, que no se atrevió a decir que ella tenía la misma creencia que su hermano—. Y me encanta el nombre. Creo que le va bien.

—Se me ocurrió por Hansel y Gretel… Como lo encontré abandonado en el bosque…

Cuando llegó la comida, Al sorprendió al pequeño ángel con una sopa tibia, avena y *mousse* de chocolate de postre. No comió mucho, pero los tres hambrientos humanos devoraron todo.

Durante los días siguientes los amigos se encargaron de Hansel como de un recién nacido, cuidando de él y ocultándolo de los ojos ajenos. Tenían miedo de que desplegara sus alas en cualquier parte y se metiera en problemas, y ninguno quería que lo tratasen como un fenómeno. Así que hacían turnos para cuidarlo y cada uno le enseñaba mundos distintos.

Julie lo peinaba y lo hacía mirar revistas con ella. También le explicaba paso a paso cómo servirse agua él mismo. Josh se encargaba de los aspectos de higiene y le daba consejos para verse mejor para las muchachas.

Hansel comenzó a mostrar avances en el uso de los botones y los cierres, pero le costaba mucho ocultar o desplegar sus alas según la ocasión, y ni hablar de ponerse calzado.

Lina era la más cariñosa. Cada vez que podía lo abrazaba. Algo en él la hacía pensar que se conocían desde mucho tiempo atrás, y que solo era un amigo que había regresado a casa después de un largo viaje. Quiso mostrarle algunos tomos de su enciclopedia ilustrada, lo premiaba con un dulce distinto cada vez que aprendía algo nuevo, y describía lo que este producía en el paladar. El caramelo, el chocolate, la vainilla… Se alegró al comprobar que odiaba la canela tanto como ella.

Al único lugar seguro al que podían ir era a The Sweet Bread. Al estaba encantado con el nuevo «misionero» y, cuando regresaron, le preparó un menú delicioso. Lina notó que le traía comida blanda y algo de chocolate. Al debía de conocer a sus clientes, porque Hansel lo disfrutaba mucho.

El final del jueves Lina lo pasó en cama. Todo el cuerpo le dolía como si hubiese estado sobre un ring y hubiese perdido la pelea.

Josh le dio uno de los relajantes musculares que le habían sobrado de cuando pensó que un cuerpo escultural era su billete de entrada al mundo de las chicas, pero después de dos fuertes tendinitis, terminó abandonando el proyecto. Al menos había aprendido que esos relajantes eran efectivos.

Lina cayó en un estado de estupor. Lo único que sentía era el pestañeo de sus ojos, pero más allá del cuello, parecía no tener cuerpo. Por la mañana ordenaría la casa. Habían decidido, junto con los hermanos J. J., que Hansel sería presentado como un misionero mudo, apegándose al libreto original de Lina, y que se alojaría en la habitación de Josh.

Aún tenía la noche para relajarse e intentar dormir, con su ángel de cabello rojo protegiéndola mientras a su alrededor generaba una suave brisa con sus alitas. Era hora de meterse en la cama, donde ningún monstruo la podría atrapar. A menos que ella quisiera, claro.

Capítulo 11

Criatura de la noche



> «—Y cuando tus hijos aún puedan contar su edad con los dedos de sus manos, serán arrancados de tu lado. Todos ellos.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse III. Cuando los Infiernos se cierran*

Cuando era niña, antes de que sus padres murieran, solía tener un sueño recurrente. Una pesadilla. Alguien entraba por la ventana o la miraba desde el interior del armario. Una mano surgía por debajo de la cama. Algo la observaba mientras dormía… Por eso su padre debía acompañarla en el ritual de revisarlo todo.

Muchos años después, cuando la pesadilla había dado lugar a otras más reales, el ritual perduraba. Con Hansel mirándola había cerrado la puerta y corrido las cortinas y se había metido en la cama con las mantas cubriéndole el rostro. El relajante muscular no tardó en hacer efecto. Soñaba una verdad irrefutable. Olvidó cerrar la ventana. El sueño aún no se actualizaba con los últimos acontecimientos: su ángel guardián, la nueva adquisición de su complicada vida, prometía en silencio cuidarla toda la noche.

Sin embargo, otra verdad irrefutable era que durante las primeras noches en la Tierra, los ángeles jóvenes se dispersan. La vida estimulante del mundo de los vivos los puede llevar a olvidar sus funciones. Así que un demonio aprovechó la naturaleza adolescente de aquel guardián.

De noche, mientras su presa dormía, Máximus encontró dos ayudantes que vendieron su favor a un precio muy bajo en comparación con lo que estaban ayudando a conseguir. Las dos

muchachas se rieron ante el encargo, pero la mirada de Máximus era irresistible. Caminaron por esa calle desierta con rostro angustiante. La primera susurraba el nombre de una mascota inexistente. La segunda realizaba una actuación dramática que hubiese exasperado a Lina, pero la humana dormía y no podía advertir al inocente ángel que no debía confiar en aquel intento de lágrimas humanas.

Hansel no distinguía la mentira de la verdad. El cielo que él conocía estaba plagado de otro tipo de cosas.

Las mantas que hasta hacía unos momentos abrigaban a Lina habían ido a parar al suelo, y temblaba de frío. Las defensas de su cuerpo caían en picado. Ya sin resistencia, su cuerpo clamaba por el calor de su novio.

Cuando el ángel salió por la ventana, alertado por las muchachas, y se alejó de la entrada de Lina, Máximus pudo demostrar por qué los demonios no necesitan alas para desplazarse. Trepó aquellas paredes con gracia felina. Logró abrir la ventana con facilidad y después, con una sonrisa siniestra, la cerró por dentro.

El monstruo estaba allí, observándola. Sin realizar ni el más mínimo movimiento en falso, logró situarse sobre ella. Sonrió sobre sus labios. Sabía que estaba teniendo una pesadilla. Olía a miedo. Con su dedo le quitó la sábana que le llegaba hasta la garganta. Acarició la piel sobre el encaje del camisón, y Lina despertó de golpe. Sobresaltada.

Él le tapó la boca para que no gritara. Sus dedos estaban más grandes, Lina sentía que cada músculo de aquel cuerpo había crecido. Era definitivamente otro ser, más rústico, más bruto.

—Me tienes tanto miedo —dijo mientras sus ojos la miraban con un deseo vil—. Y deberías hacerlo. Siempre.

Lina intentó luchar. Aquella voz de ultratumba… ¿Quién era aquel? Temblaba, más por la sorpresa que por tener a William en su habitación. Pero eso no era William.

Máximus hizo desaparecer la sábana con un movimiento rápido. Ella, por reflejo, se cubrió con sus manos sin necesidad: aquel camisón antiguo la cubría de pies a cabeza.

—No hay nada que no hayamos visto, Elegida —se burló él.

De nuevo, Lina intentó zafarse. Estaba angustiada, pero sobre todo molesta. William siempre se dirigía a ella con tanta ternura… Ahora debía oír las palabras turbias de esos labios, los mismos que antes la llamaban *mi vida*. Debía contemplar aquellos ojos negros soberbios; sentir esos brazos tatuados por los Infiernos, acorralándola. El tatuaje infernal había crecido y ardía en la piel del demonio. Al mismo tiempo, un deseo desconocido se despertaba en Lina. El aroma que desprendía la volvía loca.

Máximus, cual perverso, parecía disfrutar de esa lucha interna. La obligó a abrazarlo con sus piernas moviéndole el largo camisón.

—¿Esto no te trae recuerdos? Aquella vez él pudo detenerme, pero ahora solo estamos tú y yo.

Lina tenía la mente en blanco. No podía pensar con claridad. Lo único que se le ocurrió, allí,

entre los brazos del Infierno, fue un pedido de lo más mundano.

—Déjame sacar mi férula de descarga —los labios de Lina apenas se despegaron para decir eso.

El demonio, sorprendido por aquel dispositivo transparente que le transformaba la voz a su humana, se alejó.

—¿Qué es lo que le pasa a tu boca?

Lina intentó sacarse la placa sin dejar un rastro de baba en su rostro, y aprovechando la curiosidad de Máximus, se incorporó.

Él no apartaba la vista. Se quedó atónito cuando ella removió lo que parecía una parte de su paladar.

—Es una férula de descarga. —Ahora Lina hablaba con normalidad—. Me la dio mi dentista… Tengo bruxismo. —Sintió que era irreal estar hablando de aquello—. Desde que mi vida se complicó, estoy un poco estresada…

Máximus la observó confundido.

—Estoy muy nerviosa —explicó—, entonces aprieto los dientes de noche al dormir, porque sigo nerviosa…, y se me gastan. Al amanecer me duelen los huesos y los dientes por hacer tanta fuerza… y con esto —señaló el estuche anaranjado donde guardó el artefacto— no se me estropean…

Entonces, todo sucedió muy rápido. Máximus se quitó la camiseta y un pecho más descomunal que el de siempre terminó por atontarla. La tomó por la cintura, la tiró hacia abajo y estuvieron de nuevo en la posición anterior.

—Quítate de encima, por favor —le pidió Lina, recuperándose del impacto de esos músculos —. Explícame qué pasa, Will.

Máximus chasqueó la lengua. Aquel no era su nombre. Se despegó apenas unos centímetros para contemplarla mejor.

—No confío en ti ni un poco, Elegida —murmuró él, despacio—. Vine a hacer el trabajo que ese humano no pudo.

—¿De qué estás hablando? —La mente de Lina a esa hora funcionaba con lentitud—. Lo que dices no tiene sentido.

—¿No? ¿Y qué hacías buscando la espada? ¡Mi espada! —gritó—. Criatura insignificante: tú eres porque nosotros te hemos mirado.

Lina tragó saliva, un poco más despabilada. Las sábanas se estrujaban bajo sus manos nerviosas.

—Ya te lo expliqué… —balbuceó—. Fui a buscar otra cosa. Además…, sabes que yo jamás te lastimaría, Will.

—No soy William. No me llames así —le ordenó con tono autoritario.

Lina hizo una pausa. Ahora que estaba en el baile, debía bailar.

—Está bien, ¿cómo quieres que te llame?

—Máximus. Líder. Señor. Rey. Así me llaman.

Lina pensó que se había vuelto loca al fin. Debía de estar internada en un sanatorio mental y todo era producto de los efectos de una mente perturbada. Eso era más creíble que lo que estaba sucediendo.

—Creo que escojo Máximus —dijo con ironía y agregó—: ¿En serio piensas que podría hacerte daño?

—Eres una cobarde y una mentirosa, Elegida, y no confío en ti —le soltó acariciándole los botones del cuello.

—No soy una cobarde y no miento. —Lina pensó en detener sus manos, pero lo dejó.

Máximus rio sobre su boca.

—Mientes todo el tiempo —siguió él—. Le mientes a tu familia…, le mientes a toda la gente. Por fuera eres una pequeña criatura de las Tierras que no mataría una mosca, pero por dentro eres capaz de terminar con la raza humana… ¿O no? ¿Acaso no es una opción con un hijo de las profundidades?

—¡Eso es injusto! —Lina ardía de ira—. Tú también estás dispuesto a traer a ese niño al mundo.

—Pero yo no escondo lo que soy —replicó, exasperándola.

—En este momento eres un imbécil.

En medio de esa discusión él le desprendía los botones, un poco más y llegaría al escote.

—Debes hablarme con respeto. Soy uno de los reyes más poderosos de todo el universo.

—¡Y yo soy la Elegida!

—Por ahora —respondió jugando con las cintas de su camisón mientras disfrutaba de tenerla a su merced, bajo su cuerpo.

—¿Qué quieres decir?

—*Mírate tú y mírame a mí* —Máximus repetía con tono burlón sus propias palabras. Imitaba a una Lina insegura, que había abierto su corazón a William.

—Sí —reconoció, resignada—. Mírate tú y mírame a mí…

Algo dentro de él se agitó. Quería fundirse con aquella criatura, pero se obligó a continuar con más mentiras:

—No eres digna. Todo el ejército de cazadores está buscando la forma de reemplazarte.

—Will, tú me amas. Basta. ¡Detén esto! —exclamó angustiada.

—Ya te dije que no soy él. Yo no te amo, Elegida. —Se acercó a ella y casi rugió en su boca —. Ten eso bien claro.

—¡Will, basta! —Lina lo tomaba por el rostro y esta vez Máximus se lo permitió—. Tenemos que hacer tantas cosas. No hay tiempo para esto. No puedes volver a ser cazador. Tú no perteneces allí…

—No me molesta volver a las profundidades —la cortó—. Prefiero eso que entrar en los Infiernos como un simple mortal y volver como cualquier humano a tu mundo. —La arrogancia

era lo único que Lina veía en sus nuevas facciones—. Yo, Máximus, soy eterno.

—Nada de lo que dices tiene sentido… Confía en mí, por favor. ¿Para qué querría matarte?

—Porque así serías una buena niña, ¿verdad? La Elegida que mató al demonio. La Elegida que les hizo creer a todos que amaba a un ser de las profundidades y luego, cuando este bajó la guardia…, lo mató. Porque fuiste aleccionada para amar a los ángeles y odiar a los diablos.

—¿Lo dices por mi tío? No te atrevas…

—Eres obediente —continúo sin hacerle caso—. Tal vez quisiste vivir una aventura para que te caliente en las noches frías que te esperan junto a ese pajarito insulso. Porque al final harás lo que crees correcto. Después de todo, nada cambia: en tu mundo lo oscuro se oculta o se destruye, y lo luminoso se prefiere.

—No puedo perderte, Will. Regresa —rogó Lina sin dar crédito a las tonterías que acababa de escuchar de esos labios tibios. Sus manos arrugaban las sábanas con desesperación—. No puedes dejarme sola justo ahora. Por favor, no me dejes. Regresa.

—Después de esta noche me marcharé, Elegida. Existen mejores ejemplares… Así que tú decides: sé mía esta noche o vuelve a ser una humana común y corriente. —El demonio observó como ella cerraba sus ojos, herida, débil e insegura. Tal como él la quería.

Lina se sintió aún más desnuda con esa mirada que la recorrió entera. Retrocedió, pero él volvió a colocarla debajo de su cuerpo. Tuvo un pensamiento lujurioso: quería estar en esa posición toda la vida. Después, asustada de sus propias emociones, sintió su sangre. Toda ella. Congelándosele en el cuerpo. Puso su mano sobre el pecho caliente de él y comprobó que ahí no latía nada.

—Tienes razón: tú no eres William. Eres otra cosa —murmuró Lina, aceptándolo al fin.

—Otra cosa mejor —bramó el demonio mientras con su lengua recorría su rostro.

Máximus la besó hasta hacerla estremecer. Era un beso rudo. De odio.

Lina notó la diferencia. Aquello no era humano, no era William. Lo mordió fuerte. También llena de odio, y con la torpeza se mordió su propio labio. Un líquido de sabor metálico se esparció por sus bocas. Era un beso de sangre.

—Recíbeme en tu lecho hoy y sé mía para siempre —le susurraba mientras lamía las heridas de sus labios.

—Los símbolos primero… —dijo Lina con un hilo de voz. Si tenía que ser franca consigo misma, debía reconocer que, después del miedo, había una sensación de placer que crecía en su interior y se manifestaba en un cuerpo que cada vez se negaba menos a la presencia de aquel demonio.

—No me importan esos símbolos… Solo me importa la misión y alejarte de mi espada.

—Ya te dije que jamás te lastimaría —insistió—. No soy un monstruo.

—¡Yo soy el monstruo! —Sus palabras eran crudas, pero sus manos ahora se movían con más suavidad.

—Quiero a William —suplicó Lina temiendo llegar a un punto de no retorno.

—¿Para qué? Si no se atrevió a tomarte. Déjame a mí. Cuando las cosas se ponen difíciles para él, yo aparezco. —Ahora le besaba el nacimiento del escote. Sentir el peso de él la transportaba a otro mundo.

—Will, por favor, regresa… —Lina volvió a tomar la cabeza del demonio con ambas manos, al mismo tiempo que miraba la profundidad de aquellos ojos.

Máximus se desprendió de ella. Fastidiado, se sentó en la esquina de la cama. La luna acariciaba la piel de su torso mientras contemplaba a su humana temblando, casi desnuda.

—Will, regresa —Lina se acercó y, contra toda lógica, se colocó sobre él. Lo abrazó con brazos y piernas. Quedaron sentados, uno sobre el otro—. Hueles distinto, hablas distinto…, pareces odiarme… ¡Will, regresa por mí!

Máximus cerró los ojos. Su mano quería acariciar el pelo de Lina, pero en vez de eso, con un movimiento brusco, alejó su rostro y la miró fríamente mientras le advertía:

—Tu guardián está regresando. Presiente tu patética angustia. Escúchame, Elegida, no hay nada que me aleje de mi cometido. Saldré de los Infiernos con una nueva mujer o me quedaré en ellos para siempre como rey eterno. Sea como sea, olvídate de William. Él no regresará porque yo soy más fuerte. Yo soy el cuarto cazador líder. Yo domino los caminos de los Infiernos.

Lina lo empujó, molesta, aunque no hacía falta, ya que él cedía por voluntad propia. Se puso de pie con dificultad y fue hacia su cómoda a por un camisón limpio; estaba bañada en el sudor de ambos. Al estar de espaldas pudo tener suficiente coraje para quitarse lo que quedaba de una de sus prendas favoritas. La ropa interior no era muy reveladora, pero de todas formas se ruborizó, aunque quizás fue la ira más que la timidez, ya que, tranquila pero firme, pronunció con asombrosa calma:

—Tú puedes ser todo lo que dices y más, pero William te dominará. Yo sé que volveréis a ser uno como antes. Lo haréis por mí. Ambos.

Máximus se levantó y de un paso estuvo junto a ella. La tomó de los brazos sin darle la vuelta.

Lina pensó que era una de las protagonistas de las telenovelas de su tía.

Él, apretando los dientes, supo herirla:

—No tienes idea de las bellezas con las que estuvimos. ¿Sabes la diferencia entre una verdadera mujer y tú? Tú, una Elegida por pura casualidad; tú, que solo tuviste suerte de ser mirada por nosotros. No podrías complacernos, Elegida. No eres suficiente y deberías sentirte honrada de que yo estuviera aquí en tu simple habitación de humana.

Máximus la giró: ahora la sostenía por su rostro. Quería besarla. Quería que lo aceptara. Entonces sintió las lágrimas cálidas de ella correr por sus dedos, y el contacto lo hizo alejarse. La vio apoyarse en aquel mueble, porque sus palabras la habían herido en lo más profundo. Lo que William se encargaba de hacer desaparecer, las múltiples inseguridades de Lina, Máximus lo usaba para doblegar a su pequeña humana.

Lina tenía una vaga idea del pasado amoroso de William, pero ante las reiteradas insistencias por un número, nombres, descripciones, este se había mostrado inquebrantable en ese aspecto:

ella era la única. El pasado no importaba.

Ahora Máximus le venía con esto, y a la celosa Lina se le aparecieron docenas de rostros inventados de cazadoras hermosas que, por supuesto, la dejaban a ella fuera de la competencia. Pero la pobre inocente Lina aún no comprendía lo largos que eran los siglos malditos: no habían sido docenas sino cientos de cazadoras. La inmortalidad era menos aburrida así para el sensual Máximus.

Por su parte, el demonio estaba muy ofendido por todo el tiempo en cautiverio al cual William lo había sometido y, como un león enjaulado, en sus primeras noches de libertad quería devorar toda presa que se le cruzaba. Sin embargo, su apetito solo podía ser saciado por la humana que ahora lo miraba con odio.

No tuvieron tiempo para más escenas. Hansel golpeó la ventana sonriente y Máximus hizo una mueca desagradable.

—¿Estás bien? —le preguntó Lina al ángel como si él fuese el que estuviese del lado equivocado, atrapado con el demonio y no resguardado fuera de aquel cuarto.

Hansel volvió a sonreír con una inocencia que no coincidía con la situación. Parecía un hermano menor sorprendiendo a su hermana con su novio.

Máximus, sintiéndose fuera de lugar, y un poco avergonzado porque su brillante plan había resultado un fiasco, abandonó la habitación en un abrir y cerrar de ojos, dejando que un viento cálido entrara por la ventana.

El demonio saltó desde una altura que para cualquiera hubiese sido imposible de sobrevivir. Y su parte humana, Humble, apareció entre la oscuridad de la noche para llevarlo lejos, pero no lo suficientemente rápido como para borrar el recuerdo de lo que había hecho. La imagen de Lina se colaba por todos sus sentidos. Su mano, allí donde las lágrimas humanas lo habían tocado, provocaron que se sintiera diferente, y al mismo tiempo recordaba aquella vez en la playa, cuando ella se quedó… Se quedó con el monstruo.

No, se repetía, se quedó con el humano. Con el perro humano, no con el demonio. No con Máximus.

«No conmigo», se repetía una y otra vez mientras observaba el amanecer en Alaska.

* * *

Las calles de Whitehorse amanecieron escarchadas. Después de ordenar la casa y de no encontrar a Hansel por ningún lado, Lina se llenó la mañana de recados para no pensar y su vecina, víctima de la misma ansiedad, se ofreció a acompañarla.

Ahora caminaban juntas, un poco malhumoradas después de buscar durante horas el talón de las fotografías de la graduación de Julie. Lina era tan desordenada… Pero ¿cómo no perdonarle todo si le estaba sucediendo precisamente todo? Sus tíos habían telefoneado, informándola de

que tenían que reprogramar el vuelo para dentro de unos días, ya que era necesario hacer más análisis.

—¡Es un perfecto imbécil! —dijo Julie mientras esquivaba al pequeño Jerry Butler en su bicicleta con rueditas. Su amiga terminaba de relatarle por cuarta vez el episodio de la noche anterior.

Lina asentía en silencio. Le dolían las palabras de Julie, ya que no le gustaba que fuese tan ruda con su novio; después de todo, era difícil para William controlar su parte demoníaca. Sin embargo, su amiga tenía razón.

—Angèle, no es justo contigo.

—Tampoco es justo lo que le sucede a Will —murmuró apenada.

Julie suspiró. Quería golpear a su altruista amiga.

—Creo que lo mejor es buscar otras salidas —dijo, tragándose la bronca.

—¿Y qué hago? ¿Muero? —preguntó Lina encogiéndose de hombros—. ¿Dejo que Will vuelva a los Infiernos? —Necesitaba que su amiga le dijera que todo iba a estar bien.

Julie asintió, comprendiéndola. La rodeó con un solo brazo e intentó sonreír.

Al llegar a la tienda, después de una cola de quince minutos, le dieron las fotos. No dijo nada cuando le entregaron el rollo equivocado. Lina se había confundido de tickets. Aquellas eran fotografías de la tarde de títeres del año anterior en la iglesia.

Volvieron por otro camino, alejadas de la calle principal. Se había generado un silencio incómodo entre ambas.

—Si lo piensas, es un poco como la Bella y la Bestia, ¿no? —indicó Lina, que, como siempre, elegía las peores palabras para romper el hielo.

Julie frenó en seco, obligándola a hacer lo mismo.

—¡Ay, por favor! ¡Creo que yo misma voy a matarte, Angèle! ¡Tienes que despertar! Estás en un cuento de hadas y no notas que te juegas la vida en esto. —Julie intentó calmarse. Se colocó su *blazer* y las hombreras volvieron a su lugar, y agregó—: Sé que vas a odiarme por decir esto, pero creo que lo mejor es que reconsideres la oferta de Samuel.

Lina se quedó en silencio. La acababa de tomar por sorpresa.

—William es peligroso… —siguió Julie—. Ya ni siquiera es William y esto no es una película: las bestias no se transforman en príncipes. — Lina iba a decir que la historia original era una crítica al rol de la mujer en el amor y en el matrimonio, pero pensó que quizás no era el momento. Escuchó a su amiga continuar—: Tienes que asumir que no puedes quedarte con William, si así van a ser las cosas. No te irá bien con él. Es un demonio… ¡Literalmente!

—¿Y a ti cómo te va amando a un ángel? —preguntó Lina con lo más cruel de sí misma.

—Fatal —respondió Julie con sinceridad, sin dudar un segundo—. No te pido que intentes amar a Samuel. Esos delirios de romance son para mi hermano. Yo tengo los pies bien puestos sobre la tierra y por eso te digo que lo reconsideres. Es difícil…, lo sé, pero una vida tranquila y

la salvación eterna lo valen. ¿O no? Con Máximus o William… lo que estás haciendo es una locura, Lina, y las locuras después se pagan.

Si Julie Jones hubiese sabido en ese momento lo acertado que era ese vaticinio, no se habría atrevido a pronunciar esas escalofriantes palabras.

—¿Qué tengo que esperar ahora de ti? ¿Vas a traicionarme? ¿Vas a ponerte del lado de Samuel? ¿Vas a dejar que me lastime? —soltó Lina como una loca.

Julie la miró de arriba abajo, y con paciencia de madre se tragó la bronca.

—Por todo lo que estás pasando voy a perdonarte esas dudas paranoicas. Cuando esta noche te retuerzas de la culpa por haberme humillado así, ten en cuenta que te perdono.

—¿Tú me perdonas? —ironizó Lina—. Pues muchas gracias, Julie. Eso es genial. ¿Sabes? Estás hecha un desastre igual que yo desde que Matthew se fue.

—¿En serio crees que es solo por eso? —soltó, levantando ambas cejas—. Estoy mal por todo, Lina. Lo de Matthew es una tontería comparado con mi preocupación por ti, porque casi te me mueres. Mi hermano menor no sabe qué hacer de su vida. A mis padres no les importamos. Quiero renunciar a esa peluquería que odio porque me rompo el alma y no es mía…

—Pues ya no tienes que preocuparte por mí —la interrumpió Lina infantilmente, y dio media vuelta para comenzar a andar. No hizo caso a las llamadas de Julie.

Era gracioso verlas caminar enojadas a metros de distancia, porque después de todo, iban en la misma dirección. Cuando llegaron, cada una dio un portazo que casi vuelve giratorias las puertas de las casas contiguas.

Era oficial: las mejores amigas de Whitehorse estaban peleadas.

Capítulo 12

Rapto de Perséfone



> «De las puntas de sus dedos comenzaron a surgir gotas de fuego. Mientras la música sonaba, ella movía sobre sus manos llamas danzantes: un ángel, una mariposa, una bailarina que copiaba sus movimientos. No podía escuchar música sin bailar.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse VI. Wild Horses*

Diecisiete días sin hablar con Julie. Cada minuto se sentía extraño, una realidad más paralela aún, un acontecimiento que venía a redireccionar de nuevo su vida, que ya no iba a ser normal nunca más.

Dieciocho días sin ver a William. Máximus debía de estar disfrutando de los placeres del mundo humano.

El teléfono de Lina nunca había sonado menos. Ella miraba su pequeño aparato con forma de hamburguesa —regalo de Josh para la última Navidad— y se sujetaba las manos para no llamarlos. Ni a Julie ni a William, o Máximus.

Sus ojos se humedecían al pensar en aquello, pero, alejando los aires dramáticos, intentó enfocarse en lo positivo: el tío Dimitri lucía mejor que al partir. Eso le quitó a Lina la mitad del peso del mundo sobre sus hombros.

La tía Barb quiso ofrecer un gran almuerzo de reencuentro.

De los cuatro Jones, solo asistió J. J. El matrimonio estaba de paso para poner en orden la agencia, con intención de retomar sus viajes de inmediato. Y Julie…, bueno… La alegría de la tía Barb era tan contagiosa que por breves momentos Lina se olvidó de todo.

Hansel no pudo ser presentado. Desaparecía en silencio y volvía a aparecer a su antojo, pero de todas formas, Lina les adelantó su existencia. Quizás era mejor así. El ángel era tan peculiar que una buena introducción lo ayudaría.

Lina aprovechó ese tiempo para estar con su familia. El corazón de su tío estaba débil, aunque la medicación lo ayudaba. Era evidente que la enfermedad remitía y un aire de normalidad volvía a entrar por la puerta de los Smith. En las mañanas desayunaban en la sala y luego cuidaban del pequeño jardín; el reverendo, siempre muy abrigado y tratando de no hacer demasiados esfuerzos, encontraba en aquella porción de tierra una conexión distinta con su mujer y su sobrina. Volvían a ser los tres mosqueteros en tiempo de crisis.

Sin decirlo, sentían lo mismo que cuando Lina había llegado a Whitehorse, el viejo caparazón volvía a formarse para protegerlos de los caprichos del destino. Cuando el sol se ponía en lo más alto, preparaban el almuerzo escuchando la radio, y hasta Lina se entretenía con la programación de aquella perdida emisora.

Por las tardes, junto a la chimenea que podía estar o no encendida, el reverendo leía distintos pasajes de la Biblia mientras la tía Barb preparaba el vestuario de la obra en su máquina de coser. Lina escuchaba la voz de su tío sin prestar atención al significado de esas palabras. Solo era feliz de estar con ambos. Veían una película cada noche y luego se iban a dormir para comenzar al día siguiente con la misma rutina. Excepto los martes y jueves, los días en que Lina volvía a ser una estudiante.

Aquella mañana entró en la ducha sonriendo. Sin haber ingresado formalmente a la universidad ese año, logró acceder a una clase de Historia del Arte gracias a que el profesor Thompson, antes de irse del pueblo, pudo usar sus contactos para que continuara unida a una carrera en la que él veía su futuro.

Era la mejor clase del semestre. El profesor de ese año, antiguo compañero de fraternidad del señor Thompson, había elegido el programa de Arte y Mito Clásico. Estudiaban las maravillosas obras junto a la mitología. Según la programación, ese día tocaba la comparación entre *Eros y Psique* de Canova y *El rapto de Perséfone* de Bernini.

Como siempre, continuando con las modestas costumbres del colegio, cuando tenía alguna clase preferida se ponía la ropa que más le gustaba. Eligió una blusa blanca con botones forrados, su infaltable vaquero nevado, que de tan antiguo sabía de memoria las formas de su cuerpo, y la chaqueta roja, y, para calmar su cabello, se hizo una coleta en la coronilla que le dio un aspecto más o menos presentable. En los pies, sus nuevas zapatillas blancas con velcros. Bebió el café con leche y comió dos de las galletas que el tío Dimitri había horneado la tarde anterior. Era algo que corría en la familia Smith: la pésima mano para la cocina.

Lina recordó con ternura el rostro cómplice que su padre ponía en la mesa cuando su madre preparaba la cena y ambos juraban que lo chamuscado le daba un sabor exótico.

Tomó unas galletas del paquete para su guardián, por si se lo cruzaba, y efectivamente el ángel la esperaba en la esquina. Continuó contenta junto a él mientras caminaban hacia la parada

del autobús. La voz melodiosa de uno de sus cantantes favoritos le susurraba en los oídos en una mix, grabada en un casete de J. J. Ambos amaban a Queen.

Los rayos de sol se movían con Lina. Prefirió viajar de pie en el bus porque así su cuerpo recibía el sol y la música fluía libremente por su espalda, sus piernas y de nuevo por sus brazos, que se agarraban del pasamanos para no caerse.

Hansel disfrutaba del movimiento del vehículo.

Lina seguía el consejo del profesor Griffin para perder poco a poco su pánico escénico: cantaba en el autobús dando un miniespectáculo, pero aún había mucho camino por recorrer. Sin embargo, sentía que hacía trampa: Hansel le daba seguridad y además la anciana señora Morrison constituía un público cálido pero escueto.

«Poco a poco», se dijo Lina.

De pronto tuvo la extraña sensación de que olvidaba algo. Revisó su bolso. Llaves. Su brillo labial sabor cereza. Billetera. Cuaderno de notas. Libros. Todo estaba bien.

La parte preferida de la canción la distrajo y casi se pasó su parada. De no haber sido por Héctor, el conductor, que logró que la divertida señora Morrison le hiciera señas a Lina para que llegara a tiempo a la universidad, así habría sido. Esa tarde, cuando en su casa reinara el aroma a limpiador que su tía dejaba después de una limpieza a fondo, y solo se oyera el paso del tiempo en el reloj, Lina se encontraría un tiempo largo sentada en su cama, con el contenido del bolso esparcido en su edredón rosado, preguntándose cómo demonios había podido olvidar aquel día su inhalador.

Apenas dos calles la separaban del edificio; caminaba despacio mientras unos ojos la observaban con deseo. Thomas, el compañero que insistía en sentarse siempre a su lado e intentar conversar de temas absurdamente ínfimos como el carné de la biblioteca, el precio de los sellos, el sombrero que regalaría a su abuela por su cumpleaños y aburridísimos etcéteras, la miraba desde la acera de enfrente. Era la primera vez que ella iba sin aquel hombre que la acompañaba por todo el pueblo, y aquel chico pelirrojo que se alejaba de ella podía ser su hermano menor. Por un segundo, Thomas albergó la esperanza de que ese novio —que parecía sacado de uno de los mitos que ellos estudiaban— hubiese regresado a donde pertenecía: los cuentos de hadas; pero el desencanto lo despabiló. A unos diez metros, el novio se movía con más seguridad que nunca. Con una mueca en el rostro que le hizo experimentar unos celos que no tenía derecho a sentir, Thomas se conformó con mirarla en la distancia y deseó ser él quien recogiera la coleta que se le resbalaba del cabello, pero fue el novio quien, al tomarla, se la llevó al rostro y la olió con una satisfacción que Thomas reconoció como propia cuando aquella vez Lina le prestó un pañuelo para limpiar la hemorragia nasal que lo visitaba cuando se ponía demasiado nervioso.

De pronto su cuello le dolió. Sintió que su piel ardía. Sin saber por qué, miró hacia el novio. Efectivamente, este lo estaba mirando, como si hubiese adivinado sus pensamientos y con la mirada lo fuese a quemar vivo.

El muchacho apretó el paso y se aferró a la medalla de la Virgen de Luján que su mamá le había traído de su viaje a Sudamérica, antes de fallecer tres inviernos atrás.

* * *

El profesor era un experto. Sabía cómo crear la mejor atmósfera para sus clases. Antes de entrar en la sala, uno de sus ayudantes les preguntaba a los muchachos: ¿Eros o Hades? Solo una etiqueta en el pecho delataba la elección. El otro ayudante no se atrevía a pegarles a las muchachas la etiqueta que las nombraba como Psique o Perséfone, así que fue la propia Lina la que alisó el papel sobre su chaqueta. El único en toda la sala que decía el nombre de aquella que fue raptada y condenada a las profundidades por el dios que decía amarla.

Ante la llegada del señor Guzmán, cuya larga barba lo precedía, las luces se apagaron. La primera diapositiva mostraba la bella escultura de Canova: una mujer en los brazos de un ángel.

—Señor Cameron, deléitenos. —La famosa frase del profesor pedía mucho: nombre del autor, año, museo de exhibición, un dato extra que cuanto más curioso, más puntos sumaba, y una apreciación personal que podía ser de aspecto formal o de contenido.

—*Eros y Psique*, de Canova —comenzó el muchacho—. De mil setecientos ochenta y siete hasta mil setecientos ochenta y nueve. Escultura de mármol de ciento cincuenta y cinco centímetros por ciento sesenta y ocho, exhibida actualmente en el Museo del Louvre en París. La obra representa el glorioso momento en que Eros despierta a Psique del sueño al que Perséfone la había sometido con su vil trampa.

El silencio del profesor auguraba un mal rato para el alumno y a continuación indicó a toda la clase:

—¿Quién puede corregir el grotesco error del señor Cameron?

No hizo falta mirar. Jane ya alzaba su mano con una sonrisa cruel en su rostro.

—Jane —dijo contento el profesor al descubrir a su pupila favorita—, ilumínanos.

—Canova no terminó su obra hasta mil setecientos noventa y tres —aclaró la chica con su vocecita molesta.

—Perfecto, Jane —la felicitó el profesor y con otro tono se volvió hacia el muchacho—. Y además, señor Cameron, agregarles adjetivos a los hechos no los vuelve una valoración personal.

Hubo alumnos que sintieron pena por el simpático Cameron, pero él tenía una satisfacción total. El error había sido a propósito. La oportunidad de tener un tema de conversación con Jane, que era el centro de sus pensamientos desde el comienzo del semestre, era inigualable. Un calor que conocía bien lo dominó durante el tiempo que se detuvo a mirarla; quería decirle con los ojos lo mucho que la deseaba y lo mucho que le gustaba su exquisita forma de ser. Una delicia de muchacha extremadamente seria, odiada por los compañeros, amada por los profesores, envidiada por sus capacidades que de tan altas se le escapaban de las manos. Una muchacha que una noche, en secreto, tras solo una cerveza, le había confesado que nunca nadie la había

invitado a salir. Ese era un día de suerte para Cameron y por esa mirada, por lo que encerraba, Jane sintió un calor desconocido que la impulsó a levantar otra vez su brazo, ya que cuando no sabía cómo reaccionar, se escondía en sus clases.

—¿Sí, Jane? —preguntó el profesor deseoso de que se uniera nuevamente en la crítica.

—Creo que concuerdo con Cameron. —La clase entera emitió un largo *guau*; veían a la reina de hierro ceder una pulgada de favoritismo en pos de un compañero—. Claro que lo podría haber desarrollado mejor. —Jane era Jane al fin de cuentas—. Pero concuerdo con que la escena es gloriosa y Canova, a través de un trazo conciso y de la limpieza de lo lineal, muestra el majestuoso despertar de una humana que solo quiere ser merecedora del amor de un dios. Nada menos que el amor del dios del amor, y por eso ella extiende sus brazos no solo hacia Eros, sino hacia el cielo desde donde él aparece, porque sabe que la tenacidad de sus sentimientos puede volverla una inmortal. Como al final sucede.

—Yo creo que muestra la escena en la que la historia llega a su punto más cursi o más irónico —dijo Lina sin querer. En el momento en que las palabras dejaban su boca, tuvo el impulso de enrollarlas y volverlas a tragar, como si fuese el personaje de algún cómic arrancando el globo de diálogo junto a ella.

El comentario cortó el efecto de asombro en el que el curso se encontraba al adentrarse hacia lo que creían inexistente, los sentimientos de Jane, y, por otro lado, un nuevo asombro los invadió: esa chica de cabello revoltoso tenía voz y además no se mostraba aterrada ni de Jane ni del profesor que, por supuesto, exigiría jugosos detalles para respaldar esa extraña opinión.

—Ya veo —dijo el profesor con una sonrisa que los ayudantes conocían bien. La clase se había tornado interesante no solo para los alumnos, sino también para Facundo Guzmán, profesor desde hacía muchos… muchos años—. Antes de continuar con esta amena exposición de perspectivas, deléitenos, señorita Smith.

Lina, a pesar de su inseguridad innata, sonrió al ver que la imagen siguiente era la escultura que le hacía sentir un cosquilleo en el estómago y en la punta de los dedos. Empezó:

—*El rapto de Perséfone o Proserpina por Hades*, de Bernini. Escultura de mármol, desde mil seiscientos veintiuno a mil seiscientos veintidós, exhibida en la Galleria Borghese, Roma. Se muestra a Hades raptando a Perséfone y al perro de Hades. ¿Por qué me apasiona esta escultura? —continuó Lina—. Porque captura el momento exacto de desesperación humana. Todos en algún momento nos sentimos arrastrados hacia las profundidades. El rostro de Perséfone… ¿A qué se está negando? ¿A él, que se ha vuelto loco por ella? ¿A lo que ella misma siente por ese dios macabro que por la fuerza la quiere hacer suya? ¿O a la sensualidad de todo aquello? Lo oscuro, lo prohibido, lo que le despierta en su simple cuerpo… Perséfone era una diosa menor y aquí, uno de los tres dioses dueños del universo trae un trozo del inframundo para buscarla solo a ella. A ninguna otra. ¿No será que todo es demasiado para Perséfone y prefiere negarlo? Si solo fuese una disputa entre Hades y ella, el perro no estaría. Pero el animal representa la parte

instintiva de toda la historia. La sensualidad del Infierno actúa como una fuerza gravitacional a la que todos nos sentimos constante y fuertemente tentados.

El silencio del profesor esta vez era un buen augurio.

—¿Y por qué cree que la otra escultura muestra un momento cursi o irónico? ¿Qué hace que usted sea la única muchacha que elige representar a Perséfone en una clase entera? —preguntó señalando a las demás estudiantes—. El mito de Eros y Psique es reconocido como el más romántico y hermoso de todos los tiempos.

Un suspiro general hizo que Lina sonriera con algo de cinismo.

—Objetivamente entiendo por qué despierta tanta ternura —afirmó—. Pero lo percibo como una historia o cursi e irreal o con intenciones ocultas e irónicas. Espero que sea lo segundo.

—Ilumínenos, señorita Smith. Se lo ruego. No nos deje con la duda existencial. —El profesor se apoyó en el atril cruzando sus brazos, contento.

Lina nunca había hablado tanto frente a una clase, pero estaba como pez en el agua.

—Por un lado, Psique representa el alma humana, que es rescatada del sueño eterno por el amor. Eso es lo cursi. Lo irreal es que contra viento y marea el final sea feliz. No sé, no concuerda. Los griegos eran trágicos. Solo conozco este mito con final feliz. Mágicamente, él supera su complejo de Edipo con esa madre castradora —las risas fueron generales esa vez—, y logran que Psique sea aceptada como una inmortal. Faltaba que al final a ella también le crecieran alas. —Al decir esto, Lina no pudo evitar una punzada de dolor desde la parte oculta de su corazón. Samuel. Samuel. Samuel. Samuel rescatándola… Despertándola de la trampa que Hades le había tendido. Con sus alas de antes, esplendorosas.

—¿Qué hay de malo en los finales felices? —preguntó Jane, devolviéndola a la realidad de la clase.

—Son simples —respondió Lina con soltura, jugando con su bolígrafo—, aburridos… No nos muestran la realidad como lo hacen los finales trágicos. Las historias más bellas terminan con corazones rotos, sangre, pecados, culpas… En esta historia falta la desgracia, esencial para que una historia nos entretenga.

—Eres una resentida —contestó Jane sorprendiéndose a sí misma.

Algo en el aire había cambiado, dejando que todo el mundo pusiera sus sentimientos sobre la mesa. Lo mejor y lo peor salían de aquellos muchachos y muchachas.

Lina dejó pasar el insulto. Cuando el profesor iba a llamarle la atención a Jane, la Elegida ya estaba contestando:

—Mira —dijo con calma, tranquilizando a su compañera y al resto. Lo que sea que estuviese generando aquel revuelo, a Lina parecía afectarla de otra forma—, lo bueno del arte es que, a diferencia de las matemáticas, se puede interpretar desde infinitas perspectivas. A los humanos se nos puede interpretar de la misma forma. Somos obras de arte vivientes. Para mí, tú eres una alumna brillante que se apasiona por lo que estudia. Para ti, yo soy una resentida porque me atrae el drama de las historias y no los desenlaces felices. Está bien. Es válido, y no podemos evitarlo.

Yo seguiré pensando que Eros es un idiota por enojarse con Psique solo por querer mirarlo, y luego marcharse dejándola embarazada, a la fortuna de su madre histérica… Para que, al final, todo termine en una fiesta que soluciona el problema de Psique, que irónicamente es el motivo por el que él la ama: su mortalidad. Lo que la salva todo el tiempo es su endeble condición humana que hace que hasta el dios Pan se apiade de ella —concluyó Lina de un solo respiro.

—¿Esa es la ironía de la que hablaba, señorita Smith? —preguntó el profesor en estado de éxtasis. Ese semestre tenía estupendos estudiantes.

—Claro —afirmó—. Hades respeta la esencia de Perséfone, por eso le permite tener seis meses cada año para que vuelva a ser como era ella. La rapta, le roba la vida, la aleja de todo… Ok, eso es horrible, pero no lo hace con mentiras ni con engaños. Lo hace a rostro descubierto. Eros utiliza la máscara del amor: «La felicidad será nuestra si tú rechazas todo lo que eres, si te conviertes en un ser celestial como yo». Y ni siquiera se lo plantea como un sacrificio, sino como un regalo de los dioses: la vida eterna.

Samuel. Samuel. Querido Samuel.

—Interesante visión —murmuró el profesor.

—Aún no veo el problema —insistió Jane, incómoda en su asiento—. ¿No es la vida eterna a lo que todos aspiramos? ¿No estarías feliz si el hombre más hermoso del universo, un dios, te amara y te regalara la ambrosía?

Lina respiró hondo. Su compañera creía que no iba a entender esas palabras. Pero el vocabulario no era el problema de aquella Elegida.

—No, Jane. No sería feliz —contestó—. Algunos valoramos tanto nuestra vida humana que ni todos los siglos de perfección divina se compararían con las posibilidades infinitas que tenemos aquí en la Tierra.

—Eso es retorcido —murmuró Jane buscando la complicidad de los ojos de Cameron. Esa noche, motivada por la pasión desenfrenada que ya estaba comenzando a sentir, iba a sellar su vida con él. Con dulzura, en aquel apartamento minúsculo, el cual rememorarían ambos durante sus años de vejez, rodeados de nietos que los amarían. Sí, Jane iba a tener una vida envidiablemente feliz, y como toda historia feliz, aburrida.

Volviendo a la entretenida Lina, el profesor hizo la última pregunta de la clase:

—Y el resto, ¿qué opina? ¿Qué es mejor: condenarse a las llamas de la pasión prohibida o entregarse a la gloria eterna?

Una risita nerviosa invadió la sala, pero había algo más. Algo que Lina conocía bien. Peligrosamente bien. El motor de aquella explosión pasional que los hizo a todos, incluida ella, decir cosas que de otro modo hubiesen muerto en sus mentes.

—Todos saben la respuesta, profesor —dijo una voz desde el fondo, oculta por las sombras—, es solo que muy pocos se atreven a reconocerlo.

—¡Máximus! ¿Qué haces aquí? —preguntó Lina dándose la vuelta de forma inmediata al escucharlo. La presencia de él la sacó del estado de ensoñación que había ayudado a crear en la

clase.

—¿Es Máximus conocido suyo, señorita Smith? —quiso saber el profesor levantando una ceja.

Lina asintió y se apresuró a meter en su bolso los libros desparramados por la mesa. Debía salir de allí.

Máximus abandonó la oscuridad y surgió de repente. El anfiteatro que servía de sala tenía escalones peligrosos, pero no representaban reto alguno para el demonio. Con gracia felina se acercó a ella y le sonrió mientras la tomaba entre sus brazos. Se la llevó dejando a todos boquiabiertos, menos al profesor, que exclamó divertido:

—El rapto de Angelina Smith por Máximus, por el Destino. Mil novecientos noventa y uno. Exhibido por una única vez en Whitehorse.

Cuando salieron de la universidad, Hansel los esperaba, mientras jugaba con un perro.

Máximus entornó los ojos. Su rival era un ángel adolescente que se entretenía viendo a un perro perseguir su cola. Bufó desde el centro de sus entrañas. Los pájaros de los árboles emprendieron la retirada y el perro le mostró los dientes, pegándose a las piernas del guardián. Esa absurda situación lo superaba. Sin embargo, sabía que aquel muchachito alado, al cual derribaría con solo una mirada, tenía algo mágico en sí. Era la parte santa de su humana. Invencible para él.

Al advertir que Máximus no intentaría ninguna locura, Lina se bajó de sus brazos, pero antes de irse lo besó.

Él se quedó de piedra. No se esperaba eso para nada.

Fue un beso tierno. Lina lo tomó del rostro y después de que sus labios sintieran los de él arder, lo abrazó con dulzura. Tuvo que ponerse de puntillas más de lo acostumbrado, ya que Máximus era ligeramente más alto que William.

—Te amo —susurró ella.

El demonio no supo qué decir. Cuando comenzaba a separarse, la tomó del brazo, por primera vez con ternura.

—Demuéstramelo uniéndote a mí —dijo con una falsa modestia que a Lina la asqueó. Lo miró con expresión indescifrable y lo escuchó seguir—: Nunca doy segundas oportunidades, pero a ti te la doy ahora.

Máximus le acarició los labios.

Ella sentía unos dedos más rústicos y más calientes que los de William y, aunque se avergonzaba, le resultaban aún más seductores. Su boca, después de esos roces diabólicos, quedó palpitando de vida.

—Todo eso fue para William —se obligó a decir—. Sé que está allí dentro, y sé que él también me echa de menos.

—¿Y no quieres darle algo más que un simple beso? —contestó rápido el demonio para que nadie, ni ella, notase el dolor que esas palabras le causaron. Después de todo, él era una

aberración, un monstruo, un estorbo peor que un perro sarnoso. Algo que ella debía destruir para estar con el verdadero hombre que amaba.

Lina sonrió. Pese a las dobles intenciones, el comentario la hizo sentir cómoda. El demonio tenía sentido del humor.

—No creo que a William le gustara. —Y dando media vuelta se acercó a su guardián, al cual le pidió que la acompañara de regreso a su casa, porque Angelina Smith estaba asustada. Porque realmente comenzaba a desear ser arrastrada hacia el Hades… No por cualquiera, sino por Máximus.

* * *

—¡Vuela! ¡Vuela! —gritaba Josh mientras corría junto a Hansel animándolo a volar por aquel sendero escondido en el bosque. Intentaba lo que fuera para que Lina riera, pero no tenía éxito.

Aunque la escena era bastante graciosa: las alas de Hansel se movían contentas y sus ojos brillaban desquiciados cuando corría delante de Josh, confundiendo lecciones de vuelo con carreras entre amigos.

Lina quería enseñarle a volar para que fuese a los Cielos y buscara a Peter, a Celestine y a Matthew. Estos seguramente le aclararían la naturaleza de Hansel, la situación de Máximus y de Samuel, y hasta dónde se encontraba la clave del símbolo de las alturas. Todo eso.

—Creo que debemos volver a casa para mostrarle más películas de ángeles. A lo mejor estaba entendiendo cómo hacerlo —propuso Lina.

Era un atardecer helado en Whitehorse. De esos en que, aun con todos los abrigos de plumas y pieles, los cuerpos continúan tiritando.

—Si hoy veo otra película romántica me cambio el nombre a Josephine o me suicido —amenazó Josh mientras batía las alas del ángel.

Lina ahora sí emitió una leve sonrisa.

—Eres increíble… Recuerdo ese verano que vimos mil veces *Dirty Dancing*, solo para que en la presentación del colegio te dieran el papel de Johnny Castle —dijo Lina, mientras abría el termo con chocolate caliente que la tía Barb había preparado.

—«Nadie pone a Baby en el rincón» —exclamó Josh al tomarla por la cintura.

Los amigos rieron al recordar la anécdota. Hansel sonreía sin entender más que la alegría del ambiente.

La siguiente hora la pasaron hablando de Julie. Josh intentaba que se reconciliaran. Sabía que, poniendo paños fríos a la situación, tendría más suerte con Lina que con su rencorosa hermana. Y, efectivamente, Lina ya mostraba señales de arrepentimiento. Con la insistencia de J. J., sumado a la buena predisposición de ella, ambos armaron un plan de reconciliación. Lina iba a dar el primer paso.

Mientras tanto, Hansel correteaba junto a ellos, y al observarlo, Lina tuvo de golpe una

maravillosa idea:

—¡Lo tengo! ¡Hagamos que él sea Baby y que salte! Nosotros lo agarraremos como en la escena del lago… Así en el aire aprenderá a volar.

—Está bien. Tú haz de Baby unas cuantas veces, así Hansel aprende —aceptó J. J.

Lina se quitó su chaqueta celeste; debajo llevaba un suéter con pequeños barcos bordados. Eso, junto con los pantalones blancos, daban la idea de que aquel día hubiese decidido conmemorar a las fuerzas navales. Era directamente proporcional: cuanto más se descontrolaban las cosas en su vida, con más soltura llevaba esos ridículos atuendos.

La tarde pasaba y ellos reían hasta provocarse dolor de estómago.

Hansel no aprendió a saltar sobre Josh y mucho menos a volar, pero al menos fue divertido.

Al terminar, con mucho trabajo, le pusieron la faja que habían cosido para ocultar sus alas. Lina y Josh, inspirados en uno de sus cómics, habían diseñado ese retenedor de alas para que el ángel pudiese ir y venir por el pueblo con mayor facilidad, sin tener que esconder sus extremidades en una fea joroba bajo un sobretodo pasado de moda.

Hansel parecía feliz con la primera prenda de ropa hecha a medida para él. Lina usaría lo que quedaba de sus ahorros para comprarle un lindo vestuario, pero pediría ayuda. Ella era consciente de que su gusto no complacía al resto y, aunque estaba bien para ella, quería que su ángel se vistiera como un muchacho normal.

Tras la tarea titánica, los tres decidieron descansar. Estaban exhaustos. Josh aprovechó para enseñarle su Game Boy a Hansel. Más lejos, Lina se quedó recostada y se permitió echar de menos a William y al mismo tiempo, sin quererlo, también a Samuel. Comenzó a llorar despacio para que ni Josh ni Hansel la escucharan. Triste, despegó sus labios apenas para decirse a sí misma y decirle al mundo: «Prefiero el Hades».

Capítulo 13

Un regreso inesperado



> «El guerrero de los Cielos perdió aquella batalla; no pudo contra tantos rencores. Después de abrazarse durante un largo tiempo, llorando en silencio, planearon cómo decírselo a Logan.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse V. Regreso a Whitehorse*

Cuando la decoración navideña adelantadísima y la cercanía con su cumpleaños la pusieron nostálgica, Lina decidió ponerle fin a la ridícula pelea con su mejor amiga. El plan de reconciliación no era más que una tarde de chicas.

Para tener todo lo necesario, fue a visitar a J. J. al videoclub y se quedó un poco más ayudándolo, y dándose coraje en la sala trasera del local.

J. J. pulsaba con fuerza el botón de rebobinado. Lina ordenaba los VHS que ya estaban listos para volver a alquilarse.

—Solo digo que esperamos ansiosos por verla y nos la perdimos por todo el lío de ángeles y demonios, y ahora tendremos que esperar una eternidad a que llegue en vídeo y encima la filmaron aquí cerca —se volvió a quejar J. J. mientras se calzaba el chaleco azul que usaba como uniforme—. La única película que estaba esperando… Es decir, Jack London ubicó la historia en Yukón, Alaska… Aquí cerca… El título es *Colmillo Blanco*… ¿*White Fang*-*Whitehorse*? ¿Lo ves?

—Basta, por Dios. Supéralo… —rogó Lina—. Hace meses que estás con eso. Ya la veremos cuando salga.

J. J. abría con fuerza las cajas de los casetes para que su amiga los colocase.

—Ok, pero es una jodida lástima…

—En mi cumpleaños haré algo simple en casa con mis tíos, ¿sabes? —exclamó Lina para cambiar de tema.

—¿Nada más? Vamos, podemos irnos a algún lado…

—Prefiero quedarme cerca para estar con mi tío, por si acaso.

El muchacho no insistió, pero hizo una nota mental: «Ahorrar para comprarle un regalo a Lin».

—Bueno…, llegó el momento. ¿Te fue difícil conseguir lo que te pedí?

J. J. negó con la cabeza. Hubiese hecho cualquier cosa con tal de que ella y Julie se arreglaran. Preparó una bolsa con la película de la reconciliación y algunos dulces y despidió a Lina en la puerta deseándole mucha suerte.

Dentro, Pat, la otra empleada, le sonrió con su ortodoncia brillante.

Lina se encontró a medio camino con su guardaespaldas personal. Le mostró los libros que había sacado de la biblioteca por la mañana, para aprender lenguaje de señas juntos y así intentar comunicarse.

El muchacho no reaccionó con tanta alegría como ella esperaba. No parecía entender mucho. Sin embargo, cuando Lina lo invitó a chicle sabor sandía y le enseñó cómo poner la lengua para hacer pompas, el ángel adolescente se deshizo en abrazos. Después se fue correteando tras un gato gordo.

Al llegar a la casa de los Jones, Lina, un poco nerviosa, tocó el timbre. No podía estar peleada con dos personas tan importantes al mismo tiempo. Así que escogió a su amiga para intentar una reconciliación.

Poniendo su mejor sonrisa, sacó de la bolsa la copia de *Babycakes*.

Julie abrió la puerta con cara de arrepentimiento.

—¿Soy tan mala como la amiga de la protagonista? —dijo Lina a modo de saludo.

Julie tomó el casete y se lo llevó al pecho como si se tratase de una reliquia.

—Dios, hace tiempo que no la vemos. Me encantaba la risa de ella, y a ti la ropa. —Con un gesto la invitó a pasar y la ayudó a quitarse la chaqueta—. Lo siento —se disculpó.

—¿Estás bromeando? —preguntó Lina incrédula—. Tienes todo el derecho, Julie. Lamento no haber sido de más apoyo en estos meses.

Julie se echó a reír. Lina sonrió, sin entender el chiste.

—Has tenido el peor año de la historia del planeta, Angèle. En los últimos meses llegó un demonio para tener un hijo contigo y luego enloqueció, un ángel que hizo lo mismo… Tuviste que aplazar tus estudios para rescatar a tu novio de una condena eterna en una ciudad horrible, tu tío se puso enfermo… —Al decir esto último Julie se sintió un poco culpable, pero una carcajada de Lina la animó a continuar—: Es decir, lo menos que tienes que ser ahora es mi apoyo, Angèle Baby. —Se abrazaron.

Lina iba a preparar la merienda, pero Julie la detuvo. Debía reemplazar a Carol en el turno de tarde, pero eso no era impedimento para celebrar que habían hecho las paces. Podrían pasar a buscar a J. J. y tener uno de sus maravillosos viernes tradicionales en la peluquería, los tres juntos de nuevo.

* * *

El tiempo helado empañaba los vidrios de El Bucle Nervioso.

Julie Jones estaba preparando el neutralizante para el cabello de la señora O'Hara. Era su última clienta. Había hecho una excepción al atenderla tan tarde. La señora le caía bien, era muy tranquila, charlaba de su nieta, que formaba parte de Médicos sin Fronteras, y a Julie le encantaba que le contara anécdotas de ella. Era increíble que, aunque sus padres recorrieran el mundo y fuesen dueños de una agencia de turismo, a ella no le interesara en lo más mínimo viajar. Quizás sus padres habían logrado cansarla, arrastrándola tantas veces a ella y a su hermano —cuando eran tan pequeños que no los podían dejar solos— en vuelos interminables para llegar a lugares recónditos.

Cuando eso pasaba, lo único que ella quería era regresar a su amado Whitehorse. Siempre se había sentido cómoda allí, a pesar de que, ya de muy joven, Julie Jones se había ganado la fama de «chica fácil» entre los más idiotas del pueblo y debía soportar el maltrato que conllevaba ese malicioso y absurdo estigma.

Julie estaba sentada en una silla mezclando los productos químicos que lograrían la permanente de la señora O'Hara. Se miró en el espejo, que ya comenzaba a estar roído en las esquinas, y vio como este le devolvía la imagen de una mujer feliz. Se había arreglado con Lina y eso era genial. Al fin de cuentas, la entendía. Era igual que su hermano: eternos enamoradizos destinados a padecer las decepciones que sufren aquellos que siempre tienen el corazón abierto.

Ella siempre había sido feliz con su tranquila vida de pueblo, pero tal vez Josh y Lina querían otras cosas. Julie se sentía cómoda con los altos pinos, el cielo azul, la nieve que lo cubría todo, el río que bordeaba el hermoso bosque y luego las cuidadas casas. Ya había visto enormes capitales, caminado por calles angostas o anchas bajo luces artificiales de ciudades que nunca dormían…, pero nada era como su Whitehorse.

Julie no tenía ni la curiosidad de Lina ni la voluntad de Josh para hacer algo extraordinario con su vida.

Mientras trabajaba en la cabeza de la señora O'Hara, que muy feliz hablaba sin cesar de su nieta, Julie pensaba en lo afortunada que era dedicándole una sonrisa a Lina, que le acercaba una toalla limpia.

—¡Pero qué tiempo tan loco! —dijo Josh al entrar en la peluquería—. Dicen que ahora el calor se ha ido al norte. Lo vi en las noticias.

—Sí —respondió automáticamente Julie —. Frío y calor…, frío y calor.

Su hermano le dio un tierno beso en la mejilla. Se quitó los guantes y la bufanda, y después lo colgó todo junto con su chaqueta de plumas. Desafortunadamente, una de ellas, quizás la más blanca, salió volando hasta donde estaba Julie.

La muchacha no sintió nada cuando se posó en su hombro. Josh corrió hacia ella, antes de que subiera la vista y la notara a través del espejo, por lo que para disimular la abrazó por los hombros, besándola de nuevo.

—Es que te quiero demasiado y un solo beso no basta —le explicó mientras la llenaba de mimos.

Julie, con la mezcla lista para ponerla sobre la señora O'Hara, dijo en tono de pocos amigos:

—Suéltame o tu cabello se volverá más ensortijado.

Josh se alejó sonriente y fue a ayudar a Lina a preparar la mesa de manicura para darse su merecido festín.

El muchacho las sorprendió con unas cervezas que colocó en el pequeño refrigerador para que estuviesen heladas y Julie lo agradeció. Realmente necesitaba un trago.

Lina no estaba segura. Prefería tomar agua.

Como la señora O'Hara estaba allí esperando que su cabello se rizara, Lina le contaba a J. J. los últimos eventos en clave.

—Resulta que estoy preocupada porque por la tarde le di un chicle. No lo pensé bien, y como es un cachorro… No sabe que tiene que escupirlo.

—Creo que es un mito, Lin —la tranquilizó Josh—. Eso de que no saldrá de tu cuerpo. Cuando era niño nunca los escupía. Me los tragaba todos, y aquí me tienes vivito.

—Eres un tonto. ¿Cómo que te los comías? —Lina le arrojó una de las bolsas que acababa de vaciar—. Nosotros somos humanos, quizás a los cachorros los afecte de otro modo… No lo sé… Hablando de él, ¿dónde estará ahora?

Josh se encogió de hombros y se marchó a buscar las bebidas.

Lina se acercó al ventanal, se subió de rodillas en los asientos que servían para que las clientas esperasen, y limpió el vidrio empañado con su puño. Quedó hipnotizada por la camioneta que estaba aparcada en la acera de frente. Era celeste y blanca. Llevaba alas y mariposas dibujadas, y no había dos así en todo el mundo. Observó como se abría la puerta trasera y no otro sino Matthew bajaba de un salto. Llevaba una camisa a cuadros y un pantalón rayado, aún sin entender las reglas de la moda ni del clima, y su cabello negro caía más allá de la espalda.

Lina se volvió hacía Julie, que estaba mirándola con curiosidad a través del espejo mientras revisaba el cabello de la señora O'Hara. Quería decirle algo, pero no podía…

Miraba a su amiga cuando el sonido de la puerta al abrirse la distrajo. El rostro de Julie mostró una docena de emociones distintas. Matthew estaba allí parado sin decir nada, solo con un brillo en sus ojos perlados. Lina seguía haciendo equilibrios sobre la silla sin poder moverse.

Julie miraba fijamente a Matthew, solo sus manos enguantadas se movían sobre la cabeza de

la clienta.

Josh fue el que cortó esa escena al entrar desde el pequeño cuarto que servía de cocina, bailando con tres botellas de cerveza mientras cantaba:

—¡Oh, sí, fiesta! ¡Fiesta con las chicas! —Para desentonar aún más con la situación, llevaba una peluca roja con rizos.

Lina tuvo que taparse la boca para no soltar una carcajada.

* * *

Josh, Matthew y Lina estaban sentados en las sillas junto a la ventana. Julie había dado la orden de que la esperasen hasta que terminara su trabajo.

El Bucle Nervioso no había estado nunca más nervioso. Nadie se atrevía a decir nada.

Lina quería que la permanente de la señora O'Hara surtiera efecto y se marchara enseguida; mientras que Josh estaba tan incómodo que había olvidado quitarse la peluca.

El único que parecía tranquilo era Matthew, sereno como una estatua de ébano. De pronto se levantó y los amigos lo miraron como si hubiese cometido una falta gravísima y los fuesen a castigar a todos por su mal comportamiento.

—Puedo volver más tarde —propuso Matthew.

—Oh, lo siento —dijo Julie con sarcasmo, mirándolo a través del espejo—. ¿Acaso me estoy demorando mucho? Tal vez no tengas diez minutos después de que yo te esperé casi un año.

Matthew regresó a su lugar sin decir nada.

Lina, preocupada por Hansel, volvió a mirar por el ventanal. Para su sorpresa, el ángel desgarbado y adolescente se encontraba junto a la camioneta y no estaba solo. Peter lo abrazaba con tanta fuerza que parecía que lo iba a quebrar. Celestine, con sus robustos brazos, los rodeaba a ambos.

Lina se quedó tranquila, observándolo. Su guardián se veía feliz entre los amigos de Samuel. No podía estar en mejor compañía. Además, sus preocupaciones no tenían fundamento, Hansel sabía cuidarse solo. Sin embargo, había algo en aquel pequeño ángel que, ante los ojos de Lina, lo hacía aparecer como un desamparado. Se sentía maternal con él.

Ensimismada con aquella imagen, no pudo ver al motociclista que se había quedado en mitad de la calle observando aquel espectáculo. Ni tampoco vio como giraba en zona prohibida para regresar a la misma casa que había dejado. No pudo imaginar siquiera la sensación de esperanza que recorrió el cuerpo de Máximus cuando vio a Mercy y Compassion esperándolo en el jardín. Ni tampoco pudo ser testigo de la pena del demonio al comprobar que solo se trataba de una visita de los corceles. Sus amigos no estaban por ninguna parte.

Los Cielos le mandaban ayuda a su rival y los Infiernos enmudecían.

El malestar de Máximus se acrecentaba en un mundo donde no podía manejar nada, ni siquiera con su poder de líder, pero a una buena distancia, en El Bucle Nervioso, la situación

parecía ir mejor cuando la señora O'Hara salió por la puerta luciendo un hermoso ondulado.

—Bueno…, yo creo que tengo que irme —soltó Lina como si las palabras las hubiese masticado todo el tiempo que permaneció callada.

—Creo que yo también. Olvidé que tenía una cita —mintió Josh, que quería irse con su amiga.

Julie colocaba los instrumentos con un temple que helaba la sangre.

—No os preocupéis. No tenéis que marcharos. Matthew, por favor, ¿puedes venir a sentarte aquí? —Julie señaló la silla donde había estado trabajando con la señora O'Hara.

El ángel obedeció.

La muchacha buscó algo en su cintura y luego en el cesto que tenía cerca.

—Angèle, por favor, ¿puedes pasarme las tijeras nuevas? —pidió.

J. J. le había regalado para su graduación un hermoso par que llevaba la inscripción «Adiós, cabellos».

Lina abrió los ojos, ya que la orden era para ella. Se acercó al estante que conocía tan bien y tomó la funda de cuero negro. Caminó despacio como un asistente de verdugo.

J. J. debía de tener la misma impresión, porque al pasar la detuvo y le susurró:

—¿Estás segura de dárselas? Digo, para evitar celebrar los demás cumpleaños en el patio del correccional de mujeres.

Lina dejó escapar una risa nerviosa y siguió caminando. Cuando las tijeras pasaron de sus manos a las de su amiga, esta dijo:

—Tráeme también la rapadora, por favor.

Julie se colocó el estuche en el bolsillo trasero de su vaquero y bajó un poco la silla para que la cabeza de Matthew quedara justo a la altura de sus brazos.

—¿Confías en mí? —le preguntó con tal autoridad que parecía que su vida dependiera de ello.

El ángel asintió. No tenía miedo. Lina se quedó parada con la rapadora en la mano.

Julie suspiró y dijo a nadie en especial:

—No soporto estas rastas.

Fue una experiencia inolvidable. El lugar se llenó del perfume de las lilas. El cabello negro volaba por los aires, el filo del arma de Julie resonaba sin que otro sonido cortara el aire. Antes de que el último cabello llegara al suelo, la rapadora se puso en marcha. Cuando terminó, la cabeza de Matthew brillaba como una hermosa luna negra.

—No volverá a crecer —anunció él.

Julie no dijo nada. Solo se echó a llorar. Matthew, de pie, la abrazó con una dulzura que Lina no creía posible en él.

En el fondo de la peluquería, Lina le susurró a Josh:

—Ahora sí me tomaría esa cerveza.

Pero no dio tiempo a nada. Por la puerta entraron Peter, Celestine y Hansel al mismo tiempo. Este último, al ver a su humana favorita, se descontroló y abrió las alas de par en par.

Lina no supo a qué atender primero, si a los abrazos de Celestine, las palabras de cariño de Peter o las alas medianas de su guardián. Eran, al menos, cuatro veces más grandes que las que Lina conocía. Hansel estaba creciendo y sonreía contento mientras Peter le despeinaba aún más su revoltoso cabello. Como un padre a un hijo.

Mientras tanto, Celestine continuaba colgada de Lina, demostrándole todo lo que la había echado de menos.

Capítulo 14

Instrucciones para ser un humano (de nuevo)



> «Las alas de Rory estaban desesperadas por salir. La distancia con la naturaleza demoníaca de su novio aceleraba el proceso.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse IV. Little Horse*

Aquella tarde Lina lo preguntó todo y más.

Celestine estaba dispuesta a ayudarla, como siempre.

Después de un largo abrazo entre la «misionera» y el tío Dimitri, que tranquilizó sobremanera a Lina, subieron a su dormitorio. El reverendo estaba mejor cada día, aunque la sabia y antigua Celestine tampoco le podía dar información cierta respecto a los planes de los Cielos para con Dimitri Smith.

A Lina tres temas la estaban carcomiendo por dentro: Hansel, Máximus y Samuel.

Con respecto al primero, Celestine estuvo encantada de aclararle muchas cosas. Sí, Hansel era su ángel guardián. Las alturas los envían solo en caso de necesidad vital.

Hansel nunca había estado en contacto con el mundo de los vivos, por eso recibió sus alas cuando Lina lo necesitó e invocó. No, nada tenía que ver con aquella oración infantil. El alma de Lina podía comunicarse directamente con la de Hansel. Él había sido creado en los Cielos y sin voz. Nunca la tendría, por lo que la idea de enseñarle lenguaje de señas era genial. Con el tiempo lograría comprender mejor el mundo. El nombre era espléndido, ya que el guardián había estado esperando uno desde que lo crearon. Sus alas crecerían más y más.

Sí, las reglas eran iguales, sentía sed y solo comía por gusto, y Lina se sorprendió cuando

Celestine la señaló a ella misma como el arma de batalla de Hansel.

—Verás, Angelina, los guardianes no deben luchar. Les basta con el vínculo con sus protegidos. Si tú y Hansel unís vuestra fuerza, lograréis lo que queráis. Pero solo funciona en situaciones extremas. Lo más probable es que jamás utilicéis esa conexión —le explicó, sentándose en la silla que Lina vaciaba para ella.

—¿Por qué él? —quiso saber.

Celestine miró las fotografías de la cómoda. Ya había una de Hansel ahí. Con seguridad exclamó:

—Míralo. Lo han hecho justo para ti.

—Sí —reconoció Lina, recorriendo su habitación de punta a punta, nerviosa—. Eso es verdad, y es maravilloso. Me encanta estar con él, pero creo que estoy siendo egoísta. Solo está aquí para cuidarme.

—Tranquila —dijo Celestine mirándola con sus hermosos ojos color miel—. Tú lo has estado cuidando también; de otro modo sus alas no hubiesen podido crecer.

Ante esa revelación, Lina se sintió un poco orgullosa de sí misma, y muchísimo más tranquila.

No tuvo la misma suerte con Máximus. Cuando Lina comenzó el interrogatorio, notó que la buena predisposición de su amiga iba decreciendo.

Lo básico ya lo sabía: William había tratado de contener su parte demoníaca durante mucho tiempo. Estaba aquí para completar su misión. Hacer lo que William no intentó o estaba retrasando. Era un disparate lo de buscar otra Elegida… Celestine estuvo un buen rato riéndose por eso. Era imposible y él lo sabía. Seguro que lo había dicho para molestarla.

Ambas coincidieron en que era una actitud bastante infantil.

Por otro lado, Celestine se negó rotundamente a hablar de Destiny o de la Máxima Insignia. No quería saber nada de esos temas, y Lina no insistió.

Con respecto a Samuel, se mostró más triste. No tenían mucho contacto con él. Iban a intentar recuperarlo. Sus alas se consumirían más cada vez, si no cambiaba de actitud.

Cuando la tía Barb les llevó un té con panecillos de chocolate recién horneados, como un apetitoso bocadillo nocturno, las dejó charlando más entusiasmadas que antes.

En un momento, Celestine se puso un poco triste. Le confió que Peter y Matthew se sentían muy culpables por la batalla del año anterior, y ella, aunque había intentado detenerlos, también compartía la pena.

Lina la tranquilizó: todos se equivocaron. Ahora podían volver página.

A medianoche Celestine salió de aquella casa por la puerta, imitando a una humana común y corriente.

Hansel y Peter saludaron a Lina desde la acera y ella les devolvió el gesto, intentando imaginar qué podrían hacer de noche tres criaturas celestiales que no necesitaban dormir.

Después bajó a lavar la vajilla que había ensuciado con Celestine y su mente se despejó,

recordando la mejor conversación que había tenido aquel día, no con su amiga alada, sino con la pareja de esta.

Antes de marcharse de la peluquería, Peter, cuando pudo salir del embrujo que le producían tantos espejos, se había acercado a hablarle.

—Estás muy hermosa —le dijo sin preámbulos, y, adivinando la ansiedad de la Elegida, agregó—: Lo siento por intentar separarte de lo que escogiste. Te quiero dar algo a cambio. Un consejo que quizás te sirva. Nosotros no sabemos mucho con respecto a las cuestiones de las profundidades. Sin embargo, sería bueno que usases a Hansel. Sobre todo ahora que tu poder de Elegida ya no funciona como antes… Mientras estéis juntos o mientras tú lleves un objeto protector de algún antepasado que llegó a las alturas… estarás bien. El demonio no podrá hacerte daño. Solo se acercará en cuanto tu deseo se lo permita. —Peter sonrió ante la mirada llena de esperanza de Lina, y luego añadió: —Así que cuidado con lo que desees. Ah, y gracias por traernos de vuelta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lina sin entender.

—Aunque tu guardián no puede hablar como tú o como yo, se asegura de que tus deseos se cumplan —explicó—. Y deseaste tanto a Matthew para Julie, que Hansel movió los Cielos para que sucediera.

Los ojos de Lina brillaron de felicidad. ¿En serio había logrado ese milagro?

—Debes amarlo mucho, Angelina. Hansel no es como el resto de los ángeles. Los guardianes son especiales, y Hansel entre todos ellos.

—¿Por qué? —preguntó curiosa.

Pero Peter, sin respetar ninguna cortesía, se alejó sonriendo.

Ahora, mientras Lina cerraba el grifo y terminaba de colocar la vajilla, ella también sonreía. Contenta porque tenía un plan para el día siguiente.

* * *

Se despertó nerviosa.

Abrió la ventana e hizo pasar a Hansel. Después de que Josh, a regañadientes, ayudara todos los días a bañarlo, ahora lo podía hacer por sí mismo. Su vecino y amigo le había dado algunos pares de vaqueros y camisas que ya no le entraban. A Hansel le quedaban un poco flojos, pero Lina había decidido llevarlo de compras cuando estuviese más acostumbrado a la gente. Deseaba que tuviese cosas en el mundo. Ropa. Una cama. Una habitación propia… A Lina siempre le sería difícil aceptar la naturaleza frugal de los ángeles.

Cuando quedó aceptable, Lina respiró hondo. Quería presentárselo a sus tíos en cuanto tuviese la oportunidad. Tal vez era mejor así… Cada día parecía más humano. Era extraño que fuese tan fácil mantener oculto a un muchacho en su habitación, pero Hansel era increíblemente silencioso y, ante una seña de Lina, se escondía en el armario o en el cuarto de baño. Le gustaba más el

primero, porque encontraba objetos peculiares como un zapato, libros, revistas y algunos lápices de colores.

Como aún era difícil que se acostumbrara a caminar con zapatillas, Lina probó algo distinto aquella mañana. Tomó unos viejos zapatos de su tío que ya habían separado para donar, pensando que a lo mejor con unos números más Hansel se sentiría más cómodo, y funcionó a las mil maravillas.

Lina suspiró aliviada. Ahora debía peinarlo y ya podrían salir.

Mientras cepillaba su cabello semiondulado y lo volvía lacio, incluido el bucle en su frente tan divertido, Lina le contaba su plan. Muy calladito saldría por la ventana y ella, como siempre, se uniría a él en la esquina.

Al cabo de una hora, ambos ya caminaban en dirección a la casa grande, después de hacer una parada estratégica en el local de Al para comprar el desayuno.

El día había amanecido nublado, pero estaba cálido, así que el peto vaquero y el abrigo tejido que Julie había hecho para ella —y que gracias al mal sentido de las dimensiones que tenía su amiga, le quedaba por las rodillas— fueron una buena elección.

Cuando llegaron se preguntó si debía tocar el timbre. La casa estaba cerrada, y no quería despertarlo. Los demonios, a diferencia de los ángeles, ¿lograrían dormir?

El ruido de pájaros revoloteando le hizo prestar atención a los sonidos de fondo. Un ronquido provenía del costado de la casa. Más bien bufidos, y se alegró al pensar que Humble estuviese allí. Su viejo amigo…, pero cuando Lina dio la vuelta a la casa, solo vio a Máximus tendido en el suelo. Al principio pensó que estaba herido, pero la expresión de su rostro era demasiado tranquila. El rocío matutino se evaporaba a unos pocos centímetros de su cuerpo.

Lina lo observó con detenimiento: la cicatriz del rostro, el tatuaje más dorado que nunca, su cabello negro, la camisa ligeramente abierta… Él no tenía frío. Dormía fuera como un animal.

De pronto, Lina sintió una inesperada ternura. Dejó las bolsas a un lado y se arrodilló junto a él, para colocarle un mechón del cabello con su mano fría. Tocó su pelo suave y maleable, y pensó que sería bueno que su hijo heredara ese cabello.

—¿Sabes que tu cercanía es extremadamente peligrosa? —dijo Máximus, que había estado despierto desde el momento en que ella se acercó a él.

Lina dejó de acariciarlo y se alejó; Hansel estaba a unos metros. Un poco confundida de hablarle a ese cuerpo como a un extraño, preguntó:

—¿Por qué duermes fuera?

Él se incorporó sobre un codo, con expresión seria.

—Descanso. No me siento cómodo en su casa.

Máximus hablaba como si cada palabra fuese una orden. Se puso de pie y se quitó la camisa. Fue hacia un balde que tenía allí, y que Lina supuso se había llenado con agua de lluvia, y comenzó a lavar su torso. No necesitaba secarse, las gotas se evaporaban en su piel.

Lina instintivamente miró hacia otro lado y Máximus se burló con una buena risa.

Mientras tanto, el ángel guardián estaba en cuclillas, perdido en un grupo de insectos que reconstruían sus pequeños nidos después de que la lluvia se llevara todo.

—¿Cuántas horas duermes al día? —preguntó ella intentando desviar el tema y acariciando un pequeño muñeco troll de cabello verde que su madre le había regalado de pequeña. Ese era el amuleto que, siguiendo el consejo de Peter, había llevado.

—¿Qué importancia tiene eso? —El demonio no quería hablar de ninguna trivialidad. En el mismo balde de agua lavaba su camisa con fuerza.

—Estás en un cuerpo humano ahora. Debes descansar —insistió Lina, obligándose a no perderse en sus músculos.

—Mi cuerpo no es solo humano. Sabes que tengo poderes de los Infiernos aún. —Ante la mirada insistente de Lina, respondió—: Dos o tres horas.

—No es suficiente… ¿Cuántas veces comes al día?

—¿Al día? Pues… —Se rascó el cuello.

—¿Acaso no tienes interés en probar nada de la vida humana? ¿La comida, los sueños, el descanso?

—Tengo ganas de probar algo —respondió con sinceridad mientras se abotonaba la camisa empapada y Lina veía como, funcionando como una secadora humana, la tela humeaba.

—¿Qué?

Máximus levantó una ceja. Se arremangaba los puños de la camisa despacio y disfrutaba de su expresión inocente.

—Hacerte el amor con los ojos cerrados —dijo burlándose del empalagoso romance de William y ella.

—Pensé que para eso estabas buscando a otra Elegida —exclamó Lina con rostro inescrutable, mientras disponía el contenido de las bolsas que Al le había preparado en la pequeña escalera del lado de la casa, la que daba a la cocina. Él no dijo nada y Lina sintió que había ganado una batalla. Sin poder mantener su postura de ganadora, agregó—: Mira, Hansel y yo no hemos desayunado aún, y pensábamos hacerlo contigo.

—Está bien —aceptó él y se giró hacia el este, concentrado. Lina no comprendió por qué llamó a Humble, quien apareció contento mientras Máximus agarraba su espada, que brillaba con el poder del líder. Cada rubí se encendió, desprendiendo una luz cegadora—. Vuelvo enseguida con el desayuno.

—¿A qué te refieres? —Señaló sus compras y explicó—: Tengo el desayuno en estas bolsas.

—Iré a cazar algo para comer.

—Okaaay… —dijo ella alzando las cejas—. No. Solo pensar en comer un animal del bosque como desayuno me da náuseas.

—¿Aún no te he tocado y ya tienes síntomas de embarazo, Elegida? —Máximus bajó su espada; la miraba demasiado confiado en sí mismo. Ni reparaba en el ángel guardián o en el

hecho de que Lina se ruborizara hasta el punto de que sus mejillas parecieran estallar—. Mejor guardo mi arma. No quiero que la Elegida me mate.

Dicho esto, Máximus clavó la espada en la tierra hasta la empuñadura.

Lina se limitó a murmurar docenas de quejas por lo bajo y a colocar el desayuno. No entendía por qué no podían entrar en la casa ni tampoco esos chistes de mal gusto que ponían incómodos a todos.

Preparó un panecillo de moras y un chocolate caliente para su guardián. Lo sentó cerca de la puerta y le enseñó a soplar su bebida, mostrándole con señas que estaba muy caliente y que debía ser cuidadoso. Después improvisó una mesa para ella y Máximus en donde empezaba la escalera. Aún tenía sueño y se restregaba los ojos mientras disfrutaba del aroma del café.

—¿Azúcar o edulcorante? —le preguntó a Máximus, destapando su bebida. Él la miró mientras acariciaba a Humble sin decir nada—. Supongo que azúcar entonces —murmuró—. Vamos… Siéntate. El desayuno ya está listo. Siéntate junto a mí.

Máximus, como un niño al cual invitaban a una pastelería, de un salto estuvo junto a ella.

—Bueno. —Lina intentó actuar con normalidad en una situación totalmente extraña—. Al me recomendó los panecillos de semillas de amapola y unos emparedados de queso. Todo huele muy bien. —Tomó el panecillo con una servilleta.

Máximus, mirándola fijamente, a medio recostar en el escalón, abrió muy lentamente su boca. Lina creyó poder escuchar cómo esos dos labios se despegaban uno del otro, convirtiendo ese simple sonido en uno de los más sensuales que escucharía. Dudó, pero solo por un segundo… Con sus dedos arrancó un trozo y lo colocó en esa boca. Como si estuviese en el zoológico alimentando a un león dentro de su jaula.

Máximus cerraba los ojos ante cada bocado. La combinación de azúcar, la textura suave que invitaba a comer, los dedos de ella, su aroma… Todo aquello logró que se relajara en la escalera mientras disfrutaba de un desayuno humano.

Ante la postura tranquila de él, Lina se atrevió:

—Cuéntame qué eres. Necesito entenderlo. Necesito entenderte.

—Soy un demonio —contestó mientras tomaba su café hirviendo de un solo trago.

—Pero saliste de algún lugar.

—Sí. —Los ojos de Máximus viajaron lejos—. Yo fui creado, como todo lo que habita en los cuatro mundos.

—¿Por quién?

La miró dándole a entender que preguntaba una obviedad.

—Por William. Yo soy la bestia que él decidió ser. El que pone el cuerpo en los Infiernos. Soy aquel que lo cuida. Y él me alimentó como a un dragón, y luego me encerró creyendo que me desvanecería por arte de magia. —Chasqueó sus dedos—. De nuevo fue un cobarde y por eso lo odio… De la misma forma que él me odia a mí.

—No lo entiendo… ¿Por qué sois dos? —preguntó Lina intentado no sonar desesperada—.

Yo también tengo varias partes…, pero soy una sola con mis defectos y con todo lo bueno…

—¿Lo eres? ¿De verdad? ¿Estás muy segura de que en el momento de morir irás directa a los Cielos? —Máximus apoyó el vaso vacío y de un bocado hizo desaparecer un emparedado de queso—. ¿Segura de que no estás creando un demonio dentro de ti? Después de todo, lo único que haces es luchar para tener un hijo de William, y eso sí que será tener un monstruo dentro de ti. Un monstruo en un mundo de humanos… Que quién sabe lo que puede llegar a hacer.

El cuerpo de Lina se encogió. Aquella declaración la hirió en lo más profundo. Sabía que la única forma de condenarse era matar a otro, y ella nunca haría algo así. Por otro lado, en asuntos del Infierno, Máximus parecía ser una autoridad mayor que William.

El demonio prosiguió sin advertir su dolor:

—Nunca nos habíamos separado. Tú viniste a desbaratar nuestro sistema. William se empecinó tanto en negarme, en mantenerme cautivo… En contra de nuestra naturaleza. En contra de nuestra misión. —Poniéndose de pie fue a buscar su espada, desenterrándola, y agregó—: Funcioné como un gran terremoto que lo tumbó en el suelo. No me dejó salir… No hubo —sonrió— pequeños seísmos que me dejaran respirar y salir un tiempo… Me encadenó y cuando salí, lo rompí todo.

—No todo —afirmó Lina mientras miraba su café, y después dijo despacio—: Eres distinto a aquella vez en la playa. Ese día parecías un animal… No hablabas. Me lamías y después, mientras el eclipse terminaba, te quedaste allí, observándome…, pero sin hacerme daño.

Máximus la miró como buscando una explicación en el cuerpo de ella.

—Si quieres me vuelvo a comportar así —exclamó para salir del paso. Aquel *espantademonios* que su humana llevaba en el bolsillo lo obligaba a alejarse. Ella lo volvía a rehuir.

—Parecería que tienes razón —siguió Lina sin hacerle caso—, tienes muchas caras. William. Máximus. El animal de la playa.

Quizás para que dejara de hablar de aquel hombre que lo había obligado a permanecer en las sombras, Máximus comentó:

—Esa noche en la playa estaba en mi estado más puro. Un verdadero demonio. Un monstruo.

Aquella palabra le recordó a Lina el origen de la punzada en el estómago que aún sentía. Necesitaba aclarar algo:

—Mi hijo no será un monstruo. No me importa lo que crean los demás.

A esas alturas, Máximus ya había comprendido que aquella humana solía estar en contra del sentido común. Se colocó el pelo hacia atrás, igual que William.

—Será concebido por una humana y un demonio. El guerrero y yo ahora estamos separados, pero somos uno, Elegida. Somos lo que somos. Él es la parte buena y yo la mala. No hay remedio para nuestra naturaleza, y tampoco lo habrá para Salvador.

La sinceridad de Máximus la sobrecogió. Quería odiarlo, quería recuperar a William y para eso, Máximus debía desaparecer. Tal vez, si había un eclipse pronto, sucedería lo contrario y

William regresaría a ella, aunque fuera unos segundos, los suficientes para decirle qué hacer, cómo traerlo de vuelta. Por otro lado, debía reconocer que el demonio hablaba con franqueza, como aquel que se para ante el abismo de su identidad y se confiesa arrojándose consciente de las profundidades que esconden los secretos más perversos.

«Y las verdades más útiles», pensó ella.

Las reglas de la Gran Competencia en la que se jugaba la vida habían cambiado. ¿Seguiría jugando?

—Entonces tendré que aprender a amarte a ti también —respondió al fin Lina con valentía, poniéndose de pie.

Aquel sacrificio era el que Samuel le había pedido un tiempo atrás. Ser capaz de amar a otro distinto a William. De alguna forma, Lina se entregaba a otro hombre, pero al mirar a Máximus, ella sabía que su novio estaba allí dentro y que la situación actual encontraría su fin. No podía existir mucho de William y nada de Máximus, ni viceversa. Ella sería la balanza que sostendría a ambos. Ese sería otro sacrificio más.

—Mira, no me importa si me amas o no —soltó él—. No estoy aquí para eso. Realmente no creo que tu amor ayude en algo. —Máximus llamó a Humble—. Si quieres ayudar a tu valioso William, y créeme que yo también quiero ayudarlo, subirás a ese dormitorio y cumplirás con tu deber de Elegida.

Lina escuchó las palabras mágicas para sacarla de sus casillas. Su paciencia tenía un límite.

—Tú también desbarataste nuestro sistema, ¿sabes? Antes de que llegaras, Will y yo conseguimos el primero de los símbolos que Destiny nos pidió para ayudar a nuestro hijo. Y estábamos buscando… —Lina se interrumpió—. No sé por qué hablo en pasado… *Estamos* buscando los tres restantes. Nos llevamos bien y nos amamos. Y él no me trata como si yo fuese una especie de pedazo de carne. Él me ama.

—Pues eso es culpa mía, Elegida —dijo Máximus mientras Humble relinchaba enojado, sin querer dejarlo subir, y agregó —: Yo no sé mentir tan bien como él.

Lina apretó el vaso de café y, aunque imaginaba perfectamente el sentido de las palabras del demonio, preguntó:

—¿A qué te refieres con eso?

—Dímelo tú. Tú eres la actriz —respondió Máximus logrando que Humble cediera a su mando—. Llámame cuando…

—¡No te llamaré jamás! Eres un imbécil. Por supuesto que William me ama.

Máximus controló a Humble, que relinchaba y levantaba sus patas delanteras para desprenderse de aquel jinete maligno.

—Pues mira —dijo él sin perder su irritable calma—, tú cuéntate el cuento que quieras. Ahora mismo soy tu mejor opción, pero tú no la mía. Voy a seguir disfrutando de tu mundo, Elegida. Adiós.

—Eres un imbécil soberbio —contestó Lina, que ya tenía a Hansel cada vez más cerca.

Máximus no dijo nada. Con un sonido seco de su lengua contra el paladar hizo que Humble se pusiera en marcha y se internaron en el bosque.

Lina cerró su abrigo, ya que sin aquel cuerpo caliente, el frío la volvía a afectar. En ese momento se sintió más sola que nunca. Después se dio media vuelta, recogió lo que quedaba de aquel malogrado desayuno y se fue a su casa a aceptar lo que ella misma había escogido por vida.

Capítulo 15

Te elijo a ti



> «Sentada junto a un oasis, mientras Sanity descansaba sus patas y entrecerraba los ojos ante el sol tibio, Lina armaba una pequeña corona de flores para adornarse por unos segundos su corona maldita.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse IV. Little Horse*

Agradecía que la pantalla se llenara de esa llovizna molesta de vez en cuando, así podía sacar las frustraciones de su sistema. Lina golpeaba el televisor con toda su ira contenida y, mientras su puño se estrellaba contra el frío aparato, pensaba en Máximus y en el símbolo de los Cielos.

El tiempo se agotaba, las semanas cada vez parecían pasar más rápido.

—Ahí está, querida. Muchas gracias —la detuvo su tía desde la tabla de planchado cuando la imagen clara volvió a su lugar.

Lina regresó al sofá. Puso los ojos en blanco al ver lo que la señora había escogido.

—¿Sigue en la cama, tía? Hace semanas que está delirando por ese balazo que le metieron en el pecho. Desde antes de que te marcharas. —Lina, impaciente, apuraba su té de fresas hirviendo. Se quemaba la lengua sentada frente a la televisión.

—Es que perdió mucha sangre —le explicó la tía Barb como si el protagonista musculoso y de cabello largo, que hacía de pirata del siglo XIX, fuese parte de la familia Smith o alguien de carne y hueso.

Lina sonrió al verla doblar un pantalón con esmero. La señora se empecinaba en planchar la ropa que iban a donar para la colecta anual.

Cuando en la pantalla apareció la curandera con una pócima de amor, Lina ya no lo pudo soportar más.

—Estas telenovelas son horribles. Lo único que hacen es mostrar que las mujeres están dispuestas a sacarse los ojos entre ellas si el hombre es lo suficientemente guapo —esto último lo dijo en otro tono.

—No todas son iguales. —La señora sonreía—. Además, la chica actúa muy bien. Mira, ahora se va a enterar de que él sigue vivo.

El diálogo almibarado terminó por fastidiar a Lina. Sin embargo, su tía estaba perdida en la pantalla. Aquel era su escapismo y ella no quería arruinárselo. Se quedó mirando una declaración de amor que la hizo sonreír y le dio una divertida idea. Necesitaba sacudirse el drama de su vida.

Después de decirle a su tía que iba a salir, de un salto abandonó el letargo del sillón y, tras agarrar su impermeable rojo, estuvo fuera en un santiamén. Los sonidos de los truenos rugiendo en el cielo taparon los gritos de la señora Smith, que se preocupaba por la tormenta.

Otra vez las calles de Whitehorse la vieron correr.

Lina movía los brazos y las piernas con una coordinación que no había tenido antes. Era fuerte y libre. Estaba llena de aire. Inhalaba y exhalaba, y ese dolor del costado, que la vez anterior la había hecho bajar el ritmo, esta vez no la molestó. Sus piernas se hacían más largas y las primeras gotas la encontraron cuando ya llegaba a la calle principal. Se chocó de lleno con Harry y tres frascos de pastillas volaron de la bolsa de papel que él llevaba. El muchacho los recogió apurado, murmurando que no eran para él, sino para una amiga. Lina lo ayudó mientras deseaba que eso fuese verdad.

Sin dejar que nada le enturbiase lo que iba a hacer, se puso en marcha de nuevo.

Llegó a su destino más rápido de lo esperado, pero la puerta no cedía. Golpeó con ambos puños y al no encontrar respuesta, gritó el nombre de la única persona que le importaba en ese momento. Después, alejándose, al mirar la hora en su reloj, se sintió una estúpida, pero no se daría por vencida.

Ahora la lluvia la perseguía en forma de baldazos que caían sobre su inútil impermeable. Sus zapatillas hacían ese ruido molesto, hartas de tanta agua.

Cuando llegó de nuevo a su calle, la valentía no le había mermado ni un poco.

—¡Julie Jones! —gritó.

En sus bolsillos encontró unos chicles y los arrojó a la ventana del cuarto de su amiga. Los cristales empañados no le mostraron nada. Sin embargo, a los pocos segundos, Julie, con su bata violeta y las pantuflas de J. J., salió a la puerta.

—¡Angèle, estás empapada! ¿Estás loca? Entra, por favor.

—No. Tengo que decirte algo —dijo Lina mientras se escurría el agua del rostro.

—¡Ay, por favor! Entra y me lo dices.

—¡Te elijo a ti! —soltó Lina de pronto.

Julie la miró sin comprender, sujetándose la bata que se le abría.

—¡¿Qué?!

—¡Te elijo a ti! —repitió, esta vez ganándole a la lluvia.

Un trueno, de esos que generan eco en las inmediaciones del bosque, les ofreció el tiempo necesario para encontrarse en una mirada.

—Tú eres el amor de mi vida —siguió Lina—. Más que cualquiera. Más que William, Máximus o Samuel. Tú vienes antes. Te elijo a ti.

Julie no pudo evitar una mueca divertida. Su amiga era increíble.

—Lina, haz el favor de pasar. Te lo ruego. No es necesaria esta escena bajo la lluvia.

—Sí, sí es necesaria —insistió—. Esta es mi declaración de amor. Tú eres mi amiga, mi hermana, y me encantaría vivir toda mi vida en la casa contigua. No me imagino estando sin ti. Siempre que me pasa algo, quiero venir corriendo a contártelo, y luego quiero llamarte para comentar lo que hablamos antes. Cada momento, cada lágrima o cada sonrisa, no es nada si no la comparto contigo. Las cosas no me suceden realmente hasta que te las cuento a ti.

Julie Jones ya no la miró con ese gesto de superioridad materna en el rostro. Aquella era la declaración de amor más romántica de su vida, y le gustaba que viniese de los labios de su mejor amiga. De su Lina. Sí, el amor de hermanas sería más fuerte que cualquier otro. Era una ridiculez, es verdad, pero ¿acaso el romance no lo es?

—Entonces, te elijo a ti, Julie Jones —terminó Lina.

—Pero es que te tienes que elegir a ti —dijo Julie riendo—. ¿No te enseñé nada? Primero tú, después los demás. ¿Por qué no puedes elegirte a ti?

Lina se encogió de hombros. No lo sabía. No podía. No la habían educado para eso. El prójimo era cualquiera menos ella. Con su boca hizo un gesto de resignación que precedió a unas lágrimas de lo mismo.

Julie dejó de reír y asintió. Después de tantos años la comprendía. Era feliz por haber tenido la oportunidad de compartir su infancia y juventud con aquella muchacha. Si cerraba los ojos, todavía podía verla con el cabello enmarañado, jugando con una muñeca igual de despeinada que ella en el patio contiguo.

Y a falta de amantes o esposos, ellas se tendrían siempre la una a la otra.

Julie bajó las escaleras de la entrada y dejó que la lluvia le arruinara el peinado que tanto trabajo le había costado. La abrazó y el impermeable rojo de plástico de Lina hizo un chirrido espantoso. Aquella prenda era altamente inflamable.

Sonrió mientras lloraba abrazada a su amiga y dijo:

—El rojo te queda muy bien, Angèle.

Justo en ese momento, J. J. llegó de su turno en el videoclub. Las encontró en ese gesto y se unió a ellas, abriendo bien sus brazos a lo largo, como si fuesen alas que protegían a sus hermanas. El muchacho confundía una hermosa declaración de amor y amistad con el duelo mundial que se estaba viviendo: Freddie Mercury, el cantante de su banda favorita, había muerto.

* * *

Los tres amigos estaban en la cocina de los Jones, ya secos, atacando el refrigerador. Era de día aún, pero llevaban la ropa de dormir. Harían una fiesta melancólica de pijamas. Todos tenían novedades y temas importantes, pero por decisión unánime, Julie comenzó:

—Quiero que sufra un poco más. Así que le dije que lo iba a pensar.

—Espera. —Lina clavó la cuchara en el bote de helado y dejó de balancearse en la silla—. ¿Estás diciendo que un ángel está dispuesto a renunciar a su trabajo como guía y venir a la Tierra por ti y tú le dijiste que lo ibas a pensar?

Julie movió la cabeza de manera afirmativa, sonriendo con picardía mientras aprovechaba para hacerse con el helado.

—¿Tú estás loca? —preguntó Lina.

La muchacha se encogió de hombros.

—¿Sabes lo que te pasa a ti? —intervino J. J. cortando por la mitad los panes de perritos—. Te incomoda el amor. Odias estar enamorada de alguien.

Julie le dio la razón. Estaba asustada hasta las patas, eso también. Si aceptaba la propuesta de Matthew, era algo así como para toda la vida.

—Cada uno lucha con sus demonios como puede —opinó Lina volviéndose a balancear.

—Hablando de demonios… ¿Cómo vas con eso? —quiso saber Julie mientras sacaba tres vasos del aparador para servir las bebidas.

—No lo sé. Él se fue a disfrutar del mundo de los vivos…

La muchacha no dijo nada. Se limitó a abrir el refresco enfadada. Dios, estaba odiando a ese sujeto.

—Disfrutar del mundo de los vivos… Eso me gusta —repitió J. J. de espaldas a las chicas mientras miraba las salchichas hervir—. Yo tendría que ser más así: resuelto y seguro. Por ejemplo, hoy me han ascendido a subgerente de la tienda y Pat se puso muy contenta por mí. Tanto que me besó.

Lina y Julie se miraron asombradas. J. J. seguía revolviendo las salchichas.

—Y después… —continúo—, cuando yo me enteré de la noticia de Queen, me puse muy mal… Ella me consoló… y… estuvimos juntos en el cuarto de rebobinado. Juntos, juntos… Me sentí mal porque al final me dijo que me amaba y… aunque es hermosa, divertida y ¡una chica a la que le gusto, por Dios!, yo no pude decirle lo mismo. Ahora me siento horrible y no puedo mirarla a los ojos.

Las dos amigas no podían creer lo que escuchaban. Los refrescos que Julie servía ya estaban inundando todo el suelo, las salchichas hervían explotadas y el helado se escurría de la cuchara que Lina sostenía cerca de su boca, hasta que reaccionó. Fue hasta su amigo y lo rodeó con sus brazos.

—No puedo creer que sea la única que no lo ha hecho. No puedo creer que tu primer beso

fuera tu primera vez. Eso pasa en *El lago azul*, no en la vida real —soltó y su amigo la abrazó fuerte mientras reían juntos.

Julie lo besó orgullosa. ¡Al fin su hermano tenía suerte! Sin embargo, el romántico de J. J. se sentía el peor de los hombres por no amar a aquella muchacha. Julie conocía bien a Pat y sabía que lo olvidaría en unos cuantos días, pero de todas formas, no quiso eclipsar el momento de su hermano. Sospechaba que romper un corazón lo hacía sentir especial.

Después de llenar de preguntas a su amigo, que solo respondía con evasivas, Lina decidió dejarlo tranquilo.

Julie la miró divertida, comprendiendo su curiosidad.

A la mañana siguiente, cuando Lina se cambiaba con la ropa ya seca para regresar a su casa, Julie sacó de debajo de su cama una pequeña maleta.

—Toma, es hora de que tengas esto.

Lina la abrió. Estaba repleta de libros de portadas llamativas. Miró el título del que estaba más a mano. *Corazones en llamas*. Frunció el ceño y leyó la contraportada:

«Victoria es una simple campesina. Nicholas Wildman es un poderoso conde. ¿Podrán sus corazones superar las reglas sociales? Tras un camino de lujuria y pasión, lo descubrirán».

—Pero esto es…

—Información —la cortó Julie—. No seas tan prejuiciosa. Léelo y, si tienes dudas sobre algo, me preguntas.

Lina se ruborizó de pies a cabeza, pero la curiosidad fue mayor que los prejuicios y la vergüenza. Cerró la maleta y se fue con ella en silencio.

Capítulo 16

Fiebre de sábado por la noche



> «Respiró hondo. Era hora de hacer algo más que un poco de ruido. Después de tanto tiempo, el día había llegado. “Rompe la Competencia, rompe el pacto”, se repitió.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse VI. Wild Horses*

Lina se sentía un poco resfriada y lo único que había para comer sin tener que recalentar nada eran cereales húmedos. Sus tíos habían salido a cenar con un matrimonio amigo y Hansel no daba señales de vida, a lo mejor cansado de las lecciones de lenguaje de señas.

Todos tenían esa facilidad. Desaparecían de un momento a otro con la libertad de un par de alas en la espalda o de un caballo del inframundo… y ella estancada en el mismo lugar, con sus cereales rancios, haciendo migas sobre el colchón mientras pensaba en el símbolo de los Cielos…

De pronto, el timbre sonó al estilo de los hermanos J. J.

—¡Marchaos! —gritó Lina desde el piso de arriba, tapándose con las mantas. Sobre su ventana comenzaron a llover numerosas piedrecitas con insistencia. Lina tiró un almohadón para cerrar las persianas de madera. Ni se molestó en recogerlo. Cuando los acelerados pasos de sus amigos subían por las escaleras, fingió estar dormida.

—¡Oh, vamos! —gritó Julie—. Merecemos una actuación mejor que esa. —Fue justo lo que Lina necesitaba escuchar para reírse con ganas y salir de su estado depresivo. Las mantas comenzaron a moverse rítmicamente, mientras Julie encendía y apagaba la luz.

Josh entró después con una grabadora portátil. Sonaba una canción que las chicas conocían

bien, pero él debía leer las letras que venían con el casete. Sabía que Lina no era inmune al dúo sueco.

De un salto se unió a los coros.

Los hermanos J. J. estaban en todo su esplendor. El muchacho se veía increíble con una chaqueta vaquera y el cabello peinado hacia arriba, claramente obra de su hermana, quien, para la ocasión, no se quedaba atrás con su falda corta, un top que lucía como un sostén y aquellas botas rojas de tacón alto que solo usaba cuando bebía demasiada cerveza antes de prepararse para salir.

Cuando Lina intentó volver a la cama, agotada de tanto saltar, los hermanos J. J. la retuvieron.

—Debes prometernos algo antes de que te liberemos, «Elegida del Inframundo» —bromeó Julie pronunciando las palabras con dificultad—. ¡Ven a bailar a Eleven!

—¿Estás borracha? —Lina miró divertida a su amiga, que tenía la punta de la nariz colorada.

—¡Respuesta equivocada! —corearon los hermanos J. J. al mismo tiempo y el abrazo se apretó.

—¡Está bien, está bien! —gritó, capaz de prometer cualquier cosa en ese momento.

—Estás aquí como una vieja en un sábado por la noche —dijo Josh.

Lina miró sus atuendos y después el suyo. Llevaba un pantalón negro suelto y su camiseta con el dibujo de Vilma, de *Scooby Doo*. Recordó que el día que la consiguió pensó que era una ganga.

Los hermanos J. J. se echaron a reír al ver su expresión.

—Vamos a cambiarte —exclamó Julie.

—Ah, no. Eso sí que no —respondió con firmeza—. Salimos, pero me pongo el abrigo encima de esto y punto, no tengo ánimos para arreglarme.

—Está bien…, pero ¿así quieres salir en las fotos de mi primera noche como batería? —preguntó Josh contento.

Lina abrió sus ojos de par en par y miró a Julie, que asintió contenta.

Sin demora, se arrojó a los brazos del muchacho. Había valido la pena quedarse casi en la quiebra por prestarle el dinero a su amigo. No importaba que Josh tuviera un sueño distinto cada mes, lo increíble era que los iba cumpliendo todos. Eso era admirable.

Julie llevaba una botella de vodka de arándano y tomaba tragos mientras rebuscaba en los cajones de su amiga en busca de algo sexi.

—Pues está bien —aceptó Lina contenta—. Luciré especial, pero a mi modo… —Se subió a su cama y, estirándose al máximo, encontró en lo alto de su armario lo que buscaba: una corona de plumas que había sobrado de una interpretación de *El lago de los cisnes*, tres años atrás.

Sin esperar ninguna opinión, se la colocó sobre el cabello, que peinó con sus dedos, y después de calzarse sus botas sobre el pantalón negro, agarró a sus amigos. Juntos corrieron apurados hacia el Honda de Julie.

Josh conducía con las ventanillas bajadas, gritando sobre la canción que sonaba a todo

volumen en el radiocasete, mientras Lina aceptaba feliz el vodka que Julie le ofrecía. Los tres eran presas de una excitación que les devolvía la vida que habían sentido apagada desde que todo se había ido al infierno.

Llegaron a Eleven con la adrenalina corriéndoles por las venas. Lina no lo sabía, pero si todo salía más o menos bien, su hijo, heredando las dotes de su poderoso padre, atravesaría aquella puerta muchas noches durante su juventud. El hijo de Lina heredaría la seguridad del demonio, el cuerpo del guerrero, la mirada profunda del cazador… y, también, de su famoso tío J. J. recibiría la capacidad de encantar a las chicas. Porque, sí, aquella noche sería la primera noche del resto de la vida de Joshua Jones.

Antes de subir al escenario y cambiar su destino, Lina y Julie lo besaron al mismo tiempo, una a cada lado; y aquella foto de los tres, que J. J. tomó con su Polaroid estirando el brazo, se convertiría en la portada de su primer disco. El segundo rompería los récords de ventas y contendría nueve canciones que estarían durante semanas en el puesto número uno de las emisoras americanas y europeas. Después llegarían los otros mercados, las giras y los premios. Su rostro en los anuncios, los documentales… Las rehabilitaciones. Después sus romances, escapando de las cámaras. Más adelante, las peleas con Julie. Los divertidos momentos con sus sobrinos y las batallas de fósforos. La tristeza al recordarla. J. J. extrañándola. Siempre extrañándola, y el rostro de un dulce muchacho enamoradizo se convertiría en el de uno de los hombres más poderosos según aquella revista. Los tatuajes, el acero en su cara, los músculos que saldrían después de aquella condena por conducir bajo el efecto de estupefacientes. Después Julie rogándole que la dejara ir: ella no volvería, pero estaba bien, porque esa había sido la vida que había elegido vivir. J. J. hundiéndose. Y después…, mucho después, sus sobrinos, ya mayores, ayudándolo… Pero claro, para que todo aquello sucediera, las cosas tenían que salir bien esa noche.

Lina iba por su segunda cerveza y bailaba al ritmo de la nueva canción que la banda tocaba esa noche. Julie saltaba con ganas junto a ella, repitiéndole que la amaba. Era una borracha contenta.

En ese momento, Lina vio a Harry sentado en la barra, solo. Se desprendió de su amiga con dificultad y fue a buscarlo. El muchacho odiaba bailar, pero por ella aceptaba cualquier cosa. Se unieron a la chica que animaba a todos a agitar sus brazos de un lado a otro… Julie Jones hacía que aquello se convirtiera en una verdadera fiesta. Harry se divertía viendo a su amiga bailar a su modo, cuando de pronto sintió que su sangre se congelaba al reconocer a una pareja cercana: el novio de Lina bailaba muy de cerca con Sarah Petelman.

Harry se había cruzado con Sarah unos días atrás. Nunca la había visto tan abandonada: su pelo grasiento, la ropa suelta y manchada, su aliento a tabaco…

Lina saltaba con ganas y apenas en dos segundos más, giraría de nuevo. Harry quiso impedir que los viera, pero el lugar era demasiado pequeño como para evitarle la angustia por mucho tiempo más. Así que, sin saber qué hacer, se quedó allí, bailando con los ojos muy abiertos.

Cuando Lina y Julie comenzaron a girar, Harry vio que los movimientos de la primera se hacían más lentos, hasta que se detuvo por completo. Luego la vio tomar a su amiga de un brazo y perderse entre la gente. Solo se quedó allí parado, siendo testigo de cómo Sarah rodeaba con sus brazos al novio de Lina. Ese tal William… ¡Quería destrozarle la cara! Ya lo había dicho él, ese sujeto era malas noticias. Quería obligarlo a que se disculpara, arrancarle la cabeza. Pero no, ya tenía suficiente con su pasado. Había aprendido la lección. Canalizó su rabia en la botella de cerveza que llevaba en la mano y que se deshacía en una mezcla de burbujas de malta y polvo de vidrio.

—¡No puedo creerlo! —gritó Lina escondiéndose en una de las mesas más alejadas. Los respaldos de los asientos eran altos y nadie la podía ver.

—Lo siento, Angèle. —Julie sintió que de repente el efecto del alcohol desaparecía—. Sabes que lo hace a propósito. Quiere molestarte para que corras a sus brazos, desesperada. —La experta Julie conocía muy bien todo tipo de manipulaciones.

—Pues sí, logra molestarme, pero genera el efecto opuesto. No tengo ganas de estar con él cuando actúa así.

—Eso es porque tú tienes autoestima, amiga. —Y el alcohol volvió a Julie de nuevo.

Lina sonrió.

—¿Qué me he perdido? —Paul se sentó con ellas, depositando en la mesa tres cervezas Horse Beer heladas—. ¿Sabéis que esta noche alguien ha invitado a barra libre para todos?

Las muchachas se miraron en silencio. Julie, sin mencionar los detalles perturbadores, puso al tanto de todo a Paul, que parecía estar más enojado que el mismo Harry.

—Pues tengo un plan —dijo con los ojos fijos en un punto de la pista.

Lina y Julie siguieron su mirada. Amy bailaba con unos pantalones de cuero ajustados que parecían justo de la misma talla de Lina.

* * *

Ninguno pareció escuchar sus protestas, ni siquiera Amy, que se sumó encantada en el baño de mujeres a ayudar con la tarea. Algunas muchachas se quejaron al ver entrar a un hombre, pero, cuando reconocieron a Paul, continuaron con sus maquillajes, risas o llantos… Esa noche, todos estaban con las emociones a flor de piel.

Amy se quitó sus pantalones sin el menor reparo. Lina suspiró y se dejó hacer.

Violet Dick quiso sumarse al proyecto y comenzó a maquillarla. Julie, que siempre estaba preparada, sacó su botiquín de primeros auxilios capilares que harían del enrevesado pelo de Lina una cabellera brillante. Cuando intentó pasarle el top, Lina se negó rotundamente, pero sí haría algo con su camiseta suelta.

Con la fuerza de una persona despechada arrancó ambas mangas y luego la anudó por encima del ombligo. Paul la subió un poco más. Ahora aquella Vilma sí que invitaba a descubrir lo que

había debajo. Las botas rojas de Julie reemplazaron a las grises de Lina. El pantalón de Amy marcaba cada una de sus curvas y las botas, también ajustadas, eran el final perfecto para esas largas piernas. Lina se miró en el espejo. Estaba irreconocible.

—Espera —dijo Julie analizando la imagen—. Falta algo. —Y le volvió a colocar la corona de plumas. Ahora sí. Estaba lista para disfrutar el resto de la noche.

Todos salieron de aquel baño con la seguridad que irradiaba de Lina.

Paul subió la apuesta al pedir una ronda de tequila. Después, haciendo uso del cuerpo privilegiado que tenía, llevó a Lina a la pista. La giraba y la alzaba para que se hiciera aún más visible para todos. La nueva canción de Erasure que le fascinaba, *Love to hate you*, venía fenomenal en ese momento. Ambos la cantaban a gritos. Su plan no solo era que el novio de su amiga se retorciera de celos al ver lo que se estaba perdiendo; él quería que todos los muchachos lo ayudaran en esa tarea. Y no tuvo que esperar mucho.

Joe, que seguía sin darse por vencido, apresurándose para no perder aquella oportunidad caída del cielo, retuvo a Lina entre sus brazos cuando Paul la hizo girar. Quedaron muy cerca. Joe se odió a sí mismo por no tener el coraje suficiente para besarla, pero sentía los ojos del que suponía su ex clavados en la nuca. Tenía que ser su ex, ningún hombre engañaría a Lina…, pero, por otro lado, ningún hombre la hubiese dejado ir. Así que la valentía le alcanzó para bailar con ella como nunca.

Harry, entendiendo las miradas que le echaba Paul, se sumó al séquito que peleaba por la muchacha.

Julie ya estaba sobre el mostrador con la botella de vodka y bailaba junto con otras chicas. Lina no tardó en acompañarlas y allí, con su cámara, Josh consiguió la portada para su segundo álbum. Mientras pasaban un micrófono para que las chicas acompañaran a la banda en aquella famosa canción, Lina hizo contacto con los ojos de Máximus por primera vez en toda la noche. El demonio estaba hermoso con una camiseta azul pegada a aquel majestuoso cuerpo y unos vaqueros rotos. Los ojos le brillaban y acariciaba la comisura de sus labios con su lengua, volviéndolo aún más sensual.

A petición de la banda, J. J. volvió a hacer maravillas en la batería mientras sobre la barra cada una de las chicas que acompañaban a Lina cantaba una estrofa de la pegadiza canción.

Desde allí Lina le sonrió a su demonio. La bebida le hacía olvidar que ese era un cuerpo usurpado, no el de su William, pero lo recordó pronto cuando notó con horror como dos manos bajaban por el rostro de él y lo guiaban hasta aquella boca. La de Sarah Petelman.

Él respondió al beso mientras miraba a Lina, que por inercia había aceptado el micrófono sin notar que la canción esperaba su voz. Algunos, al ver la escena, comprendieron el estado de la muchacha, otros solo pensaron que se había asustado y no quería cantar.

Lina soltó el micrófono. Joe se acercó para ayudarla, pero ella estuvo abajo de un salto. Fue directa a donde estaba Máximus y lo tomó del brazo. Salieron por la puerta y, excepto por la música, el bar quedó en pausa. Sarah tenía una expresión estúpida en su rostro.

La poca conciencia que quedaba dentro de Julie la obligó a salir para acompañar a su amiga. Muchos la siguieron motivados por una tremenda curiosidad. Santa Lina al fin demostraba tener sangre en las venas.

—¿Qué crees que estás haciendo? —gritó Lina mientras lo empujaba.

Máximus ni se movió, sacándola más de sus casillas.

—Por fin un poco de sentimiento —respondió él coqueteando.

Lina frenó en seco. Sus ojos verdes centelleaban.

—¿Acaso eres el cretino más grande del mundo?

Máximus sonrió y de un solo movimiento la tomó por las caderas y la acercó a él.

—Puedo ser lo que tú quieras esta noche —le propuso y comenzó a acariciar su cintura, aprovechándola así, al descubierto, casi desnuda, sin todas esas telas que ella solía llevar—. Lo que te valga a ti.

Lina luchó para soltarse; le molestaba tanto que él disfrutara de aquel momento… Se estaba comportando como nunca en su vida. Lo pateaba, lo golpeaba, lo arañaba y gritaba enloquecida.

—¡Lina, cálmate! —intervino Sarah de pronto.

Julie, a su lado, trató de detenerla antes de que Lina se le abalanzara. Sin embargo, para sorpresa de todos los curiosos que miraban amontonados por las ventanas, Lina se calmó y los brazos de Máximus cedieron. Sin mirar a su vieja enemiga siquiera, exclamó en tono helado:

—Sarah, tú no eres mi novio, no eres mi amiga… No tengo nada que decirte. Vete.

Julie sintió pena por Sarah. Ella también estaba un poco ebria. Parecía que notaba que había cometido una gran estupidez y las palabras de Lina no le dieron lugar siquiera para disculparse. Se marchó sola por la calle, sintiendo que no valía absolutamente nada.

—¿Qué te importa a ti si me divierto? —Máximus volvió a llamar su atención—. ¿Acaso estás celosa? —La miró mientras se mordía el labio.

Lina comenzó a mover su cabeza de arriba abajo, como aprobando algo. Se alejó de él y caminó hacia el bar, pero no entró. Giró en seco y todos los curiosos en las ventanas comprendieron lo que iba a hacer. Aquella motocicleta debía de valer miles, pero a la sobrina del reverendo no le importaba. Las botas rojas tuvieron un buen uso aquella noche. Los espejos se doblaron, las luces estallaron… Los muchachos y muchachas motociclistas, y por ende fanáticos de la marca de aquel modelo único, sufrieron con cada golpe. Sin embargo, el dueño se limitó a reír, contento de que su Elegida mostrase tanta pasión. La misma que le pedía para terminar con la Gran Competencia, y mientras Lina seguía desahogándose, su guardián esperaba cerca, alegre con el ritmo de la música lejana que llegaba a sus angelicales oídos.

Máximus no podía hacerle nada a Lina. La Elegida y su guardián estaban en esa simbiosis invisible que los tornaba intocables a ambos. El demonio no pudo ni rozar a su humana, ni siquiera cuando la cerveza, el vodka y el tequila decidieron abandonar su estómago. Los testigos lamentaron la pérdida y póstuma profanación de aquella reliquia del mundo de las dos ruedas.

Lina era la peor borracha del mundo. Pasaba por todas las etapas de la intoxicación etílica con

una rapidez asombrosa.

Julie la asistió como pudo —ella tampoco estaba muy bien—; tanto era así que, mientras su amiga devolvía, se dedicaba a lanzarle gestos groseros a Máximus. No importaba que ahora ese sujeto estuviese más endemoniadamente apuesto que antes, él era el causante de que las tripas de su amiga se revolvieran. Bueno, quizás la mezcla de alcohol en un cuerpo no acostumbrado tenía algo que ver…, pero los gestos se los merecía igual.

La siguiente vez que Lina vomitara sería un síntoma de su primer embarazo. Las cosas habían salido bien aquella noche después de todo, al menos para Salvador Wildman.

* * *

Jamás bebería de nuevo. Siempre se decía eso. Sin embargo, lo volvía a hacer de todos modos. El ardor en su estómago, la sensación de asco, la pesadez de su cabeza… No soportaba ni siquiera tomar un sorbo de agua.

Se levantó sin hacer mucho ruido. Continuaba mareada. No quería despertar a su hermano ni a sus padres. Julie, aun la Julie con resaca, preparaba café para todos. El aroma no le dio náuseas, sino que comenzó a tranquilizarla. Hubiese querido dormir unas diez horas más, pero ya no podía estar en posición horizontal.

No le gustaba que sus padres estuviesen en casa; desbarataban la rutina que tanto le costaba armar. El día de lavado de las sábanas, los horarios de comidas, la compra del supermercado, las visitas al banco y hasta la cantidad de tazas que debía poner en la mesa para el desayuno.

Pero Julie debía mantener la calma durante un tiempo más. Sus padres pronto le dirían que se iban a instalar en otra ciudad. Abrirían una agencia de viajes allí y la dejarían al mando de la de Whitehorse junto con Josh.

El agua tibia era una salvación. Se preguntaba cómo harían los demás para expiar sus pecados alcohólicos. Ella vaciaba océanos enteros con sus duchas tibias al día siguiente. Allí, al poco, comenzó a relajarse. Al menos la cabeza ya no le dolía. Quería llorar del malestar, pero sabía que eso era peor. Debía controlar sus emociones.

El frío de la mañana le haría bien. Conduciría despacio hasta el teatro. Le encantaba hacer pelucas y el dinero extra no le venía nada mal. Al igual que a su vecina, no le molestaba trabajar un domingo, considerando, además, que no faltaba mucho para el estreno de la obra. Lina se le uniría para ayudarla en cuanto reviviera, excusándose con sus tíos de la misa. Su amiga tenía peor resistencia alcohólica que ella, pero al menos Lina tenía más autocontrol.

Después de hacerse unos masajes en la sien, separó la ropa para la jornada. Se puso unos pantalones, una camiseta térmica ajustada de color petróleo y un abrigo largo. Se calzó unas botas hasta las rodillas y se secó el pelo moldeándolo en una cola de caballo perfecta. Se miró, y pensó que algo faltaba. Tenía el aspecto de una turista que toma café en el salón del hotel mientras ve a sus amigos esquiar.

Se quitó la coleta y utilizando la tijera que tenía en casa, allí mismo, frente a su espejo, improvisó un flequillo abultado. Le quedó estupendo. Su nueva apariencia la hacía parecer más joven y decidida.

Dejó el desayuno listo para todos y el periódico sobre la mesa. Se ajustó una chaqueta larga hasta los pies, su gorro, guantes y unas gafas de sol para cuidar su piel hasta el último centímetro del frío polar.

Subió al coche con un termo de manzanilla para continuar con la desintoxicación y se marchó al teatro. Las calles tranquilas de Whitehorse la hicieron sentir mejor.

Cuando llegó, aparcó en el estacionamiento vacío. En la puerta saludó a Bernie, el viejo conserje del colegio, al que no veía desde hacía mucho; al principio él no la reconoció, pero luego la dejó entrar.

Harry también había madrugado, y ya estaba en el teatro. El muchacho trabajaba al ritmo de las instrucciones que Lina había dejado en la pizarra.

Eso era algo que Julie admiraba: su amiga, desordenada de pies a cabeza en todos los ámbitos de su vida, mostraba una estructura militar para organizar las obras escolares.

Antes de empezar con lo suyo, curioseó por el pequeño escritorio que Lina ocupaba en la sala de utilería. Allí encontró un cuaderno con anotaciones sobre cada movimiento que tendría lugar en el escenario, algunos dibujos de los disfraces, fichas de presupuesto, una pequeña calculadora, la pistola etiquetadora que marcaba códigos de vestuario y una agenda con notas que iban desde ideas para la caracterización de los duendes hasta recolectar hojas secas del bosque.

Al ver tanta energía plasmada, Julie se contagió. Junto con Harry, bajaron su equipo de trabajo del baúl de su coche y este le dio la programación de actividades de esa jornada. Lina llevaba registro de lo que tenían que hacer todos cada día. La cuenta atrás para el estreno había empezado.

El muchacho no tuvo problema en trabajar con la encargada de peluquería. A un lado de la sala, Harry arreglaba un panel del laberinto, que, según los altos estándares de calidad de Lina, no llegaría completo al final de la obra. Así que ambos estaban de buen humor compartiendo ideas para los obsequios que le darían a Lina por su cumpleaños.

Cuando ya llevaban un buen rato trabajando cada uno en lo suyo, la puerta se abrió despacio. Del otro lado había alguien que no sabía llamar: Matthew.

Julie se levantó como un resorte. La peluca negra que estaba trenzando se cayó de su regazo. Nerviosa como una chiquilla, preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Vine por ti —respondió, con su cabeza sin ningún cabello.

—Estoy ocupada. Debo terminar estas pelucas.

No estaba enfadada ni quería aparentar que sobrellevaba la situación mejor de lo que lo hacía. Sencillamente no tenía tiempo ese domingo.

—Quise decir que vine por ti. —El ángel estaba serio y muy seguro de sí mismo—. Para que

vivamos aquí en la Tierra, como hombre y mujer.

Harry se quedó más quieto en su rincón, con un pincel en la mano, incómodo, pensando que al menos era una propuesta de matrimonio muy original.

Matthew continuaba de pie. Esperando. Sin rodeos, sin demoras… Sin mensajes de doble sentido. Sin adivinanzas ni coqueterías. Así de fácil, como cuando se tiene la suerte de enamorarse de alguien que vale la pena.

Julie miró su reloj. Seguramente su amiga acababa de despertarse y pronto estaría en camino para ayudarla.

* * *

En la casa de los Smith era el cumpleaños de Lina y un poco también la fiesta de compromiso de su vecina y el ángel guerrero convertido en guía, y ahora en un hombre alado.

Fue la excusa perfecta para que sus tíos conocieran a Hansel, el nuevo «misionero». El rostro del ángel guardián se iluminó aún más de lo normal al verlos y la tía Barb enseguida lo adoptó como a otro huérfano. Así la casa parecía de nuevo un hogar.

Los dos ángeles llenaban la pequeña sala de un aroma floral que relajaba el ambiente. Era difícil acostumbrarse al nuevo aspecto de Matthew, y también era extraño volver a estar entre seres alados, pero nadie parecía incómodo salvo Lina.

Julie, entregada, flotaba entre nubes de amor, o algo así de ridículo, y Josh, satisfecho con ver a su hermana contenta, era el Josh alegre de siempre.

El timbre comenzó a sonar sin detenerse, como si alguien se hubiese quedado pegado a él.

—¡Qué bien que Peter y Celestine hayan podido venir! —exclamó Lina, adivinando.

Josh les abrió y Lina pudo escuchar las regañinas que provenían desde la entrada:

—Ya te dije que, por más que suene bonito, no puedes permanecer con el dedo ahí. Es molesto para el oído humano.

—Lo siento —se disculpó Peter en un murmullo para que el matrimonio Smith no escuchara —. Lo olvido. No sé calcular dos segundos humanos. Es difícil.

—Lo sé. Yo te ayudaré la próxima vez.

Después de que Celestine abrazara una y otra vez a todos los presentes, y que Peter pasara un buen rato absorto en las estatuillas de cristal de la tía Barb, abrieron los regalos.

Lina recibió un par de botas nuevas, varios casetes, libros, flores frescas cortadas del bosque y un abrigo rojo que le había costado a Julie varios dólares más de lo que originalmente pensaba gastar.

Ante el interrogatorio de sus tíos, Lina ya había dado las excusas correspondientes por la ausencia de William. Sentía la decepción de ellos cuando contaba una historia así… La explicación irrisoria de la cicatriz que le atravesaba el rostro, las ausencias cada vez más frecuentes…, pero decirles la verdad no era una opción. Los quería mantener al margen de esa

locura. En realidad, quizás todo estaba en la mente de Lina, o quizás inventaba la decepción en los semblantes de sus tíos para no reconocer la suya propia.

No era suficiente estar a contrarreloj para traer un niño al mundo, ni hallarse en un juego con una criatura fantasmal que la odiaba… Ahh…, y que era justamente el maldito destino. Además, ahora tenía que soportar a un demonio de las profundidades que no respetaba nada.

Alejó esos pensamientos con un movimiento de cabeza, pero estos no se fueron, se instalaron en las entrañas de Lina, que comenzaron a crujir y a provocarle un dolor de estómago que se asemejaba al que sentía en el colegio cuando tenía examen de Francés o Matemáticas un lunes a primera hora.

Lina recordó la noche siguiente a la proposición de Matthew a Julie, cuando las dos se desvelaron hasta que las gargantas les ardieron de tanto hablar. Su amiga le relataba con detalles —que ruborizarían hasta a un muerto— el reencuentro con el ángel.

Julie Jones jamás había experimentado algo así… Con los hombres humanos había sido tan, tan distinto… Incluso con el ardiente Jonathan, el único culturista del pueblo. Y a esa experiencia incomparable la habían acompañado promesas que Matthew cumpliría por toda la eternidad. Lina se sentía feliz por su amiga, y se odiaba porque su amargura pudiera empañar el momento mágico que vivía.

—No seas tan dura contigo, Lin —le dijo Josh cuando le contó sus preocupaciones mientras los ángeles acaparaban la atención de sus tíos y de Julie—. Vosotras os habéis turnado para tener momentos buenos. Ahora le ha tocado a ella. Antes tú estabas bien con Will, y la verdad, ojalá que lo hubieses disfrutado un poco más, porque después se le chamuscaron los tornillos y ya ves, ahora estás triste y sola.

Lina quería a su amigo, lo suficiente como para reír y no ofenderse con comentarios como aquellos. La torpeza de Josh a veces rayaba en la insensibilidad. Después, al comprender el sentido de sus palabras, se apresuró a disculparse:

—Oh, ya sabes… No sola y triste. Bueno, un poco triste sí estás… Después de todo, tienes sentimientos y él se fue, y en su lugar apareció este tipo. Bueno, pero debe de estar dentro… Ya sabes…, como la chica de *El exorcista*… ¡Claro! A lo mejor si probamos con un exorcista… Aprovechando que tu tío es reverendo y además aquí hay muchas biblias… Hasta nosotros podemos ir a buscar agua bendita. Quizás si un día lo interceptamos, yo lo sujeto por detrás y tú le arrojas el agua, y vemos qué pasa.

Lina solo lo escuchaba divagar y esperaba alguna pausa para besarlo y así agradecerle las obras completas de Federico García Lorca que le había regalado. Seguramente había hecho turnos extras en el videoclub para poder costear un regalo así.

De pronto los interrumpió Celestine con un enorme vaso de agua cristalina en la mano.

Josh aprovechó para ir a hablar con su futuro cuñado y hacerle las advertencias correspondientes.

—Es una fiesta fantástica, Angelina. —Las mejillas rozagantes le brillaban.

—Sí —mintió Lina—. Fantástica en verdad.

—Es bueno que Matthew y Julie puedan estar juntos, ahora que él ha pedido los permisos.

—¿Entonces no miente cuando dice que se quedará con ella? —indagó Lina sin perder los buenos modos con la dulce Celestine.

—Oh, no…, para nada. Conservará sus alas y algunos poderes, pero ¿acaso no puedes verlo? Ya está envejeciendo como un humano.

Lina no sabía a qué demonios se refería Celestine. Si algo no parecía, era estar envejeciendo. El rapado hasta le daba un aire más juvenil.

—Han tardado demasiado —se quejó.

—Bueno, ya sabes de dónde sacaron el modelo para su burocracia —bromeó Celestine y logró el efecto deseado: Lina rio de buena gana.

Después, abandonando la idea de disfrutar del pastel mientras apretaba con una mano su estómago, por si acaso así dejaba de molestarla, dijo en voz baja:

—Intenté enseñarle a volar a Hansel.

—Sí, me lo ha contado. —Al ver el rostro confuso de Lina, Celestine movió sus manos—: «Continúa con las clases».

Lina entendió la idea vagamente, pero se sintió satisfecha. Su trabajo estaba dando frutos.

—No te preocupes —continuó Celestine, apurando el vaso de agua de un sorbo—. Es un ángel listo. Si tiene que volar, volará cuando llegue el momento. Tiene muchos poderes. Cuando sea necesario los utilizará. ¿Recuerdas cuando te conté que hay más criaturas que los guías en las alturas? Bueno, los guardianes tienen una mezcla de poderes: crean imágenes como nosotros, pueden luchar como los guerreros, incluso aprenden nuevas habilidades de criaturas más sofisticadas como los diseñadores, los susurradores o buscadores, los guardianes, los… —La miró como queriéndole decir algo más. Sin embargo, un grito de júbilo de Peter, que vio las copas altas para el brindis, la hizo ir a socorrerlo.

Cuando apagaron las luces, frente al pastel, Lina sopló las veinte velitas. El primer deseo fue por la salud de su tío; el segundo, el mismo de todos los años: ser feliz; y en el último, pidió que William regresara.

Capítulo 17

El príncipe azul



> «Su madre, la guadaña. Su padre, la espada. Y él, un revólver decorado con las letras del Infernus, con una bala infinita en la recámara.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse V. Regreso a Whitehorse*

Al fin había podido largarse de aquel cumpleaños depresivo. Se sentía culpable por escaparse de su casa, de los ángeles, de su guardián. Sin embargo, necesitaba estar sola y pensar. Para mantenerse con vida debía elegir entre un ángel desquiciado y un demonio en el cuerpo de William. La cabeza le iba a explotar, por eso se había ofrecido a llevar las donaciones a la iglesia. El grupo de ayuda saldría al amanecer siguiente, y qué mejor oportunidad para sacar a pasear su flamante carné de conducir en el Honda de Julie.

Iba por la carretera muy concentrada. Freno, embrague, acelerador, espejos. El frío polar era más fuerte que la calefacción y que el hermoso abrigo rojo que estrenaba. Lina no podía esperar a usar sus regalos, en sus pies llevaba sus nuevas botas grises. Ojalá estas también le trajeran suerte. La necesitaría.

Como atrayendo al destino, un humo gris comenzó a llamarle la atención. No tardó mucho en notar que provenía del mismo Honda. Detuvo el coche enseguida. Fue al maletero y sacó la caja de herramientas. Se dirigió al motor, abrió el capó y comenzó a tocar tubos que no había visto antes. Cuando se incorporó, notó que su abrigo ahora tenía manchas negras. Genial, no le había durado ni una hora.

Mientras se limpiaba con la manga, antes de volar por los aires, recapacitó: ¿qué pensaba

hacer? ¿Golpear las cosas? No tenía ni idea de nada de lo que había ahí. A no ser que consiguiera un *walkie talkie* en esa caja, estaba perdida. Pensó en el lujoso automóvil de William. Allí había un teléfono. De todas formas, incluso después de que ella lo estrellara contra un árbol, jamás le sucedería a ese vehículo lo que a ese pedazo de chatarra. Pateó un neumático con todas sus fuerzas, y con el frío pudo sentir que sus dedos se doblaban.

«¡Maldición! ¡Feliz cumpleaños, Lina, eres un año más torpe!», se dijo a sí misma.

Para su sorpresa, sintió un viento cálido. Escuchó los cascos de Humble y se giró. Justo en el momento en que la vida la humillaba, él aparecía con el aspecto más sensual: vestía unos vaqueros oscuros y una chaqueta de cuero abierta. Nada más. Últimamente había muchos pechos al descubierto en ese pueblo.

Lina se obligó a ser fuerte. No le costó mucho al recordar el beso con Sarah.

—¿Necesitas ayuda, Elegida? —dijo él mientras desmontaba y se situaba muy cerca de ella.

—Te ordeno que te vayas, Máximus —exclamó Lina cortante.

Él no se movió; continuaba mirándola con arrogancia.

—Te lo ordeno con mi poder de Elegida —insistió como una necia, aunque sabía que aquello era absurdo. Movió su mano igual que cuando se manda a un perro a la caseta.

Máximus no hizo caso y caminó hacia ella; despegando los labios despacio, dijo:

—Eso está dejando de funcionar. Estás perdiendo tus poderes. —Y luego, acercándose hasta quedar juntos, susurró en su oído—: Porque eres una mala Elegida, Lina Smith.

Lina estaba furiosa. Cojeando por el dolor de su pie, tomó las bolsas del asiento trasero y comenzó a caminar por la carretera. No le importó abandonar el coche ni hacerle frente al clima ártico. Escuchó a Máximus reír desde atrás.

No pasó mucho hasta que él estuvo cabalgando a su lado.

—¿A dónde vas con esas bolsas? ¿Huyes?

Lina aguantó una sonrisa; buena gana tenía ella de irse y dejarlo todo.

—Voy a llevarlo a la iglesia. Es una donación —contestó al fin.

—Ahh… Es verdad… Santa Lina… —Al ver la expresión de ella continuó—: Sabes que no lo inventé, además de *Malditasuerte* te dicen Santa Lina. Supongo que no irónicamente como yo.

Lina hizo una lista mental de todo lo que la llamaban: monja, mojigata, aburrida, simplona, puritana, frígida… Santa Lina siempre había sido su preferido; se imaginaba canonizada por Juan Pablo II y se sentía famosa.

—¿Y por qué me lo dices irónicamente? —preguntó, intentando no mostrar demasiado interés.

Máximus sonrió satisfecho. Había picado el anzuelo. Esa humana era tan fácil de manipular.

—Nadie es tan inocente y buena como intentas aparentar, Elegida. Fíjate ahora, vas a hacer una donación, con lo pobre que eres.

Lina se detuvo a mirarlo. Humble le relinchó con simpatía. Al menos él seguía siendo el mismo.

—No soy pobre —explicó—. En mi familia somos sencillos. Mi tío es un buen hombre y quiere ayudar. Eso es todo.

El demonio no dijo nada. No era buena idea seguir por ese camino.

—¿Estás enojada por lo de esa chica? ¿Porque me viste besarla?

El corazón de Lina brincó, se acomodó las pesadas bolsas y retomó la marcha. Él ajustó las riendas, satisfecho de nuevo.

—No fue justo de mi parte ponerme así —reconoció—. Después de todo, yo también me besé con otro. Y lo mío fue peor, porque lo hice cuando estaba William… y fue con Samuel. Y si bien no lo animé, me demoré en detenerlo… Una parte de mí disfrutó ese beso.

Máximus se quedó de piedra. No estaba preparado para eso. Cuando pudo reaccionar, desmontó y la obligó a detenerse. Se quedaron uno frente al otro. Midiéndose. Máximus estaba listo para matar al ángel con sus propias manos. En vez de eso, el miedo de William por perderla lo hizo seguir hablando:

—¿Lo ves? Todo es una farsa. Yo tenía razón. No eres inocente, no eres pura… Es una actuación. Lo confirmé cuando te vi cerca de mi espada. Yo le susurraba al guerrero, le murmuraba que no confiara en ti… —Hablaba con los dientes apretados—. Que por tu culpa perderíamos todo lo que nos costó tanto construir.

Lina soltó las bolsas y restregó sus manos en el abrigo. Estaba furiosa por lo que acababa de escuchar. Alzó la mirada para clavarle sus ojos verdes.

—No seas ridículo. Estás comparando besos con ideas de asesinato. ¡Vete! ¡Déjame en paz! —Esto último lo gritó.

Era curioso, pero Hansel no se veía por ningún lado. Es que el deseo de Lina, en ese día en que se helaban hasta los huesos, era una tarde calurosa… Quería que oleadas de fuego danzaran en su piel tensionada por la ola polar, de igual modo que un viajero en medio del desierto anhela un oasis misericordioso.

Agitada, sin poder creérselo, y en contra de lo que acababa de decir, Lina se puso de puntillas y lo besó. Su cuerpo no pedía agua, pedía fuego, y lo quiso besar a él: al demonio. No a su novio atrapado.

Máximus al principio se obligó a no reaccionar, pero después la devoró con la boca.

Lina escuchó el sonido del cuero. Le ponía su chaqueta al notar las manos heladas de ella en sus músculos.

Se alejó de golpe. ¿Eso era serle infiel a William? No tuvo tiempo para culpas: el pecho de él estaba cubierto de sangre.

—¡Will, estás lastimado! —gritó Lina buscando alguna herida sin encontrar ninguna.

Máximus la soltó y con la mandíbula apretada, dijo:

—Estuve cazando. Tenía hambre. Aún la tengo, pero te sentí cerca y vine. Y no me llames así.

Los ojos de Lina se habían abierto de par en par. No quería que nada le sucediera a ese

cuerpo. Nerviosa, llevó sus manos congeladas a los bolsillos de la chaqueta. Tragó saliva al palpar el contenido: un inhalador.

—Vamos. Te invitaré a comer en serio —propuso ella—, pero antes pasemos por la casa. Debes ducharte y ponerte ropa que no llame la atención.

—No sé cómo ducharme —mintió Máximus.

Lina desvió la mirada, sonrojada al extremo. Él recogió las bolsas y las colocó como alforjas sobre Humble. Después la tomó a ella de la misma forma, la subió al caballo y la puso muy cerca de su torso desnudo y ensangrentado.

Cabalgaron en silencio. Al paso del jinete que ardía, la nieve se volvía agua. El bosque de hielo se convertía en una selva húmeda, y así se alejaron.

«El lobo y el cazador con la chica de la caperuza roja», pensó Lina.

* * *

En la ducha de gente rica que William había hecho instalar, después de su encuentro febril tras el primer sueño de Lina con Máximus, con el deseo de concretar algún día aquella fantasía que lo arrastraba a lo más oscuro de sus ansias, se encontraba Lina frotando el cuerpo embarrado y ensangrentado del cazador líder.

Ella había insistido en que ninguno se desnudara, pero debía enseñarle técnicas de higiene básicas.

El viejo demonio jugaba con ella, aprovechándose de su naturaleza inocente. Se dejaba cepillar las uñas, enjabonar el pecho desnudo, enjuagar el pelo… Lo demás lo terminaría él por su cuenta. Máximus no perdía la oportunidad de jugar con la camiseta de Lina, alzarla, colocarla entre la pared de azulejos y su cuerpo, y beber el agua que se perdía por el escote de ella.

Lina soportaba esos *rounds* de lujuria con toda la entereza de la que era capaz.

«¿Qué estoy haciendo?», decía una voz débil dentro de ella que se apagaba. Él quería poseerla bajo el agua. El vapor caliente, el cuerpo musculoso de él y la rudeza de los besos la mantenían en un estado nuevo, del cual, sinceramente, no quería salir.

En un momento, la ducha la empapaba a ella, pero él estaba seco. Ardía.

—Mi fuego interno está evaporando el agua antes de que me toque —le explicó.

—Pues contrólate… Apenas puedo tocarte. Me quemo.

—Es porque me tocas que estoy así…

Lina enloqueció al saber que era la causa de ese estado. Contra toda lógica, se colgó del cuello del cazador líder y lo besó hasta quedarse sin aire entre vapor, agua hirviendo y demonio también ardiendo.

Por la fuerza de William, Máximus pudo controlarse. El agua ayudaba a que el demonio no incendiara todo. Después de los besos desenfrenados, Lina volvía a asumir su papel de cuidadora. Entre balbuceos logró decir:

—Debes enjuagar bien todo el jabón.

—Estaríamos mucho más cómodos en la bañera —sugirió mientras la pegaba a él por sus caderas.

Lina lo miró directo a los ojos. Dio un paso obligándolo a ir para atrás, pero sin despegarse; besándolo con el hambre voraz de una veinteañera.

—Es suficiente —dijo al mismo tiempo que cerraba la ducha.

Ante el rostro de sorpresa de él, Lina soltó una risa tierna. Máximus se llenó de algo nuevo…, una suerte de esperanza de cotidianidad que lo hizo reír también. Se estaban divirtiendo.

—Eres peligrosa, Elegida —murmuró mientras intentaba retenerla.

Lina se desprendió de aquellos brazos humeantes con dificultad y lo dejó para que terminara.

Fue al cuarto de Izzie para buscar ropa seca. Aquel armario era inmenso y tenía de todo. Sin embargo, Lina no podía concentrarse. Varias veces estuvo a punto de ir a por el demonio para dejarse llevar por las pasiones que había despertado en ella. Al final, la ya no tan reprimida Lina logró vestirse con lo primero que vio.

Máximus, impaciente, fue a buscarla. Ella se contemplaba en el espejo con una ropa muy bonita y holgada.

—Te falta algo —le aseguró él como si fuese un experto en moda. Se acercó y le mostró un estuche negro. Al abrirlo, un anillo con dos esmeraldas brilló entre ellos. La sorprendió con un tono dulce—: Lo tiene desde hace mucho. Las piedras le recordaron tus ojos verdes. ¿Lo quieres usar?

Lina escondió sus manos. Máximus lo interpretó como un rechazo y el frío volvió a su mirada.

«Nunca podrá entregarse a ti, demonio», dijo alguien con acento irlandés dentro de él.

—Creo que es un anillo de compromiso. No es un adorno. Sería un atrevimiento usarlo, así como así —le explicó—. Lo siento. No sé mucho de estas cosas.

—Tómalo como un regalo de cumpleaños, entonces. —Máximus no se reconocía en esas actitudes conciliadoras.

Lina sonrió. Pensó que lo había olvidado. Jugueteó con la cadenita con el caballo de plata y al final se probó el anillo. Le bailaba en sus delgados dedos.

—Vamos, deja que esta pobre humana te invite a una comida que no huya de ti —dijo devolviéndole la joya.

Él la miró de arriba abajo. ¿De verdad alguien podía ser así de pura? Aquella humana se le antojaba un acertijo o un misterio, como el último símbolo del Infernus. Aquel que era distinto para cada demonio y que permanecía oculto hasta el momento indicado. Y, efectivamente, la última parte de ese lenguaje maldito le revelaría a Máximus que Lina Smith era más de lo que aparentaba ser.

* * *

Cuando llegaron a la cafetería, Lina pensó que no podía ser su cumpleaños si no estaba allí, en The Sweet Bread. Recordó que un año atrás había creído que William y ella iban a tener una noche de pasión. Al final, él le había comprado un coche. Ahora, allí estaba Máximus dispuesto a todo.

Como esperándolos, la insinuante canción *Slave to love* sonaba. Lina, casi involuntariamente, dejaba escapar las frases, probando su voz más sensual, y Máximus la escuchaba en silencio. Tenían que hablar de muchas cosas: su futuro, el juego con Destiny…, pero sentían que estaban en una primera cita, y en cierto modo era así.

Amy los recibió como de costumbre: con una sonrisa atenta para Lina y una coquetería desfachatada para aquel bombón.

Lina hizo el pedido sin hacer caso de la hechizada camarera.

—Una hamburguesa con todo, un café, un trozo de pastel de chocolate y un té de fresas con jarabe de arce, por ahora. Lo compartiremos. Y un menú para seguir eligiendo, gracias.

Amy se fue y los dejó solos.

—Esto es extraño —observó Máximus acomodándose en la silla—. Por lo general es él quien hace los pedidos, abre las puertas…

—Pues podría acostumbrarme a tener el control yo de vez en cuando —respondió Lina y lo desconcertó guiñándole un ojo.

Máximus no dijo nada cuando regresó Amy, aceptó el menú y se lo pasó a Lina. Era una tregua.

—Yo leeré y tú me dirás lo que más te apetece, ¿ok? —propuso.

—Me apetece Lina Smith, desnuda, en una cama o en el bosque… ¿Puedo ordenar eso?

—Lo siento. Se acabó por hoy —respondió Lina sonriente—. A lo mejor tienes suerte dentro de algunos días.

Máximus se levantó de un brinco. Se inclinó frente a ella y le robó un beso totalmente indecoroso.

Al, desde el mostrador, torció la mirada. Confundido, continuó explicándole a Brad el manejo de la caja registradora. Se sentía como el padre de una adolescente entrando en su habitación sin permiso. Más tarde, cuando les llevó la comida, lo hizo con la vista fija en la bandeja. Apenas murmuró un «feliz cumpleaños, pequeña».

—Gracias, Al —dijo Lina entendiendo la incomodidad de su amigo, que se marchó con rapidez. Después volvió a fijar su atención en Máximus y quiso saber—: Entonces, ¿recuerdas cómo se usa el tenedor? ¿Conoces el sabor de la carne cocida?

Máximus se puso serio. Si quería que algo funcionara entre los dos, era mejor darle algunas respuestas.

—Mira, es como si hubiese dormitado dentro de él todo este tiempo que estuvo en tu mundo. Como si fuese un espectador en la peor butaca de la sala. Veía las cosas de lejos, escuchaba

vagamente… Algunos sabores, vainilla…, jazmín…, un pintalabios de cereza pegajoso.

Lina se ruborizó. ¿Cómo se le podían ocurrir tantas cosas y tan rápido? ¿Acaso había anotado todas esas líneas para después soltárselas?

—Me encanta mover la sangre en tu cuerpo. Puedo seguir todo el día. Quiero comerte entera. Quiero devorarte. —Le señaló su rostro—. Mira tus mejillas.

—Basta —rogó ella, cubriéndose con el menú—. Explícame mejor cómo es que comes y duermes, si tu corazón no late.

—Escribirán baladas sobre las cosas que pienso hacerte en la cama —siguió él—. Inventaré nuevas posiciones para poseerte.

—Por favor, detente. —Los colores de Lina ya eran violáceos—. Dame respuestas.

—Voy a enclaustrarnos. Vamos a detener el tiempo en esa habitación tan cómoda. Te alimentarás y beberás de mí, así como yo de ti.

Lina ocultó una risa. Ya le daba vergüenza ajena.

—Pareces uno de los galanes de las novelas de mi tía Barb…, aquellas que lee en secreto… y que comenta con Julie. ¿Sabes cómo las llaman? —Lina, más segura, cortaba la hamburguesa en dos partes y ponía la más pequeña en su plato—. Novelas picantes. Ya sabes, porque son eróticas.

Máximus iba a decir algo más subido de tono, pero otra cosa llamó su atención. Cambió los platos diciendo:

—Come tú esto. Estás muy delgada. Te necesito fuerte, Elegida.

—Últimamente tengo el estómago cerrado —se excusó Lina.

Él insistió con la mirada. Lina respiró mirando la hamburguesa. Comió las patatas y la verdura de alrededor. Máximus hizo desaparecer su mitad en un segundo y con la boca llena, lo que le daba un aire aún más sexi, exclamó:

—¿Qué diferencia hay entre esta y la carne que cacé en el bosque?

—Esto es diferente —explicó Lina soplando su té humeante—. Está cocido, es más sano y además no tienes que matar al animal… No lo observas sufrir.

—Esto es peor —aseguró—. Al menos cuando cazo me hago cargo de lo que muere para alimentarme.

Lina clavó sus ojos en el trozo de carne sanguinolenta entre la lechuga y el tomate. Tras meditar unos segundos, alejó su plato. Un poco asqueada, cambió de tema:

—¿Qué quisiste decir con eso de que soy una mala Elegida?

Máximus sonrió satisfecho; manipular a aquella humana era increíblemente fácil, y aun así no se cansaba.

—Tus poderes están decreciendo, por eso te enviaron a tu ángel guardián…

—Eso no me explica el porqué —insistió Lina.

—Porque me estás eligiendo a mí: estás descarriada. La pequeña ovejita descarriada. —Las miradas de deseo de Máximus generaban oleadas de calor en Lina.

—O sea…, que estoy perdiendo mis poderes por ti. Tú eres la causa —dijo ella sin pensar.

Máximus se puso serio. No esperaba aquella respuesta.

—Tú me hiciste lo mismo. Yo antes no tenía límites, hasta que te conocimos. Ahora, gracias a ti y a él, tengo hambre —señaló los platos—, sueño… Todo esto me debilita. Nuestra conexión me debilita.

Y, aunque aún no lo entendía, justamente por eso Máximus estaba ahí. Para aprender a ser débil. Para ahora sí aprender a ser un humano completo. Con lo bueno y con lo malo.

—No es tan horrible ser débil —murmuró Lina limpiándose las manos sudorosas en el vaquero de diseño de Izzie.

—Para ti no lo será. Estás acostumbrada, Elegida. Eres una humana frágil.

—Sí. Nunca pensé algo distinto. Soy débil cuando se trata de William. —Lina lo miró desafiante. Hablaba de corrido, segura de sí misma—. No soy como la chica del otro día. No soy la de las botas rojas y el ombligo al aire. No quiero ser así… Mejor dicho, no quiero tener que ser así para estar contigo. Yo soy la de las mangas largas con puntillas, la de los sombreros con flores y los guantes de unicornios. Y no solo es la ropa… No quiero ser la que grita, la que pelea con otras muchachas para llamar tu atención. Yo no compito.

—No, ese soy yo —reconoció Máximus. Su gesto duro y frío era cautivador.

—Sabes que no es así. Samuel no tiene ninguna oportunidad conmigo.

—No me refería a él.

Lina le dirigió una mirada indescifrable. Con el paso del tiempo, cualquier humana se hubiese encariñado con Máximus. En el caso de esa particular Elegida, el cariño ya lo estaba colmando todo. Aquella era una criatura especial, nacida con una peligrosa y bella debilidad por las bestias. Sabía que tenía que poner límites, pero lo único que quería era hablar de ellos dos: ¿qué más le quería hacer? ¿Qué otras cosas podían compartir en la ducha? La curiosidad de Lina encontraba un interesante terreno para desplegarse.

Después de terminar otra hamburguesa y de compartir casi medio pastel de chocolate, salieron. Lina tenía que volver a su casa y trabajar en algunos diálogos de la obra para que saliera perfecta y, así, conseguir el trabajo que el señor Griffin le había ofrecido.

Máximus quería llevarla, pero Lina supo que, si no se despegaba de él allí, no lo haría nunca más. Como el frío volvía a arremeter, él insistió para que al menos se llevara la chaqueta.

—Gracias por una buena comida. —Arrastró las palabras, disfrutando el momento—. Debo admitirlo, Elegida, no ha sido tan malo estar a tu lado.

Lina sonrió. Qué pedante era. Qué infantil.

—Espero que ya no pienses que voy a tomar tu espada y matarte.

Él le dedicó una sonrisa torcida y se limitó a negar con la cabeza. Hacía tiempo a propósito, no quería dejarla ir.

—¿Por qué viniste conmigo hoy? —quiso saber el ya no tan seguro Máximus.

Lina se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó el inhalador. Lo miró a los ojos y supo

que no era una casualidad. Lo había pillado *in fraganti*, preocupado por ella. Agitó el aparato innecesario, como hacía mucho tiempo que no lo hacía, y se lo llevó a la boca. Aspiró. Luego se acercó y colocó sus labios sobre los de él. Lo abordó por segunda vez en el día, sorprendiéndolo. Lo empujó y se separó un poco. Sexi, muy sexi, dijo:

—No te beses con nadie. Por cada beso que tú des, yo daré tres… A cualquiera.

Y se alejó dejándolo loco. Hirviendo. Incapaz de pensar en los labios de alguien más. Acallando los gritos del guerrero irlandés que lo amenazaba con cuanta tortura existiera si, por su culpa, perdían a la única e irrepetible Lina Smith.

Capítulo 18

Horse Beer



> «Samuel la miró mientras ella caminaba de espaldas, sin importarle si chocaba con alguien o algo. Ya se había acostumbrado a esos juegos.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse III. Cuando los Infiernos se cierran*

Esa mañana se despertó sediento. Otra vez se había quedado dormido en el sofá. Hizo a un lado la manta; durante la noche la temperatura bajaba, pero a aquella hora la casa era un infierno. Fue hacia el tocadiscos y puso aquel *long play* a todo volumen. El silencio le resultaba insoportable. La casa se llenó de las voces del cuarteto sueco y con ese empujón pudo comenzar la jornada.

Dobló la manta y sacudió los cojines. Tomó una bolsa grande de la cocina y la abrió con un solo movimiento. Cuando quería hacer bien las cosas era de lo más eficiente. Las botellas y las cajas de pizza fueron al fondo de la bolsa. Recorrió toda la casa, incluso el piso superior y aquella habitación prohibida. Hizo una lista mental de las cosas que necesitaba comprar en la tienda del pueblo: un cepillo de dientes nuevo, sí…, solo uno, crema de afeitar, jabón…

Tomó el cesto de ropa y puso una carga en la lavadora. Debía conseguir detergente también. Ese que olía a flores. Quizás suavizante y más pinzas para tender la ropa. Cambió las sábanas de la cama solo por costumbre; hacía tiempo que no usaba aquel lugar para dormir. El sofá le ayudaba a mantener la ilusión de que los días no pasaban; vivía en una continua única jornada.

Como desayuno tomó un café con galletas húmedas que encontró al fondo de un estante. Debía comprar comida real: carne, verduras y frutas, huevos y leche.

Lavó los platos acumulados y limpió la mesa. El lugar no estaba tan mal después de que se

quitaba un poco el polvo.

Salió de la casa y respiró el aire puro. Carlotta vino a saludarlo contenta. Su cuerpo compacto intentaba moverse como el de un perro normal saludando a su amo, pero su pequeña cola, su sobrepeso y las cortas patas solo le permitían una serie de movimientos reducidos. No importaba, Paolo recibía el mensaje. Le acarició el lomo blanco y la siguió hasta el establo. Los cachorros estaban bien. El veterinario pasaría por la tarde para revisarlos. Se quedarían con el mejor de la camada. Antes de revisar los caballos, jugó un buen rato con los pequeños y con Carlotta. Habían nacido seis crías, cuatro machos y dos hembras. La mayoría eran blancos con manchas café y solo la pequeña Smith era atigrada al igual que el que fue su padre.

Paolo dejó libres a los cachorros mientras Carlotta los vigilaba de cerca.

El granero que servía como fábrica de su exquisita y sencilla Horse Beer lo llamaba para iniciar la jornada laboral. Tenía que llenar seiscientas treinta botellas. Le llevaría unas cinco horas. Decidió que lo mejor era ir al pueblo a buscar los víveres necesarios, ya que con tan pobre desayuno enseguida volvería a tener hambre. Antes revisó las ollas con la mezcla, calculó la densidad y el porcentaje alcohólico. Perfecto. Estaba lista para ser embotellada.

Se dirigía a buscar las llaves de la camioneta a la casa cuando algo lo hizo detenerse. Los cachorros estaban entretenidos jugando entre las enormes patas de un caballo. Carlotta los dejaba sin detectar ningún posible peligro en aquel negro corcel. Entonces la vista de Paolo lo llevó hasta la figura que justo en ese momento desmontaba.

—¡Máximus, mi viejo amigo! —saludó mientras iba hacia él. Era uno de los pocos que lo podía tratar con esa cercanía.

Ambos se abrazaron como hermanos. No se veían desde el amanecer en que Paolo obtuvo el perdón provisional. Sus grupos se habían juntado tras una batalla humana que dejó varias almas por cazar. Para ese entonces, Máximus ni les preguntaba por qué peleaban. Le daba igual. Siempre había una absurda e infantil razón para que los hombres se destrozaran entre sí… Antes de terminar aquella tarea, Paolo había sido liberado.

—Perdona por no venir antes —se disculpó Máximus, algo extraño en él—. Solo tenía tiempo para telefonear.

—Pues aquí me tienes. Lejos de todo. —El acento humano le daba una nueva melodía a sus palabras—. En el bello Whitehorse.

Máximus lo miró despacio. No era lo que recordaba. Unos cabellos plateados decoraban su barba y sus patillas, y algunas líneas se dibujaban en su rostro. Paolo interpretó esa mirada y explicó:

—Ahora soy un simple humano, Máximus. Un humano viudo.

—Mis condolencias. Izzie y Eron también lo lamentan.

Paolo no era una criatura de muchas palabras, así que solo se encogió de hombros.

—Enséñame tu nuevo hogar —le ordenó Máximus, entendiendo el silencio de su amigo.

Los dos recorrieron la casa y el campo. Al cazador líder apenas le interesaban la mitad de las

cosas que Paolo le contaba, pero lo dejaba hablar. Tenía que practicar una paciencia inventada que lo ayudaría a ir más despacio en el mundo de los humanos. El cazador solía vivir en la inmediatez, pero en su nueva situación, necesitaba ir con más cautela.

—Estaba a punto de embotellar mi cerveza, ¿quieres ayudarme? —preguntó Paolo—. Podemos terminar en un par de horas entre los dos y yo te diré lo que sé del símbolo de fuego.

El cazador líder aceptó la propuesta. Le gustaba sentirse útil.

Paolo resultó ser un buen jefe. Lo sentó a etiquetar y a limpiar botellas. Cuando Máximus ya se movía naturalmente en la tarea, lo dejó por su cuenta y aprovechó para poner más mezcla para cocinar. Los enormes mecheros hicieron que ambos sudaran y recurrieran a las cervezas que Paolo tenía guardadas para ocasiones especiales como aquella. Nuevas recetas que aún no salían al pequeño mercado que esperaba la original Horse Beer.

—Mis fuentes me dicen que esa vieja bruja quizás aún no entregó el símbolo. Le gusta jugar con los tiempos. —Se notaba que Paolo había tomado un poco más de lo debido; jamás, en su sano juicio, se hubiese referido a nada que aparentase ser una mujer de esa forma tan despectiva —. También averigüé, entre las fuentes menos confiables, que hubo casos de humanos que «se perdieron en las profundidades» y luego volvieron. La mayoría de las historias son casos de humanos muertos durante segundos o que cruzaron el umbral en sueños.

—Necesito que todos piensen —dijo Máximus—. Necesito esos símbolos antes de que sea demasiado tarde. Mi humana cree que soy un monstruo y quiero demostrarle que puedo cumplir con mi deber como padre.

—¿Y qué tal tu deber como compañero? —Paolo iba demasiado lejos hablándole así, pero Máximus no se ofendió. Estaba cansado de aparentar saberlo todo. En el inframundo tenía cada una de las respuestas, pero junto a Lina, no sabía ni qué preguntar.

—Mal —reconoció al fin—. No sé qué hacer. Es como un ave delicada que al tomarla muy fuerte se daña.

—¿La amas?

Máximus abrió otra bebida con la punta de la mesa donde estaban todas las botellas que ya había etiquetado.

—Por supuesto que sí.

—¿Se lo has dicho? A las humanas les gusta escuchar eso. —Luego pensó—: ¿A quién no le gusta escuchar que lo aman?

—Cada vez que estoy cerca de ella, solo pienso en cumplir la misión y así impedir que se vaya con ese estúpido ángel o con algún muchacho —continuó Máximus, que necesitaba desahogarse—. Sin embargo, termino haciendo lo opuesto. No puedo planear cuando estoy junto a ella… Soy un imbécil; digo lo que no quiero decir, me comporto como un arrogante… Quisiera que ella viese lo poderoso que soy en mi mundo y cómo puedo protegerla de todo. Nada la lastimará si permanece a mi lado. No necesitaría a su guardián.

—Espera —lo cortó Paolo, incrédulo—, ¿le han mandado a su guardián?

—Sí, así como lo oyes.

—Deben de estar bastante desesperados allá arriba —adivinó Paolo.

Máximus tragó un sorbo grande y negó con la cabeza; al final, ahogando el gas de la bebida, logró decir:

—Creo que son los Supremos. Sabes cómo son.

—Lamentablemente, sí. Pero eso no es lo importante. —Paolo tenía una extraordinaria forma de ver el mundo: para él no había diferencia entre los reinos, todos, vivos, cazadores, ángeles, acuosos o Supremos se movían por las mismas razones—. Máximus, estás teniendo los mismos problemas que el resto de los mortales. El amor es difícil. Las relaciones necesitan trabajo.

Máximus le dio la razón y agregó:

—Me siento perdido. Cada vez que sus ojos verdes me miran, siento que le estoy fallando.

—No puedes culparla. Debe de tener miedo.

—Una parte de mí, el humano, lo entiende. Pero… yo me vuelvo loco cuando estoy cerca de ella. Tengo la misma sensación de cuando cazamos almas, la misma adrenalina y pasión, ¿lo recuerdas? Ese impulso por terminar la tarea. Las ansias…

—Por llegar a las puertas de los Infiernos —completó Paolo con ironía mientras acomodaba las botellas en cajas—. Pues, mira, si te comportas de la misma forma con la muchacha que como cazador líder, estás en problemas. Te tiene desconfianza…

—Mucha. —Máximus abrió otra cerveza—. Y no puedo soportarlo. ¿Qué hago? Izzie es buena en esto, pero con la prohibición no podemos estar en contacto.

Paolo conocía a Izzie; si Máximus pensaba que ella era útil para esos temas, estaba realmente perdido.

—Pues cortéjala —le aconsejó—. Invítala a citas, regálale cosas que le gusten, sé atento a sus necesidades, dile que la amas…

—Pedirme que haga eso es como pedirle a uno de tus perros que comience a hablar.

Paolo rio de buena gana. Le sentaba bien ver a su viejo amigo.

—No exageres. Sé que está en ti ser un galán. Recuerda cómo eras antes de tu conversión, cuando eras un simple cazador. Antes de aquella mañana en que apareció frente a ti la joven Lina.

—Era un imbécil —respondió con franqueza—. *Soy* un imbécil. Besé a una mujer frente a ella, como si significaran algo para mí las otras mujeres.

—Tienes la cabeza por todas partes. Enfócate. —Paolo ahora revolvía la mezcla y le hablaba como un padre a un hijo. Máximus acariciaba a Carlotta, que había entrado a saludar—. El trabajo manual ayuda mucho, ¿sabes?

—¿Por eso crías perros y haces una bebida? —preguntó el demonio.

—Sí —contestó Paolo sin intentar desafiarlo mientras seguía revolviendo—, y si me apasionaran los pianos estarías ayudándome a montar teclas.

—Lo haría con gusto, Paolo. Ahora deja de esconderte y ayúdanos. Mi humana y yo te

necesitamos.

—Está bien. Tú encárgate de tu señorita y préstame a Humble. Mándamelo cuando lo llame. Removeré las Tierras y los Infiernos hasta más allá de lo que me permiten…

Otra vez Máximus salvaba a Paolo, dándole un propósito a su existencia; y otra vez Paolo aceptaba la ayuda.

El exdemonio había sido uno de los muchos que conoció a su verdadero amor cabalgando, y las condenas disparejas lo alejaron de la vida humana compartida con Irene: ella salió antes. Él solo pudo acompañarla durante el último año de su segunda vida humana. Lo más doloroso para Paolo fue tener que, incluso en esas condiciones, mantenerse un poco alejado. Irene había reconstruido su vida. Tenía un esposo e hijos, y para poder estar cerca de ella, Paolo sacrificó lo que ningún cazador se animó a hacer. Exigió a los Supremos que le congelaran la condena para pasar un tiempo con su amor; a cambio, doblaría su condena al regresar, una vez que ella abandonara de una vez y para siempre el mundo de los vivos.

Como de costumbre, el destino no favoreció a un condenado. Irene ya llevaba cuatro años muerta y los Supremos no lo convocaban. Paolo estaba en un limbo entre las Tierras y los Infiernos.

Máximus sabía dos cosas: su amigo tenía el corazón destrozado y por lo tanto era capaz de cualquier cosa, como cuando recién convertido en cazador dejó escapar a todas sus almas para evitarles el dolor de la tortura de los Infiernos, y también sabía que era un portal entre los mundos. Una criatura con un pie en cada reino, que al pasar desapercibida para los Supremos, por su inferior condición, podría descubrir los secretos necesarios para dar con el símbolo que Destiny había entregado a las profundidades.

Al final, Máximus se quedó más de lo planeado, ayudando con su fuerza demoníaca en todo lo que pudo.

Ya estaba terminando el día en aquel campo. Habían finalizado sus tareas y descansaban en el porche disfrutando de sus cervezas como hombres libres.

—Es hora de irme con mi humana —reconoció poniéndose de pie para llamar a su caballo—. Creo que la invitaré al bar de Humpy. Hacen una fiesta en mi honor.

Cuando el corcel negro apareció por el norte, el demonio lo montó sin dificultad. Antes de despedirse, Paolo le pidió que aguardara y se perdió en la oscuridad del establo. Unos instantes después volvió con la pequeña Smith envuelta en una manta.

—Acaba de comer. Debéis aseguraros de que coma y llevarla al veterinario con regularidad. Se enferman fácilmente. Mézclale la comida de cachorros con un poquito de agua o leche tibia. Es muy pequeña para comerla de otra forma —le indicó.

—¿Qué es esto? —preguntó Máximus sobre su corcel.

—Un regalo para tu humana. Se llama Smith, pero podéis cambiarle el nombre. Todavía no lo reconoce. —Paolo le pasó un paquete tibio del cual surgían ronquidos.

—Me gusta ese nombre —reconoció Máximus mientras acunaba a la pequeña.

—Las humanas adoran a los cachorros. —Paolo palmeó al caballo y dio unos pasos atrás, despidiéndose con un gesto de camaradería.

—Gracias, amigo. Nos mantendremos en contacto. —Con una orden, Humble ya estaba cabalgando a la velocidad infernal que lograba alcanzar con Máximus.

En apenas unos segundos abandonó las afueras de Whitehorse. Caminó desde el bosque hasta la casa de William. Subió las escaleras, percatándose de que todo estaba en el más completo silencio, depositó con cuidado a la pequeña Smith en la canasta del gato, que no estaba por ninguna parte, y se acostó en la cama grande. Aún no podía ponerse un pijama y apagar la luz, pero… paso a paso.

Capítulo 19

Hombre alado



> «La había hecho una tarde, por eso era un ser especial, un ser nostálgico y hermoso. Angelina Lina Smith, entre los rayos del sol y las sombras de la noche…»
>
> W. Parrot, *Whitehorse III. Cuando los Infiernos se cierran*

Lina estaba con Josh y Hansel, sentados en el sofá, sin moverse más que para hacer palomitas o pedir una pizza.

Julie ya casi no estaba en la casa. Vivía una especie de luna de miel con Matthew.

Lina esperaba una llamada de Máximus mientras se preguntaba si lo sucedido entre los dos contaba como una infidelidad; Josh intentaba no pensar en Pat, y Hansel cada día era mejor estudiante, ya sabía decir varias palabras con sus manos, como agua, hombre, mujer, ángel, cielo y tierra.

—¿Te has dado cuenta de que eres la típica heroína de una novela de aventuras? —dijo Josh mientras buscaba otra película de ciencia ficción para que Hansel aprendiera sobre la naturaleza humana por su negativo. Lina lo miró sin decir nada y comió más patatas fritas bañadas en queso y salsa de tomate, una de las recetas preferidas de los hermanos Jones. De la inapetencia había pasado a un apetito descomunal. Lo mismo con el sueño. Dormía todo el rato—. Fíjate —siguió Josh—, eres huérfana y vives con tus tíos mayores. Todo lo que te pasó fue en tu juventud, más aún, terminando el colegio, donde eras una *nerd* con pocos amigos y aficionada al teatro, sin contar a tus secuaces, Julie y yo. Tienes un estilo muy particular… Eres asmática, o eras… Es

como, como una superheroína con todas las potencialidades antes de quedarse atrapada en el reactor nuclear que explotará.

Lina masticaba despacio, mientras se daba cuenta de que, de una absurda forma, la ridícula teoría de su amigo tenía sentido. Aunque, recordando a Máximus, deseaba ser la protagonista de una de esas novelas eróticas que Julie le había prestado. Los últimos días las había hojeado disimuladamente.

—¿Y cuál crees que sería mi superpoder? —dijo cuando al fin tragó—. ¿Tener un hijo?

—No —se apresuró a decir J. J., que jamás quería sonar como un sexista—. Yo creo que te saldrían alas o algo así…

Aunque ya sabía que eso era imposible, Lina decidió seguirle el juego.

—Me da miedo volar. Sería un poder absurdo en mí.

—Lin, escucha lo que dices. Si tienes alas, por supuesto que se te va el miedo. A ti te asusta la altura precisamente porque no tienes alas para volar y salvarte… No tienes miedo de estar en alto, sino de caerte.

Lina continuó sin hacerle caso:

—Creo que elegiría la superfuerza, o sea, no un poder de chica como telepatía… Quisiera tener mucha fuerza y no tener miedo de nada… o, no, mejor…, ¡quisiera poder curar a la gente!

Lo que había comenzado como una charla ingenua se convertía en un recordatorio de la causa mayor de la preocupación que carcomía las paredes de aquella casa. En unos días más le dirían al reverendo si el tratamiento había sido efectivo. Si era así, todo quedaría atrás y le darían el alta por un año.

Josh evadió el asunto tratando de arreglar el televisor. Otra vez la maldita llovizna. Agradeció también que el teléfono comenzara a sonar.

Lina atendió. Era la tía Barb: volverían de la iglesia en dos horas. El nuevo reverendo estaba en la secretaría junto con ellos y le enviaba saludos. Lina le devolvió la cortesía y cambió de tema. Ese hombre no le gustaba nada. Al escuchar el cansancio en la voz de su tía le prometió que la casa estaría impecable a su regreso.

De ese modo recibió un fuerte incentivo para poner a trabajar a los dos muchachos: debían limpiar aquel desastre.

Hansel se encargaba de limpiar el polvo de los muebles como podía mientras era supervisado por Josh, que aspiraba y fregaba. Lina se ocupaba de colocar cada cosa en su lugar y de limpiar la cocina hasta que brilló. Las pelusas se habían acumulado en las esquinas, el polvo había llegado a todo aquello que pudiese recibirlo y Lina se encontró enseñándole a Hansel cómo limpiar despacio las pequeñas figurillas de cristal de la tía Barb, los *juntapolvo*; pero a Lina esa tarea, de pronto, la hacía feliz.

Para cuando terminaron, agotada y con sus manos doloridas, su desconfianza hacia Máximus había mutado nuevamente en su amor hacia William y echaba de menos aquel cuerpo. Se negaba a admitirlo, pero cada vez se sentía más atraída por el demonio. ¿Qué estaría haciendo él?

Se acostó en su cama, después de poner la ropa en la lavadora, mientras Hansel y Josh miraban un partido de *hockey* para que el ángel aprendiera todo lo que debía saber sobre el mundo. Pero al rato este se aburrió y quiso salir. Entonces Josh fue a tumbarse junto a Lina con su Game Boy.

—J. J. —empezó ella con voz lastimera—, ¿crees que ahora soy la protagonista de la historia de Máximus o de William? —Ya no sabía cómo referirse a su novio o exnovio—. ¿Crees que Sarah es mejor para él?

—Vamos, no hay competencia, Lin —dijo J. J.—. Tú eres la protagonista de esta historia.

—Sarah siempre ha sido *cool* mientras yo me destiño. Mi pelo, mi piel, mis ojos… —Jugaba con el edredón rosado—. Todo se destiñe. Soy esa chica en la foto, la de la esquina, que nadie recuerda quién es.

—¿Bromeas? —rio él—. ¡Eres la persona menos olvidable del mundo!

Ninguno de los dos amigos de Whitehorse tenía idea de lo que Lina iba a llegar a ser. Con una personalidad así, no había punto de partida. Ningún acontecimiento —ni siquiera la aparición de Máximus— la había marcado. La fuerza de Lina la iba a colocar siempre en el peldaño más alto de los de su reino. Una reina generadora de dioses, pero aquella Lina joven se sentía una perdedora.

Después de su encuentro apasionado, Máximus no la llamaba. Y ella, que con William siempre había sido sincera respecto a sus sentimientos, esta vez no quería dar su brazo a torcer. Desde hacía días tenía planeado una especie de acuerdo entre ella y el demonio para que pudiesen convivir, pero si él ni siquiera la llamaba… Quizás era tiempo de entender que Máximus solo era un monstruo pasional y nada más.

—Todo saldrá bien —exclamó Josh mientras apretaba los botones de su consola como si le fuese la vida en ello—. Sé que mis meditaciones no sirvieron, pero ya recordarás y, cuando lo hagas, lo celebraremos con un pastel de chocolate hecho por las manos divinas de Al.

Lina abrió los ojos y se incorporó de un salto. Se dirigió a su armario y con la respiración acelerada, comenzó a revolverlo todo. ¿Por qué, por el amor de Dios, era tan desordenada? ¿Quién se quita un collar y lo pone en un bolsillo para olvidarlo durante más de un año? Sí, ella. Pasaba las perchas con manos temblorosas, hasta que lo vio: el abrigo largo color crema que había utilizado en su anterior cumpleaños. Sintió el cuero trenzado y el frío del acero de la pequeña letra A. Cuando lo sacó, no tuvo dudas: el regalo de su viejo amigo Al tenía la huella de Destiny.

—¡J. J., eres un maldito genio! —gritó.

—Lo digo todo el tiempo —confirmó su amigo antes de verla desaparecer de la habitación.

* * *

Las campanas sonaron contra la puerta de la cafetería. Lina entró sin mirar a nadie. Tantas

veces había estado ahí… Si lo de los Jones era su segunda casa, The Sweet Bread era la tercera. Sin embargo, ahora sentía extraño ese lugar.

Toda la seguridad y la adrenalina que la habían hecho conducir la camioneta Ford, usurpada, a más velocidad de lo que se podía permitir una novata se esfumaron una vez que se sentó en aquel lugar. Lo hizo en la última mesa, donde los escasos clientes de Al no podían verla. La ventana lateral le mostraba el comienzo del Jardín de Todos. Ese lugar hermoso que representaba con una planta a un ser querido de Whitehorse que se había marchado del mundo de los vivos.

Reconoció el árbol de Jeff Jones, el abuelo de sus amigos, el rosal del padre de Zack, que los había abandonado unos meses antes, y las nomeolvides de la señora Kingston, a la que nunca había conocido. No hizo ningún caso de Amy o de Emily, que, aprendiendo el oficio con dificultad, en la última media hora había roto al menos tres tazas y un par de platos.

Sin saber qué hacer, colocó el collar sobre el mantel con imágenes de pequeños pájaros y esperó.

Cuando el sol comenzaba a sacarle destellos cobrizos a su rubio ceniza, Al se sentó junto a ella sin decir palabra. Desparramó trozos de la vajilla sobre la mesa vacía y destapando un bote de pegamento, comenzó su tarea.

—Encuentro relajante reparar lo que otros rompen. Me da una tonta sensación de utilidad. Un poco soberbio, ¿no?

Lina no contestó. Comenzó a pegar las piezas de un plato, por hacer algo. No sabía ni cómo empezar, pero por suerte Al la ayudó:

—¿Alguna vez te conté por qué le puse este nombre a mi cafetería?

Lina negó con la cabeza despacio.

—Anne nunca había salido del país. Yo, en cambio, antes de conocerla había viajado mucho. Qué irónico que en mi juventud… —hizo una pausa para encajar el asa de un tazón— pude conocer el mundo entero como la palma de mi mano y luego, no me alcanzó siquiera para ir a Toronto en nuestra luna de miel… Ella hubiese querido ir a conocer el Pan de Azúcar en Sudamérica. Un sueño tan simple. —Lina se sorprendió al ver los ojos de él brillar de ese modo; sus lágrimas no eran transparentes como las de ella—. Jamás pudimos ahorrar para eso. Los muchachos fueron llegando y, cuando crecieron, también quisieron ir al «Pan Dulce», como solían llamarlo. Era una conversación que teníamos cada fin de semana, cuando los llevaba a algunos juegos perdidos por el vecindario donde vivíamos. Nuestro apartamento era tan minúsculo como pequeños nuestros sueños. *The Sweet Bread*. Creían que era una ciudad entera de dulce. Nunca los corregí: tenían seis y ocho años apenas. —Al tomó las manos de Lina entre las suyas—. Ven, tomemos un poco de aire.

Salieron al Jardín de Todos. Al aprovechó para quitar unas hierbas que le ganaban territorio a las flores de la señora Lawrence, y Lina permaneció de pie.

—Al, ¿por qué me diste el collar de tu esposa? —soltó de pronto—. ¿Por qué tuviste que pedirle ayuda a Destiny?

La mente de Al pareció volar lejos. Con las malas hierbas en la mano, se giró y la miró directamente a los ojos. No fingió sorpresa. Había llegado el momento.

—El destino no nos regala nada, pequeña. Solo nos lo presta —le advirtió, incorporándose—. A veces escucho más de lo que debería, y callo, pero a ti sí quiero decirte algo: el destino no da nada, ni lo más mínimo, sin tomar algo a cambio.

Después, al ver la expresión angustiada de Lina, se acercó y le acarició la mejilla. Una paz que ella conocía bien la embargó. La tomó de la mano y se adentraron por donde terminaba el jardín y comenzaba el bosque. Cuando se soltaron, Al avanzó. Oculto de otras miradas, despacio, el viejo pastelero comenzó a desprenderse de su camisa a cuadros.

Lina vio el cuerpo de un hombre más joven, como si aquella espalda desentonara con la sabiduría de aquel rostro. Al se giró para sonreírle y darle la confianza suficiente. No quería asustarla. Abrió sus alas, que de tan grandes parecía imposible que cupiesen en ese cuerpo delgado. Las extremidades aladas eran esqueléticas, excepto en una esquina donde un grupo de plumas blancas cubría apenas los huesos. Parecían pequeños pimpollos blancos a punto de florecer.

—Estuve años enteros con el castigo en mis alas. —Hablaba como siempre, con ese tono hogareño que lo caracterizaba—. El día que te entregué el collar de Anne, comenzaron a crecer de nuevo.

Lina caminó hacia él. Extendió su mano y, estirándose, acarició uno de los huesos superiores. El ala se movió hacia arriba por reflejo.

—Si alguien en todo este pueblo podía ser un ángel ese eras tú, Al —dijo Lina con franqueza —. ¿Qué hacías allá arriba?

—Guía.

Lina dejó que sus lágrimas humanas resbalaran por sus mejillas. Pensaba en Samuel.

—¿Te dolió cuando mataste a aquellos hombres? ¿Cuándo se cayeron tus plumas?

—Sí, todavía me duele —reconoció.

—¿Cómo es? Cuéntame… —a Lina se le entrecortaba la voz.

—Cada vez que las extiendo siento los ojos de Anne sobre mi alma. Si solo hubiese esperado, pequeña, por la muerte… Si solo hubiese tenido el coraje de esperar la llamada de los Cielos…, pero fui débil. Respondí ante la voz seductora de la venganza. Renegué de mi naturaleza y el castigo… El castigo llega sin demora para los de mi especie.

—¿Para Sam es lo mismo?

Al asintió.

—Yo puedo solo imaginar los ojos de Anne sobre mí…, decepcionados. —Hizo una pausa—. Él los ve cada vez que te mira.

Un pájaro pequeño se posó sobre uno de los fríos huesos alados, confundiéndolo con una rama, y en un reflejo, como quien siente una caricia sobre la piel viva, Al retiró sus alas y el ave se marchó.

—Te he estado esperando desde hace mucho, pequeña —exclamó en un murmullo.

—Yo no tenía ni idea…

—Lo supe la primera vez que viniste con William.

Lina recordó con emoción aquella tarde. Había sido su primera cita. De eso parecía que habían trascurrido décadas y que otra Lina lo había vivido.

—¿Y no te molestó que trajera un demonio a la cafetería?

—Me molesta más verte con Samuel —reconoció Al.

—¿Por qué? Eres un ángel. Deberías estar de su lado.

Al se palmeó la parte superior de sus alas.

—Mírame a mí. Ser un ángel no me impidió comportarme como un demonio. ¿Por qué sería diferente para William? Quizás él sea… un jinete infernal que al final se comporte como un ser de las alturas. —Al guardó sus alas sin dificultad y luego continuó—: ¿Sabes quién piensa igual que yo?

—Déjame adivinar… ¿William? ¿Máximus? Porque, verás, ahora mi novio tiene doble personalidad —respondió Lina intentando bromear sobre el tema.

Al sonrió y negó despacio.

—Tu guardián.

—¿Hansel?

—Él, como yo, cree que debes estar con quien amas. No hay duda de que ese es William o Máximus o William Máximus, como prefieras.

—Prefiero a William. A Máximus me dan ganas de mandarlo de nuevo al Infierno —dijo Lina riendo, pero Al no la imitó, sino que mostró una mueca seria, que ella no le conocía, ensombreciendo su rostro. Lina trató de recordar lo que Celestine le contó acerca del comienzo de los mundos y cómo algunos *caídos* habían fundado los Infiernos.

Arrepentida por sus palabras, lo tomó de la mano.

—Tienes miedo de lo que suceda cuando tú… —no pudo terminar.

—A veces. El Infierno puede ser un lugar poco hospitalario para un ángel —le explicó Al mientras buscaba su camisa y se la volvía a poner.

—Pero tus alas… ¿Eso no es señal de que estás curándote?

—Quizás. —Él también quería creer eso—. Quizás debería haber hecho más todos estos años. ¿Sabes una cosa? Los excazadores aprovechan su segunda vida como si fuese un concurso de popularidad: patrocinan beneficencias, se dedican a salvar el mundo… Los encuentras en todos lados: son ecologistas, protectores de los derechos de cada alma que pulula por el mundo… Sin embargo, yo… yo soy una criatura más sencilla. Vine aquí porque en mis viajes como ángel había guiado a uno de los fundadores, uno de los mejores hombres que conocí. No quiso ninguna ilusión. Se fue a los Cielos caminando por los bosques de Whitehorse.

Lina estaba conmovida con la historia; cómo le hubiese gustado correr hacia William para contarle todo y refugiarse en sus brazos, hasta que la nueva tristeza comenzara a dejar una

nostálgica cicatriz.

—Al, no te compares con los cazadores. Aunque me cueste admitirlo, cada día trato de convencerme de que Máximus es un monstruo y que tengo que encontrar algún modo de liberar a William de sus garras.

—Un monstruo solo es algo que está fuera de lo natural —exclamó el pastelero mientras terminaba de abotonarse la camisa—. Y lo no natural, como Máximus o William, llámalo como quieras, sufre muchos maltratos… Quizás vale la pena ver en qué se convertirá si intentas domarlo con caricias y no con látigos.

Lina bajó la mirada. Era la primera vez que un ángel intervenía en favor de Máximus. Al le estaba enseñando una valiosa lección que ella no desperdiciaría, y se sintió un poco avergonzada con su comportamiento. Durante días había abandonado a Máximus a su suerte, huyendo cuando el amor de su vida, atrapado en aquel cuerpo, más la necesitaba.

Decidió aprovechar la sabiduría de Al en un tema que también era muy importante:

—Al, ¿cómo sabes lo que puede pensar Hansel? ¿Tú puedes hablar con él? Apenas entiende algunas señas mías. Creo que con vosotros se comunica mejor.

—Puedo conectarme con lo que siente —explicó—. Él solo quiere lo mejor para ti y al no tener ni la mínima idea de lo que es un prejuicio, quiere que William y tú estéis juntos.

—Me gustaría hablar con él. ¿Sabes por qué está aquí? —Lina mordisqueó nerviosa sus uñas.

—Hace mucho tiempo que ya no me involucro en los asuntos de los Cielos, pequeña. —Ella no quiso insistir, ya Al le había ayudado a completar la mitad de la salvación para su hijo.

Con un gesto, Al la invitó a volver al Jardín de Todos. Caminaban en silencio, pero Lina quería quitarse otra duda de encima:

—¿Por qué la buscaste a ella…, a Destiny?

Al carraspeó. Dudaba de hasta qué punto podía llenarla de más información.

—Anne era una humana diferente, ¿sabes? No como tú. Era más antigua y tenía una tarea que hacer. Una que su pueblo se había comprometido hace mucho a cumplir… Pedimos permiso para que pudiese evitarlo, y lo logramos. Lo evitó. Pero luego ya sabes lo que pasa cuando uno juega con el destino. —Sus labios se curvaron en una mueca de resignación—. Por eso, Lina, debes tener cuidado. Destiny ayuda a aquellos que tienen poco tiempo en el mundo de los vivos.

Lina asintió. Eso ya le estaba quedando claro. Sin embargo, en su profunda negación, creyó una vez más que ella era la excepción que confirmaba la regla. En ese momento, para dejar de imaginar su siniestro futuro, pensó en lo que sucedería con Al. ¿Moriría? ¿Vagaría por la tierra por toda la eternidad? Siempre lo había visto igual, pero parecía tener más años que los demás ángeles… ¿Envejecería? Preguntar cualquier cosa le resultaba irrespetuoso.

—Una cosa más, pequeña —la frenó él—, cuando uno acepta la ayuda de esa araña, se compromete más de lo que cree. Me negué a hacer un espectáculo de esto, y ella aún respeta que fui un ángel alguna vez, así que no me obligó como a esa pobre criatura del agua… En fin, yo prometo cuidar a tu bebé. Yo soy parte de la Máxima Insignia ahora.

Lina lo abrazó. Al soltarse lo miró con un agradecimiento eterno. Sabía que, aun cuando no estuviese obligado por Destiny, ese juramento lo haría igual.

—Quiero que entiendas —Al le aferró ambas manos— que, si sigues con esto, tú también quedarás atrapada entre sus telarañas y no sé lo que te pedirá en un futuro que hagas. Tienes que tener cuidado.

Aquella advertencia fue un duro golpe de realidad. Lina tuvo que sentarse un momento para no marearse. La pequeña cajita de estrés estaba casi llegando a su tope.

Aquel viejo ángel y aquella nueva humana descansaron sobre una roca, junto a las pequeñas piedras que representaban a la señora Silver, que, odiando la jardinería, había dejado claras instrucciones para permanecer como un lindo arreglo de rocas que no le daban trabajo a nadie. Y Lina, sintiéndose caer en un agujero negro, supo exactamente a dónde debía dirigirse y a qué brazos aferrarse.

Capítulo 20

El acuerdo



> «Ella le sacó la lengua, que ya no era de carne, sino de fuego. León la miró sin sorprenderse. Cerró los ojos y, cuando los volvió a abrir, eran de agua, agua en movimiento, como si un río pasase por allí.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse VI. Wild Horses*

Lina tocó el timbre y esperó, nerviosa como una muchacha enamorada. Había ido directamente a verlo. Se moría de ganas de correr y contarles la verdad de Al a sus amigos. Se iban a volver locos con la noticia, pero tenía que ver primero a Máximus y poner las cosas en claro. Esta vez se obligaría a no besarlo y de ninguna manera se ducharían juntos de nuevo. Debía mantenerse fría y distante.

Por otro lado, estaba tan contenta por haber descubierto el misterio del signo del aire. No podía creer que solo faltara la mitad, y suponía que habían conseguido los dos más difíciles, acostumbrándose ya a la idea de ser una rechazada de las Aguas mientras que Máximus lo era de los Cielos… ¿Cómo no iban a conseguir rápidamente los signos que faltaban si su novio parecía ser el mismísimo dueño del Infierno y ella era, sin lugar a dudas, una criatura de la Tierra?

Máximus abrió de golpe la puerta. Llevaba una camiseta sin mangas blanca pegada a su abdomen.

«Fría y distante», se repitió Lina.

—Necesito hablar contigo —exclamó al entrar, cuidándose de no tocarlo, ya que él no se apartaba. Le mostró el collar de Anne como si fuese una bandera blanca de paz.

—Es el otro símbolo. Puedo oler a Destiny en eso —afirmó Máximus.

Lina iba a decir algo, pero en ese momento la vio. La pequeña bulldog caminaba dando tumbos hacia ella. Era un oso de peluche con sus bellas patas acolchadas, la piel suave que le colgaba y aquel estómago caliente de leche. Lina dejó escapar un gritito. Amaba a los perros y a causa de la tía Barb nunca había podido tener uno. La alzó y la llenó de besos. Le decía *te amo* con tanta familiaridad, que Máximus en su mente dio las gracias a Paolo.

—Es un regalo para ti. Te la manda un amigo excazador. Él está averiguando por el símbolo de fuego.

Lina lo miró de arriba abajo mientras la cachorra lamía su mejilla.

—¿Estás buscando los símbolos? —preguntó sorprendida.

—Mantengo mis opciones abiertas, Elegida. No te emociones —dijo con esa sonrisa arrogante que la desarmaba—. Ahora dame ese collar y lo pondré en el armario. Tú quédate aquí. Te quiero lejos de mi espada.

En vez de enojarse por la broma de mal gusto, con el corazón hinchado por la mascota, Lina le entregó la pieza sin dejar de jugar con su nueva amiga.

—Se llama Smith, pero puedes buscarle otro nombre —le indicó él antes de marcharse a la biblioteca.

A Lina le pareció una hermosa casualidad. No quería cambiarlo. Le encantaba. Cuando Máximus volvió, puso a la perrita en el suelo y exclamó segura:

—Te acepto un té en las hermosas tacitas de Izzie. Tenemos que hablar.

Sin demorarse, Máximus fue a la cocina y ella lo siguió.

Mientras ambos preparaban el agua y las tazas, ella le contó cómo había recordado lo del símbolo de las alturas. Le explicó que Destiny no iba a aparecer esta vez a felicitarlos y que Al era el guardián que los protegería en nombre de los Cielos. Le contó que su amigo, como toda criatura alada, aborrecía a Destiny y no se dejaría maltratar como Costa con espectáculos perversos. Así que eso era todo.

Cuando hubo terminado con esas novedades, Lina se sentó cerca del ventanal, mientras tomaba su té a pequeños sorbitos. Quería encontrar, por una vez en su vida, las palabras justas.

—Hace un tiempo —dijo sin mirarlo—, cuando Will creyó que no había esperanza para nosotros, me contó un cuento. Sobre el escorpión y la rana, ¿lo recuerdas?

Máximus asintió. Estaba apoyado en la encimera con los brazos cruzados, sin quitarle la vista de encima.

—Es un bonito cuento —siguió Lina—. Sin embargo, siempre pensé que podía haber otra historia que nos definiera mejor. Quizás algo más real… Recordé una clase de Biología que tuve hace mucho. Entonces se me ocurrió esta «Historia de los girasoles». —Hizo una pausa—. Los girasoles son unas flores grandes que tenemos aquí en la Tierra, con pétalos amarillos, ¿sabes? Son muy lindos, buscan el sol y pueden moverse para que les lleguen sus rayos, pero cuando el día está muy nublado, se refugian entre ellos. Giran hasta encontrarse cara a cara, para darse la

energía que necesitan. Así que supongo que la moraleja es que, en estos días nublados, debemos apoyarnos el uno en el otro. Si el mundo nos niega el sol, pues nos calentaremos tú y yo. —Al terminar volvió su rostro hacia el demonio. Las últimas palabras podían malinterpretarse, pero la expresión de él era seria.

Máximus y su brillante mente de líder le quería explicar muchas cosas de la *Helianthus annuus* y sus movimientos heliotrópicos, pero le pareció que lo que le estaba diciendo era tan verdadero y preciso que desafiaba las leyes de la naturaleza. Leyes que, un día, Lina Smith podría manejar a su antojo.

—Quiero que te cuides —dijo ella poniéndose de pie y apoyando la taza de porcelana en la mesa—. Necesitamos llevarnos bien, Máximus. De una extraña manera, estamos juntos en esto. Celestine ya me dijo que no puedes reemplazarme. En realidad, era absurdo y yo te creí como una tonta… Mira, nos necesitamos. Yo no voy a estar con Samuel. Tú no puedes conseguir otra Elegida. Y sé que cazar almas por toda la eternidad, aunque te dé poder, también puede ser monótono y aburrido. —Lina jugó desesperada sus cartas—. Te propongo un trato: empezar de nuevo tú y yo. Volvemos al plan original y buscamos los símbolos. Nos quedan casi dos años más: intentemos pasarlos lo mejor posible. Sin lastimarnos… No quiero que William vuelva a las profundidades, y si me mentía y decía que me amaba para salvarse, está bien. Lo entiendo. Pero le debo mi vida. Os debo mi vida a ambos.

—Él sí te quiere. —Máximus hizo una pausa, no iba a dar su brazo a torcer tan fácilmente—. Soy yo el que…

Lina alzó una mano para que él no terminara. Le quedaba claro. Eso no debía dolerle… Con el afecto de William bastaba… Entonces, ¿por qué la angustia en su pecho? ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué eso no era suficiente?

—¿Sabes? Cuando William llegó, pensé que la motocicleta era lo más peligroso que tenía —exclamó intentando bromear.

El demonio no contestó, y se colocó el cabello por hacer algo.

Lina cambió de expresión. Tragó con dificultad, ocultando el llanto que crecía en su interior, y le echó una mirada desgarradora.

—No quiero que peleemos más. Yo lo siento, lo siento mucho… No creo que pelear tanto sea bueno ni para ti, ni para Will, ni para mí. Así que haremos un trato, ¿está bien?

—¿Qué clase de trato? —preguntó algo engreído y desconfiado.

—Uno que nos ayude a ambos. —Los dedos de Lina se movían ansiosos—. A los tres. Busquemos los símbolos y mientras tanto, cuida el cuerpo de William. Si él no regresa en los meses que nos quedan, estaremos juntos tú y yo. Juntos, juntos… Aunque no encontremos los símbolos… Sin Will y sin la ayuda de Destiny… —Lina saltó otra barrera y, debía admitirlo, le costó poco hacerlo. Ya estaba cansada de esperar.

Máximus se aferró al mármol de la encimera.

«No se te ocurra tocarla», dijo una voz en su interior.

El demonio, sordo a aquellas amenazas, comenzó a asentir con una sensual sonrisa ladeada. Después, con tono despreocupado, soltó:

—Déjame pensarlo un momento.

Lina quería abofetearlo. Era insufrible. Ella había abierto su corazón y él se comportaba como un engreído. Respiró hondo y, frotando sus manos, exclamó:

—Antes tienes que saber que hay una condición.

—¿Cuál? —Ahora la actitud de él era distinta. Se podía ver algo más amable. Aquella criatura volvía obsoletas sus defensas. Intentaba recordar los consejos de Paolo, pero no tenía idea de por dónde empezar.

—Debes comportarte como un humano —continuó ella, ajena a la lucha interna del demonio —. Necesito acostumbrarme un poco más a ti. A ti, Máximus, y conocernos un poco… Tengamos citas normales. Debes dejar de desaparecer, por favor. Dame tiempo para adaptarme a la idea de estar contigo, si no sentiré que le estoy siendo infiel a Will.

Máximus frunció el ceño, más confundido que antes. Le costaba tanto adaptarse al mundo de los vivos.

—Quiero que te comportes como el novio ideal —siguió Lina—. Que seas atento y amable, que no digas ni hagas nada que me hiera mientras buscamos los símbolos que faltan. ¿Puedes hacer eso? ¿Por mí? ¿Por nosotros?

En la cláusula original que Lina había armado en su cabeza también le pedía que limitaran el contacto físico. No sabía si Máximus podía controlar el fuego del que tanto le advertía William, pero al verlo ahí, apoyado con los músculos en tensión, la mandíbula apretada y esos profundos ojos negros, no dijo nada.

—Está bien. Me comportaré —aceptó—. Lo haré por el trato. Soy una criatura de palabra. Tu guardián junto a ti es muy poderoso y la protección de las reliquias de tus difuntos me está haciendo perder nuestro valioso tiempo —dijo desde su soberbia mientras señalaba el bolsillo de Lina. El pequeño troll seguía ahí.

Lina lo sacó de su escondite y le acarició el pelo verde. Mantener sus manos ocupadas la relajaba. Algo dentro de ella parecía agitarse cuando estaba frente a Máximus; quería saltarle encima como una pantera y no soltarlo.

—Los ángeles me dijeron que funciona según mi deseo, como mi antiguo poder de Elegida —le explicó—. Y ahora mi deseo es que ya no tenga que usar estos amuletos contigo. —Hizo una pausa—. Mira, Máximus, sé que te gustaría que yo fuese diferente, lo entiendo…, pero Will me aceptaba como soy, y a lo mejor si pasamos tiempo juntos… Buen tiempo: sin peleas y sin que creas que quiero matarte… Tal vez pueda llegar a caerte bien. Y quizá, yo pueda empezar a confiar en ti. Poco a poco.

Máximus meditó unos segundos que a Lina le parecieron eternos.

—Está bien, pero ahora yo quiero poner una condición: sin carabinas. Deja a tu guardián en casa.

—De acuerdo —se apresuró a decirle—. Como verás, no está conmigo hoy. —Aquel había sido un voto de confianza, que ambos sabían que Máximus no se había ganado.

Lina dejó el pequeño troll sobre la mesa y se acercó a él. Extendió su mano.

Máximus la miró un momento y luego la imitó.

Ambos sellaron ese pacto con un apretón tibio entre la mano fría de ella y la caliente de él.

* * *

El cazador líder estuvo a las siete en punto frente a la puerta de los Smith. Traía un ramo de flores y unos bombones de caja verde que recordaba que eran los preferidos de su humana y se había peinado al estilo de William, para evitar sospechas.

La tía Barb lo recibió como de costumbre, de mil amores. El tío Dimitri estaba en el sillón junto a la chimenea, cubierto con una manta. Los últimos días se había exigido mucho. Las ojeras eran de color violáceo y Máximus, acostumbrado a la muerte, lo saludó con respeto.

—¿Adónde la llevarás, William? —quiso saber.

El demonio intentó ocultar el desagrado en su rostro al ser llamado así, pero respondió imitando el acento irlandés:

—A ver un espectáculo de canto y baile.

—¡Qué entretenido! ¿Sabes adónde llevé a Bárbara en nuestra primera cita?

Parecía que el reverendo intuía que entre aquel y su sobrina las cosas habían vuelto a empezar. Máximus no se asombró: cuando la muerte respira en la nuca de los humanos, su aliento les aclara las cosas.

—No, señor. Lina nunca me lo ha contado.

—La llevé a un seminario en Toronto. —Sonrió y su mirada viajó al pasado—. La había conocido en la iglesia, dando un sermón. Ella se sentó en la segunda fila. Lucía espléndida, como un ángel, con su vestido rosado. Aún no sé cómo me atreví a invitarla a un viaje de fin de semana. Por supuesto que su madre la acompañó… Eran otros tiempos. Bárbara nunca había tomado un avión y en el momento del despegue tomó mi mano con tanta fuerza que tuve que utilizar toda mi concentración de seminarista para no gritar. —Ambos rieron. Tras un ataque de tos, el reverendo continuó—: Y entonces lo supe, muchacho: toda mi vida quería acompañarla en sus despegues. Cuando el avión despega, siempre quiero sentir su mano.

Máximus le brindó toda su atención, al mismo tiempo que notaba que la tía Barb estaba en la cocina y podía oler las lágrimas saladas que corrían por su rostro, y también sentía a Lina respirar entrecortadamente, apoyada en el rellano de la escalera.

Hasta hacía poco, Máximus no sabía lo que era la duda. Su existencia se basaba en la certeza de lo inmutable, lo infinito… Él era un demonio, cabalgaba entre los muertos y los vivos. Conocía la inmensidad del dolor, la condena eterna, el poder de lo oscuro. Sabía lo que iba a suceder siempre. El orden de las cosas…

Aquel hombre, sentado frente a él, tenía un alma pura. La veía brillar. Si moría, sería guiado hacia los Cielos en paz, pero aquel humano no sabía con certeza lo que sucedería y, si bien Máximus podía sentir el miedo en esa casa, notaba que este provenía de las mujeres. El reverendo se abrazaba a su fe. No la religiosa, sino una distinta. La que germina en todo humano en el momento de encontrarse cara a cara con el fin de su vida. La fe que lo calma y le promete que no lo abandonará. La fe en el universo, en la existencia… El miedo era mucho más terrenal. Era el miedo a extrañarse, a perderse, a dejar de jugar la vida humana… El miedo a no poder soportar la distancia. No más café con leche por la mañana, ni limpieza de figurillas de cristal, ni miradas durante los sermones de los domingos. Ni Toronto en esa época del año.

En el último vuelo, los Smith despegarían como siempre tomados de la mano, pero aterrizarían en dos lugares muy diferentes.

—Señor —empezó Máximus—, creo que nunca tuve la oportunidad de decírselo, pero tiene usted la familia más bella que he conocido. —«La única en realidad», pensó Lina mientras sonreía y se decidía a bajar la escalera—. Siempre la cuidaré —prometió él con franqueza.

—Lo sé, hijo. Lo sé. Yo confío en vosotros.

Máximus nunca supo si se refería a él y a Lina o a él y su *alter ego*. No dejaba de sorprenderse de la perspicacia humana.

En ese momento, la tía Barb entró con una bandeja de bocadillos y bebidas.

En la escalera, Lina se obligó a recomponerse. La promesa de Máximus a su tío le había arrebatado el corazón. Se acomodó la ropa y se unió a ellos. Esperaba tener la mirada de Máximus pegada en su cuerpo, pero no fue así. William siempre la observaba con deseo cuando llevaba un vestido, pero Máximus por primera vez no la trataba como una presa. Quizá se estaba civilizando después de todo.

* * *

Caminaron hasta el bosque. Lina pensó que irían a Eleven, pero Humble los estaba esperando detrás de un árbol. Cuando preguntó adónde iban, Máximus la sorprendió otra vez: Nueva York.

—William no quiere que cabalgue distancias largas, a menos que sea muy necesario. —Ella notaba lo odiosa que estaba siendo—. Dice que es peligroso.

El demonio sonrió encantado. A Lina le pareció como si hubiese estado esperando ese comentario.

—Es peligroso con él. No conmigo —le aseguró e hizo una reverencia exagerada para invitarla a subir sobre Humble.

A pesar de la coraza que se había prometido crear para no serle infiel a William, Lina no pudo evitar una sonrisa mientras preguntaba divertida:

—¿Y por qué no es peligroso ir cabalgando contigo? Oh, gran demonio de los profundos Infiernos, explícale a esta pobre humana tus poderes.

Máximus también se divertía. Le sonrió de lado y se colocó el cabello.

—Gloriosa humana mía —repitió la reverencia—, permita que su humilde servidor le exponga las razones de su seguridad: sobre este amable corcel cabalgará usted con uno de los cuatro cazadores líderes de los Infiernos. No con un cazador mitad humano. De ahí que, si algún demonio inferior osa mirarla siquiera durante nuestro viaje, se arriesga a ser víctima de mi ira implacable. —Estaban jugando al teatro isabelino. La cita ya había comenzado.

Lina, divertida, saludó a Humble con las correspondientes caricias. El animal reaccionó al contacto como un verdadero amigo. Antes de que terminaran los relinchos y las palabras de afecto, Máximus la tomó por la cintura, sin preguntar, sin pedir permiso, y la sentó junto a él. Ajustó las riendas y, cuando iba a dar la orden al animal, Lina escondió la cabeza sobre su pecho.

—¿Qué haces? —le preguntó perplejo—. Te perderás toda la vista.

—William dice que no debo abrir los ojos.

Máximus miró hacia atrás, hacia los lados y sobre Lina, para decir a continuación con soberbia:

—Es curioso, yo no veo a ese tal William por ningún lado.

—En cambio yo lo veo todo el tiempo —respondió Lina un poco más segura de sí misma, mientras acariciaba la cicatriz en aquel rostro perfecto.

Sin contestar, él agitó las riendas y así se inició el viaje.

Nieve. Una playa. De día. De noche. Algunas zonas repletas de almas oscuras donde quizás una o dos brillaban. Lina no podía verlas ahora tampoco. Cuando miró hacia el jinete notó que, a pesar de la altanería de Máximus, a esa velocidad cabalgaba de la misma forma que William: como una estatua, con la vista fija al frente, abstraído.

La siguiente imagen fue una montaña y, en un abrir y cerrar de ojos, pasaron por un lugar subterráneo que no se parecía a nada de lo que Lina hubiese visto. En un punto comenzaron a moverse más despacio, hasta que se detuvieron.

Máximus se movía ahora a paso normal.

—¿Qué te gustaría ver? —preguntó—. ¿Un glaciar? ¿Una pirámide?

—Una cascada… ¿Se puede? —pidió Lina de inmediato, llena de curiosidad. Aunque sabía que acercarse al agua no era buena idea, siempre había tenido ganas de conocer las Cataratas del Niágara, y nunca había podido ir porque el viaje era muy costoso.

Máximus asintió y volvió a tirar de las riendas.

Cuando viajaban sobre Humble a ese ritmo, todo se veía como postales, pero, aunque la velocidad no se sentía, se podía adivinar. En cada pestañeo estaban en un lugar distinto. Lina sentía el poder de la cabalgata infernal. Aquello era volar, pero sin el vértigo de las alturas.

Cuando escuchó el sonido majestuoso de toneladas de agua cayendo, volvieron a disminuir la marcha, Máximus tomó su mano y la acompañó en un movimiento mágico. Estaban cabalgando dentro de una catarata y, sin mojarse, acariciaban el agua que los enmarcaba.

Capítulo 21

Cita con el Infierno



«Entré en aquel lugar sabiendo que no engañaría a nadie, pero sus seis dedos entrelazados con los cinco míos se llevaron todos mis miedos lejos.»

Eva Gold, *Trustout*

Llegaron a una calle oscura. En ese momento, Lina pensó que tal vez no había sido buena idea salir con el demonio a solas.

Máximus desmontó de Humble y la tomó por la cintura, demorándose en la tarea con claras intenciones, pero, al intentar besarla, una fuerza superior se lo impidió. Sorprendido, buscó con la mirada.

—El collar fue el último regalo de mi abuelo… Cuando cumplí cinco —le explicó Lina mientras se separaba de él. Adentrándose en esa calle, agregó con sensualidad—: Es infantil, pero logra su cometido, ¿verdad?

Cuando él estaba a punto de recordarle las condiciones del acuerdo, Lina murmuró:

—Poco a poco… —Y le arrojó un beso en la distancia.

Máximus se mordió el labio para evitar una sonrisa. Lo estaba volviendo loco… Ese vestido amarillo funcionaba como una fuerza gravitacional; no podía despegarle los ojos de encima, pero se obligó a controlarse. Despidió a Humble con una suave palmada y se acercó a ella, que caminaba en la dirección opuesta.

—¿Adónde vas? —preguntó él.

Lina se giró y lo miró confundida.

—Es por el otro lado. —Le ofreció su mano y al ver que no la aceptaba, dijo—: Después de usted, Elegida.

La calle desierta que dejaron atrás contrastaba con lo que Lina tenía enfrente: una galería de discotecas con largas filas de personas mucho mejor arregladas que ella. Las mujeres llevaban diminutos vestidos que dejaban ver unas piernas larguísimas, escotes pronunciados y espaldas reveladoras. Sus finos bolsos nada tenían que ver con el que colgaba de lado a lado en Lina; y los zapatos de tacón de seguramente cientos de dólares se burlaban de sus botas planas.

Sin quedarse atrás, los hombres parecían salidos de las tapas de las revistas de moda. Todos lucían teléfonos móviles sofisticados con antenas; un lujo que en su simple Whitehorse solo unos pocos se podían permitir.

Lina miró su vestido amarillo y las botas grises; antes de salir se había sentido estupenda frente al espejo. El vestido tenía bolsillos donde podía llevar su pintalabios y dinero, y eso siempre la ponía de buen humor… Ahora, se sentía una pequeña campana dorada. Su suéter con botones en forma de corazón, que también en su casa le había parecido maravilloso, en ese momento le incitaba a arrancárselo.

Máximus siempre estaba perfecto para toda ocasión. Otra característica que compartía con William.

Era la primera vez que Lina volvía a los Estados Unidos después de perder a su familia. Y ahora estaba en Nueva York. Allí donde miraba, había marquesinas con docenas de focos brillando, y los nombres de las discotecas eran de tubos de neón titilantes y no de letras pintadas como en su sencillo pueblo. Todo era de colores llamativos: naranja, azul, rojo…, mientras ella era una paleta de tonos pastel.

En medio de la calle, donde la fila era más larga, colgaba un letrero sofisticado que decía: Hell Hunter. Lina, adivinando que ese sería el lugar a donde irían, se detuvo y, desconcertada frente a tantos estímulos, exclamó:

—Will, nunca me dejarán entrar así vestida.

—No me llames así —le contestó secamente.

—Lo siento. Es la costumbre… —Lina tenía sus ojos puestos en el largo de su vestido y con sus manos intentaba quitar la hebilla multicolor de su cabeza olvidando que eso era lo único que sostenía aquel bucle que se empecinaba en caer sobre su frente.

—¿Qué pasa? —Máximus la examinó divertido mientras cruzaba la calle sin mirar—. ¿Crees que conmigo te prohibirían entrar a alguna parte?

Qué soberbio… William le hubiese asegurado que estaba preciosa y con un beso la hubiese animado a lo que fuera. Lina suspiró y decidió seguirlo.

Cuando se acercaron al guardia, todos los ojos se posaron en la pareja. Quienes esperaban una invitación —que nunca llegaría— se debatían entre mirar al hombre seductor o a la jovencita que parecía haberse escapado de alguna pradera.

—¡Mi señor Máximus! —El gigante de la entrada mostraba una sonrisa radiante—. ¡Qué

bueno verlo por aquí!

—¡Edward! ¿Así te ganas la vida ahora? —Máximus le estrechó la mano y se dieron unas palmadas en la espalda.

—Ya sabe lo rentable que puede ser la nostalgia de los de nuestro tipo —respondió el guardia, que a Lina le recordó a Eron, aunque este tenía el cabello rubio por los hombros y estaba lleno de pecas.

—Pronto lo sabré, amigo —dijo Máximus mirando a Lina lascivamente.

Ante la incomodidad, ella hizo lo de siempre, comenzó a hablar sin pausa:

—¿Cree que podré entrar así? —Señaló su atuendo—. No sabía que había que vestirse tan formal y además con toda esta gente esperando… Pensé que íbamos a un lugar más sencillo. Yo…

El gigante la miró reteniendo el aliento, como un anciano que mira aquel juguete infantil perdido o huele el agradable aroma de las galletas que su madre le horneaba por las tardes. Después, despegando sus labios carnosos y resecos, dijo:

—La famosa Angelina Smith… Señora, usted es de la realeza. —Tras hacerles una reverencia, levantó el cordón que los separaba de la mejor discoteca de la ciudad, a la cual todos querían entrar. Solo había un requisito para lograrlo: haber cumplido la condena de cazador infernal. Sí, Hell Hunter era la discoteca con más sucursales en todo el mundo; un antro de seres perdonados que querían estar con los de su especie, exdemonios que aún saboreaban el dolor, el miedo y, por qué negarlo, la sensación de poder.

Lina se quedó maravillada. Solo en el primer vistazo pudo contar cinco barras, cada una repleta de principio a fin con botellas que reflejaban las luces del lugar. En el centro había una pista ancha donde parejas amontonadas giraban al ritmo de la música sensual que provenía de una mujer en el escenario del fondo. Tenía una voz privilegiada.

Al levantar la vista, Lina contó otras tres plantas más. El lugar era gigante y todo, desde la decoración hasta los trajes de los clientes, se veía caro.

—Sabes a dónde te he traído, ¿verdad? —preguntó Máximus, que con un gesto ya tenía a una camarera acercándose a él con dos copas altas en las que danzaba un líquido burbujeante.

—¡Nuestro rey más guapo! Pensé que nunca lo vería por aquí. —La hermosa camarera con un vestido ceñido rojo se dirigió a ellos.

A Lina le recordó a la supermodelo de los anuncios de Guess: rubia, alta, facciones perfectas.

—¡Mona! —Máximus la besó en la mejilla—. Por favor, saluda a…

—Angelina, por supuesto —exclamó contenta, también besándola—. Es un honor tenerla esta noche. Tiene suerte de que todos estén pendientes del espectáculo de Priscilla, si no ya estarían molestándola.

—Tienes razón. Mejor nos confundimos en medio de la pista de baile. —Máximus le dio una copa a Mona y apuró la suya de un sorbo—. Mi humana es abstemia. Le sientan mal estas bebidas.

Lina miró hacia el escenario. Así que aquella mujer era la del fax. Primero Catherine, la cazadora que lo había conocido en su vida humana… Ahora Mona y Priscilla… Se preguntó cuántas más se sumarían a sus inseguridades.

—O mejor nos separamos… No me reconocerán si no estoy cerca de ti —dijo Lina. Sin esperar respuesta se dirigió hacia una mesa alejada. Se sentía un poco enferma; todo con Máximus la mareaba y, además, no se acostumbraba a verlo coquetear tan exageradamente con otra mujer. La trataba como a una mojigata. No era que nunca tomase alcohol, sino que debía acostumbrarse a ello poco a poco, o pasaría toda la noche dormida o vomitando.

Mientras la observaban retirarse, Mona se acercó a Máximus y le dijo divertida:

—Ay, mi rey, mi querido Máximus… ¿Qué te propones? —Lo miró en silencio y concluyó suspirando—: Los mejores amantes saben tratar de maravilla a todas las mujeres, excepto a la que los vuelve locos.

Él apretó la mandíbula y desapareció entre la pequeña multitud. No estaba acostumbrado a que sus subordinados le hicieran críticas. Sin embargo, con las cazadoras tenía más paciencia…

Desde su lugar, Lina pudo observar mejor a los exdemonios. Muchos conversaban en grupos. Era difícil ver a alguien solitario como ella. Algunos podían pasar por seres normales, pero otros mostraban un aire demasiado extraño. Quizás, pensó Lina, aquellos que acababan de reincorporarse al mundo humano y todavía se estaban aclimatando.

Otros parecían muy cómodos en la discoteca, bailaban y bebían con sonrisas en sus rostros. No vio a ninguno deprimido ni con ganas de pelear. Nadie estaba ebrio. Todo se trataba de una sola cosa, lo entendió desde su rincón: disfrutar.

Un muchacho alto, de unos veinte años humanos, pero indefinible edad real, con la cabeza rapada brillando con las luces titilantes y sus lóbulos completamente agujereados, se acercó a la mesa donde Lina se había sentado.

—¿Hace cuántos eclipses llegaste? —le preguntó en Infernus.

El chico era muy guapo, y eso la desconcertó un poco. Pensó en lo que iba a decirle, porque no quería mentir Era obvio que allí dentro no había humanos primerizos, todos estaban en su segunda vuelta.

—¿Bailas? —propuso ella para evadir el tema—. Me encanta esta canción.

Él hizo una reverencia que lo delató; demasiado ceremonial para esa época.

Lina dejó escapar una sonrisa que también la puso en evidencia. Una sonrisa muy humana: libre y natural. Dejó su bolso allí, confiando en todos los presentes.

Llegaron a la pista y él se mostró como un bailarín experto. A Lina le dio un poco de vergüenza. En el escenario, la banda ahora acompañaba a un muchacho que no había querido dejar atrás los setenta: llevaba el pelo largo, pantalones anchos y una camisa con cuello puntiagudo. Su voz era increíble.

—Me llamo Yam, ¿y tú?

Lina lo hizo girar, evitando dar una respuesta; después ya no se soltaron. La canción los

divertía. Al instante, entre las parejas de la pista, Lina vio a Máximus acercándose. En la distancia, pensó que podría tratarse de William. Así que dejó a su imaginación salirse con la suya. Máximus se detuvo lo más cerca posible y, sin quitar la vista de ella, dijo:

—Yam, ¿cómo has tratado a mi Elegida?

Lina observó como el muchacho cambiaba la sonrisa por una expresión de asombro absoluto. Esta vez la reverencia fue más formal.

—Mi señora, discúlpeme. No la reconocí.

—Está bien, Yam. No tienes por qué preocuparte, después de todo a simple vista no hay nada que la diferencie —se adelantó a contestar un cruel Máximus, dolido por haberla visto en los brazos de uno de sus subordinados.

Con un esfuerzo sobrehumano, renegando del dominio del cazador líder, Yam afirmó:

—Mi señor, también es famosa por su hermosura y la perfección de su alma.

Máximus despegó los ojos de Lina para dedicarle una mirada de advertencia al cazador y entre dientes le ordenó retirarse en un idioma que ya estaba muerto.

Lina se apresuró a hablar esta vez:

—Gracias. Me ha encantado bailar contigo.

Yam miró a Máximus instintivamente, y luego se atrevió:

—El placer es todo mío, mi señora. ¿Sabe? Tengo un hermano que…

—¡Suficiente, Yam!

El exdemonio se marchó ante la voz de Máximus y Lina se abrazó a sí misma, un poco abrumada.

Ahora estaban los dos de pie en medio de la pista.

—Te ves bonita esta noche —parecía incómodo al decirlo—. Eso que llevas en el pelo es bonito. Se te ve bien.

—Tú te ves bien siempre, Máximus. —Era uno de los únicos cumplidos que podía hacerle.

Lina pensó que esa podía ser una buena oportunidad para un alto el fuego. Desabrochó el collar amuleto y se lo dio a una camarera que llevaba vasos vacíos en una bandeja.

—¿Puedes guardármelo un momento? —Sabía que no era seguro, pero de algún modo sintió que era lo correcto. Además, allí tenía la sensación de estar en «casa». Por otro lado, cuando lo tenía así de cerca, aquellas reliquias dejaban de funcionar. Su deseo se ocupaba de ello.

Sonriendo para sus adentros, pensó en jugar un poco con Máximus. Él aún no tenía por qué saber que estaba derritiendo hasta la última de sus defensas.

La chica, con la bandeja en el aire, la miró desconcertada.

—Po-or supu-uest-o —balbuceó—. Estaré dando vueltas… Mi nombre es Orla.

—Gracias.

Máximus no se demoró. La tomó por las caderas y apoyó su rostro muy cerca del de ella.

—Nunca había bailado.

Lina recordó el día de campo del año anterior. Aquellos brazos ahora se sentían más calientes.

Dios…, adoraba estar con él. Lo tomó por la cintura y lo movió hacia ambos lados creyendo que seguía el ritmo.

—Es todo lo que tienes que hacer. —Enseguida Máximus lo hizo mejor que ella—. ¡Eres muy bueno!

—Nuestro cuerpo es el mismo. La voluntad, no. En todas esas veces que él te tenía entre sus brazos, siempre me pregunté —la acercó a él con rudeza— por qué rayos no te aprovechaba más.

La letra de la canción que sonaba hizo que Lina estallara en una carcajada. Ahí estaba su hombre… y venía con fuerza. Realmente Máximus era, sin quererlo, muy gracioso.

—Shh… —le dijo cerca de su oído—. Van a reconocer una risa así de humana. No puedo arriesgarme a que docenas de fanáticos te pidan autógrafos. —El demonio estaba aprendiendo pequeñas trivialidades del mundo humano.

Lina dejó que le acariciara el rostro. Era la primera vez que lo hacía con esa ternura.

—No sabía que podías usar tu poder de líder con humanos.

—Son excazadores, Elegida, no humanos como tú. Yo soy un líder. El vínculo no se rompe, así como tampoco nuestras amistades —le explicó mientras señalaba el lugar, donde grupos enteros se divertían junto a ellos.

—¿Y qué es eso de «mi señor» y «mi señora»? —quiso saber Lina mientras seguían bailando despacio. Se echaba un poco para atrás para poder mirarlo. Era muy alto.

—En las profundidades yo soy uno de los cuatro reyes… Ya te explicamos eso. Yo soy de la realeza de los cazadores.

—Pero yo no —dijo Lina.

Máximus la hizo girar y pegado a su espalda le susurró al oído:

—Oh, sí… Sí lo eres, ahora que estás conmigo.

Lina terminó de completar el giro. Tenía que seguir hablando para disimular su turbación.

—¿No te sientes mal siendo así de autoritario? ¿No sientes que te aprovechas de tu poder natural?

—¿No crees tú que te aprovechas del tuyo? —La acercó aún más y le habló en la boca—: Siento el deseo en ti, Elegida.

Lina buscó a la camarera con la vista.

—Está lejos. En la cocina —le advirtió.

Entonces Lina lo empujó riendo:

—Aquí están todos mis admiradores, ¿crees que podrás vencerlos?

Máximus le sonrió sensualmente y volvió a abrazarla como un resorte que regresa a la misma posición.

—¿Qué crees tú?

—Creo que bautizaron muy bien a su caballo, mi señor —se burló Lina. Era cierto que le faltaba humildad.

Antes de que pudiese darle el beso que ella, esta vez, no le negaría, las luces bajaron y la

música se detuvo. Se escuchó un aullido general. Era hora del espectáculo.

Lina miró al escenario: solo los músicos tocaban despacio sus instrumentos. Las primeras notas le indicaron que debía mirar en otra dirección. Los excazadores levantaban la vista hacia el techo, incluso Máximus, que le dijo con rapidez:

—Será mejor que nos separemos o te reconocerán…

Lina pensó que estaba hechizado con el espectáculo y que poco le importaba ella.

Otra vez dolida, se fue a sentar a una de las barras. Su autoestima, que en gran parte dependía de la opinión de su demonio, se movía como una montaña rusa. De nuevo pasaban del fuego al hielo.

En ese momento, unas luces blanquecinas comenzaron a iluminar el centro de la pista y la multitud se abrió. Allí, despacio, surgió una trapecista de tela, una hermosa exdemonio.

Lina pudo observar primero su pie, donde llevaba una joya reluciente. Luego el resto de su pierna desnuda y morena despertó silbidos desenfrenados. Era la cantante de antes, con otra ropa. La música sensual la acompañaba. Todo era una danza de seducción felina. Cuando, entre sus telas, mostró su rostro, Lina automáticamente miró a Máximus; aquella mujer era despampanante. Y parecía que él también lo había notado. El amor no es algo fácil de reconocer en la mirada, pero el deseo sí. Lo malo es que lo notorio también se puede fingir con facilidad. Máximus solo sabía apelar a los celos para llamar la atención de su Elegida o al menos eso creía él. William había sido más inteligente: el cariño, el respeto y la diversión fueron siempre sus aliados para mantener interesado el corazón de Lina Smith.

Desde la barra, la humana miró a la figura que descendía como si se moviera entre sábanas al despertar. Sus movimientos eran peligrosos, pero se las arreglaba para que todo pareciera natural.

—¿Cuál es tu veneno? —la saludó el barman, sacándola de ese estado hipnótico.

—¿No miras el espectáculo? —Aquella noche Lina no podía contestar una simple pregunta.

—Tengo el mío propio, y es mucho mejor —exclamó y señaló hacia una esquina. Lina siguió la línea imaginaria del dedo. Una mujer notablemente embarazada miraba el *show* comiendo galletas de una bolsa enorme que llevaba en su regazo—. Es una niña —completó el barman.

—¡Genial! —lo felicitó—. ¿Cómo la llamaréis?

—Angelina —respondió él, limpiando una copa.

Lina no supo qué decir. Era una coincidencia o un no merecido honor.

—Tomaré un batido de lo que tengáis —dijo al fin.

El barman se sorprendió con el pedido, pero preparó la bebida en tiempo récord. La colocó frente a ella con una diminuta sombrilla de papel rojo.

—¿Por qué elegisteis ese nombre? —Lina no lo miraba, jugaba con su copa.

El hombre se detuvo a observarla con el ceño fruncido.

—Ya sabes, por nuestra salvadora: Angelina Smith.

—Claro… —Tragó la mitad de la bebida de un sorbo—. ¡Oh, cerebro congelado!

El barman rio de buena gana. Lina lo acompañó.

—Hace poco que estás de vuelta, ¿verdad? —preguntó confundiendo la torpe forma de ser de ella con la incomodidad de una exdemonio recién regresada—. ¿No es maravilloso sentir estas cosas de nuevo?

Lina movió la cabeza coincidiendo.

—¿Cuánto es?

—Para ti es gratis. Pagarás cuando consigas trabajo. Aquí Humpy está tomando gente todo el tiempo.

—¿Conociste a tu esposa aquí? —Lina cambió de tema. El muchacho era muy amable y se sintió cómoda con él.

—No. Cabalgando. Morimos juntos la primera vez. Estuvimos en el mismo grupo de cazadores y salimos el mismo día.

Pese a su curiosidad, Lina sintió que no debía indagar mucho más. A sus espaldas adivinaba un espectáculo erótico. Apuró otro sorbo, y en unos instantes tendría el coraje para irse.

—Mira, eres nueva…—exclamó el barman ganándole a la música—, ya verás que no nos gusta mucho hablar de…

Un pedido en la otra punta de la barra no lo dejó seguir. Después, sintiéndose culpable por haber sido tan directo, se volvió a acercar, pero esta vez fue Lina la que habló primero:

—¿Y qué pasa si no lo logra? ¿Si ellos no lo logran? ¿Crees que es el mejor nombre para tu hija? —lo miró directo a los ojos.

—Pero si ya lo han logrado —explicó sonriendo—. Una Elegida que ama a uno de los nuestros… Eso ya es un milagro. ¡Ella es un milagro!

Lina no dijo nada. Le dedicó una sonrisa amistosa y se quedó pensativa.

—Sabes que lo hace a propósito, ¿verdad? —la voz le rozó la nuca.

Se giró: era Mona, la camarera. Estaba fumando un tabaco fuerte. El humo encerró a Lina en una nube que la hizo toser. Mona señaló la pista donde la bailarina obviamente le dedicaba su danza a Máximus, que estaba muy cerca.

—Será cuestión de segundos antes de que todos empiecen a buscarte —continuó—. No creerán que te dejara sola en Whitehorse.

—¿Ellos dos fueron…? —A Lina no le interesaba nada más.

Mona le sonrió.

—¿Amantes? —Apagó su cigarrillo en el cenicero que el barman le alcanzaba en ese momento—. Es difícil nombrar lo que éramos, pero puedo decirte una cosa, mi señora, eres *muy* afortunada.

Mona se quedó atónita ante los ojos humedecidos de la Elegida.

Lina se levantó sin despedirse. Con esfuerzo, encontró a la camarera a la que le había dado su collar, y esta se lo entregó sin mirarla dos veces. Estaba hipnotizada con los movimientos de la bailarina.

De pronto un murmullo general la alertó. Debía salir de allí inmediatamente o todos la

reconocerían. No sabía cómo volver a casa, pero encontraría la forma. Aprovecharía para comer comida china y viajar en el metro… Quizás aceptaban dólares canadienses en esa ciudad…

Se puso el collar con la protección de su abuelo y comenzó a abrirse paso entre los excazadores, sin pensar en buscar su bolso o despedirse de su acompañante. Se sentía una tonta por haber confiado en ese arrogante cazador.

La música cesó de golpe y, sin que Lina lo notase, Máximus se dirigió a interceptarla. Aunque acercársele no era lo recomendable, el demonio no podía pensar en otra cosa que estar junto a ella.

En ese momento un hombre alto de cabello blanco, con un traje a rayas de tres piezas y pañuelo de picos en el bolsillo, que la había estado observando toda la noche, la detuvo.

—Todavía puedo oler a las almas humanas con facilidad —dijo con acento indescifrable.

Lina, angustiada por todo lo que había sucedido en esa corta parte de la noche, no fue desleal al rol que le habían confiado. Extendió su mano y se sinceró:

—Angelina Smith. Todos me dicen Lina.

La emoción del hombre era notoria. Tomó con delicadeza su mano y se la besó ante la exclamación de júbilo y asombro de todos los presentes. Menos uno.

—Suficiente, Humpy —ordenó Máximus.

—Oh, vamos, mi rey… No nos la puede negar. Déjeme presentarla como es debido.

—Nos tenemos que ir —dictó él.

—Aún no —respondió Lina desafiante y agregó—: Por supuesto que nos quedaremos un rato más.

—Los rumores son ciertos. Ella es diferente… —El hombre le ofreció su brazo.

Se dirigieron al escenario principal. Humpy estuvo arriba de un salto.

Máximus intentó subirla en sus brazos, pero el collar hechizado, con el rechazo de Lina, lo hizo permanecer lejos. La protección respondía al deseo de la herida humana. Lina usó las escaleras. La luz los acompañaba solo a ellos. Allí, en un escenario, Lina no podía distinguir ninguna figura. Su pánico escénico la hacía permanecer rígida. Quiso tomar a William, pero en vez de eso, su mano se cerró en un puño junto a Máximus.

Se hizo un silencio hasta que Humpy habló:

—Hoy tengo el agrado y el honor, queridos amigos, de presentaros —a Lina le recordó la apertura de un combate de boxeo— a la maravillosa, la única, la Elegida, la humana que se manifestó como la esperanza para nuestra raza, el alma pura que salvará a nuestros hermanos y que permitirá que ellos, quienes luchan día y noche en la cabalgata obligada, puedan observar el mañana con ojos ilusionados. Porque nunca en nuestra existencia hubo otra igual, hermanos, que la espectacular ¡Lina Smith!

La multitud gritó, saltó, pateó, aplaudió… Parecía que el lugar iba a venirse abajo.

Lina saludó tímida con su mano.

—Amigos, creo que podemos preguntarle si nos haría el honor de ser nuestra presa esta noche

—vociferó Humpy.

Lina dejó de saludar y miró a Máximus. Este tuvo que contener una carcajada al ver su expresión de pánico.

Hubo un grito de júbilo general.

—Qué significa exactamente… —comenzó a decir Lina.

—Vamos, no te animarías. No es para ti —dijo Máximus intentando agarrarla del brazo.

Lina le echó una mirada antipática y después se giró hacia aquel extraño presentador.

—¿Qué dices, señora nuestra? —El hombre la miró con ojos esperanzados.

Contra toda lógica, a la cual Lina era totalmente inmune, dijo en un murmullo:

—Sí.

* * *

La puerta trasera daba a una calle amplia y luminosa, sin un alma humana más que la de Lina. Así que allí estaba, rodeada de un círculo de exdemonios, en una de las ciudades más excitantes del mundo, mirando aquel puente en la distancia que se veía más oscuro que el de la postal en la pared de su cuarto.

Humpy explicaba las reglas, para la Elegida y para los que eran nuevos jugadores.

—Hermanos, formad vuestros equipos. Recordad: cuatro máximo. —Todos rieron. Lina tuvo que recordar que los grupos demoníacos se movían así, en un máximo de dos parejas. El exdemonio continuó—: La meta es pasar el puente con Angelina Smith en brazos. Quien lo logre, ganará su peso en diamantes o un beso de nuestra Elegida.

Lina alzó las cejas. Todo era irreal.

—¿Qué dice, mi rey, acepta?

—¡Tiene que quitarse el collar! —gritó Máximus desde su lugar en el círculo—. ¡Yo jugaré solo!

Humpy se giró hacia Lina:

—¿Qué dice usted a eso?

Ella se acercó a aquel hombre. Tuvo que ponerse de puntillas para llegar a su oído.

—La Elegida dice que nuestro rey tiene que probar que aquí también es un cazador líder.

Después de que el anfitrión vociferara la decisión de Lina se escuchó un *uh* general.

Mona sonrió satisfecha mientras Máximus asentía y hacía sonar sus nudillos, preparándose para el gran momento. Lina jugaba con su collar, intentando no parecer asustada.

Humpy calmó a la multitud con una nueva indicación:

—Nuestra presa tendrá, como es costumbre, una ventaja. —Le entregó un encendedor plateado que parecía muy elegante—. Mi señora, tiene que correr después de la señal.

—¿Qué señal?

—Suelte el encendedor cuando esté lista —indicó haciendo una reverencia.

Lina limpió la transpiración de sus manos con el vestido. La adrenalina la recorrió como un rayo. Ante una orden de Humpy, el círculo de excazadores retrocedió y se volvió una línea. Aquello parecía una maratón satánica.

La única humana original miró a los ojos a su demonio. Él sonrió de lado y ella, contra su sano juicio, el poco que le quedaba, sonrió de vuelta. Su pulgar accionó la llama de aquel encendedor que, al hacer contacto con el suelo, formó una barrera azulada entre ella y los cazadores.

—¡A jugar! —escuchó Lina que decía Humpy seguido de un bramido descomunal.

Lina corrió. Esta vez no por su vida. No por su alma. Esta vez corrió por diversión.

Las primeras manos que la tomaron fueron las de una muchacha con el cabello negro muy corto.

—Mi Sun, mi señora —se presentó y enseguida la ayudó a cruzar una calle transitada.

—Mucho gusto, Angelina Smith. Mi nombre es Esteban. —Ahora otro muchacho la robaba de los brazos de Mi Sun y le abría la puerta de un coche último modelo. En el asiento trasero, donde se acomodó, iban dos mujeres con tatuajes en sus rostros y sus brazos, que le sonreían mientras la joven que conducía la saludaba:

—Soy Bridget. También fui de Canadá, mi señora.

—Ella es originaria de este país. No del vecino, Brig —exclamó una de las mujeres, orgullosa de sus conocimientos sobre la vida de la Elegida.

Hacía tiempo que Lina no se divertía así. Gritaba de emoción mientras, en una curva a toda velocidad, las dos exdemonios la sostenían con cuidado.

De pronto el coche frenó, obligado por la figura que no tenía ningún miedo en plantarse frente a un vehículo a casi doscientos kilómetros por hora.

Máximus.

Había burlado la vigilancia de ocho grupos de exdemonios que intentaron retenerlo en el punto de partida. Era injusto con los demás, ya que él era el único que conservaba todos los poderes de los Infiernos. Peor aún, los de líder.

Bridget empezó a dar marcha atrás, pero otra vez tuvo que frenar de golpe. La puerta se abrió y un brazo musculoso raptó a Lina del vehículo.

—Iván, para servirla —se presentó el exdemonio colosal al que Lina ahora seguía, corriendo, mientras veía como Máximus era interceptado por docenas de otros jugadores.

Doblaron en una esquina multitudinaria. Lina observó que la gente común iba abrigada en la helada noche, observándolos como si estuviesen locos, ajenos a la existencia de otros mundos; pero ella no sentía frío, estaba rodeada de seres cálidos. Aquella idea le gustó.

No pasó mucho hasta que sintió que otras manos la reclamaban. Ahora dos mujeres la llevaban en la dirección contraria, pero no tuvieron tiempo ni de decir sus nombres, ya que tres muchachos tomaron a Lina y la llevaron por un callejón.

Al notar que Máximus les pisaba los talones, y que el callejón llegaba a su fin, el más joven

de todos la tomó por la cintura y comenzó —con una habilidad usurpada de las profundidades, para nada propia de un humano— a escalar la pared de un viejo edificio.

Ahora Lina jugaba entre los tejados de la ciudad. No le gustaba ni un poco estar tan alto. Mareada, observó a dos hombres y dos mujeres que interceptaron al muchacho y demostraron tener uno de los equipos mejor organizados de la noche: mientras el varón más alto la llevaba en brazos, una mujer le cuidaba la espalda y los otros dos custodiaban, uno delante y el otro atrás. Se movían con agilidad y en una sincronía que solo se puede aprender con la práctica de los años. Sin embargo, el talento del equipo de élite los dejó fuera de la competencia en el tejado de lo que parecía una fábrica abandonada con tubos de ventilación oxidados.

Humpy, Mona y Priscilla tomaron a Lina. Ahora, la hermosa bailarina llevaba un abrigo blanco que le sentaba de maravilla. Fue la primera vez que Lina se detuvo por voluntad propia. Extendió la mano hacia la mujer.

—Angelina Smith, mucho gusto —se presentó.

Priscilla sonrió hacia Mona, entendiéndose entre ellas. Después tomó la mano de Lina y la estrechó en un gesto amistoso. Mona se acercó y dijo:

—No nos interesa nuestro peso en diamantes y es más divertido charlar contigo que besarte.

Los tres exdemonios se pararon en la cornisa, pendientes de los otros competidores.

Lina permaneció apoyada en uno de los conductos de ventilación. Necesitaba un respiro.

—Máximus está loco por usted, mi reina —dijo Humpy y, tras carraspear, soltó—: ¿Por qué no conciben?

Lina se quedó de piedra. Al principio pensó que era un chiste, pero, ante la postura insistente de él, lo censuró con la mirada. ¿Acaso estaba loco? Respiró unas cuantas veces, utilizando las técnicas de relajación que J. J. le había enseñado, y después, recordando el discurso elogioso de antes, con la paciencia que la caracterizaba, agregó:

—Necesitamos encontrar unos símbolos, para el niño. —Abrazándose a sí misma calmó sus inquietas manos.

—Ya estamos al tanto —continuó Priscilla—. Nosotros y nuestros hermanos condenados. Pero tenéis tiempo para eso. Os ayudaremos con los que faltan. Por qué no apresurarse para…

—Porque William y yo lo decidimos así. Y hasta que él regrese, yo mantendré nuestra decisión. —Lina no se sentía cómoda hablando de algo tan personal con desconocidos. ¿Qué pasaría si no llegaban a encontrar los símbolos antes de que el niño naciera? ¿Acaso no todos los padres se preocupaban por recibir a sus hijos en las mejores condiciones? El mejor momento económico, la casa o el automóvil más grande, el vecindario con mejores colegios… Bueno, ellos debían ganarle al destino… En todo caso, ya bastante tenía ella con su ansiedad para hacerse cargo de la de los demás.

Mona se acercó a ella y la tomó de la mano.

—Mi reina, hay algo que no entiende. Todos creamos en vida otra parte nuestra. Nosotros alimentamos el alma equivocada, nuestro demonio. Usted, por ejemplo, alimenta un alma pura

que tendrá acceso directo a los Cielos. Esa parte no es menos suya de lo que Máximus es a William. Nuestros demonios nos pertenecen y son las máscaras que tienen el coraje de proteger nuestra humanidad. Somos uno. Siempre.

—Ya sé eso… o lo sabía —exclamó Lina, soltándose—. Antes. Cuando era la parte amable la que me miraba. Cuando el humano me decía que era el amor de su vida, que me cuidaría para siempre. Cuando sentía que yo le importaba, no por lo que era capaz de darle, sino por mí, por lo que soy.

—Señora nuestra —ahora Priscilla hablaba y la mujer fatal se extinguía en esos ojos sabios y cálidos—, hay tanto que quisiéramos contarte…, pero no hay tiempo. El mundo oculto está a tus pies esta noche, y lo estará por siempre. Nuestra señora no sabe que humano y demonio le pertenecen desde antes, mucho antes de que los Supremos lo designasen como competidor por su amor. Nuestra reina no sabe, pero hoy sabrá. —Miró hacia Mona, que asintió dándole coraje—. Nosotros, durante los eclipses, podemos sentir el amor encarnado como antes, y el resto del tiempo entre cacerías buscamos la proximidad, como salvajes. No hay deleite del alma. Solo el resabio animal. Nos recuerda nuestra vida humana. Nos recuerda que alguna vez fuimos seres que no debían esperar la caricia de los astros para conjugar. Muchas de nosotras tuvimos el placer de ser escogidas por Máximus para tal fin.

Lina apretó sus dientes con fuerza. Eso no estaba pasando. Esa mujer no se había atrevido… ¿Era una maldita broma? La punzada en el estómago que la había molestado los días anteriores volvió.

—¿Sabes hasta cuándo? —continuó la bailarina—. Veintisiete de noviembre de mil novecientos setenta y ocho. Ese día marcó el final del Máximus que nos elegía. Tú, siendo solo recuerdo de una brisa de vida que tuvo en sus brazos, fuiste para él toda la humanidad que podía llevar adelante como condenado.

Humpy intervino con voz amable:

—Usted es joven, mi señora. No sabe calcular el valor infinito de cada segundo, pero sabe que los cazadores aguardan a este niño como una luz de esperanza. Si ustedes tienen éxito, otros pueden ser salvados como se lo prometieron a nuestro rey y a su grupo… Deben utilizar su tiempo juntos. No todos tenemos esa posibilidad. El amor es cuestión de aprovechar el lugar y el momento correcto.

Los sonidos de la ciudad en la noche se extinguían ante las voces de esos seres. Lina se restregaba las manos, pero ya no estaba nerviosa. Estaba concentrada en lo que le decían.

—Máximus es como un cachorro —dijo Mona, cortando el dramatismo de sus compañeros—. No sabe cómo ser un humano civilizado. Solo conoce de Infiernos y cadenas.

—Usted es la llave que puede abrir esas cadenas —terminó Priscilla mientras le acariciaba la mano que antes le había estrechado, calmando sus movimientos. Después, con una sonrisa en sus labios delineados, exclamó—: Estos niños le van a gustar.

Lina escuchó risas juveniles provenientes de unas sombras que saltaban por los techos.

Priscilla, tras una reverencia, le dio un abrazo.

—Cuídalo. Sé que él luchará por tu bien. Y tú también lo sabes —le susurró.

«Genial, la ex de mi novio me da consejos. ¿Por qué la gente piensa que puede decirme cualquier cosa?», pensó Lina, pero no hubo tiempo para nada más. Inmediatamente, se convirtió en la presa de cuatro revoltosos. No parecían tener más de dieciséis años cada uno.

—Frederic, Jules, Caeb y Mike —se presentaron cantando todos juntos. Su táctica era pasarse a Lina entre sí. Hablaban hasta por los codos, sin darse cuenta de que le atribuían poderes lingüísticos, hablándole cada uno en su idioma original.

De pronto se detuvieron en una cornisa. El que se llamaba Frederic, con la adrenalina del momento, exclamó en Infernus:

—Mi señora, ¿confía en mí?

—¡No! —gritó Lina mientras miraba aquel vacío y su vértigo se acrecentaba.

—Pues siempre hay una primera vez para todo —dijo el muchacho con gesto pícaro.

Lina cayó aturdida. Ni siquiera pudo gritar. Otro jovencito logró atraparla, pero la retuvo por poco tiempo. Una fuerza descomunal lo golpeó y lo hizo aterrizar en un basurero.

Lina escuchó las risas de sus otros compañeros. No tuvo ni que mirar al sujeto; reconocía los brazos cálidos que ahora la llevaban. Infernalmente cálidos.

Él no disminuyó la velocidad.

—Cómo es que… —Se llevó las manos al cuello—. ¡Mi collar!

Máximus sonrió de lado. Ese aire confiado exasperaba a Lina, aunque no podía negar que lo hacía aparecer aún más seductor.

—¿Verdad que sirve tener amigos en el trabajo? —bromeó sin dejar de correr con ella entre los brazos.

—Priscilla… —Lina recordó el abrazo afectuoso.

—En sus tiempos era una experta robando.

—Parece que estos todavía son sus tiempos —confirmó Lina acariciándose el cuello vacío.

Máximus disminuyó la marcha. La bajó con cuidado y se colocó tras una pared con ella muy cerca.

—Ahora están todos los equipos contra nosotros —explicó.

—Contra ti, querrás decir. Yo soy solo el premio —dijo Lina aún dolida por la escena con la equilibrista y se sentó en un escalón sin preocuparse por su vestido mientras se retocaba el brillo de labios.

Máximus no le dio tiempo a hacer más. La tomó por un brazo y rompió el candado que protegía la puerta bajo la cual Lina había estado sentada. Los recibió una discoteca repleta. La gente saltaba al ritmo de una canción pegajosa.

Lina miró hacia atrás, observando que por esa misma puerta entraban todos los exdemonios.

—¡Will, nos persiguen, mira! —gritó.

Máximus la acercó hacia él y abriéndose paso entre la gente, habló de nuevo con rudeza:

—No me llames así.

Lina no pudo evitar asustarse. Él se sintió confuso y la arrastró hasta detrás de una columna. El lugar rebosaba con la entrada de los jugadores que aún no veían a su premio.

Máximus comenzó a disculparse:

—Yo, lo siento… No… —Le acarició los brazos con cuidado.

Lina apoyó su mentón en el hombro de él; estaba casi de puntillas.

—¡Yo también lo siento! Es la costumbre —dijo alto para superar la música.

Máximus, a punto de besarla con los ojos cerrados, no vio a Priscilla que, con un movimiento fugaz, ponía otra vez el collar sobre Lina y con suavidad la arrastraba del abrazo con una fuerza superior. Al mismo tiempo decenas de cazadores se abalanzaban sobre Máximus, como en un partido de rugby.

La montaña de exdemonios duró segundos. El líder había bajado la guardia, pero estaba de vuelta en el juego.

Su presa corría por las calles de nuevo.

—Lina Smith, tomaremos un atajo. —La muchacha que la tenía ahora había dicho que se llamaba Ámbar y llevaba todo el pelo en pequeñas trenzas al igual que el joven que la acompañaba, un tal Fox.

Otro exdemonio, muy delgado, con chaqueta de cuero, vaquero y cabello corto, al estilo de los años cincuenta, les abría la boca de una alcantarilla como si fuese la puerta de una limusina.

Lina dio un paso atrás. En ese momento pensó que el salto entre los techos de los edificios no había estado tan mal. El rockero se arrojó sonriendo y desde abajo gritó:

—¡Yo la agarro, mi señora!

—¿No hay otra manera más… higiénica? —preguntó Lina a la muchacha de trenzas.

—Si usted lo desea… —comenzó ella con rostro apenado—. No queremos faltarle al respeto, señora…

Lina no la dejó terminar de hablar. ¡Qué sensibles eran todos ellos! Se tapó la nariz y dio un paso hacia delante. El muchacho la tomó en el aire y los otros dos la siguieron.

Lina escuchaba el agua en los pies de los tres jugadores. Más adelante, vio a una mujer con un vestido lleno de lentejuelas que brillaban a la luz de la luna.

—Está aquí abajo. Puede sentirla… más fuerte de lo que yo a él. —Tenía una voz hermosa y unos gestos lentos que desentonaban con la situación—. Seguid hacia la derecha.

Corrieron dejando a la cuarta jugadora en el mismo lugar. Lina sintió una curiosidad enorme por esa criatura. Esa noche había visto a muchas personas, pero aquella era la que menos podía imaginar como exdemonio. Al doblar por uno de los conductos, la figura de Máximus surgió iluminada por la luz de la superficie que se filtraba.

El muchacho que la llevaba en brazos se detuvo y le hizo una señal al resto para que lo imitara. Colocó a Lina detrás de él, en el suelo. Ella no pudo evitar sentir arcadas cuando el agua mojó sus botas. Ahora quedarían arruinadas para siempre.

—¿Cómo haremos esto? —Máximus jugaba con una pequeña llama entre sus manos.

—Las reglas no permiten usar fuego. —El chico que se llamaba Fox no se atrevía a sostenerle la mirada infernal. Los otros dos tampoco.

—Lo echáis de menos, ¿verdad? —preguntó el demonio con malicia. Cerró sus manos y la llama desapareció.

—¡Corra, mi señora! Nosotros lo retendremos —dijo la muchacha.

Lina corrió sin pensarlo. Estaba perdida entre el laberinto subterráneo a la espera de una rejilla abierta o de otro equipo que viniese a su rescate.

De pronto, sintió su respiración. En la nuca, electrizándola… Sin embargo, cuando giró, lo vio a poco más de tres metros de distancia. Estaba agitado, no por la lucha a la cual lo habían sometido durante toda la noche, sino por aquella a la cual había dedicado su vida. Ella. Lina se llevó la mano a su bolsillo derecho. El inhalador estaba ahí, pero no lo necesitaba. Viejas costumbres. Después se llevó la mano a su cuello. Máximus estaba frente a ella, como un león en su jaula invisible. Pensó en el joyero lleno de regalos de sus antepasados y tiró. Un solo tirón. Las cuentas brillantes, de los colores de su infancia, se perdían una a una a sus pies.

Máximus se acercó rápido, con gracia felina, mientras la magia se desprendía del cuello de ella. Sin quitarle los ojos de encima, la tomó por la cintura con una mano y con la otra le protegió la cabeza mientras la acomodaba entre la pared y él. Se besaban con dolor, con odio y con todo lo que la pasión acarrea. El demonio no tardó en aprovecharse de la situación, enganchó una pierna de ella a su cadera, subiéndole el vestido para acariciar su piel. Al mismo tiempo besaba sus hombros queriendo, a cada beso, desprender aquel suéter que lo separaba de esa embriagadora fragancia de jazmines.

—Quiero que me ganes esta noche —logró decir Lina.

—Sí… Sí, Elegida… Lo que tú digas —balbuceó el demonio extasiado sin parar de acariciarla.

—En la carrera. Quiero cruzar el puente contigo.

—Ya te he ganado. —Los besos de él en la comisura de su boca le hacían perder el control.

—Para ellos es importante, Máximus.

Quizás por sus amigos y compañeros de especie, porque ella lo había llamado por su nombre o quizás por ambas razones…, Máximus se separó con pesar y la llevó a la superficie.

«Santa Lina siempre sacrificándose por el resto», pensó. Aunque hubiese sido bueno que Máximus aprovechase esa versión de su amada. Después, en aquel cuerpo frágil, habitaría lo opuesto a una santa, y los cuatro mundos sufrirían por eso, porque es cierto que los que tienen una gran capacidad para el bien, también la tienen para el mal.

Humana y demonio, tomados de la mano, cruzaron el puente corriendo. Ahora nadie los perseguía. Todos estaban del otro lado.

—¡Me lo han dejado demasiado fácil! —se jactó Máximus limpiándose el brillo pegajoso del mentón.

—Usted es invencible. —Humpy los recibió en la meta con esas palabras aduladoras—. Estimados, el vencedor: ¡Máximus!

Todos lo vitorearon. Con un tono insinuante, Humpy lo invitó:

—Puede reclamar el premio, su gracia.

Con los labios doloridos de tanto besarse, aún palpitando por el encuentro subterráneo, Máximus la besó, por primera vez tiernamente. Después, ante la petición del público, dio un espectáculo levantándola del suelo entre sus brazos.

Capítulo 22

Una obediente en rehabilitación



«—Hay gente que construye, que llega para resolver, curar… Tú, Lina, eres de las que destrozan, de las que lo cambian todo y fundan nuevas realidades.»

W. Parrot, *Whitehorse IV. Little Horse*

Lo empezó a encontrar en todas partes. Si iba a la iglesia con sus tíos, allí estaba él, en un banco cercano. Mirándola. Si salía con los hermanos J. J. y su guardián, él aparecía. Cuando ella intentaba acercársele, ya se había marchado. Una urgencia comenzó a invadirla: solo quería sus besos. La estaba volviendo loca. Aquello era una suerte de cortejo demoníaco que la humana no entendía.

Como de costumbre, cuando algo la superaba, iba a la biblioteca, mientras Josh ensayaba diariamente para olvidarse de su encuentro con Pat y Julie pasaba cada momento libre con Matthew.

Lina estaba allí desde la mañana. Se sintió bien consigo misma. Había aprovechado el día entre el estudio del lenguaje de signos, la monografía para la clase del profesor Guzmán y las anotaciones finales para la obra que ya estaba a la vuelta de la esquina. Los diálogos destacaban.

Gracias a que había madrugado, pudo sentarse en la mejor mesa, junto a los grandes ventanales. La biblioteca de la universidad era más grande que la de su colegio. Le daba la sensación de ser más culta solo por estar allí. La calefacción del lugar estaba al máximo y, sin su demonio, era lo más cálida que podía estar.

Aquel día llevaba un jersey ajustado de cuello alto negro y su pantalón azul oscuro de

mezclilla. Con esos colores, su cabello lucía más dorado y sus grandes ojos verdes resaltaban.

Máximus, en una mesa vecina, pudo ver lo delgada que estaba. Sus labios se hinchaban entre los pómulos consumidos. Un gesto de preocupación atravesó su rostro, pero, enseguida, lo reemplazó por uno burlón en cuanto ella notó su presencia.

Lina, como respondiendo a un instinto, le sonrió.

Ya antes de levantar la vista, al sentir unos ojos de fuego clavados en ella, se sintió feliz. Lo había echado de menos. Él se acercó con ese dominio de movimientos que le envidiaba. Tenía puesto un suéter muy fino de cuello en pico que mostraba el inicio de sus músculos.

—¿Estás estudiando para la universidad? —preguntó él en un tono demasiado elevado para el lugar—. Pensé que no entrabas hasta el próximo semestre, que solo ibas a las clases de oyente.

Ella le indicó que hablara en susurros y le hizo señas para que se sentara a su lado.

—Estoy y no estoy en la universidad. Me dejan ir a algunas clases, entregar algunos trabajos para evaluar mi nivel y después, cuando me inscriba, voy a poder presentarme a los exámenes libres. —Pertenecer y no pertenecer sería una cruz que llevaría durante muchos años—. No sé si tengo que explicarte estas cosas. ¿No oías todo esto desde donde estabas?

—Más o menos… —dijo él—. La vida se me hacía como cuando tú tienes de fondo ese aparato televisor. Estaba adormilado la mayor parte del tiempo. Excepto cuando él perdía los estribos, por ira, miedo o pasión… —La recorrió con la mirada.

Lina respiró profundamente, ya que su masculina presencia comenzaba a turbarla. Un poco nerviosa y un poco contenta, arrugaba las hojas de su libro. Realmente necesitaba concentrarse en la obra, pero cuando él estaba cerca, se olvidaba del mundo.

—Hay algo que he estado pensando… —Lina quería salir de una duda—. Si te convertiste de nuevo en humano al mirarme, al conectarse nuestros corazones, entonces el que siguió mis gritos aquella noche en el bosque, cuando nos conocimos, eras tú. Y, de nuevo, eras tú en Darkhorse cuando me rescataste. —Lina iba a agregar algo más, pero no se animaba a traer el recuerdo del accidente de sus padres.

Máximus se acercó haciendo chirriar la silla sin importarle un comino las quejas de todos.

—Este soy yo —dijo tomándola del rostro. Lina pudo sentir el aroma de su aliento antes de que la besara despacio.

—Este eres tú —repitió cuando sus labios se alejaron—. Lo sé. Es que todavía me cuesta entenderlo.

Le acarició el rostro y él siguió el contacto con su mejilla, como una mascota fiel.

—Quiero entender. Se siente… como gemelos, pero con pequeñas diferencias que los convierten en dos seres distintos. Es hasta siniestro, lo que es conocido que de repente se vuelve… extraño…

Un muchacho cerca los mandó callar. Lina se apresuró a pedir disculpas y Máximus se levantó para iniciar una pelea. El muchacho retrocedió y, sin demora, Lina recogió sus cosas y se

llevó a Máximus. Él respiró hondo y su pecho pareció crecer hasta hacerse tres veces más grande que el de Lina, pero obedeció.

—Dijiste que querías conocerme. Querías normalidad y te di una cita —retomó él mientras cruzaban las puertas y recorrían el pasillo.

—Sí, quiero conocerte —reconoció Lina—. Con tus amigos lo pasé muy bien. Me sentí cómoda.

Él la seguía de cerca, deseando tocar su piel suave y perderse en ese cabello dorado, sin reparar en todas las muchachas y las insinuantes miradas que le lanzaban. Solo tenía ojos para una.

—Tú eres extraña, Elegida —le soltó. Lina no se sorprendió ante el comentario. Era rara, lo sabía, así que lo escuchó—: Veo a otros humanos… Ahora más de cerca, y luego te veo a ti, y parece que seas nueva en todo lo que haces, como recién llegada a este mundo.

—Como tú —dijo Lina aceptando el folleto que le pasaba un muchacho del Club de Informática.

—Yo me adapto. Me camuflo. Nadie puede notar mi incomodidad, la tuya es evidente… —la corrigió Máximus—. Evades miradas, caminas despacio… Temerosa. Como si el mundo te intimidara. —Lina iba a decir algo para defenderse, pero Máximus continuó mientras salían al frío del campus—. Y al mismo tiempo, eres intocable, y las personas lo entienden. Como una reina caminando entre su plebe. Tu pequeñez aparente no es otra cosa que una grandiosidad disfrazada. Una alondra entre los mortales que, ante la mínima señal, extiende sus alas y vuela lejos para que nadie se le acerque siquiera.

—Interesante metáfora. —Lina giró sobre sí misma, sonrió y extendió sus brazos—. Pero yo no tengo alas.

—Pues las han fabricado para ti. —Máximus señaló un árbol fuera. Lina siguió su dedo. Hansel estaba sentado en una rama baja, balanceando sus piernas como lo haría un niño pequeño al jugar. En esa actitud se perdía entre los joviales universitarios.

—Lo siento. No lo puedo controlar —se disculpó y moviendo la cabeza le indicó a su guardián que se marchara. Sin demora, Hansel la obedeció.

Cuando el ángel se fue, Máximus le robó otro beso. Lina, a cambio, le regaló una hermosa sonrisa, de esas que quedan grabadas en la memoria. Caminaron por el campus. Era temprano, pero los días se hacían cada vez más cortos.

Lina aceptó que la llevara a su casa, así que se dirigían a la salida norte que limitaba con el bosque. Allí llamarían a Humble.

En uno de los lagos congelados de los bellos jardines de la universidad había gente patinando. Máximus aprovechó para contarle una historia sobre un cazador que había muerto con los patines, por lo que cazaba en patines, pero Lina no lo encontró gracioso. Le pareció inhumano torturar a alguien así durante siglos. Esa empatía que la caracterizaba ayudaría en un futuro

cercano a que miles de cazadores pudiesen desprenderse de aquellas prendas malditas que los incomodaban hasta lo insano: máscaras, sombreros, corsés…

—No puedes negar que es un poco gracioso. Vamos, deberías ser más fuerte. Tienes que estar a la altura de un cazador líder. —Máximus la miró con curiosidad. ¿Qué le importaban a ella unos insignificantes cazadores? ¿Podía, acaso, sentir piedad por los *malditos*, como vulgarmente los llamaban? ¿Existía alguien así? ¿Tan puro?

Lina frenó la caminata, se colocó el bolso y se ató el pelo en una coleta casual.

Máximus estaba hipnotizado por esos movimientos humanos.

—Mira —empezó decidida, pero con tono divertido—, yo soy así. ¿Ok? Y un poco, si te gusta bien, si no… Te diría que hay muchos peces en el océano, pero estamos tú y yo solos en este estanque. Así que tú eres el de la superpersonalidad y yo la más tranquila. ¿De acuerdo? Siento que hayas mirado a la chica equivocada en el bosque, eres un rey en tu mundo… Aquí —Lina señaló el suelo— te encontraste conmigo, y es lo que hay. Sé muy bien quién soy y no necesito a alguien que me lo recuerde o que me quiera cambiar. ¿Estamos de acuerdo en eso?

Máximus la miró y algo en su interior se hizo trizas; ese nivel de intimidad y conexión no lo había sentido con nadie. Ella era todo un universo completo. La complejidad de sus emociones, la sinceridad de sus palabras, la cercanía que le ofrecían sus gestos y sus ideas eran más que suficientes para tenerlo a su merced. Intentaba medirla, pero no tenía con qué. Lina era el alma más pura que conocería jamás. Más pura que los ángeles que respetaban reglas perversas, más pura que los humanos que iban directos al Paraíso después de su primera vida.

Volviendo a su pose, alzándola en un juego de novios, le dijo:

—Eso es hablar como una reina.

—Eres insufrible. —Lina rio desde arriba contenta. Después se deshizo de su agarre y en el suelo se dio media vuelta muy rápido, sin prestar atención al camino. Un muchacho despreocupado se dio de lleno contra ella.

—¡Hey, cuidado! —le advirtió.

Lina ya estaba disculpándose cuando un movimiento rápido de Máximus la hizo pegar un gritito. El demonio había tomado al muchacho por la nuca y lo apoyaba con fuerza contra una pared.

—Discúlpate con la señorita —dijo entre dientes refrenando una ira incontenible. La vena de su frente parecía a punto de estallar.

Lina se quedó perpleja. Hasta hacía un momento estaban jugando y ahora esa violencia la desconcertaba.

El muchacho balbuceó un «lo siento» y él lo soltó con brusquedad.

Lina, recuperada, regañó a Máximus. Debía elegir sus batallas en la Tierra. No podía estar todo el tiempo a la defensiva.

—Todas son mis batallas —reconoció él. Después, como si lo anterior no hubiese sucedido, recuperó su actitud seductora y agregó—: Yo soy tu furia, Elegida.

Lina giró los ojos ante aquel dramatismo. Sin embargo, esa promesa era muy valiosa para una persona un tanto melancólica como ella. Sí, Máximus la cuidaría. Él sería la hostilidad, el rugido, la pasión. Máximus sería el príncipe que le tendería la mano para salir de las ciénagas de desconsuelo en las cuales se iba a empantanar en su existencia, pero la decisión de salir o no sería siempre de ella.

Ya internados en el bosque, Lina quiso llamar ella misma a Humble. Se concentró y, mirando hacia el este, murmuró:

—Si mi parte humana viene a mí, Humble.

Cuando el galope se escuchó desde el norte, Lina se sintió satisfecha: solo los cazadores podían hacer eso. Debía de ser la única humana en el mundo con ese poder.

Sin felicitarla, pero también satisfecho con la hazaña, Máximus la tomó y montaron juntos. La sentó frente a él. En esa posición sus bocas no hicieron más que besarse.

Por el camino, la tormenta que venía amenazando durante los días anteriores al fin se desató. Máximus cambió el rumbo hasta la casa grande, que era la más cercana, y, en cuanto llegaron, Lina telefoneó a sus tíos, que agradecieron que estuviese a salvo. Era una de esas tormentas que arrasaban con todo.

Después de una comida donde intercambiaron anécdotas de todo tipo sobre los hermanos J. J., Izzie y Eron, la vida infernal, el mundo humano y sus fallos, los símbolos faltantes y mucho más, al tercer bostezo de Máximus, Lina lo obligó a dormir arriba.

Ella se quedaría despierta terminando los detalles de la obra.

—Tienes que dormir —le repitió desde la silla mientras él, con insistencia infantil, se obligaba a mantener los ojos abiertos.

—No quiero. —Máximus estaba incómodo en aquella habitación que le pertenecía al otro.

—¿Por qué no?

—Porque quiero mirarte a ti. —Eso era correcto solo en parte. En realidad, Máximus odiaba dormir. Tenía miedo de no despertar, de quedar atrapado de nuevo… De verlo todo a través de esa neblina densa, y también de que ella lo olvidara. Pero aún no se podía reconocer a sí mismo en esa sensibilidad, por eso solo agregó—: No quiero despertar y volver a las sombras.

—Me quedaré aquí junto a ti cuidándote y te despertaré cuando llegue el momento de despertar. —Una por una, esas mismas palabras serían repetidas por Máximus la primera noche de la transformación de Lina. Cuando un nuevo ser, que no pertenecería con exactitud a ninguno de los cuatro reinos, ocupara el cuerpo de Lina Smith.

* * *

Máximus estaba en el jardín más grandioso que había visto en su existencia. Su vista recorría las colinas verdes que lo enmarcaban, los arbustos frondosos y el cielo diáfano de un amanecer.

A su alrededor, aquel lugar paradisíaco estaba repleto de girasoles altos. Escuchó el sonido de distintos animales y el viento mover las copas de árboles grandes, pero nuevos.

Todo allí refulgía en un estado sano y nutritivo.

El aroma a jazmines se colaba por su nariz y el sol le calentaba la piel. No recordaba haberse sentido así de bien en ningún otro sitio…

Entonces la vio. Hacía unos momentos la había dejado en un pueblo frío y blanco de nieve. Ahora estaba allí, jugando con un animal que parecía ser mitad cebra por delante y mitad caballo por detrás. Había muchos animales sobre el césped fluorescente y las flores de los colores más llamativos que el ojo humano pudiese apreciar. Aunque aquellos ojos que se deleitaban con ese paisaje ideal no eran humanos.

—No tengas miedo, amor mío, ven. Acércate. —Era la voz de Lina, indudablemente, pero algo en su tono había cambiado. Solo con esas pocas palabras Máximus pudo notar la sabiduría en esos labios. Ahora ella acariciaba a un tigre de Bengala azul que se subía a su pecho con ambas patas, como una mascota. Su elegante ropa resplandecía: llevaba un vestido grande, digno de una reina, y de haber sido más observador hubiese notado la corona de flores, los pimpollos que surgían de sus dedos y los ojos verdes que se asemejaban más a hojas de un abeto primaveral que al iris de Lina Smith.

—¿Dónde estamos? —preguntó confuso.

—Cuándo sería la pregunta, no dónde —dijo ella y se volvió a mirarlo, sin dejar de acariciar al animal. Después le aclaró—: Estás durmiendo en Whitehorse, descansando junto a mí. Te traje porque quería hablar contigo.

—¿Cómo? —Era la primera vez que Máximus soñaba.

—El Señor del Sueño es… Bueno, se siente en deuda con nuestra familia. Me permitió traerte aquí.

Máximus no entendía esas palabras, pero se distrajo al notar la mano derecha de Lina. Era de un tono distinto al de su tez clara, y en su piel curtida estaban tallados arabescos .

—Tu mano.

Lina la observó y sonrió. Apoyó su frente sobre el animal azul y lo besó, despidiéndolo. Necesitaba que toda su atención fuese para Máximus.

—No debes preocuparte por mí. Intenté parecerme a ella…, a mí, a mi versión de mil novecientos noventa y uno, pero hay cosas que cambian en nosotros y que se quedan con una fuerza imparable. —La mano nueva de Lina acarició la cicatriz del rostro de él—. Tantas batallas…

—Eres poderosa en el futuro, Elegida —exclamó él.

Lina lanzó una carcajada hacia arriba. Se reía igual que siempre.

—Hace tanto que nadie me llama así.

—¿Cómo te llaman ahora?

—Aún hoy, tú me llamas mi vida. Siempre me encantó. —Sus ojos brillaron, después se alejó

y en un tono imperativo, dijo—: Ahora, vamos a lo importante. ¿Estás siendo un grosero como recuerdo?

—¿Qué eres? —insistió, perdido en esa magia onírica.

—Muchas cosas. Ahora esto. —Lina giró con el vestido que hizo destellar luces rosas y verdes. A su alrededor los árboles se agitaron.

Máximus no pudo decir nada, solo recordó el giro en el campus de la universidad y sonrió, otra vez hipnotizado por ella.

—Concéntrate, mi vida —le pidió Lina—. No me conquistarás comportándote como un imbécil. La dominación, el autoritarismo… Son todas las cosas que siempre quise cambiar en el mundo. Debes comportarte.

—No sé cómo… —se sinceró.

—Bien, eso es bueno. No sabes. Entonces aprendes.

—No creo que ella… —balbuceó—, que tú estés en un buen lugar para enseñarme, ya sabes… Soy una bestia, un perro y tú…

—Me gustan las bestias —lo cortó Lina mientras una pantera se acercaba a ella en busca de mimos.

—Entonces yo te debo de volver loca, Elegida. He visto cómo me miras. —El tono arrogante no lo abandonaba ni en sueños.

Otra carcajada fresca, llena de vida.

—Siempre supiste cómo ruborizarme… Eso es bueno. Te ayudaré, amor: al principio sí me vuelven loca esas cosas, pero lo que perdura, lo que mantiene juntos a los que aman, es algo más. Debes averiguarlo. Debes aprender a conseguir el amor de una humana.

—¿Cómo? —quiso saber, desesperado—. A veces babeas por mí y otras no me quieres ver… En el fondo… no te culpo.

—Qué bueno que tenga amigos que me conocen bien. Busca a Julie —le aconsejó.

Máximus recordó la cantidad de señas que la muchacha le había dirigido aquella noche en el bar mientras la Lina de los noventa vomitaba. Al final dijo:

—Creo que ella tampoco me soporta mucho. Tal vez pueda intentarlo con el chico, con Josh.

Lina dejó de acariciar al animal. Sus hombros se tensaron y su mandíbula se apretó, reteniendo el caudal de emociones.

—¿Cómo está J. J.? —preguntó con voz cortada.

—Bien, ya sabes… El cómico Josh, haciendo de las suyas.

—El cómico Josh… —murmuró Lina con nostalgia acercándose a él—. Dile que se cuide, por favor.

En ese momento se oyó un sonido terrorífico que provenía de unos establos que Máximus acababa de descubrir. Todo animal parecía libre en ese edén. No se le ocurría qué podía estar allí dentro.

—¿Qué es eso? ¿Qué hay ahí?

—Deja que yo me preocupe por esos asuntos. Tú ya tienes los tuyos. —Lina volvió a sonreír y, tomándolo de la barbilla, lo obligó a mirarla—. Tratas de conquistarme, pero te estás comportando como un completo imbécil.

Máximus otra vez se hipnotizó con sus ojos.

—Tienes razón. Temo que te acerques al ángel. —Hizo una pausa—. ¿Eso es lo que sucede al final? ¿Él gana?

Lina lo miró con ternura, después le volvió a acariciar el rostro.

—Nunca fue acerca de Samuel, ni de ti, ni de William… Estáis tan ocupados en competir, que no recordáis que a la que tenéis que convencer es a mí.

—¿Me trajiste para hacerme un favor? ¿Para asegurar nuestro destino? —Se notaba la esperanza en sus preguntas.

—No, amor mío. El destino está muerto —le aseguró—. No te estoy dando información que te sirva y en definitiva serán otras las razones que juntarán o alejarán nuestros caminos. Te he traído para hacerme un favor a mí misma. Esa Lina no está en su mejor momento. Te necesita. Os necesita a todos. Está a punto de vivir una de las situaciones más difíciles de su existencia.

De pronto un perro gordo y con cara de pocos amigos se acercó; nada tenía que ver con los animales refinados que estaban por allí. Pero Lina le sonrió con un cariño especial.

—El reverendo —adivinó Máximus.

Lina asintió despacio. Se frotó los dedos y suspiró. Volviéndose hacia el perro le abrió la mano y en su palma apareció una flor de tres pétalos que el animal comió contento.

—Nunca fui buena con la muerte. Siempre me cuesta —reconoció al fin.

Unos árboles de cerezo comenzaron a desprender sus pétalos. Al incorporarse, Lina le sonrió entre la lluvia de flores.

—Estás hermosa —admitió embobado.

—Tú también… tan joven.

—¿Yo envejezco? —preguntó sorprendido.

—Todos los humanos lo hacemos. Es inevitable. —Lina se encogió de hombros.

—¿Me convertiré en humano?

—Nunca dejaste de serlo, William —le susurró.

Máximus se puso tenso y con tono afectado, como un chiquillo, exclamó:

—No me digas William. No me llames así.

Lina puso los ojos en blanco y dio unos pasos hacia él, que parecía estar clavado en el suelo, más quieto que nunca.

—Dios, olvidé esta parte…, lo insoportable que eras. No te preocupes. Después yo me pondré insoportable. Como en toda larga relación, nos turnaremos para serlo.

—¿Puedes darme algún consejo más? —insistió de nuevo con tono amistoso.

—No tiene importancia, William Máximus Wildman. Lo olvidarás todo. —Hizo una pausa para reír—. En el segundo en que despiertes y me tomes la mano mientras yo te calmo un ataque

de tos, este sueño se desvanecerá en tu memoria. Pídeme un vaso de agua, agradécemelo y después aprende cómo ser un buen humano.

—¿Qué sentido tiene todo esto si lo olvidaré? —Se sentía estafado.

—Tu alma, amor mío, recordará lo esencial —lo tranquilizó—. Planté una idea, una esperanza, un sentimiento… El ansia de cuidarme. Y, como todo lo que yo planto —hizo un gesto con su mano—, crece.

En ese momento una enredadera surgió entre los árboles y los alcanzó donde ellos estaban, generando una alfombra de flores blancas bajo sus pies.

—Lina, dime… —ahora una fuerza superior lo obligaba a hablar—, considerando todo lo que tú ya sabes…, ¿crees que es mejor que me aleje? ¿Que William y yo la, perdón, te dejemos en paz? ¿Te haremos bien? ¿Hay otra salida?

—Al hacer esa pregunta ya te estás contestando. —Y haciendo uso de su coquetería dijo—: ¿Quieres un beso para el camino?

—Siempre —exclamó sin demora, devolviéndole el gesto sensual.

Lina volvió a reír y se acercó. De puntillas, levantando el vestido y sosteniéndose la corona de flores, le rozó los labios con dulzura. Aquel Máximus no era tan poderoso como para soportar la pasión de ella. Inmediatamente el demonio comenzó a toser. Lina se alejó y lo miró enternecida mientras cientos de pétalos de jazmines abandonaban la boca de Máximus.

En la habitación de William las ventanas golpeaban por la tormenta. Máximus despertó agitado; tosía sin parar y Lina lo ayudó a incorporarse.

—Soñé que vomitaba flores… y creo que tú estabas ahí —logró decir entre jadeos.

Ella encendió una luz. Suponía que Máximus también podía sentir el desconcierto que sienten todos al despertar de una siesta que comenzó de día y terminó de noche. La pequeña Smith se subió a la cama para investigar qué le pasaba a su amo, ese que era el más tibio de los dos.

—Fue una pesadilla. Es todo —lo tranquilizó Lina.

—No…, no era… —Continuó tosiendo—. Necesito…

—Agua. Ya te traigo —dijo ella diligentemente.

Al escuchar que la tos continuaba, Lina se apuró. Llenó el vaso que encontró en el baño y volvió con rapidez. Sentándose junto a él lo ayudó a beber.

—Despacio. Ahora respira profundo, así… —inhaló una gran bocanada—, y luego sueltas.

Capítulo 23

Noche de estreno



> «La humilde y destartalada tienda quedaba algunas calles más abajo del teatro. Luna sospechaba que aquello sería pasajero, pero cada vez más y más clientes llegaban de todas partes para llevarse sus máscaras como pan caliente.»
>
> W. Parrot, *Darkhorse*

La pequeña Smith crecía fuerte bajo el cuidado de Máximus, que, siguiendo instrucciones de Paolo, la llevó a vacunar. Fireball también tuvo que asistir a la consulta del veterinario. La cicatriz estaba bien cerrada y podía andar sin el parche. Tenía un aspecto siniestro con un ojo menos, pero había recuperado su vitalidad.

Sin notarlo, Máximus se estaba convirtiendo en un hombre de familia. Hasta había llevado el coche negro a reparar después del choque de Lina la noche que él había aparecido.

Por su parte, Lina trataba a la pequeña Smith como a un bebé, sacando a relucir sus mejores actitudes maternales con la cachorra. Todo el cariño que el ambivalente Fireball no le dejaba expresar, la pequeña Smith lo recibía dichosa. Y, si bien hubo algunos arañazos, y algún que otro gruñido, los dos animales se amoldaron bastante civilizadamente desde el comienzo. Además, mientras la cachorra se convertía en propietaria de la casa grande, el gato era un visitante ocasional al que le gustaba vivir sus días en la libertad de los bosques con Daisy.

La extraña pareja de demonio y humana había vivido unos días tranquilos sin novedades de ningún tipo. La salud del tío Dimitri estaba estable, la comunidad demoníaca aún no hallaba registros de ningún tipo del símbolo de fuego, y Máximus, gracias a las palabras amigas de Paolo

y el acuerdo que la Elegida le había ofrecido, comenzaba a comportarse como debió hacerlo desde el principio.

La bendita rutina parecía, como siempre, indestructible.

Lina recordó con ternura las tardes aburridas junto a sus vecinos, cuando deseaba que algo, cualquier cosa, sucediese. Si bien aquella muchacha ya solo se encontraba en las fotografías de los álbumes que su tía insistía en montar, algo dentro de Lina la llevaba siempre a esos lugares comunes. Recuperar el equilibrio era vital para sentirse en su eje.

Pero, también como siempre, una nueva crisis tocó a la puerta de su casa.

—¡Señor Griffin! —exclamó Lina sorprendida, interrumpiendo un almuerzo con sus tíos—. ¿Todo está bien? Se supone que lo vería para el estreno dentro de dos horas.

—¿Puedo pasar? —preguntó el profesor sin esperar invitación. Una vez dentro, le explicó el motivo de su visita.

Lina contuvo la respiración y se mordió las uñas en todo momento.

A veces los pasos más significativos de los humanos los dan bajo una especie de despersonalización. No fue Lina la que había decidido cambiar el rumbo de su vocación aquel día. Ni tampoco fue coincidencia la gripe que había dejado en cama a Alicia McMillen en reposo absoluto, imposibilitada de hacer su diminuto aporte en la obra. Solo una línea tenía su personaje, una insignificante ninfa de los bosques.

Lo que decidió que Lina se atreviera a intentar decir sus primeras siete palabras sobre un escenario fue la insistencia del señor Griffin.

El profesor se encargó de convencerla a través de todos los medios posibles para que, a pocas horas del estreno, su mano derecha, la muchacha que con un tío enfermo, un estado de ansiedad alto, un novio ambivalente y una cantidad importante de sueños frustrados, aceptara hacer algo que la aterraba.

Era fácil aprovecharse de una persona como Lina. Cuando había que preparar el libreto, allí estaba ella; si la escenografía era endeble, ajustaba tornillos junto con Harry; ¿alguien mezclaba los disfraces y las máscaras? No importaba, ella ya los había catalogado.

Además, tomaba lecciones básicas de costura con su tía Barb, de maquillaje y peluquería con su amiga Julie. Todo por su cuenta, todo a pesar de su torpeza manual; y hasta intentaba aprender los misterios del panel de sonidos y de luces con Rex… En cada detalle estaba aquella muchacha de aspecto peculiar. Dentro de aquel chaleco negro demasiado grande bailaba un talento innato para las tablas, atrapado por las cadenas del pánico escénico.

Sin embargo, el señor Griffin creía que ya era el momento de terminar con las profecías autocumplidas. Si un elefante de circo no recuerda que es lo suficientemente fuerte como para romper sus propias cadenas, el dueño del circo debería recordárselo. Siempre y cuando le conviniese, por supuesto.

Por otro lado, Lina era un ser manipulable por la culpa, por lo que al profesor solo le bastó mencionar la hermosa alegría que sería para su tío verla actuar en la obra que con tanto esfuerzo

ella había montado.

Después de las inagotables negativas de Lina, asegurando que podía encontrar un reemplazo en cualquier jovencita del pueblo y hasta en su mismo amigo Josh, que no tenía problema en meterse en un disfraz de ninfa, la muchacha aceptó.

En definitiva, estaría bien que su tío la viese actuar. Lo distraería unas horas de la espera de los resultados. Además, sentía que, si hacía meses que ella no sufría un ataque de asma, a lo mejor esta era su gran oportunidad.

* * *

La tía Barb llevaba en su muñeca la almohadilla con agujas y alfileres de todos los tamaños, y en su boca había unas cuantas más para coser firmemente el bolsillo oculto de aquel traje verde, donde iría el inhalador por si acaso.

La sala de utilería se había transformado en un camerino, y Bárbara Smith y Julie Jones revoloteaban alrededor de Lina.

La ninfa en cuestión pertenecía a un bosque por el cual pasaba el laberinto, así que se camuflaba con las hojas verdes, las ramas, la tierra y también los ladrillos de terracota.

Julie se había esmerado con los peinados. El de Lina era un personaje menor, más que secundario; de hecho, su línea podía ser omitida y no cambiaba ni un ápice de la trama, pero en el último momento, Julie Jones, sin descuidar a los demás —después de todo era una profesional —, se dedicó a su amiga. Para ella era la protagonista de la obra.

—¿Cuántas veces te he dicho que tu color de pelo es único?

—Muchas —dijo Lina con los ojos bien abiertos por el miedo.

—Nunca podremos imitar este color —declaró orgullosa—. Incluso con todos los avances de la ciencia, tu rubio es una de las pocas maravillas que son obra única e irrepetible de la naturaleza.

Lina asintió. Su cabello, primero liso y luego ondulado, caía sobre sus hombros. Entendía que su amiga le hablara para tranquilizarla, pero ella estaba en otro mundo. Repetía aquellas siete palabras en su mente como si su vida dependiera de ello.

La media corona de hojas iba desde el comienzo de sus cejas hasta las sienes, aferrada con un pegamento especial. Lina no recordaba el nombre, ni los tiempos de los cambios, ni la posición de las luces. Todo su mundo se convertía en esa simple línea y el miedo incontrolable de olvidarla. En su mente se dibujaba una y otra vez la imagen de ella congelada en medio del escenario con las palabras atragantándose en su interior, y allí mismo terminaba su macabra fantasía. El aire no debía faltarle. No existían las ninfas asmáticas.

En el público iban a estar todos apoyándola. Josh, Máximus, el tío Dimitri y la tía Barb, sus excompañeros de clase, Celestine, Peter, Matthew y en los lados Paul, Julie y Harry. Eso era peor que hacerlo frente a desconocidos.

Una vez que estuvo sola, Máximus entró en el improvisado camerino. Los primeros acordes ya se escuchaban desde allí. Era ahora o nunca. Le tomó la mano y Lina lo miró aterrada. Era la misma mirada que muchas almas en pena le habían dedicado cuando las cazaba y las llevaba a los Infiernos. Sus dedos estaban helados.

—Estás temblando. —Acercó las manos de ella a sus labios y con un cálido soplido la reconfortó—. No sé qué se dice en estos momentos, ¿qué diría él?

—¿Qué tienes ganas de decir tú? —dijo Lina un poco más tranquila con su presencia.

Máximus hizo ese gesto tan suyo, esa sonrisa ladeada, que al principio parecía siniestra y luego encantadora.

—¡Ve a por tus presas, Elegida! —la animó mientras le abría la puerta.

Decidida, Lina se levantó el vestido y dio esos treinta pasos hasta el escenario con el corazón en la boca y un nudo en el estómago. Se colocó junto a Harry y a Paul, que le regalaron palabras de aliento que no pudo apreciar. Escuchó las líneas y supo que había llegado el momento.

Las luces del escenario la cegaron. El calor de los reflectores le nubló los sentidos. No podía ver nada.

—Ninfa, ¿es ese el camino al castillo? —exclamó Tiffany.

Y sucedió lo más probable. Lina se congeló. Las siete palabras se agolpaban apresuradas en su mente, pero ninguna se atrevió a salir primero. Ni un gesto más que un pestañeo rítmico y automático acompañaba el rostro de Lina.

Alguna vez había escuchado que antes de morir uno veía toda su vida. Ella había estado dos veces ya al borde de la muerte, cuando era pequeña en el coche de sus padres y cuando dos criaturas, una de los Cielos y otra de los Infiernos, competían por su alma y su cuerpo. No recordaba la escena que alucinó cuando se desangraba en el Círculo, tampoco recordó cuando sus ojos infantiles vieron aparecer en su vida, por primera vez, al cazador infernal que se convertiría en el hombre al que amaría como adulta. No recordó que los momentos de su vida ya habían pasado en una suerte de desfile mortuorio por su mente. Sin embargo, en ese momento, su corta existencia se dibujaba frente a ella otra vez.

Así pasaba con Lina: por dentro, se batallaban guerras entre su imaginación y el poco sentido de realidad que tenía. Ese era el momento para hablar y conectarse con lo que estaba sucediendo. No para soñar despierta.

—¡Ninfa! —repitió Tiffany—. ¿Es este el camino al castillo?

Todos pensaron algo distinto. La tía Barb murmuraba como una plegaria las siete palabras que su amada sobrina había estado repitiendo por toda la casa. Julie pensaba que si se veía tan hermosa *tenía* que decir algo. Harry estuvo a punto de tirar el telón abajo y alegar que el teatro se incendiaba. Rex casi apagó el reflector para darle un segundo más a su amiga. Paul, en su cabeza, quería comunicarse telepáticamente con Lina. Celestine y Peter esperaban el momento adecuado para aplaudir la gran presentación, sin entender nada. Matthew, ingresado al mundo humano, podía leer la incomodidad de la sala, y pensaba en que alguien debía hacer algo para

rescatar a Lina. Josh, presa del pánico, empatizando al extremo, intentaba recordar las palabras. Máximus, el jinete líder, el cazador que dirigía los ejércitos del inframundo, rogaba a las alturas para que Lina se iluminara.

Y un ángel, un ángel que comenzaba el lento pero seguro descenso hacia las profundidades, apenas apoyado contra la pared del fondo, listo para marcharse, pensaba que era una pena no ser el elegido para reconfortarla aquella noche.

Junto al escenario, Paul le hacía señas desesperadas a Tiffany para que improvisara.

El profesor Griffin no se veía por ningún lado.

—¿Es que te han comido la lengua, ninfa? Dime, si es que puedes respirar, habla. —Los ojos de Tiffany estaban llenos de la maldad de los que creen que triunfan cuando otros fracasan—. ¿Es ese el camino al castillo?

Ante eso, Paul dejó de intentar que Tiffany sirviera para algo. Lina no reaccionaba bien ante la agresión. Lo sabía todo el mundo.

Por suerte, el ingenioso Paul logró atrapar a un estudiante de segundo año que por su corta estatura podía hacer de duende menor y que no aparecía hasta el último acto.

—Escúchame, debes subir ahora y decir algo así como «Esta ninfa ha apostado su voz contra el rey Jareth, ya no puede hablar. Si no quieres que tu pequeño hermano sufra la misma suerte, deberás ir por el otro lado. Este no es el camino al castillo».

—¿Todo eso? — preguntó el muchacho asustado.

—Lo harás genial. Lo prometo —le aseguró Paul mientras lo empujaba al escenario.

Increíblemente, el muchacho ofreció la mejor actuación de su vida. Usó la luz a su favor y surgió de entre las sombras.

—Pequeña muchacha —exclamó con voz aguda—, esta ninfa solo está aquí para alertar a los viajeros. —El muchacho tomó una mano de Lina y se acarició el rostro con ella—. Por un embrujo del rey Jareth, su voz se ha marchado. Sin embargo, quiere prevenirte para que tomes el camino opuesto. Ve rápido, niña, a no ser que tu corazón desee que aquel pequeño hermano tuyo corra la misma suerte que esta desdichada criatura.

Y cuando todo parecía colocarse en el lugar correcto nuevamente, Lina se despertó:

—¡Este no es el camino al castillo!

Las risas fueron generales. Lina, cegada por las luces, no logró mirar a nadie en particular, pero el estallido tuvo el impacto necesario para que, como un animal asustado, saliera de allí corriendo.

En cuanto estuvo de nuevo protegida de la audiencia, recuperó el dominio de su ser. Harry la esperaba en el lateral, listo para los cambios del segundo acto. Se miraron a los ojos sin decir nada. Lina tomó el candelabro y la silla que debían subirse.

Harry, en los segundos que Tiffany tardaba en bajar para su cambio de vestuario mirando triunfante a la fracasada Lina, le pasó su chaqueta negra por los hombros. El uniforme de ellos

era sin duda más abrigado que el disfraz de ninfa. El silencio de su compañero era algo que Lina agradecería por siempre. Si alguien la consolaba iba a ponerse a llorar allí mismo.

Julie, que solo quería abrazar a su amiga, estaba corriendo de aquí para allá mientras ayudaba a todos con sus máscaras. La escena del baile era la más complicada. Parecía que ninguno de esos inútiles muchachos sabía cómo hacer un nudo. Todo le resultaba estúpido a Julie, que no podía llegar junto a su Angèle.

La familia y los amigos de Lina en la primera fila se debatían entre ponerse de pie e ir detrás del escenario o quedarse allí esperando. Al final decidieron esperar a que terminara la obra. Levantarse allí en la mitad solo acrecentaría los murmullos que se alzaban cuando las luces se apagaban apenas unos momentos para cambiar el decorado. No era el intermedio, pero la gente aprovechaba para cuchichear sobre el verdadero espectáculo: el «episodio» de Lina Smith.

El único que no pudo con su ser fue Máximus. No le importaban ni los buenos modales ni los murmullos de simples humanos.

Harry y Lina, apurados, ya habían terminado todos los cambios, pero la suerte de Lina continuaría desfavoreciéndola. Cuando Máximus la encontró tras el telón y la abrazó, la muchacha, a quien no le habían apagado el micrófono, comenzó a llorar para todos. Sus tíos fueron los primeros en reconocer los sollozos; aunque Lina hubiera crecido, su llanto era el mismo que el de la niña pequeña que recibieron en su casa. Al menos algo mágico sucedió: los murmullos cesaron y la atmósfera se llenó de un deseo infernal, cortesía de Máximus y sus emociones que se desplazaban por la sala, como una lengua de fuego.

Cuando Lina notó lo que acababa de suceder, lo empujó. Arrancándose el micrófono, le gritó:

—¿Has venido a burlarte de mí? ¡Vete! ¡Te odio! —apenas lo dijo se arrepintió. Estaba comportándose como una chiquilla tonta. Para completar la escena se fue corriendo a encerrarse a la sala de herramientas.

Máximus, confundido, la miró con pena. Julie pasó a su lado y le echó una de sus miradas fulminantes.

En el cuarto oscuro y húmedo que servía de depósito para los cachivaches del teatro y de oficina para los ayudantes del teatro, Lina, sentada en una vieja silla, comenzaba a quitarse el disfraz. Le quemaba en la piel.

Los hermanos J. J. aparecieron juntos. Entraron en silencio, intercambiando miradas.

Josh fue el que habló primero:

—Pues mira el lado positivo. No se puede poner peor que esto. —Hizo una pausa para rascarse la cabeza—. Piénsalo, puedes insultar al público o literalmente romperte una pierna, pero jamás le ganarás a esto.

—Y además se te veía hermosa allí arriba —agregó Julie asintiendo frenéticamente con la cabeza.

—Eso es verdad. Me quitaste el aliento.

—Y qué, ¿vamos a emborracharnos? —preguntó Julie tratando de tapar todo lo que había

sucedido mientras abrazaba a su amiga, que seguía sentada.

—¿Cómo fui tan tonta? —soltó Lina de pronto—. Sabía que pasaría algo así, pero ahora que ha pasado es aún peor de lo que imaginé. Dios, qué vergüenza… —Lina tenía la frente apoyada en las manos y estaba doblada hacia delante sobre el escritorio. Se clavaba pinceles y herramientas en los codos, pero no le importaba—. Hubiese sido mejor caerme y dejar escapar un insulto… No pude decir mis líneas y luego las dije mal… y para terminar —Lina comenzó a reír histérica— salí corriendo. ¿Quién hace eso?

—Al menos tienes tu «momento ja, ja», ¿verdad? —quiso consolarla Josh, acercándose. Cuando vio el gesto de desaprobación de su hermana, agregó—: ¿Demasiado pronto?

—¿Tú crees? —preguntó Julie con ironía, alzando las cejas.

—Soy una fracasada —siguió Lina sin reparar en la pelea de los hermanos—. Seguro que después de esto el señor Griffin no me dará el empleo… Lo he arruinado todo.

Julie se acercó a ella y le acarició el cabello, y con una voz que prometía que todo iba a estar bien la consoló:

—Angèle, escúchame, fracasarás el día en que dejes de intentar cumplir tus sueños.

Lina alzó la vista y la miró. Llorisqueando los abrazó a los dos al mismo tiempo. Los adoraba, pero en ese momento solo quería cavar un pozo y meterse en él.

Capítulo 24

Ketchikan



«—Soñé con un carrusel. Había un caballo negro y otro blanco; estaban vacíos. Y yo no sabía cuál escoger. Y tú, ¿qué soñaste? Nunca me cuentas tus sueños. A veces parece que no duermes en absoluto.»

W. Parrot, Whitehorse III. *Cuando los Infiernos se cierran*

No pudo cavar un pozo, pero sí huir.

Después de la fatídica función, recogiendo su dormitorio como hacía cada vez que las cosas marchaban muy mal, encontró el extraño papel con la dirección que Samuel le dio aquella tarde en el teatro. En todo ese tiempo no había pensado en esa nota. De hecho, ni siquiera recordaba habérselo contado a William o a Máximus. Una punzada de dolor en su espalda y en su estómago la atravesó. ¿Por qué todo le costaba tanto cuando se trataba de Samuel? ¿Por qué había lastimado a Fireball así? ¿Era un error seguir alguno de los consejos del ángel?

Sí. Definitivamente, sí, pero quería escapar de ese pueblo. Huir de la disculpa que le debía a Máximus, alejarse de las miradas de condolencia de sus tíos y sus amigos por una tontería. Le pasaban cosas más importantes que una pequeña obra escolar. Sin embargo, debía admitir que su orgullo artístico estaba herido en lo más profundo.

Además, hasta Julie con sus aires de vidente estuvo de acuerdo en que era una coincidencia asombrosa haber encontrado ese papel justo cuando quería huir.

La curiosa Lina no necesitó más apoyo. Preparó un bolso pequeño y, cuando salió de su habitación, no quiso ni mirar la estrella con su nombre en la puerta. ¿Acaso sería una fracasada

toda su vida?

Sin alas. Sin caballos. Lina tomó el autobús que la llevaba hasta el aeropuerto. ¿Por qué estaba confiando en Samuel? ¿Por qué iba a Alaska? Aunque sabía que los hermanos J. J. y Hansel estaban alertados de su viaje, y su guardián personal la socorrería ante la mínima dificultad…, necesitaba hacer ese viaje sola.

No tomaba un vuelo desde que había llegado a Whitehorse, y era la primera vez que llevaba poco equipaje. Lina tenía la suerte de tener uno de los pasaportes más codiciados de su mundo. Moverse de Canadá a Alaska no fue problema para ella.

Julie la ayudó a comprar los billetes desde la agencia de turismo de sus padres, que al fin servía para algo.

El primer vuelo de Lina salía a las seis de la mañana. Iba directo a Vancouver, donde haría una escala de tres horas y siete minutos. Después, cambiando de aerolínea, iría a Seattle. Tras una escala de casi cuatro horas, por la misma compañía, pero con un cambio de avión, se dirigiría directo a Ketchikan, Alaska, donde la esperaría una lancha taxi para llevarla a la dirección que Samuel había escrito para ella bajo el nombre de un tal Alexander.

Con ese itinerario se estaba gastando el resto de sus ahorros, lo que había obtenido de una triste visita al señor Lee, e invertía un tiempo valiosísimo. Sin embargo, después de todo, por el resto de la eternidad valía la pena una pequeña odisea de dos días, y viajar sola le venía estupendo. Alejarse por un tiempo de los ángeles y los demonios, y del papelón que había hecho en el teatro. Ahora su tío estaba estable según los médicos, solo necesitaba descansar. Los últimos meses habían sido terribles para todos. Quizás también un poco de intimidad sería bueno para sus tíos.

Durante la espera en el aeropuerto hojeó la novela *Corazones en llamas* que Julie le había prestado. Tuvo que reconocer que era atrapante, y sobre todo, le servía para escapar.

El miedo a las alturas se extendía también a los vuelos en avión. Le faltaban los brazos de Samuel o de Hansel para sentirse segura. Cuando una amable azafata le preguntó si se encontraba bien, Lina le sonrió y mintió como siempre: solo un poco nerviosa.

Volar fue espantoso para ella.

La Elegida no supo que una fuerza superior la mantendría inmune a los accidentes humanos al menos hasta el momento en que cumpliese su misión. Y luego, si escogía bien, sería bendecida con la protección de los Cielos para criar a su niña alada que curaría al mundo. Sin embargo, Lina Smith no escogería bien. Después, las reglas las escribirían para ella… Después, el misterio de lo nuevo.

* * *

Lina caminaba con su mochila buscando la dirección exacta. No había muchas calles para perderse. Tras unos minutos se detuvo ante el buzón de los Klein. Era el número exacto. Vio que

detrás de la cerca, en el jardín, estaba un hombre alto, de espalda ancha y cabello ya plateado. Iba vestido con un pantalón de pana gastado en las rodillas y un jersey con parches en los codos. Dos niños de unos cinco o seis años jugaban en la tierra junto a una pequeña huerta.

Lina se concentró en el hombre: era un anciano cuyos gestos lentos transmitían la sabiduría de la gente de su edad…, pero había algo más. Lina lo miró fijamente; parecía una turista perdida con el pequeño mapa en la mano y su mochila en la espalda, buscando alguien que la guíe.

Alexander, presintiéndola, se giró y sonrió. Al colocarse los anteojos sin montura, fue fácil reconocer aquel brillo especial y una nostalgia infantil lo embargó. Ya estaba mayor para esas emociones, pero es que los ojos de un Elegido siempre pueden reconocer a la Elegida regente. Antes, su madre. Ahora, aquella muchacha tan joven.

Se acercó a la cerca, despacio, mientras los niños correteaban a su alrededor. Lina no sabía qué decir, su plan había llegado hasta ahí.

Él la recibió como si se conocieran de siempre y ante su mirada confundida, dijo:

—Ven, seguro que has tenido un largo viaje. Pasemos a mi escritorio y tomemos el té.

Lina entró sin replicar. Era imposible desconfiar de aquel hombre. Además, descansar un poco en un lugar tranquilo le vendría bien.

Con los niños corriendo junto a ellos, atravesaron el jardín hasta una casa de piedra. Al entrar en ella revelaba unas comodidades difíciles de imaginar por fuera. Una sala con amplios sillones mullidos, la chimenea chispeante y libros apilados por cada superficie disponible le dieron a Lina la sensación de bienvenida a un cálido hogar. Desde allí pudo ver la cocina, de donde surgió una simpática señora que se limpiaba las manos con el delantal rosado que la cubría. La mujer se apresuró a hacerse cargo de los niños. Era corpulenta y alta y debía de tener la misma edad que el señor, aunque sus movimientos eran más rápidos. El anciano la presentó como su esposa. Le dedicó una sonrisa cálida, como si la hubiesen estado esperando, y les indicó a ambos que en unos minutos les llevaría una bandeja al despacho. A Lina le recordó a su tía.

El escritorio de Alexander no tenía nada que ver con la opulencia del de William ni con la pulcritud del de Dimitri Smith. Era un lugar desordenado, con pilas de papeles, carpetas amontonadas en armarios y cuadros apoyados contra la pared sin colgar. Tranquilamente podría ser el escritorio de Lina.

El anciano la invitó a sentarse en dos sillones enfrentados con una pequeña mesita de por medio en donde había una caja de pañuelos; solo con esos objetos Lina pudo adivinar la profesión de este.

Alexander, limpiando los lentes con una esquina de su suéter, empezó:

—Soy el Elegido vivo y tú eres la Elegida regente. La madre de la futura salvadora. ¿Has venido a despedirte? ¿O tienes dudas?

Lina lo miró confundida. Se quitó la mochila y pegó su espalda libre al respaldo del sillón. Sus manos acariciaban nerviosas el cuero del asiento. Necesitaba unos segundos para recolocar sus ideas.

Él esperó paciente a que ella hablara.

—¿Qué quiere decir con eso de que he venido a despedirme? —dijo al fin.

Alexander la miró un momento. Había algo muy cálido en él.

—Lo siento —se disculpó—. Soy muy ansioso. No nos hemos ni dicho nuestros nombres.

Lina se obligó a dejar las manos quietas. Pensó un momento y luego las palabras le salieron a borbotones:

—Soy Lina Smith y usted es Alexander. Mi ángel… Lo siento… Estoy nerviosa. Es la primera vez que hablo de esto con otro humano. Solo con mis mejores amigos… Perdón, no sé si es humano… Disculpe que haya venido así…, sin avisar…

Alexander le dirigió una sonrisa comprensiva.

—Soy mitad humano por parte de mi madre —comenzó con naturalidad—, y mitad ángel por mi padre. Como poco…, tomo mucha agua, mi esposa dice que huelo a flores, particularmente a fresias, y tengo alas que han ido creciendo con el tiempo. Vuelo mejor de lo que camino o corro. Curo a animales y a humanos de heridas menores; y mis ojos pueden ver el brillo o la oscuridad en el alma de los humanos.

—¿Cómo está mi alma? —quiso saber Lina.

—¿Cómo crees tú que está? —preguntó él acariciándose la barbilla.

Lina sonrió y le aceptó el pañuelo para limpiar las lágrimas que le habían caído casi sin notarlo. Indudablemente, Alexander era un buen terapeuta.

—Yo no… no elegí al ángel. —Lina carraspeó para que las palabras salieran mejor—. Me han dicho que ninguna Elegida hizo eso antes, y no elijo morir tampoco. Me enamoré del otro.

El anciano asintió. En ese momento su esposa golpeó la puerta.

La señora no se mostró sorprendida por los ojos enrojecidos de Lina. Tras unas palabras amables, salió, y Alexander sirvió una taza para ella y otra para él.

—Vine por recomendación de mi ángel. —Ahora Lina podía hablar mejor—. Me dijo que antes de tomar una decisión final, tenía que venir a conocerlo.

Él sorbía su té a pequeños tragos. Lina lo imitó sin saber qué más decir.

—Ya veo… —exclamó Alexander con tono neutro—. Supongo que intenta hacerte cambiar de opinión.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y tú quieres cambiar de opinión, Lina?

Era una pregunta justa. Apoyó la taza en la pequeña mesita, y dijo:

—No. Sinceramente no.

Alexander asintió antes de tomar otro sorbo de té. El calor del agua le empañaba los anteojos y eso lo hacía más tierno aún.

—Pero sí tengo curiosidad —continuó Lina— sobre cómo fue su vida y… ya que estoy aquí…, si no es ser muy entrometida…, me gustaría conocer la experiencia de su madre.

—Me parece normal —exclamó dándole confianza—. Estás en una posición difícil. Voy a

contarte toda mi historia, Lina. Será un placer.

Alexander terminó su bebida y se acomodó en el sofá. Lina lo imitó.

—Mis madres llevaban varios años juntas cuando apareció mi padre. Por casualidad miró primero a mi mamá —empezó. Ante los ojos abiertos como platos de Lina, Alexander rio; ya estaba acostumbrado a la sorpresa de los otros—. Pensaron que era un milagro. En esa época la posibilidad de tener un hijo para ellas era nula, peor que ahora. Así que fui una especie de bendición de los Cielos. Mi padre hizo lo mismo que tu ángel. Le recomendó a mi mamá que fuera a conocer a la última niña Elegida. Dice mi madre que era una agradable muchacha de Sisimiut. Lamentablemente, ella no tuvo mi suerte y, cuando mi mamá la fue a ver, tenía solo veinte años.

Lina lo miró confundida.

—Tu ángel no te dijo mucho, ¿verdad? —Ante el gesto negativo de ella, prosiguió—: No puede haber más de dos Elegidos vivos. Cuando el nuevo niño nace, el anterior muere. Sé que los Cielos enviarían una niña porque siempre ha sido así: alternan mujer y hombre.

Lina se quedó de piedra.

—Está bien. Estoy preparado —la tranquilizó—. Es lo que tiene que suceder. Las mismas ansias de vida que tiene la juventud se transforman en sabiduría y cansancio en la vejez. —Suspiró mientras limpiaba sus gafas de nuevo—. En el momento en que nazca el nuevo Elegido, mi corazón se detendrá. Desde el año pasado, más o menos desde septiembre, estoy sintiendo el cambio.

Lina comenzó a murmurar cosas ininteligibles. Sus manos se aferraron con fuerza a los brazos del sillón.

—Tuve una vida maravillosa —la cortó en ese tono amigable lleno de paz—. Pude hacer todo lo que quise. Aproveché mi tiempo al máximo y, sinceramente, echo de menos a mis madres… Quiero volver a verlas.

Hubo una pausa en la que Lina necesitó un nuevo pañuelo.

—¿Te criaron los tres? —preguntó al fin sin saber qué decir tras la increíble declaración.

—Los ángeles, por lo general, no se quedan con las Elegidas. Se unen a ellas en las puertas del Paraíso y entran juntos si así lo desean. Son ángeles superiores con muchas obligaciones.

—Samuel no es un ángel superior —afirmó Lina.

Alexander asintió despacio, esta vez con un deje de duda en su rostro. De inmediato Lina recordó cuando William le confesó en la cocina de su casa que ambos competidores eran opuestos. Si Máximus era uno de los cuatro cazadores líderes del inframundo…

—Mi padre venía a visitarme —siguió Alexander—. Fue un excelente maestro. Mis madres siempre tenían un vaso muy alto para él. Recuerdo que tomaba litros y litros de agua… Más de lo que puedo tomar yo. —Su risa alegre llenó la habitación.

Lina también rio recordando la hermosa costumbre que conocía bien. Así contado, ahorrando todos los detalles que a Lina le resultaban gigantes, hasta parecía poético. La no reconocida

romántica Lina creía que su cuerpo estaba ligado a su alma. No podía hacer lo que Julie y ahora Josh hacían. Si su corazón amaba a William, su cuerpo también debía hacerlo. Imaginaba lo difícil que debió de haber sido para las madres de aquel anciano.

Después de esa pausa alegre, la melancolía volvió a Lina.

—Lamento que tengas que morir por mi culpa —murmuró.

—Un hombre muy sabio dijo que los humanos somos afortunados. La muerte nos viene a buscar cuando estamos cansados por la vejez, la enfermedad o el dolor. Además, no es tu culpa. —Incorporándose un poco sobre el sillón, la interrogó con un tono más preocupado—: Lina, escúchame, si tu ángel no te explicó la regla de la Sucesión, ¿te explicó la regla de las Aguas, los Caballeros de la Luz, la Eternidad y —su garganta carraspeó— la regla de la Exclusividad?

Lina negó, preocupada. Sentía que no se había preparado para un examen final.

—Sé que no tengo que meterme al agua. Lo aprendí por las malas —dijo.

—Bien, esa es básicamente la regla de las Aguas. La de los Caballeros es una tontería, al parecer hay un viejo grupo de hombres que juraron defender a las Elegidas regentes, pero como son solo humanos, jamás pude comprobar si continúan existiendo o no. La regla de la Eternidad establece que cada Elegida que traiga un niño de luz accederá al Paraíso cuando lo desee.

Lina asintió. De alguna forma u otra sabía la mayor parte de todo eso, pero faltaba una regla. Notó que por primera vez él estaba incómodo.

—¿Tenías un novio humano cuando te marcaron? —Alexander cerró los ojos cuando ella le contestó en negativo—. Entonces quizás tu padre…

—Mi padre murió cuando era pequeña, junto con mi madre. Mi tío y mi tía me criaron, ¿por qué?

El anciano se acercó y le tomó ambas manos. Una paz similar a la que sentía con Hansel la embargó.

—Lo siento, Lina. Lo que voy a decir va a ser duro de escuchar. La regla de la Exclusividad es la peor. Establece que el hombre más importante en la vida de la Elegida debe morir. Lo siento. En el caso de mi madre fue mi abuelo. Yo no llegué a conocerlo. Es una regla mal hecha, que buscaba que la atención de la Elegida esté solo en el ángel. Cuando no hay un esposo, un interés romántico…, el daño colateral es un familiar. Siento mucho tener que darte esta noticia.

Lina sintió un tirón en su espalda, como un latigazo, y apretó aquellas manos angelicales.

—Mi tío… Mi tío estuvo en-en-fer… enfermo. Pero ahora está bien, los doctores lo dijeron. Yo… yo… ¿Cómo es que…? —Alexander la tomó con más fuerza. Lina, creyendo caer por un agujero negro del cual no podría salir en toda su vida, se refugió en su acostumbrada negación—: Quizás para mí es distinto. Yo… yo escogí a William… Al demonio. Entonces, no lo sé… Todos me dicen —hizo una pausa y agitó violentamente sus manos—, todos me dicen que las reglas comunes no se cumplen conmigo. Usted mismo dijo que esa, la de los Caballeros, podía estar mal.

Alexander asintió. Después de todo, los tiempos cambiaban. Él también quiso creer eso. Ver a

esa jovencita sufrir no le gustaba nada. Le hacía recordar a su madre.

—Tengo que irme. Lo siento —dijo Lina incorporándose de repente y buscando su mochila —. Tengo que ir a hablar con Samuel. Ver a mi tío. Urgente.

Alexander se sintió un inútil cuando le dijo que ya no podía hacer viajes tan largos con sus alas. Lina lo abrazó, emocionada, y muerta de culpa por él, por su tío…

Salió de la casa apurada. Buscó la intimidad de aquellos bosques que se parecían tanto a los de su pueblo y llamó a Samuel en el Primer Idioma. Nada. Quizás debía regresar a Whitehorse para encontrarlo. Su guardián tampoco respondió a sus llamadas. Lina se iba a volver loca repitiendo todo ese periplo de lanchas y aviones, pero parecía ser la única forma.

Durante el camino de regreso, lo único en que podía pensar era en llegar y matar a Samuel. Ahora sí iría directa a ese armario a buscar la espada. Lo odiaba. Fantaseaba con matarlo. ¿Por qué no la había alertado? ¿O acaso esa regla ya no funcionaba? ¡Dios, necesitaba saber! ¿Qué crueldad habitaba en las alturas para hacerles eso a los humanos?

* * *

Sin respetar la fila, Máximus se colocó frente a unas muchachas con acné que babeaban por él. Entre risitas le alabaron la chaqueta de gamuza que llevaba despreocupadamente sobre su musculoso hombro.

En la caja registradora, J. J. se quedó de piedra por la sorpresa, con los brazos junto al cuerpo, incapaz de decir palabra.

—Necesito tu ayuda —dijo Máximus, tampoco muy seguro de sí mismo. Histérico porque su Elegida había salido del país sin él.

—Claro —asintió J. J., y comenzó a bordear el mostrador—. Claro…, déjame… ¡Pat!

La muchacha salió del depósito encantada de que J. J. la llamara. Lo sustituyó en la caja sin siquiera reparar en Máximus. Solo tenía ojos para el subgerente de la tienda.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó J. J. queriendo parecer despreocupado, apoyándose en un cartel de *Terminator*—. Mira, se parece un poco a ti. Así todo poderoso y duro, ¿no? «Hasta la vista, *baby*» —imitó J. J.

—En fin —exclamó el cazador líder con una incomodidad más digna que la de J. J.—. Tengo que tener citas con la Elegida, con Lina, perdón, y necesitaría algunos consejos… Sobre todo, después de lo que pasó en el teatro. Vine porque sé cuánto le gustan las películas… Regresa hoy, ¿verdad? En dos horas más, ¿no? Iré a buscarla a la parada de autobús… Pensé en alquilar una película y comprar pastel de chocolate…

J. J. estaba en su salsa. Asentía mientras jugaba con el cartel de Schwarzenegger. Tenía el mismo gesto que su hermana, pellizcándose los labios mientras pensaba.

—No sé, ¿qué tal esta? —dijo Máximus manoseando *Pesadilla V.*

—A Lina no le gustan ese tipo de películas —negó J. J.—. Pero tienes suerte. Tienes una

novia con un gusto espectacular. Vamos. —Lo guio hacia el pasillo de Ciencia Ficción, alejándose de la sección de Terror.

—*Blade Runner* —leyó Máximus en el VHS que le pasaba el muchacho.

—Para empezar —afirmó J. J., y se agachó para buscar más.

—¿Pero estas cosas no duran como dos horas? —preguntó Máximus mirando la contraportada de la caja.

Desde abajo J. J. lo observaba como un *nerd* sabelotodo miraría al *center* del equipo de *hockey* que entra por primera vez en una biblioteca o, más específicamente, en una tienda de cómics.

—¿Quieres tener una cita regular o quieres tener *la* cita? —le preguntó.

Máximus asintió, confiando en el criterio del muchacho. Lo intentaría todo.

El dedo índice de J. J. se paraba en las películas preferidas de su amiga y en las que sabía le iban a encantar.

—*1984*…, esto debería estar en la sección de Distopías, aunque el gerente no me deja crear más secciones y todo se mezcla —balbuceó para sí y, encontrando lo que buscaba, agregó—: *Mannequin*… Estará cantando la canción como un mes, como la última vez. *Splash*, porque me encanta y sé que aún no la ha visto, ¿puedes creerlo?

Máximus prestaba sus fuertes brazos para cargarlo todo y obedeció cuando J. J. lo arrastró a la góndola de Romance y Drama.

—*Hechizo de luna*, ama a Cher. *El festín de Babette*… Le gustan las películas extranjeras de historias pequeñas.

—¿Qué tal esta? —dijo Máximus intentando parecer desinteresado, pero le iba la vida en eso. Quería quedar bien con Lina y darle una buena impresión a ese pequeño humano que tanto poder tenía en la vida de la Elegida—. La vio el año pasado y le encantó.

J. J. asintió satisfecho.

—*Ghost*, amigo… ¡Genial! Es lo que yo digo. Tienes que esforzarte con las muchachas que valen la pena. Eres detallista, eso me gusta. Porque lo sabes, amigo, tú sabes que ella es la indicada.

Máximus se ató la chaqueta a la cintura y se puso manos a la obra. Sentía que lo estaba haciendo bien.

—¿Qué llevarás de comer? —quiso saber J. J. mientras buscaban en la sección de Comedias.

—Algunos bombones y caramelos —respondió Máximus apilando películas.

J. J. dudó un momento. Después, con la voz masculina que ponía cuando aquel sujeto estaba cerca, propuso:

—Vamos, voy a tomarme mi descanso ahora y te acompañaré a comprar dulces. Lina es como una hormiga.

Pat le sonrió a J. J. mientras dejaba su chaleco azul sobre el mostrador.

Cruzaron la calle tranquila de un sábado por la noche hacia la tienda de la señora Tucker. J. J.

se ajustó el cierre de su chaqueta, ya que estaba helando.

—¿Qué puedo hacer para que sea mejor que cualquier otra noche? —preguntó el demonio.

—Bueno, se te ve genial, Max. —Ya para ese momento J. J. había entrado en confianza—. Se me ocurre que puedes regalarle unos esmaltes para las uñas que quería. Sabes que está muy corta de dinero últimamente.

—Entonces le regalaré dinero, mira, tengo mucho de eso. —Máximus sacó un manojo de billetes nuevos de su bolsillo.

—Guarda eso —le pidió J. J. mientras entraban en la tienda—. La sutileza lo es todo. Debes estar atento a lo que Lina necesita y hacérselo llegar sin avergonzarla. ¿Qué crees tú que ella quiere?

—Mmm… —Máximus se mareaba un poco entre tantas opciones—. Tal vez tubérculos y esas cosas que come.

J. J. se pellizcó el labio. Debía de referirse a las patatas fritas.

—¡Claro! —lo animó mientras caminaban entre los pasillos de la tienda—. O dulces, esmaltes, libros y cosas de chicas. —Tomó una tira de pequeños broches para el cabello de todos los colores—. Mira, estas cosas siempre las está perdiendo y usa docenas.

Máximus tomó todas las tiras que estaban colgadas y después fue a por dos carros pequeños. Pasó uno al muchacho y le indicó:

—Pon todo lo que te parezca que le guste o la haga feliz. Yo haré lo mismo y después juzgarás si lo hice bien.

—Entendido, Max —aceptó J. J. haciendo una seña militar.

Ambos fueron por caminos diferentes.

La anciana señora Tucker los miraba a través de sus gruesas lentes. Los otros clientes se apartaban para dejarle el camino libre al apuesto novio de Lina Smith.

J. J. tomó el esmalte satén y el rosa pálido que su amiga usaba, también la base con calcio y el brillo cobertor. Era todo un experto. Escogió una de esas limas divertidas con sandías y corazones. Acetona. Discos de algodón. Ya que estaba en esa sección, tomó un set de sombras de una marca mejor que las que Lina y su hermana podían pagar.

Máximus, por su parte, estaba más cómodo en los estantes de cuadernos, lápices y revistas. Tomaba lápices que se anudaban, otros que terminaban en pompones y una carpeta rosada. Se sintió un genio cuando descubrió las pilas. Ella siempre estaba usando esa caja para música y las necesitaba.

Cuando J. J. hizo la inspección final del carro de Máximus dejó las revistas argumentando que en realidad eran de Julie o de él mismo, y no de Lina. También dejó la carne enlatada y la botella de güisqui.

Por su parte, Máximus cambió el sabor del brillo labial de melón a cereza.

J. J. sonrió con picardía. A medida que el muchacho maduraba, se desprendía de Lina con facilidad, aun cuando se tratara de un demonio. Aquel sujeto se desvivía por su amiga y la

cuidaba de una forma en que él jamás la podría cuidar. J. J. reconfirmó su teoría cuando Connor Freeman, el chico que había atacado a Lina en el bosque el año anterior, entró en el local y al ver solo la espalda de Máximus, se marchó asustado junto con los otros con los que venía.

—Odio a ese tipo. William hizo mal. Debió haberlo matado —murmuró el demonio.

J. J. se asombró de su capacidad. Sin siquiera mover el rostro, pudo adivinar lo que había sucedido a su espalda.

Una vez fuera, antes de que Máximus subiera al coche negro que lucía como nuevo, J. J. le pasó la última bolsa y lo atajó con el mejor consejo que alguien podía darle al demonio en ese momento.

—Disfruta esta noche, amigo. Disfruta que ella te ha escogido. Es la chica más genial del mundo. —J. J. daba pequeños saltitos para soportar el frío—. Si la quieres en serio, y yo creo que sí, no juegues al muchachote con exceso de testosterona. No juegues a nada. Sé lo más transparente que puedas ser. Si tienes ganas de estar con ella, díselo. Si te mueres por tocarla, díselo. Si tienes miedo de perderla y cazar almas para siempre, díselo. Y si no sabes lo que sientes o no puedes ponerlo en palabras, dile eso también.

Máximus lo miró de arriba abajo. Aquel simple mortal, con su nariz roja por el clima helado, su pelo ensortijado de muchacho y su delgado cuerpo estaba siendo el mejor amigo que podía tener. No había sido una mala decisión ir a verlo. Se felicitó por su original idea.

—¿Por qué me ayudas? —le preguntó.

J. J. se encogió de hombros. Pensó un momento y dijo:

—Cuando Lina está con gente se tensa, ¿lo has notado? Solo con nosotros se relaja. Hasta que llegaste tú. Bueno, o William… Por eso te ayudo. Porque Lina es libre contigo.

—Prestas más atención de lo que aparentas —lo felicitó Máximus.

—No…, fue Julie la que me dijo todo esto —reconoció J. J.—. Pero ella no te ayuda porque ahora te odia un poco. Y no me malinterpretes, yo tampoco disfruto viéndote comportarte como un imbécil frente a Lina. Y si la lastimas a partir de ahora, iré a buscarte hasta el Infierno y patearé tu trasero.

A Máximus, como a cualquier otro, le era difícil imaginar a Josh actuando como un bravucón.

—No esperaría menos del mejor amigo de la Elegida —terminó el demonio reconociendo al menos el valor del muchacho.

J. J. dejó escapar una carcajada y su aliento se convirtió en humo. Asintió mientras lo veía subirse al coche. Con las manos en los bolsillos esperó en la acera mientras el vehículo se alejaba. Quizás volvería adentro a comprar unos bombones para Pat. Se sentía culpable con ella, y un desagradecido; después de todo, ¿cuántas muchachas iban a estar con él?

Pero si el presente y el futuro fuesen uno solo, J. J. se vería a sus casi cuarenta años en ese mismo lugar, hablando con otra de sus conquistas, esperando a uno de sus sobrinos para darle consejos de amor, harto ya de tanta experiencia. Porque J. J. tendría incontables mujeres, pero, como un fiel romántico empedernido, no amaría a ninguna de ellas.

Capítulo 25

Entre las tinieblas



> «Unas noches antes, en el extremo izquierdo de sus alas desfiguradas, una pequeña pluma había surgido blanca y suave. Cuando terminó el día de visita, su esquelética ala derecha corrió la misma suerte. No se sorprendió; aquello podía suceder cuando los ángeles malditos son acariciados por sus hijos.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse V. Regreso a Whitehorse*

El autobús la había dejado en su parada. Comenzó a caminar por la carretera con la mochila en la espalda. Se la llevaban los demonios. Era un día casi sin horas de sol, el termómetro debía de estar bajo cero y una neblina espesa disminuía la visibilidad. Sin embargo, la furia contra Samuel la guiaba.

Máximus, desde el coche cargado de regalos, con su vista de lince, la observaba con ojos llameantes. Ardía por dentro. Ella iba muy vestida para apaciguar la debilidad humana frente al frío, pero aquel corazón latiendo, su aroma… Todo le indicaba que bajo esa pila de tejidos allí estaba ella.

Lina no lo estaba pasando bien. La mochila en su espalda parecía de plomo. La piel le ardía y los ojos le pesaban. Unos pasos más y solo quedarían diez calles hasta su casa. Trató de convencerse: quizás la regla ya no funcionaba, después de todo su tío había mejorado.

Un tirón en sus omoplatos la obligó a caminar más despacio.

De pronto un pensamiento negativo y oscuro se apoderó de su optimismo… En el fondo siempre lo había sabido: su tío no iba a sobrevivir. Como tampoco lo hicieron sus padres. Lo presintió todo el tiempo y como una cobarde no dijo nada. Ni siquiera a sí misma. Y todo por

ella y por haber estado en ese maldito lugar, en ese maldito momento. Una lanza ponzoñosa de culpa la atravesó desde el hombro derecho hasta la cadera izquierda, pasando por cada uno de los huesos de su columna. Dejó escapar un quejido. El aire entraba con dificultad en sus pulmones, pero no era un ataque de asma. Cientos de agujas la atravesaban cuando quería respirar. Intentó moverse, pero un tirón en el cuello se lo impidió, arrancándole un segundo quejido, esta vez más lastimero. La recorrió un hormigueo y lo único que podía mover lo hizo con desesperación: sus brillantes ojos verdes zigzagueaban buscando ayuda. En ese momento en que tiritaba de miedo y de frío, recordó aquel instante en Darkhorse cuando algo la pegó a la acera. Aunque esto era distinto, físico, como una contractura monstruosa.

Eso era lo que les pasa a los humanos cuando la cajita de estrés se desborda.

Un movimiento a su lado le indicó que no estaba sola en esa desierta carretera. Agradeció las manos cálidas que la sostuvieron. El calor le hizo bien de inmediato. Máximus la tomó en el momento justo en que un negro total la invadía.

* * *

En el pasillo del hospital, bajo un tubo fluorescente que titilaba, el joven doctor explicaba a Máximus el estado de la paciente:

—Le dimos un relajante muscular para que pueda dormir. Tuvo una contractura bestial. El frío y el peso fueron la gota que colmó el vaso. Pero las tortícolis y los dolores de espalda son cosas que venían sucediendo, según me indica ella.

—Sí, se ha quejado de eso en los últimos tiempos, y también de otras cosas. —El médico escuchó pacientemente cuando Máximus, demostrando haber estado muy atento, le habló de los dolores de estómago, las alteraciones del sueño, la falta de apetito, el bruxismo, los excesivos sentimientos de culpa, la ansiedad al comerse las uñas…

—Bien, es lo mismo que yo he visto —concluyó el médico—. Ya se lo comenté a Lina. Creo que está pasando por un periodo de angustia desbordante; cada problema que manifiesta es síntoma de un estrés crónico y no me extraña, con la situación de su tío.

—¿Qué puedo hacer para que ella esté bien? —preguntó Máximus desesperado.

—Ahora la dejaremos aquí en observación —comenzó el médico, tranquilizándolo— mientras, por vía intravenosa, le aportamos vitaminas y minerales ya que su sangre ha mostrado algunas carencias. Los calmantes que le apliqué le permitirán moverse sin dolor. Sugiero que busque un terapeuta para que la ayude en estos momentos y a ti, como su pareja, te pido que la acompañes mucho más.

—Lo que sea. Dígame qué hacer —insistió Máximus, perdido ante ese diagnóstico.

—Mi miedo es que esto desencadene una depresión. Es bueno que Lina haga cosas que le interesen, que se rodee de gente, que no se quede encerrada, que tenga con quién hablar y que trate de no tener sobresaltos ni muchas obligaciones.

Cuando el doctor dijo eso, Máximus tragó saliva. Se sintió mal. Él había colaborado para que su humana llegara hasta ese punto. La amiga de Lina, la Gran Culpa, se instaló en aquel pecho demoníaco, y danzaba en él con la libertad de una bailarina estrenando una nueva sala de baile. Sin embargo, aquello fue algo bueno: gracias a esos sentimientos que se despertaron en él, Lina y su demonio comenzaron una relación que los nutriría a ambos para siempre.

Después de dar las gracias al doctor, Máximus fue directamente al cuarto de Lina. En los ventanales se acumulaba la nieve, pero allí dentro se estaba cálido. Lina dormitaba cuando lo escuchó entrar; con un gesto de sus dedos cansados, lo llamó junto a ella.

Máximus se acercó a la cama, inquieto.

—Me vas a matar de un susto, Elegida —la regañó acomodando las almohadas.

Lina, con un hilo de voz, le contó lo que había sucedido en Alaska, y sus deseos, ya controlados, de matar a Samuel.

—Lo siento —exclamó él, que tampoco sabía nada de aquellas reglas—. Pondré a todos los cazadores a averiguarlo, pero tú sabes que no tenemos mucha jurisdicción en esos temas. ¿Quieres que llame a los hermanos J. J.? —Él volvía a colocar las mantas por hacer algo.

—Mañana —dijo Lina con la lengua pesada por los calmantes—. Es tarde y querrán venir. Creo que la tormenta se hará más fuerte.

Le costó girarse hacia la ventana y Máximus creyó que iba a morir de pena al verla así de débil.

—Ve a descansar —le pidió—. Recuerda que tú también tienes que dormir.

—¿Y dejarte sola? Elegida, tengo que cerciorarme de que estés bien para cumplir con nuestra misión —bromeó—. Últimamente mantenerte con vida es un trabajo más pesado que cazar almas. —Lina rio y él se animó un poco más—. Desde ahora comeremos juntos, dormiremos juntos y, cuando estés sana y fuerte, no habrá ni ángel ni dios que te ayude a escapar de mis garras.

Lina le tomó la mano y la acarició.

Máximus no pudo sostenerle la mirada. Siguiendo su brazo vio que donde estaba la vía intravenosa Lina tenía un moretón violáceo desagradable.

—¿Qué tienes ahí?

—Oh, siempre me pasa. Tengo la piel muy blanca. —Al cabo de cuatro generaciones más, una descendiente de Lina en Darkhorse se quejaría de lo mismo.

Máximus no quedó satisfecho con la respuesta.

—El enfermero es nuevo, creo. Se puso muy nervioso el pobre —justificó.

—¿*El pobre*? Tienes el brazo destrozado y ¿él es el pobre? Espera aquí, ya vuelvo.

Con las pocas fuerzas que tenía, Lina lo retuvo.

—Máximus, le pasa a cualquiera. No puedes estar luchando todo el tiempo. Ven, descansa conmigo y dame calor —le pidió.

El demonio, obediente, no hizo esperar a su Elegida. Quería ir a matar a aquel enfermero que

la había lastimado así, pero se calmó. No era momento para su hostilidad. Se recostó junto a ella y, con su brazo por encima, se quedaron dormidos mientras fuera se desataba una tormenta que, de no ser por Máximus, hubiese acabado con la vida de Lina.

* * *

Cuando despertó, todavía era de noche. Al enfocar la vista vio a Máximus en el sofá, a los pies de la cama. Estaba absorto en una lectura y, cuando los ojos legañosos de Lina fueron capaces de leer la portada, el rubor inundó su rostro.

—Es de Julie —se defendió con voz rasposa.

Máximus levantó la mirada. Era la primera vez que Lina lo pillaba tan desprevenido.

—Elegida, esto es excelente. No he podido parar de leer —exclamó con sinceridad.

—Te estás burlando de mí —dijo Lina con una media sonrisa.

—No, no —le aseguró—. En serio. Escucha esta parte. —Máximus se acercó a ella y se acostó a su lado. Tapándose con las sábanas, la humana y su demonio personal miraron el libro.

—«Él la tomó del mentón y le pidió que no tuviera miedo» —leyó Máximus— «y con el fuego de su entrepierna…»

—Espera —soltó Lina—. No puede decir eso… Vamos, ¿dice realmente «con el fuego de su entrepierna»?

—Elegida, te juro que esto está para hacerlo en una obra de teatro y que actuemos nosotros.

Lina soltó una risa fresca y natural. Después, bajando la voz, le pidió que continuara.

Máximus se aclaró la garganta, imitando un gesto serio.

—Esta parte te encantará. —Con cuidado tocó las mejillas de Lina y agregó—: No sé cómo, pero te sonrojarás más… «Esta noche no tomaré tu virtud.» Dime si no es algo que diría él.

Lina sonrió y lo miró con esa súplica en sus ojos que decía *no hables mal de él.* Ahora los dos comenzaban a referirse a William como un ente que estaba en otra dimensión.

—No puedes negármelo —continuó, contento de distraerla—, sería capaz de decir algo como lo siguiente: «No debe ser así. Tú mereces ser tomada por primera vez como la reina que eres, en nuestro palacio y no aquí bajo la luz de la luna a la intemperie, como salvajes». —Lina se tapó la boca para no reír—. No sé tú, pero no voy a dormir hasta que lo terminemos. Estoy atrapado con esta historia —dijo él mientras pasaba otra página de *Corazones en llamas.*

Lina asintió entusiasmada. Aquella fantasía erótica, que de alguna forma vivía y no vivía, la trasladaba a un mundo libre de tíos enfermos, mandatos divinos y novios encerrados en cuerpos de demonios. Porque en su profunda negación, no advertía que allí estaba una de las fuentes más importantes de sus malestares o quizás estaba empezando a hacerse amiga de aquel demonio; y las mejores parejas empiezan por ahí, con una bonita amistad.

* * *

Los hermanos J. J. llegaron para el desayuno. Los gritos se escucharon por el pasillo.

Después de deshacerse en abrazos y besos, Lina les contó lo que había descubierto en su viaje. Josh, el eterno optimista, no dio crédito a las palabras de Alexander. El reverendo estaba mejor, todo el mundo lo sabía. Tal vez las reglas que ella tanto había roto ya no se aplicaban. Julie dijo que sacudiría a Matthew hasta que le dijera algo útil.

Eso le dio un poco de esperanza a Lina.

Su amiga insistió en darle el desayuno. Lina aceptaba las galletas, pero no podía pasar el tocino.

—Tienes que comer carne. El médico dijo que estás anémica —insistió Julie comiendo un trozo ella misma.

—Creo que ahora soy vegetariana —exclamó Lina.

Julie tiró el tenedor de mala gana sobre el plato y, todavía con la boca llena, comentó:

—Ahí vamos, pero ¡¿qué os pasa a ti y a Josh?! ¡Basta con esas boberías! ¡Tú te comes todo!

Máximus no dijo nada, pero no podía estar más de acuerdo con la muchacha.

Josh intervino:

—Está muy bien, Lin. Yo te apoyo, ¿sabes cuántas chicas me felicitan cuando les digo que me he hecho vegetariano?

Julie puso los ojos en blanco. «Dios mío, dame paciencia», pensó.

—Ay, por favor, J. J., tú comes salchichas —soltó Julie mientras pinchaba otro trozo de tocino y se lo llevaba furiosa a la boca.

—Nadie sabe con qué se hacen —se defendió el muchacho—. Así que no cuentan.

Lina no dijo nada, mientras miraba la escena divertida.

—¡¿Estáis locos?! —gritó Julie mientras pedacitos de tocino volaban de su boca—. Por favor, Lina, come esta carne, que necesitas fuerzas.

—No puedo —reconoció—. Siento rechazo, como si fuese carne humana.

Y con esa declaración de lo que parecía una moda o un capricho, la metamorfosis de la reina de los vivos comenzaba.

El joven doctor los interrumpió. Miró a Julie con avidez, ya que habían tenido una historia en el pasado, pero alejando esos pensamientos, se concentró en su trabajo. Le explicó a Lina que estaba mejor, pero que debía tomarse las cosas con calma. También le informó de que su sistema respiratorio funcionaba como nuevo.

—Alguien te debe de haber regalado un soplo de aire —bromeó.

Lina y Máximus se miraron cómplices, dando las gracias a Newen Mapu, el Supremo que la había salvado con una bocanada de aire cuando casi murió desangrada un año atrás. Al parecer, la magia de una criatura así de importante perduraba en el cuerpo sencillo de una humana.

* * *

Los siguientes días fueron para la recuperación de Lina. Le costaba estar con su tío, pero, al mismo tiempo, él se mostraba más enérgico, hasta había vuelto a dar algunas misas para los festejos de Navidad y Año Nuevo.

Todo aquello respaldaba la teoría de J. J.

Por otro lado, ni Matthew, Celestine o Peter conocían la existencia de esas reglas. De Samuel, ni noticias. Algo dentro de Lina lo prefería así.

Máximus y su autoritarismo la obligaban a mejorar. El demonio no le permitía un ápice de debilidad. La obediente Lina sacó provecho de su carácter dócil. Recuperó su peso, su sueño se normalizó, los pensamientos de culpa e inseguridad constante mermaron y la rutina volvió a inundar sus días. La vergüenza pasada en el teatro ya era solo una anécdota.

Al mismo tiempo, en Máximus crecía la sensación de pertenecer, de ser útil al crear y no destrozar. El demonio estaba alucinando con la magia de su humana. El cambio del que ella era capaz lo dejaba sin aliento. Él ponía algo en ella, una comida, una caricia, un chiste subido de tono y ella lo tomaba para convertirlo en salud, alegría y coraje.

La palidez dio paso a un rosa sano en las mejillas de Lina, la ropa comenzó a ajustarse nuevamente a su cuerpo y el brillo en sus ojos mostraba juventud y no cansancio.

Máximus no la perdía de vista. Cuando tenía alguna pequeña recaída y la tristeza la envolvía en un ataque de llanto, el demonio quitaba la melancolía con pasión. Ese era su método y era uno muy bueno. Recordaba varias situaciones donde entre besos le rogaba que se aferrara a él.

—Sujétate a mí —murmuraba Máximus mientras la abrazaba cuando Lina rompía a llorar de buenas a primeras—. Llora todo lo que quieras, pero aférrate a mí. Pon toda la oscuridad y el odio en mis hombros. Soy bueno en eso. Tú solo dedícate a vivir.

El calor de él, su peso, los besos que parecían devorarla y la forma en que se movía trasladaban a Lina a un mundo sin angustia. El demonio llevaba su control al máximo, pero, lejos de molestarse, él disfrutaba de aquellos juegos juveniles donde la ropa y el pudor de ella lo alejaban de la meta de su pasión. Aquella era su actividad favorita. Besarla, tenerla entre sus brazos, enseñarle poco a poco de qué iba aquel arte ancestral, y Lina se dejaba hacer con una entrega conmovedora. Después de eso, el fuego y la misión no eran más que detalles.

Si alguna vez alguien había dudado de la veracidad de sus sentimientos hacia ella, viéndolo ahí, como un perro fiel, como una bestia domesticada, no quedaba ya lugar para ningún interrogante. Máximus amaba a Lina. Y ella, con su gloriosa habilidad para tomarlo todo y convertirlo en algo mejor, con su magnanimidad para recoger a los que necesitaban una nueva oportunidad, siempre lo había amado.

William, Máximus y Lina eran en alma uno solo, y en cuerpo iban a serlo pronto. Por supuesto que no tan pronto como Máximus querría, pero el día se acercaba.

Capítulo 26

Báñame, Máximus



> «El ángel movió sus manos para decirle a aquella muchacha que la amaba y que ya una vez había protegido a una Elegida. Ojalá que ahora las cosas fuesen diferentes.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse V. Regreso a Whitehorse*

Aquella mañana, cuando su mandíbula apenas se abría por dormir con tanta tensión y sus latidos parecían seguir el ritmo de una apresurada melodía, aunque se estaba despertando en ese instante, hizo a un lado la ansiedad y se dedicó un momento a planear. Si Samuel no aparecía por ningún lado y los demás ángeles no tenían ni idea de las reglas de la Competencia, sentía que debía profundizar la relación con su guardián. Si lograba hablar con Hansel, quizás él podría conseguir las respuestas necesarias.

Giró en la cama y vio a su guardián en el techo como un pequeño gorrión cubierto de nieve. Ya tenía que esconder sus alas, el día lo volvía peligrosamente visible.

Dentro, en aquel dormitorio, Hansel era de lo más silencioso; sin embargo, aún no sabía qué hacer con su cuerpo en un espacio cerrado. Se limitaba a quedarse muy quieto y solo se sentaba tras la insistencia de Lina. Cuando llegaba su turno para ducharse, Hansel se movía con más soltura, entendiendo al fin que para los humanos lavarse es muy importante. Y, aunque J. J. le había enseñado a no intentar beber cada gota de agua que salía de la ducha, todavía le gustaba abrir su boca para que ese maravilloso elixir tibio se perdiese dentro de él.

Hansel ya identificaba el cepillo de dientes azul que su protegida guardaba en un armarito. A veces, se perdía en su reflejo por algunos minutos, pero entendía que los golpes en la puerta eran

la señal para comenzar a ponerse esas telas que olían a flores y dejar las que se acababa de quitar en las manos de Lina. Unos días después recibiría las mismas telas apretadas y el proceso cíclico se repetiría. Para Hansel todo eso era mágico. Al final, debía salir de nuevo por la ventana y bajar hasta la puerta. Tocar ese punto sobresaliente y escuchar la música. La tía Barb le abriría sonriente, esperándolo con un sitio en la mesa.

Lina estaba muy contenta aquel día. Su tío había amanecido con una energía renovada.

Se sentaron a desayunar los cuatro.

Cuando la tía Barb llegó con la tetera humeante y el tío Dimitri le pasó la sección de espectáculos del periódico, Lina se sintió con ganas de empezar temprano las lecciones con su guardián. Levantó su mano derecha —con cuidado de no mostrar el tatuaje de su antebrazo—, cerró los dedos, dejó el pulgar levantado e hizo una serie de movimientos rápidos cerca de su mentón.

—Tía —pronunció despacio para que Hansel pudiese leer sus labios—. Tía Barb.

No era casual que Lina escogiera a aquella señora, que era su segunda madre, como seña que le repetía casi diariamente.

El matrimonio Smith miró entusiasmado a Hansel; ya querían tener aunque fuera una simple conversación con el que ellos creían un misionero de Sudamérica.

Como el ángel no la imitaba, Lina sintió que todas sus esperanzas habían sido infundadas, y además le preocupaba que sus tíos estuviesen allí. Quizás no lo había pensado bien…, pero, para sorpresa de todos, Hansel, motivado por el entusiasmo de Lina y ya acostumbrado a aprender por imitación gracias a todo el estímulo recibido en los últimos tiempos, no solo copió el gesto de la mano de Lina, sino que también movió los labios de la misma forma. La quietud del desayuno fue seguida por vítores de alegría de los tres Smith humanos.

Lina se levantó y fue a abrazar a su tío. Unió su dedo índice y mayor, y bajó los otros tres, cerca de su frente, haciendo movimientos similares a los de la seña anterior.

—Tío —dijo despacio.

Esta vez no tuvieron que esperar. Hansel lo hacía casi al mismo tiempo que Lina. El pequeño ángel se ganó un abrazo doble de la tía Barb, que continuó con sus tareas disfrutando del ambiente festivo que desde hacía tanto tiempo no se vivía en aquella casa.

Aquel día, Lina y Hansel se sintieron listos para hacerlo y verlo todo.

Lina tenía una excelente memoria y Hansel parecía que no se quedaba atrás. Antes de colocarse sus chaquetas —la tía Barb ya trataba a Hansel como a un sobrino más y guardaba con cuidado cada cosa que el muchacho se dejaba allí—, Lina le enseñó que aquel lugar era *hogar* y que lo que ella llevaba puesto era un *vestido.* Cuando pasaron por la puerta le mostró que, al estar el sol, era de *día*; para ello usó sus dos brazos en un movimiento amplio. Se dirigieron a la casa de los hermanos J. J. y Lina indicó la relación entre los muchachos.

Sus amigos no podían creer que la misma Lina que casi suspendía Francés cada año fuese tan lúcida para aprender en tan poco tiempo todas esas señas. Julie se mostró bastante hábil, pero

Josh se ponía nervioso y lo único que hacía era levantar su pulgar repitiendo que todo estaba *ok*. Tanto Julie como Josh tenían días ocupados, así que Elegida y guardián continuaron su camino solos.

Lina le indicó que el día estaba cálido. La seña correspondiente le encantaba. Era como sacarse algo de la boca y apoyarlo en una superficie imaginaria. Después se quitó la chaqueta para mostrarle que tenía frío y le enseñó a distinguirlo del calor. Caminaron por el pueblo mientras practicaban las señas que ya sabían: mujer, hombre, tierra, agua…

Cuando pasaron por la estación de bomberos, Lina saludó a Paul, que estaba visitando a su novio. Entretenido con el ejercicio, el muchacho, que tenía un hermano menor sordomudo, la ayudó a interpretar las emociones. Ahora Hansel podría decirle cuándo estaba triste o simplemente aburrido.

El guardián señaló a Lina y repitió la seña de *amor*.

—¡Parece que tienes un admirador! —bromeó Paul sin entender la relación entre ambos.

En ese momento, Lina se dio cuenta de que amaba a su guardián. Estaba feliz y se lo hizo saber sin rodeos. Lo abrazó en serio por primera vez desde que se conocían. No en agradecimiento por haberla salvado de Samuel o Máximus…, sino porque lo amaba, y lo quería para siempre en su vida.

En la tienda de disfraces de Zack, que a Lina cada vez le caía mejor, sobre todo desde que se rumoreaba que estaba de novio con Valerie Simon, Hansel aprendió, con un poco más de dificultad, las señas para algunas profesiones.

A media mañana Lina sintió hambre.

Al llegar a The Sweet Bread, le fue fácil recordar las señas para la comida. *Leche*, *café*. Le daba una tranquilidad especial sentir que Hansel ya podía pedir un trago de agua. Lina nunca lograría entender que aquel muchacho pelirrojo era lo más poderoso que había en su vida. Ella quería enseñarle el mundo completo y, sin advertirlo aún, sentía la mezcla de orgullo y alegría que una madre siente cuando un hijo comienza a hablar.

Al se acercó y los saludó en lenguaje de señas. Ahora los dos pudieron responder que estaban bien y que iban a tomar café con pastel. No sabían cómo decir que querían uno de chocolate, pero Al los ayudó.

Lina bromeó con Hansel cuando este se fue a preparar la orden:

—Menos mal. La única seña que recordaba era *manzana*, ¿te imaginas si hubiéramos tenido que comer el pastel de manzana y canela?

Lina notó, a través de la sonrisa de su guardián, que cada vez estaba más conectado al mundo humano.

Cuando terminaron, atravesaron el bosque. Lina quería mostrarle la tierra, los pájaros, el lago… Había muchas nuevas palabras que aprender, y el libro de señas que tenía en su bolsillo prometía que aquella iba a ser una excursión inacabable.

—Vas a ver que aprenderé como es debido —dijo Lina pasando las hojas del librito—.

Tomaré clases y a lo mejor tú también puedes, cuando estés más acomodado a este mundo.

Hansel no sonrió esta vez. Su rostro se desfiguró en una mueca de pánico. Parecía estar escuchando algo que Lina no podía. Cerró sus ojos, pero se podía ver cómo los globos oculares se movían desesperados bajo los párpados.

—Hansel —Lina lo llamó tomándolo de los hombros. El ángel estaba en trance—. ¡Hansel! —insistió gritando.

Su guardián abrió los ojos y Lina sintió que había envejecido. Sin importar lo apretado que estuviera aquel arnés, sus alas se desplegaron, inmensas, casi tan grandes como las que Lina recordaba en Celestine. Toda la ropa de Hansel se rasgó al mismo tiempo: su chaqueta, la camisa, los zapatos prestados del tío Dimitri.

El guardián se arrodilló y comenzó a sacar grandes trozos de tierra con sus manos, que parecían garras. No hacía caso de los gritos de Lina, que tuvo que alejarse porque las alas de él se agitaban nerviosas golpeando todo lo que estaba cerca. Hansel no le dio tiempo a sorprenderse más, la tomó por la cintura y la alzó en sus brazos, después se arrodilló sobre esa especie de tumba improvisada y la colocó allí. Tapó su boca con su mano llena de lodo y Lina sintió un sabor salado que casi la obligó a vomitar.

Ahora solo podía escuchar.

Sentía el vaivén atolondrado de las alas de Hansel y las voces de Celestine, Peter y Matthew que gritaban al mismo tiempo. Hablaban en el Primer Idioma a una velocidad que hacía que Lina solo pudiese captar palabras sueltas como «buscadores» y «esconderla». Por el espacio libre entre el ala izquierda y el cuello de Hansel pudo ver como los otros tres ángeles volaban por encima de ellos.

De pronto, el suelo comenzó a vibrar y Lina reconoció el trote de Humble.

—¡Guardián! —era la voz de Máximus—. ¡Los buscadores!

Máximus desmontó cuando aún Humble no había detenido su marcha y de un salto estuvo en el suelo. Con un solo movimiento, tomó a Lina por el tobillo y la arrastró fuera de aquel escondite. Hansel no se opuso y salió volando con naturalidad, como si lo hubiese hecho toda su existencia.

Lina, ahora libre, gritó desesperada. Su corazón latía descontroladamente. En un acto mecánico, Máximus le limpió el rostro con su mano y por primera vez temblaba de miedo. Acercándola hacia él, dijo con toda la convicción de la que fue capaz en ese momento:

—No tengas miedo. No te quemará si te quedas pegada a mí. Permanece callada, por favor. Te lo ruego.

Dicho esto, Lina vio los ojos de Máximus llamear. Conservaban su color negro, pero un brillo infernal los volvía siniestros. Inmediatamente, el fuego los rodeó a ambos, y era hermoso. Lenguas de fuego de todos los colores devorándolos. El calor la hacía sentir un poco mareada, pero los brazos del demonio no permitían que se quemara.

Desde el cielo, los cuatro ángeles se miraron preocupados. Aquel fuego los rechazaba, pero lo

que se aproximaba por arriba era más peligroso aún.

A Lina le habían contado muy poco de *los otros*. Sabía que, tanto en las alturas como en las profundidades, existían criaturas de todo tipo. Los ángeles y los cazadores eran apenas una muestra de lo que se ocultaba en los otros reinos. Por lo tanto, cuando oyó a Celestine gritar que los buscadores se dirigían hacia allí, no comprendió el serio peligro en el que se encontraba. Así, como las tinieblas ocultan a otros tipos de demonios que no son cazadores, los Cielos tienen categorías de ángeles que no son tan amistosos como los que Lina había conocido.

Los buscadores no interactúan nunca con humanos. No bajan a la Tierra. No detienen su marcha infinita más que para reunirse con sus superiores y cuentan con un sentido extra para realizar su único trabajo: percibir a las almas que ya no deben estar entre los vivos. Sin embargo, son alados y, aunque no se desplazan de la tierra a las alturas, viajan en un plano intermedio. Era un secreto a voces que dentro de los Cielos no eran apreciados por los otros ángeles. Los guías, los guardianes, los soldados, los guardias, y tantas otras especies que Lina tardaría años en conocer, no se relacionaban con los *nadadores de la muerte*, como solían llamarlos despectivamente los seres de los otros reinos. El apodo se lo habían ganado por la forma única en que volaban: de espaldas a la Tierra, todos sincronizados en un lento vaivén, como si el cielo azul fuese un lago que los llevara a su destino.

Las Elegidas han sido siempre presas fáciles para los buscadores. Estos, al sentir la divinidad mezclada con la pureza humana, no se pueden resistir, e inmediatamente las marcan con sus cantos. Después los guías solo deben recolectarlas junto con los otros nombres que figuran en sus listas.

Celestine había discutido muchas veces con Peter sobre este asunto, ya que le parecía un error de planificación de los Cielos. ¿Cómo iban a arrebatar algo que era tan necesario en las Tierras y que había sido destinada por las mismas alturas para cumplir con una misión divina? Pero ya había pasado antes y lo único que podían hacer era tratar de ocultarla. Muchos ángeles habían perdido a sus Elegidas de esa absurda forma. Arrebatadas incluso cuando llevaban al niño divino en su vientre.

Los buscadores no suelen pasar varias veces por un mismo sitio, así que los ángeles soportaban el calor de los Infiernos debajo de sus plumas y los gritos en ese insoportable lenguaje: Máximus soltaba frases en Infernus para alejar a los buscadores, sin importarle en absoluto los cuatro ángeles que estaban intentando ayudarlos.

Hansel, al ver que allí abajo su protegida estaba a salvo, voló más alto y se unió a los buscadores. Estaban unos kilómetros al sur y se movían rápido. Por primera vez en su existencia, esa música le dio escalofríos. Aquellos ángeles parecían verdaderos reyes de la muerte danzando sobre los humanos. Antes, esos tranquilos viajes le habrían resultado hasta divertidos; sin embargo, ahora Hansel tenía algo que perder. Sin éxito, intentó escuchar los murmullos de esas criaturas. Quizás la conexión con su protegida lo volvía más humano, menos ángel. Se alegró al ver que el fuego de Máximus aumentaba. Desde allí arriba era lo único que se podía sentir sobre

ese bosque. Con dificultad, ya que sus alas no estaban acostumbradas a volar así, de espaldas a la Tierra, Hansel sonrió danzando con los reyes de la muerte. Nada humano se percibía allí abajo.

De reojo observó a los buscadores. Ni se inmutaron; siguieron con sus semblantes parsimoniosos y sus murmullos eternos.

Abajo, en medio de aquella hoguera, Lina tenía el vestido empapado del sudor de ambos. Los gritos en Infernus habían cesado de improviso. Miró a Máximus a los ojos, pero no lo vio. No sabía cómo, pero los reconocía, podía diferenciarlos. Dos gemelos completamente distintos en uno solo.

—Hola —murmuró William.

—Hola. —Lina apoyó su frente en los labios de él para ocultar la angustia repentina que la invadió.

Con voz cansada, aprovechando que toda la energía del demonio estaba enfocada en generar ese círculo de fuego, él dijo:

—Te echo de menos.

—Yo también, Will… —Ahora lo volvió a mirar a los ojos—. Tengo que decirte algo…

—Todo está bien. —La tranquilizó acariciando su rostro con el revés de su mano—. Te amo.

Lina respiró con calma. Todo podía irse al infierno, pero antes quería decir algo importante.

—Will, yo os amo a los dos. Quiero que volváis a ser uno solo.

—No podemos, amor mío. Somos monstruos.

Lina le sonrió y besó sus labios. Eran más suaves que los de Máximus. Pensó unos instantes y dijo despacio:

—Sí, somos monstruos. Somos distintos y no respetamos la naturaleza. —Señaló las llamas que los envolvían—. Tú y yo pertenecemos a otro orden. Nada de esto era natural para mí hace apenas un año atrás y ahora… lo es. Y mucho antes, cuando me salvaste de morir, yo no debía verte…, pero te vi.

—Eso es distinto…

—No, no lo es —lo interrumpió—. Afrontémoslo. Somos raros. Fenómenos de la naturaleza. Pero somos, Will. Existimos. Yo ya te acepté como eres. Tú no puedes ser sin él, y él no puede ser sin ti. Yo amo cada parte de todo lo que vosotros sois, y ya no quiero hablar de ti o de él, porque hay un solo hombre al que amar, aunque sea humano y demonio.

—Mi vida, yo sé que él también te ama, pero…

En ese momento, a Lina se le secaron los labios. Un mareo repentino la aturdió. El ardor de su garganta era tal que sentía que tragaba arena. Justo antes de desmayarse vio los ojos de William y los de Máximus. El punto exacto en que el cambio se efectuaba, pero una luz de esperanza la invadió: antes de perder la conciencia, notó que el gesto de preocupación en ellos era el mismo. El amor por Lina estaba siendo más fuerte que el odio que se tenían entre ellos.

Desde las alturas, mientras descendía, Hansel pudo apreciar el incendio reducido a unas cenizas humeantes. Máximus acomodaba a Lina sobre Humble. El ángel los dejó marchar,

confiado de que su protegida estaba en buenas manos.

* * *

Estuvieron dentro de la casa en un parpadeo.

Máximus subió las escaleras despacio. No podía dejar de mirarla. Ahora lo entendía todo: la magia, la locura que sentía por ella, la necesidad que despertaba en él y la seguridad de su entrega. No podía perderla. No quería volver a ser un cazador líder. Solo estar con ella por el resto de la eternidad.

Cuando llegaron al cuarto de William, se detuvo. Aquella habitación no le pertenecía. Aún no se acostumbraba a usarla. Sin embargo, al ver el estado de Lina —llena de hojas y lodo, vencida por el calor infernal—, se dio coraje y entró cual mascota que irrumpe decidida en el cuarto de su amo mientras este no está. La depositó en la cama con cuidado y, como recordando una película que había visto hacía tiempo, imitó el ritual que William había hecho muchas veces con ella. Le quitó sus botas, le acercó la almohada, la cubrió con una manta. Desató las cortinas de la cama y las acomodó despacio para ganar intimidad.

Después se sentó a sus pies, para contemplarla…

Pensándolo fríamente, no tenían tiempo para esto. Él estaba allí para concretar lo que el cobarde William no había hecho y, sin embargo, ahora se encontraba como un chiquillo humano cualquiera, deseando hasta la desesperación a esa muchacha, y lo único que le importaba era, no su misión, no la garantía de una vida en las Tierras, sino acurrucarla entre sus brazos y ser por siempre esclavo de sus deseos.

Estaba ansioso y no sabía cómo sacudirse las emociones humanas que lo desbordaban.

Se miró sus ropas: al igual que las de ella, estaban llenas de cenizas y tierra, y mientras se desabotonaba la camisa, se acercó a la ventana. Su pecho mostraba unos músculos endurecidos por la fuerza infernal utilizada hacía unos momentos.

Después, en apenas un susurro, mientras corría la cortina de la ventana y dejaba fuera el cielo y el sol del temprano atardecer, comenzó a vaciar su corazón frente a una Lina inconsciente:

—Tengo ganas de desnudarte despacio. Imagino que me desvestirás con manos temblorosas… Jamás le has quitado la ropa a un hombre, mucho menos a un demonio. Y yo te ayudaré, pero torpemente, porque nunca uní mi cuerpo con alguien a quien amase. Veré tu piel brillar frente a la mía. Te besaré con los ojos cerrados para seguir imaginándote en mi mente. Acariciaré tu rostro sin animarme aún a descubrir el resto de tu cuerpo. Escucharé tu respiración, que se irá agitando como la mía. Entonces, te levantaré. Entre mis brazos serás una reina serena, y la cama será nuestro trono. Las sábanas se sentirán suaves al cubrirnos con ellas, y seremos uno. Como siempre debimos serlo… Desde ese instante no habrá nada más natural que aquello. Yo sé cada paso, sé los momentos… y sé que tú tienes una idea borrosa y biológica de la mecánica aprendida. Pero, Elegida, amor mío, corres con ventaja, yo te prometo la ilusión del

amor. Te entregarás únicamente a aquel que te prometa la vida eterna en su corazón…, aunque me tenga que inventar uno… Juntos aprenderemos y luego desaprenderemos, para volver a empezar cada vez. Intentaré tener mucho cuidado. Te acompañaré, sintiéndote, pendiente de cada parte de ti. No dejaré de mirarte ni por un segundo y, cuando la pasión me venza, me recuperaré entre tus brazos, escuchándote dormir. Seré afortunado… Me patearás entre sueños, girarás en la cama y yo tendré que levantarme a rescatar las mantas del suelo, para que no tengas frío, porque siempre estás helada. Y, como soy un animal obstinado, solo tendré el valor de decirte *te amo* en esos momentos… Cuando después de amarnos te proteja la inconsciencia, porque solo puedo imaginar lo difícil que es, para un humano como tú, aceptar el amor de este demonio.

Máximus suspiró. Parecía que había elevado una plegaria. Se recostó junto a Lina y el ritmo de la respiración de ella lo hizo adormecerse.

Los demonios, cuando visitan la Tierra, tienen miedo de dormir. No están acostumbrados a esa pequeña muerte, pero adoran soñar, adoran fantasear.

En la mente de Máximus, en esa cama, no quedaba ni un centímetro del cuerpo de Lina que sus labios no recorriesen. En su mente el apremio de su cuerpo era colmado no una, sino innumerables veces. Él sobre ella, ella sobre él, ellos abrazados, en aquel sillón, en el suelo…

* * *

—Báñame, Máximus. —Lina estaba sobre él y lo despertaba con esas palabras, sin más preámbulos. Aún se encontraban hojas y pequeñas ramas en su pelo, y cenizas sobre su cuerpo.

Los ojos del demonio llamearon. Después de todo, esa era su naturaleza, pero algo había aprendido y, por primera vez en su existencia, puso el alma en juego y no el cuerpo. Permaneció estático, despegó sus labios para decir algo, pero Lina lo interrumpió:

—Ahora.

El modo en que le habló terminó por convencerlo. No esperó más instrucciones. Incorporándose, tomando el control, la giró por los hombros.

Así, sentados uno sobre el otro, Lina pensó que los botones de su vestido saldrían volando, pero el demonio se tomó su tiempo para desabrochar cada uno de ellos. Rozando de vez en cuando la piel de ella y provocando temblores en ambos.

Lina llevaba su combinación preferida. La tela se deslizaba con suavidad. El encaje resaltaba cada borde. Cuando Máximus estaba a punto de deshacerse de los tirantes, Lina lo detuvo con su mano.

—Con esto puesto, por favor —suplicó.

—Elegida —dijo Máximus con todo el control del que era capaz en ese momento—, eres la mujer más hermosa de todas las mujeres.

Lina movió su cabeza en un sí mudo. Hipnotizada. Por primera vez creyéndole algo así. Sobre él se volvió a girar y quedaron cara a cara.

Con tres movimientos, Máximus terminó de arrancarse la camisa, se desabrochó el cinturón y, cuando iba a ir más allá, instintivamente Lina cerró los ojos. El maldito rubor de siempre invadió sus mejillas. Ante aquel tierno espectáculo, él no pudo contener una carcajada, pero después la tranquilizó. Repetirían el baño de aquella vez, con la seguridad de las telas separándolos, pero ahora sería él quien la limpiase a ella.

La bañera que William había comprado era enorme. Las patas de oro la hacían lucir como aquellas bañeras antiguas. Allí, sentado en el borde, con los grifos abiertos al máximo, el demonio esperaba a que el agua llegase hasta la mitad. El resto lo llenarían con sus cuerpos. Lina lo miraba desde el lavabo. Su rostro era diferente a cualquiera que él le hubiese visto. Sus manos se aferraban al mármol con tanta fuerza que los nudillos estaban blancos.

Máximus cerró los grifos y Lina tragó saliva. Justo en ese momento, cuando solo se escuchaba una gota caer en el agua tibia y los dedos del demonio jugar a entibiarla aún más, Lina fue consciente de su casi desnudez. Reaccionó cubriéndose el pecho que la enagua transparentaba. Además de no necesitarlos, nunca había sido fanática de los sujetadores.

Máximus sonrió y se dirigió hacia ella. La acercó sin obligarla a mirarlo. Le acarició los brazos y logró que ya no estuviesen tan tensos.

—Lo siento, Elegida. Nunca tocamos a alguien como tú. No haré nada. Solo déjame observarte desde detrás de las telas. —Mientras terminaba de hablar, sus manos se deslizaban por sus piernas. Lina entendió lo que iba a hacer y contuvo la respiración. Su ropa interior jamás había sido escogida contemplando esos momentos. Pero a Máximus pareció no importarle, ni siquiera notó su tamaño excesivo. Con ambas manos deslizó la prenda por las piernas de ella mientras besaba la piel de una de sus rodillas. Cuando debajo de la enagua Lina estuvo completamente desnuda, Máximus, aprovechando su postura, terminó arrodillándose ante la Elegida.

—Moriría por ti. Hoy y siempre. —Las palabras salían con dificultad de su pecho.

Lina pensó en muchas cosas al mismo tiempo, y luego, al acariciar el cabello oscuro de su demonio, su mente comenzó a relajarse.

El contacto fue un detonador para Máximus. Se incorporó y la tomó entre sus brazos. Fueron hasta la bañera y la besó con ferocidad. Los labios de ambos estaban violáceos por la sangre y los alientos se mezclaban frenéticamente. Levantó la enagua hasta los muslos de ella. Él ardía. Dejaba una estela de besos por aquellos hombros pecosos y por el encaje que decoraba el nacimiento de un escote que se le antojaba sagrado.

—Báñame, Máximus —repitió Lina con la voz de quienes gozan.

Máximus la alzó y, llevados por el deseo, se sumergieron.

El agua hizo su magia.

La enagua de Lina se convirtió en una segunda piel que liberaba a la primera. Máximus la colocó sobre él y entre sus brazos logró que se dejara ir hacia atrás, empapando su cabello. Lina emergió como una reina del agua. Ahora Máximus, con sus labios, formaba un camino

imaginario desde el hombro hasta su oreja. Ese camino era el que quería recorrer por toda la eternidad.

De pronto, Lina se incorporó. El agua descendía despacio por su cuerpo.

Máximus colocó ambas manos en los lados de la tina. No quería lastimarla. Y no sabía lo que ella haría. ¿Iba a marcharse? ¿Gritaría? ¿Comenzaría a insultarlo? ¿Le diría que jamás uniría su cuerpo y su alma con un perro como él?

El demonio de trescientos años, que había vivido en el mundo de las certezas, dudaba por una humana de apenas un poco más de dos décadas de vida; pero esta vez, por un breve instante, la suerte estuvo de su lado.

La humana comenzó a quitarse aquella tela, y los ojos de él saboreaban el placer que estaba a punto de descubrir. Los bordes de la bañera crujían bajo sus manos. La conexión entre ambos era devoradora. Este era el momento. Máximus sentía que un cambio dentro de él acompañaría esa unión. Algo estaba volviendo a colocarse en su interior. Ella… ella era perfecta.

Justo en ese momento, la puerta del baño se abrió de par en par y Lina se tapó instintivamente. La enagua apenas había abandonado sus hombros, pero su pudor fue protegido por Máximus, que, más rápido, ya estaba de pie tapando con su cuerpo el de ella.

—¡Oh, por Dios! ¡Oh, por Dios! ¡Estoy ciego! —gritó Josh—. ¡Ay, Dios mío! Me he traumatizado… Esto es como aquella vez que vi a papá y mamá… Oh, por Dios… Me quiero arrancar los ojos. —El muchacho se tapaba la vista con ambas manos.

En la puerta había un público insólito. Areias, el príncipe de las Aguas, con rostro preocupado; Costa, a su lado, incómoda; Julie, hipnotizada con la parte posterior del novio de su amiga; Matthew, que miraba a Julie y bufaba; Peter sonriendo con picardía y J. J. tapándose aún el rostro con la mano.

—¿Qué hacéis aquí? ¡Os ordeno que os vayáis! —Máximus estaba a punto de ir a por su espada. No podía creer lo que estaba sucediendo.

—Máximus, la gente de agua salada viene a por ella. —Areias no ocultó la preocupación de su voz—. Mi hermana y yo hemos venido a avisaros y a proteger a la Elegida.

Lina pensó en muchas cosas al mismo tiempo. ¿Qué hacía ese grupo allí? ¿Había escuchado bien? ¿Los acuosos venían a por ella? ¿Costa y Areias eran hermanos? A Lina no le gustó nada aquello. Las casualidades tenían la siniestra marca de Destiny.

Mientras tanto, Julie, dejando a los demás clavados en la puerta, con toda la naturalidad del mundo le alcanzó un albornoz a su amiga y luego otro a Máximus.

Lina parecía un pollito mojado, pero el demonio comenzó a hacer preguntas y dar órdenes como un rey espartano interrumpido en uno de sus baños antes de la batalla.

—¿Cuántos? —rugió.

—Demasiados —respondió Areias.

—¿Bajo las órdenes de quién? —quiso saber Máximus saliendo de la bañera.

—No lo sé… La gente de agua salada busca venganza por la destrucción de una nímbula…

Vienen solo por la Elegida. Atacarán la zona que la rodee. —El príncipe parecía confundido—. No es lógico. Se rumorea que los Supremos están detrás. Dicen que les tendisteis una trampa y los ofendisteis.

La mente de Lina viajó al pasado. Efectivamente, William había prometido alejarse de ella a cambio de que la curasen de la herida mortal que sufrió en la pelea contra los ángeles…, pero, tras luchar para encontrarse, allí estaban de nuevo juntos. Lina tembló al pensar qué le podían hacer ahora.

—Lo que no soportan es la idea de que la Elegida escoja a las profundidades. No juegan limpio —gruñó Máximus.

—Esto no es un juego —se atrevió a decir Peter desde la puerta y dio un paso adelante para dejar pasar a Josh, que quería entrar—. Vienen a lastimarla, Máximus. Son imparables. Vienen con el poder del océano.

El rostro de Máximus se transformó. Miró a Lina como si sus ojos quisieran protegerla.

—Areias, ¿es cierto eso?

—Sí —confirmó el acuoso.

Ayudada por los hermanos J. J., Lina ya estaba casi seca y de nuevo con su vestido.

—¿Dónde está Hansel? —preguntó Máximus.

—Con Celestine, tratando de detenerlos. Se aproximan por el oeste —explicó Peter.

—Alguno de los ángeles tiene que tomar a Lina y volar hasta que yo termine esto.

Matthew y Peter se miraron. Fue Matthew quien habló:

—Nos han ordenado que no participemos en esta batalla. No podemos tocarla.

Julie se quedó de piedra, pero enseguida Matthew volvió a hablar:

—Vamos a desobedecer hasta donde podamos, pero volar con ella no es una opción. Hay ángeles guerreros custodiando las alturas de Whitehorse.

—Está bien —dijo Máximus—. Nuevo plan. Lina y yo cabalgaremos a terreno alto. Peter, lleva a los humanos a la casa del reverendo. Los demás, preparaos para mojaros.

Capítulo 27

Seahorse



> «De pronto, miró los ojos castaños y humildes de aquel que solo con sus manos refrenaba su caudal de poderes.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse I. Cuando los Cielos y los Infiernos se abren*

La noche era extrañamente calurosa. La pasión despertada en Máximus minutos antes había alcanzado para volver cálido todo Whitehorse. En el jardín de la apartada casa grande, Lina y él esperaban a un retrasado Humble. Los demás ya se habían marchado.

Lina observaba la bella aurora boreal que danzaba en el cielo, pensando que tal vez ese fenómeno no le traía mucha suerte. Sonrió; aun en ese momento el hábito de reírse de sí misma no la abandonaba. Por supuesto que cada vez que quería estar con su pareja, el mundo se venía abajo. Después de todo, era Lina *Malditasuerte* Smith. No podía ser de otra manera.

Frotándose el rostro para concentrarse en lo que estaba pasando, comenzó a despejar algunas dudas con Máximus:

—¿Qué significa que vienen con el poder del océano?

La mandíbula de él se endureció. Odiaba exponerla a todo aquello. Asió bien su espada y los rubíes del mango comenzaron a brillar. Sin dejar de estar atento a los alrededores, al fin le explicó:

—Cuando la gente del agua se enfrenta a nosotros, los de las profundidades, corren en desventaja por la jerarquía.

—Sí, lo recuerdo. —Lina había aprendido de William el orden jerárquico de las armas: nadie es inmune a las propias; las de los Cielos les ganaban a todos; los humanos eran inmunes a las

armas de los otros reinos, menos a las de las Aguas, y estas últimas eran superadas por las de los Infiernos.

—En tierra ellos son débiles —continuó él—. Excepto si vienen con el poder del océano, que los hace indestructibles. Cuando los traspase con mi espada, no perecerán, se transformarán en agua que fluirá hasta el río, para reintegrarse y regresar.

—O sea, que son invencibles —concluyó Lina.

—Sí, mi vida. —Máximus ya se dirigía a ella como lo solía hacer William. Cerró los ojos y esta vez Humble sí apareció por el norte, galopando con fiereza.

En ese momento, un remolino surgió cerca de ellos. La forma del príncipe Areias se dejó ver antes de que pronunciara:

—Estamos intentando detenerlos, pero son demasiados. Esperamos que el agua dulce los debilite. Id lo más alto posible.

Lina notó cambios en el cuerpo de Areias. Los dedos de sus pies y los de sus manos estaban unidos por una membrana transparente, su pecho brillaba con escamas que formaban un uniforme metálico y una corona de oro decoraba su cabello, que se asemejaba aún más a algas marinas.

—Gracias —dijo Máximus antes de que el príncipe volviera a desaparecer en un movimiento giratorio de agua. Acto seguido, tomó a Lina sin dejarla caminar hasta Humble.

En el instante en que el caballo se preparaba para partir con ellos ya montados, escucharon unos chillidos en una molesta frecuencia que podía hasta romper los vidrios de la casa. Los ojos de ambos se enrojecieron, como si hubiesen nadado durante horas; las puntas de sus dedos se arrugaron; y en sus paladares sintieron un insoportable sabor a sal. Voces escalofriantes se escuchaban como debajo del agua en los oídos, ahora tapados, de Máximus y Lina. Las voces que helaban la piel de los humanos y la corteza de los árboles gritaban un único nombre:

—Angeliiiina Smiiiith… Angelinaaaa Smith… —Era la canción fúnebre de Lina.

Máximus dio la orden para comenzar a cabalgar, pero el corcel apenas pudo dar unos pasos. Humble se movía como un animal normal, sin conseguir la velocidad de los Infiernos. Relinchó asustado; debajo de él había agua. Ahora no podía moverse. Sus cascos estaban empantanados.

Máximus, comprendiendo la situación, le acarició el lomo y le habló en Infernus. De un salto, con Lina en brazos, se subió a la rama más baja del árbol que llevaba la inscripción de sus iniciales. Liberado, Humble pudo partir a resguardarse.

Máximus y Lina estaban rodeados. Las criaturas del agua no tenían en tierra ni la mitad del poder que en su hábitat natural, pero lo poco que conservaban era suficiente. El demonio sostenía su espada con la mano izquierda. Prefería tener su mano fuerte aferrada a Lina. Estaba agitado.

Los acuosos continuaban gritando el nombre de ella, erizándoles la piel.

—¡Demonio! —gritó una voz familiar desde las alturas. Era Samuel, que estaba en el mismo árbol, pero mucho más arriba, apoyado cómodamente contra el tronco—. ¡Este es tu fin!

—¡No! —Lina gritó furiosa hacia Samuel. ¿De todos los momentos elegía justo ese para

aparecer? ¿En serio?

—Angelina, ven conmigo. —Samuel extendió sus brazos hacia ella. Le hablaba con una ternura perversa—. O muere en esta batalla. Soy el único ángel que puede volar contigo esta noche. Si vienes, esta guerra terminará. Hoy podemos cumplir nuestra misión. Solo a mí me dejarán pasar los ángeles guerreros. Estás atrapada entre el control de las alturas y el odio de las Aguas. Tú eliges.

Lina miró hacia arriba. Sobre la copa de los árboles cercanos o planeando cerca de estos había una docena de ángeles guerreros. Sus expresiones eran rudas, similares a las de Matthew. Llevaban sus armas a la vista: dagas, cuchillos, espadas, lanzas, redes y demás elementos que, para las creencias de Lina, nada tenían que ver con la naturaleza de los ángeles. Pero aquellos no eran como los guías ni como su guardián.

Abajo, el agua se movía cual mar embravecido.

—¡Samuel! —escupió Máximus—. Son demasiados para mí. ¡Detén esto! Hazlo por ella, por favor. —Era la primera vez que Lina escuchaba a Máximus rogar.

—Por ella misma es que lo hago. Algún día me lo agradecerá. —Samuel se balanceaba en una rama, gozando aquel momento.

—Te lo ruego —insistió—. ¡Sálvala! No la dejes aquí. Llévatela lejos. Yo lucharé solo, pero no permitas que las criaturas del agua la torturen.

El ángel se mostró aburrido ante las palabras del demonio. No miraba a Lina, aún no podía ser tan cruel. Abrió sus alas esqueléticas y esperó un poco más.

—No te dejaré, Máximus —exclamó Lina con seguridad, abrazándose a su pecho—. Nunca.

Samuel observó aquella escena con asco. Se preparaba para ir al río con la gente del agua cuando ella se volvió hacia él, y por un segundo se ilusionó. Pensó que, en el último instante, la Elegida al fin había entrado en sus cabales.

—¡Tú no te vas, Sam! —soltó Lina con odio en sus ojos; debía gritar para sobrepasar esa marcha fúnebre espantosa que la desgarraba—. ¡Tú no me das la espalda! Soy yo quien prefiere morir con Máximus que escaparme contigo, ¿me oyes? ¿Me oyes, ángel sin alas? ¡Vete! No te quiero. Amo a Máximus. Amo a William. Y a ti te odio.

Samuel la miró de la forma más fría. Jamás podría olvidar esas palabras. Se las llevaría al mismísimo Infierno.

—Como lo desee la Elegida —exclamó tragando su dolor, y desapareció en las alturas.

Máximus se dio la vuelta y agarró el rostro de Lina:

—Escucha, está herido. Perdió la cabeza, pero te ama. —Después, suspiró y, mirando sobre su hombro, agregó—: Llámalo en el Primer Idioma. Pídele que regrese y márchate con él. No sé si yo puedo sacarnos de esto.

—No, Máximus. —Las lágrimas corrían por su rostro con la velocidad con que el agua se movía en aquellas tierras—. Vete tú. Es a mí a la que buscan. Esta no es tu batalla.

El demonio sonrió y, de poder imitarla en aquel llanto desesperado, lo hubiese hecho.

—Todas son mis batallas —dijo antes de besarla.

En ese tiempo Máximus había aprendido, el demonio se había civilizado, pero el guerrero permanecía ahí, luchando.

—Ahora me obedecerás. —Volvió su tono autoritario—. Si quieres vivir, si quieres que Salvador vea el mundo, me escucharás. ¿Está claro?

Lina decidió que ese no era momento para enseñarle a hablar como un humano y no como un cazador líder. Asintió con los ojos muy abiertos.

—Hoy les perderás el miedo a las alturas, amor. —No era una petición, era otra orden—. Salta entre los árboles, si es necesario escala, pero no toques el suelo, por nada del mundo. Te mantendrás así mientras llegan refuerzos. Yo los contendré para que no sigan subiendo.

Máximus la llevó hasta casi la copa más alta de aquel viejo árbol. El ángel soldado que estaba allí los observó con indiferencia.

Al mirar hacia abajo, Lina notó que el agua subía por el tronco, y Máximus la besó dándole coraje. Sin esperar respuesta la soltó y dio un paso hacia atrás. Después, con la espada sobre su pecho, se arrojó de espaldas.

Lina gritó. La caída desde aquella altura era mortal, pero el mar que trepaba aquel árbol se detuvo y se unió en forma de una garra gigantesca que recibía al cazador.

Los cuerpos de los acuosos se hicieron visibles en cuanto el arma de Máximus rozó el agua, haciendo que la forma de garra estallara. Los rubíes del mango actuaban como escudo y el demonio volvía a ser un soldado valiente y sanguinario, pero venían más y más. Pálidos. Descamados. Con los ojos verdosos. Con cortes en sus gargantas como los peces. Con las uñas violetas. No eran sirenas como Lina los había imaginado. Parecían cadáveres añejados por el mar.

Areias era hermoso, pero él era de agua dulce. Quizás, pensó Lina, la sal oxidaba aquellos cuerpos con branquias. Observó la expresión en su rostro… Eran repugnantes, zombis… y la canción no paraba.

—Angeeelinaaa Smitttth. Angeliiiiina Ssssmith. Aaaangelina Smiiiiith… —Eran voces no acostumbradas a los fonemas humanos, y la canción se tornaba tétrica al estirar las sílabas en un intento vano por pronunciar mejor.

Máximus luchaba como nunca. Atravesaba los cuerpos de esos seres y el agua estallaba empapándolo todo. Con esfuerzo, destrozó a un monstruo verde que medía el doble que él.

Lina, desde esa altura, siguió el cuerpo líquido de aquel acuoso gigante y comprobó que, tal como se lo había dicho su demonio, una vez que aquellos seres regresaban al río, volvían colina arriba para continuar con su misión.

Subió un par de ramas más. Temblaba. Los humanos no estaban hechos para las alturas… Ese era su veredicto. Desde más arriba pudo ver a otro grupo en la distancia luchando de la misma forma. Las alas de Celestine se veían pesadas, sus plumas goteaban, pero su rostro era violento. Peter se había vuelto un experto con su lanza. Dejaba fuera de combate a cuatro a la vez. Areias

rugía y, aunque pareciera increíble, luchaba espalda contra espalda con Matthew. Hansel, desde las alturas, tomaba a cinco de esas criaturas a la vez y las arrojaba lejos, hacia las montañas en dirección contraria al río. Al, su viejo amigo, la sorprendió con un hacha plateada; parecía estarlo pasando mal con un grupo de acuosos, pero Costa, lanzando su disco de agua, lo cubría. La acuosa llevaba el mismo uniforme real que su hermano. Sin embargo, la corona en su cabeza era más brillante.

Lina volvió a mirar hacia abajo y se sorprendió cuando vio a los hermanos J. J.: Josh, con su ingenio, había traído su famoso palo de *hockey* y ayudaba a Máximus a desmembrar a una criatura con tentáculos. Julie, con una tijera abierta, cortaba a cuanto acuoso se le cruzaba.

Lina quería bajar y ayudar. No podía quedarse allí. Aquellos seres eran miles… y no morían. No desaparecían.

De pronto, escuchó a su guardián gritar por primera vez. Era el grito desgarrador de alguien sin voz. Estaba cerca, a apenas unos metros. Aquellos seres habían trepado unos sobre otros y habían formado un hombre gigante de agua, derrumbando a Hansel, que ahora luchaba contra docenas de manos transparentes que intentaban ahogarlo.

Lina se desesperó y comenzó a bajar de aquel árbol como una leona que defiende a su cría. Cayó en cuclillas sobre la tierra seca detrás de su demonio y sus amigos. En ese momento Máximus saltó sobre veinte criaturas que advirtieron la presencia de la Elegida a apenas unos metros.

Lina vio que Hansel, ahora a salvo, volaba furioso arrojando a seis de esos monstruos contra unas piedras. Entonces Lina oyó a Máximus:

—¡Corre, Elegida!

Y la humana corrió con aquellas criaturas pisándole los talones, hasta que apareció Humble, a quien montó de un salto, pero el animal no podía más que trotar lento. La tierra se volvía pantanosa y la gente del agua lo agarraba por los cascos.

Humble no pudo más y frenó en seco, absorbido por aquellas arenas movedizas. En ese momento Lina aprovechó, se puso de pie sobre él y, con un fuerte impulso, saltó hacia una pequeña loma de tierra seca. Sin el peso de la Elegida, el animal recuperó su libertad. Los acuosos venían a reclamar una sola alma aquella noche.

Lina estaba rodeada. Ya no había escapatoria. El árbol más cercano estaba a tres o cuatro metros, una distancia imposible de saltar para ella. No veía a nadie más que al pobre Humble luchando cerca, deteniendo con su lomo a los cada vez más numerosos seres del agua. Respiró agitadamente, miró hacia los ángeles guerreros que observaban la escena desde los árboles con las alas semiplegadas y estiró su mano pidiendo ayuda, pero los soldados le desviaron la mirada, sin piedad. Y, de esa forma, los Cielos se cerraron para Angelina Smith.

Todos los ruidos se volvieron uno.

Cerró los ojos; otra vez se despedía del mundo.

«Cuenta la leyenda, Angelina Lina, que son criaturas que pueden salvarnos. Que nos

ayudarían a ti y a mí. Porque son nuestros amigos…», repetía la voz de su madre en su mente.

¿Así iba a terminar todo? ¿Ahogada por manos que nada tenían que ver con su historia? La voz de su madre le llenaba el alma…

«Porque son nuestros amigos…»

Solo tenía unos metros secos a su alrededor.

Cuando volvió a abrir los ojos, vio que Máximus corría hacia ella, pero la gente del agua estaba más cerca y estiraban sus manos putrefactas. Se movían a ritmo lento sobre la tierra, pero eran constantes. Ordenados. Un ejército de zombis.

«Este es el miedo verdadero», pensó Lina.

Máximus blandía su espada contra los hijos del mar, pero, cada vez que la enterraba en aquellos cuerpos líquidos, no hacía más que generar una hemorragia de agua pura, que no sufría.

De pronto, la tierra tembló debajo del demonio. Nadie más pareció notarlo.

Los ojos de Máximus se volvieron negros por completo y volvió a aquella mañana junto a William. En ese momento en que el Infernus entraba en su sangre. Unos labios perversos le hablaban cerca, congelándole la nuca. La voz era conocida y, por primera vez, lo ayudaría. Claro que mantenerlo con vida era solo un juego para ella, la araña. Pero, aun así, Máximus escuchaba con atención las palabras de Destiny:

«Y el último símbolo te revela que de la Elegida te enamorarás, por la más poderosa de todas caerás. Y los primeros humanos, sobre los que has cabalgado, serán sus aliados. Entre todos ellos será una, la de la corona dorada, la que dibujó su fantasía infantil, quien levantará a sus manadas. Con el secreto de su sangre, en batalla terrenal, su parte humana la conocerá. El secreto de las Tierras te es revelado para que lo utilices sabiamente, soldado, ya que los sacrificados honran el pacto toda vez que son llamados. El Infernus se cierra para ti, maestro de la Jinete de Fuego».

Máximus salió del trance. Lo entendió todo de golpe, su tatuaje infernal ardió cerrándose con el último símbolo que las palabras de Destiny dibujaron en su brazo. Qué ciego había sido. Aquel era el secreto mejor guardado de las profundidades.

Si mi parte humana viene a mí…

Saltó hacia Lina, con su espada, y, ante los ojos horrorizados de ella, hizo dos cortes limpios lejos de las venas de la Elegida. La sangre fluyó libremente. Lina estaba en *shock*, mirándolo. Las gotas rojas caían sobre la tierra seca.

—¡Repite después de mí! —le gritó Máximus—: Si mi parte humana viene a mí, primeros humanos. Como hija de las Tierras, como Elegida por las alturas y las profundidades, yo os llamo a honrar una vez más el pacto que nos une. Debéis venir a ayudar a la Jinete de Fuego.

Lina no daba crédito a lo que oía, mientras Máximus la zarandeaba, intentando despertarla.

De golpe Lina repitió esa frase, valiéndose de su memoria de actriz frustrada, palabra por palabra. Pensó que se había vuelto loca, pero el temblor de la tierra la convenció de lo contrario. Una música de tambores tapó los ruidos de la gente del agua. Las voces ya no le lastimaban los tímpanos y todos sus sentidos volvían a pertenecerle.

Cientos de caballos galopaban hacia ellos y, cuando estaban a punto de chocar con los acuosos del agua, en el aire, como un acto de magia, se convertían en lo que no podía ser otra cosa que humanos. Hombres, mujeres, todos con cuerpos llenos de dibujos y colores. Su piel era un pergamino que contaba la historia de su vida. El grito de batalla se escuchó desde una loma en lo alto. El caballo blanco descendió con todas sus fuerzas y, saltando sobre el hombre del agua que casi tocaba a Lina, se convirtió en una figura femenina de pelo blanco, de piel plateada y de ojos castaños con un leve tono violáceo…

—Umah… —murmuró Lina sin poder creerlo.

Los ángeles, el demonio, los humanos, los acuosos…, todos fueron testigos de como el galope se transformaba en pies descalzos que corrían.

Lina se quedó estupefacta cuando vio aparecer a Compassion y a Mercy, que se transformaban en el aire y hacían una bonita pareja, luchando sin soltarse de las manos. El caballo de Izzie se había convertido en un muchacho joven de ojos rasgados y cabello cobrizo y los símbolos de su cuerpo lo hacían parecer un papiro antiguo. Mercy era una muchacha robusta cuyo cabello oscuro se ondulaba hasta más allá de sus rodillas y sus símbolos danzaban al compás de una música interior. Luchaba con sus pies descalzos hundidos en la tierra para afirmarse mientras dejaba fuera de combate a tres acuosos al mismo tiempo.

Pero nada, nada podría describir la perplejidad de Máximus al ver que su fiel compañero no era sino un hombre de piel negra como la noche, ojos profundos y cabello de color petróleo largo hasta la cintura. Un hombre muy extraño con líneas rectas sobre su cuerpo. Pero un hombre al fin.

Junto a Lina, la criatura plateada enterró su brazo en una mujer del agua que iba justo hacia ella. La acuosa chilló mientras se volvía oscura, pesada, como una figura de barro que se disolvía en el suelo y ya no podía levantarse. Así lo hacían todos sus hermanos de raza. Máximus, reponiéndose de la conmoción, tomó a Lina del brazo y levantó su espada del suelo.

—¡Me alegro de conocerte al fin, hermana de tierra, mi nombre es Umah! —gritó la criatura albina y agregó—: ¡Cazador, necesito a la Jinete de Fuego! ¡Tráela!

Máximus tomó la mano de Lina.

—¿Yo soy la Jinete de Fuego? —preguntó sin salir de su asombro, dando un paso atrás instintivamente.

Máximus asintió con respeto, hincó su rodilla frente a ella y dijo:

—Iremos juntos.

Umah disfrutaba convirtiendo a esos seres en lodo deforme, obligándolos a regirse por la ley de la tierra. Aquel lugar se estaba convirtiendo en un pantano. Para llegar a ella, Máximus y Lina tuvieron que atravesar un trecho de rostros de lodo que aun en su extinción no dejaban de cantar:

—Angeliiina Smith. Angelinaaa Smith. Angelina Smmmith.

Notando la angustia de su humana, Máximus la llevó en brazos para que sus pies no tuvieran que tocar aquellas caras malditas que reclamaban su sangre, con esos horribles labios que

burbujeaban su nombre, y la colocó sobre la hierba seca que Umah mantenía segura.

—¡Hermanos, la barrera! —gritó la criatura albina una vez que Lina se encontró lo suficientemente cerca.

Todos obedecieron. Abandonaron sus puestos y se acercaron, sin perder la oportunidad de destruir a algún acuoso en su camino. Al juntarse se agarraron de las manos formando un semicírculo. Umah tomó a Lina de un brazo y ambas se observaron, sintieron algo diferente… Ninguna podía explicarlo, pero sabían que la sensación era mutua.

—Lo siento —exclamó Umah mirando a Máximus—, solo para humanos.

Lina se soltó diciendo:

—Él también es humano.

Antes de que Umah pudiese replicar, Máximus giró a Lina y le dio uno de sus besos arrebatadores.

—No. No lo soy, amor mío —reconoció humilde—. Soy un demonio. —Sonriendo sobre sus labios agregó—: Y gracias a ti estoy orgulloso de eso.

La extraña mujer la esperaba con una mano en el aire. Del otro lado, la versión humana de Humble se acercó y tomó a Lina, pero sus ojos no hacían otra cosa que mirar a Umah. Más allá, los demás se unían unos a otros. El grupo estaba listo.

—¡Llama a tus amigos, Jinete de Fuego, esto será inolvidable! —gritó Umah.

No hizo falta, los hermanos J. J. estaban tan cerca que pronto se unieron, con sus rostros igual de desencajados que el de Lina. Julie y Josh habían visto a Al en todo su esplendor y ahora se unían a un grupo de caballos humanos. Era divertido ser amigo de Lina Smith.

—¡Hermanos! Honremos el pacto —bramó la criatura albina.

El alarido de aquellos seres hizo temblar la tierra. De pronto, todas las manos unidas estaban arriba. Una gran polvareda se levantó al mismo tiempo. Lina miró a Julie y luego a Josh: ellos tampoco podían creer lo que sus ojos veían. Una muralla de tierra de por lo menos diez metros seguía alzándose ante ellos y tras esta, ya no podían ver a ningún ser del agua.

Lina se giró y suspiró aliviada: Areias y Costa estaban del lado seguro del semicírculo. Cuando la tierra ya les impedía ver el cielo, Umah gritó mientras bajaba sus manos:

—¡Batalla!

—¡Batalla! —corearon todos imitándola.

A la orden de su grito de guerra, la tierra obedeció y cubrió a todos y cada uno de los seres de las Aguas. Ya no había rostros, ni canción, ni ojos verdes enajenados. La Tierra había defendido a sus hijos otra vez.

Aquellas criaturas se soltaron unas de las otras y todas, al mismo tiempo, se arrodillaron frente a Lina. Sin aviso previo, tal como habían aparecido, esos seres mágicos cayeron al suelo. Lina pudo ver, antes de que la transformación terminase, como Umah miraba a Humble y como este acercaba su mano hacia ella y luego… su pezuña.

Tan pronto como se escucharon los relinchos, los primeros humanos desaparecieron. En

distintas direcciones, el caballo blanco y el caballo negro se perdieron en la oscuridad de la noche.

Lina buscó a Máximus, que estaba junto a Areias, escuchándolo con atención.

Los hermanos J. J. la abrazaron al mismo tiempo.

—¡Lina, eso ha sido increíble! —gritó Josh—. ¿Me viste con el Pulpo Manotas ahí? ¿Me viste?

—No puedo creer que otra vez lo hayamos logrado. Y esta vez mi hermano no te apuñaló —bromeó Julie.

—¡No la apuñalé! —exclamó Josh ofendido—. Arrojé una navaja y pasó por el camino de Lin.

Lina los abrazó con fuerza. Comenzó a murmurar que estaban locos, y que tendrían que haberse ido a su casa. Odiaba exponerlos a aquello. La adrenalina del momento no les permitía comprender todo lo que había sucedido.

Interrumpiéndolos, Matthew se acercó a Julie. No decía una sola palabra, solo confirmaba que se encontrara sana y salva. No estaba solo: Celestine y Peter, a un lado, limpiaban sus armas. Al no se veía por ningún lado.

—Lina, tenemos que irnos. —Celestine volvió a ser la dulzura de siempre. Sacudiéndose, hacía que las copas de los árboles se agitaran con sus movimientos. Peter jugaba con su lanza, otra vez brillante.

Hansel, en una esquina, tenía la mirada perdida en las alturas. Observaba a los ángeles guerreros abandonar los árboles, sin una gota de arrepentimiento en sus majestuosos cuerpos. Lina fue a abrazarlo.

Otra batalla había tenido lugar en Whitehorse. Ninguna baja humana. Ninguna baja demoníaca ni celestial. Innumerables bajas de la gente del agua. En el acto majestuoso de la Tierra, los humanos, burlando el poder del océano, disminuyeron las filas de soldados acuáticos. Esa ofensa no sería perdonada fácilmente. Ellos, condenados a permanecer en igual número por toda la eternidad, no tendrían forma alguna de calmar el dolor de las pérdidas con nuevos seres. Por lo tanto, el nombre de Angelina Smith continuaría repitiéndose como canción fúnebre en los océanos.

Lina se dirigió hacia donde Máximus y Areias hablaban acaloradamente. Ellos no parecían felices. Costa también se les unió.

—Areias dice que los Supremos les ofrecieron a los suyos volver a ser parte de la Competencia y crecer al menos uno en número —le explicó Máximus a Lina.

—Pero eso es imposible —exclamó, aunque la línea entre lo posible y lo imposible se había terminado de borrar aquella noche.

—Nos mantendremos en contacto —prometió Areias sin explayarse más sobre el tema—. Mi hermana ha jurado ayudarte y yo compartiré también ese juramento, Lina. Llámanos si nos

necesitas. —Después, mirando a Máximus, dijo—: Fue un honor luchar junto a un guerrero como tú, cazador. Mis respetos.

—El honor ha sido todo mío, su alteza. —Máximus hizo un gesto de cortesía con su mano—. Ansío que la próxima batalla nos encuentre peleando juntos, pero contra un adversario en común. Lamento las bajas de tu gente.

—No hay nada que lamentar —respondió con sinceridad Areias—. Los salados no respetaron una promesa ancestral que hicimos con los vivos. Seremos afortunados si las alturas no nos maldicen a todos.

Haciendo una reverencia se marchó abruptamente.

Costa se tomó un momento para mirar fijamente a Lina. Esta hizo el signo de *gracias* con sus manos, pensando que a lo mejor la criatura lo entendería, y grata fue su sorpresa cuando Costa sonrió, y le respondió con sus manos *de nada*. Después, convirtiéndose en un remolino de agua, se perdió entre la noche.

Los luchadores humanos, los ángeles y el demonio se quedaron allí… empapados, sin comprender que aquello en su ropa y su cuerpo no era simple agua cristalina, sino la sangre de muchos de sus adversarios.

Todos tenían alguna razón para estar estupefactos. Los ángeles por lo bajo que había caído Samuel, su compañero y amigo. Máximus por aquel descubrimiento irrisorio: los cazadores cabalgaban sobre lo que parecían ser «otras criaturas de la Tierra». Y los humanos estaban estupefactos por todo lo que había sucedido. Absolutamente todo.

Aquel ejército de criaturas de las Tierras fue el primero en arrodillarse frente a Lina y, aunque estaba algo sobrecogida por los acontecimientos, no podía negar que había disfrutado con aquella sensación de poder.

Capítulo 28

Orfandad



«Abriste las puertas de los Infiernos y los demonios salieron.»

W. Parrot, *Whitehorse VI. Wild Horses*

Lina despertó al amanecer sintiendo que todo su cuerpo había sido golpeado. Le dolían músculos que ni siquiera sabía que existían.

Se desperezó y volvió a dormirse, mientras en sus sueños revivía la escena posterior a la lucha: Máximus llamaba a Humble para pedirle disculpas, pero este volvía a ser un animal que solo podía darle ánimos con sus relinchos. Después caía en otro sueño más profundo, negro… Estaba realmente agotada. Despertaba y enseguida retomaba el sueño. A las tres horas le volvió a suceder lo mismo. Hubiese continuado con esa rutina tan bien merecida, pero alguien tocó a su puerta. Era el tío Dimitri.

En su cama, Lina logró incorporarse con dificultad. Al ver el esfuerzo que tenía que hacer para moverse, el reverendo le preguntó:

—¿Te sientes bien?

—Sí —aseguró Lina—, solo vagancia. Lo siento.

Su tío la miró con dulzura mientras se sentaba junto a ella. Pensó en lo mayor que estaba. El tiempo había volado para el reverendo desde que la había llevado a Whitehorse. Lina no lo supo nunca, pero, cuando llegó a esa casa, sus tíos la miraban dormir, asustados al tener de un día para otro a una pequeña que era su responsabilidad. Tenían miedo de que un ataque de asma se la llevara junto a sus padres. Ahora su tío debía decirle que era él quien se les uniría pronto.

—¿Estás ocupada? —le preguntó sin saber cómo empezar.

—No —respondió un poco confundida. En ocasiones como aquellas le costaba cambiar el *switch* a «modo normal». Su tío, como el resto de los humanos, ignoraba la lucha que los acuosos habían desatado en la alejada casa de su novio el día anterior. En realidad, ignoraba tantas cosas… Con su mejor sonrisa lo escuchó continuar:

—¿Tienes planes para hoy?

—Sí. —Lina se restregó los ojos—. Hoy debo preparar los bocetos para la próxima obra. No voy a dejar de intentarlo, ¿sabes?

—Me parece genial. Es tu vocación —la animó.

Lina sonrió de oreja a oreja y al ver la mirada de su tío brillar, preguntó:

—¿Cómo te encuentras tú?

Dimitri Smith permaneció en silencio. Miraba sus manos mientras se las acariciaba. Recordó las palabras que había escrito en Toronto tras el primer tratamiento que lo había dejado sin fuerzas, cuando creyó que no pasaría de aquella noche.

—A veces pienso que una de las cosas más difíciles de este mundo es sufrir dos veces la misma pena.

De pronto, su tío comenzó a llorar.

Lina se quitó las mantas, le agarró la mano y se sentó junto a él, sin saber qué decir. Una cobardía absoluta se apoderó de ella. No quería escuchar nada. Sin embargo, su tío fue más valiente y prosiguió:

—Y otra de las cosas más difíciles es pedirle a un ser querido que sufra dos veces el mismo dolor. —Apretó la mano de su sobrina—. Yo siempre te he amado como a una hija. Tú eres mi hija.

—Han llegado los resultados, ¿verdad? —adivinó Lina.

Su tío asintió y ella lo supo todo… Las reglas de los Cielos eran las peores de los cuatro reinos. Cerró los ojos con fuerza mientras lloraba sin consuelo. Intentó buscar respuestas que no había. Sintiéndose el ser más egoísta del mundo le pidió disculpas por no haberlo acompañado más en su enfermedad, pero el tío Dimitri había hecho lo imposible para alejar a su adorada sobrina de la oscuridad de la muerte. Ya de pequeña había sufrido mucho: ahogándose con sus padres fallecidos dentro del coche… Y luego, antes de que la rescataran los sanitarios, a un lado del camino, sola, siendo apenas una criatura. Era un milagro que Lina se hubiese convertido en una muchacha encantadora. Era la luz de sus ojos. Le hubiese dolido tanto verla en los hospitales… Él lo había decidido así y no había lugar para culpas; si alguien debería sentirse egoísta era él por ocultarle tantas cosas, por no darle a ella también el derecho de elegir.

—Tío, escúchame — lo interrumpió Lina llorando—. ¿No se puede hacer nada más?

—Los médicos dicen que me quedan unas semanas… como máximo.

Lina apretó los dientes. La idea le pareció descabellada. Su tío estaba ahí, un poco pálido y demacrado, pero hablaba y caminaba.

—¿No podemos consultar a otro doctor? Quizás un tratamiento en otro país… No importa lo que cueste, tío…, William… es rico —insistió Lina con los ojos inyectados en sangre de llorar con tanta fuerza.

Su tío le acarició el rostro.

—Mi niña, ningún humano puede retenerme cuando Nuestro Señor me quiere a su lado.

—Yo también te quiero a mi lado —exclamó herida. Hizo una pausa y agregó—: Te necesito a mi lado, y la tía también.

Después de haber quedado huérfana, Lina creía que había superado aquel brutal golpe que genera perder a un ser tan querido. Sin embargo, no tenía anticuerpos para esto.

—Lo siento tanto, querida —murmuró su tío.

Lina lo abrazó como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Como una niña que abraza a su padre. Entre sollozos, sin poder explicarle tantas cosas, dijo:

—Lo siento.

—No te preocupes —la consoló—. Soy afortunado… Sé que pronto me iré, tengo certeza sobre la muerte. Puedo despedirme de todos. No me tomará por sorpresa.

—Como a mamá y papá —agregó Lina.

Su tío calló, porque no había querido decir eso.

—Tú siempre has sido amada y lo seguirás siendo desde el cielo. Tengo plena seguridad de eso, ¿me entiendes? Yo estaré bien.

—Lo sé. —Lina se limpió la nariz con el puño de su pijama—. Yo también estoy segura de que irás al cielo.

El tío Dimitri pareció sorprendido y aliviado al mismo tiempo.

—Me alegro de que pienses así. En los últimos años…, o quizás siempre fue así, yo solo lo quise notar. Ahora, no sé… Tenía dudas de tu fe en la Iglesia. —La fe de Lina tenía una naturaleza totalmente distinta, pero era fe, en definitiva—. Me hubiese gustado quedarme un tiempo más para cuidarte en tu vida adulta —continuó—. Casarte o llevarte al altar, bautizar a tus hijos… Ayudarte a comprar un hogar para tu familia aquí en Whitehorse. He dejado un fondo, tu casa de Virginia está lista para venderse y que dispongas de todo el dinero… Además…

En ese momento, al ver la preocupación en el rostro de su tío, Lina se obligó a tragarse sus emociones y lo interrumpió con el tono más firme que consiguió:

—Estaremos bien, tío. No tienes de qué preocuparte. Quiero que estés tranquilo, porque ya sé lo que me espera. Tienes razón. No va a ser la primera vez que pase por esto. Primero el dolor, la ira, la negación… y más adelante, la calma. Ya sabes que seguiré viviendo, que después de un tiempo la vida volverá a funcionar. Me adaptaré. Cuidaré a la tía. Tu muerte será muy triste…, pero debes irte en paz, porque seremos fuertes. Vamos a estar bien. Créeme. Tu ventaja y mi ventaja es saber eso, pero debes prometerme algo.

—Por supuesto. Lo que quieras —aceptó.

—Cuando llegues al cielo… No soy perfecta, ¿sabes? Podrías cuestionar algunas de mis decisiones.

—Lina, querida, el cielo nos da la sabiduría que aquí nos falta. De todas maneras, si tienes algún problema, podemos hablarlo. Si es un asunto… —se aclaró la garganta— femenino, puedes hablar con tu tía. Cuando uno hace cosas con su cuerpo… Bueno, si es por amor, Dios comprende.

Lina lo miró enternecida. Relaciones prematrimoniales, eso era lo que le preocupaba. Menuda sorpresa se llevaría cuando los secretos de la Tierra se le revelaran y supiera todo lo que ella había hecho en los últimos tiempos.

—No, tío. No es necesario. Solo te estoy pidiendo que en donde quiera que estemos, tú y yo, sigamos amándonos como ahora mismo.

—¿Cómo no hacerlo? Siempre serás mi hija —dijo sonriendo y le besó la frente—. Para mí y para tu tía fuiste nuestro milagro. Cada día te amamos más y en donde quiera que esté, cada día te amaré más. Te lo prometo.

Lina apoyó la cabeza en el hombro de su tío, arrepintiéndose de no haberlo llamado *papá* nunca.

* * *

Luego, el silencio.

La casa de los Jones y más silencio.

En la cafetería de Al sin mover los labios.

Con Hansel apoyada en la ventana con las manos quietas.

Con Máximus cabalgando, acompañados solo por el sonido de las pezuñas de Humble contra la tierra.

* * *

Y la vida vuelve a hacer ruido.

Misteriosamente, Lina había podido dormir casi toda la noche. El aroma a café la despertó y lo siguió hipnotizada. Su camisón era abrigo suficiente en aquel hogar cálido. Quería conservar esos momentos para siempre.

El mareo al levantarse le impedía recordar la conversación con su tío y aquellos días de duelo anticipado que había vivido en compañía de las personas que más amaba. Si solo los humanos pudiesen conservar durante todo el día esos segundos de calma que su mente les regala al despertar…

Antes de llegar a la sala, escuchó el júbilo en la voz de su tío:

—¡Es una excelente noticia!

Al entrar allí, Lina vio muchas cosas al mismo tiempo. Su tía llorando. Su tío exclamando exaltado:

—¡Aquí esta ella!

Y a Máximus sentado en una silla. Tenía una taza frente a él a modo de desayuno y, cuando se giró, le guiñó un ojo. Lina le devolvió la sonrisa, aún sin comprender.

—Mi Lina. —La tía Barb corrió hacia ella y la abrazó con fuerza mientras la besaba diciendo —: Mi preciosa niña. Oh, estoy tan feliz. Tan emocionada.

—Máx…, digo William, ¿qué haces aquí? —preguntó al fin Lina.

—Vino a darnos la buena noticia —contestó el tío Dimitri por él.

Lina ladeó la cabeza mientras recibía más besos de su tía.

—No puedo creer que te cases. —La tía Barb soltó esas palabras y en la cabeza de Lina sonaron como si le avisaran que seres de otro planeta habían llegado. Como en esa serie, *V, invasión extraterrestre.*

—¿Qué? —dijo alejándose un poco.

Máximus se puso de pie y la miró fijamente.

La tía Barb fue a abrazar a su marido.

—Al fin puedes usar esto —dijo él sacando una pequeña caja que llevaba en su bolsillo.

Justo en ese momento Lina advirtió que iba vestido de forma peculiar. Llevaba una camisa blanca y zapatos formales; parecía más humano, y se lo notaba feliz. Inmensamente feliz. Lina sintió el anillo deslizarse en su dedo, hipnotizada con esos ojos negros en los que intentaba encontrar una respuesta. Estaba aturdida con aquella noticia. El anillo ahora sí le ajustaba. Sin soltarle la mano, Máximus exclamó:

—Tu tío dice que estará encantado de oficiar la ceremonia.

Lina no recordó enojarse. Lo haría después. Ahora no le importaba no haber sido la primera en enterarse de su propio matrimonio.

Máximus le apretaba la mano con suavidad, queriendo explicarle muchas cosas al mismo tiempo, y había sido la misma Lina quien le confió días antes que su tío se iba con un sabor amargo por no haberla acompañado en la siguiente etapa de su vida. Qué mejor despedida para su iglesia que el matrimonio de su única sobrina.

Lina vio las hermosas flores para su tía, la botella de champán sobre la mesa, la cámara de fotos y el pequeño arreglo para su propia muñeca. Aquel gesto tan hermoso. Solo pudo apretar aquella mano de vuelta, con el mismo afecto, y mover los labios para decir sin sonido lo único que a un amigo se le puede decir en ese momento:

—Gracias.

Lina no pensó que su vida se movía sin frenos hacia todas las cosas de las que antes había jurado huir. Matrimonio y maternidad, pero se casaría con un demonio y tendría un hijo mestizo que daría esperanza a los condenados… Así que, de todas formas…, no era tan horrible.

* * *

Aquella noche, muy tarde, después de haber pasado horas planeando una boda sencilla y rápida por razones tan obvias que ni Julie se atrevió a cuestionar, Lina cayó rendida en su cama. Los golpes en la ventana la despertaron al poco tiempo de dormirse. Era su guardián. Lina ya le había explicado con la hermosa seña del matrimonio lo que pasaría. Había unido sus manos, una arriba y otra abajo, como un bello pacto de dos palmas que encajan perfectamente.

Al parecer, Hansel quería que Lina viese algo y, al acercarse a la ventana, los ojos de la humana se abrieron y brillaron ante las docenas de pequeñas llamas que danzaban frente a su casa, formando la única frase que había faltado ese día:

«¿Quieres casarte conmigo?».

El demonio estaba allí parado en la calle desierta, jugando con una llama entre sus manos, sonriendo… Contenía el aliento mientras la admiraba en esa ventana, sintiéndose el hombre y el demonio más feliz de los cuatro reinos.

Capítulo 29

Bodas de fuego



> «Después del descanso de verano, la nueva Cordelia regresó al colegio.
> Las baldosas del pasillo eran las mismas por las que su madre había corrido para encontrarse con su padre y también las mismas que habían visto a su hermano robar las miradas que ahora robaba ella.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse VI. Wild Horses*

Lina estaba más despeinada de lo normal, con un pantalón con tirantes sobre un suéter floreado que Julie odiaba. Iba sonriendo por las calles del pueblo con una pila de papeles que amenazaban volarse con el poderoso viento de aquel día. Aprovechaba las pocas horas de luz solar. La idea de su demonio había resultado: planear la boda fue un soplo de aire fresco en la vida de los Smith, tanto que a veces les era difícil creer en el diagnóstico de los médicos, ya que su tío vivía esos días con energía renovada.

Lina caminaba con su *walkman* a todo volumen, escuchando *Love thy will be done* de Martika. Así que no pudo oír las llamadas de Máximus, que la seguía despacio por la calle en su nueva motocicleta. El demonio se subió a la acera con vehículo y todo, y le cerró el paso a su prometida.

—¡Máximus! —gritó Lina con la música en sus oídos—. ¿Qué haces aquí?

—¡Te echaba de menos! —dijo, gritando también—. Traje más papel dinero para la boda.

Lina no pudo más que sonreír. Se acercó a él mientras volvía a escuchar normalmente.

—Mira lo que tengo aquí.

Lina le mostró la primera hoja de la pila que llevaba, y Máximus leyó:

«Lina S. y Will M. los invitan a participar de su boda, que se celebrará en la iglesia anglicana el domingo a las cuatro de la tarde, por favor, traten de ser puntuales…

Luego iremos a la cafetería de Al a tomar pastel. ¡Los esperamos!».

—¿Esta es nuestra invitación de boda? —Máximus no podía creerlo. Había imaginado sobres finos y letras en tinta fresca.

—¿Te gusta? Pensé en dejar un poco en cada lugar para que la gente lo vea.

—¿Entonces irá todo el pueblo?

—Pues, todo el que quiera ir… —explicó Lina apartándose el cabello del rostro mientras el viento la seguía despeinando—. Me parece que es bueno hacer una invitación abierta, y así nadie se siente excluido…

Máximus amaba tanto a esa humana. Sus ojos verdes llenos de ilusión lo cautivaron.

—Me gusta lo de Will M. —reconoció.

—Es por Máximus. Aún no hemos pensado tu apellido… ¡Pero debemos hacerlo ya! Me dijiste que tus amigos te harían la documentación.

—Paolo ya está en eso —la tranquilizó—. ¿Te acompaño a entregar el resto?

—Vale, pero debemos darnos prisa. Tengo que ir a escoger el vestido con los hermanos J. J. Puedes aparcar la moto junto a las bicicletas en la tienda de cómics.

—Se me ocurre una idea mejor. —Máximus le dedicó una de esas miradas cómplices—. Súbete.

Lina lo miró divertida y se subió tras él. Cuando se pusieron en marcha, la brisa les acarició el rostro. No llevaban casco, pero Lina confiaba en los reflejos del demonio.

Cuando Máximus tomó una de las calles principales le gritó:

—¡Ahora, Elegida! Invitemos a todo este pueblo a nuestra boda.

A Lina no le pudo divertir más la idea. Los papeles volaron como plumas blancas por todos lados. La gente saltaba para atraparlos y no daba crédito a la escena.

Lina y Máximus reían y gritaban por el éxtasis que los embargaba en ese momento. Ahora ya era oficial. Demonio y humana se unirían para siempre. Un siempre particular. Un siempre más allá de la muerte que les rondaba cerca, pero que, en momentos como aquellos, los veía burlándose de ella, justo frente a su triste y patético rostro.

Las invitaciones fueron recogidas a lo largo del día. La mayoría por simples curiosos, otro tanto por los que adoraban a Lina y una sola, por alguien que la odiaba con tanta fuerza que dedicaría su existencia a hacerla infeliz. Lina se hubiese asustado mucho de haber visto aquella mano estrujar con tanta violencia la invitación, y hubiese hecho bien en asustarse. El miedo protege a los humanos en muchas ocasiones, y esa, lamentablemente, no era la excepción.

* * *

La tienda de la señora Poe se caracterizaba por ser la más pequeña y la más cargada del

pueblo. Fashion era un local de ropa de segunda mano donde iban a parar impensables artículos de vestimenta. Lina siempre encontraba piezas exclusivas a precios bajos. Puras gangas.

Julie, revisando impaciente los percheros repletos, no paraba de lanzar exclamaciones: «Ay, por favor», cuando encontraba un pantalón estridente. «Oh, Dios mío», al ver unos zapatos de disco. «Vámonos, ahora», cuando Lina le enseñó el único vestido blanco que rescató del sector formal y que parecía el uniforme de una secta.

J. J. estuvo de acuerdo en marcharse, cansado ya de jugar frente a los espejos con botas de vaquero y abrigos de piel que olían a naftalina.

Podrían haber ido a un pueblo vecino, incluso a otra ciudad con la ayuda de Humble, pero Lina no quería marcharse lejos y sus amigos lo entendían.

El único lugar cercano que podía ayudarlos en ese momento era nada menos que la tienda de disfraces de Zack. Dentro, la misma vela de siempre estaba encendida. El muchacho, con su collar de púas y sus uñas negras, se veía apesadumbrado leyendo la nueva novela de Eva Gold. Nada cambiaba nunca en esa tienda.

—Voy a casarme —soltó Lina, deslizándole una invitación en el mostrador.

Zack apoyó el libro. La miró con seriedad mientras los hermanos J. J. revoloteaban por los percheros.

—¿Estás embarazada? —preguntó sin rodeos.

Lina negó con la cabeza. Zack quería decir algo irónico como «Felicidades», pero la sola idea del matrimonio le ponía la piel de gallina. Y no en el buen sentido. La institución se le antojaba controladora. ¿Qué clase de ley podía obligar a dos personas a atar sus vidas? Sin embargo, Zack calló todo eso, porque vio que Lina buscaba con la mirada en la sección de disfraces de gala femeninos y sintió una pena infinita. Algo dentro de la criatura oscura que pretendía ser le decía que ninguna chica soñaba con buscar su vestido de novia en esa tienda.

—Ven, creo que tengo algunas cosas que pueden interesarte —dijo al fin.

Después de probarse trajes de novia ensangrentada, zombi y guerrera, Lina ya no tenía esperanza. Se observó en el viejo espejo del probador con las esquinas saltadas, bajo esa luz mortecina que resaltaba cada uno de sus defectos, y escondió el rostro entre sus manos, con gesto desesperado. ¿Dónde iba a conseguir algo decente?

De pronto la cortina se abrió de par en par y Lina soltó un grito. Julie estaba allí parada con media docena de disfraces en su mano.

—Tú no sabes buscar —la regañó colgando los vestidos en el perchero—. Pruébate cada uno y me lo muestras.

Así como había abierto las cortinas, ahora las cerraba.

Lina obedeció y se metió dentro de un vestido de hada, mientras escuchaba las indicaciones que hacían a Zack trabajar con diligencia.

—Me imagino que no tienes zapatos como es debido, ¿verdad? —le gritó Julie desde el otro lado.

—¡No! —contestó Lina también en un grito.

La cortina se abrió de nuevo. Ahora aparecía Josh sin mostrar ningún reparo en entrar en el probador de las chicas.

—Creo que tienes problemas por no tener docenas de zapatos inútiles en tu armario —bromeó —. ¿Cómo es, Angelina Lina Smith, que no has comprado tus zapatos de boda seis años antes como es debido?

Su hermana lo sacó a rastras, obligándolo a buscar algo que valiese la pena. Por fin, una vez que dejaron de abrir y cerrar la puerta, que no era más que una tela colgando, Lina pudo terminar de probarse el vestido de hada. Era muy pesado y grotesco. Justo para ella. Lo tenía todo: un corsé con piedras tornasoladas, volantes en los hombros, guantes que se ajustaban con un aro a su dedo mayor y una falda de raso con cinco flores donde la tela subía y dejaba ver una segunda parte del vestido de la misma puntilla que los guantes. Lina se sintió feliz.

Los hermanos J. J. aparecieron al mismo tiempo como dos cabezas flotantes, una de cada lado de la cortina. Entre ellos se miraron, conteniendo la respiración.

—Creo que no hay en el mundo un vestido mejor para ti —aseguró Julie al ver la expresión de Lina.

—Yo creo que le falta un velo —dijo Josh tratando de ocultar sus lágrimas de emoción.

Lina agradeció tener tan buenos amigos. Los hermanos J. J. asustaban a los fantasmas de la muerte que tan cerca le rondaban. Después comenzó a girar frente al espejo como una princesa de Disney y exclamó:

—¿No sería hermoso estar vestida así todo el tiempo?

Aquel era un traje de novia horrible, pero a ella le encantaba, y era una suerte, porque estaría obligada a usarlo durante años.

* * *

La iglesia estaba repleta. Nadie en el pueblo quería perderse la última ceremonia del reverendo. Eso era más importante para muchos que la propia boda de Lina. Así que, unos minutos antes de empezar, ya no había sitios libres.

Harry y su madre, aun con el corto aviso, se hicieron cargo de la decoración: los bancos con arreglos florales, los jarrones repletos, las guirnaldas que atravesaban el altar.

Josh, entre tantas tareas que su hermana le había encomendado, había olvidado el ramo, así que hizo algo de lo cual se arrepentiría durante muchos años, y que Lina le recriminaría en cada oportunidad, pero como siempre, desde la ternura que le despertaba el poco sentido común de su amigo. Sí, había robado un ramo de la tumba de la señora Russell, que había fallecido apenas dos días antes. El ramo era hermoso, eso debía reconocerlo, le insistiría J. J.

En el pelo, Lina llevaba las horquillas con la flor en la punta que William le había regalado tiempo atrás en París. Julie se encargó de peinarla naturalmente. Su cabello no iba a ser otro ese

día. Lina tenía que ser más Lina que nunca.

Finalmente, el tema de los zapatos fue resuelto por sus zapatillas blancas de caña alta, que eran imperceptibles debajo de aquel vestido de hada. Además, tenían una raya azul, por lo que ya había conseguido algo regalado, algo viejo, algo azul… Solo le faltaba algo prestado y algo nuevo.

Los hermanos J. J. amanecieron montando la diadema de Lina. Julie decía que su cabeza estaba hecha para llevar coronas. Como Lina nunca había sido reina de nada en el colegio, su boda era una buena oportunidad, pero no la última. Los hermanos J. J. se habían lucido: las flores cosidas con pequeños brillantes caían sobre la cabeza de Lina como un sol de amanecer. A última hora, la tía Barb le prestó su rosario.

Ahora estaba lista.

En las primeras filas estaban Humpy, Priscilla, Mona y Paolo; los padres de los hermanos J. J.; Harry junto a su madre; todos los miembros de la banda de Ryan; y Amy, la camarera, que no paraba de llorar. En las siguientes filas el orden era acorde al grado de amistad y cariño hacia Lina: Paul y todos los alumnos del teatro, Valerie y su familia, Zack, que observaba las cruces sonriente, para ver a continuación a Dimitri Smith y entonces la muerte ya no le parecía tan graciosa…

El reverendo hacía esfuerzos para mantenerse en pie. Sonreía con el rostro pálido surcado por dos ojeras escarlatas. Solo la alegría de su alma le permitía mantener ese cuerpo funcionando.

En las últimas filas estaban las bocas que murmuraban constantemente. Decían que esa era la última fechoría que Lina Smith le hacía a su tío. El pobre reverendo debía salir de su lecho de muerte para arreglar la situación de su sobrina embarazada, porque después de todo, ¿qué otra razón habría para casarse en un momento como ese? Y, además, ¿quién creía que un sujeto tan apuesto y encantador como aquel se casaría con una muchacha simple como Lina?

La ambigüedad cerraba la iglesia. Matthew, Peter y Celestine se dividían entre la tristeza por su hermano de especie y la alegría de la Elegida.

De pronto, Al se acercó a ellos y les dijo muy bajo, en el Primer Idioma:

—No quiero que Lina se case con música grabada. —El ángel viejo llevaba su guitarra—. Acompañadme.

Los ángeles nunca rechazaban una oportunidad para hacer música.

La canción en portugués que le cantaba Al a su esposa, cuando le prometía que la llevaría al Pan de Azúcar en Brasil, emanaba de los labios de Celestine con total naturalidad. Peter y Matthew hacían los coros.

Todo estaba perfecto, y si en Whitehorse hubiese existido un periódico no humano, la nota sobre aquella ceremonia habría dicho algo así:

> La muchacha con el vestido de hada caminó por el pasillo del brazo de su hermano nacido en la Tierra, un hermano del alma.
>
> El trío de ángeles venido al mundo de los vivos para apoyar al competidor celestial de la Gran

Competencia entonaba las estrofas de una hermosa melodía, para disfrute del público humano que nunca había sido testigo de tanta magnificencia.

El novio, un guerrero irlandés caído en desgracia y un demonio feliz, era el ser más dichoso de los cuatro reinos. Sus ojos negros brillaban colmados de satisfacción y la alegría parecía explotarle en el pecho. Contemplaba a su futura esposa de la forma en que cualquier criatura romántica desea ser contemplada. El padrino, el ángel presente más joven, se ahogaba en su traje; nunca en su vida lo habían vestido con una pajarita tan apretada. A cada momento llevaba la mano al bolsillo de su chaqueta para asegurarse de que los anillos conseguidos por el novio continuaban allí.

La dama de honor lucía radiante, y no estaba sola en ese cuerpo que comenzaba a cambiar. Julie Jones iba con un vestido celeste suelto para ocultar sus caderas prominentes y su vientre. El primer mestizo de Whitehorse sería también testigo de aquella boda.

La señora Smith besó a la novia cuando esta pasó a su lado. El amor entre las humanas fue advertido por el reverendo, que, con las horas contadas en el mundo de los vivos, estaba ansioso por casar a su sobrina.

Como nuestros fieles lectores saben, este periódico, lejos de ser una publicación de chismes, busca informar de los acontecimientos de manera fiel. Por eso, todo lo que se narra a continuación no es más que el reflejo de lo que realmente sucedió.

Antes de que el reverendo llegara al momento crucial en el que se pregunta si existe alguien que se opone al matrimonio, mucho antes, por las puertas de la iglesia entró el ángel competidor. Entre las miradas de todos los presentes, excepto de la Elegida, se dirigió hacia el altar. Cuando la novia humana advirtió el desconcierto que reinaba, ya tenía al ángel muy cerca. Todo sucedió rápido y al mismo tiempo. El novio colocó su brazo frente a la humana. El padrino se interpuso y el coro se mantuvo firme en su lugar, expectante. El ángel maldito sonrió. No había ni amor ni odio en sus ojos. La novia era quien lo estaba sintiendo todo. Se arrodilló frente a ella y tomó su mano para besarla. Después, se incorporó y muy cerca murmuró algo ininteligible para el oído humano. En ese momento, el padrino retenía al novio, que, encolerizado por la interrupción y por el uso de aquel idioma, quería asesinar al ángel.

La humana no pudo dejar de mirar a ese ser alado hasta que desapareció por las puertas. Su prometido le preguntó si quería continuar. Ella apenas abrió sus labios para decir que sí en el Primer Lenguaje. El padrino le hizo una seña advirtiéndole de su error lingüístico y la humana despertó para proseguir con la ceremonia.

La señora Clark y la viuda Cornwell tejieron varias teorías durante los días siguientes acerca de las palabras que aquel muchacho tan apuesto había susurrado al oído de la novia.

La viuda Cornwell lo sabría mucho más rápido que la otra: cuando llegó a los Cielos, su naturaleza entrometida no cambió y fue una de las cosas que les preguntó a los ángeles. Estos le permitieron ver todo lo que ella no había visto en su vida: la verdad de la gente sobre la cual había levantado falso testimonio; el dolor que causaban sus palabras, que se esparcían como el viento dentro de un pueblo que no hacía mal a nadie; y lo mucho que había perdido por inmiscuirse más en la vida de sus vecinos que en la propia… Y entre todo aquel conocimiento que la viuda Cornwell adquirió en cuanto llegó a los Cielos, también estaba la frase que el ángel competidor susurró sobre la Elegida el día de su boda:

«Esto no significa nada, Angelina. Pronto estarás conmigo para toda la eternidad».

* * *

La banda de Ryan, y ahora también de Josh, sonaba de maravilla en la esquina de The Sweet Bread.

Al le mostraba a Lina su regalo: una nueva merienda llamada «Lina y Will», que consistía en un trozo de pastel de chocolate y un té de fresas con jarabe de arce. Durante mucho tiempo aquella sería una pérdida de lugar en el menú, porque nadie la pediría; hasta que, al cabo de unos años, una persona huérfana comería ese especial cada miércoles.

Julie los interrumpió: su flamante esposo tenía una sorpresa para ella.

Ambas se sentaron a la mesa principal. Lina vio que Máximus se ponía al micrófono mientras la banda se colocaba y Josh la saludaba desde la batería con una mirada pícara.

«¿Qué se traerán entre manos?», se preguntó Lina.

Los primeros acordes hicieron que todas las chicas presentes gritaran. Era la canción de Bryan Adams que había saltado a la fama unos meses atrás. Todas se imaginaban ser Lady Marian y aquel semental al micrófono su Robin Hood, y de todas ellas, había una que no tenía que imaginar: Lina *Malditasuerte* Smith.

Cuando Máximus empezó a cantar, los gritos cesaron.

La mano de Julie se quedó clavada en el hombro de su amiga mientras se atragantaba con un vaso de agua. Lina tuvo que morderse los labios para evitar la carcajada que estaba a punto de escapársele. Las dos muchachas miraron a J. J. al mismo tiempo y él les devolvía un gesto cómplice, como diciendo: «¡Sorpresa! ¿A que no os esperábais esto?».

Todos los hombres en la ceremonia se sintieron menos eclipsados por aquel irlandés. La voz de Máximus era como la de un perro con neumonía que estuviera muriéndose o peor… Era terrible. Desafinaba, daba alaridos… Estaba asesinando la hermosa canción del cantautor canadiense.

—Creo que es lo peor que he escuchado en mi vida, Angèle —dijo Julie en su oído.

Lina asintió, sin despegar los ojos de su demonio.

—Es el peor cantante del mundo, Julie, y creo que ese es justamente su regalo.

Julie no entendió lo que le quiso decir su amiga, pero la observó mientras se levantaba e iba bailando hacia él, también haciendo el ridículo. Cuando Máximus le dejó —gracias a Dios— el micrófono a Ryan, aquellos dos tuvieron su primer baile como esposo y esposa.

* * *

—No puedo ver nada —se quejó Lina.

—Esa es la idea —dijeron al mismo tiempo los hermanos J. J. mientras la ayudaban a bajar las escaleras de The Sweet Bread. Los ojos de Lina iban tapados con el chal celeste de Julie.

—¿Dónde está Máximus?

—¿Quieres decir tu esposo? —bromeó Julie mientras se aseguraba de que su amiga no tropezara con una piedra.

—*William Máximus Wildman* —dijo Josh divertido—. Aún no puedo creer que haya escogido ese nombre. —Los tres rieron juntos.

Cuando caminaron unos pasos, Lina pudo quitarse la venda y reconoció de inmediato el Jardín de Todos. Ahora tenía distintos objetos colgados entre los arbustos y los árboles.

—Este es nuestro regalo de bodas, Angèle —exclamó Julie señalando esa porción de jardín decorado—. Este es el camino de tu vida por Whitehorse.

—Empieza con tu madre y tu padre. —Josh acarició los pétalos de una de las flores de la maleza de los fuegos que representaba a los difuntos.

—Y aquí está el juguete más despeinado del mundo. —Julie le pasó a Susi, la pequeña muñeca con la que su vecina la encontró. Llevaba el mismo vestido azul con lunares blancos de siempre.

—Mira, la figurilla de cristal que te obsequió la tía Barb cuando llegaste. Fue la única que no te dio miedo. —J. J. señaló aquel *juntapolvo* apoyado con cuidado en una roca.

Lina se sintió invadida por una nostalgia que la hizo abrazarse a sí misma. Sus amigos se movían de aquí para allá, pero ella estaba fija en su lugar, abrumada por un sinfín de emociones. ¿Se había casado? ¿Eso estaba sucediendo? La alegría de sus amigos la devolvió a la realidad.

—*Tristán e Isolda*… La primera obra que leíste.

Lina tomó el libro que le entregaba Julie y lo abrió. Reconoció su letra infantil en la primera página, y recordó que al leerlo tan joven apenas había entendido una palabra.

Josh juntaba varios papeles esparcidos por los arbustos al tiempo que decía:

—Aquí está el programa de la primera obra que montaste en el teatro. —El muchacho lo había guardado todos esos años—. Las postales de París, Nueva York, Londres y Dublín de tu dormitorio; una fotografía del día en que te enseñé a montar en bicicleta y la de unas horas más tarde en el hospital con los puntos que te dieron en la rodilla.

Los tres rieron al verse tan pequeños junto a una tía Barb de cabello abultado.

—El último inhalador que dejaste en casa. —Le enseñó Julie, que había comenzado a guardar todo en una maleta.

—Una pluma de tu ángel guardián, el libro de canciones de la iglesia de tu tío, la invitación a tu boda… —Josh colocó todo eso en la maleta—. Este es un resumen de tu vida aquí, con nosotros. Te queremos, Lin. Tú eres nuestra hermana —dijo emocionado con la barbilla temblando—. Y eres tan valiente. ¡Te has casado por amor!

Julie le entregó la maleta.

—Llévanos a donde quiera que vayas.

—Tenía una vida increíble… Solo que no lo podía ver porque era una chiquilla —murmuró Lina emocionada, idealizando el pasado.

—Bueno…, eso pasó hace como dos minutos —comenzó Julie con ironía—. Además, eras una huérfana en un pueblo pequeño, asmática, que no había besado a ningún muchacho, así que tampoco era extraño que te quejaras.

Lina soltó una carcajada mientas se acercaba a sus hermanos. Se abrazaron con la fuerza de los lazos que se unen en la infancia y se refuerzan durante la juventud.

—Os quiero, de verdad —logró decir entre besos y lágrimas—. Gracias por este maravilloso regalo, y gracias por no regalarme una batería de ollas o algo así.

Sus amigos la abrazaron más fuerte y después comenzaron a alejarse. Tomaban hojas secas del suelo mientras Julie decía con picardía:

—J. J., ¿no crees que falta una cosa?

—Ahora que lo mencionas…, creo que sí.

Lina los miró recelosa. Cuando se volvían a acercar a ella, les advirtió:

—Oh, no… Ni lo penséis. ¡Llevo mi vestido de novia!

—Pues eso no evita el hecho de que ¡Lina apesta! —gritó Julie.

Lina comenzó a chillar mientras Julie colocaba una cantidad absurda de hojas secas en su escote, pero no se quedó quieta durante mucho tiempo. Aunque el vestido dificultaba sus movimientos, jugaba con sus amigos con las ganas de una última vez. Como si por el solo hecho de atravesar la puerta de la cafetería de Al y regresar a la recepción de su modesta boda, su vida cobrase un valor distinto y la joven Lina y los divertidos hermanos J. J. se despidieran con ese ritual infantil.

Sin embargo, los tres amigos celebrarían su amistad para siempre. No necesitaban ritos ni ceremonias. Su amistad prevalecería sobre todo y todos. En la salud, en la enfermedad, en la riqueza, en la pobreza, en la fama, en la maternidad, en las rehabilitaciones, en las Tierras y en los Infiernos. Nadie debía declararlos amigos ni hermanos. Ellos no lo necesitan.

Capítulo 30

Luna de miel flameada



> «El tío J. J. hizo el gesto de pedir la cuenta y la camarera enseguida estuvo a su lado. Con timidez le pidió un autógrafo en su libreta. Él, como siempre, fue muy amable. Firmaba sin dejar de divertir a los tres pequeños:
> —En serio, ¿no creéis que los mayas tenían razón, y que el mundo se acabará en el 2012?»
>
> W. Parrot, *Whitehorse IV. Little Horse*

Las costumbres y las supersticiones deberían entenderse como dos cosas distintas. Las primeras se mantienen por el cómodo sentimiento de pertenecer a una tradición, mientras que las segundas se mantienen por miedo. Así que Máximus cogió a su esposa, sin ninguna dificultad, para atravesar la puerta de la casa grande, ahora sí, como marido y mujer.

No la soltó en todo el camino hasta que llegaron a la habitación prohibida. La de William. La colocó en la cama y se apartó. Lina se quedó allí, envuelta en su vestido de hada. Las sábanas de seda roja parecían un río de fuego, y ella, un ángel durante un día de campo en el mismo Infierno.

—¿Te has puesto nervioso alguna vez cerca de mí? —quiso saber, llena de adrenalina.

Máximus estaba con las manos en los bolsillos mirando por la ventana. Jamás se había casado hasta ese día. En un acontecimiento tan especial, la ausencia de sus amigos lo hería más hondo. Eron e Izzie eran incondicionales a él, y su lealtad los unía más allá de las distancias y las condenas. La pregunta de Lina lo devolvió a la realidad.

—Muchas veces —respondió sin darse la vuelta. Comenzó a quitarse la chaqueta del traje de novio al mismo tiempo que decía—: Te he deseado desde que te encontré en el bosque la noche

en que te convertí en la Elegida. Desde entonces, cada vez que estoy cerca de ti, me desespero por hacerte mía por completo. Creo que eso son nervios.

—No me refería a eso —murmuró Lina mientras, imitándolo, comenzaba a quitarse sus zapatillas blancas. Intentaba que el velcro no hiciera ese sonido vergonzoso frente a él.

—No puedo acercarme a ti, Elegida —soltó Máximus de pronto con voz ronca.

Lina lo miró confundida, con una zapatilla a medio quitar.

Máximus se dio la vuelta. No le dijo nada. Solo la miraba fijamente mientras se desprendía de los gemelos de oro blanco que Humpy le había regalado, hasta que con un gesto le señaló sus pendientes.

Lina se llevó las manos a las orejas y sintió las pequeñas perlas. Eran de su madre. La tía Barb, que custodiaba las joyas de los Smith, se las había entregado por la mañana. Muchas mujeres de la familia las habían usado el día de su boda. Eran casi una reliquia.

—Pensé que ya no te repelía —dijo él quitándose la camisa.

Lina tardó unos segundos en entenderlo, en parte porque sentía debilidad por aquel pecho musculoso, hasta que cayó en la cuenta: la protección de los objetos heredados cumplía su efecto más allá del nuevo vínculo que unía simbólicamente a humana y demonio.

—Lo siento. —Hizo una pausa. Dios…, ¿acaso él era lo más sensual del mundo? Tras balbucear algunas incoherencias, agregó—: No lo entiendo… Estuvimos bien en la ceremonia y en la recepción.

—Allí no estábamos solos en una alcoba. —Máximus se quitó el cinturón de cuero.

Las mejillas de Lina se incendiaron, esquivó la mirada de él y con manos temblorosas se quitó un pendiente.

Él se sentó en el sillón negro junto a la ventana. Era la primera vez que alguien lo usaba y, como todo allí, exceptuando a Lina, era extremadamente masculino. Los músculos del pecho de Máximus se tensaron como si estuviese listo para atacar.

—No te lo quites. No aún. Déjame mirarte —le rogó con voz entrecortada.

Ambos permanecieron en silencio. Ya habían pactado que aquella noche nada sucedería. Sin embargo, aunque ninguno se lo había confesado al otro, en honor a su noche de bodas, ambos estaban dispuestos a romper algunos límites.

—Yo también te he deseado desde esa misma noche —murmuró Lina, aunque sin necesidad, porque la casa estaba habitada solo por ellos y la pequeña Smith, que roncaba en su cómodo cesto junto al fuego de la sala—. Todas las noches desde entonces antes de dormirme, fantaseo contigo, imaginándote entero…

Máximus se levantó y fue hacia ella. El deseo de Lina era más fuerte que cualquier temor que pudiera albergar. Ya sin barreras, sentado a su lado, le acarició los labios. Ella los abrió para decir algo, pero él con un dedo la calló.

A Lina le divertía cuando él hacía las cosas de esa forma: la cotidianidad no lo tocaba. Como si realmente viviera solo para conquistarla y arrastrarla a su tenebroso mundo dramático. Un

verdadero héroe gótico que no necesitaba cepillarse los dientes.

—Eres el hombre más bello del mundo, Máximus.

—Yo no soy un hombre. —Y luego pronunció en Infernus *mi reina.*

Estaban muy cerca, casi besándose.

De un salto él estuvo de nuevo en pie. Tomó la cortina que colgaba del techo de la cama y la extendió.

—Ahora yo te imaginaré. —Corrió la última cortina con ojos llameantes.

Lina se quedó en la soledad engañosa que le brindaban las tres telas pesadas. Arrodillada, con el corazón descontrolándose, sintió que estaba viviendo uno de los momentos más significativos de su vida.

Respiró hondo, deseando que el calor en su cuerpo saliera con cada exhalación. Se acarició los labios, anhelando el beso que no fue, y se agitó ante aquella idea. Tanta postergación del deseo… Ver su ansia demorada una y otra vez… La carne frustrada por no encontrar la satisfacción que estaba justo allí, al alcance de sus dedos. Lina sintió, por alguna suerte de permutación, todo lo que Máximus intentaba hacerle comprender desde el principio.

Los botones abrieron paso, las cintas de puntilla bordada a mano se rasgaron y al final Lina deslizó unos jirones de seda por aquel muro de terciopelo que los separaba. Máximus, sin demora, tomó aquella mano y besó los dedos descontroladamente, los lamió… Mordió la palma y dejó que regresara a su angustiada dueña.

Lina lo quería todo.

Ahora estaba rendida. Ese comportamiento bestial la había vuelto loca. Se encontraba desnuda en la habitación de una criatura de los Infiernos y su única defensa eran unos cortinajes que le recordaban al telón del teatro. Era curioso, justo en ese instante notaba el parecido. Como siempre, la mente de Lina divagaba en los momentos más tensos. Su atención flotó hasta unos casi imperceptibles movimientos en las cortinas y pudo jurar que una melodía sensual se desprendía en el vaivén de aquellas ondas. Eran los dedos de Máximus inventando un recorrido sobre el cuerpo de ella, pero en vez de hacerlo sobre su piel, usaba lo más próximo entre los dos: aquel telón que impedía al espectador disfrutar de la función completa.

Lina, hipnotizada por las notas que estaba convencida de escuchar, se acercó a uno de los bordes, cruel frontera entre el dolor y el placer. Escuchó la respiración honda y animal de aquel ser y así, muy cerca, pudo disfrutar de las caricias interrumpidas por el suave terciopelo. Sintió el hambre y la lujuria. La sed y la demencia. Se entregó a un ritual que le había sido ajeno hasta el momento.

Máximus podía recorrerla con la seguridad de la experiencia y la curiosidad del deseo nunca realmente saciado. Eran dos figuras ocultas; las curvas y siluetas se dibujaban en sus manos, protegiendo la intimidad de los ojos del otro.

Un quejido descomunal fue el preludio de lo que sucedió después. Lo que logró avergonzar a la humana. Lo que la hizo cubrirse con las sábanas para no sentir el aire juzgando su blancura al

descubierto.

Máximus se alejó. La melodía se detuvo y la puerta fue el cierre final de aquella actuación.

* * *

Los pies de Lina, helados como siempre que se encontraba lejos del calor de su demonio, bajaron las escaleras. Llevaba solo la camisa de Máximus, pero ahí abajo la temperatura hacía hervir el lugar.

Fue a la sala, a la cocina, al escritorio… Él no estaba por ningún lado, hasta que vio la puerta del sótano. Se dirigió allí sin pensarlo. Otros escalones, y las plantas de sus pies ardían ahora ante el contacto de la madera humeante.

La luz cálida hacía que los músculos del demonio brillaran, como si se tratase de un hombre de cera o de una escultura fresca aún. Máximus estaba con los brazos extendidos, encadenado a la pared que crujía con sus movimientos. No eran cadenas normales…, el hierro se enterraba en su carne, un fuego invisible fundía metal con piel.

—¡Vete de aquí! —exclamó él, con la vista clavada en el suelo—. Creo que lo puedo manejar, pero no contigo en la misma habitación.

—Máximus —lo llamó Lina despacio, viéndolo sufrir por primera vez. La cabeza caída, el ronquido de su voz…—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Te dije que te fueras! —gritó él haciendo sonar las cadenas.

Lina no se amedrentó ante aquel rostro transformado por la furia.

—No iré a ningún lado —aseguró.

—Tienes que irte. No puedo contenerme… —El tono de su voz subía y bajaba—. Lo incendiaré todo. Él tenía razón, Lina… Somos perros… Somos bestias. No merecemos tu amor. Márchate ahora. No te amo. No te quiero. ¡Eres una necia! ¡Vete con el ángel! El estúpido pajarito… Es igual. Todos somos una desgracia para ti… No sabes… No comprenderías.

Máximus deliraba.

Lina no dijo nada. Se alejó despacio, caminando hacia atrás, después se giró y corrió escaleras arriba. Ahora entendía, tenía total claridad de la situación.

La vida humana puede leerse de muchas maneras. El mejor colegio, los premios de asistencia, la falta de amigos, la cantidad de dinero en la cuenta bancaria, la marca exclusiva de pantalones, el comentario sagaz que cierra la boca de los enemigos, la decisión de ser madre o padre… y entre todo ese torbellino de opciones, solo unos pocos momentos de claridad se pueden permitir los humanos.

Los seres de las Aguas están malditos, si lo desean pueden vivir para siempre. Los jinetes de los Infiernos esperan, en su gran mayoría, la caricia de una segunda oportunidad, esta vez, con la ventaja de la experiencia. Ni que hablar de las criaturas aladas que sienten la dicha eterna… Pero

los humanos no tienen más que algunos instantes apenas de claridad en su vida. Y Lina Smith estaba teniendo uno de ellos.

Fuera, la hierba escarchada le lastimó los pies. El corcel, leal a la llamada de la que ahora sabía era la Jinete de Fuego, apareció con la espada de Máximus. Lina tuvo que arrastrarla. Iba dejando una raya profunda en el perfecto piso de madera de Izzie. Bajó otra vez a ese sótano de tortura, dando tumbos en cada escalón con el arma maldita.

Máximus bufaba.

—¿Es que no aprendes? —le gritó, transpirando el deseo que sentía por ella—. ¿O al fin vienes a matarme? Vamos… ¡Clávamela! Termina con esto.

Lina, con un esfuerzo sobrehumano, alzó la espada. Parecía que se la iba a clavar en medio del pecho, pero, en vez de eso, deslizó su propia mano por el filo, desatando una pequeña hemorragia.

—¡No! —gritó Máximus.

El efecto de la sangre de la Jinete de Fuego fue inmediato. El arma ya no pesó. La sentía liviana, como aquella tierna espada de plástico que había recibido el pequeño J. J. como regalo en su octavo cumpleaños.

Lina esperó unos momentos para que él se calmara. Respiraba con dificultad y su pantalón estaba empapado en sudor. Las luces de los tres rubíes infernales danzaban por aquel cuerpo agonizante.

—Así que aquí te encerraba Will… —dijo Lina en un susurro, apretando el mango del arma y haciéndola girar—, y aquí has venido a encerrarte tú…

—Es lo mejor. —Máximus luchaba con algo más poderoso que él y más poderoso que William.

—Y creíste que venías a cazarme —exclamó Lina con ironía. Después, más seria, tomando impulso con el arma, agregó—: No, Máximus. Tú eres el cazador cazado. Y ahora, te libero.

—¡No lo hagas, Elegida! —gritó Máximus adivinando sus intenciones. Deteniéndola.

Lina se quedó con el arma en el aire e intentó bromear:

—Máximus, sé lo que se siente cuando quieren ocultar una parte de ti. Si se liberara la Lina Smith reprimida, quizás el mundo también se incendiaría.

Sí.

El demonio tiró de sus esposas, que cedieron un poco, quedando frente a frente con la humana. Las gotas de sudor caían por sus párpados y su mentón, apretaba los dientes y se podía sentir el calor que emanaba de su piel atormentada. La miraba como lo que era, un ser de las profundidades, y rogaba por seguir atado.

—¿Cómo no regalarte la libertad, amor mío? —preguntó Lina más para sí que para él y acto seguido, con un impulso y una fuerza extraños en ella, rompió las cadenas infernales. Primero la derecha y luego la izquierda.

Quedó jadeando por el esfuerzo y Máximus cayó al suelo con un ruido seco. No se movía.

—Lo siento —dijo Lina soltando la espada y yendo hasta él—. Yo era esas cadenas que te aprisionaban. Fui la causa por la que Will te negó. Yo te robé tu libertad y tu alma. Lamento que te hayas sentido tan solo. —Le acariciaba el rostro, apartándole el pelo húmedo—. Te quiero. Os amo a los dos. Amo a William Máximus. Amo a Máximus William.

Máximus, volviendo en sí, tomó la mano de ella y le dio un tierno beso. Sentía que tenía poco tiempo, así que se confesó:

—Me enamoré de ti. No tengo idea de qué estaba haciendo antes de conocerte. Parece que llegué a este mundo en el instante en que me crucé contigo.

Lina sentía lo mismo.

—Lamento todo lo que te hice pasar… —continuó—. Fui un envidioso. Lo odiaba, le tenía tantos celos…, y ahora tú me has mirado. Amor mío, él ya está volviendo… Pronto me habré ido de nuevo.

—No —sollozó Lina—. Te quiero a ti también. No te vayas, por favor.

—Nómbrame de vez en cuando —rogó él. Los demonios no pueden llorar, pero aquel que pronto sería humano otra vez disfrutaba de la calidez del líquido que no tardaría en llegar a sus ojos. A los ojos del otro. A los ojos de ambos. Las despedidas no le gustaban a Máximus, quería romper ese aire melodramático al cual Lina ya estaba más que acostumbrada—. Cuando nuestros cuerpos se unan, Elegida, cuando lleguemos hasta el final…, mira estos ojos. Aquel brillo en ellos… Ese seré yo, mirándote al fin…, pero antes de redoblarme con el viejo soldado, quiero pedirte una cosa más.

—Lo que quieras —aceptó ella.

—Prométeme que leerás *Corazones en llamas II*.

Lina comenzó a llorar y a reír al mismo tiempo, y apoyó su frente en la de él.

—Te lo prometo —susurró.

Máximus la miró en su estado más puro. Estaba siendo curado, de eso no había duda. La parte más sana volvería a tomar las riendas de ese cuerpo y William sería de nuevo el indiscutible líder. Pero, al igual que en la recuperación de una enfermedad incurable, no se mata al portador, sino que se lo enseña a vivir con ella.

Aunque Lina había deseado que ellos fuesen uno solo, no podía evitar sentirse triste. Como si a ella también le arrancaran un trozo de sí misma. Era el momento más ambivalente de su vida. Despedirse de una parte que amaba. Una parte que había sido creada desde lo oculto, desde lo diabólico, para proteger lo bueno, para cuidar lo humano dentro de las profundidades. Lina olvidaba que los mismos Infiernos fueron creados por equivocaciones, por lo que debía ser perfecto y falló, por error… Es decir, por lo más humano que existe. Aquella parte del hombre que amaba volvía a ocultarse y ella la echaría de menos. En todo ese recorrido, Lina había aprendido que el monstruo, el demonio, lo que habita en el ropero, debajo de la cama, en la oscuridad del bosque…, eso también puede ser amado.

La humana acariciaba esas facciones que eran siempre las mismas, y no se despegaba de esa

mirada, tan distinta. Aunque era imposible, el latir del corazón se escuchó hasta en el bosque. Seguía una melodía. Se mezclaba con la naturaleza de nuevo. Los ojos negros volvieron a mostrar a William.

Lina lloraba desconsoladamente en los brazos del único hombre al que amaba, por el único demonio al que amaba.

Así, despacio, en aquel sótano, sin música de fondo ni público, sin reconciliaciones perfectas o reencuentros emotivos, sin la útil y necesaria moraleja… Así, jadeando en el suelo, William había regresado.

Capítulo 31

Caballo blanco



«Si solo uno de ellos pudiese quedarse unos segundos más… y decirnos qué se siente.»

Eva Gold, *Trustout*

El sonido de un espejo al romperse. Eso era lo que Lina escuchaba todo el tiempo. Los días eran bandejas de comida que apenas se tocaban y cristales deshechos cayendo al suelo. Fuera el mundo seguía su curso. Dentro, Lina lavaba platos y subía medicamentos para el tío que estaba en su lecho de muerte. Miraba a William como se mira al compañero de vuelo cuando el avión está a metros de estrellarse contra el suelo. Una mirada desesperada de incredulidad, en la que por momentos se olvidaba de respirar y luego retomaba ese pequeño ejercicio que la mantenía con vida.

Volvía a ser pequeña, a estar en ese descapotable, pero esta vez no fueron segundos, el impacto de la agonía se demoró días enteros en llevarse a su tío.

Todos los espejos del mundo pueden romperse. La Elegida regente no quiere mirarse nunca más. La Jinete de Fuego quiere tomar los pedazos de cristal y clavárselos al responsable de aquello. Al creador de esas perversas reglas que se llevaban a su tío. Tanto poder al alcance de su mano y no era sino la misma muerte la que le demostraba que, ante ella, no era más que una simple humana.

Al, que ahora volvía a presentir el fin de los seres, estaba allí desde el amanecer. Entre él y William ayudaron a Lina a subir la escalera. No quería entrar. Si no entraba, no era real. Lloraba como una niña, y sus dientes castañeaban por el miedo.

William le tomó el rostro y dijo muchas cosas, pero Lina no comprendía ni una palabra.

La tía Barb salió del cuarto y le sonrió. Eso rompió el embrujo. La sobrina del reverendo se obligó a reaccionar.

Las penumbras de un lecho de muerte le dieron la bienvenida. Lina caminó despacio hasta su tío. Se arrodilló en el suelo con medio cuerpo apoyado en la cama.

—Gracias por una vida maravillosa —susurró la tía Barb, sosteniéndole la mano a su esposo, sentada del otro lado.

—Gracias a ti, mi amor —dijo con esfuerzo el reverendo, y la miró como William había mirado a Lina muchas veces—. Siento tener que irme tan pronto.

La tía Barb sonrió mientras se llevaba la mano de su esposo al rostro y la besaba.

—Dimitri, vamos a estar bien. Fue por ti que pude criar a la hija más maravillosa del mundo. —La señora también agarró a Lina. Se quedaron un instante en silencio. Los tres con sus dedos entrelazados. La respiración del tío Dimitri se volvió intermitente. Estaba agonizando.

William y Al permanecieron junto a la puerta.

—Tío… —Lina le hablaba cerca, mirando sus ojos cariñosos—. No tengas miedo, tío. Todo estará bien. No tengas miedo.

El último aliento de Dimitri Smith en el mundo de los vivos le sirvió para mirar a su sobrina. Recordó la tarde en que al llegar a Whitehorse corrió a abrazar a su tía. La muerte no la había convertido en una chiquilla desconfiada, sino en un ser sensible y cálido. Dimitri la amó aún más en ese instante en que, entre los brazos de Barb, se volvió hacia él y lo miró. Había confianza en aquellos ojos. Aquel lazo invisible que lo había unido a su hermana, ahora se hacía más fuerte en aquella criatura.

Dimitri Smith murió sin miedo, pero Dios…, cómo le hubiese gustado seguir viviendo.

La tía Barb apoyó el rostro entre las manos del cuerpo de su esposo, despidiéndose. Era, ahora, la única criatura en ese cuarto que no podía ver el espectáculo de los Cielos.

La habitación ya no tenía una cama, ni sillas, ni espejos, ni fotografías en portarretratos. El lugar se había convertido en la entrada de la casa. Peter y Celestine sonreían con respeto. Sus alas se veían hermosas. Los colores de las hojas del jardín resaltaban a la figura pequeña que corría hacia Dimitri. Más adelante una mujer con un vestido floreado que hacía juego con su sombrero dominguero los esperaba.

La Elegida fue testigo de aquella magia y agradeció que algo existiera, que sus ojos pudieran confirmar su fe, que su tío le hubiese dedicado la vida a algo que podía disfrutar el resto de su existencia. Agradeció los Cielos, los ángeles, el sentido que encontraba después de todo ese sufrimiento. Agradeció una existencia posterior a la del mundo de los vivos, pero la verdad terrenal la abrumaba. Dimitri Smith, su tío, su padre, estaba muerto… y esa muerte le pesaría sobre su conciencia para siempre.

Sería la primera de muchas.

* * *

Después de un funeral que duró lo que parecía una eternidad, la ensombrecida Lina, vestida toda de negro por primera vez en mucho tiempo, abandonó la sala repleta de la iglesia.

La tía Barb la vio salir por la puerta y suspiró aliviada; deseaba que su joven sobrina tomase aire fresco y esquivase la tristeza ajena al momento de recibir tantas condolencias.

En el interior del bosque, Lina gritaba. Quería correr. Quería destruir algo. Cualquier cosa que alejara el dolor. William la acompañaba. Vestía un traje negro que lo hacía lucir majestuoso, como un rey de luto, y la tristeza en los ojos le daba un aire solemne. Se mantenía alejado de su joven esposa, dándole espacio. A una distancia prudente vio a Celestine, Peter, Matthew y, más cerca, a los hermanos J. J. con las cabezas agachadas.

De pronto, entre los árboles, vio aparecer a aquel gigante y algo, una pequeña pero vital parte de William, volvió a estar en su lugar. Sorprendentemente, Eron estaba allí. Llevaba la misma ropa del día en que desapareció, ya hacía más de un año. Cuando había perdido su vida humana para defenderlo de Samuel. Con las manos en los bolsillos estaba junto a Izzie, que, sobrepasada por la situación, fumaba sin parar. Izzie había aprendido a ser precavida, llevaba lo imprescindible consigo. Siempre podía ser ese el momento en que la mandaran de nuevo a los Infiernos.

Sin percatarse de su presencia, Lina gritaba a viva voz. Pasado el momento inicial, ya no estaba tan agradecida con los Cielos.

—¡Mi tío me crio! Él era mi padre. ¿Tenéis idea de lo que significa perder a dos padres en una sola vida? —Miraba a las alturas en busca de una respuesta—. No es justo. Él tenía que ayudarnos… Cuidar de mi tía… Seguir viviendo. ¡Quiero verlo! ¡Todo es por mi culpa!

Desde las alturas llegó Hansel, que volaba ya como un ángel adulto.

—Hansel, tráelo. ¡Quiero verlo! —le ordenó Lina a gritos, golpeándole el pecho.

Su guardián tenía un semblante serio, mientras resistía los golpes estoicamente.

—Estoy sola, Hansel. Él era el último con mi sangre. Soy una huérfana de nuevo. —Sus dedos le hablaban ahora; el signo de orfandad era doloroso.

El ángel la miró intentando tranquilizarla. Esperanzado, le habló con sus manos, y le ofreció su vida como compañero.

—¡Tú no entiendes nada! —respondió ella—. A ti te criaron en los Cielos. —El dolor volvía hiriente a una Lina que temía perder la cordura—. Él me dio un hogar y ahora no está. No es justo. ¡Debías curarlo! ¡Todos vosotros debíais curarlo! —Ahora les gritaba a los ángeles que podía ver—. ¡Malditos! ¡Todos malditos!

Lina se tapó la cara para ahogar su llanto y así comenzó a morderse el brazo, histérica, mientras jadeaba.

William aún mantenía la distancia. Su corazón conectado al de Lina sufría la pena, y su alma se quebraba al verla en ese estado. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos con facilidad.

Sin gestos ni contracciones. Solo caían con cada parpadeo, siguiendo el curso de la cicatriz celestial en su mejilla.

Lina volvió a golpear a su guardián, que no se movía ni un centímetro, y gritó desgarradoramente. Cayó al suelo, y con violencia arrancaba la hierba a puñados. Sin saber qué más hacer, Hansel se colocó tras ella. La conexión fue inmediata. De las manos de Lina surgieron luces. Los primeros rayos golpearon contra los abetos y las rocas cercanas, y después volaron pedazos de suelo.

Mientras la pena se consumía a fuerza de descargas entre protegida y guardián, cada uno de los presentes se acercaba, formando un círculo a su alrededor. Habían llegado más criaturas. Aquellos que decidían no solo presentar sus respetos por el reverendo, sino validar y apoyar el dolor de la humana: Celestine junto a Peter, Matthew con Julie, Josh al lado de William, como un niño pequeño con su mentón temblando descontroladamente, Izzie, sin maquillar, cerca de Eron. Areias y Costa en silencio, más atrás. Paolo, que había viajado desde las afueras con noticias del símbolo de fuego y que observaba al ángel de las alas esqueléticas apoyado en una rama, lejos de todos, pero con la mirada clavada en Lina.

Los que eran ángeles desplegaron sus alas. Los que eran criaturas del océano, formaron dos remolinos violentos de agua. Los demonios crearon sus propias hogueras personales, y aquellos que eran humanos, lloraron.

Cuando Lina ya no pudo más, la luz dejó de iluminarla.

«Todo lo que nos rodea es muerte», se la escuchó murmurar, y Hansel se adelantó, pero el demonio ya la tenía entre sus brazos. Llevaría a su esposa a casa.

* * *

William la acostó en la cama. Ella tenía la mirada perdida.

—Will —dijo con un hilo de voz—, cuando mis padres murieron, pensé que lo único bueno de todo eso era que nunca más iba a sentir esa clase de dolor.

William se sentó junto a ella y le acarició el rostro. Nada de lo que podía decir estaba a la altura de la situación.

—¿Tú crees que con lo que ahora sé de los Cielos, este dolor es egoísta? —siguió ella—. ¿Crees que solo pienso en mí?

—Ojalá que así sea, mi vida —respondió—, porque tu dolor es tan inmenso, que no podrías soportar sufrir por alguien más que no sea por ti. Sufre tranquila.

William hacía un esfuerzo sobrehumano para no tenderse a llorar allí con ella. El corazón de ambos estaba tan cansado; la esperanza ya no movía a Lina, y William, unido a su alma, sentía cada latido como una cuchilla atravesándolo. Máximus, desde su lugar, ayudaba con todas sus fuerzas. Era un toro salvaje luchando para que todos salieran adelante.

—Will, cierra las cortinas, por favor. —Fue lo último que se le escuchó decir a Lina en tres

semanas.

William Máximus Wildman en su luna de miel deslizaba las almohadas del cuerpo de su esposa por la mañana, recordando las precisas palabras de aquel doctor joven. El posible diagnóstico se hizo realidad: las garras de la depresión se habían clavado con fuerza en su Lina.

Ahora su trabajo como esposo y guerrero era dar batalla. La llevaba hasta el cuarto de baño. Una vez que Lina estaba en la bañera, Izzie aprovechaba para cambiar las sábanas, abrir las ventanas y limpiar un poco el polvo. Era una especie de rutina que mantenía las cosas funcionando.

William la ponía de pie sobre la alfombra del cuarto del baño y le quitaba el camisón que el día anterior le había puesto con tanta dulzura. Tomaba la precaución de que el agua caliente hubiese empañado ya los espejos, ya que la pérdida de peso, las ojeras, la tristeza… le daban a Lina un aspecto demacrado y no quería que se viera de esa forma. A continuación, la alzaba para meterla en el agua. Sentía en su pecho que a Lina aquello le agradaba, y con dedicación, frotaba suavemente cada centímetro de su esposa. Cuando terminaba, le hablaba un poco mientras con la mano de ella en la suya jugaba con el agua enjabonada. Al terminar de secarla, la vestía con un nuevo camisón y la llevaba a la cama.

Esas eran las únicas dos horas en que Lina dormía. Por la noche lloraba entre sus brazos. Un llanto arcaico con ausencia de palabras y gestos. Aquello era estar en presencia del dolor natural, sin máscaras, sin muletillas, sin todo aquello que lo hace menos afilado.

Cuando Lina despertaba, Eron le ofrecía su licuado especial. Se las arreglaba para que el medio vaso que Lina tomaba con mucho esfuerzo concentrara las vitaminas esenciales. Después colocaba dos trozos de los pasteles que Al llevaba religiosamente cada tarde a las seis esperando que Lina le dijese una palabra siquiera. El pobre Eron preparaba tostadas, mermelada casera, huevos revueltos, tocino y tortitas con ese maravilloso jarabe canadiense. La bandeja regresaba como si un pajarito pequeño se hubiese posado sobre ella. Solo faltaban migajas que William pellizcaba y daba a Lina a la boca.

Izzie era la única que se enfadaba con ella. De lunes a lunes a las cuatro de la tarde, la pelirroja recibía a Julie en la entrada y juntas incorporaban a Lina mientras Izzie la obligaba a tomar otra ración del jugo de Eron, pero con vitaminas en gotas que le habían añadido.

A las cinco, Josh pasaba quince minutos abrazándola. Después, él y su hermana se iban a su casa. Los padres de los hermanos J. J. habían cancelado uno de sus cruceros solo para estar con ellos. La pérdida de Dimitri Smith había sido un gran golpe para muchos.

Al ya llevaba una docena de pasteles pensados para Lina. Todas recetas nuevas.

Eron se sentía el perro de algún experimento. Cada vez que el reloj daba las seis y Al atravesaba la puerta, la boca le salivaba.

Pero Lina era inmune a todo aquello. Se había apagado. No importaba que su tía se recostara junto a ella y le cantara las canciones que de niña la habían ayudado a superar el duelo de sus

padres. No importaba que su guardián alado la fuese a visitar y le mostrara lo mucho que avanzaba con el lenguaje de señas.

Por la noche, William la llevaba en brazos hasta la entrada y en la hamaca se sentaban a disfrutar del nacimiento del bosque. No decía nada. No le pedía nada. Solo se balanceaba junto a ella.

La devoción de él crecía a cada minuto, y gracias a esa devoción, Lina, un día, terminó el vaso completo de zumo. Y muchos días después, llamada por un relincho salvador, salió de la cama, abandonó el cuarto que ya todos comenzaban a odiar, llegó a la planta de abajo y fue hacia el ventanal de la cocina. Apoyó sus manos en el cristal frío y, a través de él, en el jardín nevado, la humana, que había crecido entre cuentos de hadas, vio llegar a su caballo blanco.

Izzie, fumando uno de sus delgados cigarrillos, a pesar de la temprana hora, miró y dijo:

—Me voy un tiempo y cuando vuelvo tenemos, además de ese gato tuerto, un perro con problemas respiratorios y, ahora, cuatro caballos; que resultaron no ser animales, sino una especie de humanos. Por favor, dime que no traerás peces que se conviertan en Aquaman. Encuentro las peceras de un gusto espantoso.

Aquel comentario se ganó la primera sonrisa de Lina en mucho tiempo. Después, apremiada por la llamada de la criatura albina, la Elegida, sin hacerse esperar, suspiró y salió para enfrentarse con lo que fuese aquello.

En el jardín, la yegua blanca se acercó despacio. Bajó sus patas delanteras, esperando que la montara. A diferencia de Humble, Mercy o Compassion, ella no tenía riendas ni montura.

Inmune al frío ártico, con su camisón, Lina se montó sobre aquel lomo suave. Umah comenzó a trotar despacio, en dirección al río, y por detrás, William y Humble las seguían de cerca.

Lina se sintió libre. Sobre aquella criatura volvía a surgir una luz de esperanza. Tuvo la misma experiencia que con Humble. Caballo y humana eran uno. Solo que esta vez se sentía más cercana. Aquel no era un caballo prestado. Umah era su amiga. Umah era su compañera.

Abrió los brazos y, ante el apuro de la mujer equina, la brisa pura de Whitehorse le sacudió los resabios de un duelo terrible. Después de todo, los cuentos de su infancia tenían razón: el caballo blanco la rescataría.

Cuando se acercaron al río, Lina pudo ver que sentada en la orilla las esperaba Costa. El uniforme de la realeza había desaparecido. La acuosa se incorporó e hizo una reverencia ante Lina. Después, moviendo sus manos, dijo:

—Salud a la Jinete de Fuego.

Umah, transformándose sin demora, respondió:

—¡Salud!

Lina miró instantáneamente a William, que, a una distancia respetuosa, se mantenía expectante sobre Humble. Cuidándola, pero dándole su espacio.

—Las criaturas de las Primeras Tierras y las de las Aguas somos hermanas. ¿Podemos ser hermanas contigo? —exclamó Umah llamando su atención.

Lina abrió la boca y, tras tres semanas de silencio, volvió a usar su voz:

—No entiendo lo que decís. —Sus manos aletargadas volvieron a moverse nerviosas—. No entiendo quiénes sois ni qué queréis. ¿Qué significa que soy la Jinete de Fuego?

Umah y Costa intercambiaron miradas. La primera fue la que al fin habló:

—Yo soy Umah, soy hija de la Primera Tierra, la que era una con las Aguas antes de la Gran Inundación. Tú eres Lina, la Jinete de Fuego, la que puede unir los mundos. La salvadora.

Lina cerró sus manos en puños. Estaba cansada de profecías. Fue hacia donde estaba William y con unos modales que no eran propios, dijo:

—Bájate de él. No es correcto, Will. Son personas como nosotros.

William no llegó a reaccionar, porque Umah intervino confirmando lo que ya sabían:

—Piré no puede cambiar. Honró el pacto y ahora es un condenado. Solo en batalla se muestra en su forma más débil.

Lina acarició el hocico de Humble, que le dedicaba relinchos de afecto. Murmuró con los dedos enredados en sus crines:

—Perdón, Piré.

—Jinete de Fuego, por favor —la llamó Umah con su voz autoritaria—. No tenemos mucho tiempo. Escúchanos. Tú eres quien nos puede salvar a todos.

—No —sentenció Lina acercándose a las dos mujeres, dejando atrás a su esposo y su corcel —. Soy una persona que está delirando o una muchacha que es un imán para las desgracias. No voy a salvar nada.

Costa dio un paso adelante.

—Escucha nuestra historia, por favor —rogó con sus manos, mostrando más tacto que Umah.

Lina se cruzó de brazos, pero asintió. Gracias a Hansel sentía debilidad por las criaturas que hablaban con sus manos. Costa movía los dedos y Umah traducía fluidamente:

—Hace muchos siglos hubo una guerra entre los reinos. Los seres de las profundidades saladas de mi mundo atentaron contra los primeros humanos. Nosotros, las criaturas de agua dulce, resistimos, luchamos codo con codo con los hijos de la Primera Tierra. Yo, Costa, la protectora de tu descendencia, vendí mi alma a Destiny para salvar a mi hermano de la muerte cuando peleó en la Gran Guerra, obligado por nuestro padre, que reina en las aguas saladas. Y así, me condené. —Hubo una pausa de manos y voz—. Cuando los Cielos intervinieron todo acabó. Pero el remedio fue peor que la enfermedad: un grupo de criaturas poderosas se unieron para manejar el destino de los mundos: los Supremos. Ahí comenzó esta maldita Competencia que te trajo tanta desgracia, Jinete de Fuego. —Sus dedos se movían a una velocidad asombrosa —. Las criaturas de agua dulce nos negamos a participar: no éramos animales para ser designadas… Por eso fuimos castigados con ferocidad. Ahora cuentan que nos maldijeron por intentar matarlos, ahogarlos a todos… Pero eso no es verdad. Tienes que saber que nos han castigado por rebelarnos. Las Aguas no conocen más que pena desde aquellos turbios años. Y

ahora, tú, por primera vez en la Competencia, has escogido libremente. Has escogido por ti y no por la obligación de los Cielos.

Las manos de Costa se quedaron quietas y la voz de Umah se apagó. Después, sin darle tiempo a Lina a ordenar sus ideas, dijo por su cuenta:

—Vinimos para dar nuestros respetos, para ofrecerte nuestra ayuda cuando la necesites. Para cuidar a tu familia y…

—¿Y la nímbula? —la interrumpió Lina, con una nueva desconfianza en su semblante.

Otra vez Umah hizo de intérprete de Costa:

—Fue un error. La creamos para sacar la maldición del cuerpo de la Elegida y evolucionó. Ahora mata para liberar. No podemos controlarla. Adquirió una fuerza imparable. Debes tener cuidado en el agua. Siempre. Te pedimos perdón y que en tu grandiosidad aceptes nuestra ayuda.

—¿Y tú? —interrogó Lina a Umah mientras caminaba unos pasos en dirección contraria al río. Lejos de William no era inmune al frío polar—. ¿Cuál es tu historia?

—¿Mi historia? —repitió Umah—. No te alcanzaría la vida para escucharla. Solo te contaré lo más importante, Jinete de Fuego. He galopado por los mundos antes de la Gran Guerra. He visto a todo mi pueblo honrar la promesa que nos unió: mi gente ha caído por el pacto ancestral que tenemos los primeros con los segundos humanos. Antes de la Gran Inundación existíamos nosotros, después, llegasteis vosotros. Más débiles, pero más osados. Convivimos en paz y pactamos ayudarnos siempre. Los míos honran el pacto hasta estos días. Los tuyos, no. Nos obligaron a ocultarnos, porque odian lo diferente. Le temen a lo poderoso, pero nosotros somos humanos de palabra. —Hizo una pausa y su tono acusador cambió—: Y tú puede que también. Por eso hemos venido, para ofrecerte nuestro apoyo.

—¿Y qué queréis a cambio? —quiso saber una madura Lina.

—Que rompas la Competencia y que rompas el pacto —exclamó Umah por cuenta propia, adelantándose a Costa—. Libéranos a todos. Cuando llegues a ser lo que puedes ser, ayuda a las criaturas de las Aguas a volver a morir, a volver a nacer… Ayúdanos a nosotros, tus hermanos de tierra, a no caer cuando cae uno de los tuyos. Rompe la Competencia, rompe el pacto.

—¿Solo eso? —preguntó Lina irónicamente, abrazándose a sí misma—. Os habéis equivocado de persona, no soy poderosa. Todo lo que he logrado fue gracias a William. Es con él con quien tenéis que hablar.

William se mostró incómodo por primera vez sobre Humble. Se bajó y agachó la cabeza.

—Eres una reina por matrimonio, es cierto —dijo Costa y esta vez Lina entendió sin escuchar a Umah—. Sin embargo, el Infernus reveló que tú eres la Jinete de Fuego, la que puede cabalgar entre los mundos con el poder de los Infiernos. Nadie sabe qué significa eso exactamente, pero ahora sabemos que eres tú. Tú, entre todas. Tú, la Elegida rebelde. La humana valiente. Sé que han puesto nuestros hogares en disputa, pero debes creerme, el agua no odia a la tierra. No pueden vivir lejos. Se necesitan. Por favor, ayúdanos cuando tengas el poder.

Costa y Umah permanecieron quietas, expectantes. Lina restregó sus manos heladas. No podía

evitar sentir lástima por aquellas criaturas y también por ella misma.

—Lo siento. Lamento escuchar vuestras historias, de verdad, pero os habéis equivocado de persona. No podría lograr todo eso —se obligó a decir y comenzó a caminar hacia William.

—¿No estás cansada de las reglas de los Cielos? —soltó Umah—. ¿Del cinismo de los Supremos, que dicen estar a favor de un equilibrio que solo les conviene a ellos para mantenerse en el poder? ¿De que otros controlen tu vida? —Había dado justo en el blanco. La Elegida regente se detuvo y, sin perder tiempo, la criatura albina continuó—: Esta es tu oportunidad de venganza por lo que le han hecho al hombre que te crio. Entrelaza tus manos con nosotras, Jinete de Fuego, solo te pedimos que, si algún día tienes la oportunidad, nos ayudes. Nada más. A cambio, daremos nuestras vidas por ti y por tu familia.

Lina, fija en su lugar, apretó los puños. Miró a William. Él no hizo ningún gesto. Era su decisión. Pensó por un segundo.

«Ve a casa a mirar la televisión, Lina», le dijo una voz lúcida en su cabeza. Otra, más real, le pidió que no fuera una cobarde, y así terminó su lucha interna. Se giró y vio a la acuosa decir con sus manos:

—Las Aguas lo entienden. Mujer ayuda a mujer.

—La Primera Tierra lo entiende. Mujer ayuda a mujer. —La mágica criatura albina la miró expectante—. Lina Smith, ¿lo entiendes?

Lina se acercó, unió sus manos a las de ellas, haciéndolas sonreír, y dijo:

—La Segunda Tierra lo entiende. Mujer ayuda a mujer.

Aunque nadie sabía qué iba a lograr la Jinete de Fuego, sabían que Lina Smith no era una humana cualquiera.

Costa se marchó feliz, con la libertad de los justos que han conseguido una mano amiga. Sin embargo, Umah no gozaba de la liviandad de los sinceros. Umah ocultaba secretos oscuros, que la avergonzaban. No pudo revelarle a la Elegida que en gran parte ella, guiada por Destiny, había sido artífice del accidente que la unió con Máximus, ni que aquella vez en el claro, el viento se había movido desviando la navaja gracias a sus poderes.

En vez de ser franca con ella, muerta de miedo bajo una apariencia altanera, hizo una reverencia y adoptó su forma equina. Lina la vio marchar por el río. Galopando sobre el agua, sin importarle los límites de los mundos.

Capítulo 32

Gladiadora



> «Todos los hijos son adoptados por sus padres, los que nacen del propio cuerpo y los que nacen del ajeno.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse VI. Wild Horses*

Lina bajó la escalera envuelta en una chaqueta tejida que le llegaba hasta las rodillas. Agradecía a quien la hubiese dejado allí, porque era cómoda y abrigaba. Había dormido casi un día y medio después de su encuentro con Costa y Umah. Cuando despertó, intentó convencerse de que todo era un sueño, pero no lo consiguió. En vez de eso escuchó a su estómago, que rugía de hambre.

Fue al escritorio de William e hizo dos llamadas importantes, a su tía y a los hermanos J. J., y, cuando colgó y vio el armario con la espada y la máquina de fax, sonrió. Parecía que habían pasado décadas desde que estuvo allí.

El sonido en sus tripas le recordó que aún era humana.

Eron estaba en la cocina; usaba su pequeño delantal con volantes, siguiendo las instrucciones de una cocinera con voz chillona en la pequeña televisión *beige*.

—¿Algo rico? —preguntó Lina desde la puerta.

—Pollo al limón —respondió Eron mostrándole un ave cruda que intentaba deshuesar.

A Lina se le revolvió el estómago vacío, pero no hizo ningún gesto que pudiese herir los sentimientos del sensible aspirante a chef. Parecía que estaban solos en la casa.

Entró y se sirvió un cuenco con cereales que comió sin leche.

—Me alegro de que al fin pudieseis regresar, Eron —dijo Lina cuando el gigante se sentó a su

lado—. Quería agradecerte el haberme ayudado aquella vez cuando desperté. Gracias a ti fui a Darkhorse y me reencontré con Will.

—Estamos para eso —exclamó Eron, sonriente, mientras le acariciaba el rostro y le dejaba un poco de grasa de pollo en la mejilla. Lina escondió un gesto de asco mientras se apresuraba a limpiarse. Eron, ajeno a todo, agregó con dulzura—: Y estamos aquí por ti. Tu tío nos trajo de vuelta.

Lina lo miró sorprendida.

—Cuando mueres tienes un último deseo —continuó—. Vayas hacia los Cielos o a los Infiernos. Siempre debe ser para otro, si no la mayoría pediría volver a estar vivo. —Eron rio; sin embargo, Lina no pudo imitarlo—. Él pidió cosas mejores, pero solo le otorgaron esto… Ya sabes, los Supremos están en todos lados.

—Es perfecto para Will y para mí —reconoció Lina angustiada—. ¿Qué pidió antes mi tío?

—Que los Supremos te dejen en paz. Que puedas tener a tu hijo sin más contratiempos… Ya sabes, lo usual —intentó bromear Eron de nuevo.

Los ojos de Lina se abrieron de par en par.

—¿En serio pidió eso?

—Tu tío te amaba como solo los padres pueden amar a sus hijos —sentenció Eron volviendo a su pollo.

Lina se tomó unos momentos para procesar todo aquello.

«Gracias, tío», dijo para sí y limpió las lágrimas de su rostro, escondiéndose del gigante que con fuertes golpes lograba desmembrar el almuerzo.

—Eron —dijo cuando se calmó—, me siento como si alguien hubiese golpeado mi alma y estuviese tirada en un callejón oscuro… desangrándome.

Eron dejó lo que estaba haciendo y se volvió a sentar frente a ella. La miró con la dulzura inmensa de la que era capaz y le habló desde su experiencia.

—Pues un día de estos abrirás los ojos en ese callejón sin salida, sentirás el suelo duro contra tu mejilla y el frío se colará en tus huesos, pero tal vez te des cuenta de que no es un callejón, sino la arena de algún coliseo…, y escuchas que respiras, ves tu arma tirada junto a ti y, aunque estés mareada, puedes oír el vitoreo del público: «¡Lina! ¡Lina!». —La voz del gigante la transportaba—. Eso te motiva; cierras los puños ensangrentados. Milagrosamente tus brazos responden y te ayudan a levantar esa maltrecha y pesada alma. Tomas tu escudo mientras te vas incorporando, apoyada en tu espada como el bastón de tu alma anciana. Tambaleándote, ves como se acerca tu próximo contrincante, a todo galope… Está sobre un caballo fuerte y tú sobre tus piernas temblorosas, pero ahora ya lo sabes, cariño. Ahora ya te has levantado de la muerte. Ahora, si te destruyen, te vuelves a armar y eso es mejor que ser indestructible. Tomas tu arma, te proteges con tu escudo y no esperas a que te ataquen. Corres empuñando tu espada hacia la gloria, mientras todos corean: «¡Lina! ¡Lina!».

La imaginación de Lina, despertada por la historia de Eron, volvía a salvarla. Aquello fue

justo lo que necesitaba. Lo abrazó fuerte, como si fuera un gran oso de peluche.

—Me alegro de teneros de vuelta, en serio —dijo con lágrimas de felicidad en los ojos.

—Yo también me alegro de que hayas regresado —respondió él con franqueza.

Luego se arremangó y comenzó a cortar los limones tal como la señora con la voz chillona le indicaba en la pequeña pantalla. Lina se quedó allí, ayudándolo.

—¿Qué planes tienes para el resto del día? —quiso saber él.

—Ir a plantar el pino en el Jardín de Todos en representación de mi tío —exclamó.

Efectivamente, había telefoneado a su tía para concretar la cita y para no preocuparla ya más. Algunas cosas nunca cambian.

—Bien, porque si Izzie te ve levantada, querrá hablarte de tu matrimonio. —Lina se miró el anillo de esmeraldas y la alianza dorada. No lo podía creer. Eron continuó—: Dice que aquella sencilla ceremonia que tuvisteis no fue suficiente. Que tenéis que tener un evento como es debido, por supuesto, cuando pase un tiempo considerable. No lo sé. Está como loca. Parece que le duele más no haber planeado tu boda que quedarse atrapada en las profundidades.

A Lina no le era difícil creer eso. Para hacer conversación, mientras cortaba los limones, dijo:

—Te levantas muy temprano a cocinar.

—No nos gusta dormir mucho cuando acabamos de regresar… —reconoció Eron.

Lina entendía eso ahora.

—Ya que estás despierto, ¿me acompañarías a lo de Al? Nos vendrían bien tus músculos.

Eron se sintió honrado. En un santiamén se desprendió del delantal y se emperifolló para la ocasión. Estuvo más que feliz de subirse al coche para ser llevado por Lina. Él no entendía todos esos engranajes, pero ella parecía ser muy buena.

Recogieron a la tía Barb y los tres fueron al Jardín de Todos. Por lo general se hacía una ceremonia; sin embargo, ya habían tenido suficientes momentos formales. Pactaron con su tía la gran presentación del árbol cuando estuviesen repuestas. La tía Barb, tantos años casada con el reverendo, actuaba pensando en toda la congregación que necesitaba despedirse una vez más de su párroco preferido. El nuevo pastor no encontraba cómo hacerse querer por el pueblo que lloraba a Dimitri Smith. La tía Barb, en su bondad infinita, trababa de integrarlo en Whitehorse, pero, cuando el pastor quiso reunirse con Lina para darle personalmente las condolencias, la señora Smith, anticipándose, le explicó que su sobrina no era una persona religiosa.

El deber de Lina con la Iglesia había terminado con la vida de su tío.

Lina no lo sabía, pero Bárbara Smith había librado muchas batallas con su esposo para disculpar a Lina de los deberes de la misa los domingos; las había perdido todas, ya que su esposo no entendía cómo alguien no podía amar a la Iglesia, y mucho menos su sobrina.

Después de que Al y Eron terminaran de cavar el hoyo, Lina y la tía Barb colocaron lo que se convertiría en un árbol y, a continuación, los cuatro arreglaron el Jardín de Todos, motivados por el trabajo. Quitaron las malas hierbas, adecentaron ramas y podaron algunas plantas.

De regreso, aún muy temprano, Lina estaba exhausta. Últimamente cualquier mínima tarea la

agotaba.

William estaba visitando a Paolo. Al parecer había una pista importante sobre el símbolo de fuego, y le había dejado una nota hermosa. Lina justo la veía del otro lado de la cama, y pensó que William estaba más dulce de lo normal, como si a cada momento quisiera recordarle cuánto la amaba.

Lina se desplomó en la cama con la ropa puesta, en el dormitorio que ahora compartía con William. Los últimos días todo había sucedido tan rápido… La ropa de Lina estaba desperdigada entre la casa de los Smith, la de los Jones y ahora la casa de los cazadores. Entre toda la locura de William y Máximus, del ataque de los acuosos, de la búsqueda de los signos y, sobre todo, de la gran pérdida de su tío…, todo estaba patas arriba.

Eron, bajo las órdenes de la cazadora, por supuesto, ordenaba los regalos de boda que no paraban de llegar por parte de la comunidad de excazadores y se ocupaba de que en la casa no faltara nada.

Lina estaba exhausta. La temperatura había bajado muchísimo y nada, excepto el cuerpo de William, lograba mantenerla caliente. El agotamiento fue más fuerte y aún con frío se quedó dormida.

* * *

Se sentía incómoda. La cabeza le pesaba… Su cuerpo extrañamente comprimido la hacía sufrir. Luces chispeantes la obligaban a entornar los ojos. A media vista logró ver dónde estaba: un salón repleto de personas enmascaradas. Caminó unos pasos y notó que llevaba un vestido blanco enorme, con varias capas de tela y un corsé que apenas la dejaba moverse. Se llevó las manos al rostro y tanteó un antifaz que le cubría hasta la nariz.

Lina no podía verse a sí misma, y era una pena, porque estaba hermosa.

El vestido llevaba una capa detrás que terminaba en una cola de encaje, la pequeña máscara era dorada y caía hacia un lado como un ala de mariposa. Su pelo estaba suelto y adornado por finas cadenas de oro que se entrelazaban en su cabello como ramas y pequeños pétalos.

La música del lugar sonaba suave y le recordó a un vals antiguo. Reconoció un piano y violines. Parecía una fiesta del siglo diecinueve. Al principio todo le resultó encantador, pero, cuando prestó atención, notó que la gente bailaba muy deprisa, aturdida…, y sus máscaras eran aterradoras: algunas eran punzantes; otras tenían plumas y cuernos, y eran rostros de aves, puercos y demonios; las más feas estaban desfiguradas o eran rostros angustiados con lágrimas pintadas. No tardó en comprender que estaba soñando y que ese sueño tenía el sello de Destiny.

—¿Sabes? Dicen que las personas más obsesivas son las que pueden notar que están soñando y luego, absurdamente, intentar controlar el sueño. —Una máscara blanca y sencilla, con pequeños agujeros para dos ojos fríos, dejaba escapar esa perversa voz. Destiny llevaba con gracia un vestido de muselina azul. En sueños ya no era la araña del bosque.

—Yo no quiero controlar el sueño —respondió Lina segura—. Yo quiero despertar.

Destiny suspiró y la tomó de un brazo mientras cruzaban juntas el salón y los presentes las seguían en esa cadena de murmullos constantes.

Lina escuchaba a aquella criatura que hablaba sin pausa como una adolescente divertida:

—Me siento como un personaje de una historia de amor. ¡Felicitaciones por tu boda! —Y agregó jugando con la máscara que sostenía desde un fino listón—: Mi regalo llegará con demora, pero llegará. Tú tranquila.

—No estoy tranquila cuando estoy contigo. Dime lo que quieres decirme —rogó Lina.

—Pero, Angelina Lina —Destiny continuó con su tono inocente—, he preparado esta fiesta en tu honor. Pensé que te gustaban los bailes de máscaras.

Lina no respondió. Habían llegado a una puerta alta, de doble hoja, y el aire fluía mejor lejos de aquellos seres enajenados que seguían a Destiny.

—Te felicito por todo lo que has logrado —siguió—. Encontraste a Areias y te dio el símbolo de agua, luego reconociste a Al como un antiguo ángel y te hiciste con el signo de aire, y también descubriste que eres la Jinete de Fuego, y con eso tu poder sobre los Ekuas.

—¿Los Ekuas? —exclamó Lina confundida.

Destiny rio despegándose la máscara. Lina notó que ya no era la niña de la cueva, sino que parecía de la misma edad que ella.

—Tú puedes encontrar el diamante más grande del mundo y usarlo como pisapapeles —bromeó.

Lina no dijo nada. Destiny siguió riéndose y le aclaró sin ganas:

—Umah es una Ekuas. Así se llama a los primeros humanos. Tú eres posterior… Tu raza fue creada más débil, pero más valiente. Bla, bla, bla… Con pocos poderes, pero menos dócil. Os hicieron ciegos a las verdades del universo y eso os enloqueció, pero cada cierto tiempo nace una criaturita como tú. —Al finalizar, el interés de Destiny creció.

—Yo soy igual a cualquiera —aseguró Lina, queriendo convencerse aún después de todo lo que había vivido—. Dime por qué estoy aquí. No tengo tiempo para estos juegos. Lo único que me interesaría es algún dato sobre los dos símbolos que me faltan.

Destiny se acercó a ella y con el listón que sostenía su máscara le rozó la nariz; jugaba con ella y ponía a prueba el límite de su paciencia.

—No encuentro razón alguna para que seas así de grosera conmigo, Angelina Lina —exclamó en tono afectado—, cuando soy una de las pocas que te están ayudando.

—¿Como ayudaste a Areias y a Cordelia? ¿O como ayudaste a Al y a Anne? —arremetió.

Destiny asintió con rostro inescrutable. Se apoyó en el marco de la puerta y Lina vio por primera vez una galería, y más allá un jardín hermoso, con fuentes y arbustos bellos, que continuaba hasta el horizonte donde el sol se ponía en un tranquilo atardecer.

—Aquí se está mejor, ¿verdad? —Destiny se abanicaba con su propia máscara.

La música cambió; ahora un arpa acompañaba al piano y a los violines.

—Es una hermosa tarde —asintió Lina solo por decir algo.

—¿Sabes? Contigo es distinto —continuó Destiny sin reparar en su comentario—. Al principio pensé que solo me divertía con tu existencia, pero la verdad es que me intrigas.

—¿Qué significa eso?

—Significa que voy a ceder por la profunda misericordia que despiertas en mí —su tono era teatral—, y te regalaré una pista más. Estás aquí porque, como siempre, he decidido ayudarte. Como ya sabes eres la Jinete de Fuego.

—¿Siempre eres tú quien susurra el último símbolo del Infernus? —Con William habían estado hablando de aquello.

—Yo, en todos menos uno de los casos. —Aquella criatura no se incomodaba con la semántica.

—¿Cuál? ¿Eron? ¿Izzie?

—Cerca —la cortó y con tono irónico, agregó—: Angelina Lina, me estás aburriendo y es lo peor que puedes hacerme.

—Lo peor es preguntarte por tu hermano.

Por un segundo Lina hubiera jurado verle una expresión similar a la camaradería humana, pero luego supo que se había engañado.

—No peleemos —propuso Destiny con un falso tono conciliador—. ¿Acaso no has escuchado que contra el destino no se puede pelear?

—Está bien —aceptó Lina—. ¿Cuál es la ayuda que has venido a darme?

—Despierta. —Era casi una orden, Destiny ya no jugaba—. Hoy. El hoy humano que comprendes. Llama a tu ángel guardián y que te acompañe a reunirte con Samuel, dile que lo amas, que has recapacitado, que tienes miedo de tu demonio. Dile que quieres que lo mate. Una vez que busque su arma, con el poder de la Elegida y el guardián, entre los dos, podréis robarle la espada y clavársela en mitad de su cuerpo. Así lo mataréis.

Lina se despegó de la puerta y con sus manos puso una distancia imaginaria con Destiny. De inmediato respondió:

—Jamás haré algo tan espantoso. No me cansaré de repetírtelo.

—Si no lo haces tú, lo tendrá que hacer tu hijo —la previno. Regalándole un generoso vistazo al futuro.

—¿Qué? —Lina se quedó atónita.

—Ángel y demonio no pueden vivir en el mismo mundo —sentenció Destiny una vez más.

—Deja fuera de esto a Salvador. —Lina, furiosa, hablaba como si su hijo ya estuviese en el mundo.

—Máximus es uno de los cuatro reyes cazadores. ¿Qué crees que es Samuel? ¿Un simple guía? —Destiny la regañaba como una maestra a un niño que se empecina en no comprender algo básico—. Te han mentido, Jinete de Fuego. Te dije que buscaras detrás de las máscaras. Te lo advertí. Hansel, Peter, Celestine, Samuel… Todos ellos son otra cosa. ¿Eres tan ingenua como

para pensar que Samuel te dejará ir tan fácilmente? ¿Que, de todos los ángeles, él va a ser el primero en perder la Competencia? ¿Crees que dejará que en las Tierras haya un demonio?

Lina se quedó sin habla por un momento y después comenzó a balbucear:

—Falta mucho para eso… Quizás cuando el niño crezca… Sam haya conocido a otra mujer y… —Destiny le echó una mirada burlona. Su semblante preocupado dio lugar a su cinismo y hartazgo de siempre. Comenzó a caminar lentamente hacia la galería, dejando a Lina hablando sola—. ¿No puedes darme una pista del signo de fuego? —insistió—. ¿Qué significa que en las profundidades me perderé? ¿Cómo encuentro el símbolo de la Tierra?

De espaldas a ella, Destiny solo respondió:

—Mátalo, y tú y Salvador seréis felices así. Deja que viva, y comenzaremos de nuevo. Tú y yo. —Lina quedó muda. No entendía las palabras de Destiny, que ahora ya bajaba la escalera, rumbo a aquellos jardines, alegre como una jovencita al salir de una fiesta—. Vamos… ¡Anímate! —la instó sin mirarla y agregó vivaz—: Después de todo, ¡el espectáculo debe continuar!

Al llegar al último escalón abrió un antiguo paraguas blanco que surgió en sus manos de la nada. La lluvia comenzó a caer de repente, sin más anuncio que el aroma a tierra húmeda. Destiny hacía girar el paraguas en su mano, jugando. De pronto, se volvió hacia Lina como si hubiese recordado algo importante y anunció:

—Te dije que la tormenta estaba a punto de llegar.

La criatura le dedicó una sonrisa macabra y girando a la izquierda, desapareció.

Lina corrió escaleras abajo y miró por donde Destiny se había ido, pero ya no había nadie allí. Solo estaba aquella perturbadora máscara en el barro, hundiéndose con la lluvia que caía a cada instante con más fuerza.

Capítulo 33

Adiós, querido



«Las dos muchachas eran dos gotas idénticas, una de agua, una de vodka.»

W. Parrot, *Whitehorse V. Regreso a Whitehorse*

En aquella ocasión, Lina le contó a William cada detalle de su sueño con Destiny. Querían tener una relación libre de secretos y basada en la confianza mutua.

Ese nuevo acuerdo les funcionó muy bien durante unos días.

Aquel viernes Lina terminó temprano el taller de teatro. Entre ella y el señor Griffin no se volvió a mencionar ni el papelón de la obra ni la oportunidad de tener un empleo. Continuaron trabajando juntos como si nada.

Paul se despidió de ella en el aparcamiento.

Lina miró su coche rojo y, tras dudar unos momentos, guardó sus llaves en el bolso. Le apetecía caminar un poco. La paz del bosque le vendría bien, ya que todavía se ponía un poco nerviosa tras el volante.

Caminaba despacio con el sonido de la naturaleza de fondo. Gracias al cambiante clima, la tarde era cálida. Le recordaba a esas noches húmedas cuando era pequeña y vivía con sus padres. Miró hacia atrás y no vio a su guardián; quizás, ahora que todo comenzaba a encajar en su vida, ya no lo necesitaba tan a menudo. Hansel continuaba siendo un misterio y, tras el sueño con Destiny, muchas preguntas llegaron a la mente de Lina, pero ninguna había sido contestada por los ángeles, que se negaban rotundamente a hablar de cualquier cosa referida a aquella criatura.

Lina apretó el paso y alejó esos pensamientos. Llegaría a casa para ver la televisión y cenar

con su esposo, porque la casa grande, salida de una película de los años cincuenta, se había convertido en su casa. Y ahora comenzaba una parte más normal…

Matricularse al fin en la universidad; buscar un trabajo; cuidar de la tía Barb, que, con sus amigas del comité de la iglesia, había procesado el duelo mucho mejor que ella misma; ayudar a Eron e Izzie con la mudanza… Echaría de menos vivir con ellos, sin embargo, la seducía la idea de estar a sus anchas en una casa enorme, sin que la tía Barb la regañara por el estado de su habitación, sin que Izzie la mirase cada vez que comía un emparedado con sus botas sobre la bella mesita de café. Lina había insistido para que se llevaran la mayor parte de los muebles; después de todo, no necesitaba las pinturas de paisajes, la vajilla de plata o las alfombras bordadas a mano. Tenían almacenes repletos con los obsequios de la boda y ella era feliz con un colchón cómodo y una ducha caliente. Tal vez un sofá grande para recostarse con William frente a la chimenea al terminar de cenar.

La noche anterior habían hecho eso. Se desvelaron hablando sobre el símbolo de fuego. El amigo de William, Paolo, a quien Lina había visto brevemente en el funeral de su tío, estaba haciendo progresos en la averiguación. Al parecer, «en las profundidades te perderás» era una buena pista, aunque algo ambivalente. Tenían dos opciones: podía ir ella misma a los Infiernos si moría unos segundos o contactar a un tal Señor de los Sueños, una criatura ancestral como Destiny o Freewill, y pedirle cruzar los portales.

Claramente, la segunda opción era la mejor.

Lina podía advertir el malestar que le causaba a William compartir esa información con ella. Para muchos era la Elegida, la Jinete de Fuego y, ahora, la salvadora que tenía que romper la Competencia y el pacto de los Ekuas, pero para William ella seguía siendo Lina Smith, la humana de apenas un puñado de años. Lina sonrió al pensar en ello. Esos últimos días eran un paréntesis en su turbulenta vida. Flotaba en una paz extraña, como una pequeña polilla que al fin agita feliz las alas frente a una espléndida luz que no es otra cosa que un farol que la quemará viva.

Un sonido a sus espaldas le indicó que algo marchaba mal. Se detuvo y escuchó un quejido. De continuar, aquella misma noche hubiese dormido junto a William. A la mañana siguiente habría recibido una llamada de Paolo con una pista firme del Señor de los Sueños. Por la tarde hubiese rellenado los papeles necesarios para matricularse en la universidad junto a Julie, que le confesaría que estaba esperando un hijo de Matthew. Y, por la noche, todos se habrían reunido a celebrar la buena noticia en la primera reunión que Lina y William hubieran dado en aquella casa.

Pero nada de eso ocurrió, porque Lina dio un paso atrás en vez de uno adelante.

Angelina Lina Smith se había enfrentado a demonios. A ángeles. Al destino. A criaturas de las Aguas que clamaban por su sangre, pero cuando vio a Fireball con su pequeña pata herida en esa trampa de acero, quejándose como un niño lastimado, y a Daisy caminar junto a él, presa del

pánico y de la impotencia, se le heló la sangre y no pensó en nada más que en liberar a su querida mascota tuerta.

Arrodillándose junto al gato, Lina intentó con todas sus fuerzas abrir ese elemento de tortura, mientras consolaba a Daisy con palabras tiernas. Pese a sus intentos desesperados, la trampa no cedía. Daisy maullaba loca de dolor al escuchar a su compañero sufrir. Lina se hincó aún más y, casi desgarrándose, tiró con ambos brazos para que esos dientes de acero se abrieran apenas unos centímetros.

Fireball, en un rápido movimiento, sacó su pata, pero la trampa volvió a cerrarse, esta vez sobre los dedos de la humana, haciendo que el bosque se llenara con un grito de dolor estridente. Cuando Lina intentó ponerse de pie, sintió que algo le aprisionaba ambas piernas y cayó sin poder amortiguar el golpe más que con sus codos, que crujieron al tocar el suelo con tanta fuerza.

Ya no fue capaz de ver a los gatos, ni a los árboles, ni al cielo, ni nada…

Una fuerza descomunal la arrastraba a una velocidad increíble. Boca abajo, lo único que trataba de hacer era proteger su rostro, que se golpeaba con rocas y se raspaba con todo tipo de arbustos y hierbas. El cuerpo le quemaba. Sintió sangre en la boca, sus dientes quebrarse y un sonido abrupto en su mandíbula… Intentaba con sus manos aprisionadas parar aquella carrera brutal… No podía siquiera girarse para ver qué era aquello que la hacía sufrir de tal manera. La presión que sentía en sus pantorrillas iba creciendo por sus muslos cuando comenzó a pensar en algo: debía gritar. Sin embargo, con su boca destrozada, intentaba no tragar toda la hierba y la tierra que se metían irremediablemente por su nariz y ojos cuando luchaba por ver algo. Pensó en Hansel, William, Humble, Umah…, pero un nuevo golpe contra una roca la dejó casi inconsciente, y sus pensamientos ya no fueron capaz de ayudarla. Solo quedaba algún que otro movimiento cansado, producto de un reflejo tenue que intentaba preservar su cuerpo.

En un movimiento brusco, aquello que la arrastraba apretándola hasta la asfixia y que ya llegaba a su cintura la obligó a sumergirse en el río. Las aguas heladas la recibieron como cuchillas que le rasgaban lo que quedaba de piel sana. Ahora sí podía gritar, pero en el agua no eran más que sonidos vacíos los que salían de su garganta. Aquello que la mantenía cautiva era una especie de enredadera y con sus manos aún en la trampa, nada podía hacer para apartarla. Sin embargo, no dejaba de luchar por un poco de aire. Mientras intentaba salir de allí, cual tiburones perversos, los seres del agua que habían emboscado a la Elegida —no sin ayuda— la rodearon. Y Lina, entre burbujas, tentáculos y ojos podridos, vio que le lanzaban plantas viscosas que se aferraban a su cuerpo como sanguijuelas. Sintió el veneno danzar por sus venas. El malestar era mucho peor que el de aquella vez cuando conoció a Areias.

En lo único que Lina podía pensar, en esos segundos en que el agua llenaba sus pulmones y ya no hay mucho más por hacer, era en la tontería de lo que acababa de ocurrir. Era como desnucarse tropezando en la bañera después de un baño de burbujas. Algo ridículo, estar caminando por el bosque, tan lejos del agua, y haber caído en aquella absurda trampa. Mientras

pensaba en todo aquello, una última burbuja se escapaba de sus labios rotos; era una burbuja con bordes teñidos de sangre roja.

Y luego, el silencio.

* * *

—Angelina Lina, cuando lleguemos a casa, papá y yo vamos a hablarte de una sorpresa —decía su mamá segundos antes del impacto.

—¡Quiero saber ahora, mami! —se quejaba la impaciente Angelina Lina.

—Cuando lleguemos a casa, mi vida.

Pero no hubo casa. Así se lo habían contado a él. No le dijeron que su hermana mayor ya sospechaba algo. No le contaron que los niños de las Tierras perciben con una exactitud escalofriante el estado de sus padres y que un embarazo de tres meses era algo más que obvio para una niña de siete años. No le contaron que antes del impacto esa pequeña había hecho un berrinche. Ese fragmento dulcemente editado continuaba en una discusión por la impaciencia de aquella niña. La misma que quería saberlo todo y que en ese mismo instante golpeó el respaldo del asiento de su madre con sus pequeños pies en sus lindos zapatos rojos. Y no le dijeron tampoco que su padre se giró unos segundos para calmarla y que aquella niña, durante los años siguientes, continuaría viviendo con una culpa sin palabras que la obligaría a tomar muchas decisiones destructivas. Porque una gran parte de Angelina Lina Smith no podía recordar esa pelea, pero otra, más poderosa y profunda, sí lo hacía. Cada noche al dormirse, cada día al despertar… La culpa enorme por haber distraído al conductor de aquel coche, su padre. ¿Qué hubiese sucedido si se hubiera callado? ¿Si no hubiera tenido ese berrinche? ¿Qué habría pasado si hubiera obedecido? Esas y otras injustas preguntas le hacía una voz muda, atormentándola como un cáncer, que jamás le daba tregua.

Y Lina arrastraba aquello sin entenderlo, sin saber por qué actuaba como actuaba. En todo. En lo grande y en lo pequeño. En perdonar a los que no merecían perdón, solo por sentirse ella misma la más infame de los asesinos, y hasta en regresar a una tienda por un par de monedas que le habían cobrado de menos.

Angelina Smith llevaba dentro de sí la culpa mayor. Muy en el fondo, en ese punto enmarañado, inaccesible a toda luz de razón, Lina estaba segura de haber provocado el accidente que había matado a sus padres. Y aún más profundo… Haber matado junto con su madre a aquel hermano hipotético al que la celosa hija única de los Smith odiaba. La realidad… la realidad no importaba. El daño ya estaba hecho.

Y si en aquel amanecer hubiesen sucedido otras cosas…

Si el conductor del autobús hubiera dormido veinte minutos más, si en el último peaje el padre de Lina hubiera tenido el cambio exacto, si a Destiny otro le hubiese resultado divertido, si el conductor del coche azul no se hubiera detenido a tomar la fotografía de aquel pájaro, o si ese

mismo pájaro hubiera volado unos metros más arriba para no llamar la atención de aquel muchacho al que tristemente nadie echaría de menos porque, aún no conocía a la mujer que sería su esposa…, porque aún no tenía a ninguno de sus tres hijos… O tal vez, y esto sí traería en un futuro un poco de paz a ese monstruo que manejaba a Lina con las riendas de la culpa, tal vez si Umah le hubiese hecho caso a Ismerai y no hubiese molestado a la vieja de la cueva…

Pero, de nuevo, uno de los hermanos Smith se negaba a estar en las listas de los Cielos. Y aquel niño hipotético, aquella amenaza del amor paternal, se hundió en las aguas de Whitehorse y con la poca fuerza que le quedaba, aun después de haber luchado con Samuel hasta perder sus alas, ayudado por solo dos acuosos, ahuyentó a todas las viles criaturas y liberó las manos y las piernas de su hermana. Y, con un impulso que surgió desde donde se veían los huesos rotos de sus extremidades aladas, salió de aquella prisión cristalina para que el aire salvara la vida de la Elegida.

Aquel hermano menor, que lloraba lágrimas plateadas, confundido por el sufrimiento, intentaba recordar todo lo que le habían enseñado en los Cielos… Cayó junto a Lina a orillas del río, abrazándola y sangrando descomunalmente por su espalda, esperando que el contacto de sus dedos curase aquel cuerpo humano torturado.

Ojalá pudiese decirse que aquella mutilación solo le ocurriría a él, pero el tiempo haría que aquel pecado se volviese a cometer, muchos años después, por las mismas manos ahora monstruosas. Pero esa segunda vez sería peor…, porque la víctima sería la propia carne y plumas de aquel ángel maldito.

Hansel curó a Lina hasta donde sus fuerzas se lo permitieron. El estado de ella era deplorable, pero el ángel guardián había restaurado lo más importante: el corazón, los pulmones y la gran hemorragia interna provocada por el veneno ponzoñoso de la nímbula.

Lina luchaba para no quedarse totalmente dormida, en ese abismo entre la vida y la muerte. Se había salvado del agua, pero los cortes eran profundos y numerosos. Y ya no había Círculo de Supremos que le concediera favores.

Tic tac, Lina.

La sangre humana olía divinamente mezclada con la tierra húmeda del atardecer. Morir con dolor. Morir sin haber vivido lo suficiente, sin dejar un hijo en la tierra, sin despedirse… Lina luchaba en el final. La aguanieve le acarició el rostro. Nadie puede engañar a los buscadores. Ni siquiera el fuego de los Infiernos. Ni siquiera un ángel guardián. Desde hacía mucho tiempo el fin le pisaba los talones a Lina.

De pronto, se incorporó sin dolor, con una vitalidad desconocida para ella. Detrás del telón de copos blancos había personas que la observaban. Al mismo tiempo, Hansel usaba todos sus poderes para mantener el alma de su hermana en la Tierra. No iba a dejarla ir sin luchar.

Angelina Smith se encontraba entre las puertas del Paraíso y el camino alternativo que dibujaba el talento de su hermano para evitar que muriese.

Lina vio a tres mujeres. No conocía a ninguna de ellas, pero parecían familiares. Eran

Elegidas. A ellas se les sumaron otras. Y así, dos filas interminables de aquellas que en otro tiempo habían sido bendecidas la guiaban hacia los Cielos.

El vínculo entre un humano y su ángel guardián es inquebrantable, pero entre hermanos lo es más. Aun cuando ambos estén casi en su lecho de muerte.

Aquel «mamá» se escuchó tan claro… y Lina se giró. Tenía unos seis o siete años. El cabello y los ojos del padre. De ella, la forma de los labios y la simpatía. Sí, esa criatura iluminaba todo. El caballo de plata se movía en su pecho al ritmo de su respiración agitada. Llevaba una camiseta larga que le llegaba hasta los tobillos, y que Lina conocía bien: era de William.

De nuevo: «¡Mamá!» y Lina corrió hacia Salvador.

Las manos de aquellas Elegidas no la podían detener. La fuerza gravitacional que ejercía el Paraíso no era suficiente para alejarla de aquel niño. La Elegida regente sentía su cuerpo arder ante aquellos miles de dedos suplicantes. Escuchaba los reclamos, sentía el agobio de esas almas… Su ropa se entrelazaba a las de ellas. Su cabello se enredaba, su sangre corría junto a lo que alguna vez había sido la sangre de ellas. Algunas lo habían logrado, otras no…

Lina no pudo ver a la que no formaba parte del lamento general.

Selena no intentó detenerla; sus ojos, aun después de tantos siglos, continuaban apenados por todo lo que representaba aquella pequeña ilusión que desaparecía entre el atardecer.

Salvador se adentró en el bosque.

Lina gritó su nombre, buscándolo… Lo vio detrás de un árbol, sonriente, despeinado. La miró con picardía y luego dejó escapar una risa que a Lina la acompañaría para toda su vida. Se acercó despacio, temiendo que la ilusión se disipara en cualquier momento. Se arrodilló frente a él. Era la primera vez que no quería entender nada. Con su mano suave acarició el espacio que remarcaba la cabeza del niño. Desprendía una luz hermosa.

—Mami —empezó el pequeño—, no quiero ir a lo de la tía Izzie… Es aburrida… y me regaña por todo.

Lina apenas podía hablar; aquello era un puñado de un grandioso futuro.

—Está bien —dijo mientras se limpiaba las lágrimas del rostro, o al menos creía que eso hacía —. No tienes que ir. Quédate conmigo.

—Mira, mami, es papá. —El dedo del niño marcó el lugar exacto por donde aparecía William, y Lina lo sintió arrodillarse junto a ella.

—¿Cómo está mi pequeño caballito? —exclamó una voz ligeramente distinta. En ese momento Lina vio la luz que emanaba del rostro de William… Parecía más adulto y aún más hermoso. Él también era una fantasía.

—Dime qué hacer, Salvador —rogó Lina.

El niño hecho con ilusión sonrió. Su mente pintada por su tío alado no tenía respuestas, pero su ternura lo precedía.

—¡Despierta, mami! ¡Despierta!

* * *

Peter miraba abstraído la bolsa de suero que colgaba cerca de Lina. Celestine estaba a sus pies, sobre la cama. La tía Barb dormía en el incómodo sofá de la habitación de la clínica y William no estaba por ningún lado.

—Hola, Angelina —la saludó Celestine en el Primer Idioma al notar que despertaba.

—¿Dónde estoy? —murmuró Lina apenas despegando los labios—. Will… Hansel…

—Tienes que mantenerte tranquila —la interrumpió con su tono lleno de paz y ternura—. Hemos venido a curarte, pero no podemos hacerlo aquí dentro. Los humanos se asustarían al verte sanar de repente.

Sin esperar a que respondiese, con la dulzura de un padre que toma en brazos a su hija, Peter la sacó de la cama. Nadie los vio. Los ángeles tienen mucha experiencia en pasar desapercibidos entre los mortales.

Por el camino, Lina no sentía dolor, pero sí notaba las vendas en su rostro, el peso de su mandíbula y los numerosos parches que tenía por todo su cuerpo. Se detuvieron en una de las salidas vacías de la clínica. El día ya se acababa. Celestine miró a Peter, esperando.

—¿No? ¿Ni siquiera con ella? —dijo al fin.

Peter no respondió. Celestine giró los ojos y, sin más demora, puso sus robustas manos sobre la humana. Lina sintió de inmediato sus huesos crujir y todo comenzó a colocarse.

Peter cantaba en el Primer Idioma mientras la acunaba.

Cuando terminaron, Celestine la ayudó a ponerse de pie. El ángel flacucho le sonrió y, acomodándole el bucle rebelde sobre su frente, le dijo:

—Estás perfecta.

Ahora, la recuperada Lina podía hablar sin dificultad, quitándose las vendas y gasas de su cuerpo.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber.

—Las criaturas del agua te tendieron una trampa e intentaron asesinarte —explicó Peter.

—¿Hansel?

—Hansel sufrió un poco… —comenzó Celestine titubeante, mirando a Peter de reojo.

—¡Por Dios! —gritó Lina perdiendo la paciencia de golpe—. ¡Dime todo lo que sabes sin rodeos! Creo que me lo he ganado después de que me arrastrasen entre rocas para luego ahogarme.

Celestine ya no podía cubrir más a su amigo. Esa humana tenía razón, le debían respuestas. Al fin y al cabo, se repitió: «A los humanos les gusta saber».

—Las criaturas del agua se sintieron ofendidas porque perdieron la batalla, muchas de ellas resultaron heridas y tuvieron bajas por la intervención de los primeros humanos. —Ahora hablaba rápido—. Querían vengarse, pero no pueden hacerlo solos. —Hizo una pausa para darse valor—: Samuel los ayudó. Eran demasiados… Él puso al pequeño animal en la trampa y te

esperó. Después ayudó a los seres del agua a que enredaran sus plantas sobre ti. Así es como pudieron sacarte de la protección de las Tierras.

—¿Él vio como sucedía todo? —preguntó Lina mientras escupía algodones de su boca.

—Al menos una parte —reconoció Celestine—. Hansel, como tu guardián, intentó ayudarte en el acto… Pero Samuel tiene su espada, ya sabes…, y más experiencia luchando.

—¿Qué pasó con Hansel? —Lina se agarró el estómago, donde sentía un vendaje apretado.

—Él está bien. Está en los Cielos. Debe curarse, porque, verás…, la manera en que Samuel logró llegar tan lejos es porque, cuando Hansel voló hacia ti…, él, con su espada, le quitó… —Celestine no podía terminar la frase.

—Lo mutiló —completó Peter—. Le quitó sus alas, Angelina. Lo siento. Está ahora en las alturas, pero no puede cuidarte. Necesita recomponerse. Yo lo ayudaré. Te lo prometo. —Era la primera vez que Lina veía a Peter como un adulto y no como un niño.

—Gracias —dijo ella mientras se colocaba la bata del hospital, única vestimenta que llevaba —. ¿Y William?

—Hansel, usando sus poderes, te hizo ver una ilusión… —siguió Celestine evadiendo la pregunta—. Usó mucho de sí mismo para mostrarte un futuro posible… Eso no está permitido. Solo podemos mostrar una mezcla de distintos momentos del pasado… Una ilusión recordada, no inventada…, pero es un niño de los Cielos y estará bien…

—¿Y William? —Lina, contra toda cordura, la agarró fuerte del brazo.

Los ángeles se miraron. Celestine permaneció quieta mientras Peter, posando su mano en el hombro de Lina, la calmaba.

—Él sintió que estabas en problemas —comenzó Celestine despacio— y fue hacia el río. Había criaturas viejas allí… Tú sabes que las armas de los Infiernos hieren de muerte a las criaturas de las Aguas, cuando no tienen la protección del océano —Celestine agregó esto como si significara algo muy importante.

—Pero la otra vez… Cuando luchábamos… Yo vi como la espada era inútil y… —Lina soltó frases sin entender del todo lo que le habían explicado.

—Sí, aquella vez los Ekuas acabaron con la vida de los soldados de las Aguas… No William. —Celestine tomó el brazo de Lina y lo acarició, para que la noticia no fuese tan violenta—. Sin la protección del océano, las armas de los Infiernos son más fuertes. Las criaturas no se reintegraron. William, Jezabel y Eron invadieron territorio, los Supremos… Bueno, ellos lo consideran asesinato.

—¡Ellos mandaron a los acuosos a matarme por segunda vez! —gritó Lina.

—No lo sé —respondió Celestine con lágrimas brillantes en los ojos—. Creo que esta segunda vez solo fue obra de Samuel, siento decírtelo.

—¿Dónde está William?

—En los Infiernos —respondió Peter sin rodeos—. Junto con Eron e Izzie.

—¿Por qué? —Lina los miró desconcertada.

Peter volvió a explicarle:

—Porque esta vez los Supremos interpretaron las acciones de ellos tres como asesinato.

—Dios, tengo que ir a Darkhorse de nuevo —pensó Lina en voz alta mientras se alejaba de las manos de los ángeles—. ¿Cuánto tiempo he dormido? ¿Qué día es hoy? Necesito que me llevéis a mi casa, debo buscar ropa y algo de dinero… Yo…

—No volvieron como cazadores —la cortó Celestine—. Están dentro de los Infiernos.

Lina miró gravemente a Celestine y a Peter como si acabaran de ofenderla. Después se llevó horrorizada las manos a su rostro y comenzó a temblar casi convulsionando.

Peter la tomó y la ayudó a estabilizarse. Lina no aceptó la caricia; no quería estar tranquila.

—Ayudadme —rogó—. Destiny me dijo que erais más que simples guías. Por favor, os necesito. Seáis lo que seáis.

Celestine bajó la mirada y suspiró.

—Ahora somos guías, eso es lo que importa. Por otro lado, Hansel… —hizo una pausa— … es tu hermano de sangre.

Lina la miró, midiéndola. Lo que decía no tenía sentido. Algo había cambiado en ella, estaba harta y dispuesta a todo para rescatar a William y a sus amigos. Celestine lo comprendió y eligió bien sus palabras:

—Cuando tu madre murió estaba embarazada. Cuando eso pasa, el niño nace en los Cielos. Y es un guardián para el familiar más próximo o más necesitado que queda en las Tierras. Lo siento. Él buscaba el momento ideal para decírtelo a su modo.

Lina comenzó a llorar. Muerta de culpa, y luego de rabia, pero estaba contrarreloj y se obligó a calmarse.

—¿Y vosotros? ¿Y Samuel? —decir su nombre era tan doloroso.

—Ya sabes que soy la más antigua, que ayudé a crear los mundos. —El tono de Celestine se apagaba—. Sabes que Peter era otra cosa… Era un soplo de vida para vosotros, es difícil que lo comprendas… No queríamos abrumarte.

—¿Y Samuel? —insistió.

Peter volvió a hablar:

—Samuel ideó la Gran Competencia.

Si alguien le hubiese dicho que Samuel era el mismísimo Dios, Lina no se habría sorprendido tanto.

—¿Qué? —Se sentía mareada, y aceptó esta vez la mano de Peter.

—Samuel la diseñó —dijo Celestine—. Él creó una de las reglas originales. La de la Exclusividad. Por eso sabe tanto… Es uno de los cuatro creadores de la Competencia.

Lina gritó con toda su furia, alejándose. Sus manos lo mismo podían ser garras, y no quería lastimar a nadie.

—No podemos ayudarte con los cazadores, lo siento. Nos lo han prohibido… —se excusó Celestine—. Pero si hay otra cosa, algo más…

Lina los miró como una fiera herida.

—Solo no dejéis que Samuel se me acerque, porque yo misma le arrancaré sus alas —advirtió entre dientes.

Asintiendo, los ángeles se marcharon.

Lina, ahora sí, sintió el frío en sus pies. Sin los demonios rondando, Whitehorse tenía el mismo clima polar característico de aquella época. No le importó nada. Ni estar casi desnuda, ni descalza. Ni que el río estuviese congelándose a menos de un kilómetro. Estaba enfadada. Furiosa. Solo podía pensar que todo era un horrible *déjà vu.* Otra vez volvía a perder a William, y otra vez por una batalla injusta que ellos no empezaban… Siempre con la maldita intervención de los Supremos. Y de Samuel.

Volvió a aquella habitación. Se cambió con rapidez. Su tía había llevado un poco de ropa a la espera de su despertar. Lina la miró con pena y le besó con cuidado la frente. Sin hacer más ruido que el necesario, escribió deprisa una nota que dejó en la pequeña mesa.

Su cuerpo, ahora sano, corrió hasta llegar a donde se podía divisar aquella roca. Sabía que debajo de ella, metros más abajo, fluía el río. Con una piedra puntiaguda se lastimó la mano. El trote de Umah se oyó y estuvo junto a ella en un momento. Apareció en su forma de cuatro patas. Tenía cortes y arañazos que teñían de rojo su hermoso pelaje blanco. Estaba demasiado débil para volver a su otra forma.

Lina lo entendió: ella también había intentado defenderla de los acuosos. Le palmeó la espalda. Aquella vieja amiga de sus cuentos infantiles ya la había ayudado mucho por el momento.

Suspiró y dejó caer unas gotas de sangre al río. Los dos remolinos no tardaron en llegar. Areias y Costa no mostraban un aspecto muy diferente al de Umah, pero parecían más compuestos.

Los príncipes se disculparon: habían hecho lo imposible por detener a sus congéneres, pero eran demasiados. Lina, jugando su última carta, les pidió a aquellos miembros de la realeza lo que creyó imposible: que convocaran a los Supremos.

Capítulo 34

Samuel



«—¡Tienes a toda la historia en tu contra!
—Sí, pero la tengo a ella a mi favor. —Hizo una pausa—. Y tú no.»

W. Parrot, *Whitehorse I. Cuando los Cielos y los Infiernos se abren*

A Costa le era difícil mover sus piernas de aquella forma rápida y su hermano tuvo que ayudarla para darse prisa. Entendían la desesperación de la Elegida por sacar a su compañero de las profundidades.

—Es aquí —indicó Costa con sus manos mientras descansaba junto a un árbol.

Habían llegado a un lugar vacío en medio del bosque. Lina no recordaba si era el mismo sitio donde William los había convocado para salvarle la vida más de un año atrás. Ahora ella le devolvería el favor.

—Hermana, espera mi señal —ordenó Areias mientras se adelantaba unos pasos.

—¿No vas a acompañarnos? —preguntó Lina sin querer dejarla en ese estado.

Costa le dirigió una sonrisa cómplice y con sus dedos pronunció:

—Yo soy el arma secreta.

Sin más demoras, el príncipe de las aguas se colocó en medio de aquel claro. Cerró los ojos y llevó sus manos abiertas al rostro. Unos segundos después las bajó despacio, como ofreciéndolas a un ser imaginario. Estaba muy concentrado.

Lina observó que sus dedos comenzaban a gotear. Al principio se oyeron caer pequeñas gotas, luego el flujo de agua se hizo mayor, hasta que las manos de Areias se convirtieron en dos

pequeñas cataratas. El suelo vibró y allí mismo comenzaron a dar vueltas. Esta vez, sin estar a punto de morir desangrada, Lina pudo apreciar el espectáculo. El bosque desaparecía y un círculo de tierra desprendiéndose de la superficie se elevaba. Solo se escuchaban pasadores y cerrojos abriéndose junto a los ruidos habituales del bosque. El vértigo se apoderó de Lina cuando notó que estaba más cerca de las estrellas. Cuando el movimiento se detuvo, Areias cerró sus manos y se arrodilló como un caballero reverenciando a los cuatro tronos vacíos.

—Híncate ante los Supremos. No tardaránn en venir —le indicó, sin levantar la vista.

Lina tardó en comprender, pero finalmente, pese a que algo en su interior le susurraba que ella no debía arrodillarse ante nadie, obedeció.

Areias no demostró su turbación más que con un silencio incómodo.

El resto del espectáculo Lina lo conocía bien: Newen Mapu, la Voz de las Aguas, Ismerai y, por último, Astrid. Tierra, agua, fuego y aire; en ese orden. Recordaba que no se podía hablar hasta que no estuviesen todos en su trono.

Una vez terminadas las presentaciones, cuando la bella criatura angelical se sentó con sus alas semiplegadas, Lina no pudo contenerse más y corrió hacia su aliado. Escuchó el grito del representante del agua y las quejas de Ismerai, pero no le importó. Solo quería demostrarle su cariño a la Fuerza de las Primeras Tierras. Aquel viejecito que había demostrado ser el Supremo más cariñoso.

Newen Mapu se levantó del trono, apartó su bastón y con los brazos abiertos recibió a su protegida. Acarició el rostro de piel y sangre con su rostro de tierra y tronco. Era una caricia pura, como las de la infancia.

—Newen Mapu —susurró Lina en su oído—, tú me devolviste el aire. Ahora ayúdame a mantener viva mi única razón para respirar.

—¡Ya basta! —rugió la Voz de las Aguas sin aguantar aquella falta de respeto. El líquido cristalino que lo envolvía vibró junto con su tridente de oro.

Lina volvió a su lugar, pero permaneció de pie, junto a aquel príncipe arrodillado.

—Rey —intervino Areias, que contra su propia naturaleza se atrevía a hablar antes de que le dieran permiso—. Yo te he llamado.

El representante de las Aguas lo miró casi con ternura. Los ojos que combinaban con su cabello azul se apaciguaron al verlo. Lina no lo podía creer; jamás se hubiese imaginado que ese monstruo podía ser amable. Aquello le dio esperanzas; después de todo, podría tener una oportunidad de clemencia.

—Ponte de pie, criatura —ordenó Astrid con su voz melodiosa desde su trono de marfil—. ¿Por qué nos convocaste?

—Vengo como mediador de la Elegida —dijo Areias mientras se levantaba, aún sin alzar la vista. Sabía que en cuanto mirase a Astrid, se perdería en esa belleza indescriptible—. Solicito la presencia del cuarto cazador líder de las profundidades, Máximus.

Acto seguido, la criatura demoníaca que escondía su rostro bajo su túnica se incorporó del

trono. Suspirando, Ismerai hizo girar la lanza de fuego y Máximus apareció encadenado de pies y manos con dos guardias monstruosos custodiándolo. Estaba herido por todas partes y las cicatrices de los Cielos sangraban una especie de ácido que le carcomía el rostro y el cuerpo. En su cuello llevaba lo que a Lina le pareció alambre de púas. A pesar de aquellas torturas, el fuego de los Infiernos aún no podía congelarle el alma.

Máximus levantó la vista y miró directamente hacia ella. Intentó correr a su encuentro, pero los soldados del inframundo se lo impidieron clavándole sus pesadas armas en la espalda.

Lina gritó al ver como lo atravesaban, pero William no moría, porque Máximus era eterno. Y ambos, cazador y guerrero, la miraron con vergüenza y con un miedo terrible, porque en su descenso fueron testigos del horror de las profundidades. Habían visto de cerca el símbolo de fuego y lo que representaba. Y lo único que podían hacer era rogar que ella se marchara lejos, porque conocían el verdadero peligro que habitaba en los Infiernos para la Elegida rebelde.

Lina iba a correr hacia él. Lucharía contra los soldados monstruosos sin importarle sus garras, sus colmillos… Quería quitarle aquellos hierros que le infligían tal dolor; sin embargo, Areias la detuvo por un brazo, y en un susurro le pidió que confiara en él.

Lina asintió, permaneciendo en su lugar, desesperada al ver el suplicio de su esposo.

—Poderoso Círculo —comenzó Areias—, he venido a solicitar su favor.

La Voz de las Aguas hizo centellear su tridente y el agua que lo envolvía se agitó. En un tono tranquilo que desentonaba con la violencia de sus movimientos, dijo:

—Nada conseguirás para estos dos seres inferiores.

Sin responder, Areias suspiró y cerró los ojos. Lina pensó que se había dado por vencido. Estaba a punto de empezar a rogar por William, haría lo que fuese para ponerle fin a tal padecimiento, pero pronto el motivo de la concentración de Areias se dio a conocer. Un manantial de agua surgió justo detrás y allí, en esa especie de torbellino, Lina vio como el cuerpo de Costa surgía poco a poco. Cuando giró por última vez, se arrodilló, ahora con un cuerpo completo.

La Voz de las Aguas la reconoció en el acto, se puso de pie y alargó una mano hacia ella, atravesado por un sentimiento más poderoso que su habitual orgullo. Areias, aprovechando la conmoción, continuó:

—Mi hermana y yo pedimos que Máximus y sus cazadores puedan regresar al mundo de los vivos por una última vez. Fuimos testigos de la trampa que nuestra gente les tendió.

La fuerza de la Primera Tierra se preparaba para intervenir, pero Ismerai se le adelantó:

—Ya estuvimos aquí —rugió—. Ya les pedimos que se separaran y, sin embargo, se juntan una y otra vez. Esta es la única forma de prevenir el desastre que están a punto de cometer.

Lina recordaba la historia de Ismerai; era un demonio respetado por su sacrificio: destruirse ante el amor prohibido de una Elegida. Él no los ayudaría jamás.

—Astrid —rogó Areias sin hacer caso de lo anterior—, los Cielos no conocen más que de dos cosas, lo primero es el perdón. Tú sabes que en su camino ambos no han encontrado más que

dificultades. Concédeles otra oportunidad.

La criatura alada lo miraba con sus ojos transparentes. Después abrió la boca y a Lina le pareció una eternidad lo que se demoró en decir:

—¿Y lo segundo?

—Del amor —repuso Areias y con gesto amargo agregó—: Por mi dulce Cordelia, devuélveles a ellos lo que no me pudiste devolver a mí. De los Infiernos se puede regresar, pero no de los Cielos.

Astrid se irguió y comenzó a caminar hacia ellos. Lo hacía despacio, arrastrando su poderoso manto. Al llegar junto a ellos, miró a Lina, pero en realidad habló para Areias.

—Tu gente se volvió a equivocar. Tenían un acuerdo —dijo con su voz angelical, pero a nadie le pasó desapercibido el reclamo de sus palabras.

—Sí —reconoció Areias—. La gente de agua salada comenzó dos luchas contra ellos.

Al escuchar aquello, Astrid se giró hacia los tronos, y le dedicó una mirada a la Voz de las Aguas que Lina nunca hubiese querido recibir.

Con vergüenza en su rostro, este se apresuró a excusarse:

—Mi gente pereció. Ya pagó el precio. Astrid, ellos también deben pagar.

—Ellos mataron gente del agua, no humanos —sentenció la criatura alada—. Es distinto. Tú lo sabes bien.

Lina pensó que, pese a las apariencias, aquel Círculo no parecía tan cerrado. Los problemas internos eran evidentes.

La criatura del agua no replicó, se limitó a seguir mirando a Costa y Lina aprovechó la oportunidad.

—Astrid, por lo que más quieras, tráelos, por favor. Mátame a mí, envíame a los Cielos. Designad una nueva Elegida, pero no los dejes en los Infiernos.

Astrid se acercó y le acarició el rostro. Las pulsaciones de Lina se hicieron más lentas. Desde su lugar, Máximus gritó, intentando romper sus cadenas. Estaba desesperado. Lina no podía morir, no después de lo que él había visto en las profundidades. No después de conocer lo que la esperaba. Pero Astrid, poniendo toda su fe en la Competencia, una vez más, exclamó:

—Hermosa criatura, ni imaginas lo que tu hija puede hacer. No desperdiciaré tu vida. No sacrificaré lo que nos costó años… —se interrumpió a sí misma al ver los ojos confundidos de Lina. Después, hablando para todos, dictaminó—: El líder y los dos cazadores volverán de los Infiernos. Esta fue una ofensa de las Aguas. Los acuosos deben pagar esta vez, no los condenados. Y la Elegida volverá al estado natural.

Hubo un silencio incómodo.

—Astrid, eso es lo mismo… —intervino Areias, pero se detuvo ante el gesto cortante que le hizo la criatura celestial.

Lina deseaba que alguien le explicara lo que iba a suceder esta vez, pero su atención estaba dividida entre la mirada hipnotizante de Astrid y el padecimiento de William unos metros más

allá.

La Suprema de los Cielos sacudió su manto. Sus movimientos eran seguros, no la atravesaba ni un deje de duda.

—Deja que se despida de él —rogó Areias, interrumpiéndola.

Ante la petición, Astrid asintió con dulzura y dio un paso atrás. Areias tomó a Lina por los hombros y la obligó a mirarlo.

—Escúchame con atención: permitirán que él vuelva a las Tierras. Con sus cazadores.

La tranquilidad volvió al cuerpo de Lina mientras lágrimas de felicidad y de gratitud le mojaban el rostro.

—Pero el estado natural al que se refieren… —siguió él con gesto grave.

—No me importa mientras estemos juntos de nuevo, Areias —lo interrumpió, sollozando.

—No recordarás nada, Lina —dijo él al fin—. Ni a William, ni a mí…, ni los Cielos ni los Infiernos. Ni que eres una Elegida. Todo se borrará. No recordarás que lo amaste… ni que él te amó a ti.

Lina miró a William del otro lado del Círculo. Por supuesto que les iban a hacer algo así. Todo eso que tenía frente a ella, los tronos, las criaturas poderosas… no eran más que una puesta en escena. Umah tenía razón, el equilibrio entre los mundos era una mentira. Las decisiones de aquellos Supremos no hacían más que perpetuarlos en el poder.

Por otro lado, Lina comprendió que, dentro de aquella ilusión de igualdad, solo un reino mandaba: los Cielos.

Sonrió con nostalgia, sin apartar la vista de William, como si ya empezara a olvidarlo.

—¿Él recordará?

—Todos recordaremos, Lina —le explicó Areias—. Excepto tú y los otros humanos. Nadie podrá decírtelo. Las alturas nos volverán mudos cada vez que alguno lo intente. Será físicamente imposible.

Lina comprendía ahora el sentido de la *condición natural*. Volvería a ser una simple humana de Whitehorse, pero en ese momento, hubiese dado cualquier cosa por salvar a William y a sus amigos.

Agradeciéndole por todo, Lina se despidió de aquel príncipe que la miraba avergonzado por no poder hacer más por ella. Después se acercó a Costa, apoyó sus manos en las de ella como esa mañana en el bosque y repitió su promesa: «Mujer ayuda a mujer».

Sin perder más tiempo, se dispuso a ir junto a William. Corrió hacia él, aprovechando cada valioso segundo.

Areias contempló como la humana abrazaba al demonio. Instantáneamente, los guardias infernales desaparecieron llevándose sus cadenas de fuego y sangre. Después, gracias a la magia ancestral de la Gran Competencia, pudo contemplar a dos humanos abrazándose, compartiendo un latido único.

Nadie intentó separar a aquella pareja maldita, ni siquiera Astrid, que, gentilmente, acarició la

nuca de Lina con su pañuelo. Una luz comenzó a salir de ella para impregnarse en la magnífica tela. Con el último haz, la Elegida logró decir en un susurro para que solo William la escuchara:

—Will, recuérdame que te amo.

El manto de Astrid era implacable. El símbolo del infinito de su piel, un dibujo humano, se borró como cada pedazo de recuerdo de la felicidad junto con William.

Angelina Smith volvió a ser una humana común y corriente, dormida entre ángeles, reyes y demonios, en los brazos del único hombre al que había amado. Brazos que gracias a ella ahora eran libres de nuevo. Brazos que ya no reconocería ni tampoco recordaría amar.

* * *

El sonido del tráfico la devolvió a la realidad. Otra vez se había perdido en la fantasía de esas páginas. Los bocinazos e insultos de los automovilistas se escuchaban desde aquel undécimo piso con una ensordecedora cercanía. Lo mismo daba estar en la acera que dentro de ese apartamento.

Cerró la ventana y el aroma a lavanda se concentró entre esas cuatro paredes. Sin perder más el tiempo, dejó aquel libro. Era la tercera vez que lo leía. No era complicado, pero algo en esa novela la llevaba a releerla compulsivamente.

Su reloj le indicó lo tarde que iba. Nerviosa, se hincó para buscar la bota extraviada bajo la cama, pero no tuvo éxito. Al incorporarse lo vio a él sonriéndole con el calzado en la mano. Ella le devolvió la sonrisa mientras le agradecía la ayuda. Era tan silencioso que a veces se olvidaba que estaba ahí.

—Quédate un rato más conmigo —rogó el muchacho. Se veía hermoso con su cabello dorado cayendo sobre sus hombros. Llevaba una camiseta sencilla y unos pantalones sueltos. Nada en él sobresalía más que su exquisita belleza, un tanto femenina.

—No puedo. Debo ir al bar. Hoy me toca turno completo —dijo ella mientras se calzaba las botas sobre su doble par de calcetines.

Aquella mañana en Darkhorse el sol no se había presentado. El frío y la humedad durarían semanas, pero el tiempo gris era su preferido, así que estaba de perfecto humor para afrontar todas las obligaciones de ese martes.

—¿Nos reunimos para almorzar? —le preguntó él mientras la abrazaba desde atrás.

—Como todos los días.

Nadie podía negar la recuperación de aquel muchacho. La noche en que ella lo había rescatado en esa horrible ciudad, su aspecto era deplorable, con los ojos hundidos e inyectados en sangre, su cuerpo consumido… Nunca quiso preguntar cuál o qué drogas lo habían dejado en ese estado, pero una vez que el miedo inicial por esa temible imagen se disipó, ella pudo ver detrás del monstruo a un hombre bueno y confiable. Cada día aquel muchacho se parecía más a

la versión que ella visualizaba en su mente cuando lo oía decirle palabras dulces mientras la besaba con ternura.

Con dificultad se desembarazó de sus caricias y agarró su bolso. Realmente tenía que irse.

—Eres hermosa, Angelina. Te amo. Me gustaría demostrártelo de todas las maneras posibles —exclamó el muchacho con los ojos celestes brillando.

La expresión en el rostro de ella cambió, sus hombros se tensaron y se puso rígida; sin embargo, cuando el muchacho se acercó para volver a rodearla con sus brazos, Lina sintió que ya nada importaba, su mente se detenía y le daba un respiro, las ideas estaban allí, pero no la fuerza necesaria para ir a por ellas. Todo iba a estar bien. Él se lo decía siempre. Y, cuando él estaba cerca, no había ninguna inseguridad que la hiciera dudar.

—¿Tú no estás un poco nervioso? ¿Ni siquiera una pizca de nerviosismo como para no dejarme tan sola en esto? —intentó bromear Lina sonrojándose.

Él negó despacio. No había lugar para dudas en ese muchacho. Todo eran certezas. Tomó su rostro y la besó. Ella sintió en su mejilla el cosquilleo que le causaba la cinta celeste que él nunca se quitaba.

Lina lo besaba despacio mientras él insistía en acelerar el ritmo. Su mente a veces divagaba y en aquellos momentos de pasión pensaba en enaguas, figuras de madera, mariposas, cigarrillos delgados y caballos blancos…

En cuanto la iglesia que estaba a dos calles le marcó las horas con las campanas resonando en lo alto, Lina se alejó. Se colocó la ropa con una velocidad asombrosa mientras miraba a su adonis sentarse en la única silla del lugar. El mendigo de la calle se había transformado en un dios de cabello dorado y músculos pulidos, y todo eso estaba ahí para ella, esperándola. Sin embargo, Lina no hacía más que poner distancia, rechazarlo. ¿Estaba loca acaso? Era el hombre perfecto, hasta olía a lavanda.

Después de unos besos apurados que torpemente cayeron en la nariz, sobre los dientes o incluso en la mejilla, ella estuvo con su bolso junto a la puerta, dispuesta a marcharse al fin.

—Quédate el tiempo que quieras —le dijo—. Hay agua en el frigorífico y unas galletas. No es mucho, pero de todas formas comes como un pajarito.

—Angelina, te amo —repitió Samuel sin prestar atención a sus comentarios mundanos.

Lina lo miró directamente a los ojos. Siempre tenían la misma rutina. Ella no sabía por qué lo hacía, pero se tomaba unos segundos para responder y luego, en aquella profundidad celeste, dejaba de luchar y el brillo verde esmeralda de sus ojos se mezclaba con una alegría infinita mientras sonreía y murmuraba:

—Yo también te amo, Samuel.

Y todo funcionaba. Todo estaba bien. El cielo esperaba a que ellos llegaran al apartamento para dejar caer la lluvia, las personas en la acera les sonreían, el tráfico se disipaba cuando ellos dos se encontraban en la calle una tarde cualquiera y la brisa los empujaba si se separaban solo un poco. Sí, todo estaba bien. Y Whitehorse estaba muy muy lejos.

Epílogo

Querida Julie:

Perdona por escribirte tan seguido. Sé que estás ocupada con ese chico maravilloso. Venid a visitarme, y así me lo presentas, por favor. Quiero conocer al padre de mi futuro sobrino.

¿Recuerdas cuando éramos pequeñas y fantaseábamos que nuestros hijos serían los mejores amigos, como nosotras? Bueno, yo en ese terreno estoy bastante atrasada…

Sam es todo dulzura y, cuando estoy con él, me siento en paz. Sin embargo, ahora, en la mesa destartalada del apartamento húmedo que tengo alquilado te escribo y pienso: ¿lo amo? ¿Cómo sabes, Julie, si estás enamorada?

Tengo la extraña sensación de haber retrocedido en mi vida, lo cual es falso. Estoy viviendo por mi cuenta, tengo dos empleos y una beca aquí…, pero tengo esa sensación como de estar perdiéndome algo. Algo bueno. Quizás en una realidad paralela hay otra Lina, una que tuvo más suerte y que está donde realmente quiere estar. Te estoy aburriendo con mis tonterías… Lo siento.

Bueno, tengo que dejarte. Hay un nuevo arrendador. Dicen en el edificio que es un excéntrico millonario y hoy vendrá a visitar cada apartamento para ver qué reparaciones se necesitan. No lo conozco y ya me cae bien… ¡Ja! Pero tengo que ponerme a ordenar…

Saluda a J. J., que entre tanto ensayo casi nunca lo encuentro en su casa.

Te quiero,

ANGÈLE

PD: Regresar por ahora se me hace difícil. Después de lo de mi tío, Whitehorse tiene un sabor amargo para mí. Me alegro de que la peluquería marche bien, y deja de preocuparte, al fin la casa de mis padres tuvo un buen uso. Ya me devolverás el dinero cuando el negocio sea un éxito (y lo será, lo sé).

PD2: Lo siento, pero te morirías de lo guapo que es el nuevo arrendador. Tiene un pecho des-co-mu-nal.

LINA.

Agradecimientos

Gracias a Moni y a Betty por ser mis ángeles guardianes y por prestarme sus alas para volar.
Gracias a Morena, Esteban, Antón, Lautaro, Lorenzo y Clara por la luz de la alegría.
Gracias a Gabriel por hacer de mis sueños los suyos.
Gracias a Israel por contagiarme su fuerza.
Gracias a Gervasio por impulsarme a compartir mis historias.
Gracias a Adelaida por seguir creyendo en mí.
Gracias a Merche por su trabajo y apoyo.
Gracias a Ana por su ayuda y su paciencia.
Y gracias a los que leen.

Biografía



Hasta ahora, W. Parrot ha tenido tres bonitas sorpresas en su vida: los libros, la psicología y Whitehorse.

En sus historias y en su día a día se interesa por la igualdad y la aceptación de lo diferente.

Cordialmente te invita a compartir más de sus historias en

W Parrot Escritora

@wparrotescritora

Notas

1. Película de 1986 titulada en España *Dentro del laberinto* y en Hispanoamérica *Laberinto*.

Whitehorse II
Cuando los cielos se cierran
W. Parrot

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Shutterstock

© W. Parrot, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2020

ISBN: 978-84-08-23140-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html

Otros títulos de Click Ediciones

El círculo perfecto
Moruena Estríngana

El círculo maldito
Moruena Estríngana

El círculo inmortal
Moruena Estríngana

Heaven. El hilo rojo del destino
Lucía Arca

Viaje hacia tu corazón
Moruena Estríngana

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

